

RICARDO UCEDA

# MUERTE EN EL PENTAGONITO

Los cementerios secretos  
del Ejército Peruano

Planeta

© Ricardo Uceda, 2004  
© Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2004  
Calle 73 N° 7-60, Bogotá

COLOMBIA: [www.editorialplaneta.com.co](http://www.editorialplaneta.com.co)  
VENEZUELA: [www.editorialplaneta.com.ve](http://www.editorialplaneta.com.ve)  
ECUADOR: [www.editorialplaneta.com.ec](http://www.editorialplaneta.com.ec)

Cubierta: fotografía de El Pentagonito, cuartel general del Ejército  
Peruano, de Sergio Urday

Armada electrónica: Editorial Planeta Colombiana S. A.

ISBN : 958-42-1071-8

Primera edición: noviembre de 2004  
Impresión y encuadernación: Quebecor World Bogotá S. A.

*A Claudia, Bruna, Ricardo y Laura.*

# Contenido

AGRADECIMIENTOS.....	19
AL LECTOR.....	21
CAPÍTULO 1	
El primer Jesús Sosa.....	23
CAPÍTULO 2	
La Retransmisión.....	39
CAPÍTULO 3	
La experiencia de matar.....	56
CAPÍTULO 4	
La Isla de la Fantasía (O donde cumplieron su sueño: morir por la revolución).....	74
CAPÍTULO 5	
La Casa Rosada.....	92
CAPÍTULO 6	
La ladrillera.....	113
CAPÍTULO 7	
El sobreviviente.....	131
CAPÍTULO 8	
El espía que no regresó a Quito.....	155
CAPÍTULO 9	
El Grupo Escorpio.....	174

CAPÍTULO 10	
El Clan del Besito.....	195
CAPÍTULO 11	
Las cartas del capitán Penas.....	217
CAPÍTULO 12	
El Viejo Estado contraataca.....	239
CAPÍTULO 13	
Los ángeles de Martin.....	260
CAPÍTULO 14	
Las muertes que nadie ordenó.....	273
CAPÍTULO 15	
El secuestro de los montoneros.....	291
CAPÍTULO 16	
Henri Charriére.....	317
CAPÍTULO 17	
Muerte en el Pentagonito.....	336
CAPÍTULO 18	
Un cuartel en el desierto.....	
CAPÍTULO 19	
La solución política.....	1
CAPÍTULO 20	
Últimas revelaciones (Dios ya lo sabe).....	6

## Agradecimientos

Debo mi mayor agradecimiento a Jenny Cabrera, mi asistente y colega del Instituto Prenda y Sociedad, sin cuya generosa, desinteresada y sacrificada participación nunca se habría terminado este libro. Dicha ayuda, que fue fundamental en el ordenamiento de archivos, verificación de datos y en lo que podría llamarse administración del proyecto, fue valiosa también en el campo investigativo, hasta el punto de que se deben a Cabrera hallazgos muy importantes reflejados en los primeros capítulos.

Agradezco igualmente la colaboración de los asistentes que tuve durante el período inicial de los siete años que duró mi empresa. Ellos eran estudiantes universitarios cuando trabajaron conmigo, y ahora puedo mencionarlos con sus títulos: los abogados Julio Arbi-zu y Víctor Quinteros, y los periodistas Raúl Tola y Úrsula Carpió. Investigaciones de Edmundo Cruz, del diario *La República*, y su cooperación, fueron indispensables para desentrañar misterios pendientes del caso La Cantuta y otros operativos del SIE. Desde Ayacucho, el periodista Mario Cueto me brindó un gran apoyo informativo. Me ayudaron también muchas fuentes confidenciales a las que no puedo mencionar, y que espero se sientan recompensadas con la parte de la verdad que aquí se muestra.

Recibí el apoyo y la comprensión infinitos de mi esposa Laura y de mis hijos Bruna, Claudia y Ricardo, quienes aceptaron de buen grado las privaciones personales que les impuso mi larga dedicación a este libro.

# Al lector

En este libro se narran acontecimientos que involucraron a militares y subversivos peruanos/entre 1982 y 1993. Está escrito desde su perspectiva y no desde la de sus víctimas. Por tanto, no pretende ser toda la verdad, aunque sí una parte de ella que no es considerada. Los hechos fueron revelados por actores o testigos.

Los sucesos, entre éstos los del fuero interno de un personaje, como pensamientos o sensaciones, fueron referidos por un testimonio confiable. En casos relevantes, las versiones proceden de dos o más fuentes. En las escenas donde existe controversia sobre la historia, creo que ocurrió como aquí se narra. Las discrepancias quedaron consignadas.

La mayoría de fuentes aceptó proporcionar información confidencialmente. Por ello existen versiones no atribuidas a una o varias personas identificables. En los casos en que sí ocurre, existió un consentimiento expreso. Desautorizo cualquier deducción sobre la procedencia de la información, hecha a partir de pasajes implícitos o que parece que sugirieran, sin precisarla, la identidad de una fuente. Esta reserva es obligada. Las fuentes podrían ser fácilmente incriminadas por los delitos que se describen, de los cuales ellas han sido cómplices o, en no pocas ocasiones, autoras.

El método, basado en testimonios secretos e idóneos, es un sofisticado recurso para investigar crímenes inconfesables que no dejaron evidencias. A lo largo de siete años entrevisté a más de ciento cincuenta militares, senderistas y fuentes de diversa condición. Aunque, previsiblemente, nadie admitió su responsabilidad en un asesinato, contrasté las versiones y di la oportunidad de responder a casi todas las

personas que pueden considerarse inculpas. Cuando no fue posible, hubo obstáculos insalvables que en cada caso son explicados. Sin embargo, ofrezco certezas, no pruebas. Esta es una de las diferencias entre la búsqueda periodística y la judicial. La principal, naturalmente, es que el periodismo no es un brazo de la justicia, sino de la verdad. Ambas no siempre van de la mano, y es una verdadera lástima.

En lo fundamental, pretendí reconstruir la intimidad de los procesos de eliminación extrajudicial de presuntos terroristas. En ese ámbito uno puede comprobar hasta qué punto estas acciones, usualmente atribuidas a desquiciados, formaron parte del sentido común de los militares peruanos durante quince años. No me refiero, desde luego, a las atrocidades cometidas a espaldas del comando —la de Accomarca es un ejemplo—, sino a las acciones frías y sistemáticas. Desde el ejecutor hasta el general que impartía la política o daba la orden, todos creyeron estar cumpliendo su deber, y haciendo lo mejor que aconsejaban militarmente las circunstancias y lo que esperaban de ellos los presidentes. Los gobiernos, en mi opinión, no quisieron algo muy distinto.

Debo una explicación a las numerosas fuentes a las que pedí información para cuatro capítulos que no llegué a escribir. En uno de ellos, «Duros de matar», debía narrarse la extraordinaria resistencia senderista al intento de exterminio de reclusos en el penal de Canto Grande, en 1992. En otro, «El Sótano», se describía la rutina de la sala del Hospital Militar donde fueron tratados oficiales del Ejército enloquecidos por la lucha antisubversiva. En un tercero, «El encanto de La Rosa», se desgranaban mentiras de una agente que fingió haber ido torturada en el SIE, sorprendiendo al periodismo y a muchos más. En «Los Reiniciadores», finalmente, se refería la corta vida de células armadas que surgieron en el seno de dos partidos de la izquierda legal, en plena democracia. La vigencia de las historias se mantiene, por lo que espero publicarlas en otra oportunidad.

RICARDO UCEDA

Lima, noviembre del 2004



## CAPÍTULO 1

# El primer Jesús Sosa

A fines de 1982, un pedazo del país era destruido por la feroz guerrilla del Partido Comunista del Perú. La simple mención de su nombre informal, Sendero Luminoso, producía inquietud, un miedo asociado a imágenes de cuerpos destrozados. Colmado de *marxismo leninismo maoísmo*, su jefe anunciaba la demolición del Viejo Estado, «semicolonial, semifeudal, capitalista-burocrático»<sup>1</sup>. Era Abimael Guzmán, el pensamiento-guía. En pocos meses se convertiría en presidente Gonzalo, fundador clandestino y primer gobernante de la República Popular de Nueva Democracia.

Gonzalo pensaba tomar el poder con sucesivos zarpazos. Pero los inquilinos del Viejo Estado, desde el gobierno hasta la izquierda marxista del Congreso, hacían lo posible por ignorarlo. De todos modos, aquel año los senderistas estaban a punto de adueñarse de Ayacucho, un empobrecido departamento de 47 mil kilómetros cuadrados en la sierra central, buena parte de cuyos campesinos soportaba temperaturas bajo cero a cuatro mil metros de altura.

La capital, Huamanga<sup>2</sup>, fue invadida el 2 de marzo, cuando Sendero Luminoso asaltó la cárcel y liberó a sus militantes. Centenares de policías estuvieron sitiados en sus locales mientras escapaban los prisioneros. El gobierno se alarmó, pero no recurrió al Ejército para combatir a quienes todavía tomaba por un puñado de sediciosos. Sólo en diciembre el presidente Fernando Belaúnde cambió de posición. Las principales autoridades de Huamanga habían sido abaleadas o asesinadas, y pelotones senderistas arrasaban como potros de Atila el campo ayacuchano. Aún no cumplía dos años la insurrección.

---

<sup>1</sup> Aquel año, la organización había asumido el maoísmo como componente esencial de la doctrina revolucionaria, junto con el marxismo y el leninismo. Los senderistas eran los únicos en el mundo que se proclamaban *marxistas leninistas maoístas*.

<sup>2</sup> Su nombre oficial es Ayacucho, pero el original es Huamanga, como la conocen también los nativos de la ciudad. En adelante la denominaremos así.

La decisión de poner Ayacucho bajo un comando militar no cayó de sorpresa en el complejo de noventa hectáreas conocido como Pentagonito, en el distrito de San Borja, donde funciona la Comandancia General del Ejército con sus tres comandos administrativos, nueve direcciones generales y más de cien jefaturas y subjefaturas. Desde varios kilómetros a la redonda destaca el edificio principal, en forma de T, cuyos dos últimos pisos, el sexto y el séptimo, ocupaban entonces el comandante general y su equipo de coroneles asesores. Ellos sabían que, tarde o temprano, Belaúnde les ordenaría combatir a Sendero Luminoso, pero la organización les era desconocida. Esta guerrilla no tenía nada que ver con la de Luis de la Puente Uceda, apoyada por Cuba y aplastada por el Ejército en 1965. Eran un misterio su estructura, sus líderes, su inextricable maoísmo. Era un misterio, incluso, el grado de su penetración. ¿Hasta qué punto la apoyaban los ayacuchanos?

Para conocer mejor al enemigo, el Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE) resolvió crear en Ayacucho un destacamento clandestino con una treintena de agentes. Haciéndose pasar por ciudadanos comunes, estos hombres debían reunir la mayor información posible sobre Sendero Luminoso e infiltrarlo, como objetivo sublime, si estuviera a su alcance. Vivirían al margen de los militares de la zona, reportando a sus jefes en Lima. Por eso arribaron a la zona de guerra separados del contingente regular del Ejército.

El 29 de diciembre se instaló en Huamanga el primer jefe político-militar de Ayacucho, un general de buenas maneras, Clemente Noel. Diez días después llegó a la ciudad, en dos embarradas camionetas Dodge, un grupo de desconocidos con aspecto de haber viajado muchas horas. Eran los agentes de La Fábrica —usual denominación del SIE— llegados para su misión secreta.

En el grupo faltaba el suboficial de segunda Jesús Sosa Saavedra, cuya madre acababa de morir. Llegó el 7 de febrero de 1983. Había egresado hacía tres años de la Escuela de Inteligencia del Ejército. Por primera vez estaba en Ayacucho.

El agente Jesús Sosa pasó su primera noche en Huamanga con los ojos abiertos: estuvo sintiendo miedo, tirado boca arriba en una cama del hotel Arequipa, con una Browning 7.65 en la mano derecha. A los veintitrés años, todavía podía dormir normalmente. Pero desde fines de 1983 no volvería a hacerlo como el resto de los hombres. Aun cuando dejara la Zona de Emergencia y se fuera de vacaciones a su chacra en Motupe, donde la guerra no llegaba; aun a los treinta y cinco, cuando abandonó el Ejército y ya no hacía operativos en las madrugadas; aun ahora, que lleva varios años desaparecido y nadie consigue dar con su paradero. Dondequiera que esté, en nuestros tiempos de paz, es seguro que espera el

amanecer leyendo, o conversando, o fumando, o haciendo cualquier cosa antes que dormir.

Esa primera noche habría querido descansar. Había viajado veinte horas desde Lima para integrarse al destacamento, y durante el día no tuvo un momento de tranquilidad hasta que entró en su habitación, como a las nueve. Llevaba un par de horas durmiendo cuando lo despertaron detonaciones. Los *quesos rusos*<sup>3</sup> estallaban continuamente, seguidos de disparos de fusil. Eran explosiones lejanas, al sur de la ciudad, y Jesús Sosa se puso a contarlas mientras imaginaba cadáveres destrozados regando de sangre el cerro Acuchimay, en la zona transitada por Sendero Luminoso.

Uno de los estallidos lo hizo saltar de la cama. Había sonado a pocas cuadras. Escuchó pisadas de gente que corría por la calle Arequipa, después toques enérgicos en el portón del hotel y luego el ingreso al patio de personas que jadeaban y hablaban entre susurros. «Puedo morir», pensó, sudando frío en la oscuridad. Entrarían, lo identificarían como militar, hallarían su arma. Lo matarían. En ese momento decidió dispararle al primero que apareciera.

Pero faltaba un mes para que viviera la experiencia de matar, y se quedó con la Browning apuntada hacia la puerta de su cuarto. Los desconocidos cruzaron el patio, siguieron de largo por el pabellón de las habitaciones y desaparecieron en la noche.

Al día siguiente, el portero le confesó que algunas madrugadas los senderistas le tocaban la puerta para cruzar el patio interior y llegar, por la parte trasera del hotel, al jirón Tres Máscaras. El agente no quiso saber más. Recogió sus cosas, pagó la cuenta y se dispuso a buscar un nuevo alojamiento.

Salió a la calle Arequipa y caminó media cuadra hasta la plaza de Armas, para hacer tiempo. A las diez, en el hostel Santiago, debía ver a su contacto, según las instrucciones que en la víspera le dio su jefe, Edgar Paz, el comandante Pato. Paz no había sido muy explícito sobre los procedimientos del trabajo, aunque Sosa sabía que los encargos en inteligencia no son muy explícitos. A uno le dicen: haz tal cosa, fulano te va a dar lo que necesitas, mengano va a ser tu enlace. Punto. En este caso, el comandante le ordenó emplear la cobertura de vendedor ambulante para recoger toda información que permitiera identificar a algún senderista. En la calle ofrecería ropa interior. Le dio dinero para sus gastos de una semana, le asignó al suboficial de tercera Elfer Ñiquén como ayudante y le dijo que su oficial de control, el capitán Vásquez, recogería sus partes diarios de información.

—¿Alguna pregunta, Bazán? —había añadido Pato, dando por concluida la primera cita entre ambos, en un café del jirón Lima.

---

<sup>3</sup> Bombas caseras.

—No, mi comandante. Permiso para retirarme.

En 1983 Jesús Sosa era conocido como Bazán, su seudónimo de suboficial en La Fábrica. Los seudónimos eran cambiados todos los años por el Negociado de Planes del Departamento de Búsqueda, o SIEL. Los oficiales recibían apellidos que comenzaban con la misma letra, y los suboficiales con otra inicial común, lo cual era divulgado en el servicio y permitía identificar las jerarquías cuando el personal no se conocía entre sí. Ese año, por ejemplo, todos los oficiales llevaban apellidos que comenzaban con A y los suboficiales con B. Al año siguiente Jesús Sosa recibió el seudónimo de Cuadra, porque los suboficiales habían pasado a usar la c; pero el sistema fallaba cuando alguien se quedaba más de un año sirviendo en la misma dependencia, por aquello que un oficial denominó «inercia seudonomiativa» en un alarmado memorándum. De un día para otro tenías que llamar Equis a quien había sido Zeta y Zeta a quien había sido Hache. En realidad, a Jesús Sosa nunca lo conocieron como Cuadra durante 1984. Era Bazán para todo el mundo y lo fue durante toda su carrera en el Ejército, pues en 1985 continuaba en Ayacucho. Y en 1986, y en 1987. Un caso excepcional, porque nadie servía más de dos años en el mismo sitio; menos aún si estaba en zona de enfrentamientos, donde, como saben los entendidos, nadie puede vivir más de seis meses sin empezar a convertirse en otra persona.

Quizá los cinco años continuos que Jesús Sosa tuvo que pasar en Ayacucho pudieran explicar en parte los hechos posteriores. En descargo del Ejército podría decirse que los sucesivos jefes del agente le encontraron cualidades difíciles de remplazar. Mas no nos adelantemos. La cuestión es que Jesús Sosa siguió siendo Bazán aun cuando oficialmente tenía otro seudónimo, y que algún año hubo mayor confusión porque el Negociado de Planes le puso Bazán al jefe de todo el sistema, el general encargado de la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINTE). A la DINTE reportan nada menos que el SIE y todos los G2 y S2 del país, oficiales encargados de los canales de espionaje en las grandes unidades y en las unidades, respectivamente<sup>4</sup>. Así pues, las órdenes del poderoso *Bazán* parecían sugerencias porque se las suponía provenientes del otro Bazán, y los reportes del suboficial podían tomarse como la última palabra del general.

—Bazán dice que se está gastando demasiada gasolina en operativos — le advirtió un capitán a Jesús Sosa, durante una tarde de copas en Huamanga.

—Eso lo he dicho yo, huevón —contestó el Bazán de siempre.

A veces los seudónimos tampoco funcionaban por razones más naturales. Ese era el caso del comandante Paz, cuyo seudónimo era Albarracín, de acuerdo con el Negociado de Planes, pero a quien todos

---

<sup>4</sup> Una unidad tiene entre cien y doscientos hombres y es dirigida por un comandante. La gran unidad posee varios centenares y la comanda un general de brigada.

llamaban Pato porque era un poco culón y un poco chueco. Y estaba el ejemplo de su segundo, el mofletudo capitán Néstor Coral, inútilmente apellidado Ascue por el SIEL. Se parecía a Kiko, el personaje infantil de *El chavo del ocho*<sup>5</sup>, como pueden asemejarse dos gotas de agua. Nadie habría podido llamarlo como figuraba en los registros del Negociado de Planes.

Pero a Sosa, de cuando en cuando, también dejaban de llamarlo Bazán. Podían decirle Chato, porque era más bien bajo. En 1978, a los diecinueve años, medía un metro sesenta y cinco centímetros, menos de la altura requerida para ser admitido en el Ejército<sup>6</sup>. Cuando quiso enrolarse tuvo que pedirle a un tío suyo, amigo de militares, que intercediera ante un comandante del Fuerte Rímac que iba a decidir su ingreso. «Acéptenlo —le dijo el tío al comandante—. Es un buen pelotero». El oficial pensó un momento, mandó traer un balón de fútbol y le pidió al chico hacer una demostración. Jesús Sosa mantuvo tres minutos la pelota en el aire y se quedó en el cuartel.

Aquella vez se enroló como soldado raso absurdamente, pensando hacer tiempo para postularse a la Escuela de Policía. Había leído un montón de novelas sobre detectives en Motupe, el pueblo del norte donde creció en una de las familias más antiguas del valle, la de los Saavedra, dueña de doscientas hectáreas de algodón y maíz. Guiado por su madre, que era maestra, y vigilado por su padre, un hombre de autoridad, el chico se hizo un estudiante metódico y de pocas palabras. Era un poco rebelde, sin llegar a ser violento. Le interesaba jugar fútbol, cumplir sus deberes escolares y ver *Combate* en la televisión. Por las noches, mientras la familia dormía, imaginaba que era el sargento Saunders y que salvaba a su patrulla de una muerte segura.

Por entonces también se aficionó a las historietas y a las novelas de Agatha Christie. Cuando acabó la secundaria, segundo en el orden de méritos, tenía en la cabeza la idea de hacerse policía investigador. Pero en Lima, al terminar su servicio como soldado, ingresó a la Escuela de Inteligencia del Ejército. Conjeturó —otro momento absurdo— que en el Ejército realizaría de todas maneras su vocación y que si bien nunca sería un gran detective, podría convertirse acaso en algo mejor: un legendario agente secreto de la República peruana.

¿En qué momento murió el primer Jesús Sosa? O, ¿en qué momento nació el segundo? Un factor, como se ha dicho, pudo ser su continuidad en la zona de guerra. Aunque tal vez habría que mencionar el accidente atroz de su madre, el 3 de enero de 1983, precisamente el día en que iba a viajar a Ayacucho para su primera misión. Irma Saavedra, una maestra ejemplar y una madre cariñosa, una mujer de iglesia y buenas acciones, murió

---

<sup>5</sup> Serie cómica de la televisión mexicana.

<sup>6</sup> Jesús Sosa crecería tres centímetros más en el Ejército.

despedazada cuando cayó a un abismo el ómnibus en el que viajaba con alumnos del quinto de media. Los maestros habían querido que los chicos conocieran el Perú Profundo antes de abandonar el colegio. Todos terminaron en el fondo de un precipicio de Lucanas, uno de los tantos en el tortuoso camino de Cusco a Lima. El rescate de las víctimas fue un sacrificio que demoró varios días. Había cadáveres perdidos en el despeñadero, cuerpos traspasados por los fierros, manos y piernas que podían ser de alguien querido o de muertos extraños. La podredumbre humana mareaba a los deudos y los hacía vomitar. Entre ellos, un joven recuperaba los restos de su madre con llamativa serenidad. Era la primera vez que Jesús Sosa veía sangre derramada.

Uno podría preguntarse si esta desgracia tuvo algo que ver con la carrera encarnizada de Jesús Sosa en el Ejército. Por un lado, fue la primera revelación de un atributo muchas veces demostrado después. El agente poseía una frialdad sobresaliente para actuar en situaciones de sangre, muerte o violencia. El propio Jesús Sosa le dijo a un oficial —quien habló al respecto para este libro— que lo sorprendió su presencia de ánimo en el rescate del cadáver de su madre y durante las posteriores jornadas, repletas de actividades para la autopsia, declaratoria de defunción y traslado por tierra de los restos a Motupe, donde finalmente fueron sepultados. «Yo sentía que había perdido todo —dijo Sosa— pues la relación con mi madre era entrañable, pero, ante lo que tenía por hacer, actuaba, actuaba y actuaba, y hasta no recuerdo si me puse a llorar por esos días».

Por otro lado, está el hecho de que el ómnibus que cayó al precipicio no siguió su ruta normal. Tomó un revesado desvío, en cuyo curso se volcó porque Sendero Luminoso dinamitó uno de los puentes del camino. Esta información caló en Jesús Sosa de un modo difícil de analizar. Alguna vez, de servicio en Ayacucho, dijo que odiaba a los senderistas porque dinamitaron ese puente. ¿Realmente los odiaba? ¿Influía en su trabajo este sentimiento? Muchos años después, preguntado al respecto, no lo supo contestar.

El so3 Elfer Ñiquén esperaba a Jesús Sosa en el hostel Santiago, una fonda de dos pisos en la calle Nazareno, a tres cuadras de la plaza de Armas. Como el objetivo del SIE era infiltrarse en la población ayacuchana —donde se suponía enquistado a Sendero Luminoso—, los agentes fueron enviados a dormir en distintos hoteles. Más adelante deberían contar con un local propio, para desarrollar una vida independiente del cuartel Los Cabitos, donde despachaba el general Noel. En el hostel Santiago, según supo después Jesús Sosa, se alojaban nada menos que siete agentes. Uno de ellos Ñiquén, su contacto, quien resultó ser de Lambayeque como él.

Ñiquén puso a Jesús Sosa al tanto de las noticias en Huamanga. La ciudad estaba conmovida por el asesinato a golpes de siete periodistas, a

quienes los comuneros de Uchuraccay confundieron —se decía— con miembros de Sendero Luminoso. El general Noel repetía enérgicos desmentidos públicos a la acusación de que los comuneros fueron manipulados por militares. Algunos de los agentes habían sido metidos en el caso, pero la mayoría continuaba en la venta ambulatoria, recorriendo las calles de Huamanga para el propósito que los llevó allí: hallar la pista de cualquier subversivo.

Los resultados, explicaba Ñiquén, eran desalentadores. La gente los veía como extraños y parecía desconfiar de comerciantes que venían a probar fortuna a una ciudad deprimida, donde se mataba gente un día sí y un día no. Nadie compraba lo que ofrecían. Ñiquén se lamentaba sin amargura porque poseía un humor excelente y estaba decidido a no pasarla mal en Ayacucho. Tenía veinte años y acababa de egresar de la Escuela de Inteligencia.

Jesús Sosa decidió hospedarse con su adjunto en el hostal Santiago. Estaba complacido de tener a un paisano suyo como colaborador en la primera misión importante de su carrera. Quería —chasqueante ilusión— remontar las dificultades descritas por Ñiquén y lograr venderles ropa íntima a los ayacuchanos, con una verosímil caracterización de comerciante. Para ello, como primer paso, debía recoger su mercadería. Ambos agentes fueron por la noche al hostal Lima, donde se alojaba provisionalmente el comandante Pato bajo la cobertura de empresario. Cuando llegaron, Edgar Paz en persona les entregó un fardo cubierto con un plástico azul. Regresaron a su hostal y lo abrieron. Había doce docenas de polos de nailon estampados, e incontables calcetines, calzoncillos y calzones del mismo material.

Al día siguiente comenzó la frustrante experiencia de Jesús Sosa como vendedor callejero. Él y Ñiquén decidieron probar, primero, en el mercado Carlos Vivanco, el principal de Huamanga, entre los jirones 28 de Julio y Grau. Ofrecían las prendas íntimas en el interior del edificio, saliendo al paso, con los calzones en la mano, de quienes compraban comestibles. Pero la gente pasaba de largo, concretamente interesada en lo que había ido a buscar. Después optaron por vender en las afueras del mercado, donde, sobre las calles Vivanco y Grau, decenas de ambulantes invadían las veredas con toldos y entalamaduras, haciendo imposible el tránsito de vehículos. Anunciaban su mercadería a voz en cuello, pero los transeúntes los miraban con indiferencia o, a lo más, se detenían, tocaban las prendas y proseguían su camino. En su mayoría pasaban por allí personas que iban o venían del campo, vestidas con gruesa indumentaria de lana. Jesús Sosa les ofrecía camisetas repitiendo las mismas palabras: «Barato, dos polos por cinco soles». En cambio Ñiquén, que era picaro y enamorado, ensayaba distintas maneras de convencerlas, siguiéndolas por la calle Grau mientras

lanzaba los más disparatados argumentos. «Llévate esto, compadre —les decía a los hombres, mostrando un calzoncillo—, que las mujeres te verán machazo». A las campesinas las interceptaba blandiendo generalmente un calzón rojo:

—Cómpratelo, mamita, para que impresiones a tu *papacho*.

Después de unas semanas de requiebros inútiles, comprendieron que sus calzones jamás serían comprados por campesinas acostumbradas a otras prendas. Los hombres tampoco picaron, aunque por otras razones.

«Eran unos calzoncillos de mierda», dijo un agente que fungió de vendedor, entrevistado en 1997 para este libro. El exagente llamó la atención sobre el envilecimiento de las prendas íntimas cuando son confeccionadas exclusivamente con nailon, o incorporando algodón sólo en una proporción mínima. «Cualquier calzoncillo de nailon puro te hace transpirar como un condenado», dijo, recordando —casi con indignación— sus propias incomodidades cuando tuvo que usar los bombachos del SIE, obligado por las circunstancias. El sudor no sólo irruía pese a las bajas temperaturas del clima ayacuchano, sino que precisamente el frío —esto era lo peor— originaba otro sufrimiento imprevisto. La exudación se iba congelando entre las piernas, produciendo un dolor de cojones incongruente, por decir lo menos, con la virilidad exigida a estos hombres, a punto de enfrentarse con Sendero Luminoso.

Los agentes lo recuerdan porque, cuando abandonaron las ventas, la mayoría de ellos terminó poniéndose la ropa interior entregada por Edgar Paz. Empezaron a usar y botar las medias, los polos, los calzoncillos. Después, por un dato aparentemente certero, adquirieron la convicción de que esta ropa, culpable de sus testículos inundados, de sus sudores de pies y de sus escaldaduras, era fabricada por una empresa de la esposa del comandante. Pero Paz lo negó categóricamente en una entrevista para este libro.

La experiencia de Jesús Sosa y Elfer Ñiquén en el mercado Vivanco duró unas dos semanas, luego de las cuales decidieron probar suerte en el de Magdalena, un establecimiento mayor aunque menos concurrido, al noreste de Huamanga. Allí fueron igualmente ignorados por los consumidores.

Los agentes, no obstante, cumplían la misma rutina del resto de comerciantes, llegando a las siete de la mañana y marchándose a las dos de la tarde, pues, al fin y al cabo, lo principal no era tanto que vendieran sino que hicieran relaciones con los verdaderos ambulantes. La situación ideal consistía en tener amigos, gente que tomando unos tragos les dijera: «Miren a ese que pasa por allí; es un senderista». Pero lograr aquello que sus instructores de La Fábrica llamaban «mimetizarse con la población», nunca fue posible. Eran costños, y tenían muy poco en común con



vendedores andinos que hablaban quechua y ofrecían otras mercaderías, cosas útiles en Ayacucho: chompas de lana, zapatos de jebe, sombreros, polleras, blusas de mamacha, una variedad innumerable de objetos de plástico.

De todos modos, Sosa y Ñiquén estaban obligados a escribir diariamente un reporte denominado «Informe de Agente», una descripción de hechos tal como los habían visto o escuchado, sin analizarlos ni opinar sobre los mismos. Todos los miembros del SIE en Huamanga practicaban la misma operación al término de su jornada, y un oficial de enlace iba a recoger los papeles de sus alojamientos. La reunión de estos informes permitía al analista del grupo escribir una «Síntesis de Información Diaria» (SID), que era enviada a las oficinas de La Fábrica en Lima esa misma noche, donde, a su vez, se hacía ingresar al SIEI, un departamento que licuaba los informes secretos originados durante el día en todo el país. Allí, hasta la madrugada, un agente de servicio los registraba, los clasificaba de acuerdo con su procedencia y naturaleza, y seleccionaba información para redactar otra SID, de cobertura nacional, que a las seis de la mañana era enviada a los altos mandos. Naturalmente, las síntesis informativas pueden contener mentiras, piadosas o malévolas. Algunas se deben al deseo del autor de mostrar un trabajo útil a sus superiores, pese a que no es un demérito admitir que no hay nada que informar. Pero se supone que este mecanismo mantiene adecuadamente informados a los comandantes generales del Ejército, entre otras cosas para que puedan reunirse en cualquier momento con el presidente de la República y mantener su imagen de sabedores de todo.

Cuando Jesús Sosa empezó a enviar sus reportes, llegaba a su término la etapa organizativa del destacamento, cuyos jefes despachaban desde comienzos de año en una oficina del cuartel Los Cabitos. La mayoría de los agentes habían venido de Lima, con el Comandante Edgar Paz a la cabeza, en dos camionetas del SIE rebosantes con los fardos de ropa interior y las armas del grupo. El resto llegó en un Hércules de la Fuerza Aérea y en un vuelo comercial. No bien pisó Los Cabitos, Paz buscó al capitán Marcos Goytizolo, un oficial recién egresado del Curso Básico de Inteligencia a quien el SIE había enviado un mes antes a Ayacucho para estudiar a Sendero Luminoso. Fue una misión de emergencia, decidida cuando el Pentagonito percibió que en cualquier momento el gobierno le pediría combatir a la subversión. Había que ir avanzando en la investigación de los senderistas.

El recién llegado Paz se encerró, pues, con Goytizolo, un robusto oficial de mostachos negros. El informe que recibiera iba a ser fundamental para los primeros pasos del destacamento. Cuando lo tuvo, convocó a los agentes y les comunicó sus impresiones:

—La cagada —dijo—. El huevón de Goyti no ha hecho nada.

El año anterior, la desinformación sobre el enemigo había preocupado sobremanera a los generales del Pentagonito. En Lima, el SIE tampoco había buscado información específica sobre Sendero Luminoso. En 1982, en verdad, la inteligencia militar sólo tenía ojos y oídos para la guerra de las Malvinas, que absorbía la atención del Pentagonito como un mundial de fútbol<sup>7</sup>.

A comienzos de los años ochenta, La Fábrica estaba dividida en nueve dependencias numeradas, de las cuales el SIE1, o Departamento de Búsqueda, era la principal. Como todos los departamentos de inteligencia, el SIE1 se subdividía en secciones llamadas «Negociados». De éstos, el más importante era el Negociado de Política, que espiaba a los partidos políticos, incluido el oficialista de turno, y distribuía a sus hombres en subnegociados denominados de Derecha, de Izquierda, de Ultraizquierda y del Partido de Gobierno. El Negociado Militar estaba interesado en las actividades de los agregados militares extranjeros y en oficiales peruanos potencialmente conflictivos o emparentados con políticos. El Negociado Económico reportaba los índices de la hacienda pública: hacía un servicio elemental, con un agente dedicado a leer y sintetizar la sección financiera de los diarios. El Negociado de Misceláneas era un cajón de sastre que proveía retazos informativos a pedido, sobre cualquier tema que las otras secciones no pudieran cubrir: por ejemplo, la vida privada de algún político emergente. Finalmente, el Negociado de Planes seleccionaba el personal idóneo para cada trabajo, llevaba los legajos de producción individual, asignaba los seudónimos en todo el sistema, monitoreaba el presupuesto de las misiones y, en especial, controlaba los Puestos de Inteligencia, locales clandestinos externos con personal para acciones encubiertas y búsqueda de información. Entre estos agentes y los que trabajaban en el Pentagonito, el SIE1 administraba unas cuarenta personas. Ninguna de ellas había sido comisionada para investigar a Sendero Luminoso.

En cuanto a los demás departamentos de La Fábrica, la guerrilla y el terrorismo estaban muy lejos de sus preocupaciones. De ellos sólo hacía espionaje el Departamento de Seguridad y Contrainteligencia, o SIE2, pues los siete restantes de una u otra manera apoyaban al SIE1 y SIE2. La mayoría de estas dependencias ocupa hasta hoy uno de los tres pabellones del SEE, en el ala este del Pentagonito. El primero es el auditorio, construido a manera de una enorme oreja junto a otro, de dos pisos, ocupado arriba por el jefe del sm y sus ayudantes, y abajo por la Mesa de Partes y la Tesorería, o SIE9. En el tercero, de tres plantas, se halla el colmenar de agentes de inteligencia. En cada piso, este edificio es dividido en el centro por un corredor y, en las mitades resultantes, las oficinas

---

<sup>7</sup> Especialmente en el primer semestre, pues la guerra comenzó en abril y terminó en junio de 1982.

desembocan en pasillos concéntricos en torno a un espacio abierto que ilumina los tres niveles y que les otorga una tímida, paradójica transparencia. Quien se halle pegado a los ventanales de cualquiera de los pasillos puede ver el silencioso movimiento de los intestinos del SIE en todo el edificio, agentes que salen de una oficina e ingresan a otra, comandantes que se dirigen al ascensor con papeles bajo el brazo para descender al primer piso y después cruzar cincuenta metros de un pasadizo de paredes de vidrio rumbo a una entrevista con El Hombre: el coronel jefe del servicio.

Por entonces, en el tercer piso del pabellón principal funcionaba el Departamento de Electrónica, encargado de las interceptaciones de teléfonos, y las del SIE3 O Departamento de Apoyo Técnico, cuyos negociados proporcionaban auxilio de todo tipo para el cumplimiento de las misiones. Así, el Negociado de Censura, Cubiertas y Tintas Simpáticas podía abrir cartas sin que su destinatario lo notara, leer y escribir mensajes en tinta invisible y disfrazar a cualquier agente del modo más conveniente. Este último servicio era brindado a medias, por falta de materiales: sólo había dos maletines con equipo de cubiertas, cada uno con tres pelucas de distinto color, y bigotes, patillas y barba para una persona. El SIE había recibido seis de estos maletines como parte de los regalos que le hizo el Ejército argentino por su colaboración en el secuestro en Lima de tres montoneros buscados por la dictadura de Jorge Rafael Videla, quienes fueron torturados en el Perú antes de ser entregados a los argentinos en la frontera con Bolivia<sup>8</sup>. Por alguna razón desconocida, el SIE no hizo uso pleno de esta gratitud. Cuatro maletines fueron enviados a las regiones militares, quedando sólo dos para uso de los agentes, quienes, a decir verdad, los empleaban poco; uno de los maletines viajó el año siguiente a Ayacucho para que pudieran disfrazarse de mendigos los agentes que buscaban información sobre Sendero Luminoso.

Por lo demás, en aquel tercer piso el SIE3 administraba el Negociado de Penetraciones Físicas, una especie de taller que proporcionaba personal para abrir cerraduras y cajas fuertes, y controlaba las claves de las cajas de seguridad del sistema. Luego venían secciones del SIE3 para técnicas operativas. El Negociado de Fotografía distribuía cámaras fotográficas. El de Imprenta hacía todo tipo de sellos y documentos falsificados para cubiertas: carnés, certificados, diplomas, cartas, contratos. Por último, el Negociado de Penetraciones Audiofónicas servía para interceptar teléfonos por plazos coitos: sólo durante el tiempo que requería el cumplimiento de una misión, pues el chuponeo a lo grande en La Fábrica era un atributo exclusivo del Departamento de Electrónica, que funcionaba parcialmente en el tercer piso y a sus anchas en oficinas de la primera planta.

---

<sup>8</sup> El capítulo 15, «El secuestro de los montoneros», está dedicado a este suceso.

El segundo piso del SIE era el más poblado. Una mitad la ocupaba el SIE1 con sus nueve negociados. En la otra parte había una oficina para el Departamento de Difusión, o SIE8, otra para el de Instrucción, o SIE7, y otra para el de Criptografía, o SIE4, que cifraba y descifraba mensajes secretos. En el primer piso, hacia un lado del pasillo, se hallaba el Departamento de Seguridad y Contrainteligencia, o SIE2, y hacia el otro el SIE5 y el SIE6, de Personal y Archivo, respectivamente. Al costado de estas oficinas, Electrónica tenía un ambiente para operar sus aparatos de interceptación, un *huarique* capaz de conectarse con todas las troncales telefónicas de la ciudad.

Eso era casi todo. Faltaría mencionar los sótanos, esas habitaciones debajo del SIE2 donde se podía hacer gritar a los detenidos sin el riesgo de que alguien pudiera escuchar arriba. En verdad, viendo el Pentagonito desde la apacible prosperidad de Chacarilla del Estanque, o desde las vecinas alamedas de San Borja, es dable pensar que miles de alaridos no traspasarían las moles de cemento del complejo. El Pentagonito es así. Puede imponer su silencio.

Hasta ese momento, Sendero Luminoso era uno de los extravagantes objetos de estudio de la rama de ultraizquierda del Negociado de Política. Era una subsección exótica, porque la izquierda peruana paría incesantemente desde 1965, y cada nuevo partido mostraba una criptografía ideológica sólo comprensible para un experto. En el SIE, un encargado de ese subnegociado era objeto de admiración de sus colegas, alguien en torno al cual la gente se reunía, embobada, para escucharlo hablar sobre las diferentes etapas de la revolución proletaria. Es imposible discernir cuánto de versación o de charlatanería contenían aquellas exhibiciones. Lo cierto es que quien más sabía de la izquierda comunista en el srel era un agente apodado Cebichito: Ruperto Cáceda Vidal, un infiltrado que por esos años hacía carrera en el prosoviético Partido Comunista Peruano. Cáceda era adicto al pescado crudo macerado en limón. Cuando se trataba de almorzar, su propuesta era invariable:

—¿Un cebichito?

Cuando La Fábrica decidió por fin meter a alguien en el tema de Sendero Luminoso, designando para tal efecto al SO Paul Ortega Inocente, Cebichito fue llamado para que fuera su asesor.

A sus treinta y cuatro años, Paul Ortega era un hombre que observaba y escuchaba antes de dar una opinión: parecía consultar un escenario sujeto a variables. Un típico analista, hábil para redactar y evaluar una información. Cuando exponía era persuasivo y convincente, dedicando a sus jefes breves ironías, agudas como la picadura de un alfiler. Había egresado en 1964 de la Escuela de Inteligencia del Ejército, con la especialidad de Agente de Inteligencia Operativo (AIO). Desde entonces deambuló por distintas zonas

del sistema haciendo labores administrativas, hasta que fue destacado al SIE en 1982. A fines de noviembre lo llamó a su oficina el jefe del departamento, el comandante Edgar Paz. Sin mayores preámbulos, Paz le dijo que tenía diez días para elaborar un manual sobre Sendero Luminoso que sirviera de orientación al Ejército.

De regreso a su escritorio, Ortega se dijo que le habían dado un encargo imposible. Carecía de conocimientos sobre Sendero Luminoso, y como no existía Negociado de Subversión en el SIE, tal vez no habría información clasificada. Esta sospecha la confirmó cuando consultó el archivo sin encontrar algo aprovechable. Ortega no tenía que hacer el manual solo, pues el SIE designó un equipo compuesto por el propio comandante Paz, Cebichito, el agente Fernández —otro experto en partidos de izquierda— y el practicante Hernández, un recién egresado de la Escuela de Inteligencia; pero las expectativas estaban puestas en él. Y él no encontraba la solución.

Sin embargo, diez días más tarde, Paul Ortega estaba encuadernando su manual, impreso en el taller gráfico de La Fábrica. El material fue distribuido de inmediato en Lima y empaquetado para ser enviado a combatir la ignorancia de los militares de Ayacucho.

¿Cómo lo hizo?

Una tarde, el agente cavilaba en El Mandarín, un restaurante de comida china entre La Colmena y Azángaro, en una de las esquinas del parque Universitario. Luego de haber entibiado su estómago con una sopa de *wantanes* rellenos de cerdo y pollo, se le ocurrió que su salvación eran las fuentes abiertas, que para el SIE no son otra cosa que todas las formas de información pública. Son fuentes abiertas los diarios, las revistas, los libros y los contenidos de la radio y la televisión. Los servicios de inteligencia recolectan información de estos medios, la analizan y luego archivan la que puede interesar a la seguridad del país. Por supuesto, la razón de ser de los servicios de inteligencia es la obtención de fuentes secretas. Pero, a comienzos de los años ochenta, y por mucho que dijeran lo contrario los balances internos, la inteligencia básica del SIE provenía por lo menos en un ochenta por ciento de las fuentes abiertas. En ciertos casos las notas de inteligencia presentaban información obtenida de fuentes abiertas como procedente de fuentes secretas, lo que elevaba los méritos del agente e incrementaba, es seguro, su presupuesto personal. Total, los generales no leían todos los periódicos y las revistas.

Esto lo sabía Paul Ortega. De modo que pagó la cuenta, salió al jirón Azángaro y se zambulló en el torrente humano del parque Universitario. Estuvo unas tres horas estudiando los libros que se ofrecían en las veredas y las librerías contiguas. Eran años izquierdistas: las obras de clásicos y propagandistas del marxismo leninismo se vendían como bizcochos y los puestos de periódicos estaban atiborrados de panfletos maoístas que peleaban a gritos entre sí. Al año siguiente sería elegido alcalde de Lima el

socialista Alfonso Barrantes, con el apoyo de los partidos marxistas, unidos por primera vez electoralmente. Este sector tenía un periódico ideologizado, *El Diario de Marka*, que vendía sin esfuerzo cuarenta mil ejemplares y era una mina de oro como fuente abierta para el SIE. Ortega buceó en esta literatura sin encontrar lo que buscaba hasta que ingresó a la librería El Caballo Rojo, sobre La Colmena, a media cuadra del parque Universitario. Cuando salió, sonreía ampliamente debajo de sus lentes. Llevaba un ejemplar de *El Partido Comunista del Perú. Sendero Luminoso*, de Roger Mercado<sup>9</sup>, un librito que contenía todo lo que su trabajo debía decir.

Lo más difícil de la confección del manual fue copiar rápidamente unas ochenta páginas del libro de Mercado en la vieja máquina de escribir Adler del SIEI. El comandante Paz y el jefe del SIE quedaron conformes, y Ortega pasó a ser el primer especialista en Sendero Luminoso del Ejército. En diciembre fue notificado de que integraría el destacamento de inteligencia que el SIE iba a instalar en Huamanga.

Ortega llevó la vieja Adler a Ayacucho, y desde su primer día de labores escribió en ella las Síntesis de Información Diaria para el SIE, basadas, supuestamente, en el trabajo de los agentes recién llegados. Quienes desconocían que Ortega era un hombre de recursos, se preguntaban qué diablos podía estar contándoles a los jefes de Lima si la gente del destacamento recién se ambientaba en Huamanga. Era muy fácil: esperaba los partes de ocurrencias que la policía estaba obligada a enviar a Los Cabitos, les daba otra forma a los datos, añadía alguna hipótesis de su cosecha, y finalmente presentaba su texto al capitán Kiko, listo para ser enviado al Pentagonito<sup>10</sup>

Tres capitanes secundaron a Paz en el naciente destacamento. Uno fue Goytizolo, el oficial de avanzada enviado por el SIE para estudiar a Sendero Luminoso. Algo indefinible parecía distanciar a este capitán del comandante y de lo que se hacía en la zona. El fin de año había participado en operativos en la zona de Chinquintirca que, según algunos agentes, lo marcaron profundamente. Hombre de acción, Goytizolo era alérgico a los trabajos analíticos, hasta el punto de que los agentes no hallaron redactada

---

<sup>9</sup> Lima, Editorial de Cultura Popular, 1982.

<sup>10</sup> Como en otras partes de este libro, aquí se refleja principalmente la visión de los suboficiales, que es incompleta, pero fundamental e ignorada. La información de este capítulo fue proporcionada por cuatro exagentes entrevistados por separado. Pero el comandante Paz, entrevistado en el 2004, dijo que en su destacamento el trabajo de los oficiales era más importante que el operativo de los agentes. «No sólo por su nivel —añadió—. Los oficiales habían seguido un curso para ser analistas, y los suboficiales, no». Néstor Coral, coronel en actividad en 2004, no fue autorizado por el Ejército para ser entrevistado por el autor.

por él ninguna Nota de Inteligencia<sup>11</sup>. En marzo, cuando aún no cumplía cuatro meses en Ayacucho, logró que el SIE lo regresara a Lima, al término de varias semanas intensas en la base contrasubversiva de Totos. Decir *intensas*, en verdad, es decir poco. Fueron atroces, según comprobó después Jesús Sosa, quien remplazó al capitán en aquel sangriento destino.

El segundo oficial era Julio Vásquez, encargado del enlace con los agentes. Desde un principio quedó entendido que éstos no debían acudir a la sede del destacamento —cuando existiera—, ni al cuartel, ni frecuentar a militares o policías. Vásquez establecería horarios, lugares y modalidades de entrevistas para la entrega de los informes, y transmitiría los pedidos de información del comando a sus espías, todo lo cual se cumplió desastrosamente, pues los contactos externos fallaban por tardanzas, olvidos y otras razones. Al final, el comandante se rindió y dispuso que los informes ya no fueran entregados en las calles. Cada agente lo llevaría a las oficinas del destacamento entre las siete y ocho de la noche. Naturalmente, a fines de 1983 ya no era un misterio en Huamanga la verdadera profesión de los comerciantes de calzones. No cabía duda de que eran militares.

Néstor Coral, el tercero de los oficiales —capitán Kiko para todo el mundo—, había seguido un curso sobre interrogatorios en Colombia, que lo convertía, en cierto modo, en un especialista a punto de debutar. Pero cuando llegó la hora no quiso o no pudo brindar lo mejor de sus conocimientos, a juzgar por la pateadura que le dio al primer detenido del equipo, un joven a quien unos vecinos señalaron como sospechoso. El hombre simplemente daba vueltas por la sede recién estrenada del destacamento, una casa de dos pisos en la urbanización Mariscal Cáceres. Tres agentes lo capturaron y lo metieron al local, donde comenzaron a pegarle furiosamente. Transformado en líder, el SO2 Gumercindo García Paico, uno de los dos choferes, puso boca abajo al muchacho, le sacó los zapatos, le levantó los pies, y con un palo empezó a golpearle las plantas. Kiko no quiso quedarse atrás y colaboró pateando a la víctima, que gritaba agudamente.

—¡Habla, conchatumadre! —le decía, apaleándolo, García Paico.

Repetía la pregunta y los golpes. ¡Pero el detenido quería hablar!

—¡Sí! ¡Sí! —le imploró—. ¿Qué quiere que le diga?

García Paico no sabía qué preguntarle.

El comandante Pato, que había llegado en medio de la golpiza, ordenó detenerla. Pidió una silla y se puso a conversar con el muchacho. Un momento después dispuso que fuera liberado. Cuando todos se dispersaban, el agente Paul Ortega se volvió hacia Paz:

—Mi comandante, el chofer a qué vino acá: ¿a manejar las camionetas o a interrogar?

---

<sup>11</sup> Texto en el que se analizan uno o varios hechos verificados.

Ortega ya era el analista del destacamento. Mejor dicho, hacía el trabajo del capitán Kiko. Empleaba todo el día examinando cada Informe de Agente, descifrando manuscritos sendenstas, confeccionando cartas de situación, redactando notas de inteligencia e, invariablemente, preparando la Síntesis de Información Diaria, que debía estar lista al caer la noche, que era cuando Kiko se aparecía.

—A ver, Ortigueta ---decía el capitán—. ¿Ya está la SID?

El aludido casi nunca contestaba. Con un dedo señalaba un papel mecanografiado, encima de su mesa. Coral lo hojeaba mientras caminaba a la oficina del comandante. Unos minutos después regresaba con el informe rubricado por Paz. Y solía decirle a Ortega:

—Oye, hay que enviar esto.

Tenía un aire de haber trabajado mucho, o así lo percibían los agentes. Ortega disponía llevar el documento a Los Cabitos, donde un telefax lo transmitía al SIE.

Así era la división del trabajo en el servicio, y en la búsqueda ocurría algo parecido. Los suboficiales recogían información en la calle, mientras los oficiales los monitoreaban desde la oficina, en los cargos de jefatura. Iba a pasar lo mismo cuando, un tiempo después, se tuviera que matar. Salvo excepciones, a muchos de los interrogados en el destacamento los matarían los agentes con sus propias manos. Poco a poco, estos hombres se volverían expertos en el proceso de buscar-interrogar-ejecutar-enterrar. Al comienzo en el local de Mariscal Cáceres; luego en la Casa Rosada, en la urbanización Villa Jardín; y también en Los Cabitos y en ~~las~~ bases contrasubversivas del departamento.

En enero de 1983 aún eran inocentes. Ninguno de los suboficiales que llevó Edgar Paz a Ayacucho —tenían entre veinte y veinticinco años— había disparado a la cabeza de un hombre maniatado.

La evolución comenzó ese verano. Sobre todo para Jesús Sosa.



## CAPÍTULO 2

# La Retransmisión

¿Contra quiénes pelearía el general Noel? Un año atrás, la noche O del 27 de febrero de 1982, buena parte de los que debían ser identificados por los agentes del SIE estaba en una casa de Huamanga, planificando el golpe más audaz de Sendero Luminoso en Ayacucho: el asalto a la cárcel de la ciudad. El grupo escuchaba a César, de veintiocho años, mando militar de la acción.

César era alto y enérgico. Sus maneras expresaban la decisión férrea de atacar el penal, por mucho que pareciera una locura liberar con un puñado de hombres a más de cincuenta detenidos. A su lado, asintiendo con la cabeza, lo observaba la agraciada camarada Clara. Para la acción, el partido reunió por primera vez a combatientes de los comités zonales de Ayacucho y Cangallo-Fajardo. El teatro central de la guerrilla comprendía los departamentos de Ayacucho, Apurímac, Huancavelica y Andahuaylas, en cada uno de los cuales funcionaba un Comité Zonal. Estos cuatro organismos eran los pilares del Comité Regional Principal (CRP); pero el CRP aún no tenía una directiva que lo representara, y cada zonal reportaba al Comité Central. Sus miembros, salvo los secretarios, no se conocían entre sí.

En el CRP los comités más influyentes eran los del departamento de Ayacucho: el de Cangallo-Fajardo, cuyo secretario era César, y el de Ayacucho, dirigido por Clara. El primero trabajaba en las serranías de mayor pobreza y extensión. El otro, en la capital del departamento y en la provincia de Huanta, contigua a una zona de selva. De los dos dirigentes, Clara tenía mayor rango: pertenecía al Comité Central, al que César aún no llegaba. Ella sería el mando político de la acción, y César, el mando militar. Como tal, éste controlaría las operaciones<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Clara y César eran personajes desconocidos hasta la aparición de este libro, así como los dirigentes del Comité Zonal de Ayacucho que serán identificados más adelante. La preparación de estos capítulos demoró dos años por la escasez de senderistas que a la

En la noche siguiente, los presos senderistas se amotinaron mientras asaltaba el penal un piquete protegido por francotiradores. Otros atacantes retendrían en sus locales a los policías de la ciudad. Los detenidos reducirían a los guardias penitenciarios y abrirían el portón de acceso. Antes de la fuga, confiscarían todo el armamento.

Todo fue planeado en Lima por Abimael Guzmán. Inclinado ante un croquis, César recordó los pormenores a los asistentes. Un detalle era que el camión del rescate debía llegar a la calle Garcilaso de la Vega. En realidad, César repitió una indicación de Guzmán.

—Qué tal la memoria del camarada Gonzalo —dijo uno de los presentes—. Figúrense, acordarse del nombre de este callejón.

No sólo eso. Guzmán recordaba perfectamente las características de la cuadra que daba al frontis de la cárcel, en la calle Maravillas, e indicó las casas donde debían ubicarse los francotiradores.

Los asistentes repasaron el plan. Integrarían piquetes de cinco o seis personas que actuarían en diferentes lugares de Huamanga: Ataque 1, Ataque 2, Contención, Retirada. Estaba claro quiénes tomaban el camión, cómo se atacaba, dónde recogerían a la gente. Todo quedó listo, y César levantó la reunión. El asalto no podía fallar.

Pero falló.

La noche del 12 de marzo, el mismo grupo senderista desarrolló una tensa reunión en una casa de Huamanga. El camarada César se había criticado duramente. Clara también lo responsabilizaba.

—César es el mando militar —dijo Clara—. Él debía tener previsto todo, pero vaciló. Aquí fue un problema de vacilación lo que hizo fracasar el brillante plan concebido por la dirección.

Conforme a lo previsto, los presos senderistas se amotinaron mientras afuera los atacantes ocuparon sus posiciones. Pero nunca llegó el camión para rescatar a los prisioneros. Sin vehículo, proseguir la acción era imposible, y César la declaró cancelada. En la cárcel, los policías debelaron el motín. Hubo cuatro senderistas muertos y dos heridos, que fueron llevados al hospital público.

La cólera de Gonzalo fue transmitida a los responsables, a quienes culpó de graves desviaciones. El partido estaba a pocos días de una reunión decisiva, la Segunda Conferencia Nacional, que debía inaugurarse

---

vez fueran testigos y aceptaran hablar. Muchos dirigentes murieron en enfrentamientos o asesinados sin que se supiera su importancia y a veces hasta su nombre. Algunos dirigentes detenidos colaboraron parcialmente, limitados por la falta de una orden superior o porque no vivieron los hechos. En el 2001 las autoridades penitenciarias no permitieron al autor hablar con Abimael Guzmán, incomunicado desde 1992, quien aceptó por escrito ser entrevistado. La información que se ofrece proviene de fuentes senderistas actuantes en Ayacucho durante 1983 y 1985.

celebrando la liberación del principal contingente de prisioneros<sup>2</sup>. Ahora ocurriría lo contrario: el partido iba a quedar en ridículo ante el país y la dirigencia ante los militantes.

Entonces Gonzalo dio una orden definitiva. Lo hizo por teléfono, y los dirigentes de Ayacucho no lo creían. ¿Habían escuchado bien? Guzmán pedía volver a atacar la cárcel de Huamanga. De inmediato. Con el mismo plan y los mismos hombres, y a cualquier precio. Ya habría tiempo de arreglar cuentas con César y Clara.

Los de Ayacucho obedecieron y se organizaron para repetir el intento. Pero, antes, la autocrítica era fundamental, y dedicaron una hora a discutirla. ¿Por qué fracasó la acción del 28 de febrero? Si el plan era bueno, ¿cómo se explicaba lo del camión? El problema no podía ser la falta de vehículos, la impericia del encargado, o que hubo algo imprevisible. No. El problema, concluyeron, era que César desconfiaba del plan. Lo consideraba muy audaz, militarista.

Esto era común en las discusiones senderistas: los problemas siempre eran de naturaleza política y nunca surgían por otras causas.

En verdad, el plan parecía imposible. Protegían la ciudad más de doscientos policías, asentados en tres locales. El cuartel Los Cabitos, con sus trescientos soldados, quedaba a cuatro kilómetros de la cárcel. A su vez, el penal tenía su propia dotación de guardias. ¿Cómo neutralizar a toda esta fuerza con unos pocos atacantes?

Según sus acusadores, César no confió en el plan, basado en la sorpresa. No lo aplicó bien, y por eso la operación fracasó. La desconfianza en el plan, dijeron, produjo vacilación en el dirigente. Vacilación: aquél era el problema político, la explicación de que el camión no hubiera sido expropiado. Clara fue implacable.

El camarada César aceptó haber vacilado, por desconfianza en el plan magistral de la dirección, al que juzgó extremo y militarista.

—He perjudicado la moral de la clase —dijo, aludiendo a los efectos del fracaso sobre el ánimo de la militancia—. Heroicos combatientes han muerto por mi culpa.

La sinceridad de César parecía tan inmensa como su arrepentimiento. Añadió que había cambiado de actitud y que demolía sus posiciones equivocadas. Repudiaba, aborrecía su vacilación, asumía la excelencia del plan y lo aplicaría dando su sangre en otra acción.

En realidad, la junta no pretendía liquidar a César sino unir más a los militantes en torno de lo que harían. Era una convocatoria de *remoción*, en la que, tras ser blanco de las críticas, los equivocados corregían sus posiciones y luego combatían con más entrega y confianza en la dirección.

---

<sup>2</sup> El gran escape del penal de Huamanga formaba parte de un plan de fugas que debía ejecutarse en diversas cárceles del país y que se cumplió parcialmente.

En momentos como aquél, los senderistas podían llegar al climax de su devoción ideológica.

—Es la hora de la unidad —dijo Clara—. Y recordemos a Lenin: si peligra la moral de la clase, no importa cuántos líderes caigan<sup>3</sup>.

La noche del 2 de marzo, la acción sólo demoró media hora, y fue un éxito. Treinta y tres atacantes liberaron a setenta y ocho senderistas empleando seis fusiles FAL, seis carabinas y quince pistolas ametralladoras. Guzmán tuvo razón: la sorpresa y no el armamento fue lo decisivo. En realidad, a Sendero Luminoso siempre le faltaron medios<sup>4</sup>, que obtenía asaltando comisarías o ejecutando policías. Según el Ejército, hasta 1982 arrebató noventa y tres armas a las fuerzas de seguridad de Ayacucho, entre metralletas, pistolas y fusiles<sup>5</sup>. Por entonces su arsenal en la zona reunía unas ciento veinte unidades, nada extraordinario. Cada pelotón empleaba uno o dos fusiles y un par de pistolas, aunque hubo más en los años posteriores. En 1985, cuando el número de armas robadas llegó a ciento cincuenta y siete, la guerrilla tendría un total de quinientas unidades, a cargo de doscientos cincuenta mandos calificados<sup>6</sup>. Pero lo que tuvo a comienzos de los ochenta le bastó para aterrorizar a Ayacucho.

El impacto político del asalto fue brutal, y se agravó después de la fuga. En la madrugada siguiente, un grupo de policías mató a tres de los cuatro prisioneros senderistas internados en el hospital público de Huamanga, entre ellos al antecesor de Clara en el Comité Zonal de Ayacucho, Carlos Alcántara<sup>7</sup>. La imagen de lo sucedido cambió con esta venganza, que produjo en la población un repudio mayor que la fuga misma. Para Clara, el golpe fue terrible en lo personal: amaba a Alcántara. Eran pareja cuando él cayó detenido ese año.

Ese día, en Lima, el ministro del Interior, José Gagliardi, se disponía a renunciar. Lo impulsaba no tanto la imprevisión causante de la fuga sino el crimen cometido por miembros de una institución a sus órdenes. Su

<sup>3</sup> «No debemos permitir jamás que la moral de la clase sea mellada, no importa cuántos líderes caigan», dijo Lenin. La expresión reaparecerá en este libro. Destaca la importancia de grandes sacrificios para mantener el espíritu de lucha del proletariado, y Abimael Guzmán lo difundió ampliamente entre los senderistas. En los documentos partidarios, las víctimas de los asesinatos masivos de 1986 y 1992 en las cárceles de Lima cayeron «defendiendo la moral de la clase».

<sup>4</sup> *Medios*: armamento en el vocabulario senderista.

<sup>5</sup> *Lucha contrasubversiva de la Subzona de Seguridad Nacional del Centro-51983-1985*, Segunda Sección del Estado Mayor de la Segunda División de Infantería, 1986. Documento secreto.

<sup>6</sup> Sendero Luminoso llevaba armamento de un sitio a otro para sus acciones. Las cifras mencionadas concilian información de fuentes militares y senderistas.

<sup>7</sup> También fueron asesinados Russel Wensjoe y Amílcar Urbay. Alcántara y Wensjoe estaban hospitalizados desde antes del asalto al penal. Un cuarto, Eucario Najarro, dado por muerto, sobrevivió a un intento de estrangulamiento.

predecesor, José María de la Jara, dimitió cuando la Policía mató a un estudiante en Cusco. ¿Acaso no debía imitarlo? Lo disuadió el viceministro, Héctor López Martínez<sup>8</sup>.

El mayor problema era la humillación infligida por Sendero Luminoso al gobierno, al demostrarle su poder. El asesinato de los detenidos fue otra derrota moral. Nadie recordaría que en la acción se fugaron ciento ochenta delincuentes comunes y murieron dos policías. En Huamanga, un puñado de personas estuvo en el velorio de uno de ellos, Florencio Aronés. Al cadáver del senderista Carlos Alcántara, en cambio, lo acompañó una multitud. La soledad del mártir policial producía lástima cuando los entierros coincidieron en el cementerio.

Seis meses después, la senderista Edith Lagos murió en un enfrentamiento con la policía. Diez mil personas, algo nunca visto, siguieron el ataúd, envuelto en bandera roja y escoltado por militantes armados. Es cierto que era ayacuchana y famosa. Pero también era verdad que nadie lloraba así a un muerto del Viejo Estado en la ciudad.

En junio de 1982, el Comité Zonal de Ayacucho realizó la Re-transmisión de la Segunda Conferencia Nacional. Dirigentes intermedios, cuadros y combatientes, recibieron —les fue *retransmitido*— el informe del último Comité Central. Unas cien personas sesionaron durante cinco días. El partido otorgaba la mayor importancia a este tipo de reuniones, destinadas a mostrar lo que pasaba en el corazón y el cerebro de la dirección. Cada Comité Zonal hacía una para su área de influencia, en una base segura. En este caso, una casa hacienda del distrito de Macachacra, en la provincia de Huanta. El propietario era amigo. Los comuneros también; incluso hicieron vigilancia en los alrededores.

Durante los días previos, un comité improvisó tarimas en las habitaciones —tablones sobre piedras cubiertos con mantas— para que todos tuvieran lecho. Reunió frazadas, adquirió víveres y medicinas, coordinó el servicio de comidas. Cuando los primeros convocados llegaron, nada faltaba, incluida una sala de reuniones, en el ambiente mayor de la casona. Allí juntaron mesas en forma de herradura, de modo que los participantes pudieran verse las caras. También dispusieron varias filas de bancas. En una pared se lucían Marx, Lenin y Mao, junto a una gran bandera roja con dos líneas de palabras. La primera decía: «Retransmisión de la Segunda Conferencia Nacional».

La otra: «Batir para avanzar hacia las Bases de Apoyo». Debajo ubi-caron la mesa de la dirección. La distinguía una banderita roja con su mástil, su hoz y su martillo.

La noche de la víspera, los militantes departieron en el patio de la casa

---

<sup>8</sup> La fuente es un testigo presencial.

hacienda, enrojecido por el despliegue de banderas. La reunión comenzó a las ocho de la mañana siguiente, con el ingreso de los líderes, precedidos por Clara, la secretaria del Comité Zonal. Adentro, las ubicaciones dependían de las jerarquías. En la mesa principal, Clara y los mandos. En el resto de la herradura, de mayor a menor cercanía con la dirección, los cuadros probados, los cuadros y los militantes. Los combatientes ocupaban las bancas: eran miembros del Ejército Guerrillero Popular que hacían méritos para ser aceptados en el partido.

En su sitio, todos se mantuvieron de pie. Así cantarían *La Internacional*.

Una vez concluido el himno, los asistentes se sentaron, menos uno, que ocupaba la mesa de dirección. Por tratarse de una Retransmisión que reunía a combatientes, quien comenzaba la reunión era Aurelio, subsecretario y mando militar del Comité Zonal de Ayacucho. Si el auditorio hubiera sido de militantes, la primera oradora habría sido Clara, secretaria y mando político. Aurelio debía, pues, dirigirse inicialmente a los asistentes.

—Compañeros —dijo—: en nombre del Partido Comunista del Perú, y por encargo del Comité Central, como mando militar y estando en la conducción de la zona guerrillera, doy inicio a la Retransmisión de la Segunda Conferencia Nacional. Y lo hago con mi incondicional sujeción a la jefatura, al presidente del partido, el camarada Gonzalo...

Este era un rito común en las ceremonias políticas senderistas: una declaración de obediencia y devoción a Gonzalo. Al hacerla, Aurelio movía el brazo derecho de arriba abajo, como dándose cuerda. Su seudónimo en el partido era Gite, pero las fuerzas de base, los campesinos amigos, lo conocían como Aurelio, de acuerdo con la política de doble identidad establecida para reconocerse dentro y fuera de la organización. Años después, Aurelio fue referido a la Policía como Gite, y como tal se quedó en sus archivos. Su intervención fue breve: resaltó la importancia del evento y le pasó la palabra al mando político de la compañía y secretaria del Comité Zonal.

Se hizo un silencio para escuchar a Clara, hasta que irrumpió su voz grave. Comenzó, también, expresando su sujeción incondicional al camarada Gonzalo. Pero de un modo más laudatorio, más vibrante que el de Aurelio:

—Expreso mi absoluta sujeción a la jefatura; mi total, pleno, cabal, incondicional respaldo al hijo más preclaro de la clase, que condujo magistralmente la Segunda Conferencia Nacional. Mi sujeción a quien dirige la guerra popular en el Perú, al faro luminoso de la revolución mundial.

Y añadiría: —Mi sujeción plena al partido, mi sujeción plena a nuestra línea política general, mi sujeción plena a nuestra concepción invicta del marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento guía del camarada Gonzalo<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Antes de considerarse maoísta, la doctrina senderista se definía marxista-leninista-

Al hablar así marcaba una pauta. En adelante, todos la imitarían, siendo enfático trémulos al referirse a las mismas lealtades.

Clara expuso la agenda. Primer punto, Retransmisión, osea, el resumen de la Segunda Conferencia. Segundo punto, Toma de posición, donde habría espacio para la lucha de dos líneas, el método maoísta para avanzar resolviendo las contradicciones mediante la crítica y la autocrítica. Cada fase era tradicional y lenta. Clara tardó más de un día refiriendo los debates sobre el estado de la lucha de clases y el balance de las acciones del partido. Comenzó analizando el contexto mundial para descender luego a la coyuntura vernácula, precisando, en cada caso cómo percibía la jefatura los asuntos. De cuando en cuando mencionaba citas de Lenin, Marx y Mao Tse Tung, y hasta expresiones académicas sobre el arte militar que repetía fielmente, pues no se permitiría aportes propios o inauténticos. Como, por ejemplo, cuando invitó a los asistentes a considerar las normas sobre el don de mando del general Rommel para aplicarlas en la zona guerrillera: conocer su función, conocerse a sí mismo, dar el ejemplo, actuar con iniciativa, asumir su responsabilidad, conocer a sus hombres, emplearlos según su capacidad, mantenerlos intormados, buscar su bienestar entrenarlos como equipo, asegurarse de que comprendan las tareas, asegurarse de que las cumplan<sup>10</sup>. El camarada Gonzalo las había citado de memoria en la Segunda Conferencia.

Del mismo modo, Clara retransmitió las palabras de Gonzalo acerca de las que llamó cuatro cuestiones sobre el poder: cómo conquistarlo, a quién entregarlo, cómo mantenerlo, con quién compartirlo. Había igual número de principios de acción. Uno, el poder era para el partido y la clase, y no para feudos personales. Otro, aniquilar las fuerzas vivas del enemigo para conservar las propias. Los dos restantes reflejaban la ineludible necesidad de aliarse con los campesinos, pero luego de liquidar a su pequeño mundo político: a las autoridades, a los gamonalillos, a los policías, a los delatores, a los campesinos rebeldes. Así, el tercer principio fue batir para avanzar hacia las Bases de Apoyo. Y el cuarto, crear las Bases de Apoyo.

Guzmán empleó la palabra *batir* en su acepción destructiva. «Significa arrasar. Y arrasar es no dejar nada», dijo. De modo que «¡Batir!» fue la exclamación característica en la Segunda Conferencia. Debía destruirse toda representación del Viejo Estado en el campo, donde crecerían, como

---

pensamiento Mao Tse Tung. En 1982 fue marxista-leninista-maoísta-pensamiento guía del camarada Gonzalo. A comienzos de 1983 Guzmán sería elegido presidente del partido y de la inexistente República Popular, y entonces la composición cambiaría a *Pensamiento guía del presidente Gonzalo*. Sendero Luminoso nunca llegó a ascender sus aportes al nivel de *gonzalismo*, o *guzmanismo*, de modo que pudiera igualarse a los ismos derivados de Marx, Lenin y Mao. Tal vez era un deseo íntimo.

<sup>10</sup> Mención al paso de las normas: son once y merecen una presentación más amplia.

brotó en jardín burgués, los Comités Populares del Nuevo Poder.

Los asistentes tomaban nota de lo que se decía, para informar después a las bases. Todavía se escuchaba, nadie debatía. A las doce se sirvió el almuerzo, con un solo plato. Los almuerzos consistirían en frijoles con guiso de carne, tallarines con atún y otras combinaciones basadas en menestras, acompañadas con pan, cancha o mote.

Se comenzaba a comer cuando el último plato estaba servido. Al final, un vaso de mate, y luego un descanso hasta la una y media, cuando la sesión continuaba. A las ocho de la noche servían la cena, terminada la cual el patio de la casona se poblaba de contertulios y cantores, de combatientes que caminaban de un lugar a otro como en un cuartel, mientras en el salón algunos dirigentes conversaban.

La parte más picante del informe de Clara era el balance de la lucha revolucionaria. O sea, la situación de las dos colinas, metáfora maoísta alusiva a los bandos enemigos. Por un lado, Clara embestía contra el gobierno belaudista y su «política hambreadora», ridiculizando sus manotazos de ahogado ante el incontenible curso de la guerra popular. También criticaba a la Colina de acá, pues buena parte de la Segunda Conferencia la dedicó Guzmán a combatir la línea oportunista de derecha; «que trata de convertir a la organización en un núcleo de marxistas pequeñoburgueses». Un grupo de dirigentes encabezado por Nicolás, fue duramente atacado en la lucha de dos líneas. Nicolás era Osmán Moróte, durante varios años erróneamente considerado el número dos por la policía y la prensa. Moróte no estuvo de acuerdo con matar autoridades en forma indiscriminada, y perdió su condición de dirigente<sup>11</sup>.

El balance de Clara fue optimista: el partido crecía, los comités populares surgían, la otra colina tambaleaba. Su informe concluyó al caer el segundo día. En la mañana siguiente comenzaría el debate propiamente dicho, la toma de posición, en el que los oradores previsiblemente apoyarían las conclusiones que la dirección les transmitía a través de Clara. Lo hicieron, siguiendo un orden de jerarquías. Primero los responsables del Comité Zonal, después los cuadros probados, luego cuadros y militantes y, por último, los combatientes. Así, a Clara la sucedió Aurelio, y a éste César, al que siguió Tomás. Y a continuación, otro César.

Sus exposiciones observaron la misma estructura —el mundo, el Perú, el partido—, destacaron partes específicas del informe y remataron con una rotunda opinión sobre los asuntos internos. En este punto, resaltaron los problemas identificados por Clara, fustigando a quienes los provocaron. Era un adelanto de la forma en que les atizarían después, en la fase más tensa de la lucha de dos líneas.

De los cinco miembros de la mesa directiva, Clara, de veintisiete años,

---

<sup>11</sup> Visitado en el 2002 en la prisión de Yanamayo (Puno), Moróte se negó a revelar al autor detalles de la Segunda Conferencia Nacional.



desertora de la especialidad de sicología en Federico Villarreal, era la de mayor preparación y rango, pues pertenecía al Comité Central. Aurelio, de veintidós, también había sido universitario, en la especialidad de agronomía en San Cristóbal de Huamanga, aunque los trotes por las serranías le dieron una apariencia de campesino ojón y pequeño, de piel oscura. Se llamaba José Arango Huaranca y a la sazón usaba otro seudónimo, Gite, que coincidía con las iniciales de sus padres, Gilberto y Teresa<sup>12</sup>. En 1988 moriría sin llegar a ser secretario, en un enfrentamiento en la zona de Chungui. Cayó herido en el río Pampas, que se lo llevó. A su lado estaba Óscar Ramírez Durand, el célebre Feliciano, quien huyó para seguir como el implacable hombre fuerte del Comité Principal<sup>13</sup>.

En cuanto a César, se trataba de Saturnino Mendieta, un sastre trujillano de veinticuatro años. Era un César distinto del de Cangallo —el mando militar durante el asalto a la cárcel—, siempre sonriente y animado. Pese a ser costeño, se destacaba como gran caminante en las serranías. La Policía no supo de su existencia hasta que, un poco después de la Retransmisión, fue delatado, detenido y enviado a la cárcel de Lurigancho, en Lima. Durante el proceso no pudieron probarle delitos, y salió libre en 1986, poco antes de la famosa matanza de senderistas en el penal. Aún viviría otros seis años, hasta que cayó abatido en un enfrentamiento en Huánuco, en 1992.

A su lado descollaba Tomás, Lleras para las masas, un ayacuchano alto e inflado, responsable de la llamada red territorial, el sistema de apoyo campesino al partido. Su trabajo era político, ajeno a la conducción militar, a cargo de Clara, Aurelio y César. Víctor Quintanilla —tal era su nombre— hablaba fluidamente quechua, una cualidad indispensable para el proselitismo rural.

Un quinto dirigente operaba en la ciudad, al mando del comité local de Huamanga. Se llamaba, también, César. Era, pues, un tercer César, conocido como Carlitos por los milicianos, o como Chino en trances más informales. Tenía ascendencia asiática y un aspecto típicamente urbano, el de un estudiante con zapatillas y jeans. Venía de Lima y desapareció junto con Tomás, cuando ambos caminaban por las calles de Huamanga.

Estos dirigentes fueron hablando uno a uno para referirse al informe de Clara. Les siguieron los militantes probados, quienes, sin existir como estamento, tenían liderazgo y antigüedad, y podían remplazar a un miembro muerto o detenido del Comité Zonal. Se destacaba Carlota Tello

---

<sup>12</sup> Años después, la Policía llegó a descubrir a un Gite en el Comité Regional Principal, pero nunca supo su nombre. En este libro por primera vez son identificados Arango y el resto de miembros del Comité Zonal de Ayacucho entre 1982 y 1984.

<sup>13</sup> Feliciano dirigió el Comité Zonal de Ayacucho (y el Comité Regional Principal) desde 1985.

Cuti, la pequeña y flamígera senderista que trabajaba con Tomás en la red territorial. Y Ángel, cuyo verdadero nombre era Alfredo Pillpe Huayta y a quien apodaban Chueco porque tenía la mandíbula torcida. Exestudiante universitario, fue uno de los que se fugaron de la cárcel de Huamanga. Cuando Tomás y el *Chino* César desaparecieron, él y Tello tomaron sus lugares en el Comité Zonal. De sus respectivas suertes sólo se conoció la de ella —Marcela en el partido, Carla entre las masas—: los diarios la dieron por muerta en un enfrentamiento, a fines de 1984, aunque las circunstancias verdaderas se conocerán más adelante en este libro. Ángel, en cambio, desapareció. Tal vez se fue del partido por sus propios pies.

Intervendrían todos, sin excepciones. Los remates no dejaban dudas de lo que vendría en la lucha de dos líneas. Las críticas apuntarían a Clara y César, los principales dirigentes. Era el ajuste de cuentas por los errores de la fracasada acción del 28 de febrero.

En su informe, al abordar este punto, Clara reseñó las conclusiones del Comité Central sobre su propio comportamiento durante la primera tentativa de ataque al penal de Huamanga. Ella había conciliado con César, el mando militar, cuya vacilación produjo el fracaso de la acción y la muerte de cuatro camaradas. Clara se criticó sin piedad, repitiendo cargos que le hicieron en la Conferencia.

—Me faltó firmeza comunista. Actué como una celestina —dijo—.

Gonzalo la llamó celestina en la Conferencia. Aunque atacó más duramente a César, dedicó a Clara epítetos rebuscados, que ella, sinceramente avergonzada, aceptó. Pero no entendió una palabra principal, un adjetivo. Según un testigo, durante un receso preguntó a un militante versado qué era una celestina. Éste respondió:

—Una alcahueta.

Clara enrojeció de súbito. Varios la vieron llorar.

Como personaje senderista, Clara ha pasado inadvertida hasta la aparición de este libro. En la universidad se hizo maoísta, como miles de jóvenes en los setenta, pero se integró al grupo más radical, al único que realmente se preparaba para la lucha armada. ¿Por qué? El medio —los compañeros, la familia—, sin duda un factor influyente para abrazar cualquier causa, no explica por sí solo el compromiso de Clara, quien tampoco procedía de Ayacucho, la gran cantera de militantes senderistas. Nació en Huacho, cien kilómetros al norte de Lima, en una familia popular con la que vivió exenta de influencias políticas hasta culminar la secundaria. A los diecisiete se estableció en Lima para estudiar en Federico Villarreal, y se zambulló en la corriente que parecía más revolucionaria. Aún todos la conocían por su nombre verdadero: Elvira Ramírez Aranda.

En la primavera del 2001, su madre dijo para este libro:

«Durante toda su niñez, Elvira fue muy responsable y sensible. Nunca nos preocupamos por lo que tendría que estudiar, por sus tareas en el

colegio donde siempre se destacó. Usted puede ir al Mercedes Indacochea y preguntar. Era la primera. Y, por otro lado, sufría mucho por la gente pobre. Un día, cuando estaba en la secundaria, la vi en su cuarto, triste y llorosa, y le pregunté qué le pasaba. Estaba acordándose de una amigaquita suya que era muy pobre...».

Rodeando a la madre, asienten el padre y dos hermanos, un hombre y una mujer. Otro hermano varón está en la cárcel, sentenciado por terrorismo. La entrevista se ha desarrollado tristemente en una casa de un piso de los suburbios de Huacho, un chalecito color melón frente a un parque sin flores.

«Cuando se fue a la universidad, se volvió más austera y la veíamos muy poco —continuó la madre, una robusta anciana que dudó antes de hablar—. Vivía en pensiones en Lima. Pero seguía igual de sensible. Una vez vino aquí de vacaciones. Me hablaba de sus compañeros y me dijo: "Si vieras qué pobres son. Varios tienen tuberculosis y, aun así, tienen que estudiar y trabajar de mozos para poder mantenerse". Y la vi otra vez conmovida, al borde de las lágrimas».

En el Perú, por entonces, fracasaba una dictadura militar para los pobres, la revolución de los setenta, cuyas medidas espectaculares fueron la reforma agraria y la expropiación de los diarios. El camino de regreso lo había iniciado, en 1976, el general Francisco Morales Bermúdez, tras deponer al izquierdista Juan Velasco. Mientras desmontaba las medidas socializantes, Morales Bermúdez dispuso un «retiro ordenado» a los cuarteles que culminaría en 1980, luego de elecciones generales. Además, mantuvo la mano dura contra la oposición, continuó controlando los diarios y las universidades, y decretó despidos, alzas y austeridad fiscal para estabilizar la distorsionada economía. Naturalmente, se quedó sin amigos en el proletariado. El prosoviético Partido Comunista Peruano (PCP), otrora aliado de los velasquistas, pasó a una franca hostilidad, y la central obrera bajo su influencia organizó un exitoso paro nacional. Clara presencié este acto aquel 18 de julio de 1977. Vio temblar el régimen y sintió que el país ardía. Le pareció que era cierta la cercanía de una situación revolucionaria. Paradójicamente, ella se radicalizaba mientras el país se preparaba para la democracia.

Pero, ¿elecciones para qué? Según los compañeros de Clara, para reajustar el *capitalismo burocrático* que dejaban los militares, basado en la función económica estatal. En el campo retornarían los terratenientes, esta vez aliados con los grandes banqueros y el imperialismo norteamericano. Las principales actividades industriales —la minería, la pesca— pasarían a manos de monopolios privados, directamente asociados con las transnacionales. En las ciudades los obreros y la clase media pagarían el enorme peso de la deuda pública con la reducción de sus salarios o con su desempleo. En el Congreso se sentarían nuevamente los partidos del

sistema, acompañados por primera vez por toda la izquierda capituladora: la maoísta de Deng Xiao-ping, la revisionista, la trotskista, la velasquista, la cristiana, la mariateguista, la provinciana, la mirafloresina, la personalista<sup>14</sup>. Allí se volverían perritos falderos quienes insultaron a la dictadura en fábricas y universidades. Ellos decían que la lucha de clases se polarizaba pero no hacían nada para desarrollarla como lucha armada. Estaba visto que traicionarían al movimiento popular listo para estrellarse como un tren sin frenos contra el Viejo Estado. Porque, en las ciudades, estos falsos revolucionarios, una de cuyas figuras era el *encallecido revisionista* Jorge del Prado, secretario general del PCP, aún influían en el proletariado. En el campo, en cambio, millones de campesinos sin tierra permanecían abandonados, carentes de dirección política. Sólo un partido estaba dispuesto a organizarlos para tomar el poder: el Partido Comunista del Perú. Sólo un dirigente mostraba la férrea voluntad necesaria: Abimael Guzmán.

- Así veía Clara las cosas a fines de los setenta. Por entonces se preparaba para la lucha armada, como el resto de militantes de Sendero Luminoso. Ellos sabían que iban hasta el final, a diferencia de los izquierdistas, que pregonaban la lucha armada sin hacerla. ¿Qué había en la base de esta determinación? Sin duda circunstancias personales contribuyen a explicar cada caso —Clara era de quienes buscan una causa para entregarse—, pero esto era lo principal: la ideología reventaba en sus cabezas. A toda hora. En la última instancia de cualquier cosa palpitaba la doctrina de la materia eterna. Esta no sólo mostraba el camino para hacer la revolución. Si penetraba hasta los tuétanos, era una herramienta personal contra las atrocidades de la guerra, así como otra idea, la de patria (si penetraba hasta los tuétanos), protegía a los militares de los mismos horrores. La ideología ayudaría a matar, a perder la vida y soportar la tortura, a ver morir seres queridos. El fin lo justificaba. Elvira Ramírez no veía la sociedad sin clases, el comunismo. Pero por convicción ideológica ofrecería su sangre para regar el camino hasta allá.

El partido cumplía sus metas maravillosamente y en los plazos previstos. En toda circunstancia, el militante sabía por cuál estación transitaba el carro de la revolución. Así, mientras la izquierda sistémica poblaba una Asamblea Constituyente para redactar nuevas reglas de juego burguesas, el partido concluía su Segundo Momento, llamado Reconstitución, que tuvo dieciocho años y encarnizadas etapas de lucha interna —determinación, impulso, aplicación, culminación— previas al Tercer Momento, el de la

---

<sup>14</sup> En 1978 había un sinnúmero de grupos izquierdistas, y la mayoría de ellos participó en las elecciones para elegir representantes en la Asamblea Constituyente. El término «izquierda mirafloresina» estuvo dedicado originalmente a los defensores del proletariado que vivían en el distrito burgués de Miraflores, en Lima.

dirección de la guerra popular<sup>15</sup>. Y sobrevendrían nuevas etapas, planes, campañas, olas, con sus fechas y sus rótulos, verbos activos que latían en los cerebros senderistas como la mecha prendida de una dinamita: impulsar, conquistar, consolidar, rematar, batir. Cada verbo a su tiempo, según lo planificado.

Por otra parte, la Reconstitución purificó la ideología. Comenzaron como marxistas-leninistas, y luego, defendiendo la tesis de la lucha armada del campo a la ciudad contra los revisionistas de la vía pacífica —al comienzo dentro del prosoviético PCP—, decidieron recoger los aportes del jefe de la revolución china, y llegaron al *marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse Tung*. Más tarde, en los años de la lucha interna entre maoístas, al borde de la muerte como facción, añadirían otro pensamiento guía: el de Mariátegui, cuyos escritos rescataban la importancia del campesinado en la revolución. En sus boletines pusieron un lema, «Por el Sendero Luminoso de Mariátegui». Sin proponérselo, fabricaron el apelativo con el que serían célebres.

El tema de las denominaciones no acabó allí. En 1982, luego de juzgar que el trabajo de Mao contribuyó a la doctrina tanto como el de Marx y Lenin —ya no era *pensamiento Mao* sino *maoísmo*, médula de la teoría—, decidieron reconocer los aportes de Guzmán y llamaron a su ideología *marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo*. Era la pauta para hacer la revolución en el Perú, y sus cuadrículas permitían la desenfrenada planificación a la que estaban sometidos, con Gonzalo cronometrando los avances hacia la toma del poder.

Clara creía que las acciones del partido en Ayacucho calzaban en el engranaje matemático de la lucha de clases. En 1980 se había cumplido el plan de inicio, y transcurría la última etapa del segundo plan, «Desarrollar la guerra de guerrillas», aplicado en partes denominadas Primera Ola y Gran Ola, las cuales, a su vez, se subdividían en varios momentos y en dos campañas: Batir 1 y Batir 2. En fin, cada campaña se realizaba en las fases diseñadas por el *pensamiento Gonzalo*: preparación, inicio, desarrollo, remate, complemento. Y con cinco formas de lucha: propaganda y agitación armada, sabotaje, aniquilamiento selectivo, combates guerrilleros y paros armados. El reloj de la historia ponía un límite al segundo plan: diciembre de 1982. Durante el tercer plan, concebido hasta 1985, la guerrilla debía vencer al Ejército. La camarada Clara no lo ponía en duda mientras dirigía los debates de la Retransmisión.

Después de criticarse, Clara arremetió contra César por vacilar durante el fallido asalto a la cárcel. Por su importancia en la acción, César fue mayor blanco de críticas que Clara. Ni siquiera el éxito final del asalto a la

---

<sup>15</sup> Sendero Luminoso presume haber rescatado del revisionismo la organización de los comunistas, fundada por José Carlos Mariátegui en 1928.

cárcel lo libró de ser condenado por Guzmán y la Segunda Conferencia. En la Retransmisión ocurriría lo mismo.

César, nunca identificado hasta hoy, era Óscar Vera Ramos, egresado del Colegio Militar Francisco Bolognesi, de Arequipa. En el Anuario de la XIX Promoción, aparece su foto con estas palabras: «El popular Grone nació en la heroica ciudad de Tacna el 27 de mayo de 1954. Practica el fútbol. Piensa seguir minería». En realidad estudió pesquería, pero no concluyó. Abandonó la carrera para incorporarse a la lucha armada. Luego, en el partido, ascendió resueltamente hasta convertirse en el principal mando militar de Ayacucho.

César no estuvo presente en la Retransmisión, y esta ausencia restó dramatismo a las condenas<sup>16</sup>. No es lo mismo ver la cara y la respuesta de quien recibe los ataques, como ocurrió con Héctor, un profesor recientemente sancionado al que Clara acusó de cobarde, electrizando a los asistentes. Los oradores fueron más duros con Héctor que con César. De todos los pecados capitales en una organización militar, la cobardía es acaso el que inspira mayor desprecio.

Un hombre crispado se levantó de su asiento, en una de las bancas de los combatientes —había perdido su condición de dirigente—, y sorprendió al auditorio con una autocrítica por su falta de firmeza durante la toma de la cárcel de Huamanga. Sorprendió no tanto por lo que dijo sino porque no se esperaba que Héctor —pues era él mismo— estuviera presente. Muy pocos lo conocían. Afirmó que, en efecto, había incurrido en cobardía. Ahora quería demostrar» en la práctica, que esa conducta iba a ser corregida.

Los senderistas encontraron superficial la disculpa y lanzaron sobre él hirientes ataques que lo hicieron palidecer. ¿Esperaba contentarlos con un descargo tan inconsistente? Cuando una ronda de intervenciones rechazó de plano su defensa, Héctor reaccionó y ensayó una justificación más autocrítica. Estaba conmovido, convincentemente sincero. Eso tenía la lucha de dos líneas: removía a los militantes, quienes expulsaban sus culpas como un vómito.

Héctor no satisfizo a sus acusadores, de modo que recibió nuevas, violentas diatribas: desertor, miedoso, cobarde, mequetrefe, traidor a la clase, gallina, renegado, miserable, falso, mentiroso, hipócrita, farsante... Conforme encajaba los golpes, el profesor iba adquiriendo una apariencia de hombre demolido.

Habló por última vez. Viéndolo, nadie podía dudar de que estaba realmente arrepentido. Maldecía su debilidad y quería corregirla.

—Sí, camaradas, huí de la acción. Me parecía un suicidio. Pensé en mi familia. Olvidé que ella también es parte del pueblo, y que cuando nuestros combatientes entregan su vida también mueren por ellos. Mi lugar estaba

---

<sup>16</sup> César, secretario del Comité Zonal de Cangallo-Fajardo, no tenía por qué estar en una Retransmisión del comité que dirigía Clara.

allí, en la acción, camaradas, pero yo en este momento les aseguro que de ahora en adelante seré el más decidido combatiente. Quiero la primera fila de los que ataquen la próxima vez. Puedo demostrar con mi sangre que lo que les digo es cierto...

Héctor se detuvo porque las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Mírenlo. Lloro como una María Magdalena —dijo Carlota Tello.

—Compañeros —cortó Clara—: ya hemos discutido bastante este punto. La lucha de dos líneas nos ha cohesionado.

Cuando la Retransmisión concluyó, Clara se acercó a Héctor y lo abrazó. Era como decirle «te creemos, estás con nosotros».

Luego de que se despidieran, Clara ya no lo vería más. Ese mismo año, el 20 de julio, Héctor murió en el ataque al puesto policial de Tambo. Estuvo en la primera fila de los asaltantes, pero el balazo mortal lo alcanzó cuando la acción había concluido. Lo disparó un policía herido. Su cadáver se quedó en el lugar, y recién entonces fue reconocido como el profesor Bernabé Rodríguez Ramírez.

Aquel mismo año, César, el otro arrepentido, moriría también en la primera fila de una acción. Óscar Vera recibió un balazo el 22 de agosto, durante el sangriento asalto al puesto policial de Vilcashuamán, en el que fallecieron siete policías y unos treinta senderistas.

Como era el año de «¡Batir!», estaba previsto que la sangre corriera a raudales. A la prefectura de Huamanga llegaban siempre noticias alarmantes: la toma de un poblado, el asesinato de una autoridad, la voladura de un puente. Los policías combatían con la moral por los suelos, y conforme eran atacados abandonaban las comisarías de los poblados pequeños. Hasta julio tuvieron cinco bajas, que llegaron a treinta y tres en diciembre. No redujo víctimas la participación del Ejército en el combate. En 1983 contarían el doble de muertos con los militares administrando el departamento.

Los alcaldes y gobernadores también eran eliminados. Cuando la guerrilla tomaba un pueblo, llevaba a la principal autoridad a la plaza y la sometía a un juicio popular. Los comuneros podían votar por su muerte o concederle un castigo menor. A veces no había juicio, como cuando culpaban a la víctima de colaboracionismo con la Policía y la ejecución sólo era precedida por un discurso acusatorio. En 1982 fueron asesinados tres gobernadores, un teniente gobernador, tres alcaldes, dos dirigentes comunales, un dirigente político y un funcionario. Bien miradas, las cifras no son demasiado altas si se considera el pavor causado por las muertes. Las autoridades empezaron a dimitir en masa, cediendo más territorio a la subversión.

Aquel año Sendero Luminoso controlaba las zonas rurales de Cangallo, Víctor Fajardo, La Mar, Huanta y Huamanga, cinco de las siete provincias de Ayacucho. Allí, quien no colaboraba con la guerrilla por su gusto lo

hacia por la fuerza. Los curas ya no oficiaban misa. Los comerciantes cerraban sus negocios. Había lugares donde los campesinos pedían permiso a los senderistas para trasladarse de un lugar a otro. A muchos se les prohibió producir más de lo necesario para su subsistencia y no podían vender alimentos en las ferias dominicales. Los hacendados eran bárbaramente perseguidos: hubo seis asesinatos en 1982 durante el saqueo de diecinueve fundos, cuyo ganado terminó robado o destripado a machetazos.

En las ciudades, nadie expresaba abiertamente su desacuerdo con Sendero Luminoso, ni obstruía sus disposiciones. No por complicidad, sino por prudencia. Por eso los jueces eran magnánimos con los acusados de terrorismo y en algunos colegios los estudiantes cantaban himnos del partido. Un maestro, Rómulo Córdova, se negó a leer una proclama senderista a sus alumnos, sabiendo que podía morir. Su heroísmo no fue reconocido públicamente y ni siquiera existe un retrato suyo en el aula del Centro Educativo 30174 de Pomacocha, un distrito de Vischongo, donde fue asesinado a tiros.

Mientras tanto, Huamanga vivía sobresaltada por continuos asesinatos y por bombas que destruían locales públicos y torres de alta tensión. La Policía ya no patrullaba por las noches: se encerraba en sus oficinas para esperar el día siguiente. Era usual que luego de un estallido la población quedara a oscuras y que un par de cadáveres amaneciera tirado en la acera, con sendos tiros en la cabeza.

El último apagón antes de la intervención militar se produjo la noche del 3 de diciembre, en el cumpleaños de Abimael Guzmán. En el cerro La Picota se vieron las velitas de la torta: una hoz y martillo gigantescos, dibujados a fuego por ardientes antorchas de hojalata. El 11, el alcalde de Huamanga, Víctor Jáuregui, fue acribillado desde una motocicleta, mientras era tomada la ciudad vecina de Huamanguilla y ajusticiados en la plaza el alcalde, un concejal y un campesino. El 20, el subprefecto César del Solar recibió cuatro balazos a doscientos metros del cuartel de la policía. No murió, pero al día siguiente fue asesinado el director del Instituto Nacional de Cultura, Walter Wong, un hombre que gozaba de gran estimación en el partido de gobierno.

Recién entonces el presidente Belaúnde cedió a las múltiples voces que le pedían llamar a los militares. Sabía lo que significaba. El 22 de diciembre, el general Luis Cisneros, ministro de Guerra, afirmó ante la Comisión de Defensa de la Cámara de Diputados que la intervención del Ejército implicaría una matanza indiscriminada. Lo mismo, con otras palabras, advirtió al Consejo de Defensa Nacional el general Clemente Noel. La Policía había perdido el control territorial de Ayacucho y el cáncer, dijo, avanzaba hacia cinco departamentos: Huanavelica, Apurímac, Junín, Cerro de Pasco y Huánuco.



Cuando Noel acabó de exponer, Belaúnde decidió la intervención.

El encargo, como escribió después Noel en un libro testimonial, «obligaba a acciones militares de costos sociales importantes»<sup>17</sup>. Estaba seguro de que Sendero Luminoso tomaría Huamanga el 25 de diciembre, y por eso alistó su inmediato viaje a Ayacucho cuando salió del Palacio de Gobierno. Pero no hubo tal ataque. Desde su escondite en Lima, Abimael Guzmán decidió convocar a una reunión nacional de dirigentes. Quería construir mortíferas bases de apoyo campesino que fueran como un mar infestado de tiburones para los militares.

El ministro de Guerra, en cambio, creía que la experiencia sería pan comido para el Ejército. A Cisneros, apodado El Gaucho porque hizo su carrera en Argentina, se le escapó un comentario porteño:

—Esto será una pavadita —le oyó decir una fuente de este libro.

---

<sup>17</sup> *Ayacucho: testimonio de un soldado*, Lima, Publinor, 1989, p. 43.

## Capítulo 3

# La experiencia de matar

Mientras el Ejército se disponía a perseguir terroristas en Ayacucho, Abimael Guzmán reunió en Lima al Comité Central. Los dirigentes llegaron desde cuatro centros de militancia a varias casas de apoyo, donde pernctaron un día o dos<sup>1</sup>. Un aparato especial los trasladó al lugar de la reunión: una amplia y cómoda vivienda cuya dirección desconocerían, pues en el trayecto tuvieron los ojos vendados.

El evento, denominado Tercera Conferencia Nacional, comenzó los primeros días de enero y culminó en marzo, convirtiéndose en el más largo período de debates en la historia de la organización. Un tema obligado fue la adopción de decisiones estratégicas para enfrentar al Ejército. Los informes iniciales alarmaban: los campesinos habían empezado a matar guerrilleros.

Unas treinta y cinco personas componían el máximo organismo del Partido Comunista del Perú, que deliberaba en un rectángulo de mesas cubiertas con paño rojo. En esta ocasión transcurría una Conferencia Nacional —un evento más amplio que el pleno del Comité Central— con dirigentes de los comités zonales y otros cuadros importantes. En el centro de la sala, los retratos de Marx, Lenin y Mao daban el marco ideológico, encima de una gran bandera roja con la hoz y el martillo y la consigna de la campaña en curso: «¡Conquistar bases de apoyo!». Guzmán encabezaba la reunión, flanqueado por su esposa, Augusta La Torre, la camarada Norah, y por Miriam, quien sería su compañera a la muerte de Norah, Elena Iparaguirre. Hacían una especie de Santísima Trinidad, denominada

---

<sup>1</sup> Provenían del Comité Regional Principal, que abarcaba los departamentos de Ayacucho, Huancavelica, Apurímac y Andahuaylas; del Comité Regional del Centro, a cargo de Junín, Cerro de Pasco y Huánuco; del Comité Regional del Sur, correspondiente a Tacna, Arequipa, Puno y Cusco; y del Comité Regional del Norte, que comprendía Huaraz, La Libertad y Cajamarca. Además, desde sus zonales de Lima, asistían los miembros del Comité Metropolitano. Aún no existía el Comité Regional del Huallaga, que surgió en 1984.

después Comité Permanente Histórico. En la reunión, Norah haría aprobar la consigna «¡Aprender del camarada Gonzalo! ¡Forjarse a su imagen y semejanza!». Y luego otra que declaraba «Pensamiento guía» sus ideas. Miriam la apoyó. En diciembre último, ambas habían patrocinado el nombramiento de Gonzalo como presidente de la República Popular de Nueva Democracia. En esta Tercera Conferencia, los dirigentes ya se dirigían a él como «presidente Gonzalo».

Según testigos, el informe de los comités zonales del Comité Regional Principal acaparó la atención de los presentes. El Comité Zonal de Cangallo-Fajardo lucía un nuevo secretario, Marcial, sucesor de César, quien había muerto en el ataque al puesto policial de Vilcashuamán. Marcial dijo que las semillas de los comités populares estaban a punto de florecer y que los combatientes se preparaban para darle su merecido al Ejército. En cuanto al Comité Zonal de Ayacucho, Clara también fue optimista respecto del curso de la guerra. Advirtió, sin embargo, que las mesnadas, reciente patraña militar, demostraban un atrevimiento inusitado en Huanta. Aliadas con el Ejército, habían atacado al partido en varias comunidades.

Lleras, el dirigente del Comité Zonal que con Carlota Tello construía la *red territorial* en aquellas serranías, había sido expelido de Huaychao durante 1982. Vergonzosamente, con todo su equipo. El fin de año el camarada Martín, un comunista probado, fue muerto a machetazos en Iquicha, conforme narró a los dirigentes zonales, con ojos asustados, el adolescente que lo acompañaba, a quien perdonaron la vida. La propia Carlota Tello acababa de salvarse en Uchuraccay. Un gamonalillo dirigió al grupo que la atrapó en una vivienda de tránsito, para entregarla al Ejército. La salvaron los últimos campesinos adeptos que quedaban en la comunidad, quienes tuvieron que escapar con ella por las alturas.

El informe más preocupante procedía de Huaychao. Siete miembros de la compañía de Juan habían sido masacrados horriblemente. Juan no estaba para contarlos. Se hallaba con el resto de sus hombres en las partes altas de Huanta, quizá cercado por el Ejército.

Para la dirección era imprescindible recuperar las alturas de la provincia. Dominándolas, los combatientes podrían pasar libremente hacia otras regiones. Por el norte, a la ceja de selva de los departamentos de Junín y Huánuco, o hacia el noreste, a la zona tropical de Cusco. O también podrían irse, por el noroeste, a Huancavelica. Y todo de bajada, fácilmente. El problema era la resistencia de los iquichanos, el grupo étnico dominante, cuya rebeldía tenía una tradición repleta de enfrentamientos por motivos religiosos, prediales o personales, o si se quiere políticos, pues en el siglo XIX fueron los últimos peruanos en aceptar la independencia de España. No sorprendía que a los camaradas les hicieran hielo en aquel clima helado.

El Comité Central debatía estos asuntos cuando llegó la noticia de la

matanza de ocho periodistas en Uchuraccay, la comunidad contigua a Huaychao. Las muertes fueron parecidas: los comuneros asesinaron a los forasteros con sus propias manos.

En Los Cabitos también sorprendió la matanza en Uchuraccay. Para los militares, que campesinos eliminaran terroristas por su cuenta y riesgo, como en Huaychao, era una bendición del cielo, una práctica imitable en otras zonas. Lo de Uchuraccay, sin embargo, tenía otras implicaciones, porque las víctimas eran periodistas. El comandante Pato tuvo que distraer personal para averiguar algunos detalles desconocidos. Por entonces, como sabemos, sus hombres hacían ímprobos esfuerzos para lograr información vendiendo calzones de nailon.

Aunque los agentes del SIE aún no se manchaban las manos con sangre, sí estaban dispuestos a arriesgar el pellejo para luchar contra el cruel enemigo desconocido. De aquello hablaban en sus primeras semanas ayacuchanas desde las seis de la tarde, cuando comenzaba el toque de queda y mataban el tiempo como podían, ya en el cuartel, donde algunos dormían, o en sus hoteles. En el hostel Santiago, como verdaderos comerciantes de paso, los agentes tomaban cerveza en el amplio balcón exterior que daba a la calle Nazareno, y se formaba entre ellos la camaradería de quienes se sienten en un lugar peligroso.

Todos eran suboficiales, que constituyen la masa de La Fábrica en cualquiera de sus tres variedades: Agente de Inteligencia Operativo (AIO), un sabueso en el sentido amplio; Agente de Inteligencia Escucha (AIE), adiestrado para interceptaciones telefónicas; o Agente de Inteligencia Criptólogo (AIC), que descifra mensajes codificados. Una vez egresados de la Escuela de Inteligencia, después de dos años de estudios<sup>2</sup>, hacían labores de asistencia en el SIE a cambio de unos ciento cincuenta dólares mensuales; un sueldo flaco pero seguro. Habitados a estrecheces, preferían la pobreza de los suboficiales a ser perseguidos por el desempleo en el mundo de los civiles.

Algunos estaban habituados al Ejército: eran hijos de choferes o mayordomos de generales, o de técnicos, o de suboficiales. Otros continuaron en la institución tras haber cumplido el servicio militar como soldados rasos, algo que ningún joven pudiente hace en el Perú. Y se contaban, desde luego, los que querían ser investigadores, como Jesús Sosa. De acuerdo con sus méritos, los agentes subían desde el grado tercero hasta el primero de suboficial (SO3, SO2, SO1), y luego podían adquirir el título de técnico y subir otros tres niveles, sobre los cuales aún había tres más: técnico jefe, técnico superior y técnico supervisor, una suerte de mariscal de los suboficiales. Sin embargo, todo este recorrido nunca haría que un técnico fuera más que un oficial de la menor graduación en el

---

<sup>2</sup> Actualmente la escuela diploma a sus agentes después de tres años de estudios.

Ejército.

Al cuarto año de su servicio el AIO descubría que sus jefes en el SIE eran aves de paso, oficiales que al cabo de un año esperaban ser sacados de allí, donde no mandaban tropa y estaban desubicados para los ascensos<sup>3</sup>. Los inquilinos eternos de La Fábrica serían ellos, viendo caer y subir comandantes y coroneles, y conociendo sin curiosidad los incidentes secretos de todos los gobiernos. Mientras el país se inclinaba a la izquierda —en 1985 el socialdemócrata Alan García disputaría la presidencia con el marxista Alfonso Barrantes— no tenían querencias ni antipatías políticas, y ni siquiera podía decirse que odiaran a los terroristas. Simplemente se disponían a combatirlos y hasta a eliminar a sus desquiciados militantes, a quienes era mejor matar antes de que terminaran con uno.

En el fondo, los agentes sentían un íntimo orgullo al arriesgar sus vidas para librar al Perú de Sendero Luminoso. Estaban satisfechos de ser militares, y a veces lo decían abiertamente, despabilados por un par de cervezas. Aún no se insinuaban los años de catástrofe institucional, la vergüenza. El Ejército permanecía por encima de los políticos, de los ricos, de los curas, de los periodistas, gente que no iba a librar al país del flagelo terrorista. Y de esto se conversaba animadamente en el hoátal Santiago mientras transcurría la noche.

Allí conoció Jesús Sosa a quienes serían sus compañeros de matanzas e infortunio, y con quienes aparecería en las fotos de los diarios y en las noticias internacionales. Varios parroquianos del hostel Santiago serían seleccionados nueve años después para integrar un equipo de élite destinado a liquidar terroristas, el famoso Grupo Colina, símbolo de los crímenes de Estado de los noventa. Allí estaban, temerosos de su futuro en la guerra, aún inocentes. Tan joven el extravertido Hugo Coral, que sobrevivió al escándalo y recién dejó el Ejército en 1999. Y Ángel Pino, antes de especializarse en la interceptación telefónica<sup>4</sup>. Y el futuro delator, Julio Chuqui, uno de los más antiguos entre los que fueron a Ayacucho. Y el apacible Nelson Carbajal, al que ya apodaban Pétete. Y Ángel Sauni Pomaya, siempre asociado públicamente al destacamento aunque jamás lo integró. En 1993, cuando la prensa descubrió el Grupo Colina, Sauni pasó inadvertido, pero se hizo célebre tres años después, cuando dinamitó un local de Global TV, por entonces filial de la española Antena 3.

Hasta Enrique Martín Rivas, quien sería el jefe prominente del Grupo Colina, hacía en Ayacucho sus pininos como oficial, aquel verano de 1983.

---

<sup>3</sup> En el SIE había oficiales que hicieron el Curso Básico de Inteligencia (CBI), cuando eran capitanes, y a quienes el trabajo en La Fábrica podía favorecer para un ascenso. Pero no todos habían seguido el CBI.

<sup>4</sup> En rigor, Pino no estuvo destacado al grupo del comandante Paz, sino a la dotación Los Cabitos.

Pero no estaba asentado en Huamanga ni tuvo relación con los suboficiales del hostel Santiago. Construía carreteras en Cangallo, como correspondía a su especialidad militar, la ingeniería. En los años siguientes hizo lo mismo en otros lugares, hasta que cayó en el SIE en 1988. Sin embargo, nadie creyó esta parte de su biografía cuando ya era considerado un enemigo público y empezó a defenderse por la televisión. Entonces dijo que nunca fue un militar entrenado para matar, pues lo suyo era la construcción de puentes y caminos y, a lo más, el análisis de inteligencia. Esto era cierto, pero sólo hasta 1988. Como veremos después, ese año Jesús Sosa fue a buscarlo para una entrevista que le cambió la existencia.

Pero transcurre 1983, y Jesús Sosa aún no ha matado a nadie ni conoce a Enrique Martín. Está en el hostel Santiago, convenciéndose de la inoperancia de su trabajo como vendedor ambulante. Lo asediaba el desánimo cuando recibió una orden novedosa: averiguar aspectos de la matanza de periodistas en Uchuraccay. La mayoría de víctimas pertenecía a diarios y revistas de Lima<sup>5</sup>. Sosa debía indagar en qué circunstancias viajaron a la pobre aldea donde encontraron la muerte. De momento, no parecía un encargo imposible.

A miles de kilómetros de donde se reunía el Comité Central, el camarada Juan se reponía del feroz golpe infligido a su compañía por los comuneros de Huaychao. El 21 de enero siete milicianos habían sido victimados a golpes en el pueblo. Juan, un dirigente con varios años de trabajo en la zona, jamás esperó que los campesinos se comportaran de esa manera. Los sobrevivientes, que huyeron en desbandada, demoraron un par de días en reagruparse, y con ellos sacó dos conclusiones. Primero, lo de Huaychao tenía relación con la rebeldía de la aldea vecina de Uchuraccay, donde el camarada Martín fue asesinado. Segundo, él y su gente corrían grave peligro en las alturas de Huanta, cuyas comunidades concertaron para aniquilarlos. Quizás Uchuraccay y Huaychao coordinaban con el Ejército. Convenía buscar un lugar seguro, junto con campesinos verdaderamente aliados.

Unos veinte milicianos de Juan ocuparon las montañas de Balcón, una comunidad amiga desde donde se podían ver los movimientos de una cabra a dos mil metros a la redonda. Allí descansaban, esperando tiempos mejores, cuando los periodistas que serían asesinados iniciaron su viaje desde Ayacucho hasta Huaychao para investigar la matanza. Desconfiaban de la versión gubernamental, según la cual los comuneros mataron a los senderistas respondiendo a una agresión. Denuncias imprecisas mencionaron a niños entre las víctimas, aunque el propio presidente, -en

---

<sup>5</sup> Murieron Eduardo de la Piniella, Pedro Sánchez y Félix Gavilán, de *El Diario de Marka*; Jorge Luis Mendivil y Willy Retto, de *El Observador*; Jorge Sedaño, de *La República*; Amador García, de la revista *Oiga*, y Octavio Iníante, del diario *Noticias de Ayacucho*.

gesto insólito, felicitó a los asesinos<sup>6</sup>.

Cuando los periodistas aparecieron en el horizonte, un vigia avisó a Juan que se acercaban desconocidos a pie. El dirigente caminó hasta el borde de una quebrada para ver mejor. Después volvió a la cabaña donde se alojaba y dio algunas instrucciones. Su compañía era la única representación del partido en la zona, de modo que si los reporteros querían entrevistar a Sendero Luminoso, como se divulgó después, el encuentro debía producirse en las próximas horas.

¿Sabía Juan que los que venían eran periodistas? ¿Concertó con ellos una entrevista? ¿Qué hizo cuando se acercaron a su posición?

Pocos crímenes fueron tan investigados en el Perú como la matanza de periodistas del 26 de enero. Ningún actor de la guerra lo esperaba, e inicialmente hubo una enorme resistencia para admitir los hechos básicos tal como ocurrieron: que los campesinos decidieron eliminarlos cuando los confundieron con terroristas. Por otra parte, pese al tiempo transcurrido, se mantuvo el enigma de si los periodistas concertaron un encuentro con la guerrilla. Testimonios inéditos iluminarán aquí este episodio, para lo cual volveremos al momento en el que, luego de matar a golpes y machetazos a sus víctimas, los comuneros mostraron a la Policía una bandera roja con hoz y martillo que, según dijeron, traían consigo.

El general Noel declaró que la tela hizo que los comuneros confundieran a los periodistas con subversivos. Según la prensa izquierdista, en cambio, los militares propiciaron los asesinatos para que no se investigaran los crímenes de Huaychao<sup>7</sup>. Cuando una comisión presidida por el escritor Mario Vargas Llosa dijo que los uchuraccainos creyeron haber ejecutado terroristas, una enérgica desaprobación surgió desde los denunciadores de la responsabilidad militar. Parecía imposible que el Ejército no tuviera culpa. Y lo de la bandera era una patraña, una falsa evidencia sembrada por la Policía.

Pero lo cierto es que los reporteros planearon encontrarse con una columna senderista. Muchos años después de los sucesos, el periodista ayacuchano Mauro Montes declaró para este libro que uno de ellos, Octavio Infante, le pidió participar en un viaje para entrevistar al «jefe grandazo». Montes, que escribía en *Noticias*, el periódico dirigido por Infante, creyó que éste alardeaba, y para avisarle su negativa fue a su taller de la calle Bellido. Mientras conversaban, un ayudante salió de una pieza interior descorriendo una cortina. Dejó a la vista, en el suelo, una tela roja

---

<sup>6</sup> El 23 de enero, hablando públicamente de los hechos, Belaúnde elogió el «patriotismo» de los pobladores.

<sup>7</sup> El principal vocero de esta posición fue *El Diario de Marka*, perteneciente a partidos marxistas. La mitad de la redacción pertenecía de alguna manera a estas organizaciones, incluido el autor.

similar a la que fue mostrada como pertenencia de las víctimas. Infante reprendió a su ayudante y extendió nuevamente la cortina. Montes cree haber visto la famosa banderola, en la víspera del viaje. Guardó silencio para no debilitar la lucha de los deudos, cuya exigencia de una definitiva investigación presupone la culpabilidad de los militares<sup>8</sup>.

Otro hecho desconocido es que una de las víctimas, Eduardo de la Piniella, del izquierdista *El Diario de Marka*, gestionó a través de Infante una entrevista exclusiva con Sendero Luminoso. Ricardo Uceda, por entonces jefe de redacción del periódico, hizo los contactos iniciales en Huamanga con un supuesto enlace de los subversivos, el mismísimo Octavio Infante. Infante aceptó relacionar a Uceda con una columna de la zona de San José de Secce, en el área que comprende Uchuraccay y Huaychao. Pero dos días antes del viaje Infante se lesionó la columna vertebral, fue hospitalizado, y Uceda se quedó con las manos vacías.

El siguiente enviado del diario a Ayacucho, Gerardo Torres, tampoco pudo entrevistar a senderistas. La recuperación de Octavio Infante aún no concluía, pero éste seguía interesado en hacer el contacto<sup>9</sup>. Torres informó que el reportero que lo remplazara podría lograr el objetivo. Esta fue la misión de De la Piniella, de treinta y tres años, quien viajó con indicaciones de no compartir la fuente. Es un misterio cómo Infante, comprometido con *El Diario de Marka*, acabó relacionado con tantos periodistas en el viaje a Huaychao y hacia la codiciada entrevista.

¿Era Infante un enlace con Sendero Luminoso? De la Piniella lo creía, a partir de la información de Uceda. Y a Uceda se lo garantizó Félix Gavilán, el impecable corresponsal de *El Diario de Marka* en Huamanga. Gavilán, quien también murió el 26 de enero, le dijo a Uceda que, aunque desconocía qué tipo de relación tenía Infante con Sendero Luminoso, ella existía «de alguna manera». Lo llevó hasta el taller de infante, pero no quiso estar en la conversación.

—Lo que acuerden, manéjenlo entre ustedes —dijo—.

<sup>8</sup> Entrevista grabada en Huamanga, el 7 de enero del 2004. El de Montes es el único testimonio directo de la existencia de la banderola distinto del de los comuneros, aunque no es concluyente. También es singular la declaración que hizo para este libro Juan Argumedo, cuyo hermano José fue el guía lugareño de los periodistas en la expedición y murió con ellos. Argumedo defiende al mismo tiempo la tesis de la culpabilidad militar y la de la existencia de la banderola. Cuando, avisado de la matanza, se dirigió a Uchuraccay, los comuneros le dijeron que los periodistas traían una bandera, y él les cree. Para otros, sin embargo, la banderola atribuida a los periodistas es la misma que el 27 de enero vino desde Iquicha amarrada al cuello del teniente gobernador Julio Huayta, a quien comuneros de la zona llevaron a Uchuraccay por la fuerza, acusándolo de complicidad con el senderismo.

<sup>9</sup> En una entrevista para este libro, Torres dijo que habló tres veces con el convaleciente Octavio Infante, quien aseguró que «de todas maneras» Sendero Luminoso brindaría una entrevista a *El Diario de Marka*.



En marzo del 2000, el periodista Enrique Infante, hijo de Octavio admitió al autor de este libro que su padre mantuvo ciertas relaciones políticas con Sendero Luminoso. «Nunca militó —dijo—, pero quizás asumí tareas que desconocíamos».

En realidad, Infante no hizo contacto previo con los senderistas para la expedición. Esto fue corroborado, en tres entrevistas grabadas durante 2000 y 2001, por una fuente de calidad excepcional: Juan, el jefe de la columna senderista diezmada por los pobladores de Huaychao en 1983. Narró este detalle: sus propios ojos vieron pasar al grupo de periodistas cuando se acercaba a Uchuraccay.

Jesús Sosa indagó poco sobre lo acontecido en Uchuraccay, y lo mismo ocurrió con otros colegas suyos comisionados para esa tarea. Julio Chuqui, por ejemplo, que solía utilizar la cubierta de periodista, dio vueltas sin éxito por el hostel Santa Rosa, el alojamiento de los enviados especiales por aquellos años. En lo esencial, a los militares les interesaba impedir acusaciones en su contra por el caso, tan característico de la gestión de Noel, que ocupó la mayor parte de su libro de memorias<sup>10</sup>. Para Edgar Paz, en cambio, Uchuraccay sólo fue un trabajo de días mientras buscaba local propio. Lo obtuvo a fines de febrero: una casa de dos plantas involucrada en un juicio y cuya custodia fue encargada a la Policía. La usarían prestada, y los agentes por fin podrían dejar el cuartel.

En esta casa empezaron a tener algo de acción. En un viaje para buscar información que Julio Chuqui y Juan Aguilar hicieron a Pampa Cangallo, fueron detenidos y llevados a una comisaría. Chuqui se identificó como periodista, pero los policías le rompieron el carné. Peor aún, ambos fueron golpeados, y Chuqui fue víctima de una violación con una botella de Coca-Cola. Paz informó a Noel, quien a su vez exigió a la Policía sancionar a los responsables. En qué quedó el asunto, es algo que esta investigación no ha podido determinar.

Otro incidente fue un viaje de Jesús Sosa y Elfer Ñiquén a Ocros, un caserío de pocas casas alrededor de una plaza, camino a Andahuaylas. Días antes los senderistas habían atacado la comisaría. En el campanario de la única iglesia, dejaron una bandera roja con la hoz y el martillo. El comandante Pato quiso saber la forma del ataque, y si la bandera seguía allí, para lo cual envió a los dos agentes como sabuesos, con su consabida cubierta de vendedores ambulantes. Les aconsejó hospedarse en un hotel de la localidad, sin saber que no existía, pues ningún turista visitó jamás el pueblo. Cuando, después de cuatro horas de camino, el chofer del camión que los llevó les anunció Ocros, vieron una casa al costado del camino, un terreno para jugar fútbol, una escuela, una comisaría abandonada.

---

<sup>10</sup> Clemente Noel, *Ayacucho: testimonio de un soldado*, Lima, Publinor, 1989.

—¿Está seguro de que esto es Ocos? —le preguntó Jesús Sosa.

Lo era, sólo que debían caminar cinco minutos hasta un agrupamiento de casas de adobe y tejas. En la única tienda un anciano dijo que no podrían regresar a Huamanga sino hasta el día siguiente, y que mientras tanto nadie los alojaría. Agregó: «Los *cumpas* vienen a veces por la noche, y si se enteran de que durmieron extraños aquí, matarán al que los ayudó».

Fueron a la plaza, donde una mujer había dispuesto comestibles en el suelo, en torno al árbol del pueblo. Comieron huevos con queso y papas, y desplegaron a su vez su mercancía: calzoncillos, bombachas, polos multicolores. Por la tarde llegaron otros vendedores, despertando la curiosidad de algunos campesinos. Vendían quesos, granos, cebada, choclos, chicha de molle, carneros. Todos eran lugareños, y ninguno ofrecía lo que ellos. No pudieron vender nada, y quedaron llamativamente intrusos, llamativamente falsos comerciantes

A las cuatro la feria se despobló. Los agentes se quedaron solos en la plaza. Cerca de allí, unos chicos se pusieron a jugar fútbol. Los agentes entraron al juego, para hacer algo. Cuando el partido terminó, otra vez sintieron el vacío, e intentaron convencer al viejo para que los alojara. Anochecía, y en la tienda tres hombres bebían. Delante de ellos el anciano les negó posada. La tienda cerró a las nueve, hora en la que Ocos parece un cementerio. Deambularon, y hallaron una casa abandonada. Entraron y se acomodaron en el suelo.

En la madrugada llegaron los *cumpas*. Escucharon pasos en la calle, voces de hombres, puertas que se abrían y se cerraban. Abandonaron la casa por una puerta trasera que daba a un descampado, y se ocultaron en matorrales hasta que amaneció. Como a las seis, advirtieron el ruido de un motor en las alturas. Era una camioneta abierta, con campesinos en la tolva, que bajaba de Andahuaylas rumbo a Huamanga. La detuvieron, e imperativamente ordenaron al conductor que retomara el rumbo. Justo a tiempo. Los senderistas aparecieron por una de las esquinas del pueblo, y avanzaron hacia el vehículo. Sonaron disparos. Jesús Sosa pudo ver la bandera con la hoz y el martillo flameando en el campanario mientras la camioneta los alejaba de Ocos, dejando una nube de polvo en el camino.

Era una primera experiencia. Fue buena. Ni sangrienta, ni épica, ni insignificante. La necesaria como para que el agente sintiera miedo de verdad, y se convenciera de que en cualquier pueblo y en cualquier momento podía morir. En el destacamento, la historia no impresionó. Así ocurría usualmente. Sólo uno mismo, pensó Jesús Sosa, se siente héroe de sus propios sucesos. Y la versión propia que uno se hace del peligro es la que determina el verdadero sentimiento hacia quienes lo amenazan. Cuando llegó a Ayacucho sabía —sólo sabía— que existían poblaciones prosenderistas y que allí los militares tendrían pena de muerte. Ahora esto lo sentía en carne propia. El incidente convenció a Sosa, antes que al resto

de sus compañeros, de que el Ejército no podría atraer a los campesinos por las buenas: debería atemorizarlos aún más que Sendero Luminoso.

Extrajo una segunda verdad: en el poblador más inocente podía haber un terrorista embozado. Durante muchos días le danzó por la cabeza esta pregunta: ¿era o no el abuelo de la tienda un soplón de los senderistas? Fue el único que los trató afablemente y los mantuvo al tanto de los peligros posibles. Pero el agente desconfiaba de estas apariencias. ¿Por qué? No podría decirlo.

Más tarde, Jesús Sosa llegaría a otra conclusión: era preferible liquidar a los terroristas detenidos.

Fue un razonamiento práctico y no un sentimiento de odio. Le bastó unas pocas semanas en Huamanga para darse cuenta de que los jueces eran benévulos con los acusados de terrorismo, hasta el punto de liberar a militantes conocidos. En muchos casos la investigación había sido documentada deficientemente por la policía, y esta carencia, ya fuera por ineptitud o falta de pruebas, era un fenómeno que iba a continuar, salvo que se cambiaran las leyes. La policía, por más ejecuciones que hiciera por su cuenta, servía de puente para que los terroristas fueran a un juicio. Solución: la vía extralegal. El Ejército tenía que reducir a su manera a la población terrorista.

Sin embargo, matar a tal o cual senderista no era cuestión de su incumbencia. Para eso estaba el comandante Paz y más arriba el general Noel, y más alto aún el presidente de la República. Ellos creían exactamente lo mismo: había que eliminar a los terroristas. Según el agente se decía a sí mismo, Belaúnde envió un mensaje claro a los militares de Ayacucho cuando felicitó públicamente a los pobladores de Huaychao que ejecutaron a los siete senderistas. Así se defendía la democracia. Con mayor razón, pues, tendría que felicitarlos a ellos cuando limpiaran de enemigos el camino. Era cuestión de que el comando eligiera bien los objetivos.

En eso trabajaban en el destacamento: aprendiendo quién era quién. Jesús Sosa confiaba mucho en el trabajo que haría Paul Ortega como analista del grupo. Ortega estudiaba los informes de agente, así como los partes del cuartel y de la Policía. El agente lo engullía con voracidad, antes de convertirlo en documentos e información clasificada.

En el primer local del destacamento, Ortega se instaló en un ambiente de la primera planta que hizo las veces de oficina de planeamiento. Allí recibía y analizaba la información de los agentes, producía las Síntesis de Información Diaria y las Notas de Inteligencia. Había un escritorio para Ortega, una mesa grande con varias sillas y una radio Thompson. Además, un mapa de Ayacucho que ocupaba toda una pared y se denominaba «Carta de Situación», una hoja aerofotogramétrica con las ciudades y poblados de la Zona de Emergencia. Sobre este documento, Paul Ortega empezó a

señalar sus descubrimientos. Las bases contrasubversivas que el Ejército creaba —compañías de unos sesenta hombres, al mando de un capitán— las pinchaba con una bandera azul, el color de las fuerzas amigas. A las zonas enemigas las embanderaba de rojo. Alfileres rojos indicaban las ubicaciones de la guerrilla y sus ataques, de acuerdo con las notas de inteligencia. Con lápices bicolores se trazaban las rutas de cada fuerza y los caminos que conducían de una zona a otra. Registraba, por último, las acciones del Ejército y las de la población amiga. Cuando comenzó, los puntos rojos eran mayoría. Con el paso de los meses el otro color comenzó a dominar el escenario.

Fue en esta casa, en el lote L de la manzana 9, urbanización Mariscal Cáceres, donde algunos detenidos por el Ejército en Ayacucho comenzaron a morir. No precisamente en la casa: de allí eran llevados a su lugar de ejecución. La vivienda, por hallarse en un barrio de civiles, no podía ser empleada para interrogatorios violentos ni para nada que produjera ruidos extraños. De modo que los detenidos llegaban poco a poco, en pares o de uno en uno, y se los interrogaba sin hacerles daño, por lo menos en la mayoría de los casos, porque las preguntas importantes ya les habían sido hechas en el cuartel, donde el interesado podía gritar a su antojo. Hasta el mes de mayo —después todo fue distinto— en la casa no hubo una política de ejecutar a sus visitantes. Salvo contadas excepciones.

La primera excepción ocurrió una noche, a comienzos de abril. El día anterior, el comandante Pato había traído de Los Cabitos a dos detenidos de Seccelambra con el rostro cubierto. En las horas previas, Paz pidió a Jesús Sosa esperarlo con algún agente de su confianza. Sosa no presentía que iba a matar por primera vez. Tampoco sabía que el comandante jamás había vivido la experiencia.

La Tercera Conferencia Nacional decidió darles su merecido a las mesnadas. Durante el resto del año Sendero Luminoso realizó tres sangrientas incursiones en Uchuraccay, en las que murieron unas cincuenta personas. «Hicimos *contrarrestablecimiento*», dijo en 2001 para este libro, en la prisión de Aucayama, María Pantoja, la tercera jefa de la organización, refiriéndose al contraataque subversivo de otoño de 1983. A la población de la comunidad la continuaron asesinando en 1984, y sus habitantes desaparecieron durante varios años<sup>11</sup>.

En el tercer mes de la Conferencia Nacional, el Comité Central también decidió escarmentar a Lucanamarca, una comunidad enemiga que, como Huaychao, mató a militantes del partido. Una horda de senderistas la invadió el 3 de abril, y pasó a cuchillo a cuarenta y cinco de sus pobladores. En 1988, en la célebre «Entrevista del siglo», Abimael

---

<sup>11</sup> Ver amplia información al respecto en *Informe final*, tomo v, Lima, Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), 2003, pp. 124 a 179.

Guzmán dijo que la acción fue un error, un exceso. Demasiado tarde: Sendero Luminoso ya se había mostrado ante el país como una cruel organización criminal.

Pero el partido también trataba bien a sus amigos. De regreso de la Tercera Conferencia, Clara accedió a una petición de la viuda de Juan Argumedo, el guía de los periodistas, cuyo cadáver nunca apareció. Cuando el resto de las víctimas ya estaba sepultado y la comisión Vargas Llosa había entregado su informe y los comuneros de Uchuraccay, amontonados en una prisión, esperaban juicio, Julia Aguilar seguía buscando el cuerpo de su marido. Indagaba en la comunidad, en las comisarias, en Los Cabitos. En junio de 1983, cuando la guerrilla hacía *contrarrestablecimiento*, la viuda habló con un militante en Totorá, una aldea de San José de Secce. Le preocupaba que los senderistas la confundieran con una buscona de policías. El senderista, que la conocía, le preguntó:

—¿Qué haces juntándote tanto con los policías?

—Aún busco el cadáver de mi esposo —contestó la mujer—. Quiero enterrarlo. Los policías deben saber algo.

—Espérate —le dijo el hombre—. Ya tendrás noticias.

Algunas semanas después, la buscaron para darle indicaciones: en tal sitio debía encontrar a algunas personas. No lo pensó dos veces y siguió la pista. Llegó a una cabaña resguardada por varios jóvenes, que la hicieron esperar un momento. Luego entró.

La recibió una joven de tez blanca y pelo fino. La descripción que hizo Aguilar para este libro coincide con la apariencia de Clara. La viuda le dijo que buscaba el cadáver de Juan Argumedo.

—Lo buscaremos —dijo la senderista—. Debes tener paciencia.

En noviembre le entregaron el cadáver. En el 2001, Julia Aguilar consideró que ya no era necesario mantener el secreto que le pidieron guardar los senderistas sobre el suceso, y lo narró para este libro:

«Después de hablar con la jefa senderista, esperé y ya no traté con los policías. El 20 de noviembre me buscaron para decirme que habían ubicado dónde estaba Juan. Me dijeron: "Usted escoja la fecha y la hora en las que quiere recoger a su esposo". Nos citamos un día domingo, en la noche, en la capilla de Paria. Yo mandé hacer un cajón y compré aguardiente y galletas para invitarlos a ellos. En Paria me dijeron que tales y tales personas iban a acompañarme. Eran unas quince o veinte, la mayoría jóvenes, armados de palos. Caminamos hasta la medianoche. Estaba lloviendo, pero después se despejó bastante, y la Luna hacía ver los cerros como si fuera de día. Llegamos a Uchuraccay. Ellos buscaron a un hombre y le preguntaron: "¿Dónde está?". El hombre nos hizo caminar un poco y nos señaló un sitio. "Allí está", dijo. El lugar estaba con espinas, y al comienzo de la excavación no salía nada. El cuerpo estaba a una

profundidad de medio metro, boca abajo y enterito. En calzoncillos, sin ropa ni zapatos. El pelo se le había desprendido. Estaba todo sucio de tierra, no le pude ver las heridas. Lo sacamos, lo pusimos en una chacana y emprendimos el regreso. A la madrugada llegamos a mi casa y ese día lo enterré. En el velorio hicieron guardia los de la compañía senderista».

### **Diálogo con el camarada Juan**

Extractos de un diálogo entre el autor y el camarada Juan, en septiembre del 2001. Temas: Huaychao, Uchuraccay, los campesinos de la zona alta de Huanta.

RICARDO UCEDA: ¿Qué cargo tenía en el partido en 1983?

JUAN: NO lo puedo decir. Debe bastarle saber que dirigí el contingente que fue atacado en Huaychao. Hablemos de Huaychao y Uchuraccay. Lo visto por mí.

R.U.: En 1982 ustedes fueron varias veces a la zona de San José de Secce, pero su trabajo político no funcionó. ¿Por qué?

JUAN: Efectivamente, hicimos varios intentos, pero era una zona nueva. Nosotros teníamos influencia en la parte baja. Arriba los campesinos eran muy difíciles.

R.U.: Ustedes ya habían sido expulsados de Huaychao. Y volvieron. Me llama la atención que regresaran por las buenas. Es decir, sin arrasar.

JUAN: En esa zona no matamos gente en 1982. Puede comprobarlo. Después de que los comuneros expulsaran a un grupo de compañeros, volvimos para hacer trabajo político. Queríamos incorporar a los campesinos, ganarlos. Eran reacios, lo único que querían era vivir sin que los molestaran. No tenían ningún nivel de conocimiento de nada. Y cuando les hablabas de comunismo, decían: «Ah, estos son ateos, diablos. Vayanse, no los queremos». También eran manipulables. Con todo, en Uchuraccay e Iquicha habíamos avanzado bastante.

R.U.: ¿Qué hicieron al volver a Huaychao?

JUAN: Llegábamos, reuníamos a todos y explicábamos en quechua lo que queríamos. A veces Lleras, a veces Carla, a veces yo. Organizábamos cosas. Había demasiada delincuencia en la zona: campesinos abigeos, ladrones. Iban a las partes bajas, robaban y volvían a subir. Nosotros agarrábamos a algunos delincuentes conocidos, los azotábamos, cinco o seis latigazos, y les rapábamos la cabeza delante de todos. Después decíamos que no íbamos a permitir el robo. También hacíamos propaganda política. Esto los incomodaba. Siempre pasábamos por la zona pero eran muy reacios con nosotros. Disimulaban. A veces les decíamos que nos prestaran algo de ropa o frazadas para descansar y no nos querían dar. Eran muy distantes, no había unidad ni acogida.

R.u.: Sin embargo, no parece que el Ejército controlara esa comunidad a comienzos de 1983. Recién había entrado.

JUA J: En esos lugares la mayoría de los jóvenes hacía el servicio militar, porque era una forma de encuentro con la civilización. La escuela no era su referente de civilización sino el servicio militar. A quien había servido en el Ejército ya se le consideraba una persona educada, que podía asumir de repente un cargo en la comunidad o que podía ser agente, o gobernador. Y a ellos recurrían las demás personas. «Este es licenciado —decían—; ya ha prestado servicio militar: él debe ser autoridad». A través de ellos el Ejército se comienza a preparar. Volvían para seguir trabajando con los militares. Yo tengo la convicción de que el Ejército no comenzó desde cero, sino que tomó como punto de partida a estos licenciados.

R.U.: ¿Qué ocurrió el día de la matanza?

JUAN: Estábamos en la parte alta de Huanta, y necesitábamos medicinas. Éramos entre cuarenta y cincuenta. Yo bajé a Huanta por las medicinas acompañado por mi grupo de seguridad, y dejé al contingente para que hiciera movilización en Huaychao. Les pedí que no se separaran, que se mantuvieran en grupo. Yo regresaría al día siguiente y seguiríamos nuestro camino.

R.U.: ¿Qué significaba *movilizar*!

JUAN: Hablarle a la gente, movilizarla. Ellos bajaron como a las seis de la mañana. Por mi parte, recogí medicinas por la noche y a primera hora del día siguiente inicié el regreso en camioneta hasta Paqchanqa. En el camino un compañero que venía a caballo me interceptó a la altura de San José de Secce. «Han matado a los compañeros», me dijo. «Los han matado y yo me estoy escapando de una matanza». Eran las once o doce del día. Entonces yo me regresé.

R.U.: ¿A dónde?

JUAN: A Huanta. A un lugar que controlábamos. En la noche y el día siguiente llegó la gente que había escapado. Eran como veinte.

R.U.: ¿Y el resto? Porque eran cuarenta...

JUAN: Siete murieron, veinte regresaron a Huanta y el resto huyó en otras direcciones, hacia la selva. Se perdieron.

R.U.: ¿De qué manera estos campesinos pudieron someter a cuarenta guerrilleros? Parece imposible.

JUAN: LOS que quedaron en Huaychao se dividieron en dos grupos de veinte. Uno de los grupos bajó y el otro se quedó en las alturas. Abajo mataron a siete, el resto escapó. El grupo de arriba llegó a enfrentarse con los campesinos, que tenían las armas del primer contingente. Hubo un enfrentamiento. Los nuestros se retiraron.

R.U.: ¿Cómo sucedieron las muertes?

JUAN: A los que bajaron los invitaron a desayunar. Ya estaban preparados. Sabían que nosotros habíamos estado en Uchuraccay, que queda a una hora. Probablemente nos vieron de noche. En todo caso, sabían que llegaríamos en cualquier momento. Los compañeros entraron a una casa,

confiados, y dejaron sus armas a un costado. Pero un grupo que venía detrás entró a la casa y los sorprendió. De pronto, uno de los lugareños se acercó a un compañero y le disparó de frente, a la cara. Las mujeres que los atendían les echaron ceniza caliente a los ojos. Los nuestros fueron reducidos. Inmediatamente una multitud sujetó a siete, mientras el resto logró huir como pudo. En ese momento los que estaban arriba se percataron y empezó el tiroteo. Unos ochenta comuneros se lanzaron contra los compañeros con las armas que nos quitaron. Había fusiles y metralletas. Imagínese: ¿un campesino manejando metralletas? No, esos eran exlicenciados. Pero en el enfrentamiento murieron varios de Huaychao.

R.u.: ¿Qué edad tenían los que murieron de su contingente?

JUAN: NO eran niños. Dos eran jóvenes: Tania, que tenía diecisiete años, y otro compañero, que tenía dieciocho. Después había uno como de cuarenta y cinco años, y otro de unos veinticinco años. Había militantes y combatientes. Por ejemplo, el de cuarenta y cinco años era un militante antiguo. Había estado en la guerrilla de Máximo Velando y De la Puente Uceda. No recuerdo su nombre. Era un campesino de Macachacra. Murió junto con su hija, que también estaba incorporada. Ella tendría unos veinticuatro años. Murió también Elena, una dirigente intermedia que había escapado de la cárcel. Murieron dos chicos de San José de Secce. En total, siete.

R.u.: ¿Y cómo surgió la versión de los niños muertos?

JUAN: Porque Tania era menudita y delgadita. Parecía muy joven.

R.u.: ¿Qué pasó después de Huaychao?

JUAN: Cuando mataron a los de Huaychao nosotros nos replegamos. Nos quedamos en las alturas, por Balcón, que era una comunidad amiga. Desde allí podíamos ver todo el campo minado en el que se había convertido el territorio. Luego de lo de Uchuraccay la zona era frecuentada por el Ejército y la Marina, y los helicópteros subían y bajaban todos los días.

R.U.: ¿Ellos tuvieron conocimiento de la expedición de los periodistas?

JUAN: Sí. YO los ví.

R.U.: ¿Cómo?

JUAN: Desde Balcón. Los vi en camino a Uchuraccay.

R.U.: ¿Ellos se habían contactado con ustedes?

JUAN: NO.

R.U.: ¿No fue Octavio Infante quien hizo el contacto?

JUAN: NO. Tendrían que haberme consultado. Yo estaba a cargo de la zona.

R.U.: Los periodistas tenían un guía, Juan Argumedo, cuyo cadáver nunca apareció. ¿Él no se puso en contacto con ustedes?

JUAN: NO. Conocíamos a Argumedo pero no coordinamos. Un campesino vigía me informó que se acercaban personas. Fui a ver y, efec-



tivamente, había un grupo que pasaba por abajo. Averiguamos. Habían llegado en auto hasta Apacheta y se dirigían a pie a la casa de Argumedo, que queda por allí. Envié a preguntar a la casa de Argumedo. Nos dijeron que eran periodistas y que hacían una investigación. Me dije: «Esto no es con nosotros». Y los dejamos pasar. Dicen que tenían una bandera. Dudo eso. No vi la bandera cuando caminaban a Uchuraccay.

R.U.: ¿Cuándo se enteraron de la matanza?

JUAN: Al día siguiente. Los campesinos nos contaron que habían matado a ocho arriba, en Uchuraccay. No sabíamos quiénes eran. Nos enteramos de la noticia por la radio.

Los detenidos durmieron una noche en el destacamento. Cuando el comandante Paz se los encargó a Jesús Sosa, diciéndole que eran dos mandos, el agente los subió a la azotea, al cuarto de servicio que hacía de calabozo. En la noche siguiente, Paz dispuso regresarlos al cuartel, y los trasladaron en el auto que compró el comandante para el destacamento, un Volkswagen Passat celeste, de segunda mano. Subieron Paz, el capitán Coral, Sosa y otro agente, luego de meter a los detenidos —que continuaban encapuchados— en la maletera<sup>12</sup>.

Cuando partieron, Jesús Sosa ya suponía de lo que se trataba. En el auto llevaban dos picos y dos palas. ¿Para qué iba a ser?

Estacionaron en las afueras del cuartel, en una parte que no estaba cercada como ahora. Al norte, Los Cabitos limita con la quebrada de Huatatas, que también flanquea la parte oeste. Había, pues, abismo por dos partes. Al este nacía la pista donde los aviones aterrizaban en Huamanga. Y el lado sur —la zona de ingreso— daba al estacionamiento del aeropuerto. Allí había una tranquera con un sargento y dos soldados. Luego de cruzarla se sucedían, al costado izquierdo, viviendas para los oficiales, y al derecho, campos de entrenamiento. Al fondo estaba el cuartel propiamente dicho, que lucía muros de adobe grueso y un portón donde el oficial de guardia dirigía la seguridad con veinte soldados.

Paz y sus hombres pasaron la tranquera y se dirigieron a la parte posterior de las viviendas, donde había precarias construcciones para suboficiales y terrenos eriazos próximos a la quebrada, imposibles de divisar en la negra noche. El lugar era óptimo. Buscaron una zona de terreno blando y comenzaron a cavar.

¿Quiénes cavaban? Los suboficiales. Esto, como comprobaría Jesús Sosa después, era moneda corriente en las ejecuciones. Muy contados oficiales daban una mano, cavando o disparando, en estas horas culminantes. Había una cuestión de rangos, y no era del caso que los

---

<sup>12</sup> Las fuentes no recuerdan sus nombres, pues sólo estuvieron veinticuatro horas en la casa de Mariscal Cáceres. Dijeron que el comandante Paz los trajo de Los Cabitos.

oficiales hicieran el trabajo manual. Pero en ocasiones algunos ponían el hombro y todo era distinto; se establecía una relación más estrecha y leal entre ellos y los suboficiales. Desde luego, estas cavilaciones las haría Jesús Sosa muchos años más tarde y no aquella vez. Esa noche le pareció lo más natural del mundo que Kiko y Pato se fumarán un cigarrillo mientras él y el otro suboficial preparaban las tumbas de los primeros fiambres de su vida.

Los agentes empezaron a cavar dos fosas, una distante cien metros de la otra. Encontraban piedras, y poco a poco fueron sacándolas a la superficie mientras sus golpes de pala penetraban difícilmente en la tierra. Después el problema ya no fueron las piedras sino la resistencia misma del suelo. Faltaban más hombres para el trabajo. Media hora más tarde, sólo habían logrado hoyuelos de cuatro metros de diámetro por medio metro de profundidad. Había sido endemoniadamente difícil hacer un hueco en la tierra pedregosa.

Lograron un par de fosas aceptables al cabo de dos horas. Los oficiales fueron por los supuestos mandos senderistas, que seguían encerrados en la maleta del Passat.

Pato y Kiko caminaron cada cual con su detenido, con sus pistolas desfundadas, como en las películas. En eso uno de ellos —el de Kiko, que era alto y fornido— se lanzó a correr a toda velocidad.

El hombre no tuvo buena fortuna. Como estaba vendado, no supo que iba hacia el cuartel, por donde Jesús Sosa daba los últimos toques a su fosa. Al agente le fue fácil, cuando pasó por su lado, ponerle una zancadilla y derribarlo. En cuanto a Kiko, se quejaba con ayes y palabrotas. Había caído de posaderas sobre una tuna, cactácea de recias espinas que terminaron metidas en el trasero del capitán.

El fugitivo, que pudo sacarse la venda, luchó con Sosa. El capitán se repuso y se acercó a los hombres que forcejeaban. Acercó su pistola al detenido y le disparó en la cabeza. Una parte del cráneo estalló, y el rostro del agente resultó salpicado de sangre y sesos.

De inmediato se escucharon gritos. Eran de Paz. El otro detenido y el comandante —apenas ayudado por el segundo agente— luchaban cuerpo a cuerpo encima de una de las fosas. El resto llegó en su auxilio y ahora fue Sosa el que disparó su pistola. Herido de muerte, el detenido cayó sobre su propia tumba.

Fue una decisión instintiva. Cuando lo pensó después, el agente se sorprendió de que la experiencia de matar pudiera ser tan espontánea. Respecto de los oficiales, es preciso decir que no admiten los hechos<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Coral no pudo ser entrevistado por las razones ya expuestas. En cuanto a Paz, dijo que la escena fue inventada por alguien, y que en Ayacucho se desempeñó como un oficial de inteligencia y no como un asesino. Paz consideró contraproducente reproducir historias como las señaladas, no sólo porque piensa que son falsas, sino

En el camino de regreso, Jesús Sosa repasó sus conclusiones. Una, cavar es tarea de varios. Otra, los oficiales eran unos idiotas. ¿Cómo se les ocurría ejecutar detenidos sin atarles las manos?

Cuando regresaron al destacamento, era de día. El agente se dispuso a salir al mercado para desayunar. Antes decidió entrar un momento al baño. La puerta no estaba asegurada, y la abrió.

Subido en una banca, con los pantalones caídos, el capitán se miraba el culo en el espejo. Con la punta de los dedos retiraba, delicadamente, espinas clavadas en sus nalgas.

Un gesto de fastidio asomó al rostro de Kiko. El agente preguntó:

—¿Lo ayudo, mi capitán?

## CAPÍTULO 4

# La Isla de la Fantasía

(O donde cumplieron su sueño: morir por la revolución)

De pronto, todo cambió. Quedaron atrás la búsqueda de información en las calles de Ayacucho, los esporádicos interrogatorios. Una mañana, a mediados de abril, el comandante Paz le pidió a Jesús Sosa que lo acompañara. No añadió más. Fueron al aeropuerto, donde los esperaba un helicóptero de la Fuerza Aérea Peruana (FAP), y enrumbaron hacia Cangallo, en la parte central del departamento. En el aire el agente se enteró de que viajaban a un lugar de continua actividad subversiva. Paz iba en busca de unos detenidos. Quería verlos y escucharlos cantar un poco, obtener alguna información que pudiera sacarlo de su condición de cazador a ciegas en Huamanga.

Aterizaron en Totos, un pueblucho de cuatro calles asentado en una ladera, a tres mil doscientos metros sobre el nivel del mar, y con una temperatura promedio de diez grados centígrados. Un río de bajo caudal discurre por sus pies, con aguas que lo separan de otro pueblo, Veracruz, tan despoblado y triste como él. Ambas orillas estaban unidas por un puente de palos, transitado únicamente por personas y animales, pues por esos parajes no rodaban ni carretas. Las mercancías llegaban a lomo de llama desde la feria de Paras, distante cuatro horas a pie. Aquí, donde Sendero Luminoso iba y venía a su antojo, el general Noel plantó una de sus primeras bases contrasubversivas, al mando del capitán de Infantería Santiago Picón Pesantes, autoapodado Chacal. El 5 de abril, Chacal y sus cincuenta soldados se adueñaron de la única escuela secundaria de Totos, abandonada por alumnos y profesores. La mayoría del puñado de los escolares que quedaba en Totos cruzaba el puente por las mañanas para recibir clases en Veracruz.

En la base los esperaban Chacal y Goytizolo, uno de los capitanes de inteligencia del destacamento de Paz. Ambos capitanes, enérgicos y campechanos, hacían una buena pareja. Antes de abrir la base contrasubversiva de Totos, patrullaron violentamente la zona para hacer sentir

su presencia en el territorio. Dejaron cinco prisioneros vivos: los hombres que iba a buscar Paz.

Los militares no tenían dudas de que sus detenidos pertenecían a la guerrilla. Permanecían encerrados en un aula de la antigua escuela, que hacía las veces de calabozo. Había uno sentado en cada esquina, encapuchado y atado con las manos atrás. Al centro, amarrado a una columna, el supuesto mando político o militar. Todos eran de extracción campesina, de entre veinticinco y veintiocho años, menos uno, que bordeaba los veinte. Paz se dirigió al del centro. Le pateó levemente la pierna, para que se diera cuenta de que quería hablarle.

—Camarada: ¿cómo te llamas?

—Jefe, jefe: yo no sé nada, jefe —decía mientras movía la cabeza dentro de la capucha.

El comandante hizo una ronda de preguntas a los detenidos. Aún no habían sido interrogados en regla, y todos contestaron que eran inocentes. Mientras Paz dialogaba, Chacal y Goytizolo observaban. Jesús Sosa se mantenía a un costado.

Al cabo de un rato, el comandante se apartó y se reunió con el grupo. Salieron a lo que era el patio de la escuela. Allí, a un costado, debajo de una ramada, se había acondicionado el comedor de la tropa. Una ramada de menor tamaño cubría la cocina. Los oficiales comían al aire libre en unas mesas con bancas ubicadas al otro extremo. Paz se llevó a un lado a Goytizolo y hablaron un momento. Cuando se separaron, el comandante llamó a Jesús Sosa.

—Chato —le dijo—: vas a relevar al capitán.

El agente se sorprendió.

—Mi comandante, pero usted no me ha dicho nada. No he traído nada. Mire, sólo mi casaca.

—No te preocupes. Aquí no vas a necesitar mucho. Más tarde te envío tus cosas. Será una semana. Después vendrá otro a relevarte.

Sosa asimiló la orden, pero todavía no salía de su sorpresa. ¿Por qué regresaba Goytizolo?

Después de que Paz lo dejó solo, Goytizolo se acercó a Jesús Sosa. Le puso la mano sobre el hombro y le acercó los bigotes al oído. Viéndolos juntos, eran una disparidad: el capitán era alto y fortachón y el agente una menudencia, aún distante de tener la espalda de boxeador que desarrollaría.

Era la primera vez que trataba al capitán, porque entre febrero y marzo, mientras Sosa vendía en las calles y hacía sus pininos en el destacamento, Goytizolo acompañaba los operativos rurales de Los Cabitos contra Sendero Luminoso. El capitán fue el único oficial de inteligencia que trabajó donde las papas quemaban, pues el resto —Paz, Coral, Vásquez— hacían trabajo de oficina dirigiendo a los agentes. A diferencia de lo que ocurría a comienzos de enero, ahora Goytizolo parecía ser el que más sabía

de subversión. Era un auténtico oficial de operaciones, hasta el punto de que detestaba escribir memorandos y notas de inteligencia. Tenía un trato directo y cordial con los agentes, quienes lo apreciaban y le decían Tío Goyti. Él lo prefería así. A veces, un agente nuevo lo llamaba por su grado, mi capitán, y él respondía, con su vozarrón:

—Oiga, carajo: ¿usted no sabe que en inteligencia no se mencionan los grados? Llámeme Goytizolo, a secas. O, si no, como los muchachos: Tío Goyti.

El capitán se dirigió amigablemente a Jesús Sosa.

—Chato, me vas a relevar. Y para todo el mundo vas a ser el capitán Bazán. Menos, claro, para Chacal. Él sí sabe quién eres tú. Pero el resto creará que eres capitán. Yo quedaría hasta las huevas si a mí, un capitán, me releva un suboficial.

Jesús Sosa asintió. En la base, aparte de Chacal, había un teniente y dos subtenientes de reserva y un suboficial de sanidad. El resto era tropa. Nada más común, en inteligencia, que ocultar los grados y los nombres. De hecho, en la base, todos se llamaban por seudónimos.

Acto seguido, Goytizolo fue llamando uno a uno a los oficiales.

—Capitán Bazán, el teniente Negro —dijo, cuando acudió un atlético piloto del Ejército. Luego siguió un gordito de ojos vivaces.

—Y éste es el subteniente Frejolito. Frejolito, el capitán Bazán.

Más adelante, cuando llegó el tercero:

—Capitán, le presento al subteniente Vizcacha.

Las presentaciones terminaron y Jesús Sosa seguía sin saber por qué Goytizolo regresaba a Huamanga. También se preguntó la razón del comandante Pato para elegirlo. «Tal vez —pensó— Paz cree que le estoy haciendo demasiados problemas a Vásquez, y de este modo se libra de mí. O tal vez simplemente yo estaba aquí cuando el Tío Goyti decidió dejar este lugar de mierda, esta misma mañana».

Dos meses más tarde, era Jesús Sosa el que estaba harto de Totos. En el destacamento, sin embargo, no le daban la orden de replegarse. La primera semana había culminado sin que le enviaran relevo, y luego transcurrió otra semana, al cabo de la cual retornó por unos días a Huamanga. Allí se encontró con Goytizolo.

El capitán le dijo:

—Es jodido estar en esa zona de la que tú vienes. Yo le dije al Pato que quería regresarme.

Fue por esos días cuando Jesús Sosa notó los cambios que se habían producido en el capitán. Parecía medio loco. Pasaba horas en el techo, en ocasiones semidesnudo, alerta ante un eventual ataque terrorista. A veces vigilaba hasta entrada la noche, acompañando al suboficial centinela, con un fusil a la mano y su infaltable cajetilla de cigarrillos. Su locuacidad había aumentado, para contar, a cada momento, historias de sangre durante

enfrentamientos con terroristas.

—El Tío Goyti está *sicosiado* —decían los agentes. Y lo comprendían, pues había estado mucho tiempo patrullando.

De nuevo en Totos, Jesús Sosa pasó un mes y medio sin regresar a Huamanga. El agente comprendió, por primera vez, la sensatez de los jefes de los infantes que la Marina mantenía en Huanta, a quienes los retornaba a Lima exactamente al mes de servicio en zona de emergencia, para que tuvieran descanso y normalidad. En cambio a él, próximo a cumplir dos meses en la base, Paz no le hacía caso. En la segunda semana de junio, Sosa le había dicho por radio al comandante que el 15 era su cumpleaños, y que deseaba pasarlo en Huamanga. Paz ofreció relevarlo, pero cuando llegó el día, el helicóptero no trajo a su remplazo. Entonces subió al aparato cuando regresaba a la ciudad, sin consultar a nadie.

Aquel día, Jesús Sosa cumplió veinticuatro años. Se emborrachó con Nelson Carbajal, Pétete, y terminó subiéndose al caballo de la estatua que el mariscal Antonio José de Sucre tiene en la plaza de Armas de Huamanga. No le llamaron la atención por haber retornado sin orden, pero al cabo de tres días, contra lo que había previsto, fue enviado nuevamente a Totos. ¿Por cuánto tiempo más? No lo sabía.

En el viaje de regreso comprendió lo que se esperaba de él en la Isla de la Fantasía —el título de la famosa serie de televisión—, que era como ya se conocía a Totos en Los Cabitos y en el destacamento. Se decía que Totos, como en la película, era un lugar mágico donde se concedían los deseos. Y los terroristas iban allí a cumplir su sueño: morir por la revolución.

Y Totos, se bromeaba, también tenía su Tattoo, el enano anfitrión de *La Isla de la Fantasía*. Era Jesús Sosa. En el destacamento, por esos meses, dejaron de apodarlo Chato. Le decían Tattoo. Tattoo para arriba. Tattoo para abajo.

Dos meses atrás, cuando Paz dejó a Jesús Sosa en Totos, le dio instrucciones antes de subir al helicóptero, de regreso a Huamanga.

—Mientras te quedes aquí, los detenidos son tuyos. Debes interrogarlos. Toda información que sirva para nuestro trabajo en Huamanga la envías por radio, al destacamento. El resto, en un Informe de Agente. Nosotros vamos a evaluar la situación de cada detenido: si los buscan, si hacen lío sus familiares, si nadie pregunta por ellos, etcétera. Y en función de eso decidimos su suerte. Cada detenido va a tener un número que tú y yo conoceremos. Si yo te digo mándame dos carneros, quiere decir que el número dos se va. Si te pido siete, es el número siete. ¿Me entiendes?

—Sí, mi comandante.

—Entonces, yo te enviaré detenidos con un número que asignaré. Este número puede ser uno que hemos empleado para alguien que ya *viajó*. Pongamos que le has dado vuelta al dos: es muy posible que entre los

nuevos venga otro con el mismo número. ¿Me sigues?

—Sí, mi comandante.

—Ahora bien, aquí tu labor es independiente de la que cumples en la base. Dependes de mí. Como es obvio, apoyarás a Chacal en inteligencia.

El agente entendió que le ponían en los hombros una responsabilidad enorme. Otra vez se preguntó: ¿por qué lo escogían a él? Acaso porque era responsable y concienzudo. Pero, por otra parte, hasta ese momento, con sólo dos meses en la zona de emergencia, había aprendido muy poco acerca de Sendero Luminoso y sobre la idiosincrasia de las gentes de Ayacucho. Además, nunca había interrogado a nadie.

Cuando el helicóptero se llevó al comandante Paz se sintió abandonado, extrañamente solo. Se volvió hacia Chacal, que lo miraba inquisitivamente. El capitán se le acercó.

—¿Qué tal? —le dijo.

—Bien, mi capitán.

—Ponte una *chapa*.

—De acuerdo, mi capitán.

—¿De dónde eres?

—De Chiclayó.

—Entonces eres del norte, como yo —Chacal había nacido en Cajamarca—. Ya está: Paisano. Te vamos a llamar Paisano.

Chacal se retiró, pero dio media vuelta, como recordando algo.

—Otra cosa —añadió—. Yo tengo tres patrullas, a cargo del teniente y los subtenientes. Dos de ellas están constantemente en operativos y una se mantiene en reserva. Puedo hacer una patrulla más, para que tú la comandes. ¿Qué te parece?

—Está bien —dijo Sosa.

En ese momento pensó que se iba a llevar bien con el capitán. Eso era, por lo menos, un punto a su favor.

Su primera responsabilidad era sacarles algo a los cinco detenidos. Podía decidir la forma, aunque su libertad de acción concernía al método para tratar con los senderistas. Los jefes decidirían la oportunidad del *viaje*, ya que, aunque nadie lo proclamaba, estos presos de la base eran hombres muertos. En el parte que Chacal envió a Los Cabitos luego de los patrullajes donde los capturaron, figuraban como bajas enemigas, con sus seudónimos reales o inventados. Para Jesús Sosa, pues, ya no eran seres de este mundo, y antes de morir, debían delatar a los subversivos de la zona.

Es posible que estos detenidos fueran Nicolás Tueros Condori, Primitivo Tucno Medina, Julio Godoy Bellido, Roberto López León, y Marcelino Zamora, cuyos nombres figuran en el registro oficial de desaparecidos. La afirmación está basada en la memoria de Jesús Sosa, que, pese a ser protagonista de los sucesos, es incapaz de recordar a todos los detenidos que pasaron por sus manos, y cabe la posibilidad de que



olvide o confunda nombres y apariencias. Durante varios años llevé un registro personal de los supuestos senderistas que estuvieron a su cargo, pero lo quemé en 1996. Con el tiempo, los nombres y rostros se confunden, hasta el punto de que el exagente no recuerda hoy a quién sacó primero a interrogar al patio de la base.

Decidió trabajar poco a poco, pidiéndoles primero su información personal básica para apretarlos según su comportamiento. Le preocupaba su ignorancia sobre la estructura de Sendero Luminoso, porque muy pronto se podía quedar sin preguntas, o sin referentes confiables para contrastar lo que le decían. Revisó el material que dejó Goytizolo: nombres y algunos datos biográficos. Era lo que primero confirmaba con cada uno. Luego, cordialmente, les pedía decirle quién los reclutó en el partido.

—Yo te puedo garantizar que a cambio de esa colaboración saldrás libre —les decía—. Si no colaboras, vamos a tener que hacerte hablar por las malas. Acá hay gente feroz en la base. Y yo mismo soy una mierda. Al final, si no colaboras pierdes todo: terminas confesando y encima te quedas preso o te damos vuelta. Piénsalo. Piensa en ti y en tu familia.

Dos de los detenidos colaboraron al siguiente día, cuando el agente los volvió a sacar uno por uno. Sosa tomó nota de lo que dijeron y se lo comunicó después a Chacal: nombres y señas de lugareños, a quienes habría que buscar en los próximos patrullajes. A estos detenidos les dio de comer y los trató amigablemente, sin maltratarlos. Al resto se dispuso a ablandarlo a golpes. No había otro procedimiento, según el sentido común de los militares y policías en Ayacucho.

Nunca lo había hecho antes. En la escuela les impartieron un curso sobre interrogatorios, con nociones básicas, tácticas elementales. Antes de graduarse como agentes hicieron una práctica final de vigilancia-seguimiento-captura-interrogatorio, con personajes imaginarios. El cabo Luis Llosa, un policía adscrito al curso, simuló ser un detenido valeroso, al que se le impuso la luz de un reflector en la cabeza para que confesara. Era un fingimiento, pero el calor aplicado fue tan intenso que se le quemó el pelo. Cuando la práctica se detuvo, la cabeza de Llosa despedía humo.

Sin embargo, en Huamanga Jesús Sosa había visto interrogar a los miembros del Grupo Operativo Antisubversivo (GOAS) de la Policía. Observó atentamente las dos modalidades: una consistía en colgar a los detenidos de los antebrazos atados por detrás, y otra en sumergirles la cabeza en agua. La *colgada* y la *tina*, para decirlo con los términos más conocidos. Resolvió practicar sólo la *colgada*, a falta de un recipiente adecuado para el segundo método. Fue así como, con la ayuda de un soldado de la base, produjo, por primera vez, sufrimientos desgarradores a un supuesto senderista. Para trabajar con uno sacaban del calabozo a los dos restantes, quienes esperaban su turno afuera, escuchando los gritos del atormentado.

Cada detenido podía soportar unos pocos instantes suspendido de una viga del techo. Con el tiempo, Jesús Sosa aprendería que los torturados resistían la colgada de un modo muy diverso. Dependía de la fuerza de sus brazos y de sus articulaciones, de su peso, de su firmeza. También, por qué no, de su inocencia. Estos de Totos, por ejemplo, parecían no tener culpa. El agente los levantaba, gritaban con agudos alaridos, pero no admitían ser cómplices de la guerrilla.

Al término del primer día de trabajo, el interrogador estaba confundido. No le parecía verosímil que un hombre resistiera tanto dolor físico sin aportar un poco de información para mitigarlo. Pensó que podían ser inocentes. Aunque también estaba el hecho de que sus cuerpos pesaban poco y sus extremidades eran fuertes. Sobre todo las del hombre atado en el centro de la celda. Cuando estaba en el aire, resistía mejor que el resto, ayudado por sus poderosos hombros de cargador. En un raptó salvaje, Jesús Sosa se colgó de él. Le extrajo un desgarrador bramido, pero no habló.

Al tercer día, la situación no cambió, pese a que a las colgadas se añadieron patadas, golpes de puño, palazos en las plantas de los pies. Cuando llegó la orden de eliminarlos, Jesús Sosa había llegado a la conclusión de que ya no podía hacer mucho más en los interrogatorios, salvo trabajar seriamente la hipótesis de la inocencia.

«En esos tiempos no estaba curtido y podía dudar, sentir pena por los interrogados», dijo Sosa, en una de las afirmaciones que hizo para este libro. «Pero después de varios meses los sentimientos de misericordia se van al fondo de tu ser y sólo aparecen en tus sueños, de cuando en cuando. Para entonces ya te has dado cuenta de que quien más resiste es el militante probado, el que tiene mayor fanatismo. En cuanto a nosotros, la tortura se convirtió en un método de trabajo. La entiendes a la vez como un reto y una labor desagradable».

La noche señalada para las ejecuciones, Chacal le proporcionó una patrulla, con la que se dirigió a cavar dos fosas en los alrededores de Totos. Les dijo a los detenidos, quienes seguían encapuchados, que serían entregados a la policía. Cuando llegaron al lugar de la ejecución, el agente sacó su PPK y le disparó un tiro en la cabeza a cada uno. Al hacerlo, no pensó ni sintió nada especial. En el camino se había preparado diciéndose que esa era la única justicia posible, que era su deber, que debía cumplirlo con valentía, ocultando sus flaquezas. Era un creyente, pero no cumplió con ninguno de los rituales religiosos propios de estas circunstancias. En ningún momento supuso que a Dios le disgustaría lo que estaba haciendo.

El 1° de mayo, un domingo, Jesús Sosa llegó a Huamanga convocado por Paz, para poner una bomba en la casa de uno de los dos corresponsales de *El Diario de Marka* en la ciudad, Luis Morales Ortega. Morales, autor de múltiples denuncias sobre la actuación militar, estaba en la lista de enemigos de Los Cabitos, y, el cuartel decidió hostigarlo hasta que

abandonara Huamanga. El comienzo fue una carga de dinamita que Sosa hizo estallar en su casa del jirón Tres Máscaras, en la medianoche. Fue simple: bajó del auto —el Passat, guiado por Paz—, encendió la mecha de los cartuchos, tiró la carga hacia el interior de la vivienda, pegó en el portón un mensaje intimidatorio que llevaba escrito<sup>1</sup>, y subió al auto, que lo esperaba con el motor encendido. La explosión se sintió tres minutos después.

El 31 de mayo, un suboficial del destacamento dejó dos perros muertos frente a la casa de Morales, con una amenaza de muerte al costado. Era una manera de preparar el terreno para que cualquier atentado en su contra se atribuyera al terrorismo. En 1984, el mismo Jesús Sosa recibió la orden de ejecutarlo, pero la decisión fue suspendida la mañana en que lo iba a matar. Más tarde, ese año, la Escuela de Comandos del Ejército dispuso asesinar a Morales, entre otros objetivos en la sierra del país, y la decisión fue igualmente suspendida cuando su aplicación estaba en curso<sup>2</sup>. En fin, el periodista fue asesinado a balazos el 13 de julio de 1991, presuntamente por militares, cuando salía de su casa.

Por aquel tiempo el destacamento aún no tenía información importante sobre Sendero Luminoso. En una entrevista para este libro, el antropólogo Jaime Urrutia, quien en mayo de 1983 estuvo detenido siete días en Los Cabitos, dijo que sus captores no sabían qué preguntarle en el cuartel. La segunda noche lo sometieron a la *colgada*, y esto fue lo único que le pidieron: «Cuenta lo que sabes». A la mañana siguiente, el comandante Edgar Paz le habló como si no estuviera al tanto de sus torturas y le pidió colaborar con las investigaciones. En la tercera noche, Urrutia fue víctima de la *tina*, y tampoco, en los momentos en que lo sacaban del agua para dejarlo vomitar y respirar unos instantes, le preguntaron algo concreto. Lo único nuevo fue una farsa fabricada por uno de los torturadores en el peor momento de las inmersiones. El que dirigía la sesión pidió que se hiciera un alto para que ingresara, cual carta bajo la manga, el «terrorista» que había delatado a Urrutia. Su «cómplice».

—Él es. Él es —dijo una voz desconocida. El detenido, con una venda en los ojos, dedujo que el impostor era uno de los militares.

En Huamanga, pues, los interrogadores de Los Cabitos no estaban mucho mejor equipados que Jesús Sosa, quien volvió a Totos después de lo de Morales y no participó en la detención de Urrutia<sup>3</sup>. En el grupo del SIE tampoco trabajaba ningún especialista. El capitán Kiko se dedicaba a la administración del destacamento, lejos de los detenidos. Y el suboficial Vergara, otro cursillista, fue replegado a Lima a mediados de abril, luego

---

<sup>1</sup> El mensaje decía: «Serás el próximo, concha de tu madre».

<sup>2</sup> La explicación podrá leerse en el capítulo 11, «Las cartas del capitán Penas».

<sup>3</sup> Sosa discutió con Paz por la detención de Urrutia, cuya inocencia conocía.

de un confuso incidente policial.

Llegó el momento en que la política militar de capturas se transformó vertiginosamente. Durante los primeros meses la mayoría de detenidos era entregada a regañadientes a la Policía, con una nota de inteligencia que detallaba sus culpas y confesiones. En mayo, las capturas simultáneas en Huamanga de Jaime Urrutia y Teófila Vallejo, la mujer del senderista Hildebrando Pérez Huaranca, fueron las últimas de una etapa de relativa legalidad. Desde entonces los secuestros se multiplicaron en todo el departamento. Nadie sospechaba que buena parte de estos desaparecidos estaban alojados con Jesús Sosa en la Isla de la Fantasía.

Hasta mayo, el agente había recibido sólo tres envíos de prisioneros, y pudo administrarse con cierta holgura. El crecimiento súbito de los vuelos lo obligó a un esfuerzo extraordinario de organización y análisis. Logró, sin embargo, mantener en orden su sistema de carneros numerados y realizar sin contratiempos la saca periódica ordenada por el comandante Pato a punta de radiogramas.

—Necesito carneros para el almuerzo —le decía Paz, por radio. Y le daba un número. Cuando debía morir más de uno, propiciaba un diálogo para añadir otra cifra. Por ejemplo: «Además, el capitán Coral hará una comidita y quiere otros dos».

En una ocasión Paz le ordenó deshacerse de todos los prisioneros. Había tres o cuatro. Y lo dijo así:

—Me cansé de carneros. Ya no traigas ninguno.

Hasta antes del aluvión de detenidos, la vida en la base de Totos no podía ser más simple. Como los interrogatorios eran en la noche, por las mañanas Jesús Sosa se levantaba entre siete y nueve, en el cuarto de comunicaciones donde dormía. Luego de desayunar, solía ir a Veracruz a conversar con los profesores, o a dar vueltas por el pueblo. Al mediodía almorzaba con los oficiales en el patio de la base y en la tarde mataba el tiempo con diversos menesteres, uno de ellos jugar *fulbito* con los soldados. Al llegar la noche, si no iba a interrogar al calabozo, se integraba a alguna conversación en torno a una botella de anisado. Esta rutina cambiaba completamente cuando llegaban nuevos detenidos, o cuando se salía a buscar senderistas. La actividad principal de la base eran los patrullajes, y Chacal se la pasaba dando vueltas por los cerros la mayor parte del tiempo.

Desde la ladera en que se hallaba Totos, las patrullas podían salir en cuatro direcciones. La primera hacia el nordeste, a Chuschi, donde tres años atrás Sendero Luminoso inició la lucha armada. Se subía por los cerros durante una hora, atravesando caseríos pequeños y asustadizos, y se bajaba después a un valle que mostraba un río flaco y casas desperdigadas. Este paraje, Tucu, era un punto de bifurcación: hacia Chuschi, por un lado,

y por el otro hacia Vilcanchos. La segunda ruta era precisamente a Vilcanchos, por un camino de herradura que descendía al sur de la base, junto al río Pampas. La tercera, hacia al oeste, iba a Paras, subiendo por la puna. Y la cuarta llevaba a Sachabamba y a otros poblados, más allá de los cuales, dando una vuelta, también se llegaba a Vilcanchos.

Totos era el menos importante de estos pueblos, pero desde allí se podía llegar fácilmente a todos los lados. Además, las patrullas entrecruzaban las rutas siguiendo los innumerables caminos de herradura de la zona, pudiendo pasar varias veces por el mismo pueblo, topándose con las mismas caras, los mismos sospechosos. De cuando en cuando, un enfrentamiento, una delación, capturas.

Las primeras excursiones militares luego de la llegada de Jesús Sosa a la base tuvieron el objetivo de capturar sospechosos, varios de ellos sindicados por los detenidos que colaboraron. Fueron salidas breves, entendiéndose por tales patrullajes de dos días a una semana. Hasta la incorporación del agente, había tres grupos, dos de los cuales siempre estaban en el campo mientras uno descansaba. Creado el cuarto grupo, descansaban dos y patrullaban dos: la actividad era más balanceada. Resultaba muy difícil que Sendero Luminoso atacara a dos patrullas. Sin embargo, desatado un enfrentamiento, no había manera de estar en desventaja ante los senderistas. Aunque fueran cien contra una patrulla de quince soldados, la potencia de fuego del Ejército era mucho mayor. Cada soldado llevaba en la mochila doscientas municiones de reserva, más cinco cacerinas de veinte cartuchos cada una. Además, un FAL y dos granadas de mano. Uno de cada dos hombres llevaba instalazas, granadas antipersonales de largo alcance. Las armas de una compañía senderista se limitaban a unos pocos fusiles automáticos, con munición reducida.

El verdadero problema eran las emboscadas. Por eso Chacal mantenía a sus dos patrullas a corta distancia, a diez o quince minutos a pie, para que en cualquier momento una pudiera apoyar a la otra.

Considerando las decenas de pueblos patrullados ese año, tuvieron pocas sorpresas en la puna de Cangallo y, más bien, valgan verdades, persiguieron senderistas como a conejos. A veces se los encontraban sorpresivamente, mientras patrullaban siguiendo la política de hacer sentir la presencia militar en todo el territorio. En otras ocasiones iban en busca del enemigo, a partir de la información concreta de un poblador o de un detenido. Entonces ingresaban a los poblados y se llevaban a los supuestos comprometidos, con mayor o menor certeza de su culpabilidad, haciéndolos caminar amarrados y en fila india hasta la base, en cuyos alrededores, luego de los interrogatorios de rigor, un balazo en la cabeza pondría fin a sus vidas.

No todos llegaban a Totos. Jesús Sosa jamás olvidaría cuando, a fines de mayo, llegaron a Quispillacta, un pueblo contiguo a Chuschi.

Decidieron hacer un registro de comuneros en el local comunal. Un campesino que había sido recluta se ofreció a identificar senderistas en la población. Lo vistieron como soldado y lo pusieron en un rincón discreto desde donde pudiera observar a los habitantes que venían a registrarse hasta una mesa en la que Jesús Sosa escribía sus nombres. A una seña del colaborador, el agente le pedía al comunero delatado salir por una puerta trasera, en realidad un ambiente para detenidos. Al final reunieron unas veinte personas. Con Chacal a la cabeza, iniciaron el sorprendente y sangriento camino de retorno.

El regreso presentaba un problema práctico. Los detenidos eran llevados por dos patrullas, que no sumaban veinticinco hombres. ¿Qué pasaba si eran emboscados en cualquiera momento de las cinco horas que duraría la caminata hacia Totos? Los prisioneros se sumarían a los atacantes y las patrullas se verían en un aprieto. Por otra parte, el helicóptero que apoyaba a la base no podía trasladar a tanta gente.

La solución fue deshacerse de ellos, comenzando por los que iban al final. El último era retrasado, ultimado de un balazo y arrojado a las profundidades de la quebrada más próxima. Luego le tocaría el turno al siguiente. El helicóptero de la base los alcanzó a medio camino y se llevó a cinco o seis, que tampoco llegaron a Totos, ya que desaparecieron en el aire. A la base llegaron unos cuantos detenidos<sup>4</sup>.

Durante el mes de mayo las patrullas de Chacal barrieron implacablemente las serranías de Cangallo, mientras comunicados oficiales del Ejército reportaban decenas de muertos no identificados. Hubo enfrentamientos como el de Iglesiashuasi, donde sorprendieron a los senderistas reunidos con el pueblo en la iglesia, y a cuyo término por primera vez Jesús Sosa pudo contar los muertos por docenas. La patrulla los esperó afuera y los roció de metralla cuando salieron por la única puerta, también disparando, cubriéndose con campesinos aterrorizados. Una hora después, en la puerta de la iglesia se amontonaron cadáveres en un charco de sangre.

Jesús Sosa se puso a contar los muertos tirados en la plaza, y no vio que

---

<sup>4</sup> Las desapariciones de Quispillacta, una localidad que tiene varias comunidades, fueron investigadas por la Defensoría del Pueblo en el 2002, y posteriormente la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) recibió testimonios que aparecieron al año siguiente en su informe. Existe una lista de treinta y cinco desaparecidos del distrito. La CVR menciona ejecuciones extrajudiciales en los parajes denominados Carpaccasa, Sillaccasa y Sancaypata, en mayo y junio de 1983, con quince, ocho y cuatro víctimas, respectivamente, pero las descripciones de los únicos testigos (en los tres casos, alguien que dice haber huido cuando iban a matarlo) no coinciden con la versión mostrada en este capítulo, por lo que es posible que se trate de episodios distintos o que una de las versiones se halle distorsionada. Según la CVR, durante 1983 hubo 256 muertes en la provincia de Cangallo como producto de la violencia política.

un hombre ensangrentado se levantó con un fusil, apuntándole a la espalda. Tampoco vio al soldado Orejas abatirlo de un balazo. El agente quedó paralizado. Luego se acercó al soldado, un fornido cusqueño que miraba orgullosamente a su víctima. Sosa se sacó su reloj de la muñeca, un Seiko plateado, de esfera blanca.

—Orejas —le dijo—, esta vaina no vale mucho, pero es lo único de valor que tengo para agradecerte. Guárdalo, y que te dé suerte.

El discursillo deshizo el impulso inicial del soldado de rechazar el reloj. Lo tomó y se lo guardó. Lo apodaban Orejas porque cargaba la radio durante los patrullajes, y escuchaba los mensajes y los transmitía. Se lo suponía del Cusco porque su quechua era de allí, distinto del de los ayacuchanos. Jesús Sosa nunca supo su nombre.

En Totos se produjo la veloz transformación de Jesús Sosa. Cuando acabó su estadia allí, en setiembre de 1983, había pasado por casi todo lo que podía esperarse en un militar antisubversivo: capturas, interrogatorios, ejecuciones, patrullajes, enfrentamientos, emboscadas. El trato con los prisioneros y los recorridos rurales le dieron al período una feroz intensidad, un cargamento de sangre capaz de aplastar a un hombre. Pero Jesús Sosa resistió. Como Chacal, no parecía sentenciado al pabellón psiquiátrico del Hospital Militar, el destino de muchos oficiales de las zonas de emergencia.

En ese período, Jesús Sosa interrogó en la base a unos doscientos supuestos senderistas, de los cuales entre cuarenta y cincuenta fueron enviados desde Ayacucho por el comandante Pato. Como era lógico, la mayor parte procedía de los patrullajes por la jurisdicción de la base, que además de los ya mencionados poblados de Veracruz, Vilcanchos, Chuschi, Tucu, Sachabamba, Quispillacta, Paras y Cancha Cancha, comprendía los de Espite, Patahuasi, Potrero, Cóndorpacha, Huanu Huanu, San Juan de Cucho Quesera, Pucaccasa, Viscachayo, y otras comunidades, en las cuales se detuvo a muchas personas. No todas, como hemos visto, llegaban a la base, pero una vez allí eran ejecutadas luego de los interrogatorios, por orden de Paz o de Chacal, según su procedencia. Nadie salía vivo de la Isla de la Fantasía. Las excepciones fueron dos detenidos que, atados y encapuchados, escaparon por un hueco que hicieron en la pared de adobe del calabozo. Descubierta la fuga, minutos después, las patrullas no pudieron encontrarlos en la oscuridad de la noche.

Jesús Sosa se hizo experto ejecutando detenidos. A los veinticuatro años, en menos de dos meses, había desarrollado destrezas indispensables para que estas operaciones fueran rápidas y discretas. Era necesario que el detenido muriera instantáneamente, de un solo balazo en la sien, y en lo posible cuando estuviera desprevenido. Sin convulsiones, sin bulla. Los soldados o un suboficial inexperto solían hacer calamidades al respecto.

Podían emplear ráfagas de FAL que destrozaban el cuerpo, o disparar a zonas indebidas, causando la necesidad de más descargas. En cuanto a los entierros, requerían planificación, un trabajo anticipado —fosas cavadas previamente— y un final impecable, con una gruesa capa de piedras y tierra.

Durante los cuatro años en que el autor entrevistó a Jesús Sosa para la elaboración de este libro —entre 1997 y el año 2000—, volviendo una vez y otra a las mismas escenas, el punto de la disposición del agente a matar fue la parte más difícil, porque la verdad parecía estar en las profundidades de la tierra, aun en el supuesto de que lo que Sosa dijera fuera completamente sincero y veraz. En su versión, su papel como interrogador en Totos se debió a un factor circunstancial: lo pusieron en vez de Goytizólo, tal vez por haber demostrado sentido común y presencia de ánimo ante la violencia durante las pocas semanas que llevaba en Huamanga, o quizá porque era organizado y responsable. Pero en modo alguno por su experiencia. Jamás había tenido a su cargo a un senderista, y es posible que otro agente en su lugar hubiera cumplido mejor ese trabajo. Ahora bien, una vez en Totos y a cargo de los presos, era evidente para sus superiores que llevaba bien las cosas. Chacal no tenía quejas en su contra. Y él tampoco contra Chacal. Al contrario: aprendía mucho conforme lo veía actuar. Con su don de mando y su generosidad, el capitán Santiago Picón Pesantes no tardó en convertirse en el líder del agente<sup>5</sup>.

Por otra parte, y siempre según la versión de Sosa, su rol en las ejecuciones se debía a una serie de atributos ajenos a la crueldad. Sobre todo, podía resistir la tensión que implicaba matar a alguien y hacerse responsable de enojosos aspectos administrativos. ¿Era por ello un hombre anormal, o sencillamente alguien mejor dotado para ciertas tareas militares? Una cosa era evidente: al actuar, tuvo la protección psicológica del sistema de valores militar: disciplina absoluta para acatar la orden del comando de destruir a un enemigo de la patria. Contrariar esta orden habría significado una traición. Cumplirla con entereza, un mérito, una razón de orgullo.

Al mismo tiempo, en su cabeza adecuaba sus acciones al sentimiento cristiano del que se sentía devoto. «Yo no creo que Dios apoye a estos terrucos de mierda», se decía, razonando seriamente. Esto era lo fundamental: ¿era o no necesario matar senderistas? «Claro que sí», pensaba el agente. Él no se escudaba ante sí mismo diciéndose que cumplía sus deberes militares, aunque ello fuera cierto. Sentía que asumía una responsabilidad superior. Era una responsabilidad para con los demás, una

---

<sup>5</sup> En situación de retiro cuando se escribió este libro, Santiago Picón no pudo ser ubicado por el autor en la vivienda que declaró ante el Registro Electoral ni indagando entre familiares. Tenía requisitoria judicial por hechos concernientes a su gestión en Totos, y aparentemente prefiere no ser hallado.



tarea sacrificada y peligrosa en la que sentía el apoyo no sólo del Ejército. También Dios lo ayudaba y le daba fuerzas y perdón.

Dilucidado lo anterior, la necesidad de eliminar senderistas, quedaba la cuestión de quién lo era y quién no. Entonces saltaba un segundo punto: el margen de error, la posibilidad de matar a justos por pecadores. Era un problema sin solución, un costo que debía asumirse sin flaquezas. Resultaba imposible, en las circunstancias de trabajo de la base, tener una certeza completa de la culpabilidad de los detenidos. Esto no podía impedir su muerte. La libertad de un supuesto inocente, que después contaría lo que vio, implicaba un riesgo mayúsculo, una potencial evidencia de que el Ejército delinquiría, con lo que toda la acción antisubversiva se ponía en peligro.

Por eso, cuando un oficial loco o borracho producía una muerte desordenada, el acto imprevisto —con su crueldad, su sevicia— no era el verdadero motivo del fallecimiento. La suerte del detenido ya estaba escrita, sólo cambiaron el día y las circunstancias.

Una noche, por ejemplo, Jesús Sosa y un grupo jugaban a los dados en el patio de la base, cubiertos con abrigos y en torno a una fogata. Bebían con deleite el abundante licor decomisado en el último patrullaje —anisado, oporto, pisco— y, pasada la medianoche, luego de vaciar varias botellas, estaban bastante borrachos y con ganas de seguir en lo mismo. En un momento de la conversación, Jesús Sosa contó que adentro, en el calabozo, tenía a un senderista que se negaba a confesar, con una resistencia sobrehumana. Había integrado el grupo que emboscó y mató a un policía en Huamanga. Trasladado a Totos, parecía una prometedora fuente, pero nunca habló, pese a que Sosa lo había colgado, ahogado, golpeado hasta casi romperle los huesos. El detenido cerraba los ojos, gritaba para dentro y no decía nada. Lo peor, contaba el agente, era que a veces tenía una expresión desafiante.

—Me queda mirando, el muy concha de su madre —dijo, y se quedó callado un momento—. Pero ahora hablará.

Se volvió para llamar al soldado Orejas, que estaba de servicio, y le pidió traer al detenido. Al poco rato se presentó con un hombre demolido de extracción campesina. Bordeaba los treinta años.

—Amárralo por aquí, en el patio, sácale la camisa, y échale un baldazo de agua helada cada media hora. Eso es todo.

El detenido fue atado en un horcón, debajo de la ramada donde comían los soldados. Los hombres siguieron bebiendo, y ocasionalmente se volvían para recordarle a Orejas su deber. A las cuatro de la mañana varios dormían. A las cinco, Sosa despertó, sobresaltado.

Corrió al horcón, para ver al detenido. Ya estaba muerto.

Otra vez las preguntas. Siempre volvían en las noches sin trabajo, cuando no bebía, desde la primera noche en que sintió que sería insomne,

en plena actividad en Totos. ¿Por qué hacía eso? ¿Sólo por obediencia? Claro que no. Desde el comienzo de su carrera tuvo suficiente carácter como para encontrar alguna manera de rebelarse o de irse, aun a costa de recibir un balazo a cambio, aun cuando nunca conoció a nadie que hubiera desobedecido así en una zona de emergencia. Muchos años después, cuando Jesús Sosa sintió el remordimiento, se dijo que su actuación tuvo mucho que ver con el ambiente de los cuarteles de entonces y con el hecho de haber visto que los senderistas les hacían lo mismo a inocentes. Pero también con la creencia de que, más allá de los excesos, lo que hizo el Ejército era lo correcto. La única manera.

En el fondo, Jesús Sosa creía lo mismo que los tres presidentes que entre 1983 y 1995 enviaron a los militares a pelear así aquella guerra, mientras ellos miraban hacia otra parte, evitando ofenderse con el espectáculo de la sangre. Él no podía mirar a otra parte. Su forma de hacerlo era meterse una buena borrachera de cuando en cuando. Si no, probablemente se habría quebrado. En cierto modo, lo suyo podía considerarse una especie de fanatismo, que lo ayudaba a navegar entre el horror, así como en los senderistas la ideología, que protegía su psique, era su verdadera fuerza. No había otra explicación de su resistencia en los interrogatorios.

Cuando comprendió que todo había estado mal empezó a sentir que los recuerdos de Ayacucho lo angustiaban, y a desarrollar un resentimiento profundo hacia el Ejército y los políticos. Los recuerdos le llegaban una y otra vez, en ocasiones sin que los llamara, y también convocados por la casualidad. En 1998, en Lima, se encontró con su colega Gasfitero<sup>6</sup>, con quien había servido en la zona de emergencia. Nunca imaginó que después de intercambiar comentarios diversos sobre cómo andaban las cosas en el SIE, su amigo le dijera:

—¿Recuerdas lo de Cangallo, con Aguilar Díaz? Te portaste como un campeón.

Jesús Sosa había olvidado por completo ese incidente. Tanto así que, durante la conversación, Gasfitero fue extrayendo pedazos completos que se le habían perdido en la memoria. Después pensó que Gasfitero era muy inexperto cuando ocurrió aquello y que las imágenes se le grabaron con mayor intensidad. En cambio, él...

Cuando se despidió de Gasfitero, empezó a caminar por la avenida Arequipa, reconstruyendo otra vez los hechos. Recordó que era mayo de 1983 y que acababa de regresar a Totos después de un patrullaje de una semana. De inmediato había comenzado a interrogar, sin dormir. Recordó que era un trapo, un hombre cansado de matar y de ver sufrir, que deseaba por lo menos un par de días de descanso y una buena borrachera para

---

<sup>6</sup> Gasfitero fue el seudónimo real del personaje mencionado. El autor conoce su identidad y comprobó que trabajó en 1983 en la base de Cangallo.

volver a comenzar. Se disponía a ello, precisamente, cuando lo llamaron de Huamanga con una orden de urgencia: debía presentarse en la base de Cangallo. Ya habían mandado el helicóptero a Totos para trasladarlo.

En Cangallo se entrevistó con el comandante de la base, Herber Aguilar Díaz, un oficial con bigote de charro mexicano y boina de comando. Hacía dos semanas que tenía quince detenidos a los que necesitaba interrogar. Gasfitero, el suboficial de inteligencia de la base, no era experto en esos menesteres. Jesús Sosa conocía a Gasfitero de La Fábrica, pero apenas lo saludó: estaba aletargado por el sueño y el cansancio. Recordó sobre todo el cansancio y que le dijo al comandante que lo dejara trabajar, que ya le informaría. Luego pidió ser llevado donde los detenidos.

Los hombres habían sido metidos en huecos de un metro de diámetro cavados en la tierra, solos y por pares, con las cabezas sobresaliendo en la superficie. Parados sobre sus propios excrementos, estaban cubiertos de sangre y de lodo, húmedos por la lluvia, algunos temblando de fiebre y otros babeantes de vómito o desvanecidos sobre el cuello. El agente recordó algunas miradas penetrantes, un curioso efecto de los rostros consumidos. En suma, eran huesos y carne descompuesta, y Jesús Sosa, que nunca vería peor paisaje humano, decidió acabar su trabajo esa misma noche.

Comprendió la situación: Gasfitero no se animaba a matarlos y el comandante de la base tampoco tomaba la decisión porque su agente de inteligencia no le daba un informe concluyente. Así que por eso lo habían traído desde Totos, cuando él necesitaba descansar. Tuvo un diálogo breve y crispado con Gasfitero.

—¿Tus detenidos son o no son?

—Parece que son —dijo Gasfitero. Y le mostró los antecedentes de las capturas, datos incompletos de cada uno de ellos. Sus propias presunciones.

—¿Entonces por qué tanta huevada? Ya. Ahora terminamos el interrogatorio. Vamos afuera del cuartel, a hacer ejercicios.

Con la ayuda de un piquete de soldados, hicieron desfilar a los detenidos hasta la parte trasera del cuartel, una zona despoblada de Cangallo contigua al río Pampas. Los hombres, atados de manos y con el rostro descubierto, apenas podían tenerse en pie. Sosa no tomó la precaución de la capucha ni ordenó previamente cavar fosas para los quince. Quería acabar cuanto antes. Cuando llegaron a un descampado, puso boca abajo a los detenidos, sacó su Browning y los mató uno a uno, recargando la cacerina cuando faltaban las balas.

Luego se volvió a Gasfitero, que lo miraba atónito.

—Ya está —le dijo—. Ya están interrogados.

Se dio media vuelta y regresó solo al cuartel, dejando al resto la tarea de los entierros. Esa noche durmió como una roca, y a primera hora del día siguiente se fue a despedir del comandante.

—¿Cómo le fue? —preguntó Aguilar Díaz—. ¿Qué tal el interrogatorio?

—Bien, mi comandante. Todos eran senderistas<sup>7</sup>.

En el mes de julio el capitán Santiago Picón dejó de ser jefe de la base de Totos. Su remplazo fue otro capitán, Hernán Galarreta, quien desde el comienzo marcó diferencias con la etapa anterior.

—¿Qué seudónimo usaba el jefe de esta base? —preguntó a sus subordinados, no bien hubo asumido el cargo.

Pensó un momento cuando obtuvo la respuesta. Luego dijo:

—Chacal, ¿no? El chacal es una mierda, efectivamente. Pero ¿qué animal es más mierda que el chacal?

Dejó pasar un instante para que le respondieran. Nadie lo hizo.

—La hiena —continuó—. El chacal es un huevón ante la hiena. Yo me llamaré Hiena.

Vino así, todo bacán. Pero las cosas tomaron un giro imprevisto, y no por causas de la guerra. El nuevo capitán trajo un estilo que irritaba a sus subordinados, hasta el punto de que una noche un sargento lo correteó a balazos por las calles de Totos. El sargento había bebido más de la cuenta, pero sus razones eran profundas. Hiena cambió el espléndido sistema de alimentación de Chacal, con recortes avarientos y un trato provocador para una tropa acostumbrada a la generosidad del anterior capitán.

Más elocuente aún que el ataque del sargento fue el hecho de que nadie intentara detenerlo. Había empezado a perseguir al capitán desde la puerta de la base hasta las afueras de Totos, donde Galarreta encontró refugio en una vivienda. Un teniente, dos subtenientes, un enfermero y toda la tropa se quedaron dentro de la base, deseando que algún disparo del sargento acertara. Jesús Sosa, en cambio, terminó apaciguando al agresor, quien le entregó su FAL antes de romper en sollozos.

—Me hubieras dejado matar a este concha de su madre —le dijo, en medio de su llanto de borracho—. Está vendiendo nuestros víveres, nos trata como a mierdas.

Emprendieron el camino de retorno y en el trayecto encontraron a una vaca muerta que había recibido dos balas destinadas al jefe de la base.

El capitán decidió no denunciar al sargento a la justicia militar. La mínima investigación habría sacado a la luz sus problemas con la tropa. Dos días antes del suceso los soldados habían dejado intacta la comida, en protesta por su mala calidad. De modo que Galarreta decidió ser más generoso, y esta conducta mejoró las cosas.

En cambio las relaciones del capitán con Sosa empeoraron. Al extremo de que el agente fue a hablar con Edgar Paz —quien lo llevó ante el general Noel— y esa entrevista decidió el cambio del oficial, a fines de agosto de

---

<sup>7</sup> Requerido por el autor, el entonces comandante Aguilar Díaz no aceptó ser entrevistado para este libro.

1983<sup>8</sup>. Fue a raíz de otro incidente, mucho más íntimo, aunque el agente se refirió sólo al primero.

Lo que Jesús Sosa no le dijo a Noel comenzó con la llegada a Totos de dos detenidas senderistas que la Marina capturó en Tambo y derivó a Los Cabitos. Llegaron maltratadas por el interrogatorio de los marinos en su cuartel de Huanta, donde ya les habían dado de baja administrativamente. O sea, luego de que entregaran información útil al Ejército, podían desaparecer en cualquier momento.

Llevaban dos semanas en Totos cuando el capitán se aficionó a una de ellas, Elvira Munaylla Morales, de diecinueve años<sup>9</sup>. El problema era que Sosa ya la tenía que matar.

El capitán le pidió a Sosa salvar a Munaylla. Ante la negativa del suboficial, adujo su autoridad sobre la base para decidir los destinos de los prisioneros. Esto era cierto, en parte. También era cierto que Sosa estaba a cargo de los detenidos. Se los entregaban bien numeraditos, y respondía por ellos. Además, Paz ya había ordenado que las detenidas viajaran. En el fondo, el capitán no podía hacer nada.

—Hablaré con Paz —llegó a decir Hiena, pero el agente entrevio que el capitán no hablaría con el comandante. Habría sido demasiado pedir. Las chicas habían confesado su complicidad en ejecuciones. La única salida que le quedaba a Galarreta —quien vive fuera del Perú y no respondió una petición de entrevista transmitida con sus hermanos— era negociar con él.

De todos modos, Sosa lo pensó detenidamente, y por un momento dudó. Porque las muchachas le caían bien, porque vio el sufrimiento de Galarreta —dormía con la detenida, se hacía llevar comida para ambos a su oficina— y porque sería muy sencillo dejarlas salir y después decir que murieron en tal fecha. Ellas, claro, tendrían que guardar eterno silencio.

Pero, por otra parte, algo podía salir mal. Este capitán era un descuidado, no se podía confiar en él. Y era impopular: si alguien deducía algo lo contaría con todo gusto, arrastrándolo a él en el problema. Así que definitivamente era mejor despachar a las muchachas. A la primera salida al campo de Galarreta, convenía palabrearlas bien bonito para que estuvieran descuidadas y recibieran su balazo tranquilas. Y a otra cosa, mariposa.

---

<sup>8</sup> Su remplazo fue el capitán Willy Talavera.

<sup>9</sup> Munaylla figura en la lista oficial de desaparecidos.

## CAPÍTULO 5

# La Casa Rosada

En *Testimonio de un soldado*, el libro sobre su gestión en 1983, el general Noel afirma que recuperó Ayacucho para el Estado<sup>1</sup>. En efecto, la guerrilla cedió terreno, aunque siguieron en sus puestos sus principales dirigentes. Ese año murieron en el departamento entre 1500 y 1950 personas de ambos lados<sup>2</sup>. El Ejército causó bajas principalmente en la *masa senderista*, es decir, pobladores adeptos; en menor medida en los *combatientes*, milicianos no militantes; y muy poco en la estructura partidaria. En 1984 llegó el sucesor de Noel, el general Adrián Huamán, que siguió patrullando la zona para destruir lo que pareciera senderista. Trajo un nuevo discurso: combatir la pobreza para derrotar al terrorismo.

Como quien predica con el ejemplo, ordenó repartir víveres a las poblaciones. En una entrevista para este libro, Huamán dijo que chocó con una corrupta administración en las zonas de emergencia, que hizo desaparecer el dinero destinado a las áreas rurales. Durante su gestión lo afirmó públicamente, y cayó. Huamán dijo a la prensa que el dinero de Ayacucho se gastaba en construcciones urbanas y que al campesino no se le daba nada. Además, la solución al problema no era militar<sup>3</sup>. «Si el problema fuera militar —añadió— ya estaría solucionado. Si se tratara de matar gente

---

<sup>1</sup> Noel se refería al restablecimiento de las autoridades políticas y municipales y de los puestos policiales. Estimó la «recuperación» en un noventa por ciento. Clemente Noel, *op. cit.*, p. 79.

<sup>2</sup> Las cifras concilian datos de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y de los organismos de derechos humanos. La diferencia entre ambas fuentes no es sólo de números. En un ensayo próximo a ser publicado que aquí es citado con su autorización (*Violaciones a los derechos humanos: cifras y datos de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, manuscrito, 2004), la abogada y adjunta al defensor del Pueblo, Rocío Villanueva, señala «vacíos e incongruencias» en las cifras sobre muertos y desaparecidos presentadas por la CVR, que podrían afectar su conclusión principal: que Sendero Luminoso fue el principal perpetrador de víctimas fatales durante la violencia política en el Perú. En el trabajo lo demuestra.

<sup>3</sup> Declaraciones en el programa *Panorama*, de Canal 5, 26 de agosto de 1984.

y disparar...».

Claro. El general ya estaba reprimiendo bastante y sabía que no bastaba. Durante su gestión subieron las cifras de muertos y desaparecidos, convirtiendo a 1984, con sus cuatro mil y pico muertos<sup>4</sup>, en el año en el que más se mató para la democracia.

Huamán fue destituido por Belaúnde dos días después de sus declaraciones, el 29 de agosto. Lo reemplazó Wilfredo Morí Orzo, el coronel que había sido su segundo en el comando político-militar.

Cuando comenzó 1984 se produjo otro cambio, el del comandante Edgar Paz por el mayor Carlos Bertarelli. Como Bertarelli fue el segundo de a bordo la mayor parte del año anterior —reemplazó al capitán Goytizolo—, el esquema de trabajo continuó. En la ciudad, captar colaboradores quebrados en los interrogatorios. En el campo, exprimir a los detenidos durante los patrullajes<sup>5</sup>.

El destacamento ya no funcionaba en Mariscal Cáceres sino en la llamada Casa Rosada —era su color—, un chalet de dos pisos en la urbanización Villa Jardín, contigua al aeropuerto. El personal disminuyó a veintidós agentes y cuatro oficiales. La rutina de buscar, interrogar y desaparecer terroristas adquirió mayor experiencia y admitió reajustes pragmáticos. Por ejemplo, los cadáveres no siempre desaparecieron. Exhibirlos tenía sus ventajas.

Durante el tiempo en que una persona permanecía secuestrada, los familiares presionaban para que la desaparición se investigara, y el cuartel estaba en la mira. La Casa Rosada también: ya era conocida. Una vez llegaron hasta allí un juez, un parlamentario y un miembro de la Comisión Andina de Juristas, para verificar detenciones ilegales. A cargo de la guardia, Jesús Sosa condicionó su ingreso: tendría que consultar a Los Cabitos. Ubicó a Bertarelli en el cuartel y pidió a los visitantes esperar un rato, mientras los agentes, por los techos, metieron a los detenidos en una casa vecina. Cuando el mayor llegó, aceptó el ingreso del juez. Lo que éste vio fue una pacífica vivienda de militares.

Por ello, que algunos cadáveres aparecieran, aliviaba la presión en aumento desde 1983, cuando los primeros desaparecidos fueron arrojados a la quebrada del Infiernillo, a ocho kilómetros de Huamanga. Después se empleó el abismo de Huatatas, más cercano a la ciudad. Un falso mensaje

---

<sup>4</sup> Cuando el autor le recordó las altas cifras de muertos durante su gestión, Huamán alzó los hombros y dijo: «¿Qué iba a hacer yo? Si al entrar a un poblado me atacan, tengo que responder. De lo contrario, me habrían enjuiciado por cobardía. Muchos pobladores pertenecían al Ejército Guerrillero Popular, y eso se desconoce. Pudieron haber muerto muchos más».

<sup>5</sup> En conversación personal con el autor, el coronel en situación de retiro Carlos Bertarelli se negó a dar declaraciones. Las escenas en las que aparece en este libro no le han sido consultadas.

senderista junto al cadáver podía hacer pensar a la gente que los asesinos eran terroristas.

Durante esa etapa, segundo semestre de 1983, Jesús Sosa estuvo más vinculado a los trabajos de búsqueda en Huamanga, con salidas esporádicas a las bases contrasubversivas de otras provincias. En la ciudad integraba patrullajes de a pie, en los que un grupo de agentes paseaba por la ciudad con un colaborador al centro que les iba indicando a tal o cual conocido. La mayoría de capturas se producían gracias a estas delaciones, pero no todas. Algunas importantes resultaron del trabajo de vigilancia. Un caso, el de Mercedes Malpica, responsable del Comité Local de Ayacucho, en octubre de ese año. Merodeaba por los exteriores del aeropuerto y un agente la encontró sospechosa. La detuvo y le halló material senderista.

Malpica, de veinticuatro años, fue trasladada a la Casa Rosada, y parte de su interrogatorio se llevó a cabo en Los Cabitos, donde a veces apoyaba en las torturas el GOAS. LOS GOAS le zafaron un brazo en una colgada. La detenida le causó buena impresión a Jesús Sosa desde que la conoció, una semana después de su captura. El agente venía de caminar diez días las alturas de Vilcashuamán con una promoción de la Escuela de Comandos del Ejército, un patrullaje en el que los graduandos —era su última práctica— pasaron a cuchillo a los detenidos. Cuando regresó, halló a Malpica con el brazo vendado, mirando televisión en la sala comedor de la Casa Rosada.

—Yo te conozco —dijo ella.

En efecto, Malpica lo había visto durante una reunión social en una casa ayacuchana. La detenida conversó animadamente con Jesús Sosa durante su recuperación. Éste quedó impresionado por la capacidad persuasiva de la prisionera, que no ocultaba su militancia.

Malpica sabía que en alguna medida podía contar con Sosa, quien la protegió de un intento de violación dentro del destacamento. Cuando se iban a cumplir quince días de la detención, ambos tuvieron una conversación especial. Sosa le anunció que sería entregada a la Policía en las próximas horas.

—Yo sé que me van a matar —dijo ella—.

—No, cómo te imaginas. De aquí irás a la Policía. Y te recomiendo que colabores.

—No. Cumpliré la *regla de oro*<sup>6</sup>. Pero ¿te puedo pedir algo?

—Depende.

—Deseo morir rápidamente. Cuando ocurra, prefiero que tú estés a cargo.

Esa noche, Jesús Sosa la mató de un balazo limpio, mientras ella caminaba encapuchada. La habían sacado de la Casa Rosada junto con otros

---

<sup>6</sup> La regla consiste en no revelar información del partido durante los interrogatorios. En el estilo senderista, *ser sordos, mudos y ciegos ante la reacción*, obedeciendo al principio de *cuidar al partido como la niña de nuestros ojos*, inculcado por Guzmán a sus seguidores. De hecho, Malpica murió sin haber revelado sus responsabilidades en Huamanga.



cuatro detenidos para, supuestamente, llevarla a la Policía. El 10 de noviembre los cadáveres fueron hallados en la quebrada del Infiernillo, pero nadie los reconoció.

En diciembre, el esposo de Malpica, Antonio Loe Elsenhson, cayó en manos del destacamento en Huamanga. Había llegado desde Huancayo, donde trabajaba, para indagar por su paradero, y lo interceptaron cuando caminaba por el barrio Basilio Auqui. Era funcionario de Electroperú, la empresa de electricidad del Estado, y de acuerdo con la información de inteligencia, proporcionaba información para la voladura de las torres de alta tensión. Estuvo detenido en la Casa Rosada, y fue ejecutado y enterrado en el cuartel Los Cabitos.

Durante la gestión de Huamán el destacamento no tuvo una relación cercana con el jefe del Comando Político-Militar. Bertarelli ni siquiera despachaba con Huamán, quien prefería que su G2, el coronel Carlos Soto, tratara directamente con él. Noel, en cambio, estaba al tanto de lo que hacían, y si había una misión por las noches no dormía hasta que los responsables regresaran a darle cuenta. En una entrevista para este libro, Noel asumió la responsabilidad por todos los actos del destacamento de Paz, y dijo que estaba seguro de que no cometió acciones ilícitas. El general Huamán, en cambio, declaró que nunca despachó con el jefe del destacamento y que a Bertarelli recién lo conoció años después, en Lima, cuando ya era coronel. Aunque trabajó con mayor autonomía que Paz, Bertarelli coordinaba con Los Cabitos asuntos claves, como el de los detenidos. El destacamento tenía los suyos en la Casa Rosada, el G2 los propios en el cuartel, y la información de ambos grupos fluía de un lugar a otro. En cuanto a la suerte de sus prisioneros, Bertarelli ejerció amplia discrecionalidad. Muy pocos vivieron para contarlo.

La mayoría aparecía con un balazo en la cabeza. Sin embargo, en la rutina de matar, los caminos parecían inacabables e inspirados a veces por las propias coyunturas. O por la venganza, como ocurrió luego del asesinato en Huamanga del capitán del Ejército José Reátegui Schutt, alcanzado por el balazo de un francotirador senderista el 9 de abril de 1984. El odio roía a los militares, y no pudo ser más propicia la detención, esa noche, de dos jóvenes en el barrio de Quinapata, uno de ellos Eulogio Casafranca Vilca. En la Casa Rosada no supieron explicar qué hacían en la calle después del toque de queda. Fueron ejecutados y tirados en la quebrada más próxima<sup>7</sup>.

Algunas veces se arrojaba a los detenidos desde una de las camionetas Dodge manejadas a toda velocidad. Las cabezas se rompían contra las piedras del camino. ¿Qué razón había para esta práctica? Un protagonista lo explicó así: «De este modo, el cadáver no aparecía con un balazo —signo de

---

<sup>7</sup> Según la base de datos de la CVR, esa noche murieron abaleadas Casafranca y otras dos personas más.

que los victimarios eran militares—, sino con destrozos que sugerían muerte por atropello».

Y había asuntos personales, toques de cada verdugo, creaciones hijas del poder absoluto sobre la vida de alguien por cuyo sacrificio nunca se iba a rendir cuentas. El humor de un interrogador, el licor ingerido, otros factores circunstanciales y ajenos a la decisión administrativa de matar produjeron decenas de ejecuciones. Al mismo tiempo, estaba mal visto demostrar sensibilidad. Lo contrario, un acto macabro, podía suscitar admiración, y por eso en los cuarteles daban prestigio las colecciones privadas de orejas, collares de lóbulos muertos ensartados en una cuerda.

Jesús Sosa nunca tuvo este tipo de aficiones, pero la estancia en Totos lo hizo relativamente inmune al horror, por lo menos en el momento de actuar. Podía abstraerse ante situaciones revulsivas, mantener presencia de ánimo donde otros flaqueaban. Esto resolvía problemas prácticos, como en 1984, cuando les cortó la cabeza y los dedos a seis cadáveres que había que llevar de Cangallo a Ayacucho, según la terminante orden del general Mori, para comprobar si alguno de ellos era Claudio Bellido Huaytalla, el camarada Caszelly, el más buscado senderista durante aquellos años. La patrulla y los muertos completos no cabían en el helicóptero. El general se sorprendió cuando el agente, que acompañaba a Bertarelli, le vació el contenido de su bolsa de partes humanas. Pero aprobó la iniciativa, y los restos fueron entregados a la Policía para su identificación.

Las cabezas se prestaban a exhibiciones sádicas, como la que Chacal le hizo a un teniente de la FAP que manejaba los helicópteros, un oficial alejado de las tareas violentas que había expresado su deseo de ver terroristas detenidos de Totos. Un día concertado llegó a la base en un helicóptero, y los oficiales lo invitaron a desayunar. En la mesa había panes, leche y víveres en torno a una vianda cubierta con un mantel. Los hombres comenzaron a desayunar pero nadie destapaba la vianda, hasta que lo hizo el teniente, picado por la curiosidad. Dio un salto hacia atrás, lanzando un grito, cuando apareció la cabeza de un degollado.

En otra ocasión, en Cangallo, el comandante Herber Aguilar Díaz, encargado de la base, presidía una mesa de militares que bebían después de un partido de fulbito. Casi todos estaban borrachos, y al comandante se le ocurrió provocar a un subteniente novato de la Escuela de Comandos. Le dijo, bromeando, que no sería capaz de cortarle la cabeza a un terrorista. Todos continuaron bebiendo y riendo y se olvidaron del subteniente, que apenas podía tenerse en pie. Al poco rato regresó con una olla tapada. Se puso delante del comandante, saludó militarmente y sacó, tomándola por los pelos, la cabeza sangrante de un detenido. Gritó:

—¡Aquí está la cabeza de un terrorista, mi comandante! ¡Misión cumplida, mi comandante!

Eran tiempos atroces, y uno podría preguntarse si tiene algún sentido reconstruir estos detalles. ¿Dicen algo sustantivo sobre los problemas de

fondo? ¿Hay forma de saber la extensión de la sevicia durante la represión indiscriminada que aplicaron los gobiernos de Belaúnde y García? Por otra parte, estos casos sin víctimas supervivientes plantean un serio problema al investigador: la documentación es imposible. Ningún militar aceptará que actuó monstruosamente, facultando, de paso, a la justicia, para meterlo en la cárcel. No lo hacen en este libro —hasta cierto punto, la excepción es Jesús Sosa—, y por eso sus descargos aparecen al pie de los hechos que el autor considera ciertos.

Por otro lado, sin revivir estos episodios no hay forma de acercarse a los horrores de la guerra que han marcado a los personajes de esta historia. Incluso el encallecido Sosa tuvo que intervenir alguna vez para detener el sufrimiento de un detenido.

Ocurrió, por ejemplo, en el caso del infeliz camarada Javier, quien permanecía en Los Cabitos después de un fallido intento de colaboración. Fue capturado en 1984, cuando llevaba un mensaje entre Lima y Ayacucho<sup>8</sup>. Durante los interrogatorios en el cuartel, vencida su resistencia por las torturas, dijo que podía entregar a su contacto en Lima. Había que viajar, y lo llevaron para usarlo de señuelo, con vigilancia del destacamento. Como el operativo fracasó, lo trajeron de regreso a Huamanga, donde lo esperaba una ejecución tradicional. Mas no fue así. En Los Cabitos, el comandante Jorge Contreras, adscrito al G2, decidió probar una inyección letal que, según dijo, acabaría en cinco minutos con el senderista<sup>9</sup>.

Javier se hallaba en una oficina del cuartel, atado y sin conocer el destino que le esperaba, cuando llegó Contreras con una jeringa y la sustancia que le sería inyectada. Estaban presentes Bertarelli, Jesús Sosa y otros más. El detenido —un hombre delgado y sólido, de unos treinta años— miró inquisitivamente al agente, con quien había ido a Lima y regresado a Huamanga. Luego de quince días de intimidad con sus enemigos, decidió preguntar con toda confianza:

—¿Me van a matar?.

—No —dijo Contreras—. Esto es un suero de la verdad, para saber si es cierto lo que nos dijiste.

Acto seguido le inyectó el suero de la verdad en una vena del brazo derecho. El hombre empezó a convulsionarse violentamente y se vino abajo con silla y todo. No gritaba. Emitía gemidos guturales y se contorsionaba con angustia, arrastrándose por el piso como un reptil loco. Pasaron los cinco minutos. Luego, otros cinco minutos. Tuvieron que sacarlo al aire libre, pues

---

<sup>8</sup> En mayo del 2002, en una conversación con el autor en el penal de Aucayama, Huaral, la miembro del buró político María Pantoja confirmó que Javier fue detenido en las circunstancias señaladas, pero se negó a revelar su nombre completo.

<sup>9</sup> Requerido por el autor, Contreras se negó a hacer algún tipo de declaración sobre los hechos que lo aluden en este libro, y pidió recurrir al Ejército para obtener una versión oficial.

donde estaban, una nueva pieza para detenidos, no existía espacio suficiente para sus embestidas. Habrían transcurrido diez minutos más cuando Jesús Sosa se acercó al agonizante. Le buscó el rostro y lo que vio fue una mirada llameante, tan intensa que lo persiguió durante años. Aunque tal vez ya no era una mirada. Javier le dirigía los ojos sin parpadear, mientras se sacudía sin fin, la quijada hacia la izquierda, los brazos a la derecha. El agente presumió que sí, que lo estaba mirando.

Sacó su pistola PPK. Le disparó a la cabeza.

—No sean pendejos —dijo—. No hay por qué joderlo tanto.

Pese a todo lo que vivió Jesús Sosa en Ayacucho, la escena de la agonía de Javier fue lo que más lo impactó. Cuando reflexionó al respecto, muchos años después, le vino a la mente otra horrible vivencia, durante un patrullaje en las alturas de Incaraccay. Perseguían a Caszelly, el inubicable Claudio Bellido. Jesús Sosa acompañaba a soldados de la base de Cangallo, divididos en grupos y apoyados por dos helicópteros, en uno de los cuales viajaba un colaborador que indicaría la casa de la mujer de Caszelly. Las patrullas llegaron a la casa, una típica cabaña solitaria en la cumbre de una colina, y detuvieron allí a tres personas, sin poder impedir que se fugaran algunas otras. Caszelly no estaba. Cuando Jesús Sosa se acercó, un sargento interrogaba a uno de los detenidos, un campesino sesentón, con poncho y sombrero.

—No sé por dónde se han ido, *papay* —decía el campesino.

El sargento extrajo de su cinto un cuchillo de comando, que tiene una brújula en el mango y una hoja de punta curva con dientes afilados. Sin decir palabra tomó una oreja del viejo y la serruchó. El hombre dio un alarido y se puso a gritar. Brillaron al sol los borbotones de sangre sobre la palpitante cresta. Jesús Sosa calculó la jugada del sargento. Lo vio moverse... ¡se disponía a cortar la otra oreja! El hombre gritó:

—Por ahí se fueron. Por ahí...

—Ah, mierda. O sea que sabías, ¿no? Vamos a buscar contigo a los que se fugaron, pero antes quiero que te comas tu oreja —se la metió en la boca, a presión. Luego le apuntó a la cabeza con una pistola—. Cómétela, mierda.

El viejo no podía comerse la oreja de un solo bocado. Era demasiado grande.

—Cómétela, mierda —repitió el sargento.

Con la mano derecha, el viejo tomó el lóbulo sanguinolento y lo mordió para dividirlo con los dientes. Tuvo que jalar con fuerza, decididamente. Jesús Sosa creyó ver que masticó dos veces el primer pedazo antes de tragarlo. Luego se metió a la boca el segundo trozo. No pudo ver más, ni la partida del sargento con el detenido, ni la posterior ejecución. Se dirigió a un costado del camino para vomitar.

Aun así, con el tiempo, la mirada de Javier sería un recuerdo más perturbador, pese a que Jesús Sosa presenció una segunda inyección letal, esta vez en la Casa Rosada. Un choque menor, tal vez porque mató

rápidamente. O porque él nunca trató con el detenido. La víctima fue otro confidente que ya no era útil. Presenció su muerte el colaborador Jonás, que llevaba varios meses en el destacamento y a quien la escena lo decidió a fugarse. Es seguro que meditó en su condición de hombre descartable, próximo quizás a la misma epiléptica agonía. Desapareció al día siguiente.

Lo lamentaron mucho, porque Jonás, de veintiún años, fue uno de sus principales informantes. Cuando lo capturaron, le dieron a elegir entre la cooperación o la muerte, y para decidirlo le explicaron lo bien que le iba a Yuri, otro joven colaborador. Al cabo de un tiempo Yuri saldría libre con otra identidad, probablemente al extranjero. Y con dinero.

Jonás y Yuri habían pertenecido a un mismo destacamento. Aunque por la compartimentación partidaria su conocimiento tenía un límite, entre julio de 1984 y julio de 1985 entregaron a unas treinta personas, y permitieron allanar dos escuelas populares, intervenciones que, a su vez, posibilitaron otras capturas. Hicieron una pareja perfecta hasta que escaparon.

Primero fue Jonás, luego de presenciar la ejecución inyectable. Un mes después, los agentes encontraron al costado de la puerta de la Casa Rosada un balde y una escoba. Yuri, que usualmente barría la vereda —parte de su «colaboración» era limpiar el local—, los dejó allí antes de desaparecer. Nunca lo volvieron a ver.

En cambio del otro sí tuvieron noticias. La Policía apresó nuevamente a Jonás, que reanudó sus actividades subversivas. Una vez detenido, presionado por sus captores, aceptó colaborar con ellos. Pero volvería a escaparse. Vio su oportunidad cuando ayudaba precisamente a buscar senderistas. Estaba en una camioneta llena de policías, enmarcado en el asiento de atrás, cuando subió las manos y señaló de súbito hacia un punto de la calle.

—¡Ese! ¡Ese! —exclamó.

Los policías corrieron a darle caza a quien había señalado, un individuo que caminaba a cincuenta metros de distancia. En la camioneta sólo quedó el chófer, pero eso no fue obstáculo para que Jonás, esposado con los brazos por delante, pudiera abrir una puerta y se fugara a toda velocidad.

Colaboradores como Jonás y Yuri eran muy apreciados por el destacamento. Algunos continuaban su vida en sus lugares de origen si los militares honraban su palabra de protegerlos. Sin embargo, este compromiso necesitaba mucho más que la buena fe para ser cumplido. Se necesitaba suerte. A veces el militar que lo contrajo ya no servía en la zona de emergencia cuando llegaba el peligro, y entonces el colaborador —paradójicamente, sindicado por un nuevo confidente— perdía la vida luego de gritar que él no era terrorista y que había ayudado al Ejército. Fue el caso de Teodoro Ibárcena y de su hijo, confidentes de la zona de Matará en los primeros años de Jesús Sosa en Ayacucho. Desaparecieron en 1988. Adivinando que estaban en Los Cabitos, la familia buscó a Jesús Sosa en Lima, donde entonces trabajaba, para que atestiguara en su favor. El agente

accedió a viajar a Huamanga, pero llegó tarde. Los Ibárcena habían sido ejecutados días atrás, delatados por un senderista.

Jonás ya no tuvo otra oportunidad. Cuando escapó por segunda vez, en el partido no creyeron que continuaba siendo leal. En el allanamiento de una vivienda en Huamanga, los agentes encontraron su cadáver colgado de una viga.

Después de dos generales tan distintos entre sí como Noel y Huamán, el nombramiento de Wilfredo Mori como jefe político militar, en agosto de 1984, abrió una etapa de mayor eficacia antisubversiva. Mori capitalizó su experiencia de año y medio en Los Cabitos, durante la que se detuvo la expansión senderista. Los comités populares no se construyeron ni iban a concretarse. En cambio el Ejército tenía cincuenta y siete bases en el departamento —en 1982 hubo sólo tres—, al mando de capitanes, tenientes o subtenientes. Sin embargo, aunque Sendero Luminoso perdía espacios, podía ganar otros. El Estado apenas existía en el campo ayacuchano. Por eso Huamán dijo que la guerra no la ganarían únicamente los militares.

Wilfredo Mori resolvió adquirir un mejor conocimiento del enemigo. La labor de inteligencia, antes dispersa —por un lado la Policía, por otro el destacamento del SIE y por otro Los Cabitos— fue unificada y puesta bajo la dirección del nuevo G2, el comandante César Martínez. Era Espada de Honor de su promoción, al igual que Mori, y como él, dueño de una cabal foja de servicios.

Martínez prohibió que en las bases se ejecutara sin más ni más a los detenidos. Todos serían llevados a Los Cabitos para que el G2 en persona los interrogara, con criterios más flexibles que hasta entonces. Por primera vez se pagó bien a los informantes y se recompensó en metálico el armamento recuperado. El objetivo principal fue conquistar a la población. Ahora sí debía estar del lado del Ejército.

Fue por entonces cuando se impuso la política de armar grupos de campesinos contra la guerrilla, especialmente donde la habían padecido más. En sitios como Canaire, un castigado pueblo de la provincia Huanta, la propia gente solicitó organizarse en lo que se denominó Defensa Civil. La resistencia cuajó en esa zona fronteriza con el Cusco, en lugares como Sivia, Máchente, Yochegua y San Francisco, donde surgieron organizaciones de trescientos o cuatrocientos hombres. Cuando Sendero Luminoso atacó Canaire con cuatro pelotones, fue rechazado con armas de retrocarga proporcionadas por el Ejército. A veces vencía; pero cada vez menos.

En Trigopampa, por ejemplo, hubo hasta tres incursiones senderistas, con seis personas degolladas en la primera, en noviembre de 1984, y cinco muertos en la segunda, en enero de 1985. En la tercera, un mes después, los atacantes fueron rechazados, al costo de dos mujeres muertas. Los pobladores capturaron a un senderista, que entregaron a los militares con su pistola ametralladora Star. Liderada por un exlicenciado del Ejército, la

Defensa Civil de Trigopampa funcionaba como reloj, y lo comprobó el propio Martínez una noche que durmió con los comuneros.

El pueblo era un conjunto de casas dispersas en torno a una pampa y un cerrito, donde todas las noches se hacía vigilancia. Los hombres salían de sus chozas y subían al cerrito llevando sus armas de retrocarga. Las mujeres cargaban en sus faldas piedras para las hondas y víveres para el desayuno. Una vez arriba, las rondas se organizaban en turnos de veinticinco personas. Abajo, el acceso al cerrillo estaba cerrado con espinos y protegido por trampas, huecos de dos o tres metros cubiertos de hojarasca. Además, había un ingenioso sistema de alarma. Envases de hojalata ligados entre sí, con piedras en su interior, harían bulla suficiente como para saber, con cinco minutos de anticipación, si Sendero Luminoso se acercaba. En ese caso, un sistema de detonantes que asemejaban disparos de FAL —fósforos y clavos metidos en tubos de antiguas máquinas de afeitar— daría la impresión de que arriba había un pequeño ejército capaz de hacer mucho daño.

En Los Cabitos, el comandante descubrió la importancia de no hacer dormir a los detenidos. Mantenerlos despiertos durante los primeros días era su primera preocupación. El cansancio, unido a la humedad y el frío, demostró ser un recurso valioso, al que se sumaron otras técnicas, como colocar a un impostor que hablara quechua en los calabozos, o grabar inadvertidamente las conversaciones de los prisioneros. No es que dejara de haber golpeados o muertos. Según fuentes extraoficiales, esta administración hizo que unos ciento cincuenta supuestos senderistas terminaran con sus huesos en el cementerio clandestino contiguo al cuartel y a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Huamanga. En el mismo período, unas seiscientas personas fueron puestas en libertad.

A diferencia de los primeros años, los interrogatorios estaban más dirigidos a ganar al detenido. Así, una dirigente senderista colaboró durante ocho meses y entregó información sobre los mandos en la zona rural. Otro confidente, de la zona de Huanta, aportó por primera vez la posible ubicación de Abimael Guzmán en Lima. Martínez lo disfrazó de herido y lo llevó a Lima para que ayudara a la inteligencia militar en la inminente captura. Los curiosos vieron a falsos enfermeros que bajaban a un hombre vendado de un avión militar. Pero el comando decidió entregar la información a la Policía, que no realizó a tiempo el operativo.

Los lugares de detención cambiaron. Hasta diciembre de 1984 hacía de calabozo una habitación subdividida junto a la guardia de prevención, con los presos mirándose unos a otros. Para interrogar en privado había que ir a una oficina. El año siguiente esto se hizo en la sala especial construida por Martínez al fondo del cuartel, un ambiente con vidrios refractarios donde los reclusos no podían ver a quiénes los observaban ni saber quiénes estaban presos. En una pieza contigua se destacaba, en una pared, un cuadro de la red subversiva en el departamento, una telaraña de nombres, seudónimos, cargos partidarios y localidades. Cada colaborador ayudaba a completar el

organigrama o a confirmar sus datos. Martínez llegó a tener un perfil de algunos de los principales mandos del Comité Regional Principal de Sendero Luminoso y de los comités locales, y en determinadas zonas llevaba un seguimiento del recorrido que por cada pueblito hacía un dirigente senderista.

La labor de inteligencia tenía límites por el férreo compartimentaje de Sendero Luminoso. Tomó bastante tiempo comprender que un colocador de bombas no era un militante, y que un militante no sabía lo que hacían sus compañeros en otras zonas de Ayacucho, ni conocía sus nombres verdaderos, pues trabajaba con seudónimos. Además, un cuadro partidario tenía un nombre de masa, empleado en los poblados amigos, y un nombre dentro de la organización, que podía coincidir con el de otro dirigente de una zona distinta. Esto produjo continuas confusiones en la inteligencia militar. Por eso los agentes del destacamento dejaron de prestar atención prioritaria a los seudónimos, lo más importante en la primera etapa, para centrarse en las características físicas: cojo, alto, cicatriz en tal sitio, blanco, etcétera.

Así determinaron su objetivo principal: Caszelly.

Claudio Bellido Huaytalla era el principal jefe militar de la zona central. Al comienzo, como se revela en el libro de Noel, los militares creyeron que Hildebrando Pérez Huaranca conducía la guerrilla en Cangallo<sup>10</sup>, y le atribuyeron el seudónimo de Caszelly. Pero después se centraron en Bellido, buscándolo incansablemente desde 1984. En 1986, el Ejército incursionó en Parcco y Pomatambo y mató a trece personas, entre senderistas, ancianos y niños. Uno de los muertos de Pomatambo era Caszelly. Como escarmiento, su cadáver mutilado fue paseado por las calles.

Pero esto ocurrió dos años después de los hechos que se narran en este capítulo. En 1984 aún se buscaba a Caszelly debajo de las piedras de Ayacucho. Clara, en cambio, no estaba identificada y continuaba dirigiendo su Comité Zonal. Los militares no sabían quién era cuando la tuvieron al frente a fines de aquel año en Los Cabitos, enmarcada y lista para afrontar el momento culminante de su vida.

En la tarde del 14 de noviembre de 1984, la reunión del Comité Zonal de Ayacucho estaba por terminar. La encabezaba la responsable y mando político, Clara, rodeada por tres mujeres integrantes de la directiva: Marcela, Carlota Tello Cuti; María, Marlene del Villar; y Soledad, Elizabeth Barboza. Ninguna llegaba a los treinta, como tampoco el número dos y mando militar, José Arango, Gite, quien, de momento, no participaba en la sesión. Había salido a Huamanga, y retornaría pronto. Los anteriores miembros del comité, presentados al lector en el capítulo 2, ya no dirigían por distintos motivos: Saturnino Mendieta, César, estaba detenido en Lima; Lleras, Víctor Quin-

---

<sup>10</sup> Clemente Noel, *op. cit.*, p. 66.



tanilla, había desaparecido, y la misma suerte corrió el *Chueco Pulpe*<sup>11</sup>. Gite era el único hombre que quedaba en la conducción, pero durante la reunión había sido duramente criticado por sus camaradas mujeres. Una de las dos fuentes senderistas consultadas sobre los hechos dijo que Gite ya había sido defenestrado de su cargo cuando salió hacia Huamanga. Lo responsabilizaron de diversos errores en la conducción de la guerra en la ceja de selva ayacuchana.

Pero las críticas peores recayeron sobre Fedor Aucapuclla, secretario de la subzonal 2, base 14, de la provincia de La Mar. Los cargos eran infamantes. Según una versión indirecta, la única disponible, Aucapuclla, resentido, abandonó la reunión. No resistió la lucha de dos líneas.

Salió a campo abierto. La reunión se llevaba a cabo en una casa de adobe en las faldas de un cerro denominado Pongora, en la provincia de Huamanga. Llegó al puente sobre el río Chaceo, custodiado por dos republicanos, y se pasó al bando enemigo.

Una hora más tarde, Carlota Tello le dijo a Clara:

—Hace rato que ha salido Aucapuclla. Mejor nos vamos.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando Aucapuclla llegó al puente Chaceo y vio a los guardias que lo cuidaban, tomó su resolución. Según relató después, en Los Cabitos, estaba cansado de no ver a su familia y de vivir asustado. Se acercó a los policías y les dijo, indicando con una mano la dirección de Pongora: «Allí hay una reunión de mandos de Sendero Luminoso». Los guardias no lo podían creer, y avisaron por radio a su cuartel en Huamanga. El senderista fue llevado a Los Cabitos. Media hora después, el jefe de la compañía Lince, Jesús Zamudio, por entonces capitán, dirigió el ataque al local de la reunión. Cuando se hacía el rodeo, un vigía senderista dio la voz de alerta. Algunos se fugaron, seis murieron y otros seis fueron detenidos.

Desde que la vio por primera vez, pequeña y sólida, con el pelo recogido hacia atrás, Carlota Tello fascinó a Jesús Sosa por su fuerza y dominio de escena. Después de Edith Lagos, muerta en 1982, ella era la mujer más característica de la guerrilla en los Andes. La noche del 14 de noviembre había sido llevada a Los Cabitos junto con otras dos jóvenes y cuatro senderistas varones, todos sobrevivientes del ataque del Ejército a la casa de Pongora. Los recluyeron en el ambiente contiguo a la guardia de prevención, que hasta ese fin de año serviría de calabozo, con compartimentos de un metro cuadrado para los detenidos. El mayor Jorge Contreras, de la oficina del G2, se hizo cargo de la situación y dispuso el aislamiento de los prisioneros. En los días siguientes Contreras llevó a cabo los interrogatorios,

---

<sup>11</sup> Existen versiones confusas sobre el destino de Alfredo Pillpe Huaita, quien integró el comité en 1983. Aparentemente desertó, y no es seguro que haya participado en la reunión del Comité Zonal a fines de 1984.

apoyado en la documentación hallada en el local de la reunión senderista, parte de la cual había sido quemada por los que no pudieron escapar.

Al cuarto día, Jesús Sosa y Carlos Bertarelli estaban de paso por la guardia de prevención de Los Cabitos cuando vieron acercarse al gordo Contreras con el caminar fatigado de sus borceguíes americanos. Iba al cuarto de los detenidos.

—Mayor —se adelantó Jesús Sosa—. ¿Podemos observar? —se llevó dos dedos en forma de v cerca de los ojos, en un ademán que quería decir *sólo queremos ver*.

Contreras asintió y los tres entraron. Los detenidos estaban sentados en el suelo, con las manos enmarcadas atrás. El trío de varones permanecía recostado en una de las paredes, y las mujeres ocupaban el centro. Junto a Carlota Tello, que vestía un pantalón y camisa negros, se hallaba una mujer blanca con aspecto estudiantil, Elizabeth Barboza, a la que apodaron La Gringa por su pelo pardo. La tercera mujer, también blanca y de cabello más oscuro, era notoriamente de la costa, y a la que menos prestaron atención los militares. Era Clara, Elvira Ramírez Aranda.

Carlota Tello oponía una mirada desafiante. Sus captores la tomaban por el mando más importante en el grupo, y ella se percató y asumió ese rol. Probablemente ya estaba convencida de que el fin de su vida había llegado y que quizás antes fuera destrozada físicamente. Esta presencia de ánimo impresionó a los visitantes, aunque tenía a mal traer a Contreras, quien llevaba varias jornadas interrogándola. La provocaba ideológicamente, intentando impresionarla con sus conocimientos de ciencias políticas. Parte del diálogo, según testigos, fue éste:

—Quisiera que me explicaras cómo, matando a campesinos, ustedes conseguirán una revolución apoyada por el pueblo. Eso no se ha visto en ninguna parte. Lenin decía que todo con las masas, nada sin ellas. Lenin se reiría de Abimael Guzmán.

Tello contestó con voz nítida.

—Si se lo explico no entendería, porque usted es un perro guardián. La diferencia entre ustedes y nosotros es que nosotros somos ciudadanos, políticos y militares. Ustedes no son ciudadanos, ni políticos. Sólo son militares. Perros guardianes del sistema. Pero no lo comprenden.

—Yo lo que entiendo es que has terminado aquí, jodida —dijo Contreras—. ¿Eso también lo puedes entender? ¿Entiendes que, si colaboran, aún tienen esperanzas?

—Yo ya estoy muerta, pero el partido nunca va a morir. Cuando yo esté muerta, el partido lo aniquilará. Además, yo moriré sabiendo que venceremos. En cambio, usted morirá sin saber por qué.

—Yo creo que voy a vivir para ver el entierro del comunismo.

—Todas las revoluciones triunfaron en su momento: la francesa, la rusa, la china. Así ocurrirá en el Perú.

La discusión continuó en ese estilo. Luego Contreras cambió de

contrincante y eligió a La Gringa. Con una mirada, Carlota dominó a la Barboza, que no contestó las preguntas del comandante. En este punto el mayor decidió suspender la sesión.

Contreras se dirigió a la puerta. Sosa le hizo una pregunta:

—¿Puedo quedarme un par de minutos?

Contreras se detuvo para mirarlo. Bertarelli salió.

—Sí —contestó el mayor en voz baja—, pero no la toques.

Sosa asintió. Cuando Contreras hubo salido, se dio vuelta para encararse con Carla.

—Ahora quiero que me grites como al gordito —le dijo, acercándose a ella.

Carla no parpadeó. Clavó sus ojos en Jesús Sosa.

—Anda, grítame —dijo él—. Y desde ahora quiero que sepas que voy a cacharte.

Carla le contestó con la misma mirada pesada:

—No te tengo miedo.

El resto de detenidos observó la escena. El agente sólo quería hacer una bravuconada y ver cómo respondía la senderista.

Cuando salió, estaba conmovido por la entereza de Tello. «¿Yo sería así si estuviera en su pellejo?», se preguntaba. Y las dudas le daban vueltas en la cabeza.

Clara, número uno en el departamento, parecía una mosca muerta al costado de la pequeña fiera. A continuación, el extracto de unas confesiones grabadas de Jesús Sosa al autor: «Junto a Carlota Tello estaba una flaquita que apenas hablaba. O si hablaba, la otra le dirigía una mirada de demonio que la hacía callar. Se veía que era subordinada».

En este anonimato murió Clara, por una bala de la PPK de Jesús Sosa. No le dieron mucha importancia y la mataron junto con el resto de detenidos, casi sin interrogarla.

Fueron llevados de uno en uno al cementerio del cuartel, donde había dos fosas para el grupo. Iban encapuchados, como era común, por una razón funcional: por más que intuyera que lo matarían, un detenido retenía una minúscula esperanza de que no fuera cierto. Consiguientemente, no provocaba escenas de fastidioso dramatismo. Por otra parte, un encapuchado tampoco miraba al verdugo, una circunstancia mucho más indeseable para Jesús Sosa que la desesperación de quien va a morir. En el caso del agente, algunas últimas miradas se le pegaban. Volvían en los sueños, a veces mucho tiempo después, y no lo dejaban dormir.

Con toda su experiencia, Jesús Sosa nunca llegó a saber lo que pasa por la mente de los que morían así. Eran una colectividad silenciosa, pensativa, pensativa en sabe Dios qué. Vio a Clara caminar con dignidad a la muerte dentro de su capucha, consciente de que era su último paseo, el momento que iba a llegar de todos modos, porque ellos nunca pensaron vivir para ver el comunismo.

—Me dijeron que estaba encinta. ¿Sabe usted si llegó a dar a luz, si existe un niño? —preguntó la madre al autor, cuando fue entrevistada para este libro.

Aquella vez resultó diezmado el Comité Zonal de Ayacucho. Gite, que huyó, ocupó provisionalmente el mando hasta fines de año, haciendo tiempo para que llegara el nuevo responsable, el jefe que venía de conducir con mano de hierro las células del Comité Regional del Centro: Antonio Ramírez Durand, alias Feliciano. Pero Feliciano no lograría revertir el arrinconamiento en que se hallaba la guerrilla en el departamento, la pérdida de cuadros mientras campesinos organizados por el Ejército les quitaban espacio en las alturas andinas. Este repliegue daba la impresión de que Sendero Luminoso languidecía, ocultando el hecho de que se preparaba para aterrorizar Lima y apoderarse del Huallaga, la selva del narcotráfico. Tal vez por eso, cuando Belaúnde dejó el gobierno a Alan García, en julio de 1985, apenas mencionó la subversión como un problema nacional.

Así pues, nada pareció más natural que el nuevo presidente ratificara al general Wilfredo Mori en el comando de la principal zona de emergencia. Mori, en camino a la Comandancia General, reunía todas las cualidades personales exigibles en un militar: capacidad, valor, don de mando, probidad. Todo un general. La figura idónea para acompañar el dorado inicio de Alan García en el gobierno.

Sin embargo Mori, quien no aceptó ser entrevistado para este libro, estaba a punto de naufragar.

Dos tormentas lo acecharían. Una, causada por atrocidades del personal a su cargo, a espaldas de su comando, como se explicará en el siguiente capítulo. Ésta fue la que trascendió públicamente y produjo su destitución, en septiembre. La otra nunca se convirtió en el escándalo que se insinuaba. Los increíbles sucesos permanecieron ocultos hasta hoy, y no lesionaron la honorabilidad de la cúpula de Los Cabitos.

Jesús Sosa descansaba en Lima cuando recibió una llamada de la Casa Rosada. El mensaje era terminante:

—Regresa por el medio más rápido.

Su jefe, a la sazón, era el mayor Héctor Zavala, remplazante de Bertarelli desde enero de 1985. Era un oficial abierto y preocupado por su gente, a quien le gustaba la acción. Jesús Sosa se dijo que si Zavala lo traía desde Lima, había algún problema.

Cuando dieciocho horas después llegó a Huamanga, en el destacamento sólo había dos personas. Todos, menos los jefes, participaban en un gran operativo de búsqueda, al cual Sosa debía integrarse. El capitán Arturo Moreno, el segundo del destacamento, estaba encerrado en su cuarto. El mayor Zavala, en su oficina, tenía cara de funeral. Los agentes del destacamento —Vera, Borjas, Tataje, Ñiquén— estaban en la calle. Muy pronto Sosa se enteró de lo que buscaban.

Uno de los oficiales jefes del Ejército en Ayacucho estaba a punto de ser

acusado de abuso sexual por familiares de una detenida menor de edad que estuvo en el cuartel y en la Casa Rosada. Había escapado. Cuando Zavala le dijo a Sosa el nombre del oficial, casi cae de espaldas.

Los oficiales no encontraban necesariamente reprochable que uno de ellos tuviera relaciones sexuales con las detenidas. El problema era el *cómo*. Un *cómo* apropiado eliminaba todo riesgo administrativo. Si, por ejemplo, un oficial intimaba con una detenida que iba a morir, pongamos, al día siguiente, ¿cuál era el riesgo? Ninguno. Nadie hablaría. Además, no habría violación en el sentido violento. A veces la detenida colaboraba porque se le prometía, a cambio, la libertad.

Con la tropa, esto podía hacerse a lo bestia. A Jesús Sosa, antes de una ejecución, un soldado de un piquete de diez le había dicho:

—Jefe, ya pues...

—Ya, carajo —había respondido. Una mujer esperaba atada y encapuchada junto a su fosa y a los soldados—. Pero rápido.

De este modo, razonaba el agente, se facilitaba el desfogue de la tropa, compuesta por hombres *aguantados*. La denominada higiene sexual era una responsabilidad para con los soldados, y por eso se facilitaban visitas de prostitutas a las bases, otorgando crédito al personal, si era necesario. Y por eso se permitían algunas violaciones de detenidas al pie de su fosa. Eran un mal menor, que prevenían otras violaciones o aberraciones, como los brotes de homosexualismo.

Los oficiales no eran inmunes al mal de la arrechera. Había numerosos casos de violaciones cometidas por subtenientes o encargados de base en la inspectoría de Los Cabitos. Era posible que, producido el delito, hubiera un asesinato para encubrirlo. Pero, entonces, ¿estaban permitidas o no las violaciones? Otra vez: dependía del *cómo*. Un *cómo* adecuado significaba que nunca se produciría una denuncia. Por eso las condenadas a muerte eran materia disponible.

Los oficiales no lo hacían al costado de una tumba. En Totos, por ejemplo, las detenidas que provocaron el problema entre Jesús Sosa y Galarreta pasaban pacíficamente de la cama de un oficial a la del otro. El sentido común militar no veía en esto una violación sino una contribución a la paz de la base por parte de las senderistas. A cambio, eran bien tratadas. Las detenidas parecían conformes, aunque esperaban más: la libertad. ¿Cuál fue el problema? La obsesión del capitán al aficionarse, su negativa a un *cómo* adecuado al intentar salvar la vida de una de ellas.

Jesús Sosa le había dicho al oficial, al comienzo de la experiencia:

—Hiena, escúchame bien para que no me metas en problemas: estas detenidas tienen que *irse* cuando Paz me lo diga. O cuando a mí me replieguen. Si a mí me trasladan, ya arreglo con Paz y un día antes se *van*. ¿Estamos de acuerdo?

En el caso que alborotó a la Casa Rosada, lo escandaloso no era el hecho en sí, sino el *cómo*. En efecto, era desastroso.

Una joven detenida, menor de edad, había sido convencida para pasar la noche en la habitación de un alto oficial de Los Cabitos. Le dijeron que sería liberada próximamente. La muchacha había participado en una acción militar senderista y su destino era el cementerio clandestino del cuartel. Sin embargo, conforme pasaban los días, esta ejecución fue pospuesta mientras la pareja continuaba relacionándose. Para mayor encubrimiento, la detenida pasó al local del destacamento, lo que coincidió con un viaje del mayor Zavala a Lima. Aquí termina, sin problemas, la primera parte de la historia.

La madrugada del 3 de marzo, la detenida se escapó. Durante la ausencia de Zavala estaba a cargo el capitán Arturo Moreno Alcántara, quien dormía cuando se produjo la fuga. En otras habitaciones pernocaban los mayores Jorge Contreras y Wilfredo Castro, de la plana de Los Cabitos. No tenían por qué estar en la Casa Rosada. Cuando despertaron, la detenida ya no estaba.

Zavala fue traído desde Lima y asumió el encargo de darle la amarga noticia al alto oficial que intimó con la detenida. Desde Los Cabitos se organizó un formidable operativo para buscarla en todos los rincones de Huamanga. La familia de la muchacha, que vivía en la ciudad, dijo desconocer su paradero, pero finalmente habló. Sí, sabía dónde estaba. Ella les había dicho que la habían violado en el cuartel, y no sólo eso: se hallaba embarazada de su violador.

El mayor Zavala pudo, finalmente, negociar con la familia. El Ejército pagaría una operación que interrumpiría el embarazo. No habría cargos ni persecución por el delito de terrorismo. Además, la chica recibiría una reparación económica a cambio de que se olvidara de los sucesos para siempre. En resguardo de su reputación y actual vida personal, aquí no se mencionan su nombre ni el del oficial implicado. Su familia confirmó los hechos y, en lo sustantivo, también cinco militares retirados. Ubicada por el autor en Estados Unidos, lloró al teléfono y dijo que ya no quería recordar lo que vivió.



© Mario Cueto

1983, Huamanga. El general Clemente Noel, primer jefe político-militar de Ayacucho, saluda a la bandera nacional izada por Fernando Belaúnde.



Jesús Sosa a los veintidós años, cuando aún no había matado a nadie.



© La República



© La República

Los sucesores del general Noel fueron Adrián Huamán y Wilfredo Mori (con gorra). Ambos terminaron destituidos.



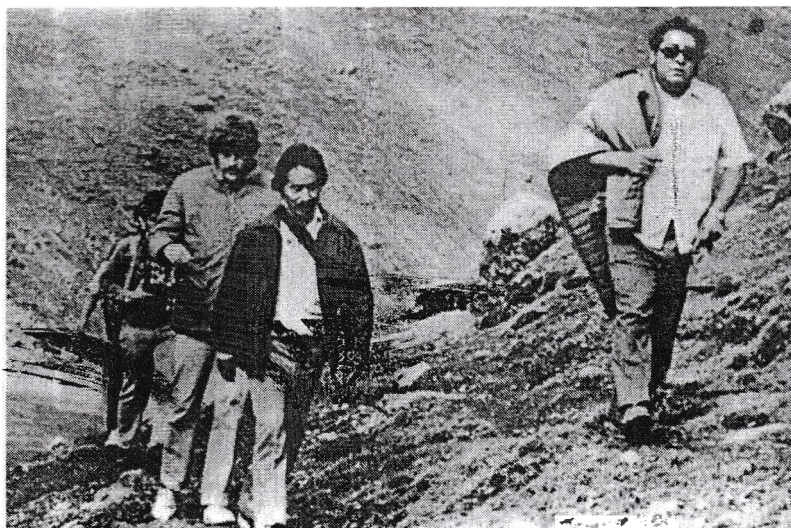
© La República

Arriba, Elvira Ramírez Aranda (Clara), en su carné de la Universidad Federico Villarreal. Al lado, Óscar Vera (César), como figura en los archivos del Colegio Militar Francisco Bolognesi. Abajo, la flámingera Carlota Tello. Vera murió en 1982. Elvira y Carlota, en 1984

El comandante Edgar Paz  
y el inconfundible  
capitán Kiko.





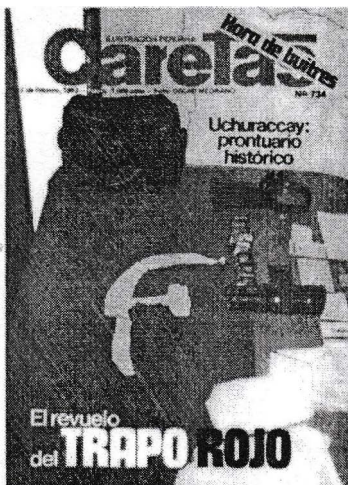


© La República

Los periodistas en camino hacia la muerte en Uchuraccay. Octavio Infante, con lentes, le había ofrecido una entrevista con Sendero Luminoso a Eduardo de la Piniella, de El Diario de Marka, el segundo en la fila de la izquierda.



© Jenny Cabrera



El periodista Mauro Montes, a la izquierda vio un trapo similar a que mostró Caretas en la casa de Infante. Pero la tesis de la bandera tiene sus detractores.

1984. El mayor Carlos Bertarelli abre la puerta del auto del destacamento. Al otro lado, el capitán Eduardo San Román

© Mario Cueto



## CAPÍTULO 6

# La ladrillera

El capitán Santiago Picón, incansable patrullador, con sus bigotes de 1983. Al costado, Héctor Zavala, jefe del destacamento

En 1985, la tormenta cayó sobre el cuartel Los Cabitos luego de que se confirmara que una patrulla del Ejército asesinó entre cuarenta y setenta personas del pueblo de Accomarca<sup>1</sup>, en la provincia de Cangallo, y que tres oficiales de una base de Castropampa ordenaron la muerte de siete detenidos en la quebrada de Pucayacu. La crueldad de los crímenes escandalizó al parlamento y puso a prueba al presidente Alan García, que sólo tenía un mes y medio en el poder. García destituyó al presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, el general del aire César Enrico Praeli, por un informe mendaz de los sucesos de Pucayacu. Luego relevó a los responsables funcionales: los generales Sinecio Jarama y Wilfredo Mori, jefes de la Segunda Región Militar y de la Zona de Emergencia, respectivamente. Mori pidió su baja al conocer su destitución, pero Jarama no lo imitó. También se quedaron en el Ejército el subteniente Telmo Hurtado, que ordenó la matanza de Accomarca, y los asesinos de Pucayacu: el comandante David Lama, el mayor José Campos, el teniente Eduardo de la Cruz y el suboficial José Gutiérrez. El caso de Mori es el único de su tipo en que un alto oficial asume su responsabilidad en vez de los de siempre: los subordinados que cumplen órdenes.

Ajeno a los problemas de sus jefes en Los Cabitos, durante aquel septiembre negro Jesús Sosa disfrutaba unas vacaciones en Lima. Un día llamó a su puerta un suboficial, con la orden del jefe del SIE, el coronel Juan Rojas, de que fuera a la oficina de personal. Allí supo el motivo: debía

---

<sup>1</sup> Inicialmente hubo controversia sobre el número de víctimas. La investigación militar hablaba de cuarenta y la del Senado de sesenta y nueve. Finalmente fueron sesenta y dos.

quedarse en Lima, asignado al SIE1.

El jefe de este departamento, el comandante Juan Manunta, le dijo que trabajaría en el Negociado de Subversión. En los pasillos se topó con dos suboficiales que también habían sido replegados de Ayacucho a Lima. Ellos lo pusieron al tanto del trasfondo de los traslados: una acusación por robo que el SIE2 buscaba esclarecer y que involucraba al jefe del destacamento en Ayacucho, el mayor Héctor Zavala. Había un segundo comprometido: el propio Jesús Sosa.

En marzo de 1985, el destacamento necesitaba un camión para ir a la selva de San Francisco. Según un colaborador, habría una reunión de mandos senderistas en la zona de Quimbiri, entre Cusco y Ayacucho. Se trataba de pescarlos, aunque era riesgoso viajar en una de las camionetas del SIE, conocidas por los subversivos. Zavala pidió alquilar un camión, pero ningún transportista quiso. La solución: robar uno, usarlo y devolverlo. A pedido de Zavala, el general Mori autorizó el operativo.

Sosa y un grupo de agentes escogieron un Ford 350 que relucía ante la casa de un comerciante de Huamanga. Una noche asaltaron la casa haciéndose pasar por senderistas y se llevaron el camión, con el que dieron varias vueltas antes de meterlo en Los Cabitos. En la madrugada emprendieron viaje a San Francisco.

El operativo no tuvo éxito porque la reunión senderista no se realizó, por lo menos el día en que aparecieron los agentes en Quimbiri. De regreso, sin embargo, tuvieron cierta actividad: un par de capturas en San Francisco, una escaramuza en Jano, una ejecución por el camino. Cuando llegaran a Huamanga debían devolver el camión, que su propietario suponía con los terroristas, pero decidieron no hacerlo inmediatamente. Querían emplearlo por un tiempo en algunos otros operativos en las provincias de Ayacucho, y obtuvieron una autorización de Mori al respecto. Entre tanto, alguien avisó al dueño que su vehículo estaba en el cuartel de Quicapata, en el barrio Carmen Alto. Y sobrevino una acusación en regla ante la Guardia Civil, hasta el punto de que Mori recibió una solicitud policial para verificar la denuncia. Hubo que hacer aparecer el camión en un corralón de Huanta, como si hubiera sido abandonado. En fin, el propietario lo recuperó, pero no retiró su denuncia.

Aunque era impensable que las investigaciones prosperaran en la Policía, que nunca iba a perjudicar a los militares, en el Ejército había quienes aseguraban que Zavala y Sosa habían querido consumir un robo en su propio beneficio. Lo pensaba el comandante David Bravo, jefe del SIE2, quien tenía a Zavala entre ceja y ceja.

Fue precisamente con Bravo con el que se topó Jesús Sosa en un pasillo de la planta baja de La Fábrica, cuando iba al SIE1, en el segundo piso. Sosa aún no sabía que Bravo preparaba su hundimiento y el de Zavala. El comandante se paró en seco, y lo miró con su agresiva cara de *bulldog*:

—¡Oye! ¡Tengo que hablar contigo! ¡Preséntate en mi oficina!

El agente se detuvo por un momento. Luego siguió caminando.

—¡Oye! ¡Te estoy hablando! ¿No escuchas? Ven a mi oficina.

Sosa se dirigió al SIE1 y no obedeció la orden de Bravo. Un suboficial fue a buscarlo para advertirle que el comandante lo esperaba. Sosa no quería ir, pero no podía negarse, salvo que su jefe, el comandante Manunta, lo necesitara. Fue a pedirle permiso a Manunta, quien lo autorizó a presentarse ante Bravo. Entonces bajó al SIE2, que ocupaba, como ahora, la mitad de la primera planta del pabellón principal del servicio, unos dos mil metros cuadrados de oficinas dispuestas concéntricamente, comunicadas con un sótano de varios ambientes para detenciones. Bravo seguía con cara de pocos amigos. A su lado estaba el mayor Valencia, un fornido oficial del departamento.

—Te crees muy listo —dijo Bravo—. Supongo que ya sabes por qué te llamo.

—No, mi comandante.

El jefe del SIE2 hizo una indicación a Valencia, quien pasó al agente a una oficina contigua. Detrás de un escritorio con una máquina de escribir, aguardaba un policía de la dotación adscrita al SIE.

—Te vamos a tomar una manifestación —dijo Valencia.

El policía le hizo a Sosa una serie de preguntas para registrar sus datos personales. Conforme el agente contestaba, sus respuestas eran mecanografiadas en un original y varias copias producidas con papel carbón. El policía no tardó en entrar al tema del camión, pidiendo detalles del operativo en Quimbiri. Sosa dijo no saber nada. Y en adelante, a cada pregunta sobre los hechos que se investigaban, o sobre la participación en los mismos del mayor Zavala, confesaba una ignorancia absoluta.

Valencia, sorprendido, intervino amigablemente:

—Ya sabemos todo. Sólo tienes que confirmarnos las cosas.

—Pero si ya saben todo, ¿para qué me preguntan?

—Es que queremos corroborar lo que pasó.

—Pero si quieren corroborar, ¿por qué no le preguntan al mayor Zavala, que es el jefe del destacamento? El es responsable de lo que se haga o deje de hacer allí.

—A él lo vamos a llamar, pero después.

—Entonces no digo más. Zavala es mi jefe. ¿Quieren que delate a mi jefe?

El comandante Bravo apareció en la oficina.

—¿Ya habló este concha de su madre?

Sosa saltó de la silla en que estaba sentado, las venas saltándole en el cuello.

—Oye, mierda —gritó—, ¿crees que porque tienes cinco pitas en el hombro me puedes mentar la madre?<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Jesús Sosa aludía a los cinco galones que llevan los comandantes.

Como Sosa se acercara al comandante, Valencia se interpuso entre ambos, tomando al agente de los brazos. Éste continuaba gritando:

—¿Crees que porque tienes cinco pitas no te voy a sacar la mierda, cabrón?

Es difícil explicar por qué, debido a esta escena, no terminó la carrera de Jesús Sosa en el Ejército. Viendo las cosas mucho después, diríase que no siempre el superior gana, sobre todo si actúa como el comandante Bravo aquella mañana. Además, el SIE necesitaba al agente para otros asuntos, como veremos después.

—Ya te cagaste. Ya te cagaste —dijo Bravo.

El agente empezó a retroceder hacia la puerta. Seguía gritando.

—No voy a participar más en esta investigación. Es impropio. Yo sólo puedo ser investigado por la Inspectoría de la DINTE y no por ustedes. Lo que hacen está fuera de reglamento. En este momento me voy a quejar al coronel.

—Ya te cagaste, huevón —repetía Bravo, convencidamente.

Sosa se detuvo en la puerta, como si hubiera olvidado decir algo.

—¿Quieren investigarme? ¿Por qué no me preguntan por las ejecuciones en Ayacucho? Pregúntenme sobre el camión de Quimbiri y diré que nos autorizó el general Mori. Que era necesario para matar a unos terrucos. ¿Van a chocar con Mori? ¿Van a joder al que hace la guerra mientras ustedes aquí se rascan las pelotas?

La reacción del presidente fue fulminante: quería una explicación detallada de las matanzas, comenzando por la de Pucayacu, y habló de ello telefónicamente con el general Mori. Pero Mori aún no tenía la convicción de que en Pucayacu hubiera responsabilidad militar. El jefe de la base de Castropampa, el comandante David Lama, su compañero de promoción, negaba rotundamente las acusaciones.

—Wilfredo, yo soy tu *promo*. ¿Crees que le mentiría a uno de mi promoción?

Pero le mintió, y por ello la verdad no la supo inicialmente el alto mando de Los Cabitos. El G2, César Martínez, interrogó a oficiales y soldados de Castropampa, quienes dijeron que los detenidos ejecutados fueron liberados por Sendero Luminoso en un ataque que hizo a la base, y que no se explicaban cómo después aparecieron muertos. La versión era compacta y unánime. Martínez, casi convencido, fue a una letrina del cuartel al cabo de un interrogatorio. Desde uno de los compartimientos escuchó a dos soldados que llegaron hasta los urinarios. Uno le decía al otro:

—Yo creo que ya cojudeamos al comandante.

Martínez salió de inmediato. Hizo detener a los soldados y los volvió a interrogar. Después pudo contarle a Mori toda la verdad.

El 4 de agosto, el teniente Enrique de la Cruz ordenó la captura de siete hombres y dos mujeres. En la base de Castropampa, el comandante David

Lama y el mayor José Campos violaron y asesinaron a dos detenidas, Teodolfa y Elena Chavarría. Como el resto de los detenidos vio a las víctimas, decidieron matar a todos. El teniente De la Cruz entregó una pistola ametralladora al suboficial José Gutiérrez, quien disparó a la cabeza de cada prisionero. Luego, siete soldados enterraron a los muertos.

Una vez que Mori supo la verdad, quedó pendiente lo que se le diría al presidente. Una posibilidad era aceptar los hechos. La otra, falsearlos convincentemente. Martínez preparó una sólida coartada, y viajó a Lima para exponerla al comandante general. Era tan buena que el general Germán Ruiz Figueroa se la compró.

La versión partía de hechos reales y comprobables. Primero, Sendero Luminoso atacó la base de Castropampa unos días antes, resultando herido gravemente un sargento. La versión falsa añadía que el Ejército había capturado a nueve atacantes quienes, interrogados, revelaron la ubicación de un almacén senderista. Efectivos de Castropampa fueron a intervenirlos, guiados por los prisioneros, y en el camino les tendieron una emboscada. Esta parte incluía otro hecho cierto, pues, en efecto, una patrulla fue sorprendida luego del ataque a Castropampa, con un saldo de dos muertos por bando. Lo falso para agregar sería que los nueve detenidos huyeron en la emboscada. Tercera evidencia: la posterior y real incursión del Ejército en una base senderista —al almacén de la historia—, en la que se hallaron armamento, medicinas y morfina. En fin, todo estaba documentado. Al presidente se le diría que Sendero Luminoso descubrió que sus detenidos delataron la ubicación del almacén y que, víctimas de la justicia revolucionaria, fueron asesinados en Pucayacu.

El comandante general quiso que el mismo Martínez le mintiera al presidente, e hizo que Martínez acompañara a Jarama a Palacio de Gobierno. Jarama aún conservaba el cargo de jefe de la Segunda Región Militar que perdería días después, y no pensaba lo mismo. Primero quería contarle a García los hechos tal como habían ocurrido; luego le diría la versión que pensaba dar el Ejército.

Jarama entró a la entrevista y dejó a Martínez en la antesala, a la espera de una indicación para ingresar. Pero la indicación no llegó. Cuando salió, Martínez le preguntó cómo le había ido. Jarama dijo:

—Comencé mi exposición contándole la verdad al presidente.

—Y después, ¿le contó nuestra versión?

—Cuando le conté la verdad, ya no quiso escucharla.

—Te invito a almorzar el sábado —le dijo Zavala a Jesús Sosa.

Se habían encontrado en los pasillos del SIE una semana después de que Sosa tuviera el altercado con el comandante Bravo. El agente, que estaba a la espera de que le cortaran la cabeza de un momento a otro, continuaba laborando en el Pentagonito, asignado al Frente Huamanga-Huancavelica, una subsección del Negociado de Subversión del SIEI. Se desconcertó al

ver a su exjefe en La Fábrica.

Zavala le informó que lo habían relevado. No quiso ser más explícito. Quedaron en hablar con más tranquilidad el fin de semana.

El mayor vivía con su esposa en San Borja, en un edificio de departamentos cercano a la avenida Javier Prado. Su franqueza y su permanente interés por las necesidades de los agentes, a lo que se añadía el hecho de que siempre iba a la cabeza en los operativos, eran el tipo de cualidades de un jefe que seducían a Jesús Sosa. El agente tenía, pues, en buen concepto al mayor, y podría decirse que la estima era correspondida, habida cuenta de que Zavala le dio muestras de confianza, incluso cuando alguien del destacamento quiso indisponerlos diciéndole al mayor que el reloj que Sosa lucía en la muñeca había sido robado a un senderista. Era una calumnia porque Sosa solía impedir hurtos durante operativos, exceptuando la extracción de dientes de oro a los muertos, considerada natural por los verdugos, ya fuera fácilmente, con un alicate, o a la bruta, con una piedra pesada. En fin, que Sosa también robaba dañaba su reputación de moralista. Pero Zavala no se quedó callado, como pensó el maldiciente, sino que puso la versión sobre la mesa.

—Oye, Chato —le dijo a Sosa—. Me han dicho que ese reloj no es tuyo. ¿Eso es cierto? Yo voy a creer lo que me digas. Voy a confiar en tu respuesta.

—No es cierto, mi mayor

—Muy bien. No se hable más.

—Tengo la factura, mi mayor. Y el reloj tiene mis iniciales.

Aunque Zavala no quiso ver la factura, Sosa se la dejó un día sobre su escritorio. Prefería que tuviera una convicción absoluta.

Durante el almuerzo en San Borja, el tema obligado entre ambos fue la investigación del jefe del SIE2. Zavala se deleitó escuchando a Jesús Sosa referir la escena en la que vapuleó al comandante Bravo en su oficina. De pronto, dijo:

—¿Recuerdas que una vez, cuando venías de Ayacucho a Lima, te pedí que trajeras unas canastillas con carne para gente del SIE?

—Sí.

—¿Para quiénes eran?

—Una era para el jefe del SIE, el coronel Rojas. Otra para el ejecutivo del SIE, el comandante Espinoza. Otra para el jefe del SIE1, el comandante Manunta. Y otra para Bravo, el jefe del SIE2.

—Sí, pero había una diferencia en los encargos.

—Efectivamente. Al coronel Rojas le diría: «Esto es de parte del mayor Zavala».

—¿Y al resto?

—Era distinto. Les diría: «Esto es de parte del mayor Zavala». Y les cobraría el costo; no recuerdo cuánto. Si alguno me pagaba, agradecía y me iba. Si alguien no me pagaba, no debía insistir.

Jesús Sosa recordaba bien las escenas y el gesto de disgusto de Bravo cuando le cobró. Recordaba también el origen de todo. Antes de dejar el destacamento, Bertarelli aconsejó a su sucesor: «Te recomiendo tener a tu favor a los de Lima, sobre todo al coronel y al jefe del SIEI. Yo, cada vez que alguien viaja, les envío, como cortesía, una canastilla con carne, que aquí la consigues buena y barata y allá es cara y mala». Y así un grupo reducido de oficiales se acostumbró a recibir los envíos de carne de vacuno comprada con dinero del destacamento. Bertarelli tal vez suponía que esto haría más difícil que el SIE le recortara el presupuesto.

Zavala decidió seguir a su modo la política de Bertarelli, enviando con Sosa su primer cargamento. El ejecutivo del SIE, puesto al tanto, envió un auto para recoger al agente en el aeropuerto, una gentileza que éste nunca había recibido en su carrera. Fue una sorpresa para los comandantes que Sosa les cobrara el costo de los cinco kilos de lomo que contenía cada canastilla. Ninguno de ellos pagó a Sosa ni envió luego el dinero. Era lo que Zavala posiblemente deseaba, para poner fin a la práctica.

—¿Sabes? —dijo Zavala, filosóficamente—. Creo que esa canastilla que le quise cobrar a Bravo es la causa de que ahora él nos quiera joder. Fíjate lo que son las cosas. Yo, un mayor del Ejército, ¿por qué tendría que regalarle carne a ese huevón?

La víspera de su presentación en el Congreso para explicar la matanza de Accomarca, el general Wilfredo Mori estuvo con Alan García en Palacio de Gobierno. El presidente conocía las declaraciones de los testigos. Al final, se despidió con estas palabras:

—Tenga cuidado con lo que diga mañana en el Congreso.

Para Mori fue un mensaje claro. Esa noche trabajó con el comandante César Martínez y el ejecutivo de la Segunda Región, el coronel Juan Briones, en una versión que admitiera que el teniente Telmo Hurtado, actuando sin órdenes de su comando, había asesinado a cuarenta pobladores de Accomarca. Sin embargo, la versión fue modificada por sus superiores.

En el Congreso, Jarama dijo que el Ejército no cometió los asesinatos. Horas después un comunicado del nuevo presidente del Comando Conjunto, César Abram, admitió la responsabilidad de Hurtado en la matanza, e informó que Jarama y Mori habían sido destituidos.

La investigación sobre el operativo de Quimbiri no pasó a mayores. El jefe del SIE consideró que Contrainteligencia no podía tomar el asunto en sus manos pues para eso estaba Inspectoría de la DINTE, la cual, si participaba, iba a empeorar las cosas. Sosa y Zavala habían actuado autorizados por el jefe político militar de la Zona de Emergencia. Por tanto, se comprometería ante Inspectoría a Wilfredo Mori, uno de los generales de mayor prestigio en el Pentagonito, a quien acababan de cortar la



cabeza por lo de Accomarca. Todo un bolondrón por un camioncito expropiado. El Músico, como se apodaba al coronel Juan Rojas —con su abultado aspecto parecía el bombo de una orquesta de pueblo—, decidió no meterse en problemas. Llamó a Bravo y le dijo que se olvidara del asunto.

Bravo se quedó con las manos atadas, pero guardó como tesoro las transcripciones del interrogatorio a los agentes José Tataje, Luis Ñiquén, Diego Colón y Jorge Borjas. Ellos aseguraban que Sosa, por órdenes de Zavala, robó un camión para hacer operativos. Uno dijo que planeaban venderlo y repartirse el dinero<sup>3</sup>.

Entre tanto, Jesús Sosa fue llamado por el jefe del SIE a su despacho. Rojas le preguntó, a boca de jarro, si quería volver a Ayacucho.

Sosa pensó velozmente. En Lima le podía ir muy mal en el servicio, por la influencia de Bravo. En el fondo prefería Ayacucho. Contestó, pues, que aceptaba volver a la Zona de Emergencia.

Rojas tomó nota de su disposición pero no le explicó nada más. Sosa se quedó en ascuas. A los pocos días recibió una extraña llamada telefónica del G2 de Los Cabitos, el comandante Martínez. Le dijo que lo necesitaban para una misión especial, por la que recibiría «un incentivo». Ellos se encargarían de que el SIE lo volviera a destacar a Ayacucho. Tampoco dijo más. Jesús Sosa recién supo el motivo de tanto misterio cuando, una semana después, regresó a Huamanga y pisó nuevamente Los Cabitos.

En un viaje a Ayacucho, cuando las investigaciones de la matanza de Accomarca estaban por iniciarse, el general Jorge Flores, ministro de Guerra, anunció una posible visita de Alan García a Los Cabitos<sup>4</sup>.

Aunque la posibilidad de una inspección presidencial en Los Cabitos era remota, los cadáveres enterrados allí podían convertirse en un dolor de cabeza para el Ejército. Los organismos de derechos humanos tenían la certeza de que centenares de personas habían sido sepultadas a pocos metros de donde fueron torturadas y ejecutadas, y los abogados de los deudos exigían periódicamente verificaciones judiciales. Por lo pronto, ya circulaban indicios del continuo alojamiento de detenidos en el cuartel. Varios sobrevivientes describieron con lujo de detalles las instalaciones, los interrogatorios, los usos de la vida militar en Los Cabitos. En una ciudad dominada por las Fuerzas Armadas era impensable que un juez fuera admitido en uno de sus locales, pero después... ¿quién sabía? El presidente, que recién tenía un mes en el cargo, era imprevisible.

Entre la matanza de Accomarca, el 14 de agosto, y la destitución del

---

<sup>3</sup> Jesús Sosa se las ingenió luego para obtener la documentación de los interrogatorios que forman parte del archivo de esta investigación.

<sup>4</sup> En una entrevista telefónica, el general Jorge Flores confirmó que visitó Los Cabitos luego de la matanza, pero no recordó haber anunciado la visita del presidente. Además, negó haber dado alguna indicación que pudiera vincularse a los hechos que se narrarán a continuación.

general Morí, el 17 de septiembre, el Comando del Ejército decidió desaparecer todos los cadáveres enterrados en Los Cabitos desde 1983. Uno de los más interesados era, obviamente, el general Wilfredo Mori. Ya tenía suficiente con dar explicaciones por dos matanzas cometidas a sus espaldas, como para dejar abierto el riesgo de que se descubriera el cementerio clandestino del cuartel, con muertos ajenos y propios. ¿Cuántos habría bajo tierra? Por lo menos quinientos, según el personal más antiguo, pero nadie lo conocía a ciencia cierta. Contábase los primeros desde 1983, de los días en que se mataba prisioneros sin haber sabido qué preguntarles, aunque, ese año, a la mayoría de cadáveres se la botó fuera del cuartel, en las quebradas del Infiemillo y de Huatatas, en los caminos y las calles. Sumábase los muertos del general Huamán, que fueron muchos en la zona rural y pocos en Huamanga, porque su política era no crearse líos en la ciudad. Y estaban los del propio Mori, quien fue bastante más selectivo para escoger a sus condenados, pero menos propenso a dejar sus restos en campo abierto. Prefirió guardarlos cerca, bajo sus pies. Desde su perspectiva, entonces, el problema no admitía dudas: debía ser resuelto antes de que su sucesor asumiera el cargo.

Con el propósito de desenterrar y desaparecer los cadáveres, a fines de agosto el comandante Martínez puso a trabajar a un piquete de agentes de inteligencia armados con instrumentos de labranza. Cuando anochece, iban al sureste del cuartel, y picaban con una barreta el territorio contiguo a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Huamanga, un descampado de unos dos mil metros cuadrados donde yacían los muertos. Era una búsqueda al azar porque nadie conocía el lugar preciso de los entierros, y la exploración se hizo lenta e inútil. Se requería la dirección de alguien que conociera el lugar de los entierros y los secretos del terreno. Cuando el comandante preguntó quién podría ser, la respuesta fue rápida: Jesús Sosa.

El comandante conocía a Jesús Sosa desde 1979, el año en que fue su instructor en la Escuela de Inteligencia. Aún más: simpatizaba con él y apreciaba su trabajo. Por eso aceptó de buen grado la sugerencia y habló al respecto con el general Morí para gestionar sin pérdida de tiempo el retorno del agente. En este punto debemos decir que en 2004 el coronel en actividad César Martínez se negó a proporcionar cualquier información que corroborara o desmintiera la historia sobre el desentierro masivo de cadáveres que en adelante se ofrecerá. Las escenas que lo mencionan proceden de otras fuentes y no pudieron consultársele.

El propio mayor Alan Rebaza, remplazante interino de Héctor Zavala en el destacamento, viajó de Ayacucho a Lima para traer a Jesús Sosa a Los Cabitos. En el avión militar en que viajaron, Rebaza no le dijo una palabra al agente sobre el motivo de su traslado. Cuando aterrizaron, un auto del G2 los esperaba para llevarlos al cuartel, donde hallaron al comandante Martínez. De inmediato, Martínez condujo a Sosa ante

Wilfredo Morí, quien vivía pensativamente sus últimos días en Los Cabitos. El general fue lacónico: «El comandante te va a indicar un trabajito que queremos que hagas», dijo. Y dio por terminada la entrevista.

Martínez le explicó luego a Jesús Sosa que debía identificar los posibles lugares de entierro de muertos en los predios del cuartel, y ayudar a desenterrarlos y calcinarlos en un horno construido para el propósito, junto a la pista de aterrizaje.

De todos los encargos pesados que Jesús Sosa recibió en el Ejército, enterrar o desenterrar cadáveres fue uno de los peores. Era un trabajo que desconocían los oficiales, usualmente al margen de los rigores de una ejecución. A lo más, si se trataba de un teniente o capitán —rara vez alguno más alto— sólo apretaban el gatillo de las armas, manchándose de sangre un poco. Allí terminaban sus molestias. Eran suboficiales y soldados quienes tomaban las lampas para cavar las tumbas, algo que demoraba mucho si había varios muertos. Requería un par de horas una fosa bien hecha para dos personas. En cuanto a desentierros, el esfuerzo podía ser mayor. Remover a un montón de interfectos era titánico, y Sosa no lo había visto jamás.

Fue inevitable, al respecto, que el agente recordara a un empleado civil del Ministerio de Guerra que llegó una tarde de 1983 a la base de Totos para pedir que se le ayudara a identificar unos muertos malenterrados camino a Vilcanchos<sup>5</sup>. El hombre buscaba a su madre, hermana y cuñado desaparecidos. Pese a que los oficiales almorzaban, el sargento de guardia juzgó prudente no despedirlo cuando supo dónde trabajaba, y le pidió esperar en la antesala. Un intercambio de miradas entre los comensales precedió la decisión del capitán Chacal, pues no era otro quien presidía la mesa aquel atardecer. Al visitante se le pidió volver al día siguiente, prometiéndole una patrulla para que lo acompañara hasta donde quisiera. Esa noche, los hombres de la base se asegurarían de que en esa búsqueda nadie encontrara nada.

Cuando Chacal lo dispuso, la cosa parecía fácil, pero fue una experiencia infernal para Jesús Sosa.

Un soldado que participó en los entierros guió a la patrulla, de quince efectivos, en la noche cerrada. Luego de caminar una hora, la linterna del soldado enfocó unas manos que sobresalían en un montículo removido por los perros. Jesús Sosa dispuso que un grupo desenterrara los restos y que otro cavara un hoyo a veinte metros de distancia, al costado de unos matorrales. Los cuerpos, hinchados y completos, tenían una semana fermentándose, y empezaron a despedazarse cuando eran jalados por las extremidades para ser llevados a la superficie. Los soldados sufrían, agobiados por un hedor abominable, que parecía infinito a medida que iba pasando el tiempo, como si el cielo mismo se hubiera podrido y despidiera

---

<sup>5</sup> Por entonces existían ministerios de Guerra, Marina y Aeronáutica. En 1987 se juntaron en el Ministerio de Defensa.

un vaho mefítico sobre las cosas. Algunos presentaron cuadros de asfixia, lo que obligó a Jesús Sosa a formar piquetes de relevo rápido en apoyo de quienes trabajaban cerca de los despojos. La operación se hacía interminable por la dureza de la tierra donde se ahondaba un hueco de metro y medio de profundidad y hacia el cual, finalmente, los muertos fueron llevados por pedazos. Después hubo que buscar piedras gordas con el fin de llenar con ellas la fosa hasta el tope. Cuando los hombres echaron tierra encima y nivelaron el piso con el canto de las palas, el suelo quedó parejo, y la llovizna que cayó a continuación completó el aspecto virginal del paraje, hasta el punto de que al día siguiente engañó al empleado del Ministerio de Guerra que buscaba a sus deudos. Nunca pudo volver a hallar el lugar donde los había visto enterrados.

De regreso a la base, los miembros de la patrulla no se soportaban entre sí porque seguían oliendo a muerto pese a que los cadáveres yacían bajo las piedras, a cinco kilómetros de distancia. Se bañaron, se cambiaron de ropa y quemaron sus prendas usadas en el fogón de la cocina de la base, con lo cual dieron por terminada su limpieza, pero continuaron apestando, o así lo sentían ellos, durante los días siguientes. Jesús Sosa jamás supo si aún cargaban adherencias de los muertos o si simplemente los perseguía en sus cerebros el infamante recuerdo de la putridez. De todos modos, se prometió tomar mayores precauciones la próxima vez que trajinara cadáveres.

Por eso se alarmó cuando Martínez habló de exhumar muertos de Los Cabitos.

—Cuidado, comandante —le dijo—, eso olerá como los mil diablos.

—No te preocupes —repuso el G2—. Todo estará organizado.

Todo avión que aterriza en Huamanga toma la pista desde el oeste, de modo que un pasajero puede apreciar, por las ventanillas del costado derecho, el cuartel Los Cabitos en toda su extensión. El último tramo del despegue se hace sobre territorio militar, precisamente el descampado donde en 1985 el comandante Martínez dirigió la cremación de cadáveres. Durante el día, pues, el viajero tiene acceso a una amplia vista exterior del cuartel, lo que no ocurre por las noches, cuando el aeropuerto permanece inactivo y sus alrededores sólo pueden ser vistos por tres vigías de las torretas de aquel lado de Los Cabitos. Estos vigías eran replegados cada vez que había un entierro en la zona contigua al cuartel que servía de cementerio. Fue el caso de la primera noche de incineración, y de las siguientes. Como el trabajo demoró más de lo previsto, esa parte estuvo sin vigilancia nocturna durante un mes.

Entre el cementerio y el comienzo de la pista de aterrizaje, el general Mori había mandado hacer un horno para fabricar ladrillos, aparentemente con miras a confinar la ampliación de Los Cabitos, iniciada el año anterior. En realidad, su primera función fue reducir a cenizas todo vestigio de las ejecuciones. Consistía en cuatro paredes de cuatro metros de alto, hechas cada una con dos filas de adobe grueso, reforzadas por columnas

externas de base ancha, levemente triangulares. No tenía techo, y en el lado este, al centro, había una entrada de un metro de ancho, simplemente un pedazo de pared que se dejó de construir. Allí se colocó un lanzafuego conectado por una cañería de cobre a un depósito de petróleo, y por una manguera a un compresor de aire. Expelía llamas de combustible gasificado al centro del ladrillar. La cosa era poner los cadáveres en el medio, agrupados según iban saliendo de la tierra, y aplicarles el chorro de fuego hasta que desaparecieran.

De lejos, la construcción parecía una casa rústica en ruinas. De cerca era inexpresiva, salvo en los momentos de ignición de sus muertos, en los que intimidaba con su resplandor incandescente. Esto ocurría pasada la medianoche, cuando llegaba al homo el primer grupo de cadáveres de la jornada.

Los trabajos comenzaban a las diez, con la aparición de tres piquetes de cinco agentes cada uno. Los protegían overoles azules, botas de jebe, guantes de cuero y mascarillas, implementos que eran quemados cada semana y remplazados por nuevos, provenientes de la buena provisión que Martínez almacenó en un ambiente de la sede del destacamento del SIE, por entonces una vivienda que había estado asignada a los marinos en la villa de oficiales. Durante el día, los hombres dormían y comían a dos cachetes. Del casino se les enviaba una ración doble de rancho para reponer las fuerzas y leche a discreción para prevenir intoxicaciones. Por la noche, luego de cenar, salían en una de las camionetas Dodge y se dirigían hacia la entrada del cuartel, pasando por delante de las oficinas de la comandancia general, del campo de fútbol y de la pista de combate con sus rampas, vallas, escaleras, paralelas, crucetas y sogas. Al llegar al portón de acceso, la camioneta volteaba a la derecha, llegaba a la esquina del cuartel, torcía a la izquierda para entrar en terreno baldío y se detenía a cincuenta metros del ladrillar. Entonces los hombres bajaban y comenzaban el desentierro de cadáveres. El comandante Martínez, que no era como otros jefes, dirigía los trabajos y daba la mano en todo.

El desentierro comenzó por el lado sureste del terreno, el que estaba más distante del cuartel. Se avanzaba de este a oeste, con tres grupos de excavadores provistos de barretas y palas que unas veces picaban tratando de descubrir una inconsistencia de la tierra que insinuara una fosa, y otras se guiaban por su propio recuerdo, porque muchas tumbas se hicieron ese año y algunos agentes sabían dónde estaba su muerto. Jesús Sosa daba referencias de las zonas indicadas por su memoria, pero ésta, aunque prodigiosa, no podía acertar con los lugares precisos sino con los alrededores. Había jornadas en las que aparecían quince cadáveres; en otras, sólo seis. Aceptaron que no era un mal promedio rescatar y calcinar a unos diez por noche.

Los muertos estaban irreconocibles, por lo menos para Jesús Sosa. Cada

noche, el agente esforzaba su evocación hasta el límite de lo posible, a efectos de que la ropa de algún desenterrado —único anzuelo— le devolviera cierto recuerdo perdido: una mirada, un grito, unas palabras. Pero lo conseguía apenas, en parte porque a los muertos recientes no los conocía, y en parte por la erosión de los rostros, la descomposición. Bajo tierra, los cuerpos se hinchan durante las primeras dos semanas y luego comienzan a chuparse, perdiendo agua y musculatura. El levantamiento debe hacerse con cuidado extremo, pues la sola presión de una mano sobre una extremidad, un brazo por ejemplo, puede hacer que los dedos penetren en el tejido, empapándose de su repulsiva inconsistencia. Un tirón es capaz de desprender un miembro o parte del mismo. Aun actuando con prudencia ocurren estos indeseables desgajos, que obligan a un traslado por partes, a una manipulación forzada de tronchas que transmite al operador las últimas sustancias de los muertos.

El esfuerzo para reconocer a los cadáveres era un simple ejercicio personal para el perfeccionista Sosa, y no parecía tener efectos prácticos en la búsqueda de tumbas. Sin embargo, un recuerdo jalaba a otro y luego a otro, y así, a veces, brotaba un chispazo que iluminaba un rostro o una escena, una certeza que indicaba: es por allí. Y entonces se cavaba. Esta recordación guió al agente hasta la tumba del desdichado Javier, cuya desesperada agonía, luego de la inyección que le aplicó el mayor Contreras, fue la mayor impresión que se llevó Jesús Sosa en el Ejército. Y a los restos del suicida Eladio Quispe Mendoza, quien, para terminar con las torturas, tragó agua de la pocilga en la que lo sumergían. Pretendía ahogarse, pero murió, ardiendo de fiebre, por la intoxicación<sup>6</sup>.

Recordó también a Pedro Gómez Huaytalla, el diminuto camarada Pedro, capturado en noviembre de 1983 e interrogado sin éxito durante una semana<sup>7</sup>. Colgado y con muchos golpes en el cuerpo, Gómez hizo poco caso de las pruebas que había en su contra: documentos personales que perdió en una refriega con militares, el testimonio de otros detenidos. Nunca aceptó ser senderista, y mantuvo inamovible la versión de que llegó a Huamanga buscando a una enamorada que lo había abandonado en Lima. En tales casos el interrogador se decía a sí mismo que trataba con un caso perdido de terquedad. El hombre, convencido de que morirá de todas maneras si confiesa su militancia, se aferra a la única posibilidad que podría salvarlo: despejar dudas sobre su culpabilidad a costa de soportar las torturas.

Durante su última semana de vida, a Pedro lo dejaron tranquilo junto a

---

<sup>6</sup> Los familiares de Quispe denunciaron que su desaparición se produjo el 15 de noviembre de 1983.

<sup>7</sup> Gómez estudiaba en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y perdió sus documentos mientras huía del destacamento en Huamanga, en agosto de 1983. Aquella vez se fugó, pero fue capturado tres meses después.

otros cinco detenidos, en la azotea de la Casa Rosada. El 29 de noviembre, la víspera del aniversario del SIE<sup>8</sup>, la gente del destacamento decidió esperar el día 30 con una reunión a todo dar, sin el estorbo de los prisioneros. Por la tarde, Bertarelli ordenó cavar las tumbas en la zona contigua al cuartel para que, por la noche, el grupo ejecutor tuviera tiempo de retornar a la fiesta. Y así fue. Los detenidos murieron como a las diez, mientras en la Casa Rosada comenzaba la celebración, con la asistencia del general Clemente Noel y del G2, el comandante Carlos Villena, y de un ramillete de amigas del comandante apodado Pato. Cuando finalizaron los entierros aún no llegaba la medianoche. En el destacamento los agentes comisionados fueron recibidos con música, cerveza y carnero guisado.

También ayudaba en las búsquedas la intensidad con la que se hacía evocar cada muerto. De Pedro, por ejemplo, Sosa conservaba un vivo recuerdo. Desde finales de agosto, cuando se le cayeron sus documentos mientras era perseguido a balazos en Huamanga, memorizó sus facciones de serrano cholo, reproduciéndolas en la imaginación durante las noches de caza. En los interrogatorios, le impresionó su resistencia, la forma en que extrajo fuerzas de su cuerpo pequeño. Le interesó como personaje, y después no olvidó completamente el lugar de su entierro.

Otras veces era un detalle de la muerte de alguien lo que, por su rareza, se fijaba en la memoria y permanecía allí, facilitando el rescate. Esta asociación, por ejemplo, permitió a Jesús Sosa dar con la fosa de un muchacho cuyo nombre había perdido, alguien que olió a muerto desde que fue capturado, en 1984, pero cuyo final, por la forma en que se produjo, nadie habría previsto. Iba a morir, pero no el día en que lo mataron, ni de esa manera. A un agente se le ocurrió que el prisionero sirviera para probar, por fin, la ropa antibalas de la Casa Rosada. Eran unos chalecos regalados por el Ejército Argentino al SIE por haber tomado a su cargo, en 1980, el secuestro en Lima de tres montoneros, luego asesinados por los agentes de Videla. Los chalecos (así como unos equipos de disfraces de la misma procedencia) terminaron en Ayacucho, en el local del destacamento, y nunca fueron empleados hasta que se decidió someterlos a una prueba de control de calidad con el infeliz del tercer piso, un senderista pequeño e inmutable. Fue en una noche clara, de luna llena. Zavala tuvo un arrebatado de misticismo.

—¿Crees en Dios? —le preguntó. El detenido estaba de pie. Sorpresivamente dijo que sí.

—Entonces rézate un padrenuestro. Que Dios se apiade de tu alma porque tu cuerpo queda aquí, por toda la mierda que hiciste.

El muchacho observó a sus verdugos en silencio. Uno de los agentes trajo un chaleco antibalas celeste y se lo puso. Luego lo llevó hasta un árbol cercano y lo ató al tronco con una soga. Mientras lo hacía, le habló cariñosamente:

---

<sup>8</sup> El Servicio de Inteligencia del Ejército fue fundado el 30 de noviembre de 1959.

—Tranquilo, flaquito. Veremos cómo juegas con la albiceleste<sup>9</sup>.

Otro agente se puso al costado del prisionero, quien estaba de cara a la pista de aterrizaje, y comenzó a alejarse, contando sus pasos. Cuando llegó a los veinticinco, trazó una raya con el pie y dijo: «De aquí disparan las pistolas». Luego continuó en la misma dirección. Habló a los cincuenta pasos: «De aquí disparan las metracas».

El grupo, de unos ocho hombres, iba a probar con balas de revólver Colt 38, de pistola Browning de nueve milímetros, y de fusiles FAL belga y HK G3. Pero fue un ejercicio corto. Cuando el primer tirador disparó una pistola desde los veinticinco pasos, el cuerpo impactado dio un brinco, y la cabeza cayó hacia un costado. Un agente fue hasta el cuerpo vencido del senderista.

—Yo creo que este cojudo ya está frío —dijo—. Examinó el chaleco y vio que la bala lo había perforado como si fuera un bizcocho.

Hubo otro disparo desde los veinticinco pasos, y la bala igualmente llegó hasta el cuerpo. Un agente dijo que ya no tenía sentido seguir probando, pero se impuso la idea de disparar los fusiles ametralladoras desde los cincuenta pasos.

Cuando lo hicieron, el cuerpo bailaba al compás de las balas.

—Estos chalecos argentinos son una buena mierda —dijo Jesús Sosa. Alguien comentó que a esos chalecos había que colocarles láminas de acero para que fueran seguros. Otro repuso que aquello no serviría. Empezó una animada conversación técnica mientras iban haciendo lo necesario para enterrar al muerto.

Fue la singularidad de esta ejecución lo que, puesto a recordar dónde había cadáveres, ayudó a Jesús Sosa a encontrar el cuerpo. Lo mismo, en cierto modo, ocurrió con el desentierro de un grupo de mujeres. Recordaba, más que las ejecuciones, lo que ocurrió con ellas en la Casa Rosada.

A mediados de 1984 un grupo de agentes le pidió permiso a Bertarelli para tomar a detenidas que de todas maneras iban a ser ejecutadas. El mayor aceptó siempre y cuando no hubiera alboroto. La mejor forma era convencer a las detenidas de que serían liberadas esa misma noche «si colaboraban con los muchachos». Las detenidas aceptaron. Hacia la medianoche, cuando el destacamento estaba colmado, ellas recibieron la noticia de que serían liberadas.

La que parecía más joven, una muchacha blanca, de pelo ensortijado, se dirigió a Jesús Sosa en voz baja. El agente había estado observándolo todo,

---

<sup>9</sup> Alusión macabra a los colores de la selección argentina de fútbol. Cuando el autor preguntó al coronel en el retiro Héctor Zavala si era cierta la escena descrita, la desmintió rotundamente. «Yo hacía inteligencia, no guerra sucia», dijo. Añadió que en su destacamento no se asesinaba a los detenidos.



sin participar en el cacherío<sup>10</sup>. Bertarelli tampoco: no salió de su oficina, en el primer piso.

—Nos van a matar, ¿no? —preguntó.

—No. ¿Por qué piensas eso?

—Por lo que nos han hecho.

—Tienes que comprender. Ellos —con un ademán indicó a los agentes— son solteros. Debemos ayudarlos a resolver el problema de que están solos. Si ustedes colaboran con eso, nos damos la mano.

A cien metros de la ladrillera, Jesús Sosa recordaba estos hechos y también otro detalle: fueron enterradas con dos varones de una escuela popular de Barrios Altos. Los habían puesto en dos fosas, una con tres cuerpos y otra con cuatro.

Cavó. En efecto, allí estaban.

Como se ha dicho, algunos cadáveres tenían objetos que permitían reconocerlos. Cuando Jesús Sosa vio las viejas zapatillas del capitán Chicho Uribe, de inmediato supo que el cuerpo era de Antonio Loe. No bien fue detenido, el capitán les puso el ojo a las Adidas plomas que calzaba, nuevas y vistosas, y ordenó quitárselas. Trajo sus propias zapatillas para que se las pusiera, pero le quedaron demasiado cortas. Al final calzaron a la fuerza, para tormento de Loe durante los últimos días de su vida.

—Éste murió con zapatos ajenos —dijo Sosa mientras desenterraba el cadáver.

Otro reconocimiento súbito fue el de Carlota Tello Cuti. La hermosa cabellera negra de Carla, larga hasta la cintura, apareció intacta, hasta la mitad del cadáver.

La ladrillera funcionaba a todo dar. En una buena noche, comenzando a las diez, a las doce ya había en la puerta del horno dos o tres cadáveres, y con ellos se iniciaba la ignición. El chorro de fuego devoraba un grupo de tres muertos en treinta minutos, convirtiendo rápidamente los cuerpos en figuras que se iban encogiendo y adoptando una posición fetal, hasta volverse masas negras que se consumían entre crepitaciones de la grasa quemada. Si todo iba bien, cada hora debía alimentarse el horno con una porción de cadáveres, con el fin de que, hacia las cinco, sólo quedaran huesos y vísceras achicharradas que aún no eran ceniza. Luego el día asomaba plenamente y en el cuartel se escuchaban los ajeteos de una nueva jornada.

Los hombres, agotados, regresaban a la casa del destacamento, e iban

---

<sup>10</sup> El autor entrevistó a una detenida de la Casa Rosada que salió en libertad por entonces y que pidió no revelar su identidad. En el destacamento sufrió abusos sexuales pero asegura que Jesús Sosa censuraba dichas prácticas, que lo vio oponerse a ellas y que en un caso la defendió abiertamente.

directamente a las duchas para sacarse el olor de los muertos. Las ropas eran dejadas al sol en cordeles o en el jardín, y por un momento un olor nauseabundo invadía el chalet. Quince días después, la gente estaba desgastada y tensa. Era un alivio la llegada del sábado. Ese día, los agentes dormían a pierna suelta, y por las tardes lavaban su ropa y quemaban los overoles usados en la semana.

Martínez notó el cansancio de los agentes.

—¿Cómo están los muchachos? —le preguntó a Jesús Sosa.

—Cansados, mi comandante. Caería bien un poco de relaxo.

—Muy bien —dijo Martínez—. Organízate algo para un sábado.

El sábado anterior los hombres bebieron cerveza en el local del destacamento, pero fue una borrachera de los mismos de siempre. Sosa decidió hacer algo mejor, una fiestita con chicas de Huamanga. El martes previo confirmó su asistencia la mayoría de amigas y conocidas a las que invitó. El jueves, más de la mitad llamó para decirle que no podría, y el viernes prácticamente se quedó sin invitadas. De seis apalabradas, que aseguraron traer a otras seis, sólo quedaron dos, y éstas dudaban. El problema principal, dedujo Sosa, era el local. Una chica que asistiera al cuartel soportaría habladurías de todo tipo, por como estaban las cosas en Huamanga.

Pero tampoco podía cancelar la reunión. El general Morí, que estaba por irse de la ciudad, había aceptado asistir, lo mismo que varios oficiales del cuartel. El tesorero, también invitado a la fiesta, había aportado cuatro botellas de whisky. El resto del licor ya estaba comprado. El sábado al mediodía, lo único que faltaba era mujeres para el baile. Jesús Sosa estaba a punto de declararse derrotado cuando decidió lo que nunca iba a conocer el alto mando de Los Cabitos.

Fue al burdel La Tía Meche, al sureste de la ciudad, que funcionaba en seis cuartuchos de adobe sin revestir, levantados en un corralón de la avenida Cusco. A las cuatro de la tarde había cinco mujeres conversando, sin clientes. Jesús Sosa les preguntó si tenían trabajo. Contestaron que en ese momento no, pero que más tarde sí, porque era sábado. El agente les propuso ir a Los Cabitos, lo mejor vestidas que pudieran, pero no como prostitutas sino como muchachas de su casa. Hasta las seis de la tarde tenían plazo para pasarle la voz a cuantas amigas quisieran asistir a una fiesta de confraternidad en el cuartel. Adentro observarían una conducta correcta, pero después podían dejarse seducir por los interesados, sin pedirles dinero. Pagaría un precio base por la fiesta, más una bonificación por cada polvo.

Las mujeres aceptaron. Lucían un aspecto disuasivo, pero Jesús Sosa no tenía otra alternativa. De todos modos, cuando las recogió, a las seis, juzgó que su apariencia había mejorado notablemente, y también dio su aprobación al par de amigachas que las acompañaban. El agente se dijo que pese a que el grupo era un poco disparejo en edades y anatomía, no estaba

tan mal para los feos del destacamento. Contento por haber salido del atolladero, las invitó a subir a una camioneta y las condujo triunfalmente a Los Cabitos.

La fiesta resultó un éxito y las prostitutas fueron tratadas como reinas por la oficialidad asistente. A las diez, algunos militares estaban borrachos, y su galantería se extremaba. Un coronel se enamoró súbitamente de una de ellas, una gordita de pelo encrespado:

—Qué bonita eres —le dijo en un momento, tomándole las manos con arrobamiento. Ella, castigadora, buscaba con la mirada otro punto de la reunión—. No mereces estar aquí, sino en un palacio.

Otros preferían actuar más directamente, recurriendo a Jesús Sosa.

—Chato —le dijo uno de los agentes—, ¿cómo es la vaina acá? ¿Tus amigas entran al cuento o no?

—Depende de ti. Si caes bien, tal vez. ¿Por qué no pruebas?

Durante los desentierros, llegó el remplazo de Wilfredo Morí; un general discreto, Antonio Gil. Sendero Luminoso ya no asolaba Ayacucho como en 1983, y dirigía su violencia contra otras regiones del país. Con Gil, el cuartel ingresaría a un período de reflujó y bajo perfil, sin cadáveres en su subsuelo. En total, unos trescientos cuerpos fueron desenterrados e incinerados, según el control del comandante Martínez. Dejaron de trabajar a fines de septiembre, cuando habían cubierto casi toda el área de trabajo prevista.

Los agentes se tomaron unos días de descanso, mientras esperaban el pago extra ofrecido. Aunque como era una operación secreta nadie podía preguntar abiertamente cuándo y cómo llegaría el «incentivo», se esperaba que el ejecutivo del cuartel, Julio Brun —que financió los desentierros y estuvo al tanto de todo—, los compensara en metálico con una cantidad fuera de planillas. Total, quizás habían salvado a Los Cabitos de un daño irreparable. Pero pasaron las semanas y el premio no se concretó. Supusieron que los bonificarían en diciembre, y que a su gratificación navideña se añadiría una suma razonable. Lo cierto es que el fin de año no les pagaron, y que jamás de los jamases se volvió a hablar del asunto.

## CAPÍTULO 7

# El sobreviviente

En 1986, la guerrilla maoísta estaba diezmada en Ayacucho, pero actuaba enérgicamente en la costa y el valle selvático del Alto Huallaga<sup>1</sup>. Lima empezó a padecer feroces ataques de terrorismo urbano: asesinatos de gobernantes y militares, voladuras de automóviles, ataques contra bancos y organismos del Estado; 502 de los 1.082 atentados de ese año se produjeron en la capital peruana. Metido en una cómoda casa de Lima, Abimael Guzmán impulsaba la reorganización del Comité Metropolitano y desarrollaba otro organismo más temible aún: Socorro Popular.

En Lima, los penales fueron llenándose de acusados de terrorismo, primero en la isla El Frontón, y luego en Lurigancho y en Santa Bárbara, un centro para mujeres en el Callao. Allí, conforme crecían, los detenidos senderistas —unas cuatrocientas personas en 1986— imponían sus propias reglas y se preparaban para los intentos de exterminio. No dudaban en provocarlos, porque para ellos las cárceles ya no eran lo que al inicio de la insurrección, «sórdidas mazmorras del caduco Estado peruano», en las que el preso se sometía. Las convirtieron en «luminosas trincheras de combate», un territorio más de la guerra, donde las zonas que gobernaba el partido se defendían violentamente contra cualquier profanación.

En ese año nadie habría dicho que las cárceles eran el escenario principal de la lucha entre Sendero Luminoso y el Estado. Había más sangre y fuego en otros sitios. Sin embargo, allí se decidió la suerte de la política antisubversiva de Alan García, con la atrocidad mayor de aquella guerra: el exterminio de casi todos los detenidos senderistas en Lima. Por un momento, más allá del horror que produjeron las ejecuciones, pareció que el enemigo había sido descabezado. Después se demostró que aquello no fue una victoria, sino todo lo contrario.

---

<sup>1</sup> Había un nuevo insurgente, el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), que desde 1984 producía sabotajes, ejecuciones y secuestros.

La matanza traumatizó a ambos bandos, y en la reconstrucción que haremos desde un ángulo inédito —el de los que iban a morir— surgirán personajes decisivos para las revelaciones venideras. Seres inimaginados, desconocidos, que por entonces posaban sus huesos en el duro cemento del penal más afamado del país.

En la luminosa trinchera de combate de Lurigancho, ni los propios presos senderistas conocían bien a su jefe, Víctor Vidal Marino, camarada José, hoy considerado miembro histórico del Comité Central. Era alto y delgado, circunspecto en extremo. En 1980 tenía veintisiete años cuando salió con otros estudiantes al patio de la Universidad Nacional de Ingeniería para vender sus calculadoras, sus libros y sus reglas de cálculo. Nadie les creyó que se iban a la lucha armada, pero Vidal, que estudió hasta el martirio en su casa del Callao, al mismo tiempo recibió preparación militar. Ese año integró la primera compañía del Ejército Guerrillero Popular. En 1982, cayó detenido en una acción de propaganda, aunque salió libre al poco tiempo. Dos años después, apresado en Puno, fue llevado a Lurigancho. Esperaba ser juzgado cuando sobrevino el baño de sangre.

Lurigancho albergaba siete mil presos, un poco más del doble de su capacidad<sup>2</sup>. Nacido a los pies de cerrillos de San Juan de Lurigancho, exhibía dos bloques de pabellones separados por un corredor denominado jirón de la Unión, como la conocida calle céntrica de Lima. La puerta de ingreso daba a una explanada de tierra con acceso al primer bloque, que mostraba a un lado cuadras impares de los detenidos y al otro el célebre pabellón industrial —allí fue la matanza—, un enorme taller sin ventanas ni construcciones interiores, cercado por paredes de cuatro metros de alto, donde se lavaban sábanas de diversos burdeles de la capital, entre otros menesteres. Uno recorría la explanada y tenía acceso a los pabellones del bloque, tumultuosas galerías de carne humana mugrienta y tuberculosa. Tenían, cada uno, un patio y dos pisos de celdas y, sobre todo, un olor excrementicio, un aspecto inmundito y superpoblado. Un pasadizo techado cruzaba el bloque hasta la parte posterior y daba al jirón de la Unión, el bulevar sin árboles de los presos, donde, a izquierda y derecha, se tenían, respectivamente, las cuadras del segundo bloque, y el pabellón británico: la morada de los terroristas. Detrás de todo, el cerro, límite impuesto por la naturaleza, por donde era imposible huir.

El pabellón británico tenía un patio interior en forma de L que rodeaba las celdas, dispuestas en dos pisos<sup>3</sup>. En 1982 vivían allí unos setenta

---

<sup>2</sup> De acuerdo con una versión bastante extendida, el penal fue construido para **sólo** dos mil quinientos reclusos, pero según dijo al autor Miguel González del Río, exdirector de penales, Lurigancho puede hospedar a tres mil quinientas personas.

<sup>3</sup> Debía su nombre a que fue construido con fondos del gobierno inglés. Tenía ocho ambientes en cada planta, sin contar los baños.

delinquentes comunes y treinta acusados de terrorismo. Los senderistas llenaron uno de los ambientes hasta casi reventarlo, y conforme llegaron más, poblaron los otros espacios, convirtiéndose en mayoría. Detestaban la convivencia con los comunes: eran sucios, portaban enfermedades contagiosas y solían estar borrachos o drogados. Además, hacían ruido y filtraban información a la Policía. En 1984, mientras dormían, los echaron a golpes. Mientras, a varazos, los ponían de patitas en el jirón de la Unión, cantaban *Bandera Roja*, la antigua canción de los partisanos italianos.

Al día siguiente comenzó una nueva etapa. El local fue limpiado completamente, hasta que sus paredes y sus pisos quedaron listos para la iconografía senderista. Los detenidos se organizaron en equipos: un contingente barría y trapeaba las celdas y los baños, otro cocinaba, otro lavaba la ropa, otro hacía instrucción política, otro dirigía la producción de artesanías, otro administraba servicios médicos y de salubridad, otro pintaba cuadros con la dirección del artista Félix Rebolledo, venido de París. La producción de cuadros servía tanto para la propaganda ideológica (acuarelas de la primera compañía en las que se saludaba al presidente Gonzalo, representaciones del asalto al penal de Huamanga, retratos de Abimael Guzmán) como para la economía, pues los familiares los vendían y el dinero regresaba. Lo mismo ocurría con las artesanías. Esta producción llenaba la mayor parte del tiempo de los detenidos, quienes no por ello descuidaban la preparación ideológica. Se estudiaba a todas horas. En la madrugada podía verse a José ensimismado en su cubículo, leyendo a la luz de una vela.

Vidal ocupaba uno de los tres toldos unipersonales de lona y frazadas destinados a la dirigencia en la sala cuatro, al fondo del primer piso. El suyo estaba al centro, y tenía a un lado al ideólogo Antonio Díaz Martínez, y al otro a Víctor Zorrilla. En 1983, cuando a Zorrilla lo bajaron a la condición de *masa* por línea incorrecta, dejó su cuchitril de triunviro y pasó a dormir como todos, en un colchón sin distinciones. Desde este cuartel general, a través de contactos, José coordinaba la lucha de las cárceles. Se entendía con Javier Guevara, el camarada Alejandro, el jefe de los detenidos de El Frontón, y con Laura Zambrano, líder de Santa Bárbara. Tenían un propósito: consolidar el dominio de los penales donde estaban reclusos.

En julio de 1985, al cabo de una serie de acciones de fuerza, los senderistas lograron que las autoridades firmaran un acta que les reconocía un estatus especial y les permitía un espacio de libertad informativa y de expresión. Lo más importante estaba en el punto 18: no serían trasladados a Canto Grande, la cárcel de máxima seguridad que les estaba destinada. Cuando el camarada José evaluó estos resultados, permitiéndose, como pocas veces, una sonrisa triunfal, alzó la mano y agitó el acta.

—Ahora por fin tenemos algo de qué agarrarnos —dijo—.

Con este documento se ató las manos el Instituto Nacional Penitenciario (INPE), a cargo del Ministerio de Justicia. Para retroceder con mayor libertad, en septiembre el ministerio destituyó a Antonio Palomino, el presidente del INPE que la firmó. Tres semanas después, el nuevo jefe, Manuel Aquézolo, ordenó hacer una requisita en el pabellón británico. Cuando los policías iban a entrar, hallaron las cuabras selladas con fierro y cemento. Adentro, los detenidos hervían de furor:

—¡Genocidas! ¡García genocida! ¡Viva el presidente Gonzalo!

El operativo comenzó en la madrugada del 4 de octubre, y cuando concluyó, a las dos de la tarde, había más de treinta cadáveres amontonados. Los guardias se tomaron el patio y rodearon el pabellón, sin lograr romper la pesada puerta de metal, que aseguraban por detrás sacos de tierra. Las ventanas estaban selladas con bloques de cemento, piedra o madera, y lo primero que hizo la Policía fue romper las del primer piso, ayudándose con un cargador frontal. Al mismo tiempo ametralló las paredes, buscando la penetración de las balas por las defensas de madera y los huecos que abría la maquinaria. Los proyectiles mataron a algunos presos de la primera planta, directamente o por rebote, e hirieron a algunos mirones del segundo piso, como a José Romani, quien se asomó para ver a los perros policías que ingresaban al patio y recibió una esquirla en la cabeza. Cayó patas arriba, desmayado, con la cara ensangrentada. Creyéndolo muerto, quienes lo rodeaban le hicieron su homenaje, porque adentro los asediados no cesaban de animarse con consignas. Alguien gritó:

—¡Ha muerto el camarada Pedro! ¿Quién lo mató?

—¡Los genocidas!

—¿Quién lo vengará?

—¡El pueblo en armas!

Romani despertó mientras lo cargaban hacia un ambiente que hacía de enfermería. Para entonces, las nueve de la mañana, los policías se habían tomado el primer piso. Entraron por los boquetes de las ventanas rotas, y abrieron desde adentro la puerta principal. Los reclusos, en la segunda planta, no cesaban de amenazarlos detrás de las escaleras bloqueadas. Los atacantes se aplicaron a romper con dinamita la pared posterior de los altos. Al mediodía se metieron a balazos, reduciendo poco a poco a los ciento cincuenta detenidos, que se defendían con ballestas, lanzas y piedras, y retrocedían dejando barreras de colchones ardientes. Toda resistencia fue inútil después de una bomba incendiaria lanzada desde el techo, cuya lengua de fuego prendió varios cuerpos en un instante. Según narró para este libro, Romani la vio pasar por sus narices antes de que envolviera a un detenido que estaba a su costado. Pensó que tocaba rendirse. Se había quedado con el último grupo que resistía, en el último ambiente del segundo piso, junto con los dirigentes —Vidal, Zorrilla, Díaz Martínez— y otros más, todos desarmados. En unos instantes vendrían por ellos, a

balazos. ¿Había llegado la hora de morir? Dudaba. Miró a Vidal: él tendría que decidir. José estaba como siempre, impertérrito, y no parecía dispuesto a ceder. En efecto, dio estas instrucciones finales:

—¡Cuando entren los genocidas, a quitarles las armas! En eso entraron.

El camarada José volvió a su mutismo en el estrecho lugar a donde los llevaron, dos oficinas con un baño en la parte administrativa de Lurigancho. Parecía que no entrarían todos, más de cien en un lugar que sólo servía para que los presos vieran a sus abogados. Pero cupieron, y Romani, mientras gritaba como el resto lemas vengativos, frases recordatorias de los muertos, no lograba desentrañar lo que pensaba Víctor Vidal. Habían sobrevivido de milagro defendiendo el último pedazo de territorio: irrumpieron tantos policías que fue imposible la resistencia suicida que se proponían<sup>4</sup>. Consideró que no era el momento de pensar, que José debía sentir lo mismo que él: ganas de descansar, de mitigar una sensación mortal de agotamiento. Pero era inevitable suponer que las cosas cambiarían para ellos. ¿A dónde los llevarían? El británico estaba semidestruido. No volverían a ocuparlo.

Después fue evidente que el gobierno no tenía ningún plan, ninguna previsión. El 24 de octubre, el director de El Frontón, Miguel Castro Castro, fue asesinado a balazos en venganza por las muertes del pabellón británico. Una semana después, en Lurigancho, Vidal y los suyos tomaron cinco rehenes, y pidieron ratificar el acta que prometía no llevarlos a Canto Grande. Antes muertos, dijeron, que inmovilizados en un penal de máxima seguridad. Ante lo cual el Ministerio de Justicia volvió a capitular: los reubicó en el pabellón industrial, y firmó otra acta comprometiéndose a no trasladarlos. Pero antes de un mes creó una comisión para estudiar cómo sacarlos de Lurigancho. ¿Quién los entendía? Los abogados senderistas fueron al poder judicial y denunciaron un plan encubierto para aniquilar a los detenidos.

Estas idas y venidas precedieron la tragedia. En noviembre de 1985, mientras denunciaba un intento de genocidio, Sendero Luminoso asesinó a seis guardias en Lima. Mataría treinta y ocho más hasta el día de la masacre. En julio siguiente, el primer año de García se cumpliría con 637 víctimas civiles del terrorismo para el período. Los militares estaban exasperados. En mayo, el asesinato de un almirante hizo decir al ministro de Marina, Julio Pacheco: «Han despertado al león», especie de rugido que los senderistas presentaron como amenaza criminal en el poder judicial<sup>5</sup>. En el gabinete había ministros que pedían a gritos restablecer la pena de

---

<sup>4</sup> Romani se salvaría por segunda vez. Meses más tarde salió en libertad, y se libró de estar en la matanza que exterminó a los detenidos senderistas de Lurigancho.

<sup>5</sup> El almirante Carlos Ponce Canessa fue abaleado en Lima, el 5 de mayo de 1986.



muerte. En fin, no era extraño que los senderistas de Lurigancho intuyeran el peligro, aunque lo provocaban cada vez más.

No hubo un plan para exterminarlos. Aun con muertos de por medio, una actuación premeditada habría obtenido algún resultado presentable, algo menos monstruoso que lo que finalmente ocurrió.

En el pabellón industrial, la rutina partidaria volvió desde que, el 31 de octubre de 1985, los senderistas llegaron del locutorio de los abogados. Los penitenciarios los preferían allí, pues la reclusión en un solo ambiente dificultaba el atrincheramiento y permitía, de un solo vistazo, conocer sus movimientos interiores. Sin embargo, nada de lo que vino fue advertido por esta vigilancia, ninguna sospecha temible tuvo el gobierno en los primeros meses de 1986, cuando con indisimulado orgullo se preparó para recibir a las figuras de la social-democracia mundial, concurrentes al XVII Congreso de la Internacional Socialista. En junio, Lima alojaría a trescientos delegados de cuarenta naciones y sesenta y cinco partidos, y el sonriente Alan García, que en medio de la violencia había reactivado la economía y aún cautivaba a las mayorías, se pasearía con el excanciller alemán Willy Brandt, mostrándole los éxitos del primer gobierno de la izquierda democrática en el Perú. Naturalmente, se sabía que los terroristas querrían empañar el evento, y por eso el Ministerio del Interior hizo un cuidadoso operativo para evitar atentados y crímenes. El Ministerio de Justicia, en cambio, no prestó atención a lo que pasaba en el INPE. Los penitenciarios estaban descontentos. Más aún, iban a una huelga indefinida, que comenzaría el 18 de junio. ¡El día inaugural del Congreso Socialista!

Para Abimael Guzmán se trataba de un formidable golpe político y de simple ejecución: el primer día de la huelga había que tomar los penales de Lima. En Lurigancho, escenario decisivo, varios destacamentos trabajaron febrilmente bajo la batuta del camarada José. En la víspera, los dirigentes supervisaron cada metro cuadrado del pabellón, repasaron el plan operativo de cuatro fases, distribuyeron los turnos de vigilancia, divulgaron el pliego único de demandas de 26 puntos, pasaron revista a los *medios*. La consigna era «Aplastar el nuevo plan genocida». Vidal pidió a sus hombres dejar su vida en la resistencia. Curiosamente, morir para derrotar el intento de matarlos. Era necesario prepararse anímicamente. Los cánticos mantenían la animosidad al tope. Y ayudaban frases sustanciales, simples en apariencia pero que, en el momento crucial, adquirían inmensidad. Un principio de Lenin que el lector ya conoce, «Cuando está en juego la moral de la clase no importa cuántos líderes caigan», era aplicable, por ejemplo, a la resistencia a una requisa, gesto que protegía la dignidad del proletariado en los penales. Había otra sentencia de Gonzalo, útil para enfrentar fuerzas superiores: «No dejarse despellejar como mansas ovejas». Y otra del mismo autor, más afín al momento crucial, más específica: «Morir de pie,

nunca de rodillas». En el último minuto de su vida, mientras otros pensaban en Dios o en los suyos, ellos debían morir rebeldes ante el verdugo, abrazados al partido, en paz con la ideología total que algún día gobernaría el globo. A las cinco de la mañana del día 18, el destacamento encargado de iniciar las acciones trajo como rehén al empleado penitenciario José Suárez. En el pabellón industrial la actividad ya era incesante.

El destacamento de salud instalaba catres para atender heridos y cercaba con frazadas la zona en que trabajaría. Otro grupo cerró el local desde dentro, bloqueando las entradas con tarimas, mesas y sacos de arena. Los tragaluces del techo fueron cubiertos con mantas y diversos cobertizos, para impedir la vista desde el exterior. En el centro del pabellón se construían trincheras, apilando camas-camarote, maderas, paquetes de frazadas, objetos pesados. La resistencia tendría varios niveles, pasando de una trinchera a otra. Los *medios* —hondas, piedras, punzones y ballestas— fueron a los destacamentos de contención y ataque, aunque a nadie le faltaba algo para tirarles a los *genocidas*.

Por la radio supieron que la toma de penales era exitosa en Santa Bárbara y El Frontón, que dos policías habían sido ajusticiados en las calles y que a las once se reuniría el Consejo de Ministros. A la una de la tarde se anunció que las Fuerzas Armadas recuperarían los penales. Aunque era la opción más cruenta, la noticia fue recibida con euforia. Había que resistir, *no dejarse despellejar como mansas ovejas*. Agitaron más, con lemas y cánticos, para levantar los ánimos:

*Sangre, dolor y lágrimas  
es la cuota que hay que dar  
Decididos y definidos  
a la guerra hay que marchar.*

Esta canción era conocida como *La cuota*. La sangre de uno para el comunismo de mañana. Nada más a propósito, porque se venía un ataque destructivo. Suponían que en El Frontón habría muchos muertos, pues los amotinados tomaron tres fusiles G3 y una pistola ametralladora FMK-3, así como a tres rehenes. En cambio en Lurigancho y Santa Bárbara carecían de armas de fuego. Una fuerza militar, o incluso policial, los reduciría fácilmente.

El gabinete apenas analizó el escenario, en la caótica reunión de dos horas que ordenó a los militares restablecer el orden. El conflicto en El Frontón preocupaba más, por el armamento en poder de los senderistas, aunque también se informó que en Lurigancho había explosivos y temibles pertrechos. El ministro de Justicia, Luis González Posada, responsable de

la ineptitud del INPE y llamado a plantear posibles soluciones, dramatizó lo más que pudo la situación y se declaró incompetente para controlar la crisis. El ministro del Interior, Abel Salinas, opinó que la policía era insuficiente. El acuerdo fue que el Ejército en Lurigancho y la Fuerza Aérea en Santa Bárbara dirigieran de inmediato un ataque de la Guardia Republicana, apoyándolo si fuera preciso. En El Frontón, la Marina intervendría al día siguiente. El Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, presidido por el general EP Guillermo Monzón, conduciría las acciones. El gobierno le pidió actuar «con la máxima energía que permite la ley, preservando en lo posible la vida de los rehenes». Todos entendieron, y los militares primero, que se trataba de darles su merecido a los terroristas<sup>6</sup>.

Y se trataba de hacerlo rápido, esa misma noche. Cuando amaneciera, los socialdemócratas del mundo comprobarían que dos de los tres motines habían sido debelados. La figura ya no sería la de un gobierno humillado sino capaz de imponer su autoridad.

Pero algo funcionaba mal por la tarde. Como demostraron sobradamente las investigaciones, en esas horas Alan García empezó su ronda de presiones sobre los militares. «¿Ya comenzaron?», «¿Por qué demoran tanto?», «¿Qué esperan?».

Jorge Loyola, teniente de la Unidad de Rescate de Rehenes de la Guardia Republicana del Perú (GRP), se levantó a las seis de la mañana en su casa del Rímac, donde vivía con su mujer y sus dos hijas. Después de desayunar salió a la calle para caminar las nueve cuadras que separaban su vivienda del cuartel Los Cibeles, el principal centro de operaciones de la GRP. A los treinta años, era el subjefe de su regimiento, de unos cuarenta policías. Aquel 18 de junio de 1986 podía ser tan violento o tranquilo como cualquier otro. Si nadie los reclamaba en la ciudad, pasaría el día entrenando a sus dirigidos o reforzando la instrucción en aula. A las nueve realizó el control de asistencia. Cuando concluyó le dieron la noticia: su jefe, el mayor Rodolfo Salas, partía con veinte efectivos a El Frontón, donde había un amotinamiento. Loyola se quedó con quince hombres y siete mujeres. Ya sabía lo que pasaba en el resto de penales. «Nos llamarán en cualquier momento», pensó. Y, en efecto, a las diez llegó una segunda orden. Debía custodiar los exteriores de la cárcel de Santa Bárbara, tomada

---

6 En las investigaciones nadie asumió la paternidad del informe de situación que recibieron los ministros. El miembro de la Comisión de Paz, César Rodríguez Rabanal, declaró a la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados respecto de la reunión del gabinete, el 18 de junio: «Hablaron muchas personas.. Yo no recuerdo exactamente quiénes dieron las informaciones. Unas venían de justicia, otras del Interior. Los edecanes entraban con papeles, salían, por eso decimos que fue algo tan agitado. El presidente de la República se movía a un lado, se paraba un ministro, se sentaba ... ».

por las terroristas.

En el Callao, frente a Santa Bárbara, el teniente Loyola realizó diez horas de vigilancia con su grupo sin recibir ninguna nueva orden. Por los radios portátiles de los ambulantes supo que las Fuerzas Armadas intervendrían, pero no sabía cómo. Ignoraba las fricciones entre los militares y la GRP a propósito del asalto a Lurigancho. A las siete y media de la noche, los policías que ya debían estar actuando aún no salían de Los Cibeles. Presionado por el Ejército, el propio director superior de la GRP, Máximo Martínez Lira, tuvo que echarlos del patio del cuartel, donde el comandante Manuel Zevallos les daba una charla táctica.

—¡Carajo! ¿Qué pasa que no salen? —preguntó Martínez Lira, a lo que le contestó el coronel jefe de Estado Mayor, Narciso Azabache:

—Mi general, el comandante Zevallos ha sido designado jefe operativo y está dando instrucciones a sus hombres.

—¡Qué recomendaciones ni ocho cuartos! Partan de inmediato.

Zevallos protestó:

—Mi general, pero esa es mi función y tengo que dar las recomendaciones.

—¡Partan! Son órdenes de arriba y me están friega que friega, ¡carajo!<sup>7</sup>.

Así que partieron, pero en Lurigancho los oficiales de la GRP se negaron a atacar sin la orden escrita del general del Ejército que representaba al Comando Conjunto, Jorge Rabanal, quien no quería firmarla. A las diez de la noche seguían en las puertas del penal, esperando el mandato. Finalmente, el presidente y los militares obligaron a Martínez Lira a acudir hasta el penal para disciplinar a su gente<sup>8</sup>.

En Santa Bárbara, en cambio, las cosas transcurrieron con fluidez. A las diez, el coronel de la Fuerza Aérea a cargo, Jorge Chávez, le dijo al teniente Loyola que su unidad debía recuperar el penal. Loyola consultó con Los Cibeles y recibió una autorización verbal. Cuando Chávez le preguntó qué pensaba hacer, explicó lo que había imaginado durante la vigilancia, sin saber que intervendría. Su idea era entrar por varios sitios para distraer, tomar el patio de distribución y descender desde el techo con mujeres policías que rescatarían a las tres rehenes. Chávez la aprobó.

<sup>7</sup> El intercambio de palabras fue narrado por el comandante GRP Manuel Zevallos Llanos a la Comisión Investigadora del Congreso, el 9 de octubre de 1987.

<sup>8</sup> A las siete y media de la noche, el general Martínez Lira le aseguró al Ejército que los republicanos estaban en acción, cuando ni siquiera habían salido de su cuartel. El diálogo está documentado en el informe de la Comisión Investigadora del Congreso, en el que consta la serie de llamadas —entre ellas del presidente del Comando Conjunto, el general EP Guillermo Monzón, y del presidente Alan García— que recibió el director de la GRP para que los policías actuaran de una buena vez. Monzón también era presionado por el presidente, según atestiguó a la misma comisión el general EP Ismael Araujo, comandante de la Zona de Seguridad Nacional del Centro.

Loyola nunca había sido primer jefe de una operación de rescate. En quince minutos recuperó el penal, con las rehenes ilesas. Hubo dos reclusas muertas y siete heridas. A las doce de la noche Loyola ya estaba de regreso en Los Cibeles, orgulloso del éxito más importante de su vida.

Pero en el cuartel lo esperaba una sorpresa. Por orden del coronel Rolando Cabezas, el jefe del Batallón Antisubversivo al que pertenecía, debía presentarse en Lurigancho, con toda su gente. El coronel ya había partido. En ese momento, Loyola no sentía hacia Cabezas el rechazo que experimentaría después del baño de sangre. Le parecía una buena y animosa persona, aunque cambiaba mucho cuando entraba en acción. Podía ser en extremo despiadado. Lo vio excederse en Ayacucho, cuando actuaron juntos en una operación antisubversiva en el río Pampas, en 1983. Y esa misma noche tuvo que cuidarse de él. Cuando Loyola estaba por intervenir en Santa Bárbara se apareció Cabezas, y le preguntó cómo pensaba hacerlo. Su plan no lo convenció. «Hazlo de este modo», le dijo, y expuso otras ideas. Loyola recurrió entonces al coronel de la FAP al mando, quien lo respaldó. Cabezas se quedó observando el asalto desde el techo. Mientras el operativo se desarrollaba según lo previsto, desde allí empezó a disparar sin necesidad, y fueron sus balas las que, por una ventana, alcanzaron a las dos reclusas que murieron. Loyola conjeturó que tuvo un exceso de recelo ante el poder de respuesta de las terroristas, una imprudencia sin demasiados costos. Le importó menos que, luego de la recuperación, Cabezas llamara a las autoridades superiores para darles la buena noticia y atribuirse los méritos. Al fin y al cabo, era su jefe. Y ante él se presentó en Lurigancho, llamado de urgencia, donde todo era un pandemónium pasada la medianoche.

Cuando Loyola llegó, los policías rodeaban el pabellón industrial, observando la frustración de un grupo de comandos del Ejército que no podían hacer un hueco en la pared para meter a los republicanos. No habían traído los explosivos indicados, y sólo lograron horadar una puerta secundaria y abrir un agujero de cuarenta centímetros de diámetro. Por allí los policías, dirigidos por Cabezas, comenzaron a hostigar a los senderistas, lanzándoles granadas y ráfagas de metralla. Recién a las tres de la mañana los comandos hicieron un boquete conveniente. Pero lo de adentro parecía una cueva muy peligrosa, o por lo menos así lo sintieron los republicanos, porque pasaron un buen tiempo entrando y saliendo del forado, sin adentrarse demasiado, sin otro propósito aparente que disparar hacia la oscuridad interior, pidiéndoles que se rindieran, a la espera de que los senderistas obedecieran. Éstos devolvían insultos, proyectiles metálicos, petardos de dinamita. Loayza no podía creer que el plan fuera rociarlos de balazos y volarlos con granadas, así, a ciegas. «Una estupidez», pensó. Seguramente Cabezas no tenía otra idea mejor.

En aquel ambiente de tres mil metros cuadrados, de paredes altas, no

había tabiques, ni parapetos, ni construcciones interiores que pudieran servir de defensas eficaces, salvo los catres, los colchones y las columnas de cemento que sostenían el techo. Aun para un inexperto en asaltos, el operativo era más sencillo que la recuperación del pabellón británico en octubre del año anterior. Tres veces el coronel Cabezas rechazó el pedido de Loyola de encargarse con su grupo de la operación. El teniente tuvo éxito a la cuarta vez, cuando vio que Cabezas pedía una granada de fusil para lanzarla dentro del pabellón. Un disparo así, le advirtió Loyola, podía perjudicar a los policías que entraban y salían. Cabezas reflexionó y aceptó ceder la posta, en su único acierto durante aquellas horas, y además autorizó el pedido adicional de Loyola de que salieran todos los guardias que se turnaban para disparar a ciegas hacia el interior. En la intervención sólo participarían quince miembros de la Unidad de Rescate. Y así fue.

Loyola trajo dos *dragones*<sup>9</sup> que cargaba en el microbús de su unidad, los metió por el boquete y los puso en una esquina del pabellón, dirigiendo sus haces a la zona de atrincheramiento de los senderistas. Vio a éstos en el fondo, agazapados, moviéndose a rastras o escondidos detrás de las columnas, desde donde lanzaban proyectiles e imprecaciones. Tenían puesta su atención en el sector de los dragones, en torno de los cuales suponían agolpados a los policías, pero esta luz también los cegaba y no advirtieron que Loyola los estaba rodeando. En un momento dado todos los policías avanzaron a la vez, disparando, y los redujeron en el acto. No hubo más resistencia.

En el piso habría unos treinta muertos, abatidos por las balas y las granadas. Loyola calculó la cifra al ojo, pero nunca los pudo contar. Con sus hombres en el control de la situación, era cosa de hacer salir ordenadamente a los rendidos, uno por uno, hacia el boquete, donde el resto de fuerzas se haría cargo de ellos. Estimó que tendría que movilizar a un centenar hasta afuera. Era fácil, así que se aplicó en esa tarea, indiferente a los insultos y agitaciones senderistas. Al acercarse al boquete, los rendidos eran obligados a salir a rastras, con las manos en la nuca. Allí los recibían otros republicanos, obligándolos a permanecer boca abajo en la explanada exterior del pabellón industrial. Loyola continuaba adentro, vigilando la evacuación de los más rezagados. Otra vez sentía satisfacción, orgullo por sus hombres, a quienes iba dando instrucciones para la retirada. Escuchó gritos y disparos en el exterior, balazos con el timbre típico de las G3. Algo anómalo. Salió para averiguar.

Vio a decenas de hombres tirados en el suelo. Unos pocos policías con pasamontañas les disparaban al cuerpo. Más allá, rodeando el escenario, percibió a los espectadores, una multitud de uniformados que bien podían ser de la GRP O del Ejército. En conjunto, no era una visión clara. La niebla

---

<sup>9</sup> Linternas para operaciones militares nocturnas.

se había metido en Lurigancho y le daba a la escena un marco a la vez siniestro e irreal.

La mañana del 18 de junio, Efrén Ticona Condori, de veintiocho años, escuchaba las informaciones de la radio en el pabellón industrial de Lurigancho para reportar las noticias a los amotinados. Era su responsabilidad. No voceaba noticias desde los nueve años, cuando vendía periódicos en las calles de Tacna. Antes, durante la primaria, había sido pastor de ovejas, el clásico niño pastor de las fotografías turísticas del Perú. Mayor de tres hermanos de una familia muy pobre de agricultores, hasta los quince años trabajó para estudiar. A los dieciséis, culminada la secundaria, entró de voluntario al Ejército, donde adquirió firmeza y la idea de profesionalizarse en seguridad, a cargo del Estado. Vino a Lima para postular a la Escuela de Policía, pero una peritonitis casi lo mata. Lo operaron, regresó a Tacna y de allí no saldría sino para ser llevado a prisión.

Escuchar la radio para informar a los amotinados no constituía una misión relevante. Ticona no era un dirigente. Su carrera en el partido fue distinta de la del grupo de sus paisanos de Tacna, a cuya sombra comenzó a hacer política en la universidad. Ticona era un elemento de apoyo, a diferencia de ellos, grandes personajes. El uno, ya muerto, Óscar Vera, el camarada César, victorioso conductor —dijera lo que dijera Abimael Guzmán— del asalto al penal de Huamanga, en 1982. El otro, Javier Guevara, camarada Alejandro, quien en aquellos precisos momentos dirigía el amotinamiento en El Frontón, como responsable político. Ambos eran dirigentes estudiantiles cuando Ticona ingresó a estudiar administración en la Universidad de Tacna, en 1979. Al año siguiente, mientras ellos desertaron para comenzar la lucha armada, Ticona abandonó las aulas para casarse. En 1982, cuando lo apresaron bajo acusación de terrorismo, tenía una hija y hacía trabajo político para el partido en su barrio. Desde entonces estaba preso.

No era un líder, no era un comunista probado como podrían serlo César o Alejandro. Pero estaba allí, dispuesto a morir con valentía, consecuente con el bando que eligió, a merced de las reglas de juego que ellos mismos habían desatado. Ni él mismo sabía la profundidad de las convicciones que lo unían al partido. Para comenzar, ¿habría seguido comprometido si no lo hubieran detenido en 1982? Ya no había tiempo de meditar la pregunta. Las horas del 18 de junio transcurrían con rapidez. Llegó la tarde y empezaron a desfilar por el pabellón industrial los que venían a despedirse. Por ejemplo, los penitenciarios, que decidieron hacerse a un lado y suspender su huelga indefinida. Y algunos presos comunes. Con ellos se produjo el contacto final de los que iban a morir con el mundo exterior. Nunca se conocieron testigos de lo que ocurriría después dentro del pabe-

llón industrial.

Y, sin embargo, Efrén Ticona Condori, sepultado oficialmente en el cementerio de Puente Piedra, con la partida de defunción número 398 en la municipalidad de San Juan de Lurigancho, hizo un testimonio detallado de lo que pasó en el pabellón industrial en los momentos previos a la matanza. Por causas asombrosas, su testimonio finalmente podrá ser conocido en estas páginas.

### **Entrevista con Jorge Loyola (1)**

De una entrevista para este libro hecha por el autor al teniente retirado de la Policía Nacional Jorge Loyola, en julio del 2002:

RICARDO UCEDA: Cuando se rindieron, ¿cuántos muertos había?

JORGE LOYOLA: NO fue un gran enfremamiento.

R.U.: ¿Y cuántos muertos por los disparos antes de la matanza?

J.L.: No solamente hubo disparos. También se lanzaron granadas de mano, que deben de haber ocasionado muchas muertes.

R.U.: ¿Entonces?

J.L.: Estamos hablando de unos veinte muertos. Pero la operación había sido muy sencilla, lo que se dijo después fue mentira<sup>10</sup>.

R.U.: Y después empezó la evacuación.

J.L.: Así es.

R.U.: ¿Cómo fue? Al haber sido reducidos, todos estaban en el suelo, ¿no es cierto?

J.L.: Sí. Para salir, se paraba uno y corría hacia el boquete, se paraba el otro y salía corriendo en dirección hacia el boquete, y así salían.

R.U.: Me dijeron que hacían'cola para salir por el boquete.

J.L.: Más o menos. Adentro, el personal nuestro estaba alrededor de ellos. Afuera los recibía el personal que intervino al comienzo, junto con el coronel Cabezas. Los ponían cuerpo a tierra para que avanzaran rampando, ¿me entiende? Y así los golpeaban. Yo estaba en el interior. Un policía de mi confianza me dijo: «Negro (Negro era mi apelativo), el personal está golpeando a los rendidos». Se refería al otro personal. Entonces fui al boquete para decirles que se retiraran, pero eran demasiados. Ya no se podía controlar eso.

R.U.: ¿Y qué hizo después?

J.L.: Me dediqué a mis labores. A inspeccionar lo del interior. En eso escuché tiros afuera. Uno, dos, tres... Y me di cuenta. En ese momento, por

---

<sup>10</sup> El 19 de junio, el Comando Conjunto dijo que en Lurigancho los senderistas «se resistieron a abandonar el pabellón industrial, parapetándose en construcciones hechas especialmente y haciendo uso de armas de fuego y explosivos». Reportó «un gran número de muertos», y cinco heridos de las fuerzas del orden.



obra y gracia de repente de Dios, tomé la decisión de culminar mi trabajo. Y salí. Yo soy rescatista. Para mí la vida de las personas es lo que más vale. Cuando salí, vi todo ese cuadro.

R.U.: ¿Qué vio?

J.L.: Vi a un grupo del personal disparándoles a dos senderistas tirados en el suelo, en la cabeza. La mayoría de rendidos estaba allí, amontonada en el patio, boca abajo. Eso no se podía permitir. No nos habían entrenado para eso. «¿Qué pasa acá?», grité, y uno de los senderistas que estaban en el suelo me agarró la pierna y me dijo: «Señor, nos están matando». Vi a uno de los republicanos disparando en la cabeza a un senderista y me fui encima de él. Lo pateé. Todos teníamos la cara cubierta con pasamontañas. «¿Quién te ha ordenado esto?», le pregunté. Y me dijo: «El coronel». Yo nada tenía que hacer allí, y me retiré con mi personal.

Primera parte del testimonio de Efrén Ticona, sobre los instantes previos a la matanza de Luriganchó:

«... El ataque comenzó un poco antes de la una de la mañana. Ellos hicieron tres intentos para abrir forados. Primero atacaron la puerta de ingreso, que era pequeña y daba al jirón de la Unión; la habíamos trancado por dentro. Abrieron un hueco con un explosivo, pero inmediatamente un grupo de internos bloqueó este ingreso y no pudieron entrar por allí. Los mandos ordenaron tomar el forado y el forado se tomó. Había una total oscuridad adentro. El segundo intento fue para dinamitar una puerta clausurada de metal, la que está en la mitad del pabellón. La explosión rompió un poco el techo, iluminó todo por un momento, con un sonido tremendo. Cayeron trozos a los internos que estaban abajo, pero ese intento no más abrió un pequeño hueco en la puerta. Por allí tampoco podían pasar. Bastante después, con dinamita, hicieron un forado ya grande, y por allí, poco a poco, lograron entrar, en pequeños grupos, de cuatro o cinco, como a las tres y media. Y la respuesta fue la lucha cuerpo a cuerpo. Por el boquete comenzaron a iluminar con un faro, lanzaban bombardas, lo que iluminaba el terreno. Había humo, sonidos de disparos, y aquí es posible que se produjeran heridos de parte de los guardias republicanos y de todos modos muertos de nuestra parte. Ellos avanzaron poco a poco. Disparaban a todo el que se movía. Yo estaba a unos cuarenta o cincuenta metros del forado, y no podía ver bien, sólo sentía los sonidos. En un momento los mandos ordenan remover los parapetos. Esto es, que retrocediéramos nuestras defensas hechas con catres, colchones y todo lo que había. Las retrocedíamos conforme avanzaban los republicanos. Era nuestra principal defensa, que ellos iban destrozando con el correr de los minutos. Cuando retrocedimos las barricadas, ya habían entrado muchos policías por el boquete y la resistencia prácticamente era nula. Era cuestión de tiempo que nos redujeran. Pero no nos rendíamos. Para rendirnos tenía que haber una

orden. Ellos lo pedían a cada rato: «Ríndanse, carajo; si no, van a morir todos», decían. En todo momento usaban un megáfono. Nosotros hacíamos sonar los cuchillos contra el suelo y simulábamos ataques, para provocarles zozobra. Los que podían se pusieron detrás de las columnas del pabellón, para protegerse. Ellos, con dos faros, iluminaban por un lado y otro, disparando a todo lo que se movía. Avanzaron en pequeños grupos, no más de veinte hombres, de manera envolvente, pegados a la pared y rodeándonos. La enorme superioridad de su armamento era definitiva, aunque si hubieran sido más se habrían estorbado, peor para ellos. Los internos estaban echados y arengando, lanzando gritos de guerra: "Viva el gran salto", "Viva el gran salto con sello de oro", "La sangre no ahoga sino riega la revolución", "Viva la guerra popular", "Viva la luminosa trinchera de combate", "Viva el presidente Gonzalo".

»Para entonces la resistencia habría costado unos treinta muertos, entre los que defendieron la entrada y los que recibieron balazos. Nosotros no teníamos armas de fuego, no teníamos explosivos, sólo lanzas y ballestas, armas rudimentarias. Los internos que defendieron el boquete hicieron un enorme esfuerzo, hasta que los mataron. Ellos murieron en lucha cuerpo a cuerpo, sin armas, fueron a inmolarsse. Como una hora contuvieron a los policías. Otros grupos también iban al muere: los que iban al desarme, o sea, los que se lanzaban al arma del atacante, para quitársela. Yo no vi cuando lo hicieron; seguro lo hicieron, porque estaba planeado.

»Los mandos no cesaban nunca de dar órdenes. Órdenes para agitar, para hacer zozobra, para atacar, cuando se podía. Cada grupo, cada jefe, tenía sus enlaces, que iban de un lado a otro para aplicar lo que se estaba disponiendo. Los que tenían responsabilidades la ejercieron hasta el final. Ellos también ordenaron la rendición. Cuando la resistencia ya no era viable, llegó un momento en que los responsables nos ordenaron salir. Rendirse no era la palabra. La palabra era salir.

»Yo estaba en la zona posterior. Los de adelante ya habían sido reducidos. Mientras íbamos retrocediendo, yo veía caer a los de adelante, y los policías conforme avanzaban remataban a los caídos si se movían o daban señales de vida. He visto caer a alguien delante de mí, agonizar. Había bastantes tirados en el suelo. Aun en esos momentos, había un grupo de internos que decía: "¡Ya! ¡Ya!". O sea, ir al asalto. Y afilaban las lanzas contra el piso para que los policías se asustaran. Pero para entonces ya no teníamos casi parapetos sino que nos defendían las columnas o lo que quedaba de las barricadas. Además, cada vez las luces eran más focalizadas. Y llegó el momento en que los mandos nos ordenaron salir, salir con las manos en alto.

»Cuando ordenaron eso, entonces nos reagrupamos. He visto que varios cargaban heridos. En mi posición vi a los que estaban más próximos, adelante había muchos que salían, y los demás los seguían. No se veía bien.

Algunos recogieron heridos, los cargaban, en filas de a dos. Yo avancé solo, no había un herido alrededor de mí. Habré salido entre los treinta últimos. En eso llega un momento en que la gente ya no quiere salir porque más allá del boquete, afuera, se escuchaban disparos. Los policías decían salgan, agachen la cabeza, y nosotros salíamos vociferando lemas. Pero qué resulta, se escuchaban disparos afuera. Nos confundimos, ¿dónde estaban disparando? Todo seguía oscuro, pero los que salían adelante ofrecían un poco de resistencia. Ya no querían salir. ¿Qué ocurría? Que estaban matando allá afuera. Después de un buen rato a los últimos nos hicieron rampar, nos tiraron al suelo. Insultos: "Terrucos concha de sus madres, salgan con la cabeza abajo, manos en la nuca". Así salimos, con la cabeza pegada al piso. Yo pasé el boquete y rampé unos dos metros hacia fuera. Y conforme salíamos se escuchaban disparos por aquí y por allá. Disparos que rebotaban en el piso, antes o después de dar en los cuerpos».

El capitán Loyola no fue el único que supo que en el patio del penal un grupo de policías ejecutaba senderistas. El mayor EP Enrique Aguilar informó al general EP Jorge Rabanal, jefe de la operación, que los republicanos hacían disparos en la zona de los rendidos, según dijo a la Comisión Investigadora del Congreso. Rabanal le contestó: «Prepárese para intervenir». Pero nunca le instruyó cuándo intervenir. El director de Lurigancho, Wilder Lazarte, reveló haber recibido una llamada de los agentes penitenciarios avisándole que a los reclusos los estaban eliminando, y que él de inmediato se lo comunicó al presidente del INPE, Manuel Aquézolo. Éste admitió no haber movido un dedo. «Realmente yo no podía hacer otra cosa», dijo. El propio Cabezas, quien nunca aceptó responsabilidad, declaró haberse retirado de Lurigancho antes de que comenzaran las ejecuciones, pero primero alertó al director superior de la GRP sobre la posibilidad de una matanza. Martínez Lira, a su vez, alegó un absoluto e inconcebible desconocimiento de los hechos, pese a que estuvo durante toda la noche en su auto afuera del penal, recibiendo reportes de situación. El juicio militar exculpó a Martínez Lira y a Rabanal de autoría intelectual de los crímenes, imponiéndoles penas leves por negligencia, y culpó de los homicidios a un grupo de republicanos instigados por el coronel GRP Rolando Cabezas. Actuaron espontáneamente, y por encima de ellos sólo hubo jefes sorprendidos<sup>11</sup>.

Durante el juicio, Rabanal representó el papel de un general inepto cuya misión era dinamitar las paredes del pabellón industrial para que los policías entraran<sup>12</sup>. A las cuatro y media de la madrugada seguía en una

---

<sup>11</sup> Además de Cabezas, fueron responsabilizados el teniente Javier Marquina, el cabo Rene Pedemonte y los guardias Jorge Lema, Félix Rivadeneyra, Carlos Sánchez y John Meneses, de la GRP.

<sup>12</sup> En el expediente del Consejo Supremo de Justicia Militar, Rabanal declaró que

colina desde donde no se veía el penal, cuando el coronel GRP Narciso Azabache le pidió por teléfono que enviara vehículos para sacar los cadáveres. Rabanal contestó que de ninguna manera, pues eran para trasladar heridos. Azabache le contestó que no se preocupara por los heridos. Todos habían muerto.

«Me conmoví —dijo en el Congreso—. Si antes me dijeron que estaban sacando a los reclusos y después dicen que están muertos...».

Entre las seis y las siete de la mañana del 19 de junio, el general Guillermo Monzón, presidente del Comando Conjunto, le dio la misma noticia a Alan García<sup>13</sup>.

A las siete de la mañana del 19 de junio, el presidente Alan García se comunicó por radio con el viceministro del Interior, Agustín Mantilla, quien desde la tarde del día anterior supervisaba la recuperación del penal San Juan Bautista, en la isla El Frontón, a cargo de la GRP y la Marina<sup>14</sup>. Un testigo declaró para este libro que la conversación se produjo a esa hora y que Mantilla dijo, cuando concluyó: «El presidente desea que de todas maneras haya sobrevivientes aquí».

El día anterior, la Infantería de Marina había iniciado el ataque definitivo contra el pabellón azul, tomado por unos 160 detenidos —la cifra exacta nunca se supo—. El edificio, de dos pisos, preparado como una pequeña fortaleza por los amotinados, con túneles construidos para atrincherarse, estaba aún en pie, aunque mostraba paredes erosionadas por los explosivos de las Fuerzas de Operaciones Especiales (FOES). Hasta entonces, según dijeron dos sobrevivientes para este libro, habían fallecido un detenido a causa de los disparos, tres por granadas y dos asfixiados por bombas vomitivas. La parte posterior del pabellón mostraba un enorme boquete y casi todo el segundo piso era sólo escombros. Por la noche las FOES prepararon la voladura del primer piso adhiriendo explosivos a las paredes, y en la mañana, cuando estallaron, lanzaron varios cuerpos por el aire. Los senderistas tuvieron que dividirse: los de la primera planta bajaron a los túneles y los del segundo piso se metieron en la cocina. Allí estaba la dirección, con Javier Guevara, el camarada Alejandro, a la cabeza.

---

recién a las siete de la noche del 18 de junio supo que respaldaría un operativo de la GRP para recuperar Lurigancho. Debía representar al Comando Conjunto para que «la fuerza de intervención de la GRP inicie el operativo», y apoyar a los republicanos. Antes ni siquiera lo llamaron a la reunión de coordinación entre la Segunda Zona de Seguridad Nacional del Centro y la Policía. En fin, la conducción fue un desastre.

<sup>13</sup> Declaraciones de García a la CVR, en *Informe final*, tomo vn, CVR, 2003.

<sup>14</sup> La revista *Caretas* informó que García dio esta indicación telefónica al mediodía, y que el comandante general de la Marina, vicealmirante AP Víctor Nicolini, fue hasta El Frontón con la orden presidencial. *Caretas*, N<sup>o</sup>s 910 y 911, del 23 y 30 de junio de 1986, respectivamente.

Alejandro arengaba, orientaba, infundía coraje. Los atacantes aún no podían ocupar el primer piso, y en el intento sufrieron sus tres bajas. Cuando hicieron estallar el techo de la cocina y lailizaron más granadas por la abertura, produjeron la mayor cantidad de muertos. Los cuerpos volaban en pedazos, pero los cadáveres, al recibir la onda expansiva, también protegían a quienes estaban en la acción. Alejandro advirtió que todos morirían si no circulaban. Y se dispersaron.

El sobreviviente Luis Ramírez Aranda —hermano menor de Clara, el personaje senderista de los primeros capítulos— estuvo entre quienes resistieron y fueron heridos. Vio el final de Alejandro:

«Una granada llegó desde arriba. La tomé y la lancé afuera. Pero había caído otra al lado de un compañero. "¡Devuelve la granada!", le dije, pero no pudo devolverla. A él lo partió en dos, y a mí me voló la rodilla. Sentí que me caía en un pozo, recordé a mi familia, mi niñez, a mi hermana. "Así será la muerte", pensé. Luego, oscuridad total. Silencio. Cuando abrí los ojos vi a Alejandro y a varios compañeros. Ya había pasado la ofensiva de las granadas. Escuchaba decir a unos: "Ya, rindámonos". Y Alejandro decía: "No, hijos, no digan nos rendimos. Digan que van a salir". Alejandro se puso a cantar *La Inte nacional* y luego todos cantaron *La cuota*. Alejandro dijo: "No saben los que es caer en manos de ellos en estas circunstancias". No sé de dónde sacó una bandera. Se envolvió con ella, y dijo: "Hasta el comunismo, camaradas". Salió envuelto en la bandera, lo ametrallaron, y así murió. Después otra vez había gente que decía: "Nos rendimos"; y otros: "No, digan que vamos a salir". Alguien dijo: "Camaradas: lo que hemos caminado, caminado está. Hasta aquí llegamos. La dirección ya cayó, y lo que corresponde es ayudar a salir a los heridos. Algunos de nosotros quedarán para que el partido sepa lo que pasó". Bajaron entonces a los heridos, y los marinos se acercaron al ver que ya toda resistencia había concluido».

Lo que ocurrió después de la rendición, cuando la Marina sabía sobradamente que Alan García no quería otro Lurigancho, fue documentado diecisiete años después por la Comisión de la Verdad y Reconciliación, que añadió a las primeras investigaciones nuevas conclusiones categóricas<sup>15</sup>. Ahora hay certeza de que se rindió la mitad de los amotinados, entre sesenta y ochenta senderistas, la mayoría de los cuales fue fusilada por el comando de operaciones de la Marina. Se produjeron dos últimas explosiones en el pabellón azul, las más fuertes, con el fin de que los cadáveres quedaran bajo los escombros. Se salvaron treinta y cuatro detenidos, y las ejecuciones fueron interrumpidas por la llegada de un helicóptero con el fiscal de la nación, César Elejalde, y algunos periodistas. Fue a las 3:48, más de una hora después de que el último foco

---

<sup>15</sup> Las ejecuciones fueron en tres sitios distintos, en lugares aledaños al pabellón azul. En *Informe final*, tomo vn, CVR, 2003, pp. 254 a 263.

de resistencia hubiera sido vencido. Elejalde aún escuchó disparos, aunque los atribuyó a últimos focos de resistencia, y también fue conmovido por los estallidos que trajeron abajo el reducto donde los senderistas resistieron.

Murieron 122 detenidos, según la relación de Sendero Luminoso, una cifra concordante con los datos disponibles<sup>16</sup>. Considerando el número oficial de víctimas en Lurigancho y Santa Bárbara, resultan 257 cadáveres producidos en menos de veinticuatro horas. Se considera más abominable lo de Lurigancho, porque no hubo sobrevivientes, pero desde cierto punto de vista las cosas fueron peores en El Frontón. El 19 de junio, en una actitud distinta de la del día anterior (cuando presionó para resultados rápidos), el presidente quería un menor costo de vidas, y fue desobedecido por la Marina. Repárese en los mensajes de las siete de la mañana a Mantilla y de horas más tarde al comandante general de la Marina. Considérese que solicitó al vicealmirante Nicolini que fuera a El Frontón con su pedido<sup>17</sup>; que al mediodía se lo pidió al líder aprista Armando Villanueva, quien buscó como acompañante, «para salvar vidas», al miembro de la Comisión de Paz Rodríguez Rabanal<sup>18</sup>; y que, por último, recurrió al fiscal de la nación, quien también fue al penal<sup>19</sup>. Villanueva regresó a las 13:30, una hora antes de la rendición. Mantilla se retiró a las 15:30 sin haber visto ejecuciones, y con la información de que una treintena de reclusos estaba con vida. Los nuevos testimonios sugieren que los asesinatos comenzaron cuando el viceministro aún estaba en El Frontón. O se cometieron a sus espaldas, o éste hizo la vista gorda. De la versión de Ramírez Aranda para este libro: «A los del primer piso que salieron de los túneles, unos sesenta o setenta, los llevaron a unos lugares donde había presos comunes, y a los del segundo piso a otro sitio. Entre estos últimos seleccionaron gente: escogen a uno de Puno, a los que tenían barba. Los mataron en distintos sitios, se escuchaban claramente los disparos. En algún momento hubo un alboroto y alguien gritó: "¡Vienen periodistas!". Otro dijo: "¡Lleven a los heridos al hospital!". Pero se seguían escuchando balazos. Incluso se escuchaban cuando yo ya estaba en el tópico, antes de la gran explosión final. Un viejito del INPE me dio agua

---

<sup>16</sup> El presidente del Comando Conjunto informó a la Comisión Investigadora del Congreso que hubo 111 entierros de los detenidos del pabellón azul entre el 7 de julio de 1986 y el 30 de abril de 1987. En distinto documento reportó otros siete entierros, lo que hace un total de 118 muertos. La misma fuente declaró que hubo treinta y cuatro sobrevivientes.

<sup>17</sup> caretas, N<sup>o</sup> 91 l.p. 15

<sup>18</sup> Versión de César Rodríguez Rabanal a la Comisión Investigadora del Congreso, 25 de agosto de 1987.

<sup>19</sup> Ante la Comisión Investigadora del Congreso, el 21 de agosto de 1987, César Elejalde dijo que Alan García no le dijo exactamente para qué quería que fuera a El Frontón. Era obvio.

y me dijo antes de retirarse que estaban matando a toda esa gente».

A las cinco de la mañana del 19 de junio, el pabellón industrial estaba vacío, aún en oscuridad. Afuera, el patio ensangrentado mostraba su montón de cadáveres y, cual manto fúnebre, una niebla tenue se extendía delicadamente sobre las víctimas. Los ejecutores de la Guardia Republicana acababan de huir en orden. Había un silencio total, pero sólo duraría un minuto. Ocurrió entonces. En el preciso momento en que, tras haber dejado salir a los policías, las puertas de Lurigancho se abrían nuevamente para dejar paso a los camiones del Ejército que venían por los muertos y una figura espectral se levantó de entre los caídos. Los guardias de las torretas de control no lo vieron. La figura se incorporó a medias, miró a su alrededor y se metió precipitadamente en el pabellón industrial.

Segunda parte del testimonio de Efrén Ticona. «La matanza había comenzado y todos estábamos echados, boca abajo. Yo no veía bien el panorama, no podía levantar la cabeza. Tampoco sabía si estaban matando a todos. Sin embargo, pude ver a mi lado izquierdo unos tres policías fusilando y por el derecho otros tres haciendo lo mismo. Disparaban directo, hacia el suelo. Sentía ruidos reconocibles, por ejemplo que jalaban gente. Ya no había mucha bulla, más bien silencio. Sentía que varios entraban al pabellón a buscar más gente. Y los policías hablaban entre ellos todo el tiempo. Por ejemplo, se preguntaban: "Éste está calentito, ¿no?". Y ¡pum!, se escuchaban dos o tres tiros. O: "Mira, éste se mueve", y ¡pum!, ¡pum!, otros dos tiros. A veces dudaban: "Éste está vivo. ¡Hey!, responde por tu nombre. ¿Cómo te llamas?" O: "Mira, mira, éste respira". Y ¡pum! Alguien preguntó por Díaz Martínez. Había silencio y escuché que levantaron a uno. "Tú, párate". Y le preguntaron: "¿Tú conoces a Díaz Martínez?". Luego un silencio y sonó un tiro. Entonces levantan a otro que dice: "Yo sí lo conozco". Entonces sonó un tiro, fusilaron al delator y se quedaron con Díaz Martínez. Yo sigo escuchando. "¿Dónde está el presidente Gonzalo?". Díaz Martínez no contesta. "¿Dónde se esconde Gonzalo?". Y le preguntaron creo que una vez más. No respondió y escuché disparos. El no respondió nada, nada absolutamente.

»Yo sentía miedo, resignación, odio, sentía muchas cosas indescriptibles. Mi primera idea era salvar la vida, aunque esperaba que en cualquier momento me cayera un tiro. La vida se me podía ir en este segundo, en este instante. Y no quería. Yo seguía sin ver y seguía escuchando todo. Por ejemplo, hubo un momento en que llamaron a formar, y formaron. Formaron más allacito, todos corriendo, pero en eso volvieron y nuevamente escuché tiros, ¡pam!, ¡pam!, por allá. Nuevamente estaban verificando. Y llegaron a mi costado, donde un muchacho que agonizaba emitía como un ronquido. Lo escucharon, sentí los pasos casi encima de mí, y ¡pam!, el disparo. Sentí que sangre caliente se derramaba

por mi cuello. Yo estaba un poco encima de él, la bala me pasó rozando. Luego sentí que comenzaron a arrastrar los cuerpos y seguí escuchando que hablaban entre ellos. "Oye, éste tiene buen reloj, buenos zapatos". Había voces desesperantes, de alguien que parecía autoridad, que estaba amargo, se desfogaba con lisuras: "Terrucos de mierda", decía cosas así. Yo no he visto directamente a Cabezas, en todo este rato escuché tiros esporádicos, ¡pam!, ¡pam! Es posible que él haya estado rematando, yo no lo podía identificar. En cambio, escuché que alguien contaba cadáveres. Escuché hasta ciento once. Y en ese momento llegó bruscamente alguien, alguien que no había estado allí. Llegó corriendo, y dijo: "Ya, a formar todos, carajo". Y formaron rapidito; y yo sentía que se iban.

»De pronto hubo un silencio total. ¿Se habían ido? Yo levanté la cabeza con cuidado. Vi que estaban arrumados los cadáveres, amontonados, y que todavía había policías. Allí estaban todavía y me hago el muerto. Decían: "Éste respira, éste respira". Y ya no disparaban sino metían cuchillo. Eso me pareció. Debe de haber habido cadáveres heridos con cuchillo o de repente con bayoneta. Escuché nuevamente que formaban filas, sentí que se marchaban, pero no hice nada. Dejé que pasara un buen rato. Después levanté un poco la cabeza, la giré, y vi por primera vez los muertos amontonados. Una visión horrible. No puedo describir lo que sentía. ¿Yo, vivo? ¿Es un sueño? Tenía a un muerto pegado a mí, sentía su sangre. Miré hacia atrás y por el boquete del pabellón industrial vi que adentro algo ardía y que salía humo. En la torre de vigilancia de la derecha vi tres hombres y un faro grande todavía prendido, pero por mi lado no había nadie. Los tres vigilantes estaban mirando para otro lado. Uno de ellos se dispuso a bajar y escuché sonido de vehículos por la izquierda. Vi un primer carro del Ejército asomando por el patio. Vi un segundo carro... Me incorporé un poco, lo suficiente para poder saltar hacia atrás. De dos trancos, como un gato, crucé la entrada dinamitada del pabellón industrial. Adentro había humo y polvo, un penetrante olor a pólvora».

### **Entrevista con Jorge Loyola (2)**

Segundo fragmento de la entrevista al teniente retirado de la Policía Nacional del Perú, Jorge Loyola.

RICARDO UCEDA: Estábamos en que usted decide irse cuando se percató de las ejecuciones. Pero, antes, ¿encaró al coronel Cabezas?

JORGE LOYOLA: NO. Fue el teniente Justino Campos quien le sacó el pasamontañas al coronel y lo identificó. Era un oficial de explosivos que estuvo a cargo de la demolición. Al día siguiente me lo contó y lo dijo también a la Comisión Investigadora del Ministerio del Interior, pero su testimonio no pasó al Congreso y nunca se conoció. Murió a los pocos días,



cuando entrenaba con explosivos. Él, que era todo un experto. A mí siempre me pareció muy sospechosa su muerte.

R.U.: Entonces usted se retiró, sin más.

J.L.: Sí.

R.U.: Describame su retirada.

J.L.: Salí de Lurigancho con mi personal. Afuera estaba el director superior, Martínez Lira, con alguien más. Su ayudante, creo. Subí al microbús de mi unidad. Yo estaba muy molesto, y cuando mi personal subió, comenté con ellos en voz alta la barbaridad que cometían. Al poco rato salió Cabezas y conversó con el general. Me quedé mirándolos. No escuché lo que hablaron, pero para mí era obvio que Cabezas le estaba dando cuenta. Después Cabezas subió a nuestro microbús, como si fuera a viajar con nosotros hasta Los Cibeles. Se sentó en la parte trasera, con su pasamontañas puesto. Yo seguí hablando en voz alta, objetando la barbaridad. Luego Cabezas se bajó y nosotros nos regresamos al cuartel.

R.U.: ¿En ese momento habían acabado las ejecuciones?

J.L.: No. A mí me quedó claro que cuando salió Cabezas entraron el teniente Marquina y el suboficial Bobadilla para culminar las ejecuciones. Cabezas reapareció en Los Cibeles. Me llamó a las cinco de la mañana, cuando me disponía a descansar en mi pabellón. Estaba en su oficina, radiante, con un vaso de whisky en la mano. Me invitó y no quise. Me felicitó: «Caramba, hijo, no pensé que actuarías tan bien». Tuvimos una discusión muy fuerte, que nunca conté a la Comisión Investigadora del Congreso. Lo increpé por haber dirigido los asesinatos. Tomé el vaso de whisky y lo tiré al piso.

R.U.: ¿Cabezas justificaba de algún modo su actuación?

J.L.: Decía que él había cumplido órdenes, y que las órdenes las había dado el presidente de la República.

R.U.: Él no estuvo en Palacio aquella noche. ¿Cree que es cierto?

J.L.: No lo sé. De repente fue una salida suya cuando vio mi reacción. No se la esperaba. Un poco más y nos agarramos a golpes. Pero creo que él recibió órdenes de alguien.

R.U.: ¿Cabezas mencionó a Martínez Lira?

J.L.: No. Pero el director superior se apareció en mi pabellón después de mi discusión con Cabezas. Esto lo vieron varios. «Te felicito», me dijo. «Cálmate, tú sabes que a veces hay disposiciones que uno debe cumplir. Yo sé que para ti es algo nuevo, pero las órdenes superiores se cumplen, y cuando vienen de niveles muy altos, donde el presidente está...». Yo contesté: «Bien, mi general». Yo, como subalterno, ¿qué podía decir? Si el director superior me lo estaba diciendo...

R.U.: Pero usted no incriminó a nadie en la investigación.

J.L.: Sí, caí en su juego. Por temor. El coronel Cabezas me pidió que yo declarara que no había participado en la operación y que él estuvo a cargo.

De ese modo no me afectarían las investigaciones, ni afrontaría ningún riesgo. A veces un oficial joven es ingenuo. En la Comisión Investigadora del Ministerio del Interior mi primera declaración la hice así. Pero ellos sabían que yo estuve allí, ya que me llevaron para que le explicara cómo fueron las cosas al presidente Alan García.

R.U.: ¿Fue una reunión larga?

J.L.: Sí, minuciosa. Me preguntó cuántos salieron vivos, qué pasó después. Todo. Duró más de una hora.

J.L.: ¿Usted le contó sus conversaciones con Cabezas y Martínez Lira?

J.L.: No. Otro error. Pero eran mis superiores.

R.U.: ¿Qué impresión sacó usted de esa reunión?

J.L.: Yo creo que García se quedó un poco impresionado.

Cuando el aturdido Ticona regresó al humeante pabellón industrial, se dirigió a una de las puertas laterales para acceder a un pasadizo que llevaba al jirón de la Unión. Llegó hasta allí sin toparse con nadie. Se detuvo frente a una reja cerrada con llave que le impedía pasar al sector de los presos comunes. El jirón de la Unión lucía desierto y Ticona quiso gritar, pero no pudo. Estaba muy asustado, no le salía la voz. Se sentó a un lado, para esperar o reponerse un poco.

Del otro lado, un preso común se acercó. Se llamaba Alejandro Catacora, y era a la vez artesano, revolucionario y delincuente ocasional. Después veremos cómo concordaban estas cualidades, pues más adelante Catacora será un héroe de esta historia. El hecho es que, aunque Ticona no grabó su imagen ni le preguntó su nombre, Catacora nunca lo olvidó. Tanto es así que debemos a Catacora la aparición del sobreviviente en este libro. Cuando, en el invierno de 1999, Ticona y el autor hablaban de otras muertes relacionadas con las actividades de Jesús Sosa en el Ejército, Catacora —que entonces contaba sesenta y seis años y era entrevistado como testigo excepcional— dijo de pronto, al advertir entusiasmo en su interlocutor:

—Oiga, esto no es lo único terrible que yo conozco. ¿Sabía que hubo un sobreviviente en la matanza de Lurigancho?

—No, eso es imposible.

—Claro que lo hubo. Yo le abrí la puerta para que escapara.

Desde el techo de la cocina de Lurigancho, cercana al pabellón industrial, Catacora y otros internos vieron parcialmente la matanza. Cuando todo quedó en silencio, Catacora descubrió a un hombre ensangrentado al costado de la reja que los separaba de los subversivos. Abrió la reja con ayuda de otros, y llevaron al herido a la cocina. Le ofrecieron ayuda, pero el hombre no hablaba. Decidieron esconderlo. A Catacora se le ocurrió recurrir a Carlos Bolaños, apodado La Viuda, un preso común del pabellón 10 que simpatizó con movimientos subversivos, condenado por la muerte de un apриста.

La Viuda escondió a Ticona durante un mes. No fue descubierto durante tres requisas que hizo la Policía. Durante las inspecciones se ocultó en unos respiraderos llamados ductos, espacios tubulares de un metro de diámetro que atravesaban en forma vertical los pabellones. Como la celda de La Viuda no era completamente segura, Ticona emigró a una maestranza ubicada en la parte administrativa, al costado de la oficina del director del penal, para lo cual una noche tuvo que atravesar por lo alto el jirón de la Unión, desplazándose como mono por las alturas de Luriganchó. De allí se fugó meses después, por la puerta principal. Cuando la cruzó, vestía de agente penitenciario.

«Yo ahora no puedo decir que me arrepiento —dijo Ticona en el 2002, para este libro, aludiendo a su pasado senderista—. Nunca estuve plenamente convencido de una guerra así, y así como yo, muchos que quisimos combatir la injusticia. Ellos ya murieron pero yo resucité convencido de que la vida es lo más importante. Después de lo que viví, no podría apoyar la violencia en ninguna circunstancia»<sup>20</sup>.

La matanza también marcó otra etapa para el gobierno. Desde 1986 hasta el final de su período, en 1990, Alan García dejó a los militares hacer a su modo la guerra antisubversiva. En el Congreso, donde los apristas controlaban ambas cámaras, las violaciones de derechos humanos fueron encubiertas desvergonzadamente. Así, mientras la acción del Estado perdía autoridad moral, Sendero Luminoso resurgía, y pudo percibirse la consecuencia directa de la masacre: el crecimiento del terrorismo hasta niveles nunca antes alcanzados.

---

<sup>20</sup> Por razones de seguridad, Ticona no desea que se conozca su actual paradero.

## CAPÍTULO 8

# El espía que no regresó a Quito

En la primera semana de marzo de 1988, la tarde terminaba sin novedad en las oficinas del SIE2, especializado en seguridad y contrainteligencia, con los agentes volcados sobre sus legajos y máquinas de escribir. Parte de sus preocupaciones era el quehacer de los países vecinos en relación con la seguridad peruana. El técnico AIO Raúl Gamonal se levantó de su escritorio y se dirigió a la oficina del capitán Jorge Miranda, uno de los oficiales del departamento. Le pidió una copia del último plan de contrainteligencia para Ecuador.

Miranda le preguntó el motivo. Gamonal dijo que requería el formato de un plan para elaborar uno parecido. El capitán recordó que Gamonal ya le había pedido información sobre Ecuador. Lo hizo, como ahora, faltando poco para la salida. Un agente como Gamonal podía solicitar un documento de ese tipo por razones de trabajo. Pero las carpetas secretas sobre Chile y Ecuador, países limítrofes con los que el Perú contrajo urticantes secuelas de guerra, tienen importancia extrema para la inteligencia militar. Los jefes del SIE no las sueltan así no más<sup>1</sup>.

El capitán le pidió a Gamonal que regresara en unos minutos, porque de momento estaba ocupado. Gamonal se retiró. Miranda se fue a buscar al jefe del SIE2, el comandante Harry Rivera. Quería confirmar si Gamonal había recibido una misión que justificara su pedido.

Rivera dijo que a Gamonal no se le había pedido ningún plan. A su vez,

---

<sup>1</sup> Después de estos hechos, en 1995, hubo un conflicto bélico entre Perú y Ecuador, que ya se habían enfrentado en 1941 y 1980. Una negociación en 1998 resolvió los diferendos fronterizos pendientes. Entre Perú y Chile, que protagonizaron la guerra del Pacífico en 1879, hay un acuerdo definitivo de límites.

alimentó sospechas. Decidió que debía informar de inmediato al jefe del SIE. Pidió que, mientras tanto, entregara un documento inocuo a Gamonal y que no lo perdiera de vista. Se levantó y fue a consultar.

A su regreso, Rivera pidió buscar al capitán Carlos Pichilingue Guevara, encargado de la Oficina de Seguridad del SIE<sup>2</sup>. Faltaba poco para las cinco, hora en que termina la jornada diaria del personal y todos se dirigen a los ómnibus que los sacan del Pentagonito.

No bien Pichilingue entró a la oficina de Rivera, recibió la orden:

—Al toque, un equipo para vigilancia y seguimiento. ¡Apúrate!

Pichilingue salió disparado. A los cinco minutos regresó con sus tres seleccionados: el suboficial Jorge Ortiz, el técnico Julio Ramos y el suboficial Gumercindo Zambrano. Todos ingresaron a la oficina del comandante. Rivera estaba de pie.

—Miren —dijo—: no tenemos nada comprobado, pero queremos descartar algunas sospechas. Vamos a hacer seguimiento a uno de nuestros agentes. ¿Ustedes conocen al técnico Gamonal?

Los agentes se miraron entre sí, extrañados. Luego respondieron afirmativamente. Rivera prosiguió:

—Por orden del jefe del SIE, se le hará un seguimiento las veinticuatro horas del día. Debemos saber qué es lo que hace. Con quién o quiénes se reúne. ¿Listo, Pichilingue? —Rivera se dirigía ahora al capitán—. Estaremos en enlace permanente. Ordena que utilicen uno de los vehículos del departamento.

Cuando Gamonal abandonó el Pentagonito, en un ómnibus del Ejército, uno de los hombres de Pichilingue, compañero suyo en el SIE2, iba a su lado, como otro más que retornaba a su domicilio. El Volkswagen del departamento los seguía, a corta distancia.

Hemos dejado a Jesús Sosa a fines de 1985, en Ayacucho, luego de incinerar los cadáveres de Los Cabitos en la ladrillera del cuartel. El SIE lo mantuvo allí durante 1986. En el verano de 1987 viajó a Moscú, donde fue entrenado en técnicas de seguimiento, registro, interrogatorio, fotografía y tiro. De regreso en el Pentagonito, en 1988, estuvo a órdenes del comandante Juan Muñoz Cruz, el nuevo jefe del SIE1. Cruz le permitía volver a Ayacucho de cuando en cuando, donde estaba su familia. De paso, traía información de inteligencia.

Cuando concluyera el año cumpliría nueve años como agente, seis de ellos en la Zona de Emergencia. Se sentía bien, alguien apreciado. Cuando llegaba al SIE, sabía que los agentes más jóvenes lo miraban con cierta admiración. Tomando unos tragos nunca faltaba uno que dijera que quería ser como él. «Mis jefes hablan de usted: el Chato hace esto el Chato hace

---

<sup>2</sup> Este capitán se convertiría en un jefe operativo del Grupo Colina, un escuadrón de operaciones especiales del Ejército formado en 1991 y del que trataremos luego.

lo otro. Además, usted siempre reclama por lo que nos corresponde». Cuando recién **egresó**, Sosa también escuchaba hablar con admiración de agentes mayores, como Alvarado, Chozo, Olivos. Ahora él también estaba llegando a ser alguien a quien emular. Y pensó que era un buen momento para retirarse. **Salvo** que lo enviaran nuevamente al extranjero. A una agregaduría, a un consulado. Entonces lo aceptaría y después pediría la baja.

En tales disquisiciones estaba cuando recibió un llamado urgente del jefe del SIE, el coronel Oswaldo Hanke.

El 18 de marzo de 1988, el teniente de reserva del Ejército peruano Marco Roberto **Barrantes** Torres, de veintisiete años, salió a las siete de la mañana de su casa en Condevilla, donde vivía con su hermano menor, José, miembro de la Sanidad de las Fuerzas Policiales.

Aquel día desapareció. Había salido de su casa molesto por un altercado con su hermano. Al mediodía estuvo en la urbanización Preví, donde vivió años atrás. Lo acompañaba un robusto hombre de treinta años, según dijeron antiguos vecinos a quienes Barrantes saludó desde lejos, haciéndoles señas para tomar unas cervezas. Pero nadie quiso comenzar a beber tan temprano. Fue la última vez que lo vieron.

Durante los días siguientes, un Volkswagen rojo dio vueltas por la casa de Calixto Barrantes, el hermano mayor de Marco. Un día bajó un hombre y tocó la puerta de la vivienda, ubicada en Chorrillos. Se identificó como Jacinto Romo Alca, un nombre que después se comprobó falso, y dio un número de libreta electoral inexistente y una dirección, en el jirón Puno, que correspondía a un terreno baldío. El desconocido, en realidad el agente del SIE Julio Ramos Álvarez, entregó una carta enviada por Marco a su familia. En ella pedía encarecidamente a sus hermanos que entregaran a los portadores del mensaje documentos militares y un dinero que tenía escondidos en su habitación de la casa de Condevilla.

En mayo de 1988, cuando a Barrantes ya se le consideraba un desaparecido, **fue** enjuiciado junto con otros siete militares por delito contra el honor y seguridad de la nación, en la causa 189-88 seguida ante el tercer juzgado militar permanente del Ejército. El expediente, referido en el libro 4 de la mesa de partes, no precisó claramente las acusaciones. El hecho es que hubo varios encarcelamientos en marzo, tras comprobarse que un agente del SIE2, Raúl Gamonal Yaranga, vendió documentos clasificados a Ecuador.

Además de **Gamonal**, el Ejército reconoció haber detenido al teniente César Sánchez **Mendoza**, al técnico Gaspar Neyra Linares, y a los suboficiales David Leyva Rojas, Luis Muñoz Tuesta, Hernaldo Alvarado Cuadros y Gilberto Saavedra Telles. Además, al empleado civil Alejandro Atao Quintero. Es decir, a todos los supuestos responsables menos a

Barrantes. Y Barrantes resultaría, según se supo después, el principal implicado.

Ante el reclamo de los familiares del teniente, el Ejército declaró no tenerlo en sus filas ni en sus prisiones. En los papeles del juicio en su contra, se escribió claramente: «No habido».

El lunes 25 de abril, a las 7:30 de la mañana, Jesús Sosa llegó al despacho del jefe del SIE para una reunión a la que había sido convocado. El secretario, un agente gordito y cuarentón llamado Ulises González, le pidió esperar un momento en la antesala. El coronel Oswaldo Hanke aún estaba recibiendo el informe del Ejecutivo del SIE, un oficial que dos veces por día le transmitía los partes de los jefes de departamento. El jefe del SIE debe leerlos antes de las ocho, hora de su despacho con el general de la DINTE, quien se reúne con el comandante general entre las ocho y media y nueve.

Cuando el secretario hizo pasar a Jesús Sosa, adentro ya estaba sentado el tercer interlocutor, un comandante blanquinoso, Harry Rivera. Era jefe del SIE2. Hanke se quedó mirando al agente.

—Sosa —dijo, de repente—, quiero que me contestes con toda claridad. ¿Cuánto tiempo necesitas para secuestrar a un individuo?

Jesús Sosa se sorprendió. Supuso que Hanke le iba a pedir detalles del altercado que tuvo con un teniente, el viernes anterior<sup>3</sup>. Respondió con precisión a la pregunta. Dijo que, disponiendo de la información básica sobre el objetivo, como su nombre, domicilio y lugares de desplazamiento, quince o veinte días serían suficientes.

—¿Cuánta gente necesitas?

—Cuatro agentes. Y apoyo económico y logístico.

Harry Rivera dijo que el capitán Carlos Pichilingue, a cargo del Negociado de Seguridad del SIE2, podía supervisar el trabajo.

Hubo un silencio. Lo rompió Sosa, con su acostumbrada voz alta. Aún cuando quería ser persuasivo le salía un tono de jefe de patrulla dispuesto a hacerse oír en campo abierto.

—Disculpe, mi coronel —dijo—. Si acepto hacer un trabajo delicado y de mí va a depender su éxito, prefiero comandarlo y buscar mi gente. En esto es mejor no arriesgar. Pero si el comandante cree que su gente lo puede hacer, es mejor que lo hagan ellos, mi coronel. Yo prefiero a gente que conozco. Al capitán Pichilingue no lo conozco.

Hanke lo cortó. Dijo algo así como «No te preocupes, quiero que tú lo hagas». Luego le pidió que le hiciera llegar sus requerimientos económicos y administrativos. En cuanto al personal, bastaría que Jesús Sosa

---

<sup>3</sup> El 22 de abril, Sosa redujo por la fuerza y le quitó el arma a un teniente de reserva que estaba borracho en el local de la Asociación Mutualista del Ejército. El sábado dio parte al SIE y el teniente denunció el robo del arma en una comisaría.

comunicara con quiénes deseaba trabajar.

Se hizo otro silencio. Hanke no demoró en ir al grano. Dijo que se había descubierto una red de inteligencia de Ecuador dentro del Ejército. El organizador de la red estaba identificado. Le alcanzó un sobre cerrado, que el agente abrió. Había una ficha de datos personales del sargento primero de la Fuerza Aérea Ecuatoriana (FAE) Enrique Duchicela. Una fotografía mostraba a un hombre joven.

—¿Esta foto es actual? —preguntó Sosa.

—No —dijo Hanke—. Debe de tener treinta y pico años.

Añadió que Duchicela estaba adscrito a la delegación diplomática ecuatoriana en Lima y que abandonaría la ciudad en un mes. No había tiempo que perder. No se podía fallar. El SIE, dijo, cumplía órdenes del presidente y del comandante general del Ejército.

—A partir de este momento yo inicio el trabajo —dijo Sosa.

—El comandante te dará pormenores —Hanke señaló a Rivera—. Cuenta con mi apoyo. Y no falles.

Sosa y Rivera se retiraron a la oficina de este último, en el primer piso del edificio del SIE. En el camino, Rivera insistió en que alguien del SIE2 supervisara la operación. Sosa siguió en sus trece.

—Mi comandante —dijo—, quiero ser franco con usted. Cuando he trabajado con un oficial las cosas no me han salido bien. No es que me crea muy capaz, pero tengo mi forma de actuar. Seguro que no estaría de acuerdo con el capitán Pichilingue. Él, por su grado, va a querer imponer su enfoque. Y, además, ¿para qué lo necesito? Él no se amanecerá conmigo en la vigilancia. Necesito un agente experto en vigilancia. Por favor, vea la forma de que me asignen al suboficial Ángel Sauni. El trabajó conmigo en Ayacucho. Y en el SIE1.

En su oficina, Harry Rivera le dio la poca información de que disponía: que Duchicela trabajaba en el consulado ecuatoriano, que ocasionalmente se desplazaba en un Volkswagen amarillo, que estacionaba frente a su oficina, y que se le había visto frecuentar el Superba, un restaurante y bar en la avenida Du Petit Thouars, a diez metros de la esquina con Javier Prado. No se conocía su casa.

—Mi comandante —dijo Sosa—: con esta información y la foto que tenemos, es como si partiéramos de cero.

El desconcierto de Jesús Sosa y Ángel Sauni iba en aumento. Llevaban una semana vigilando la oficina de Enrique Duchicela y no lo vieron una sola vez. Los agentes hacían guardia las veinticuatro horas del día en el local del consulado ecuatoriano, en la cuadra tres de Las Palmeras, en San Isidro. Había varias posibilidades. Una, que Duchicela hubiera intuido el peligro tras perder contacto con sus informantes y resuelto no salir del consulado hasta su viaje. Otra, que estuviera entrando y saliendo en sus



narices, sin que pudieran reconocerlo a partir de una foto desactualizada. La tercera era la peor: que se hallara en Quito sano y salvo.

En el local del consulado ecuatoriano, durante el día los agentes se ubicaban entre Basadre y Las Palmeras, caminando de una esquina y otra para estirar las piernas. En la noche se metían al Volkswagen del servicio, un trajinado auto del 76. Allí también comían o descansaban. Uno de ellos abandonaba el sitio a las ocho de la noche, para montar vigilancia frente al Superba, el restaurante de la avenida Du Petit Thouars que Duchicela frecuentaba, según el sre. A las diez volvía a Las Palmeras, hasta el día siguiente.

Sauni resultó ser un excelente compañero de vigilancia, lo que no sorprendió a Jesús Sosa, porque habían trabajado juntos en Ayacucho, durante la primera etapa del destacamento. Así como tenía el defecto de estar demasiado pendiente de los botines de guerra —ya por entonces le decían Cazasola—, Sauni era detallista y perseverante, un hombre capaz de largas esperas inútiles. Sólo luego de varios años de trabajo los agentes van desarrollando las que serán sus virtudes profesionales, independientemente de la especialización —en operaciones, escucha telefónica o criptología— que hayan seguido en la escuela. Como bien lo había comprobado Jesús Sosa en la Unión Soviética, un servicio secreto no debería pretender tener agentes que supieran de todo, sino expertos en lo suyo, sobre la base de habilidades comunes para observar y describir situaciones. Por ejemplo, uno podía dedicarse a investigaciones documentales, otro a vigilancias y seguimientos, otro al descerraje de cajas fuertes y cerraduras, otro a las interceptaciones audiofónicas, otro a la suplantación de personalidades, otro al análisis de inteligencia. Y así por el estilo. En cambio, en el Perú no era así. Salvo en casos raros como el de Jesús Sosa, a quien el Ejército destinó principalmente a asuntos violentos, los agentes peruanos eran toderos. Jesús Sosa llegó de Europa Oriental disconforme con esta situación.

Ángel Sauni tenía, pues, lo que podría llamarse sentido de responsabilidad. Pero su dedicación estaba llegando a un punto de quiebre tras catorce días de vigilancia. Sosa, por su parte, recibía presiones cada vez más insistentes de Rivera. «¿Y? ¿Y?», preguntaba el comandante, poseído por la impaciencia. Quedaban sólo quince días para hacer el trabajo, pues Enrique Duchicela, según los informes del SIE, iba a abandonar el país los primeros días de junio.

Considerando la situación y suponiendo que la presa no hubiera abandonado Lima, Sosa decidió que tenía que secuestrar a Duchicela en la primera ocasión en que apareciera. Una vez identificado, llamaría al SIE para que de inmediato le asignaran dos hombres más. Cuatro bastarían para reducir al ecuatoriano y llevarlo al Pentagonito.

El problema era cómo sacarlo del consulado. Y, además —cuando

apareciera—, cómo saber si era, realmente, Duchicela.

A las siete de la noche del viernes 7 de mayo, un militar vestido de civil se encontró con una atractiva mujer de treinta años en el café Haití de Miraflores. No es posible nombrarlos, pero sí reproducir su diálogo.

El militar le dijo a la mujer que necesitaba encarar a un hombre que había estafado a unos amigos y que pronto dejaría el país. Quería sacarlo de su lugar, llevarlo a un sitio para hablar y asustarlo un poco.

—Mira —continuó el militar—: sólo a ti te puedo pedir esto, por la confianza que tenemos. Desearía que lo conocieras. Había pensado que este hombre, que es un gran enamorado, de pronto, en una situación determinada, podría querer invitarte a salir. Yo solamente necesitaría que ocurriera eso. Te pediría que propiciaras que te invite. Nada más. Del resto me encargo yo.

El militar agregó que ella no tendría ningún problema, por dos razones. Primero, el hombre trabajaba en una embajada, así que no quería que nada trascendiera, sobre todo si había una mujer de por medio. Segundo, estaba por irse del país. Nunca más lo iba a ver. Concluyó diciendo que sus amigos iban a pagar generosamente.

La mujer hizo varias preguntas. Luego aceptó.

Media hora después, el militar pagó una cuenta de cafés y sandwiches. La mujer salió primero, y algunos hombres voltearon a su paso. Duchicela tendría que estar ciego para no perder la cabeza por ella.

A las tres y media de la tarde del lunes 16 de mayo, la mujer del café Haití entró al consulado ecuatoriano. En el puesto de control de ingreso dijo que deseaba solicitar información para hacer una visita a Ecuador. Adentro fue atendida por un funcionario con lentes. Examinó a las personas presentes y las describió más tarde a los del SIE, quienes dedujeron que quizás una de ellas podía ser su objetivo.

Dos días después la mujer volvió a pedir información, esta vez relacionada con la posibilidad de comprar mercadería y traerla al Perú. Ese miércoles la atendió, en persona, Enrique Duchicela.

Aparentaba ser un funcionario civil del consulado, y su aspecto encajaba en la descripción disponible. Duchicela era un mestizo de pómulos saltantes, ni alto ni bajo, con anteojos de marco dorado. La mujer le dijo que viajaría pronto al Ecuador y que deseaba consejos e información. Iba a comprar algunas cosas de valor y temía encontrar problemas al momento de traerlas a Lima. El sargento la escuchó con atención. Fue solícito, crecientemente amable.

En la conversación, cuando era evidente que entre los dos había mutua simpatía, Duchicela celebró esta coincidencia feliz: él también viajaría dentro de poco a Ecuador. Tendría mucho gusto de ayudarla a conocer

Quito, por supuesto si a ella le parecía bien. Ella dijo estar encantada. El opinó, entonces, que sería una buena idea que ambos se vieran antes del viaje, para coordinar. Le pidió su número telefónico.

La mujer dijo que estaba sin teléfono por el momento, pero aseguró que lo llamaría de todas maneras. «¿De todas maneras?», preguntó él, incrédulo, mientras escribía en un papel el número del consulado. «Sí, de todas maneras, mañana por la tarde». Quedaron en que al día siguiente se pondrían de acuerdo en la fecha y hora de la cita. Luego ella siguió haciendo preguntas sobre lugares turísticos de Ecuador. Al despedirse le dio un nombre falso: Teresa.

Cuando la colaboradora del SIE salió a la calle Las Palmeras, los agentes no la recogieron a cien metros del consulado, como la primera vez. Ella caminó dos cuadras hacia Javier Prado, donde volteó a la derecha y avanzó cinco cuadras más, hasta la avenida Arequipa. Detrás de ella, Sauni iba estudiando la retaguardia, para descartar un posible seguimiento. En Arequipa la mujer fue recogida por Jesús Sosa, al volante del Volkswagen del Ejército.

Teresa no llamó el jueves, sino el lunes 23 de mayo. El SIE no quiso que el ecuatoriano la sintiera muy interesada. Se disculpó por no haber llamado antes. Duchicela le propuso tomar un café al día siguiente. Acordaron la hora: seis de la tarde. Ella indicó el lugar: la esquina de 28 de julio y Arequipa, frente a la embajada argentina.

Desde el miércoles 18, en que Teresa tuvo su primer encuentro con Duchicela, hubo reuniones en el SIE para analizar la mejor manera de capturarlo. La idea de Jesús Sosa consistía en que Teresa consiguiera llevarlo a un departamento, lo cual, a su juicio, no era difícil. «Es el típico cacherito», decía Sosa, para quien era un buen síntoma el interés del ecuatoriano durante su primera entrevista con la mujer. El secuestro podía hacerse el mismo día de la cita. Pero a todos les preocupaba la posibilidad, aunque mínima, de que el galán no fuera Duchicela. En el consulado, cuando ella le preguntó su nombre, él había dicho «Enrique». Nada más. Hanke, que se jugaba el pellejo en la operación, prefería estar completamente seguro.

Optaron por lo más prudente: dejar que la pareja se viera el martes y propiciar una segunda y última reunión. La presa estaría más confiada. Y ellos tendrían la oportunidad de observarla detenidamente.

Cuando Teresa y Duchicela se encontraron, la tarde del martes, las cosas se desarrollaron de acuerdo con un plan diseñado en La Fábrica. Ella le propuso ir a El Reyecito, un café cercano, en la segunda cuadra de República de Chile, hacia el cual caminaron. En la calle, confundidos entre la gente, Hanke y Rivera pudieron observar a sus anchas a Duchicela y convencerse de que no había equívoco posible.

En el café, Hanke tomó asiento en una mesa contigua a la de la pareja. Habían desistido de poner un micrófono en el lugar donde ella llevaría a su cortejador. Era innecesario escuchar todo. Lo principal era que Duchicela entrevistara, en el curso de una conversación trivial, la posibilidad de conquistar a la inexperta viajera.

En el diálogo ella rechazó suavemente la posibilidad de que, luego de tomar los cafés que habían pedido, fueran al cine, o a bailar. Esa noche debía retornar temprano a su casa. Pero podía ser otro día: tal vez el jueves o viernes. Él quedó conforme. Teresa dijo que lo llamaría a su oficina el jueves por la mañana.

El segundo encuentro se produjo el viernes 27 de mayo, igualmente en la puerta de la embajada de Argentina, a las seis de la tarde. Ambos no habían definido, por teléfono, que fuesen al cine o a bailar, pero estaba entendido que podía ocurrir una de las dos cosas.

Cuando se encontraron, Teresa dijo que tenía una obligación pendiente. Una amiga le había dejado un departamento a su cuidado y hacía una semana que no pasaba por allí. Necesitaba ver que todo estuviera en orden y sacar algunas cosas.

—¿Por qué no me acompañas? —agregó.

Duchicela aceptó. Quizá, íntimamente, se frotaba las manos.

Ambos detuvieron un taxi y Teresa le pidió al chofer dirigirse a la calle Tarata, en Miraflores. A pocos metros, Jesús Sosa observaba la escena. Cuando el taxi partió, el agente anotó la placa en una libreta y caminó hasta su auto, estacionado en la primera cuadra de República de Chile. Una vez dentro, presionó el botón de su radio de mano:

—El objetivo va en camino en un Toyota celeste —anunció. Y dictó un número de placa.

En el distrito de Miraflores, el agente Pino recibió el mensaje. Se hallaba en el interior de un pequeño departamento del jirón Tarata, calle de una sola cuadra que sería destruida cuatro años después por un coche bomba senderista, un atentado que traumatizó a Lima. En uno de los edificios, con número 281, el SIE tuvo un puesto de escucha telefónica. A partir de 1987 los equipos fueron trasladados a otro sitio y el local quedó amoblado como un departamento de soltero. Servía, eventualmente, para citas amorosas de generales, y cuando Jesús Sosa expuso su idea de llevar a Duchicela a un departamento, inmediatamente Hanke pensó en este inmueble que, con unos pocos cambios, podría resultar perfecto para el operativo. Había que limpiarlo, comprar algunos enseres, llevar ropa de cama, surtir el carrito de los licores, todo lo cual se hizo entre el 19 y el 22 de mayo. El equipo de agentes para el operativo había crecido: estaban designados Miguel Ángel Pino y Nataniel Figueroa, por pedido de Sosa, y Gumercindo Zambrano y Jorge Ortiz, llamados por Harry Rivera. Ellos

esperarían al ecuatoriano ocultos en la cocina.

Teresa debía llevar a Duchicela al departamento y hacer de desenvuelta ama de casa. Lo sentaría en un sofá y le diría: «Enrique, sírvete un trago, por favor, mientras yo me doy un baño de un minuto». El carrito bar estaba surtido así: dos botellas de Johnnie Walker etiqueta roja, una llena y otra a medio consumir; una botella de ron Havana Club y un vino Tacama. Todos los licores, incluso los que parecían sellados, tenían un poderoso somnífero. La idea era que Duchicela se sirviera un trago, que Teresa se demorara razonablemente en el baño y que luego saliera para que ambos charlaran un poco en el sofá, si el hombre aún estaba despierto. Ella, que ignoraba las causas del operativo y sus consecuencias, no se había comprometido a irse a la cama con el ecuatoriano. Le aseguraron que alguien tocaría el timbre exterior a los diez minutos de que ambos hubieran ingresado. Teresa acudiría a la puerta, como quien va a ver quién llama; la abriría y desaparecería. Así culminaría su parte del trabajo. Entre tanto, Jesús Sosa ingresaría para arreglar cuentas con el visitante. También actuarían los agentes escondidos en la cocina.

Las cosas fueron más sencillas. Luego de que Jesús Sosa enviara el mensaje desde la primera cuadra de República de Chile, dirigió su coche hacia Miraflores, intentando llegar primero que la pareja. Tomó, para ello, paseo de la República, una vía rápida por la que se proponía adelantar al taxi, que había ido por Arequipa. Sin embargo, perdió tiempo al entrar a Miraflores, pues era el momento más congestionado del peor día de tráfico en la ciudad. Cuando estacionó en Tarata, Duchicela ya estaba de pie, pagándole al taxista, a unos metros del edificio donde el SIE tenía su departamento.

Jesús Sosa se bajó rápidamente y entró en el edificio cuando Teresa y Duchicela subían por las escaleras. Los siguió. En una entreplanta entre el primer y segundo pisos, la pareja se dirigió a una puerta sin número con el agente detrás, quien debía dejar que ellos ingresaran y se acomodaran. De acuerdo con el libreto, Sosa tocaría el timbre unos minutos más tarde, dando comienzo a la acción en el instante en que Teresa acudiera al llamado. Pero en el pasillo los tres iban caminando en fila india, y el del SIE vio en ello una oportunidad. Cuando Teresa abrió la puerta y entró al departamento seguida por Duchicela, y Sosa vio que él podía ser el tercero del trencito, empujó violentamente al ecuatoriano. Entró, cerró la puerta y se tiró encima de la víctima, que había caído al suelo.

De la cocina salió, de inmediato, el grupo de agentes que estaba oculto. Controlado por Sosa, que lo inmovilizaba, Duchicela se vio rodeado por cuatro hombres. Cada uno lo apuntaba con una Colt 38.

—Tengo inmunidad diplomática —dijo, sin presentir quiénes lo atacaban. Sosa se incorporó y encargó cuidar al raptado. Se dirigió a la falsa Teresa, diciéndole que era el momento de salir. La acompañó a la

puerta, luego al ascensor, luego al primer piso. Fueron hasta la esquina de Tarata y la avenida La Paz, donde ella tomaría un taxi.

—¿Qué va a pasar con él? —dijo. Estaba asustada.

—Nada —dijo Sosa—. Sólo vamos a conversar.

Cuando el agente retornó al departamento, Duchicela estaba sentado en un sofá, con las muñecas esposadas por detrás. Le habían hecho tragar por la fuerza whisky narcotizado y una tableta de Sinogán<sup>4</sup>. Nadie le hablaba. Él observaba y también callaba. Así permaneció durante los cinco minutos que demoró en perder el conocimiento. Pero no durmió en seco sino espasmódicamente, soltando incomprensibles mensajes guturales con tiosos movimientos de cabeza.

A Sosa no le gustaron los sonidos del prisionero. En la cocina rompió un trapo en dos partes. La más chica se la metió en la boca. Con la grande hizo un rollo para asegurar la mordaza: se lo pasó entre los dientes y amarró las puntas sobre la nuca. Luego volteó y dijo:

—Traigan la maleta.

—¿Y cómo vamos a meterlo? —preguntó Zambrano.

—Metiéndolo —dijo Sosa. Una semana antes había tenido que responderle lo mismo al comandante Rivera, cuando quiso saber cómo sacaría al ecuatoriano sin escandalizar a los vecinos del edificio ni a los transeúntes de una de las zonas más transitadas de Miraflores.

Harry Rivera se rió cuando Sosa mencionó lo de la maleta. Pero aceptó una demostración. Al día siguiente Jesús Sosa se presentó en su oficina con una maleta de cien por setenta centímetros. Lo acompañaba el agente *Chiquito* Pretell, que medía un metro noventa y dos. Abrió la maleta, sentó al grandazo en el interior y lo puso en posición fetal, encogiéndole cuidadosamente las extremidades. Entró hasta el último dedo. Sosa cerró la maleta con una vuelta completa de cierre y se volvió hacia Rivera para recibir su aprobación.

Duchicela, que tenía estatura mediana, entró en la maleta con relativa facilidad. Ayudó que le esposaran las muñecas por debajo de las piernas flexionadas. Los agentes cerraron la maleta y salieron al pasillo jalando su cargamento. En la puerta del edificio esperaba el todoterreno Willys marrón del SIE, otro regalo del Ejército argentino por secuestrar montoneros en Lima, en 1980. Cuando la maleta era metida en la parte posterior del Willys, dos policías pasaron al costado del vehículo. Los agentes detuvieron la operación hasta que se alejaron. Luego el Willys partió con su prisionero, y entonces dos peatones que habían estado dando vueltas como locos por el jirón Tarata, respiraron tranquilamente por primera vez en el día. Eran los oficiales Oswaldo Hanke y Harry Rivera.

Figueroa sacó del clóset una enorme maleta negra. Tenía ruedas y un

---

<sup>4</sup> Somnífero y sedante

tirador. Sosa dijo que había que meter adentro a Duchicela.

En el sótano del SIE2 existían varios ambientes, grandes y chicos, para usos múltiples. Ocasionalmente estos cuartos se empleaban para alojar detenidos. Allí estuvo Enrique Duchicela desde el día de su secuestro, sometido a sucesivos interrogatorios. El ambiente era de algarabía la noche del 27 de mayo, hacia las ocho, cuando llegó la maleta con el ecuatoriano. Se comentaba el éxito del secuestro, y el coronel Hanke felicitó calurosamente al grupo responsable. «Bien, Chato —le dijo a Sosa—, siempre tuve confianza en que iba a salir bien el operativo. Era cierto lo que me dijeron de ti». Un momento antes Rivera también tuvo palabras de reconocimiento para el agente. «Yo era incrédulo —dijo—. Pero aquí están los hechos. Cuenta conmigo para lo que quieras».

Hanke se despidió a los pocos minutos. «Voy a informar arriba, para ver qué se decide», dijo. Él también cumplía órdenes precisas.

Duchicela, todavía en sueños, fue llevado a uno de los cuartos del sótano. Era un ambiente vacío, sin muebles ni luz eléctrica.

Mientras el coronel hacía consultas, los agentes se fueron a cenar. Estaban contentos, como sus jefes. Tal vez el éxito de la acción no les favoreciera para un ascenso, como era de esperar con los oficiales, pero tenían la satisfacción de haber actuado en un grupo que hizo algo muy importante. Y podrían, también, pedir algo a cambio a sus superiores. Por lo menos eso pensaba Jesús Sosa.

Sosa y Sauni decidieron reunirse en el SIE a la una de la madrugada del 28, para comenzar el interrogatorio dispuesto por Rivera. Bajaron al sótano a la una y media. Habían dejado de servicio a Ortiz. Duchicela continuaba como lo dejaron: sentado y esposado, con las manos atrás. Y seguía durmiendo.

Los agentes trajeron agua fría y se la echaron en la cara. Despertó lentamente. Se encontró con Sosa y Sauni al frente, dos desconocidos. No tardaría en darse cuenta de que estaba en un cuartel militar peruano y que iba a ser interrogado.

Los agentes esperaron a que estuviera bien despierto.

—Mira, concha de tu madre —comenzó diciendo Sosa. Hablaba en voz alta, con absoluta calma—. Tienes que reconocer que has perdido. Si lo entiendes, eso es lo mejor para ti.

Se detuvo. Quería que sus palabras fueran digeridas.

—También quiero que recibas nuestras felicitaciones. Has hecho un trabajo de la puta madre. Nos has metido el dedo en el culo. Bien metido. Pero ya nos dimos cuenta, ya descubrimos todo. Tus cómplices ya hablaron. Primero quiero que entiendas eso. ¿Está claro?

El prisionero dijo que tenía inmunidad diplomática y que no podía ser objeto de ninguna detención ni maltrato.

—¿Ah, no? —preguntó Sosa. Lo atrajo hacia sí con una mano y con la otra le lanzó una bofetada. El cuerpo sentado perdió el equilibrio y cayó al piso, de costado. Sosa lo volvió a sentar.

—Cada vez que me hables de inmunidad diplomática te voy a sacar la mierda. Quiero que lo tengas muy presente. Cada vez que lo digas me acordaré de la cagada que nos hiciste. ¿Estás de acuerdo?

Y le mandó otra cachetada. Duchicela volvió a caer.

Poco a poco fue produciéndose el diálogo que interesaba a los agentes. Sosa logró convencer a Duchicela de que se hallaba detenido por espionaje, con conocimiento de su embajada. Esto lo tranquilizó algo. Pero también le dijeron que podía estar indefinidamente preso, y que eso dependía de él. Tenía que presumir que casi todos los detalles del espionaje eran conocidos. Si los responsables estaban presos, ¿a él que más le daba colaborar en el interrogatorio?

Los agentes no profundizaron en lo del espionaje. Conocían los detalles por las confesiones de los peruanos. Por otro lado, Duchicela contestó lo que le preguntaron al respecto. Había comprado abundante información secreta a Barrantes, quien lo obtenía de su bien remunerada red. Estuvo en vías de conseguir más: fotografías del material de guerra —aviones y tanques, principalmente— y de determinados cuarteles. Cuando agotaron estos temas, viraron hacia lo que sabía Duchicela de la aviación de su país, pues era miembro de la FAE. Tres de los cinco días de interrogatorios los destinaron a hablar de aeropuertos, bases antiaéreas y armamento militar.

Hasta el martes 31 de mayo, el detenido fue interrogado violentamente. Lo golpearon y lo sumergieron en agua. Sufrió una violencia moderada, si cabe el término. Aún no se conocían las órdenes definitivas sobre su suerte, y era mejor ser prudentes.

En el primer piso, la mayoría de agentes del SIE2 continuó trabajando sin imaginar el secreto bajo sus pies. Sólo lo conocían Hanke, Rivera, Pichilingue y los cinco agentes que participaron en la captura, quienes se turnaban para cumplir servicios en el sótano. Vigilaban y alimentaban a Duchicela, pero no sólo a él. En otra habitación del sótano cumplía su cautiverio un teniente silencioso, Marco Barrantes Torres. Fue capturado el 18 de marzo, cuando salía de su casa de Condevilla. El SIE había seguido exitosamente al técnico Raúl Gamonal, que pedía documentos sobre Ecuador en el SIE2. LOS testimonios de Gamonal y del resto de los investigados señalaron a Barrantes como el compilador de la información sustraída. Interrogado con dureza, Barrantes contó todos los detalles de sus relaciones con Duchicela. Desde esta confesión exhaustiva lo habían dejado tranquilo, virtualmente abandonado en el sótano del SIE2.



Jesús Sosa fue llamado a la oficina de Oswaldo Hanke a las diez de la mañana del 31 de mayo. Cuando llegó, el coronel estaba conversando con el comandante jefe del SIE2. Hablaba Hanke:

—Tenemos que desaparecer los cuerpos. ¿Qué podemos hacer? —Jesús Sosa supo que se trataba de los detenidos.

—Hay dos formas —dijo Rivera—. Una es hundirlos en el mar, con una piedra adherida al abdomen. Otra, darles vuelta en la playa de La Chira, meterlos en un cilindro con cargas de dinamita, y ¡bum!

Jesús Sosa sonrió con esas sonrisas que indican desaprobación.

El coronel Hanke se volteó hacia Sosa.

—¿Qué opinas?

—Si los botan al mar —dijo el agente— en algún momento los restos saldrán a flote. Los peces se comen las sogas o devoran partes del cuerpo, o el agua deshace las ligaduras. Y en cuanto a la explosión, no sé. Los pedazos se esparcirán por todos lados y caerán quién sabe dónde. Si usted me permite, creo que lo mejor será quemarlos.

—¿Quemarlos? ¿Cómo? —dijo Hanke.

—Tenemos en el sótano un buen incinerador. Mal que bien, algunas veces se usa para quemar papeles.

Harry Rivera objetó la propuesta. Demoraría un día calcinar los cuerpos, dijo. Además, ¿con qué material se haría la combustión?

—Mi coronel —contestó Sosa—, por la experiencia que hemos tenido en Ayacucho, creo que con los materiales convenientes se necesitará unas tres o cuatro horas, a lo mucho.

—¿Qué necesitarías? —dijo Hanke.

—Cuatro cargas de leña, mejor de eucalipto; queroseno y petróleo.

Rivera no insistió en proponer otro método. Pero aportó una idea:

—¿Y por qué mejor no usas gasolina?

—Eso ni pensarlo —dijo Sosa, a quien Rivera dio en la vena del gusto. Cuando podía, el agente se complacía demostrándoles a los oficiales lo poco que sabían sobre operaciones especiales—. La gasolina, mi comandante, arde y se consume, en tanto que el petróleo se adhiere a los cuerpos y combustiona más. El queroseno le da fuerza a esta combustión y no permite que se apague la llama. Es una buena combinación. Y conviene el eucalipto porque su olor característico disimula el de la carne quemada, que es muy intenso.

Los oficiales se quedaron un momento callados. Sosa continuó:

—Yo sugiero realizar la operación un día feriado por la noche. Si la incineración despidе humo, en el servicio se pensará que se están quemando los papeles de desecho de toda la semana.

—Bueno —dijo Hanke—. Ya no hay más que decir. Hazlo. Ve a Tesorería y solicita el dinero que creas conveniente. Yo firmaré la autorización. Prepara todo para este fin de semana.

A las nueve y media de la noche del viernes 10 de junio, Jesús Sosa llegó al sótano del SIE2. Allí ya estaba Sauni, quien cumplía veinticuatro horas de servicio a partir de las ocho de la mañana de ese día. Faltaban Ortiz, Pino, Zambrano y Figueroa. A las diez, todos ellos se hicieron presentes en el sótano, de acuerdo con lo convenido. A esa hora apareció el capitán Pichilingue. Había sacado del almacén una pistola ametralladora HK MP5 con silenciador, que entregó a Sosa.

Por la tarde, Jesús Sosa había metido al sótano cuatro sacos de leña de eucalipto comprados en La Molina y en San Juan de Miraflores, dos galones de petróleo y dos de queroseno obtenidos del grifo del Pentagonito, y seis hojas de muelle de camión. Eso, más una pistola con silenciador, era todo lo que necesitaba.

A las diez y diez, aproximadamente, Harry Rivera se apareció en el sótano. Jesús Sosa iba a comenzar, pues tenía las órdenes respectivas. De Hanke tenía la de eliminar a los prisioneros. Y de Rivera, que era el responsable del operativo por ser jefe del SIE2, las que disponían facilidades administrativas: llaves del sótano, armamento, municiones y autorización para el uso del incinerador, en la zona del SIE5. Había que garantizar que a nadie del SIE5 se le ocurriera quemar papeles esa noche.

Rivera preguntó si todo estaba en orden. Sosa contestó que se hallaba a punto de actuar. Rivera dijo que iría a informarle a Hanke. Dio media vuelta y se largó. Con él se fue el capitán Pichilingue.

Cuando los oficiales se marcharon, Jesús Sosa se dirigió al cuarto donde estaba preso Barrantes. Abrió la puerta. Era la primera vez que el agente veía al teniente de reserva. Estaba sucio y con las manos libres, echado en un camastro militar.

—Vas a pasar a la zona judicial —le dijo—, pero te cubriremos la cabeza en el camino. No debes ver de dónde sales.

—Está bien —dijo el teniente. Y se dejó poner en la cabeza una bolsa negra. Ortiz, que había entrado al recinto, le cruzó los brazos hacia atrás y le puso esposas.

El teniente fue llevado hasta el cuarto de Duchicela. Sosa entró.

—Tenemos órdenes de entregarte a tu embajador —le dijo—. Está por llegar acá, así que vamos avanzando. Te voy a cubrir la cabeza para llevarte afuera. No necesitas ver dónde has estado.

—Sabía que mi país no me abandonaría —dijo Duchicela.

—Sí, pues, carajo —dijo Sosa, mientras le tapaba la cabeza—. Tienes suerte porque no sé cómo nuestro gobierno ha aceptado que salgas. Así que te recomiendo que no hables mal de la forma como te hemos tratado. Nos vamos a enterar. Todo se sabe.

—No —dijo Duchicela—. Diré que se han portado bien conmigo.

Conforme estaba acordado, Ortiz dijo a Sosa, en voz alta:

—Oye, ya llegó el jefe de este huevón. Está con el general.

—Ya, vamos —dijo Sosa. Y guió hacia fuera al ecuatoriano.

Ortiz y Figueroa estaban al cuidado de Barrantes, parados en uno de los pasillos del sótano. Allí se quedaron, mientras Jesús Sosa, acompañado por Sauni, Zambrano y Pino, avanzó con Duchicela hacia el incinerador. El recorrido, de treinta metros, cruzaba por una zona sin techar, por esos años destinada a canchas de frontón, y llegaba, pasando dos rejas metálicas, a los predios del SIE2. En este lugar el sótano, a diferencia de la parte del SIE2 —subdividida en habitaciones—, sólo exhibía un cuarto de bombeo de desagüe, un ascensor, y lo que se denominaba incinerador. Éste era una especie de boca de chimenea saliente, hecha de ladrillo y concreto, de un metro y medio de altura y otro tanto de ancho. En la parte superior adoptaba una forma de campana de cuya cima nacía un tiro hacia lo alto del pabellón principal del SIE, donde desembocaba. Aquí se convertían en cenizas los papeles inservibles del servicio. Aquí, media hora antes, Jesús Sosa hizo una base de cuatro hileras de leña de eucalipto y armó una parrilla cóncava con hojas de muelle de camión bañadas en queroseno y petróleo. Sólo faltaban los cadáveres.

En el trayecto de Duchicela hacia su muerte, los agentes le hacían conversación, para darle confianza. Le hablaban de la buena suerte que él tenía, en comparación con los peruanos: él se iría tranquilo a Ecuador, mientras sus cómplices del Perú la iban a ver horrible. Volvieron a pedirle que dijera que fue tratado bien.

—Sí —dijo—. Yo no voy a hablar mal de ustedes.

Caminaba esposado y a ciegas, dejándose llevar por el brazo de Sosa. Cuando llegaron al incinerador, Sosa lo detuvo. Se puso un paso detrás de él.

—¿Y qué va a pasar con el auto que te compraste? —le preguntó.

Quiso decir algo. El balazo no se oyó. Cayó bruscamente.

El coronel Hanke y el comandante Rivera bajaron al sótano cuando Ortiz y Figueroa llevaban a Barrantes a su lugar de ejecución. Fueron informados de que ya había muerto Duchicela. Luego salieron. Pichilingue no apareció. Aparentemente, había salido del Pentagonito.

Los oficiales eran así. Preferían no involucrarse en el trabajo sucio. Cumplían órdenes del comandante general, Artemio Palomino, y su trabajo no era apretar el gatillo sino supervisar el operativo.

Ortiz, a cargo de Barrantes, le disparó en la sien mientras dialogaba con el prisionero. Cuando cayó, aún respiraba. Sosa recriminó al matador. Había sido un mal tiro. Se acercó a Barrantes y lo remató.

Los agentes acomodaron los cadáveres uno sobre el otro en la parrilla improvisada. Duchicela fue doblado formando una u, con la espalda pegada al fondo del incinerador. A Barrantes se le flexionó del mismo

modo, pero lo pusieron con la espalda hacia fuera y las extremidades hacia el interior, encima del ecuatoriano. Así dispuestos, los cuerpos entraron justos. Cuando aplicaron fuego, el combustible de la base comenzó a despedir pequeñas llamas, que fueron apoderándose lentamente de los leños impregnados de queroseno y petróleo. Diez minutos más tarde los leños ardían a plenitud, provocando la destrucción de las ropas y la erosión de los cuerpos, de cuyas fisuras caían gotas continuas de grasa inflamable. Ayudándose con leños, los verdugos controlaban la tendencia de los cuerpos a salirse de la parrilla, pues inicialmente se ensancharon y se estiraron como si fueran a reventar, mostrando blancas áreas de tejido adiposo. Más tarde ocurrió lo contrario: sin grasa ni agua, los cuerpos se contrajeron y se volvieron cada vez más bolas negras envueltas en llamas, de las que se desprendían pedazos calcinados que continuaban desintegrándose hasta formar un inexpresivo lecho de ceniza.

Cinco horas ardió el incinerador, alimentado continuamente de combustible por los cinco parrilleros del SIE reunidos alrededor de su boca. A las cuatro y media de la mañana parecía que todo lo que quedaba de los prisioneros era un montón de cenizas. Pero no. Había huesitos que se resistían a desaparecer, visceras que estaban negras pero no calcinadas. «Siempre he dicho que las visceras son las más resistentes al fuego. ¿Lo ven?», observó Sosa a sus compañeros. Se pusieron a disolver los residuos, haciéndolos polvo con sus armas blancas. A las cinco, su misión concluyó. Subieron para informar a Harry Rivera.

Aquel sábado, por la tarde, regresaron al sótano Ortiz, Sauni y Sosa. Las cenizas de los infortunados militares estaban frías en la base del incinerador. Con una pala las recogieron y las metieron en un saco de polietileno, que resultó ocupado hasta la mitad. Uno de ellos se lo puso al hombro. El grupo se dirigió hacia los jardines posteriores del SIE, un área de mil metros cuadrados en la parte central del Pentagonito. Una vez allí, se persignaron gravemente, y guardaron unos instantes de silencio antes de esparcir las cenizas entre las plantas.

Enrique Duchicela tenía treinta y siete años, y cuando murió, ejercía de ayudante del agregado aéreo de Ecuador, Marco Palacios Larrea. Estaba casado con Martha Escobar, abogada y socióloga, con quien tuvo dos hijas. Ella nunca recibió una explicación de lo que hacía su esposo en el Perú por parte de la FAEO el gobierno del Ecuador. En una entrevista con el autor en Quito, en noviembre del 2000, dijo que seguía investigando la desaparición. Habló con Luis Febres Cordero, durante cuyo gobierno se produjo el secuestro, y adujo desconocimiento. El siguiente mandatario, Rodrigo Borja, le aseguró que si llegaba a saber algo, se lo diría. En vano, la viuda envió cartas a todos los cancilleres. La mayoría de ministros de Defensa no la quiso recibir.

La familia de Marco Barrantes identificó al AIO Julio Ramos como la persona que fue a buscarlo a su casa en 1988. En el 2003, Ramos y el coronel en retiro Oswaldo Hanke fueron enjuiciados por la desaparición del teniente. El proceso aún continuaba en el 2004. El 12 de septiembre del 2003, cuando la jueza Nayko Coronado lo interrogaba, el exjefe del SIE rompió a llorar.

En el juicio, el nombre de Duchicela jamás fue mencionado. Pero Gamonal declaró haber visto con vida a Barrantes en el sótano del SIE2. Cuando el Consejo Supremo de Justicia Militar envió a la justicia común los expedientes de las causas 189-88 y 280-89, apareció el detalle de lo que había vendido Barrantes a Duchicela, y con ello la explicación de su asesinato. Era una enormidad de secretos militares<sup>5</sup>.

La revelación de la pérdida, escondida en un expediente judicial hasta la aparición de este libro, habría producido un escándalo político en 1988. Las muertes evitaron el descrédito, la posible remoción de la cúpula militar. De otro lado, la desaparición de su espía indicó a Ecuador que el Perú sabía todo. Encajó el golpe, en la expectativa de devolverlo. Hasta hoy es un misterio cómo informó de esta situación el comandante general del Ejército, Artemio Palomino, al ministro de Defensa, Enrique López Albújar, y al presidente Alan García.

Era lunes 13 de junio de 1988. Las cenizas de Duchicela habían sido

---

<sup>5</sup> Esta es la documentación que compró Duchicela: Planes de operaciones Quiñones y Relámpago; Anexos del PO Quiñones; Estado de Relevó del Batallón de Infantería Blindada N° 77, 1986; Directiva Única de Funcionamiento del Sistema de Inteligencia del Ejército; Red de fonía del Destacamento de Inteligencia de la Tercera Región Militar con sede en Lima, 1987; Escalafón de oficiales y del personal auxiliar de 1986; Relación de directores de inteligencia de la FAP, Marina, Ejército y Policía; Relación de agregados militares del Ejército y de los agentes de la DINTE en el exterior; Escalafón de suboficiales; Orden general del Ejército relacionada con cambios de oficiales subalternos; Escalafón de oficiales generales del Comando Conjunto; Plan de Operaciones Chispazo I, II y III para Ecuador y Chile; Plan Operaciones Escoba para Chile; Apreciación de Contrainteligencia de la Primera Región Militar, 1986; Organigrama y Posible Red de Espionaje de Ecuador en el Teatro de Operaciones del Norte; Oficio e Informe de llegada de un buque ruso al Perú con material bélico; Parte de la Memoria Anual de la Sección Contrainteligencia del SIE, 1987; Listado de Unidades a nivel del Ejército 1986 y 1987; Orden general del Ejército de cambio de oficiales superiores; Memorias anuales de la Primera, Segunda y Quinta Región Militar, 1986; Memoria Anual de Inspectoría General del Ejército, 1987; Legajo de la Primera Reunión Tripartita Perú, Chile y Bolivia; Legajo de la Política Estratégica del Comando del Ejército; Legajo del Estado de Relevó de la Subdirección de Asuntos Estratégicos y Antárticos, 1987; 25) Memoria de la Primera Región Militar, 1987.

esparcidas el sábado anterior en los jardines del Pentagonito. Jesús Sosa estaba en la oficina del jefe del SIE2, Harry Rivera, en el primer piso del complejo. Oswaldo Hanke se apareció en la puerta. Según declaró Sosa para este libro, el coronel dijo:

—Chato, felicitaciones del comandante general. Y felicitaciones del presidente de la República. Alan García está muy satisfecho.

El general Palomino y el expresidente García se negaron a declarar sobre el caso para este libro. El general Oswaldo Hanke y el coronel Harry Rivera, en cambio, se reunieron por separado con el autor y negaron explícitamente haber participado en los hechos narrados. De acuerdo con su versión, es cierto que hubo venta de información secreta a una potencia extranjera en 1988 por parte de personal del Ejército, pero la investigación del SIE no pudo determinar qué país compraba la información. Marco Barrantes se fugó y jamás fue hallado. Cuando el autor les mencionó a Enrique Duchicela, dijeron que escuchaban ese nombre por primera vez.

## CAPÍTULO 9

# El Grupo Escorpio

El SIE quedó encantado con la eficacia mostrada por Jesús Sosa en el secuestro de Duchicela, y el agente pensó que podía sacar algún partido del éxito. Sabía que sus jefes tenían mejores posibilidades de disfrutar los réditos del operativo. Ante el comandante general, el mérito era de Rivera y Hanke. Le complacía, porque ellos habían confiado en él. Pero Sosa también quería algo para sí. Ante todo, que no le hicieran devolver tres mil dólares que recibió para montar una cubierta de fotógrafo en Cangallo, como parte del Plan Araña<sup>1</sup>. El SIE le estaba cobrando la deuda, y podía olvidarse de ella. Con esta idea fue a ver al coronel Hanke.

Resultó más fácil de lo que imaginaba. Hanke lo aprobó abriendo los brazos, como diciendo «no faltaba más». Y pasó a otro tema:

—Chato, he conversado con el general de la DINTE, y es necesario mantener a los muchachos juntos para cualquier trabajito.

Sosa entendió. No era una indicación para crear un grupo, sino para que ciertos agentes estuvieran disponibles, con su coordinación. ¿Quiénes? En principio, los del caso Duchicela: Pino, Ortiz y Sauni.

—Bueno —dijo Sosa—, usted me pasa la voz y yo los reúno.

Transcurrió el mes de junio y Hanke no lo llamó. Cuando lo hizo, a fines de julio, el coronel tenía en mente una idea más elaborada.

—Vamos a hacer un trabajo de mayor envergadura —dijo Hanke—, y conformaremos un grupo de operaciones especiales. El punto es éste: vas a necesitar un jefe. Debemos poner al frente a alguien que rinda cuentas. A un oficial.

El agente esperaba una situación así. Aunque un suboficial exhibiera maestría como agente operativo, era imposible que dirigiera un destacamento. Un oficial siempre iba a la cabeza, respondiendo por las operaciones, el dinero y el material de un grupo. Sosa creía que la mayoría

---

<sup>1</sup>El Plan Araña entregó dinero a muchos agentes para que montaran una actividad económica que les permitiera vivir con sus familias como civiles, infiltrados en las zonas de emergencia. Luego los agentes debían devolver el dinero.

de oficiales al mando de operaciones de inteligencia eran inexpertos y malversaban el dinero que las financiaba. Maldecía cuando un oficial inepto imponía su criterio. Entonces solía rebelarse y contradecirlo, a riesgo de terminar sancionado. En cambio, hacia los oficiales que consideraba dignos de respeto guardaba lealtad total. Ellos lo ayudaban cuando los otros querían castigar sus desplantes.

Hanke era uno de los oficiales que Sosa respetaba. Sabía de inteligencia, pues estuvo en el SIE desde capitán. Lograba una comunicación directa y sencilla con los subalternos, sin gritos ni poses de sabiondo. Sobre todo, no se detenía en tonterías a la hora de apoyar los operativos. En lo de Duchicela, por ejemplo, comprendió que ponerle a un oficial encima habría complicado las cosas y lo dejó actuar. Ahora quería seguir trabajando con él, pero saltaba la necesidad de un oficial a cargo. No había manera de evadirlo.

—Yo lo entiendo, mi coronel —dijo Sosa—. Un equipo así debe estar al mando de un oficial. Pero usted ya sabe cómo pienso. Prefiero que me deje afuera, porque si choco con el oficial será peor.

—Mira, voy a ser muy claro. Yo quiero que tú te quedes y que tengas un liderazgo en el grupo. Tienes experiencia y sabes hacer las cosas. ¿Por qué no buscamos un oficial que se lleve bien contigo?

Sosa no creía lo que escuchaba. Este Hanke era fenomenal.

—¿Cómo, mi coronel?

—Busca tu jefe. Yo lo apruebo. Y se acabó.

Jesús Sosa se enorgulleció de que el coronel lo reconociera como un hombre de valía en el Ejército. Por su parte, no se creía menos que muchos oficiales con los que se cruzaba en los pasillos y a los que tenía que saludar con una frase de respeto: «Mi mayor, mi comandante». Pero no era oficial, nunca sería general; sin embargo, ahora podía escoger a su jefe, alguien que dirigiera a su equipo. El elegido no sólo tendría que llevarse bien con él. Debería ser capaz en inteligencia y, sobre todo, honrado en el uso de los fondos.

Mientras hablaba con Hanke, el rostro de un capitán le daba vueltas en la cabeza: Enrique Martín, adjunto del jefe del Negociado de Subversión<sup>2</sup>. Era vehemente e idealista, y había leído bastante más que sus compañeros. Podía desafiar a los oficiales superiores, e incluso criticar el robo del dinero en los operativos. Vestía de civil y usaba el pelo largo, un par de licencias permitidas en el SIE pero chocantes en el Pentagonito. El comandante David Bravo, con quien riñó Jesús Sosa en 1985, detuvo en una ocasión a Martín en los pasillos del SIE. Sabía quién era, pero le gritó:

—¡Oiga! ¿Quién es usted?

Martín, que iba con Sosa, se cuadró militarmente.

---

<sup>2</sup> Su nombre completo es Santiago Enrique Martín Rivas. En el SIE, Sosa lo llamaba Kike, y así aparecerá en los diálogos entre ellos



—Soy el capitán de ingeniería Martin Rivas Enrique, mi comandante.

—¿Y por qué anda vestido así?

—Mi comandante, soy...

—¡Vaya a ponerse su uniforme!

—Comprendido, mi comandante. Voy a proceder a ponerme mi uniforme.

—¡Retírese!

—Voy a proceder a retirarme, mi comandante.

Martin se llevó la mano a la sien, dio media vuelta y se alejó en dirección a Sosa, que lo esperaba. Pero Bravo atacó de nuevo.

—¡Oiga!

—¿Sí, mi comandante?

—¡Córtese el pelo! ¡Y se me presenta!

Bravo no tenía razón, porque una directiva del Ejército permitía a los agentes y oficiales de inteligencia vestir como quisieran. Además, Bravo estaba en otro departamento, y Martin sólo podía recibir órdenes del comandante jefe del SIEI, o sanciones a través de él. Pero era impolítico desobedecerlo. Martin tendría que respaldarse en su jefe, creando una fricción entre superiores por algo irrelevante. Así que se puso uniforme y se engominó el pelo para presentarse con otra apariencia ante el histérico Bravo. Pero al día siguiente regresó al SIE vestido de civil y con el pelo largo.

Había llegado al SIEI en 1987, cuando Jesús Sosa estaba en Cangallo desarrollando su parte del Plan Araña. Al año siguiente, Sosa lo encontró en el Negociado de Subversión. Allí, en escritorios contiguos, se frecuentaron entre mayo y julio, pero sobre todo los dos últimos meses, después del secuestro de Duchicela. No era un tiempo suficiente para hacerse amigos aunque sí para conversar. Ambos recibían diariamente los informes de los agentes del SIE de todo el país relativos al terrorismo. Los analizaban y verificaban, y redactaban después las notas de información para la DINTE. Martin revisaba su redacción antes de entregarlas al jefe del Negociado, el mayor Carlos Rojas, quien las estudiaba y luego las llevaba al jefe del SIEI, César Chirinos. A la mesa de Chirinos llegaban también las notas del resto de negociados, y de allí partían al despacho del coronel Hanke, que por la tarde se nutría de las noticias de todos los departamentos. A su vez, Hanke llevaba el material a la DINTE, donde se iniciaba otro proceso de digestión informativa. Fue en este ambiente, repleto de normas y códigos, donde Martin y Sosa encontraron aspectos comunes. Además, ambos eran del norte, y de la misma generación. Martin, de treinta años, había nacido en Trujillo. Sosa, de veintinueve, en el departamento vecino de Lambayeque.

El capitán era un hombre pequeño y de rostro tenso. Debajo de una frente amplia, encima de la cual los cabellos iban de un lado al otro, divididos por una raya lateral, lucía una nariz de base ancha y carnosa,

contrastante con la delgada línea de los labios, un tajo horizontal que parecía obtenido a fuerza de apretar las mandíbulas. Martin hablaba masticando las palabras, arrastrándolas, y eso podía producir la absurda impresión de que estaba borracho. Pero sólo inicialmente, porque era un hombre a quien le gustaba desarrollar sus ideas, y durante su discurso uno podía corregir su primera impresión y terminar convencido de su sobriedad. En cambio, cuando estaba borracho, era mucho más difícil saberlo, pues continuaba hablando con la misma pesadez de todos los días. De cualquier modo, durante aquel otoño Jesús Sosa se hizo una idea clara de lo que pensaba el capitán. Y resultó que estaban de acuerdo en muchas cosas respecto de lo que debía realizarse en La Fábrica.

Martin pensaba que debía actuarse con mayor firmeza contra el terrorismo, a partir de un mayor conocimiento del mismo. Todavía era alarmante el desconocimiento del Ejército sobre Sendero Luminoso, y muchos informes de agentes que llegaban al SIE eran una patética demostración de esta ignorancia. La legislación en muchos casos ataba las manos a los militares, que operaban temerosos de juicios e imputaciones. Los políticos, especialmente los de izquierda, eran aliados potenciales de la subversión, y en el mejor de los casos un estorbo. En cuanto al SIE, el sistema producía comandos efímeros, jefes que al cabo de un año eran trasladados a otras funciones y que no llegaban a convertirse en especialistas. Peor aún, de otras armas se enviaban al SIE a los elementos menos destacados. Los suboficiales trabajaban distanciados de sus jefes. Martin decía, y esto era música celestial para los oídos de Sosa, que los oficiales del SIE debían compenetrarse más con el personal subalterno, sufrir las mismas privaciones durante los operativos. Además, ¿no era el momento ya de que el SIE tuviera un buen grupo de operaciones especiales?

El capitán le había confesado a Sosa que le gustaría integrar un grupo así. Y le dijo: «Chato, si te encargan una operación especial, haz que me llamen, si puedes. Me interesa».

Sosa salió de la oficina del coronel Hanke, en el segundo piso de La Fábrica, y se dirigió hacia los negociados de ese nivel, donde estaba el SIEI. En los pasillos vio a Martin caminando de espaldas, y lo llamó por su nombre. El capitán volteó.

—Prepárate —le dijo—. Ha llegado el momento.

Hanke se mostró sorprendido.

—¿El capitán Enrique Martin? ¿Y quién es Martin? Sentado en el sillón de su despacho, el coronel se encogió de hombros. No recordaba al capitán. Le pidió a Sosa presentárselo.

El agente salió y volvió con Martin. Hanke lo reconoció. Luego de las frases de saludo, le dijo que quería darle el comando de un grupo de operaciones especiales.

—La idea —añadió— es que trabajes coordinadamente con el Chato. Él

tiene experiencia y conoce a la gente.

—Sí, mi coronel —dijo Martin—. Con el suboficial trabajamos juntos. Nos entendemos<sup>3</sup>.

La conversación no fue más allá. Cuando Martin y Sosa salieron del despacho de Hanke, pudieron expresar ampliamente su satisfacción y, entusiasmados, intercambiaron ideas e hicieron una primera lista del personal que convocarían. Los nombres, aportados por Sosa, aparecieron rápidamente: Ángel Pino, Ángel Sauni, Nelson Carbajal, Hugo Coral y Fernando Lecca. Los otros dos fueron Jorge Ortiz, del SIE2, y Carlos Caballero, del SIE1. Ninguno era un comando consumado, o especialmente violento. Lo principal era que tuvieran mucha capacidad de trabajo, fueran en extremo reservados y no provocaran conflictos. Convenía conocerlos bien, y por eso Sosa sólo recomendó a los que trabajaron con él en la zona de emergencia.

A los elegidos se les citó en la cafetería del SIE. En una sencilla reunión se les dijo que integraban un grupo para trabajos especiales, y que se les convocaría ocasionalmente. En esos casos, llegaría a su departamento una papeleta de Hanke que les permitiría ausentarse durante el tiempo requerido. No se dijo más. Todos entendieron que se trataba de golpear de algún modo al terrorismo.

No hubo, pues, ceremonia de fundación del equipo, ni palabras ideológicas. Nació como si en una oficina se organizara un equipo de fútbol, e incluso los suboficiales convinieron entre sí en darse un nombre: Grupo Escorpio. Sosa, deseoso de fijar una identidad, fue al jirón Gamarra y encargó confeccionar ocho camisetas. Inicialmente las concibió con los colores verde y amarillo, que son los del escudo de inteligencia del Ejército. Pero después, como una deferencia a Martin, que era del arma de Ingeniería, cuyo color distintivo es azul, cambió de opinión. Los polos que repartió a los miembros del equipo eran azules y en la parte delantera exhibían un escorpión amarillo.

A mediados de agosto de 1988, el flamante Grupo Escorpio viajó a Tarapoto, sede del cuartel general de operaciones del Ejército en la selva peruana. Su misión era hacer un estudio de la subversión en la ciudad y sus alrededores. Desde el nacimiento del equipo, el SIE les encargó este tipo de análisis, inicialmente en Lima y después en el interior del país. En cada lugar, como destacamento de inteligencia, también hacían otros trabajos,

---

<sup>3</sup> Martin, un hombre orgulloso, difícilmente aceptaría que un suboficial tuvo que ver con su encumbramiento. De hecho, se resistió a aceptárselo a Sosa en un diálogo de borrachos que sostuvieron en 1994. Como se explicará en el capítulo 19, en esta investigación se obtuvieron grabaciones de lo que conversaron personajes de este libro aquel año, entre ellas la referida al nombramiento de Martin como jefe de un equipo de operaciones especiales en 1988. La grabación convenció al autor de que lo que se narra en este capítulo es cierto.

comisionados por el SIE O por la autoridad militar local. En Tarapoto, por ejemplo, el general Rafael Moral, jefe político militar del Frente Huallaga, les pidió escarmentar a Víctor Roca, vocal de la Corte Superior de San Martín. A su juicio, protegía terroristas. El escarmiento se produjo el día 20, en la forma de una carga de dinamita que estalló en la puerta de su casa.

El siguiente trabajo no estuvo exento de sobresaltos, y los hizo regresar a Lima precipitadamente. El general Moral quería dinamitar la casa de Lucas Cachay, el ultraizquierdista presidente del Frente de Defensa de los Intereses de San Martín<sup>4</sup>. Con este propósito, los del SIE comenzaron por hacer el reconocimiento de la vivienda. Pero en esta ciudad pequeña —no llegaba a los ochenta mil habitantes— los forasteros saltaban a la vista, y despertaron la curiosidad de la Policía local, interesada en hallar a los agresores del juez Roca. El 25 de agosto, cuando faltaban pocas horas para atentar contra Cachay, era evidente que policías vestidos de civil los seguían por todas partes.

La noche del 26 de agosto, con la carga de dinamita en una bolsa, se sentaron a comer en la pollería La Pascana, a media cuadra de la plaza de Armas, haciendo suficiente bulla para llamar la atención de los policías. A las nueve de la noche pidieron la cuenta y salieron lentamente. En la calle, antes de que sus vigilantes se percataran, Sosa tomó una motocicleta que un agente del cuartel le tenía reservada, y partió a toda velocidad, con Martín en el asiento trasero. Dos minutos más tarde estaban frente a la casa de Lucas Cachay. Martín bajó, puso varios cartuchos de dinamita con la mecha encendida en el alféizar de una ventana, y se volvió a montar en la motocicleta. Demoraron otros dos minutos en regresar a la plaza de Armas, donde el grupo que salió de la pollería la cruzaba, en camino hacia el bar El Loro Borracho. En una esquina predeterminada entregaron el vehículo a otro agente del cuartel, y se integraron a la marcha a tiempo para que ingresaran todos al bar. Al instante vieron llegar a tres policías vestidos de civil que remplazaban a los del restaurante. Esto no los preocupaba, sino la bomba: aún no estallaba.

Pero estalló. La mecha que emplearon era larga, como para seis minutos. Martín la había encendido faltando dos cuadras para llegar. Como se supo después, Cachay se dio cuenta de que había cartuchos de dinamita en su ventana, los lanzó al centro de la calle y luego intentó inútilmente apagar la mecha sumergiéndola en agua. La explosión se produjo cuando había ingresado a su vivienda por más líquido. La fachada de la casa quedó rajada, aunque no hubo víctimas. La cuadra se llenó de policías, y un par de ellos fueron hasta el bar El Loro Borracho, a interrogar a sus colegas que vigilaban a los forasteros. Para disimular, aceptaron sendos vasos de

---

<sup>4</sup> Consultado por el autor, el general Moral negó haber empleado al Grupo Escorpio para realizar atentados en la zona a su cargo.

cerveza, pero su diálogo fue percibido por Jesús Sosa mientras recibían la información.

—¿En ningún momento los perdieron de vista? —preguntaba uno.

—No, en ningún momento —respondía otro.

Al día siguiente, como el asedio policial continuara, temieron ser detenidos antes de tomar el avión a Lima. Para distraer a los policías almorzaron en un restaurante de la ciudad, sin equipaje y con la pachorra de quienes van a quedarse una eternidad por esos lares, mientras un oficial del cuartel los registraba en el aeropuerto. Tomaron un taxi con el tiempo justo para abordar el avión, y los policías llegaron sólo para verlos subir.

Transcurría el primer mes del cuarto año de gobierno de Alan García, el endiosado presidente a quien ya afectaba un proceso de desgaste. Había perdido la confianza de los empresarios después de un fallido intento de estatizar la banca, y la inflación, que subía como la espuma, devoraba el poder adquisitivo de los pobres. Aunque Sendero Luminoso perdía posiciones en Ayacucho, ganaba terreno en la selva y actuaba decididamente en la capital peruana. En este contexto, el 28 de julio, a cuatro horas del discurso del presidente por el Día de la Independencia, apareció muerto el abogado de Osmán Moróte, el senderista más importante jamás capturado<sup>5</sup>. El cadáver de Manuel Febres tenía nueve balazos y un cartel con una firma desconocida: Comando Democrático Rodrigo Franco.

¿Qué era el Comando Rodrigo Franco? ¿Quiénes lo integraban? Aunque la aparición de cadáveres abaleados no era una sorpresa en Lima, el asesinato de Febres conmocionó porque indicaba que sus autores pertenecían al aparato del Estado. Su autodenominación como Rodrigo Franco, el nombre de un alto funcionario victimado por Sendero Luminoso, miembro del gobernante Partido Aprista, sugería una vinculación al régimen. Un hecho irrefutable contribuyó a esta idea. En octubre de 1987, el militante aprista Miguel Ríos Sáenz resultó herido en el intento de dinamitar el periódico senderista *El Diario*. Posteriormente se demostró que pertenecía, con otros jóvenes, a un equipo del Ministerio del Interior.

Crimenes con la misma firma se produjeron en varias ciudades del país, acrecentando la sospecha de que había un sector asesino dentro del gobierno. Desde la muerte de Febres hasta octubre de 1989 se documentaron setenta y cinco atentados reivindicados por el Comando Rodrigo Franco, aunque la mayoría de una comisión investigadora de la Cámara de Diputados no halló pruebas de la existencia de una organización paramilitar<sup>6</sup>. El dictamen en minoría de la misma comisión sostuvo lo

<sup>5</sup> Se lo consideraba, equivocadamente, el número dos de Sendero Luminoso. La segunda en la organización era, en verdad, Elena Iparraguirre, la camarada Miriam.

<sup>6</sup> «Comisión Investigadora de los asesinatos de los diputados Heriberto Arroyo Mió y Pablo Norberto Li Ormeño, y del Grupo Terrorista que realiza actividades criminales incompatibles con la vida democrática del país y que indebidamente utiliza el nombre

contrario, y acusó al ministro del Interior, Agustín Mantilla, brazo derecho de Alan García, de ser el principal responsable. Sin embargo, pese a que Mantilla organizó a un grupo paramilitar integrado por apristas —cuya radiografía será mostrada en este libro—<sup>7</sup> muchos de los atentados que se atribuyen al Comando Rodrigo Franco no fueron cometidos por estos militantes. Los autores pertenecían al Ejército y algunos a la Policía, como se verá en el capítulo siguiente.

En Tarapoto, por ejemplo, después de que el Grupo Escorpio puso una bomba en la casa del magistrado Roca, el general Rafael Moral publicó un comunicado responsabilizando al Comando Rodrigo Franco, a sólo 22 días de la primera aparición del misterioso grupo. Durante el resto del año las cosas continuaron así. Mientras el Grupo Escorpio recogía informaciones sobre el avance de la subversión en diversas regiones, podía realizar «acciones de amedrentamiento» a pedido de los jefes político-militares o por indicación del SIE. Y en algunos casos, como en Santiago de Chuco, en La Libertad, donde amenazaron de muerte a dirigentes izquierdistas, pusieron la firma del Comando Rodrigo Franco debajo de los mensajes.

Hubo atentados sin ninguna firma, pero igual la opinión pública creyó que los paramilitares apristas estuvieron detrás de ellos. Así, el 6 de septiembre, en Tingo María, dinamitaron la casa del periodista Guillermo López Salazar, vinculado a Sendero Luminoso, y la del fiscal Zenén Ramos. En Lima, el 7 de octubre, volaron la puerta de la casa del periodista Manuel Góngora, en el distrito de Magdalena. Minutos después arrojaron dinamita al domicilio de Janet Talavera, subdirectora del senderista *El Diario*. El 11 del mismo mes, en Cañete, el objetivo fue la vivienda del médico Manuel Espinoza. La noche del 10 de noviembre, en La Molina, atacaron la casa del ingeniero Fernando Fuchs, un funcionario público izquierdista. En el informe en minoría de la Comisión Investigadora, creada por el Congreso, estas acciones se atribuyen al Comando Rodrigo Franco.

En una pared de Cañete, debajo de una amenaza contra el diputado de Izquierda Unida Renán Raffo, pusieron otra firma: Comando Manuel Santana Chiri, nombre de un prefecto aprista victimado por Sendero Luminoso. Era una etapa en la que nadie estaba en condiciones de decir quién hacía qué cosa, porque Sendero Luminoso, que no siempre reivindicaba acciones, podía atacar indistintamente contra un hacendado, un gobernador o un sindicalista de izquierda. Esto facilitaba el encubrimiento de lo que hacían el Ejército y la Policía, y en algunos crímenes de importantes dirigentes populares la duda se mantiene hasta hoy<sup>8</sup>.

---

de un mártir». Lima, Congreso de la República, 1989.

<sup>7</sup> El capítulo 10, «El Clan del Besito», está referido al Comando Rodrigo Franco.

<sup>8</sup> Entre otros dirigentes populares, Sendero Luminoso asesinó a María Elena Moyano,

Pero las actividades principales del Grupo Escorpio durante sus viajes no fueron las acciones de amedrentamiento sino los estudios de inteligencia. Aunque reclutado por el SIE, el equipo terminó trabajando para el Comando Conjunto, la instancia donde coordinan las operaciones de defensa el Ejército, la Marina y la Aviación, y la principal interesada en estos análisis. El capitán Martin iba a la avenida Arequipa, a las oficinas del almirante Jorge Zapata, jefe de la Segunda División de Inteligencia del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas (DIEMFA), y allí el coronel EP Rodolfo Lizarzaburu le entregaba el dinero. Al cabo de un viaje de estudios, Martin y su equipo escribían un informe para Zapata y entregaban una copia a la DINTE. El documento, desde luego, no reportaba los bombazos y las acciones violentas cometidas, pues, en teoría, las misiones estaban concebidas para analizar a la subversión y no para golpearla<sup>9</sup>.

Los estudios, denominados sucesivamente Cipango 1, Cipango 2, Andante 1, Andante 2 y Andante 3, se proponían, en términos generales, corroborar en el terreno los datos que tenía el SIE sobre Sendero Luminoso y el MRTA, ampliándolos y precisándolos. En Lima, querían descubrir la estructura senderista en las barriadas que rodean la ciudad como una herradura, un tejido flexible de comités que imponía paralizaciones y que podía, según los temores militares, actuar simultáneamente en un momento determinado para ejercer un cerco de terror. Otro cerco peligroso era el que se insinuaba desde las provincias vecinas de Cañete, por la costa sur; Yauyos, al suroeste; Chosica y Matucana, al este; Huaral al noreste, y Huacho, al norte. Aquí se interrumpirían las comunicaciones y se sabotearían los cultivos para desabastecer la capital, de acuerdo con las presunciones, según la peor de las cuales, durante la noche tan temida, mientras Lima estuviera enloquecida por coches bomba, incendios y asesinatos selectivos, Abimael Guzmán dispondría el envenenamiento de La Atarjea, el reservorio de agua potable de la ciudad.

Las indagaciones del Grupo Escorpio se mantenían en el ámbito militar, sin recurrir a las fuentes policiales, pese a que la Dirección Contra el Terrorismo (DIRCOTE) empezaba a hacer capturas importantes. Cuando terminaron con el departamento de Lima iniciaron los viajes a provincias, a

---

de la comunidad autogestionaria de Villa El Salvador, en 1992. Un caso dudoso es el de Saúl Cantoral, secretario general de la Federación Minera, muerto a balazos en 1989. Se dice, sin mayores precisiones, que lo asesinó «el Comando Rodrigo Franco», pero eso puede significar muchas cosas.

<sup>9</sup> En el mismo audio de la grabación del diálogo ya mencionado entre Martin y Sosa, ambos hablan —en 1994— de sus operaciones especiales del 1988. Martin dice: «Los enemigos de esto fueron Delfor y Nakandi... porque les quitamos la huevada del billete. Nos íbamos al Comando Conjunto y traíamos nuestro billete y hacíamos nuestras operaciones. Y las programábamos y nosotros las ejecutábamos. Y ellos estaban acostumbrados...». El audio forma parte del archivo de esta investigación.

zonas consideradas estratégicas. Fueron a Huancayo, en la sierra central, teatro de un enfrentamiento encarnizado entre universitarios apristas y senderistas. En la selva del Alto Huallaga recorrieron las localidades donde convivían los narcotraficantes con los militares y Sendero Luminoso. Desde Trujillo, la ciudad del capitán Martín, llegaron a la sierra del norte, que había sido zona de influencia de Osmán Moróte, y luego recorrieron el callejón de Huaylas, en el departamento vecino de Huaraz, por donde los senderistas se trasladaban de La selva a la costa y viceversa, a salvo de cualquier persecución. Después de cada viaje se encerraban en el Pentagonito y redactaban sus informes para el jefe del servicio, con fotografías y diagramas de situación.

Cuando 1988 llegó a su fin no se tenía información confiable respecto de la permanencia de Hanke en el SIE lo que podía influir en la estabilidad del equipo. Fueron semanas de incertidumbre no sólo por la inminencia de los cambios, sino porque había jefes militares que querían darles un nuevo giro a las operaciones especiales. Y lanzaban preguntas punzantes. ¿Por qué un capitán como Martín tenía tantas ínfulas y libertad de acción? Era el SIEI el mejor ámbito para un equipo de esas características? ¿Por qué no estaba a cargo de otra dirección? Las preguntas no obedecían sólo a la lógica. Muchos oficiales de entonces querían manejar ellos mismos el juguete.

Jesús Sosa no veía claro el panorama y fue a buscar al comandante Carlos Bertarelli administrador de personal de la DFNTE para que lo cambiara a Lambayeque. No había vuelto a trabajar con Bertarelli desde que fue su jefe en 1984 en Ayacucho pero quedó entre ambos una relación afable que el agente quiso aprovechar al máximo para obtener un puesto en sus lares. Allí estaría con su familia y no tendría que alquilar vivienda. Hacía rato que necesitaba una etapa de descanso en una zona sin terrorismo. Lambayeque tenía buen clima todo el año y la mejor comida del país.

—Has llegado tarde —dijo Bertarelli que ocupaba una oficina en el segundo piso del pabellón principal del Pentagonito—. Todas las plazas a Lambayeque están ocupadas.

Sacó un papel del legajo de Sosa y se lo mostró.

—Además, debes leer esto —dijo, y le pasó un memorándum firmado por el director de la DCNTE, el general Juan Campos Luque. Decía que el SIA Sosa Saavedra Jesús Antonio no debía ser comprendido en el proceso de cambios por necesidades del servicio.

La orden era desconocida para Jesús Sosa. Significaba que tenía que estar a disposición del SIE por un tiempo indeterminado. Sin embargo, atravesaba un momento de hartazgo pocas veces experimentado en su carrera. Era, probablemente, cansancio, pero se mezclaba con algunos eventos de las últimas semanas.

Dos expediciones al Alto Huallaga se habían frustrado por razones



desconocidas. El comandante César Chirinos, jefe del SIE 1, había recibido del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas el dinero para los operativos, lo había guardado luego de cambiarlo a dólares —en esos años su cotización subía todos los días— y después, según conjeturaba Jesús Sosa, no lo había devuelto. Era un monto no menor a los veinte mil dólares. Sin prueba alguna, basándose solamente en el conocimiento que tenía de cómo ocurrían las cosas en el sistema, él se figuraba lo que pudo haber pasado: del monto total, aportado por el Comando Conjunto, el oficial que allí gestionó el dinero se habría quedado con diez por ciento. El resto, en manos del SE, se habría repartido entre varios, mínimo Chirinos y Martín, suponía Sosa (él acompañó a Martín a traer el dinero en un maletín negro, vio cómo se encerraba con Chirinos en una oficina, sabía que lo habían guardado en una caja fuerte). Tal vez Hanke desconociera cuánto llegó. Quizá no. Pero pasaron los días y los operativos se postergaban. Una vez, dos veces, tres veces, hasta que se dio la noticia: cancelados. Los malos pensamientos de Sosa llegaban al extremo de suponer que los informes del Grupo Escorpio podían haber servido, bien aderezados, para documentar el gasto de operativos que no se hicieron.

Naturalmente, las convicciones y sospechas de Sosa nacían de su propia experiencia. Para que saliera aprobado su proyecto en el Plan Araña tuvo que dejar cuarenta por ciento del dinero a su jefe, y Sosa estaba seguro de que lo mismo le había ocurrido a la mayoría de agentes participantes. Suponía también que, de acuerdo con Martín, Lizarzaburu se quedaba con parte del dinero de los operativos del Grupo Escorpio, aunque en este caso justificaba plenamente a Martín, puesto que de otro modo quizá se hubiera dificultado el apoyo del Comando Conjunto. Estas presunciones no tienen ninguna base probatoria —Chirinos está muerto y no puede responder—, y se repiten aquí con el objeto de mostrar en qué forma razonaba un agente como Sosa. No creía en el Ejército como fuente de valores, y reconocía pocos ejemplos de honestidad en el uso de los fondos operativos. Al final presumió que, como no había virtud, la piratería debía beneficiar a todos. Lo influyó sobremanera uno de sus primeros trabajos como miembro del cuerpo de seguridad del comandante general del Ejército, Rafael Hoyos Rubio, en 1981. Nunca vio después un general más honrado, una pulcritud más rotunda en el manejo de los bienes del Estado. Hoyos, que rechazaba los regalos personales, llegaba al extremo de impedir el ingreso a su casa de botellas de whisky que ya no podían ser devueltas, cuando nadie sería testigo de la virtud. En esas ocasiones las botellas eran dadas al personal de vigilancia, y los primeros escoceses que se tomó Jesús Sosa en Lima fueron presentes que nunca llegaron a la garganta del general. Por entonces el agente creía que la probidad era común entre los altos oficiales. Pero se convenció de que Hoyos sobrepasaba a todos cuando, en Navidad, apareció su hijo Rafael en la puerta de la casa. Era mayor de la Primera Región con sede en Piura. Luego de saludarlo, el general le preguntó cómo había

logrado exceptuarse de la disposición que obligaba al personal militar a permanecer en sus guarniciones durante la Navidad y Año Nuevo.

—Obtuve un permiso especial —contestó el recién llegado.

—Gracias, hijo, por venir. ¿Quién es tu comandante?

—Tú lo conoces, papá, es muy buena gente —dijo el mayor. Y mencionó el nombre solicitado.

—Ahora escúchame: vas a tomar el primer avión de regreso a Piura.

Al día siguiente, el general impuso ocho días de castigo al jefe que dio un trato privilegiado a su hijo. Hoyos era así, incapaz de usar un auto del Ejército como familiar. Tenía una enorme ascendencia entre los oficiales, pese a su severidad, pues no era raro que diera de baja a un general que no tuviera a punto el material de guerra a su cargo, o a un comandante que alimentara mal a su tropa. Pero sólo estuvo cinco meses como comandante general. Murió en junio de 1981, al estallar en el aire el helicóptero militar en el que hacía un viaje de inspección.

Fue en el mismo trabajo de seguridad, protegiendo a otros altos oficiales, donde Jesús Sosa se dio cuenta de que Hoyos Rubio era una excepción. Más adelante, cuando estuvo en Ayacucho y supo que parte del ingreso de los oficiales provenía de los presupuestos de operaciones, llegó a considerar un hecho natural estas corruptelas, y después también coonestó las que ellos cometían en el nivel de suboficiales. Sus colegas, casi sin excepción, enviaban toda su mensualidad a sus familias. El dinero para sus gastos personales dependía de que hubiera misiones, y entonces podía haber viáticos y atracos operativos. En Ayacucho era común apropiarse de los bienes de los detenidos o eliminados, pero aun esta práctica tenía sus buenos y malos. El lado de Jesús Sosa era el de la repartición equitativa de los bienes, lo que no impedía privilegios naturales. Una vez, en el Alto Huallaga, cuando habían terminado de registrar a un grupo de narcotraficantes, se quedó a solas con uno de ellos, que había mostrado los bolsillos vacíos. Lo chequeó nuevamente y descubrió un saquillo secreto con quinientos dólares. Los tomó, y después comunicó a sus compañeros el hallazgo, anunciando que retendría doscientos dólares y que el resto se dividiría en partes iguales. En el grupo, alguien protestó. Era Sauni.

—No seas pendejo, pues. Tienes que dividirlo todo.

Jesús Sosa, que era el jefe de grupo en la misión, contestó rudamente a Sauni y el resto lo apoyó. Con los doscientos dólares que retenía, explicó, les daría de comer hasta el término de la operación. Así se hizo, y la decisión aumentó el ascendiente que tenía Sosa sobre su gente. Él siempre estaba dispuesto a sacar la cara por ellos, incluso en el reparto de beneficios, se pensaba. Podía haberse guardado el dinero y nadie se habría enterado.

Por eso en 1988, el agente pensaba que de haber existido una utilidad en los operativos abortados al Alto Huallaga a él también debería haberle

correspondido una parte. Sin embargo, no tenía la certeza de ello, y su mal humor aún no se convertía en plena desconfianza al capitán Martín, quien, durante los primeros seis meses de funcionamiento del Grupo Escorpio, había demostrado una gran habilidad en favor de las relaciones públicas del equipo. En el Comando Conjunto, a donde habían llegado sus informes de situación, ya existían oficiales de la Marina y del Ejército interesados en apoyarlos. Pero en el Ejército desarrollaron intereses contradictorios, pues el ejecutivo del SIE, el comandante Rafael Alcandré, deseaba manejar un destacamento especial, y otro tanto se proponía el propio Bertarelli, jefe administrativo de la DINTE. Ambos habían hablado con Jesús Sosa, cada uno queriendo seducirlo, un hecho que lejos de ser un halago preocupaba sobremanera al agente. Según como terminaran las cosas, y sobre todo si Hanke era cambiado, podía acabar peleado con Bertarelli, con Alcandré y con Martín. Una razón adicional para irse a Lambayeque.

Pero ahora Bertarelli salía con que el general DINTE había dispuesto que no se lo cambiara.

—Olvídate de esa cojudez —le dijo Sosa, quien desde los tiempos de Ayacucho tuteaba al comandante—. Proponme en el cuadro de cambios, y si el general lo aprueba, se acabó. Si no hay sitio en Lambayeque, dame cualquiera en el norte.

—Mira, lo voy a hacer. Hay una plaza en Sullana. ¿La deseas?

—Ya, no importa. Está cerca de Motupe.

—Pero entiende bien esto: es muy probable que de aquí te pidan en cualquier momento. Y si eso ocurre, tendrás que venirte de inmediato. Yo no me haría muchas ilusiones de acabar el año en Sullana.

En los cambios de diciembre, Sosa fue trasladado a la División de Caballería de Sullana, adscrito al G2. Se presentó a trabajar el primer día de febrero de 1989. Como había dicho el comandante, la orden de regreso no tardó mucho. A fines de marzo lo llamó Bertarelli.

—Hola, Chato. ¿Cómo te va en Sullana?

—Hasta las huevas. Hace un calor de mierda, los mosquitos son una mierda y no hay ni mierda qué hacer. Además, no encuentro casa, y estoy arrimado con mi familia en el casino del Ejército.

—Ven cuanto antes. Voy a armar un grupo y te necesitamos.

Bertarelli pretendía, efectivamente, dirigir un equipo sucedáneo del de Martín, que no logró el respaldo suficiente en el alto mando del Ejército. Al atraer a Sosa, reclutaba al principal cuadro operativo y debilitaba las posibilidades futuras de Escorpio. El comandante también había bautizado su creación. Se llamaría Grupo Dardo, y sus integrantes realizarían, antes de debutar, un curso de operaciones especiales en la Escuela de Comandos del Ejército. Cuando Sosa llegó de Sullana, se integró de inmediato al entrenamiento<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> El coronel Bertarelli no pudo ser consultado sobre los episodios en los que es aludido

En el equipo había una veintena de suboficiales del SIE, todos menores que Sosa y sin experiencia. «Con éstos no voy ni a la esquina», se dijo el agente. El adiestramiento comenzó con ejercicios físicos en el Pentagonito. Luego pasaron a la Escuela de Comandos, en Chorrillos, donde el curso se dividió en entrenamiento físico, tiro instintivo-selectivo y manejo de explosivos. A las dos semanas, sin embargo, Sosa recibió otra llamada sorpresiva de Bertarelli. Había llegado un memorándum para que se presentara al SIE.

¿Qué había ocurrido? Que el capitán Martin lo convocaba, a través de la DINTE, para otro operativo.

Martin había avanzado más rápido que Bertarelli, y resucitó su liderazgo en las operaciones especiales mediante una operación organizada por el Comando Conjunto. El motivo lo dio el feroz ataque senderista del 27 de marzo de 1989 a la comisaría de Uchiza, la capital del narcotráfico en el Alto Huallaga. La localidad fue tomada varias horas por trescientos senderistas que mataron a diez policías y dejaron heridos a catorce. Los guardias pelearon hasta el límite de sus fuerzas. No llegó ayuda por tierra, porque no había suficientes policías cerca, ni por aire, porque el Ejército adujo que sus helicópteros de Tingo María no podían operar de noche. El ministro del Interior, Armando Villanueva, logró hablar por radio con el mayor Carlos Farfán, jefe de los que resistían, y le dio ánimos mientras le anunciaba los refuerzos que no llegarían. El policía se reanimó pero después, mientras sus hombres caían, se dio cuenta de que morirían solos, pese a lo cual el ministro insistía en apoyarlo moralmente.

—¡Ya tengo cuatro muertos, ministro! ¡No! ¡No! ¡Me dicen que son seis! ¡Que se apuren! ¡Que se apuren!

—... Ustedes están preparados para acabar con ellos. ¡Resistan un poco más, muchachos! El Ejército está por llegar. Ellos...

El capitán Walter Moscoso lo interrumpió y gritó:

—¡Calla, concha de tu madre! ¡Pides calma porque no estás aquí!<sup>11</sup>.

El diálogo con el puesto de Uchiza se reanudó dos veces más, tenso y agresivo, pero ya no habló Villanueva. A las 8:15 de la noche los policías escucharon a una voz decir que tres helicópteros volaban con refuerzos. Una hora después llamó Farfán, exigiendo los refuerzos, y encontró silencio en el otro lado. Insistió, entre sollozos:

—¡Por favor, la ayuda! ¡Yo tengo hijos! ¡Carajo, respondan! ¡No tenemos municiones! ¡Nos atacan con morteros, granadas! ¿Dónde mierda está el Ejército? ¡Putá madre, vengán a ayudarnos!

Farfán y Moscoso fueron asesinados por Sendero Luminoso en la plaza

---

en este capítulo, pues, como se indicó anteriormente, se negó a ser entrevistado para este libro.

<sup>11</sup> La comunicación fue reproducida por el periodista Ángel Páez. Revista *Sí*, N° 110, 3 de abril de 1989.

de Uchiza, después de rendirse.

Estos hechos conmovieron al país. El 13 de abril, el gobierno encargó al Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas el control de toda la zona, dos departamentos en la selva —Huánuco y San Martín— con un millón de personas. Las cosas tenían que cambiar.

Y cambiaron. En los primeros cien días del general EP Alberto Arciniega, nombrado jefe político-militar, hubo trescientos veinte ataques por aire y tierra contra focos senderistas<sup>12</sup>. En el Alto Huallaga, donde el Ministerio del Interior calculaba que había unos mil subversivos, murieron doscientos nueve en el mes de julio, de acuerdo con la revista *Caretas*, y setecientos entre julio y agosto, según el propio Arciniega. Es imposible saber cuántos eran militantes o inocentes entre las víctimas de los enfrentamientos y desapariciones reportadas, o entre los muertos que aparecían en el río Huallaga.

Pero cuando Martín convocó a Jesús Sosa faltaba mucho para esto. Era mediado de abril, y Arciniega recién había recibido el mando del Frente Huallaga. Los del SIE realizarían un operativo patrocinado por el Comando Conjunto en Uchiza, la ciudad aterrorizada por Sendero Luminoso. Martín le dijo a Sosa que actuarían asociados con la Policía.

Los convocados, aparte de Sosa, eran Carbajal, Coral, Lecca, Sauni y Ortiz, del inicial Grupo Escorpio, y Antonio Pretell y Javier Alarcón, dos nuevos agentes. En total, nueve del SIE. A ellos se sumaría, con veinte hombres, el coronel de la Policía antiterrorista Víctor Cueto. Todos se encontraron en el Grupo Aéreo 8, un aeropuerto militar de Lima, de donde un Antonov los llevó a Tingo María. Allí los esperaba un helicóptero para trasladarlos a Uchiza. Antes de subir, se tomaron una foto que aparece en este libro: al centro, el pequeño capitán Martín, con su HK con silenciador dirigida hacia delante.

La misión era eliminar a los senderistas enquistados en la población que participaron en el ataque al puesto policial de Uchiza. Pero, cuando aterrizaron allí, había mucha gente reunida frente al cuartel, avisada y recelosa de su llegada, y no pudieron hacer un rastillaje sorpresivo. Tuvieron que volver a Tingo María, donde pasaron varias jornadas sin hacer nada, jugando fútbol y tomando cerveza, a la espera de indicaciones. Cuando regresaron a Lima, tras haber pasado unos diez días en la zona, sólo habían realizado dos actividades dignas de mención: el acompañamiento de una incursión en el pueblo de Paraíso, donde el general Arciniega se presentó ante la población, y la ejecución del

---

<sup>12</sup> Junto con la ofensiva militar, Arciniega se acercó a la población y a los campesinos, buena parte de los cuales sembraba coca. La Policía había suspendido la destrucción de sembríos ilegales a comienzos de año, y daba la impresión de que se fortalecería el narcotráfico. Pero Sendero Luminoso, acosado por el Ejército, tuvo que debilitar la protección que ofrecía a *las firmas*, y esto permitió una contraofensiva posterior contra los narcos por parte de la Policía y la DEA.

periodista conocido como Shallauita. De ambas, indudablemente el asesinato de Shallauita merece mayores detalles.

Fue el 20 de abril. Por la tarde, Jesús Sosa recibió la indicación de Martín de reconocer la vivienda de un individuo que habría que intervenir a pedido del jefe político-militar. El agente fue hasta la casa, en el barrio de Castillo Grande, una pequeña construcción de paredes de adobe y techo de calamina. Luego recabó más datos de su propietario. Sabía que era periodista, que no ocultaba sus simpatías por Sendero Luminoso y que la gente lo conocía más por su apodo, Shallauita, que por su verdadero nombre: Guillermo López Salazar.

López hacía periodismo informativo y a la vez editorializaba con agudo fervor senderista. La prueba la transmitía todos los días, de siete a ocho de la mañana, cuando conducía el programa *Huicapeando con Huicapa* de la radio Tingo María. Sus feroces ataques contra las fuerzas de seguridad y su encendido elogio de las acciones subversivas lo convirtieron en uno de los hombres más temerarios del Alto Huallaga, donde cualquiera de los actores armados podía matar a alguien por «quítame estas pajas». Le gustaba que lo llamaran Shallauita, el nombre de la tribu aborígen de sus ancestros, y también quiso que su programa transmitiera una idea agresiva desde las raíces primitivas de la selva. Huicapa es una honda aborígen y él huicapeaba, pues, diariamente, «a los policías genocidas que ya tendrían su escarmiento cuando el pueblo tomara el poder».

Por entonces la apología del terrorismo no era un delito, de modo que Shallauita incitaba al crimen político desde la legalidad. No era combatiente ni partícipe de atentados. Vivía de su trabajo, que era el periodismo radial, y un par de veces guardó ciertas formas para pasar proclamas senderistas: dijo que había sido obligado por la fuerza. De hecho, en una ocasión la Policía lo encontró atado en la cabina.

La tarde del 20 de abril, cuando Jesús Sosa regresó al cuartel después de reconocer la vivienda del periodista, Martín le confirmó que actuarían por la noche, que emplearían dos vehículos del cuartel, y que algunos policías brindarían seguridad y contención. A eso de las once, cuando el equipo estaba listo para la acción, Sosa fue a buscar a Martín, quien participaba de una reunión social en la oficina del general. Apareció Martín, y detrás de él Arciniega. De acuerdo con un testigo:

—Chato —le dijo Arciniega a Martín—: o lo traes o lo dejas.

En declaraciones para este libro, Arciniega, actualmente en el retiro, negó haber dado esta indicación. El general dijo que es cierta la información de que un equipo mixto de policías y militares apareció en la Zona de Emergencia para labores de inteligencia durante los días en que asumió su comando, pero que actuó con indicaciones de Lima. «Yo no lo pedí, me lo enviaron, y no sé lo que hicieron ni di ninguna orden operativa. No era su jefe, no eran mis hombres. Supe después que uno de ellos se apellidaba Martín y otro Cueto. Como usted sabe, las operaciones de

inteligencia tienen su propio canal».

La acción se produjo la noche del 20. Un disparo de HK con silenciador destruyó la bombilla del poste de luz eléctrica que iluminaba la casa de Shallauita. El grupo de asalto eran los nueve hombres del SIE. Un cordón de policías rodeaba la casa. *Chiquito* Pretell abrió la puerta de una patada y luego entró, junto con Sosa, Sauni y Martin. El periodista dormía en la única habitación que había, con su mujer y su hijo de siete años. Shallauita fue llevado a la sala, sentado en un sillón y cubierto con una sábana. Pretell lo sujetaba. Sosa le preguntó a Martin lo que había que hacer. Era una pregunta mímica: levantó la cabeza, inquiriendo, al mismo tiempo que se pasó un dedo por el cuello. «Ya», indicó Martin. Y entonces Sosa apartó un poco a Pretell y disparó a la cabeza cubierta del hombre sentado. Todo esto, incluido el arreo a Sauni, que buscaba dinero en el dormitorio, no duró más de cinco minutos.

La muerte de Shallauita no cayó de sorpresa en el edificio de la avenida Córpac donde funciona el Ministerio del Interior. Estaba en las previsiones del viceministro Agustín Mantilla, un ropero de ciento cincuenta kilos, el hombre más cercano y más fiel al presidente Alan García, de quien había sido secretario privado antes de que asumiera la primera magistratura. Un informe con los detalles del asesinato fue rendido verbalmente al encargado de la Dirección de Inteligencia del Ministerio del Interior (DIGIMIN), el general de la Policía Edgar Luque Freiré. Al mismo tiempo, en el número 1511 de la avenida Dos de Mayo, en San Isidro, en la casa que había servido de cuartel de la campaña electoral de Alan García, el coordinador de los paramilitares del gobierno, Miguel Ríos, tachó el nombre de López Salazar en su lista de enemigos de la democracia.

¿Quién tomó la decisión de matar a Shallauita? ¿Fue el jefe del comando político-militar? ¿Fue un pedido del Ministerio del Interior a las Fuerzas Armadas? ¿Por qué había policías en el operativo militar y por qué Luque y el *Chito* Ríos recibían informes de los acontecimientos? ¿Existía realmente el Comando Rodrigo Franco?



Primera foto pública del superviviente Efrén Ticona Condori. Lleva en brazos a su segundo hijo.



Certificado de defunción de Efrén, expedido por la municipalidad de San Juan de Lurigancho.



Victor Vidal, jefe senderista en Lurigancho durante la matanza.



1986. Alan García y sus ministros en los exteriores del pabellón industrial. Detrás, el boquete. Por allí salieron los senderistas para luego ser eliminados uno por uno.

© El Comercio



Javier Guevara, el camarada Alejandro, líder de El Frontón.





El miembro de la Fuerza Aérea Ecuatoriana, Enrique Duchicela, en una foto proporcionada por su familia en Quito. Fue raptado y asesinado por el SIE en el Cuartel General del Ejército.



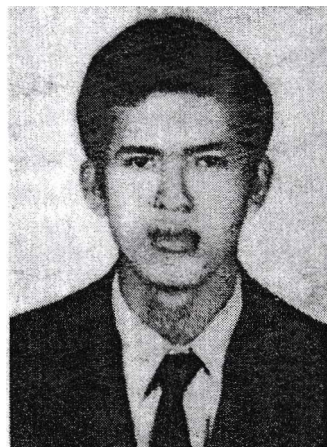
En el otoño de 1988 Duchicela con su esposa Martha Escobar, en una de las fiestas de despedida que le hicieron en Lima ante la inminencia de su regreso. Toda la red de espionaje que montó fue identificada por el Ejército.



Oswaldo Hanke, jefe del SIE en 1988.



El entonces comandante general Artemio Palomino. No quiso declarar.



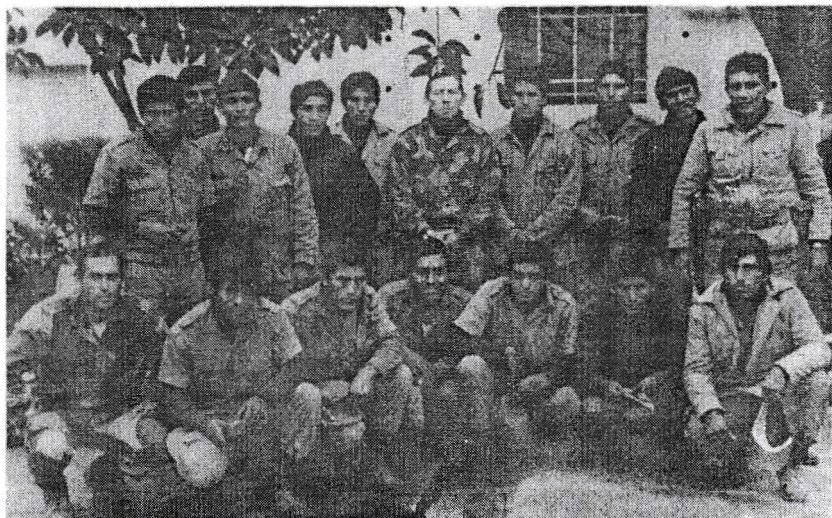
El teniente de reserva Marco Barrantes, también asesinado y cremado en el Pentagonito. En el expediente judicial figura como no habido.



Foto inédita del **Grupo Escorpio** en Tingo María, en abril de 1989, donde participaron en un operativo mixto cuyo principal resultado fue el asesinato del periodista Guillermo López Salazar, conocido como Shallauita. Al centro, uniformado, el coronel de la Policía Víctor Cueto. A su lado, Enrique Martín con lentes oscuros. En el otro extremo, Chiquito Pretell. En cuclillas, Sosa es el primero de la izquierda.



Martín, Sosa, y entre ellos el chofer Kiko Vera, en el descanso de un viaje al centro del país.



1989. Militares que nunca llegaron a convertirse en el Grupo Dardo, como quería Bertarelli. Fueron entrenados en operaciones de inteligencia. Sosa es el primero de la izquierda.



Los jefes de equipo Julio Chuqui y Pedro Supo (con corbata). Ambos están detenidos.



El periodista Guillermo López, con una cerveza y un amigo, durante una celebración en Tingo María. Fue asesinado en su casa, mientras

## CAPÍTULO 10

# El Clan del Besito

Desde el asesinato de Manuel Febres, en julio de 1988, desconocidos cometieron más de cien atentados contra izquierdistas de oposición y presuntos subversivos. La Policía no cazó ni señaló a nadie, lo que reforzó la creencia de que los perpetraba el mismo grupo que se atribuyó la muerte del abogado senderista, el Comando Rodrigo Franco (CRF). Su jefe parecía ser Miguel Ríos Sáenz, o Chito, el militante aprista que en 1987 casi muere poniendo una bomba en el periódico senderista *El Diario*. Resultó que Ríos efectivamente era cabecilla de un grupo de paramilitares vinculados a la Policía. Pero, como hemos visto, buena parte de las acciones atribuidas al CFR fueron cometidas por el Ejército y, algunas, por el Grupo Escorpio, del capitán Martín. ¿A qué se dedicaban, entonces, los grupos armados apristas? Es una de las preguntas a las que se responde en este capítulo, que se nutre de varios años de conversaciones del autor —grabadas la mayor parte— con miembros del grupo paramilitar que supervisaba Agustín Mantilla en el Ministerio del Interior.

Mantilla era uno de los hombres de mayor confianza del presidente. ¿Desde esa posición mandó matar a Febres? Y por último: ¿Miguel Ríos participó en el asesinato?

En 1978, cuando el *Chito* Ríos tenía veinte años y estudiaba economía en la Universidad Garcilaso de la Vega, se hizo militante de la Juventud Aprista. Había nacido en Ferreñafe, una provincia del departamento de Lambayeque donde eran del APRA su madre y sus antepasados, aunque nunca se acercó al partido mientras vivió con ellos. En Lima encontró en la universidad a amigos apristas con los que había estudiado en Chiclayo, y como eran su grupo natural empezó a acompañarlos, a ayudarlos, y después ingresó a la organización. Pero militar en Garcilaso de la Vega no era zambullirse en un debate de ideas, sino pelear violentamente contra los comunistas de Patria Roja, y él aprendió primero a defenderse y a atacar. El partido sabía de eso porque tenía un aparato armado que intervenía en las

revueltas sociales y protección al jefe y fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre, con una Guardia Dorada dirigida por un rudo legendario, Jorge Idiáquez. La integraban los *búfalos*, por igual militantes y matones, a la vez defensores y asaltantes de sindicatos a punta de bala y cachiporra<sup>1</sup>. Aquel año ellos impidieron que Patria Roja ganara las elecciones estudiantiles de Garcilaso de la Vega. Unos doscientos brigadistas, la crema y nata de la bufalería de Lima —estuvieron los de Idiáquez, los del Callao, los de la Universidad Villarreal—, quemaron las ánforas en un operativo con bombas, disparos y aporreamiento de los maoístas. Así organizaron su propia federación, que luego sería la preponderante.

En la universidad el principal aprista era Jorge Velarde, y con su liderazgo se consolidó la hegemonía estudiantil del partido entre 1980 y 1983, durante el primer trallo del gobierno de Belaúnde. El Chito Ríos se zambulló en el movimiento y protagonizó sus peleas, siempre al lado de sus amigos de Chiclayo. También militó en el Comando Universitario Aprista (CUA), que dirigía la lucha estudiantil a escala nacional, y donde los garcilasinos eran respetados —Velarde llegó a ser secretario nacional del CUA— porque controlaban su territorio. No era raro que les solicitaran apoyo para capturar, o recuperar, alguna base disputada con los comunistas. Ríos, como los demás, cargaba sus fierros y pirulos de un lado a otro, e incluso viajó a provincias y participó en un pleito a balazos con los maoístas del Frente Estudiantil Revolucionario en el Cusco, en plena plaza de Armas. En 1984, cuando Velarde lo presentó como una joven promesa a Agustín Mantilla, ya había *apoyado* muchas elecciones universitarias en el país y estaba a punto de graduarse. Tenía una profesión, una ideología y, sobre todo, un grupo social propio y poderoso que lo quería y velaría por él.

Hasta entonces, no parecía mejor que el resto de los brigadistas. Visto de cerca, era un flacucho que no asustaba a nadie. Tampoco exhibía dotes de líder, pues era reservado, tartamudeaba y prefería actuar sin sobresalir. En cambio poseía perspicacia, coraje y lealtad. «Tiene la mente de un *búfalo* en el cuerpo de un mosquito», dijo de él, en una ocasión, Agustín Mantilla. No parecía un matón, y eso era lo que deseaba Mantilla, quien ya se desempeñaba como secretario privado de Alan García, el joven candidato presidencial del APRA en las elecciones de 1985. Mantilla, un gran *búfalo* emergente, quería un grupo distinto de guardaespaldas para la nueva figura del partido. La gente de Idiáquez estaba desprestigiada y parecía una banda de rufianes. Pensó, por ello, en un equipo que tuviera experiencia en enfrentamientos pero a la vez formación universitaria.

---

<sup>1</sup> El término *búfalo* es usado por adversarios del APRA para designar a un aprista. Políticamente, es sinónimo de matón. Era el apelativo de Manuel Barreto, muerto en Trujillo en el asalto al cuartel O'Donovan durante la revolución aprista de 1932. Fuerte y vigoroso, el *Búfalo* Barreto era un líder de armas tomar, y murió en su ley.

Velarde le recomendó al *Chito* Ríos: «Un brigadista valiente, arrojado».

Cuando lo supo, el *Chito* aceptó la idea con entusiasmo. Cómo no. Concibió una brigada con sus amigos garcilasinos y con él a la cabeza.

### Caso Febres 1

Extractos de una entrevista entre el autor y un miembro del equipo paramilitar que el viceministro Agustín Mantilla organizó durante el gobierno aprista. En adelante será denominado «Testigo 1». La conversación tuvo lugar en diciembre del 2000.

RICARDO UCEDA: En 1989, en una entrevista titulada «Habla un desertor del Comando Rodrigo Franco», un personaje anónimo dijo a la revista *Oiga* que el abogado Manuel Febres fue asesinado por el policía Jorge Huamán. En conversaciones anteriores, usted me ha dicho que Huamán trabajaba en el grupo paramilitar con ustedes. Es más, que los entrenó. Siendo un policía en actividad, era, pues, un protegido de Mantilla. Pero ¿mató a Febres?

T. 1: No, Huamán no fue. Lauri mató a Febres.

R.U.: ¿Quién es Lauri?

T. 1: Walter Lauri, el jefe de un grupo informal de policías del general Fernando Reyes Roca, director de la DIRCOTE<sup>2</sup>. Se llamaban Los Gansos Salvajes, y hacían trabajos sucios para Reyes Roca. Por entonces Lauri era capitán, un tipo muy avezado. Ellos crearon el mito de un comando. Cuando mataron a Febres pusieron un cartel que decía «Comando Democrático Rodrigo Franco» en el cadáver.

R.U.: ¿Y ellos, oficialmente, tenían algún nombre?

T. 1: No. Simplemente trabajaban en la DIRCOTE. ESO era todo. No había Comando Rodrigo Franco.

R.U.: ¿Por qué asegura que Lauri mató a Febres?

T. 1: Porque lo sabíamos. El día en que iban a levantar a Febres me llamaron a mí, pero yo no estaba.

R.U.: ¿El testigo de *Oiga* mintió?

T. 1: Ese supuesto testigo era Miguel Exebio. Él no supo lo que ocurrió con Febres. Trabajó con nosotros pero no era de la cúpula. Algunos supimos cómo fue planificado aquello. Mantilla lo ordenó y Reyes Roca lo ejecutó a través de Lauri. Yo no puedo mencionar más que esos nombres. Si identifico a los testigos, al día siguiente un fiscal los acusa y los meto en problemas.

Puesto a escoger a los universitarios que cuidarían de Alan García en la

---

<sup>2</sup> Dirección Contra el Terrorismo, usualmente denominada por su sigla.

campana electoral, Miguel Ríos pensó, ante todo, en cuatro compañeros suyos de la Universidad Garcilaso: Gino Fiori y Luis Auon, del programa de sociología; Manuel Alzamora, de administración, y Miguel Pincilotti, de economía. A éstos se sumaron Ómar Lacunza, un militante del Rimac recomendado por Mantilla; Carlos del Pozo, de la Universidad Técnica del Callao, y dos apristas procedentes de la brigada de Idiáquez: Milton Vidal Silva, de San Marcos, y Carlos Oliva, que estudiaba administración en Garcilaso. Aunque estos últimos procedían del grupo rival de la bufalería, encuadraban en el perfil que Mantilla quería para los guardaespaldas de Alan García: universitarios rudos, mancebos valientes que se hubieran fajado en las peleas estudiantiles.

Cuando comenzó la campana electoral, que tuvo su pico más alto en los primeros meses de 1985, Ríos estrenó exitosamente su equipo de figuras jóvenes. No hubo violencia contra el candidato, y el único problema serio para el grupo fue un enfrentamiento a balazos con los *bifalos* de Idiáquez en la parte posterior del local de Alfonso Ugarte<sup>3</sup>. En abril, cuando el APRA triunfó y todos celebraron felices, al *Chito* Ríos le preocupó la posibilidad de que lo mantuvieran en el trabajo de proteger gobernantes. No le gustaba la función y, además, él mismo no pintaba para guardaespaldas de García: su talla era de 1,68 metros. ¿Cómo iba a cubrir al presidente, que media 1,92?

Mantilla tampoco lo veía en ese papel. Por eso, en 1984, Ríos no figuró entre los elegidos para entrenarse como guardaespaldas en Corea del Sur, hacia donde fueron enviados cuatro del grupo: Pincilotti, Lacunza, Del Pozo y Fiori. Las previsiones de Mantilla se dirigían a especializarlo en acciones encubiertas, algo cien veces mejor que corretear detrás del líder. En 1986 lo incluyó en un curso básico de operaciones de inteligencia impartido en Lima por los instructores de la Cía George Ball y Robert Brown. Y en 1988, cuando ya era un discutido paramilitar, siguió un curso de análisis de inteligencia en el Ministerio del Interior. Esta ruta estaba en función de los planes que tejió Mantilla en 1985, luego de la victoria electoral de García.

Las definiciones comenzaron antes de que el APRA asumiera el gobierno, cuando Mantilla confirmó que sería viceministro del Interior dentro de pocas semanas. Reunió a los brigadistas que habían protegido al candidato y les dijo: «Al presidente lo va a cuidar ahora la Policía, pero ustedes podrían ir a trabajar a Palacio o a otro sitio, o podrían venirse conmigo. ¿Quién quiere acompañarme?».

Todos pidieron irse con él. Era su líder, y se comportaba paternal, cordialmente con ellos. Mantilla se llevó al Ministerio del Interior, como miembros de su brigada personal, a Fiori, Auon, Pincilotti, Del Pozo. Oliva

---

<sup>3</sup> De acuerdo con diversas fuentes, en ese enfrentamiento murió un militante de la bufalería de Idiáquez. Su muerte nunca fue reportada a la Policía.

y Lacunza<sup>4</sup>. Al Chito no lo llamó. Fiel a su idea original, quería adentrarlo en tareas de inteligencia.

Miguel Ríos conoció sus funciones cuando Mantilla ya estaba instalado en el Ministerio del Interior. Recolectaría conocimientos sobre los terroristas a partir de fuentes jamás consultadas: los contactos del partido en las poblaciones. El APRA era la única organización política que podía beber información de inteligencia de sus propias venas, pues tenía relaciones y allegados hasta en el último rincón del país. El Ejército, con su estructura nacional, sembraba agentes en la ciudadanía, pero su número era mucho menor y no cubría las provincias alejadas. Se decidió que Ríos viajaría a las provincias con una credencial del Ministerio del Interior y otra del APRA según se tratara de presentarse ante una autoridad o un correligionario. Estudiaría a Sendero Luminoso en el propio terreno rural donde actuaba, haría una red de informantes, confeccionaría una relación de sospechosos y de militantes probados. Esta lista sería entregada a la Policía, la cual tenía que hacer su parte: desaparecerlos del mapa.

Su primer objetivo sería Yanahuanca, capital de la provincia Daniel Camón, en el departamento de Cerro de Pasco. Allí el Comité Regional del Centro de Sendero Luminoso se fortalecía en las alturas, ante la impotencia de la Policía. Durante quince días recogió información en las poblaciones vecinas con la ayuda de las autoridades apristas y de lugareños amigos, y haciendo él mismo, a pie, el recorrido de las columnas senderistas. De vuelta en Lima, escribió un informe de situación para Mantilla. Era la primera vez que hacía un análisis sobre la actividad subversiva, en un vuelco excitante de sus actividades.

Cuando Mantilla lo envió a Puno, su segunda misión, aprovechó de nuevo la estructura partidaria para estudiar el fenómeno subversivo. Su cobertura fue la de asistente del ingeniero Baltasar de los Santos, jefe de la microrregión de Azángaro. Sendero Luminoso estaba eliminando toda la presencia del Estado en la zona: obras públicas, profesores, funcionarios de salud y de transportes. En esta ocasión su objetivo específico era descubrir a un grupo nuevo que ponía bombas contra sedes de la izquierda de Puno. Resultó que los atacantes no eran los terroristas conocidos sino los mismísimos apristas locales: Percy Neira, Edgar Gaona y otros cuatro locos. Reportó el descubrimiento a Mantilla y volvió a Lima.

Retornaría a Yanahuanca a comienzos de 1986, cuando Sendero Luminoso voló tres puentes sobre el río Chaupihuaranga, una vía estratégica por la que sus columnas llegaban a Huancayo, a Huánuco, Ambo

---

<sup>4</sup>Ómar Lacunza abandonaría el ministerio porque no aprobó un curso de entrenamiento de la Policía. Se reubicó como guardaespaldas del funcionario aprista Rodrigo Franco, hasta el asesinato de éste, en 1987.



y Tingo María; es decir, iban y venían de la sierra a la selva, pudiendo acceder también a la capital, pues Daniel Camón colinda con una provincia de Lima, Cajatambo. Esta vez Ríos entraría de lleno al trabajo de búsqueda, es decir, a la parte sangrienta de la guerra.

En Yanahuanca y sus alrededores nuevamente entrevistó a fuentes por espacio de un mes, obteniendo una confiable relación de colaboradores senderistas. Después acompañó a los *Llapan Atic*<sup>5</sup> para peinar la zona, encontrando un buen aliado en su jefe, el capitán de la Guardia Republicana José Santibáñez Marín. Recorrieron a caballo y a pie Chaupimarca, Yacan, Páucar, Yangalán y numerosos pueblitos y cabañas desperdigados en las laderas, encima de los 3.500 metros. Entraban violentamente en las viviendas de los sospechosos, las vaciaban, las quemaban y se llevaban a los supuestos implicados. El Chito, con la cara cubierta por un pasamontañas, solía ir acompañado por un informante, también cubierto, ambos en la función de indicar quién era quién. Los policías interrogaban a los detenidos en el camino. Después les metían un balazo y los tiraban al río Chaupihuaranga.

Lo que estaban haciendo, de acuerdo con el criterio de Ríos, era eliminar la red local de los senderistas, unos treinta lugareños que apoyaban el paso de la columna por la provincia. La columna era la red móvil, y no la encontraron durante los quince días que anduvieron por las alturas. Pero la policía la diezmó más tarde, cuando Ríos ya estaba en Lima, ocupado en otros menesteres. Cuando lo supo, sintió un espasmo de satisfacción. Su primer trabajo había rendido frutos.

La experiencia de Yanahuanca lo marcó profundamente, y sintió que podía obtener grandes resultados buscando y analizando información. Además, le encontró el gusto a trabajar con policías arrojados, mal pagados y subestimados. Comprendió que a los policías había que decirles quién era quién en los poblados, y apreció la sagacidad del intento de Mantilla de disminuir selectivamente la población rural senderista al margen del inoperante poder judicial. Él servía para eso. No le gustaba la sangre en directo, pero podía acompañar los operativos, presumiendo que eran indispensables. La sangre no solamente podía regar la revolución, como decían los senderistas, sino lo contrario: la paz, la democracia, el éxito del partido en el gobierno.

A fines de 1985, Agustín Mantilla le explicó que deseaba organizar un cuerpo de apristas con capacidad de obtener información de inteligencia sobre Sendero Luminoso en todo el país. Debería poder atacar objetivos, si fuera necesario. Mantilla le pidió ponerse al frente de ese heroico equipo. Y él, gozosamente, había dicho que sí.

---

<sup>5</sup> Expresión quechua que significa «Los que todo lo pueden», y que designa a un cuerpo antisubversivo de la Guardia Republicana

## Caso Febres 2

Extractos de una entrevista con un segundo miembro del grupo paramilitar de Agustín Mantilla durante el gobierno aprista. Se le denominará «Testigo 2».

RICARDO UCEDA: ¿Quién mató a Febres?

TESTIGO 2: Walter Lauri

R.U.: ¿Quién era Lauri?

T. 2: Era un policía malogrado, que usaban Mantilla y Reyes Roca para los trabajos sucios.

R.U.: ¿Por qué matar a Febres el día en que Alan García daba un discurso? Es poco creíble que Mantilla le hiciera eso al presidente.

T. 2: Es que la idea no era que lo mataran ese día. La orden fue dada antes, y Lauri y su grupo le estaban haciendo seguimiento. Ocurrió que ese día encontraron la ocasión propicia, y lo mataron. Dio la coincidencia de que era 28 de julio y que Alan García iba a hablarle al país al mediodía. Mantilla se enteró cuando el operativo estaba en marcha y quiso impedirlo, porque la fecha era impolítica. Llamó a algunos de nosotros para eso. Ya era demasiado tarde.

El grupo dependería del general Edgar Luque Freiré, jefe de la Dirección General de Inteligencia del Ministerio del Interior (DIGI-MIN). El comandante de la Policía, Luis Hermoza, actuaría de enlace. Luque les proporcionaría los fondos y las instrucciones, pero su local no estaría en ninguna dependencia oficial. Funcionarían en la sede de campaña de Alan García, una amplia casa en el número 1511 de la avenida Dos de Mayo, en el distrito de San Isidro. El *Chito* Ríos se fue a vivir allí y asumió a plenitud su papel de organizador. Luque y Mantilla se referían a ellos como el Grupo Beta. La DIGIMIN tenía otro equipo de búsqueda, el Grupo Alfa, integrado por policías. Administrativamente, los gastos del Grupo Beta se cargarían a una partida ministerial denominada Operación Cien.

Al comienzo, en 1986, la idea del equipo no estaba completamente concebida, pero la impulsó una ola de asesinatos de dirigentes apristas que Sendero Luminoso desplegó ese año. En Huancayo, Abdón Vilchez, diputado y cacique regional del partido, decidió organizar su equipo de defensa propia, y le pidió a Mantilla entrenarlo. Vilchez tenía un guardaespaldas místico y feroz, el policía Jorge Huamán Alacute, apodado Fokker, quien adiestraba rudamente a tres de sus hijos —Daniel, Martín, Nidia— para que el día menos pensado pudiera enfrentarse a los terroristas. Con ellos entrenaba Alfa, otro guardaespaldas de los Vilchez, y Enrique Melgar, un estudiante de derecho a quien había afectado enormemente el asesinato de un amigo suyo, el secretario general de la Juventud Aprista, Alfredo Torres. Melgar, que también era dirigente partidario, resolvió que

no moriría así, o en todo caso no sin antes cargarse a alguien, y le pidió a Daniel Vílchez ser admitido en los ejercicios. El primer día Fokker le pegó hasta hacerlo sangrar, y cuando estaba en el suelo, exánime, el policía siguió golpeándolo con un palo. Cuando Fokker se cansó le dijo:

—Esto será así. ¿Vas a venir mañana?

—Sí —dijo Melgar. Era la respuesta que Fokker esperaba para aceptarlo en el grupo.

Con todo, era un entrenamiento sin armas, insuficiente, como Vílchez explicó al viceministro. Mantilla resolvió que Miguel Ríos y Luis Aoun viajaran a Huancayo con el capacitador ideológico Luis Serene, para que, junto con el rudo Fokker, organizaran un curso más completo. A su llegada, Vílchez los alojó en su casa y puso a su disposición el grupo que sería adiestrado: Daniel, Martín y Nidia Vílchez, Enrique Melgar, Alcides Velásquez, Eliseo Huamán, y cuatro más de los cuales sólo sabemos sus seudónimos: Kenny, Apache, Alfa y Cóndor I. Cada mañana se trasladaban a las afueras de la ciudad, hasta Cabeza de Cura, una pampa detrás de un cerro. Durante quince días los brigadistas recibieron charlas, hicieron ejercicios de defensa personal y aprendieron el uso de explosivos caseros y armas de fuego. Fokker les exigió hasta el límite de su capacidad. El día final todo iba bien, hasta que practicaron un juego denominado La Ronda de la Muerte: un trozo de dinamita prendido es pasado de mano en mano, y el último lanza la carga a un hoyo mientras el resto se tira al suelo. Aoun calculó mal y se la entregó a Eliseo Huamán por el cuello. Huamán voló. Aoun perdió dos dedos de la mano.

¿Qué hacer? Huamán, que era sobrino de Fokker, estaba sin cabeza, y el hecho no se podía ocultar. Fue entonces cuando Abdón Vílchez demostró su temple. Reunió a los compungidos muchachos en su casa y les dijo, sin ambages, que dos de ellos tenían que dar la cara como responsables del hecho ante la Policía. Pidió voluntarios, y al hacerlo miraba fijamente a Melgar; pero Melgar, aunque le resistía la mirada, no dijo esta boca es mía. Abdón repitió su conminación, y nadie hizo caso. En lo más tenso de la escena, Alfa, un guardaespaldas de Vílchez, un chiquillo, dio un paso al frente.

—Yo voy a dar la cara, compañero.

Vílchez hizo como si no lo hubiera oído.

—¿Alguien más? —dijo, y seguía mirando a Melgar—. ¿Así hablamos de hermandad, después de un curso como el que ustedes acaban de hacer? ¿Hablamos de hermandad y ahora, cuando hay que dar la cara, no se quiere dar la cara?

—Yo asumo, compañero —dijo Melgar.

El grupo se dispersó, aliviado. Melgar se quedó con Vílchez.

—Bien, Enrique. Bien, Enrique —le dijo—. No se preocupe. Todo será

arreglado. Sólo van a dormir en la comisaría dos noches.

Y así fue. Melgar y Alfa acudieron a la Policía con una versión sin contradicciones. Habían ido de campamento con Huamán, y éste encontró un artefacto explosivo que, al ser manipulado, estalló. Ellos sólo eran testigos presenciales. La Fiscalía no presentó acusación, y tres días después Melgar, que entonces tenía dieciocho años, salió en libertad.

Cuando Mantilla le encargó organizar el Grupo Beta, Ríos recurrió a sus discípulos de Huancayo, pero rápidamente comprendió que pertenecían a Abdón Vilchez más que al partido. La mayoría quiso quedarse en su ciudad, con las excepciones de Fokker y Melgar. El primero porque, al ser policía activo, dependía de Mantilla; el otro porque sencillamente era ajeno al influjo del clan Vilchez. Insistieron con un tercero, Alcides Velásquez, un curtido *búfalo* regional. Pero éste prefería abalear terroristas en su propia ciudad antes que correr peores peligros en Lima. Un año después, senderistas lo asesinaron en Huancayo. Encontraron su cuerpo triturado, los huesos rotos, sus testículos quemados; la lengua presentaba perforaciones de bala.

De todos modos, el *Chito* Ríos pensó que con Melgar y Fokker ya tenía bastante, y ambos fueron traídos a Lima, al local de Dos de Mayo. Mantilla había decidido que el segundo de Ríos fuera David Landa, un aprista con formación ideológica, un analista capaz de ensuciarse las manos. En la tierra de Landa, Leimebamba, de solitarios parajes selváticos, Fokker entrenó a su gusto a un nuevo grupo de reclutas de la Universidad Garcilaso de la Vega: Óscar Urbina, Hitler, Pedro Ruiz, Halcón, Richard Briceño, Zedillo y Adolfo Usquiano. Por su parte, Ríos dio charlas de operaciones clandestinas.

Y Del Pozo y Alzamora, hombres de la camada preelectoral, tuvieron ocasión de demostrar lo que aprendieron sobre el uso de armas y explosivos en el curso que, junto al comandante de la Policía, Roger Hidalgo<sup>6</sup>, recibieron de instructores de la CIA en Estados Unidos. En 1986, con este equipo comenzó a organizarse un inédito brazo de inteligencia político-policial, arma secreta del viceministro.

Aún faltaban agentes. De regreso a Lima, Ríos organizó otro curso para nuevos jóvenes reclutas de Lima, a quienes entrenaron en las afueras de la ciudad, en un terreno junto al río Chillón. Al final, conformaría dos estructuras, cada una con su jefatura. A Carlos Farfán, que estudiaba mecánica de fluidos en San Marcos, le encargó recolectar información en las universidades de Lima, con unos quince militantes de diversas facultades. Enrique Melgar, asentado en Huancayo, trabajaría en la sierra central del país, a cargo de la denominada Operación Central, destinada a

---

<sup>6</sup> El comandante Hidalgo era jefe de la Unidad de Desactivación de Explosivos

recoger información en las comunidades andinas de Junín y Cerro de Pasco. Posteriormente, extendiendo su red de colaboradores, Melgar asumiría la Operación Río Bravo, que haría inteligencia en la selva del río Huallaga. También funcionó en Puno. A la larga, Melgar resultaría el principal operador del Grupo Beta en el interior del país y un buen socio de la Policía en los sangrientos operativos de búsqueda, con una lista de nombres en la mano. Tenía temperamento y ganas, y cuando el *Chito* Ríos cayó en desgracia, Mantilla vio en él, de inmediato, a un competente sucesor.

Farfán y Melgar manejaban sus propios agentes, y recibían dinero para pagarles aportado por la DIGIMIN a través de su administrador, el exgarcilasino Augusto Calleja. En Lima, con Landa como jefe y Fokker como encargado de seguridad, Ríos mantenía a unos quince brigadistas para vigilancias y todo servicio, incluida la protección del local. Considerando a los miembros de la red en provincias, la planilla de la Operación Cien pagaba sueldos a unas cincuenta personas. En Lima tenían una secretaria, un administrativo y un cocinero, en un horario rutinario. La casa donde el candidato aprista imaginó sus planes de gobierno se convirtió en un cuartel paramilitar, donde *búfalos* de nuevo tipo trabajaban, comían y dormían. Desde la oficina que había sido de Alan García, Ríos iba de aquí para allá con sus apuntes y sus organigramas senderistas, sintiendo que cada día conocía mejor al enemigo. Y Mantilla también se mostraba satisfecho.

Su superior directo, el general Luque, jamás los visitaba. Para comunicar sus órdenes, éste se citaba con Miguel Ríos en un restaurante de vidrios traslúcidos y asientos de cuero, dentro de un complejo de edificios del Banco Continental de San Isidro, a cinco minutos en auto del Ministerio del Interior. El restaurante se llamaba Vivaldi. Fue allí, con un fondo de música barroca, donde Luque le habló al Chito por primera vez de Carlos Ángulo, el director del periódico senderista *El Diario*, un tipo al que la DIGIMIN seguía. Había que hacer algo con él, decidir una acción que escarmentara debidamente al terrorismo, y los muchachos de Dos de Mayo tendrían que estar preparados. La inminencia de un operativo importante entusiasmó a Ríos, quien en sus noches alcohólicas, cuando podía desinhibirse ante sus compañeros de confianza, no ocultaba sus sueños de grandeza en la lucha contra Sendero Luminoso. A sus veintiocho años, considerándose un héroe anónimo del partido, estaba dispuesto a correr todos los riesgos.

Sin embargo, Luque nunca les ordenó poner una bomba o eliminar a un senderista. Realizaban seguimientos, organizaban misiones informativas en provincias, escribían reportes, preparaban listas de implicados. Sólo cuando iban por senderistas con la Guardia Republicana, su actuación trascendía lo informativo. En estos operativos, efectuados sobre todo en el Alto Huallaga, Puno y la sierra central, donde había enfrentamientos, capturas,

interrogatorios y ejecución de detenidos, podían hacer eventualmente lo que los policías, pero eran éstos los que conducían las acciones<sup>7</sup>. El Grupo Beta no mataba; o, para decirlo con mayor precisión, todavía no era un equipo de operaciones especiales. Por eso, cuando Luque llamó a Ríos para que pusiera una bomba en el auto de Carlos Ángulo, las cosas dieron un viraje decisivo, y la acción se convirtió en una prueba de fuego. Como se supo, Ríos no pasó la prueba de fuego. Peor aún: fue como si hubiera hecho estallar su bomba en el Ministerio del Interior.

### **Caso Febres 3**

Datos del legajo de Walter Lauri en la Policía Nacional del Perú:

«Egreso Escuela de Oficiales PIP: 01-01-77. Ascensos: 1977 Alférez; 1980 Teniente; 1983 Capitán; 1989 Mayor. DISPONIBILIDAD con R.S. N° 1238-91 IN/PNP del 20-12-91, por medida disciplinaria al hacer Abandono de Destino. RETIRO POR MEDIDA DISCIPLINARIA (cómplice de asalto y robo a mano armada) con R.S. N° 414-93 IN/PNP del 20MAY93 que dejó sin efecto la Resolución anterior. Oficial muy sancionado a lo largo de su carrera profesional. 94 días de arresto simple; 54 días de arresto de rigor; 22 horas de arresto simple y 4 horas de arresto de rigor. Involucrado en delitos contra el patrimonio (asalto y robo a mano armada) en calidad de cómplice, al ser sindicado por Hugo Preciado Reyes, «Pío», como la persona en cuyo domicilio se planificaban asaltos y proporcionaban las armas a los autores de los delitos. Entre sus sanciones destaca una de 20 días de arresto de rigor (sanción máxima para estos casos) por haber proporcionado un atestado policial al abogado defensor de un narcotraficante».

Miguel Ríos manejaba el Volkswagen. Richard Briceño iba en el asiento delantero de la derecha y Adolfo Usquiano detrás, con la dinamita. Cuando se analizó el desastre en el Ministerio del Interior, la misma decisión de encargarle una acción de represalia al Grupo Beta se reveló como errónea, porque no tenía experiencia. El 29 de agosto de 1987 Sendero Luminoso había asesinado al muy estimado funcionario aprista Rodrigo Franco, presidente de una empresa estatal. El partido se sintió profundamente tocado, y se trataba de devolver el golpe eliminando al director del diario senderista, Carlos Ángulo. Miembros del Grupo Beta entrevistados para este libro dijeron que la decisión la tomó el ministro del Interior de entonces, José Barsallo. Otros testimonios —más directos; más

---

<sup>7</sup> Una mayor investigación podría determinar la participación directa de miembros del Grupo Beta en el asesinato de algunos estudiantes en Huancayo y de detenidos en rastrellajes policiales en Puno y el Alto Huallaga. En todos los casos, la Policía estaba a cargo de los operativos

precisos— manifestaron que la orden directa la recibió Ríos de Luque. Esto no podía ser de otro modo, pues el Chito no actuaba por su cuenta, así como tampoco el viejo zorro de Luque. Pero Luque podría haber elegido a policías de su confianza y no a los novatos de la avenida Dos de Mayo. Tal vez lo decidió así y sus jefes en el Ministerio del Interior prefirieron otra cosa: que la propia mano del partido consumara la venganza.

Una vez recibida la orden, el segundo error fue del propio Ríos. De acuerdo con lo que sus compañeros dijeron al autor, Ríos debió elegir para la misión a Alzamora y Del Pozo, los *explosiveros* del equipo. Y él mismo, que no tenía más de un año de haber aprendido a conducir, no debió estar al timón del auto. El hecho es que, en los momentos culminantes, Ríos se metió en un hueco y todos volaron.

Como disculpa, Ríos podría aducir que en el curso de Leimebamba Usquiano y Briceño fueron los que más se destacaron en el manejo de explosivos. Briceño procedía de la Universidad Garcilaso de la Vega, y Usquiano de Ferreñafe, de donde el Chito lo rescató por razones sentimentales. Habían crecido juntos allí, pero Usquiano se quedó en la provincia. Era vago, borracho y de malas pulgas, aunque de un gran corazón aprista. Lo vinculaban al partido su familia y la tradición. Su tío Johnny fue *búfalo* antiguo, de la guardia dorada de Haya de la Torre, y su padre y abuelo también eran apristas. Como llevaba el partido a flor de piel, solía trompearse en su nombre, en correspondencia con su talante pendenciero, y Ríos pensó —un día en que regresó a Ferreñafe y lo encontró aislado y sin hacer nada— que esa turbulenta lealtad podía tener un mejor provecho en el grupo de Mantilla. Usquiano aceptó la propuesta y se puso a la orden con un entusiasmo instantáneo, que mantuvo cuando viajó al curso de iniciación. En Leimebamba se mostró a sus anchas, sintiendo que podía explayar sus bravuconadas sin molestar a nadie. Fokker lo dejó presentarse como un malditón y contar sus hazañas en el norte, sólo para darle una lección ante todos. Durante el entrenamiento en la selva, luego de caminar varios días de lluvia bajo un insoportable calor de sombra, cuando algunos caían atacados por la fiebre y otros se retrasaban vomitando, Fokker hacía rampar a Usquiano por las piedras de los riachuelos. Lo hacía comer mierda de vaca. Lo golpeaba.

—Así que tú eres bacancito, ¿no? —y volvía a pegarle—. No, no. Tú eres un vago, un fumón. Tú no sirves para esto.

Fokker lo retaba para que renunciara, pero Usquiano resistió. A la larga, resultó uno de los más aplicados, y Ríos se felicitó por haberlo elegido. Más aún: cuando recibieron la misión contra Ángulo, decidió que él pusiera el explosivo.

De modo que Usquiano armó la bomba. Obtuvo dos cajas plásticas de balas calibre 38 y las rellenoó con dinamita. Las unió con cinta adhesiva y les adosó los imanes de unos parlantes de radio que adquirió en el Barrio Chino, y que servirían para pegar el explosivo en la rueda del auto de

Carlos Ángulo. Compró luego una probeta y varios termómetros. Tomó un fulminante eléctrico, que tiene dos alambres pelados en las puntas, e hizo pasar separadamente los alambres por un corcho. Después tapó la probeta con el corcho y la pegó al paquete. Por fin, conectó los alambres a una pila de 1,5 vatios. La explosión se produciría cuando la rueda girase, activando el circuito mediante el mercurio. Este sencillo sistema y otros que le enseñaron en Leimebamba los había probado Usquiano de diversas maneras, pues desde su entrenamiento desarrolló una enorme afición por los explosivos. Le divertía hacer bombas con botellas de whisky, con cajas de cigarrillos, con objetos que encontraba en la basura, y prácticamente con todo lo que le caía a la mano. Hacer una bomba de *switch* de mercurio era pan comido para él, aunque nunca la empleó en un operativo verdadero. Al colocarla, había que tener cuidado de que la probeta estuviera siempre en posición vertical, con el corcho hacia arriba, no fuera que una inclinación o un sobresalto impulsara el mercurio, antes de tiempo, hacia su recorrido letal. Eso fue lo que pasó.

En la calle mal iluminada, la noche cerrada del 2 de octubre, treinta y cuatro días después del asesinato de Rodrigo Franco, Miguel Ríos no vio que el Volkswagen que conducía iba a meterse en un bache ancho, como una rueda de camión. De nada sirvieron los informes del seguimiento a Ángulo que le proveyó la DIGIMIN, con los datos supuestamente necesarios para eliminar al director del periódico senderista —sus costumbres personales, sus horarios de ingreso y salida, la matrícula de su auto—, conocimientos que él mismo confirmó con una vigilancia de su propia gente. En el estudio no se le dio importancia a un guardián de la cuadra donde se editaba *El Diario*, en el número 111 de la avenida El Río, en Pueblo Libre. Cuando Usquiano bajó con la bomba y se aproximó al auto de Ángulo, la aparición del vigilante lo hizo desistir. Volvió al Volkswagen con el artefacto en las manos. Desde el asiento delantero, Briceño le abrió la puerta de atrás. Subió.

Ríos, con el auto en marcha, vio a Usquiano por el espejo retrovisor. Un instante antes de que se metiera en el bache, alcanzó a decirle:

—Desactiva esa huevada.

Miguel Ríos nunca perdió el conocimiento. Sintió que volaba y que caía. Una vez en tierra firme, quiso incorporarse, pero no pudo, aunque alcanzó a observar el auto incendiándose. Vio detenerse una antigua vagoneta Nissan de la que bajaron dos personas. Abrieron la portezuela posterior de la vagoneta y lo hicieron subir para llevarlo a un hospital. Allí viajó solo, sentado, y poco a poco su mente se concentró en las evidencias que cargaba encima. Comprobó que llevaba la sobaquera puesta con su revólver adentro. Además, un carnet del Ministerio del Interior, una granada de bolsillo y una carta de Mantilla. Con una mano, se desabotonó la sobaquera y se la sacó. Luego hizo pedacitos la carta. Fingió un ahogo y pidió detener la camioneta un rato. Abrió la portezuela, como deseando



respirar el aire de la noche, y botó el revólver y los residuos de la carta. Los desconocidos que viajaban adelante no bajaron. Después pidió otra parada para vomitar y se deshizo de la granada. Luego se tumbó y se quedó dormido.

Despertó en la sala de emergencias del Hospital Santa Rosa, en el distrito de Pueblo Libre. Estaba en una camilla. A su lado, en otra camilla, vio el cuerpo ensangrentado de Briceño, cubierto hasta el cuello por una manta. Buscó a Usquiano con la mirada pero no había otro paciente en el recinto. Unas enfermeras lo atendían y decidió quedarse quieto y mudo, explotar al máximo su condición de herido.

Le dolía todo el cuerpo. Una migraña iba creciendo lentamente en su cabeza, aunque en apariencia había salido ileso de la explosión. Unos hombres de la Policía ingresaron al recinto y pensó que era para interrogarlo, pero no le preguntaron nada. Firmaron unos papeles y lo metieron a una ambulancia. Diez minutos después ingresaba al Hospital de Policía. Entonces supo que Mantilla no lo había abandonado. Lo llevaba a su terreno, donde manejaría todos los informes y lo pondría fuera del alcance de los periodistas. Aún no abría la boca para decir algo o preguntar. Desconocía la suerte que habían corrido Briceño y Usquiano. Lo supo al día siguiente. Estaban muertos. Él era el único sobreviviente.

#### **Caso Febres 4**

Extractos de una entrevista con Jesús Sosa, en enero del 2000:

RICARDO UCEDA: En 1988 usted había dejado Ayacucho. Estaba en el SIE1. ¿Qué hipótesis había sobre el asesinato de Febres?

JESÚS SÓSA: NO sé lo que pensaban en las alturas. Yo era agente. Tal vez la DINTE, o el jefe del SIE, tenían alguna hipótesis. Tal vez al Puesto de Inteligencia Lima, que se conoce como PIL, le encargaron averiguar qué era el Comando Rodrigo Franco. No me consta, yo no trabajaba en el PIL sino en el Negociado de Subversión del SIE1.

R.U.: ¿Y qué hacía usted en 1988?

j.s.: No puedo decirlo abiertamente, por lo menos de momento.

R.U.: Pero ¿lo que hacía o sabía le permitía tener una hipótesis sobre lo que pasó con Febres?

j.s.: No respondo por las hipótesis del sre o la DINTE. Por la mía sí, claro. Para mí el Ejército tuvo que ver con la muerte de Febres.

R.U.: ¿Por qué?

j.s.: Porque tuve información privilegiada.

R.U.: ¿Cómo así?

j.s.: Vi, con mis propios ojos, documentos personales de Febres. Los tenía un coronel del Ejército.

R.U.: ¿Qué documentos eran?

j.s.: Un carnet del Colegio de Abogados de Lima y otros papeles

personales. Recuerdo claramente el carnet.

R.U.: ¿Quién era el coronel?

j.s.: Juan Muñoz Cruz.

R.U.: ¿En qué circunstancias le mostró los documentos?

j.s.: Fue en 1992, en la sede de la Dirección de Planificación de Operaciones del Ejército (DIPLANO), donde él trabajaba. Conversábamos sobre operaciones de inteligencia y me dijo que había muchas cosas que no se sabían. Entonces me mostró los papeles.

R.U.: ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

j.s.: En ese momento, Cruz planeaba la formación de un grupo de operaciones especiales. Esto era un proyecto aún, y quería que yo participara. Supongo que me mostró los documentos para demostrarme que él también había estado manejando cosas importantes.

R.U.: Como la eliminación de Febres. ¿Él estuvo involucrado?

j.s.: No digo eso. Digo que me mostró los documentos. Para mí eso indica que el Ejército tuvo que ver con el operativo. Tal vez Muñoz no hizo nada y llegaron a sus manos por una cuestión administrativa.

R.U.: ¿Qué cargo tenía Muñoz en 1988, cuando murió Febres?

j.s.: Era el G2 de la Segunda Región Militar. El oficial de inteligencia.

En el hospital, Miguel Ríos tuvo mucho tiempo para preocuparse. Había puesto en situación delicadísima a Agustín Mantilla. Serían inocultables su filiación y su papel como guardaespaldas de Alan García en la campaña. Por otra parte, los familiares de los muertos declararían que éstos eran apistas y trabajaban para el gobierno. El problema del Volkswagen también lucía grave: pertenecía a Calleja, el administrador de la DIGIMIN. ¡El que les daba el dinero! Ríos se creía perdido, arrastrando en su caída al brazo antiterrorista del partido.

Sin embargo, el tiempo le demostró el talento de Mantilla para enfrentar situaciones de crisis. Cuando todavía el Ministerio del Interior desconocía si Ríos iba a sobrevivir, policías de confianza penetraron en la casa de Dos de Mayo y se llevaron la documentación comprometedor. Más tarde, esa noche, otros efectivos registraron a Ríos en el Hospital de Policía con un nombre falso: Edwin de la Torre Ugarte. Así lograron que por varios días fuera inubicable para la prensa. Mientras en los periódicos se reflejaban el escándalo y las denuncias de la oposición, cómplices en la Policía y el ministerio público favorecían su defensa. La DIRCOTE redactó un parte sin conclusiones y el fiscal Jorge Luis Bayetto, cuando fue a interrogarlo, una semana después de su internamiento, asumió sin objeciones la versión que Ríos ya tenía preparada: que desconocidos lanzaron un explosivo al interior del auto que conducía. Tres semanas más tarde Bayetto archivó la investigación afirmando que los ocupantes del vehículo fueron víctimas de un atentado terrorista. Al mes del fallido asesinato de Ángulo, Ríos estaba libre de problemas con la justicia.

En cambio, había perdido crédito ante sus jefes. Cuando salió del hospital, Mantilla no quería verlo —«no conviene por el momento», le hizo saber— y Luque dispuso que dejara de dormir en la casa de Dos de Mayo. Esta orden no fue cumplida porque Ríos tenía mucha influencia sobre el grupo y porque, más allá del fracaso, imperaba un sentimiento de solidaridad y cohesión. Mantilla tampoco mantuvo inalterable su distancia y un mes después lo recibió. Aún más, le dijo que se integrara paulatinamente al trabajo, lo que hizo durante el primer semestre de 1988. Pero al Grupo Beta ya no le fue encargada ninguna misión violenta. La DIRCOTE realizaría una parte del trabajo sucio, como el asesinato de Manuel Febres, el 28 de julio de aquel año. Otra parte la asumiría Luque, con los hombres a su cargo.

De acuerdo con fuentes de este libro, la noche del 10 de noviembre policías de la DIGIMIN pusieron bombas en las casas de los periodistas Roxana Cañedo, César Hildebrandt y Francisco Igartua. Como el Ejército hacía lo suyo por su cuenta, con el rótulo de Comando Rodrigo Franco, la identificación de los responsables se hizo más difícil. Podían ser policías, militares, o paramilitares. O, incluso, senderistas, cuyos enemigos eran de casi todas las tiendas políticas.

Los enigmas de los crímenes sobrevivieron a los años, aun en casos en los que hubo ejecutores asociados, que presentan pistas confusas al investigador. En la primavera del año 2000, un exmiembro del Grupo Beta declaró al autor que agentes apristas de ese equipo participaron en el asesinato del periodista Guillermo López Salazar, en Tingo María, en marzo de 1989. En realidad López fue eliminado por el comando del SIE de Enrique Martín, a las órdenes del jefe político-militar, como se refiere en el capítulo anterior. Sin embargo, la Policía —a la que acompañó gente de Miguel Ríos— hizo el cordón de seguridad para que los militares penetraran. Los tres sectores, pues, pueden decir legítimamente que participaron en el operativo. En la casa de Dos de Mayo, el Chito obtuvo la información de sus agentes que estuvieron en Tingo María. En la sede de la DIGIMIN, Luque la recibió de Ríos; pero, antes, de sus propias fuentes.

En el homicidio de Febres, las nuevas pistas presentadas en este libro apuntan a una colaboración entre el Ministerio del Interior y el Ejército, donde en la Segunda Región Militar trabajaba el coronel Muñoz Cruz, a órdenes del general EP Atilio Mantilla Vera, primo hermano del entonces viceministro. Sin embargo el coronel Muñoz, entrevistado por el autor en julio del 2002, negó haber tenido alguna vez los papeles de Febres en la mano.

—No. Lo niego enfáticamente —dijo Cruz—. Y no me explico por qué el técnico Sosa le ha contado a usted eso.

En todo caso, Sendero Luminoso demostró a su manera que creía en la responsabilidad militar. Un amigo íntimo de la víctima, Juan Pampa Quilla, miembro —como Febres— de la senderista Asociación de Abogados

Democráticos, se convirtió en el principal sospechoso de haber facilitado la información necesaria para matarlo. En realidad, Pampa Quilla era un suboficial del Ejército, un infiltrado que reportaba al Puesto de Inteligencia Lima del SIEI. En 1989, mientras participaba en una manifestación senderista en el centro de Lima, recibió un balazo disparado por uno de los policías que la reprimían, y se internó en el hospital Dos de Mayo. Desde allí hizo llegar un mensaje al PIL para que cubrieran sus gastos, y el jefe del puesto no tuvo mejor idea, para ahorrar, que trasladarlo al Hospital Militar en una ambulancia del Ejército. Cuando los senderistas fueron a visitarlo los enfermeros les revelaron lo que había ocurrido, y así descubrieron su verdadera identidad. Pampa Quilla fue enviado a Argentina, a la agregaduría militar peruana en ese país, donde estuvo hasta 1997.

En fin, después de la muerte de Febres se produjeron muchos otros asesinatos extraños, y las autoridades no realizaron una indagación confiable ni mostraron algún detenido. En mayo de 1989, por unanimidad, la Cámara de Diputados creó una comisión investigadora de las acciones paramilitares, un consenso que no pudieron impedir los apristas. Pero, a partir de allí, se jugaron a fondo para que las indagaciones fracasaran. Como controlaban el Congreso, nombraron como presidente del grupo al mismísimo Abdón Vilchez, el anfitrión del primer contingente paramilitar que el *Chito* Ríos entrenó en Huancayo. Luego trabaron el funcionamiento de la comisión, cuando ya había comenzado su trabajo, al nombrar a Vilchez miembro de la mesa directiva de la Cámara. Tuvo que renunciar a la comisión, dejándola descabezada e inoperante. Las protestas opositoras lograron que se nombrara un sustituto, otro aprista: César Limo.

La farsa continuó. Cuando asumió funciones, Limo informó que los expedientes de la comisión habían desaparecido. Vilchez, a su vez, dijo que él cumplió con dejarlos en la oficina del grupo. De todos modos, la existencia de la comisión acabó con la tranquilidad de Miguel Ríos, quien había vuelto a dirigir sus equipos de búsqueda. El anuncio de investigaciones lo repuso en la vitrina pública, lo quemó sin remedio. Sobrevino un período de confusión y acefalía. Mantilla despidió misteriosamente al primer subjefe, David Landa, y Luque separó a los equipos por razones de seguridad. Por un lado, la gente de Enrique Melgar, el fogoso jefe de los informantes del centro y sur del país, quien con el nombre de comandante Patricio participaba en enérgicos rastrillajes policiales en Ayacucho, Huancavelica, Pasco, Huánuco, Tingo María y Puno, y bajaba continuamente al local de Dos de Mayo para informar. Por otro lado, la red infiltrada en las universidades de Lima, dirigida por Carlos Farfán, apodado Sucre. Este paralelismo, mientras Ríos recibía los embates públicos, no podía durar. A mediados de 1988, Melgar asumió la jefatura. La primera orden que recibió de Luque fue que cortara toda relación con el Chito.

Conforme aumentaron los atentados contra los opositores al gobierno y

las artimañas del APRA en el Congreso, creció la fama del

Chito como monstruo paramilitar<sup>8</sup>. Definitivamente quemado, lo único que le quedaba era dedicarse a otros menesteres. Pero antes debía tragarse el sapo de acudir a la comisión investigadora, a la que estaba citado. Mantilla, que ya era ministro del Interior, decidió que no fuera de inmediato: se necesitaba tiempo para preparar una buena presentación con el menor costo político. No importaba que el desacato produjera una orden del Congreso a la Policía para que Ríos compareciera por la fuerza. El Chito fue declarado «no habido», una especie de prófugo del parlamento. Pero ¿caso la Policía iba a buscarlo y a encontrarlo? Podían esperar mientras Limo tomaba las riendas de la comisión. No había por qué preocuparse. Todo saldría de acuerdo a con lo previsto.

Sin embargo, el 7 de agosto de 1989 ocurrió el Hecho Imprevisto 1: el Chito fue fotografiado por la revista *Oiga* en un bar de Lince, feliz entre varias botellas de cerveza. Afuera lo esperaba el auto a su servicio, un Toyota Cressida AG-821 1, que resultó ser un vehículo de la Policía. La difusión de las fotos causó un escándalo y puso en un verdadero aprieto al Ministerio del Interior. Aun así, este golpe sería insignificante comparado con el Hecho Imprevisto 2.

Luque llamó a Ríos de urgencia. Pálido como nunca antes, le mostró unos papeles impresos que, según dijo, correspondían a un extenso informe que la revista *Oiga* estaba imprimiendo. Luque —Ríos no sabía cómo— se enteraba de lo que publicaban *Oiga* y *Caretas* antes de que las revistas circularan. El artículo que le pidió leer se titulaba «Confesión de un desertor del Comando Rodrigo Franco». Narraba con lujo de detalles la organización que funcionaba en la casa de la avenida Dos de Mayo; quién era quién, cómo operaban, qué ilicitudes cometieron, qué papeles asumían Luque y Mantilla. En el cúmulo de datos ciertos y minuciosos, algunas pocas falsedades importantes —por ejemplo, que Jorge Huamán Alacute

---

<sup>8</sup> El fenómeno causaba algunas carcajadas en los militares del smi, pues despreciaban a Ríos como hombre peligroso. Se les hacía divertido que a alguien que no pudo colocar una bomba se le atribuyera la jefatura del supuesto Comando Rodrigo Franco. Olvidaban, sin duda, sus propias peripecias. Un equipo del sre estuvo a punto de volar el 7 de octubre de 1988, cuando puso la bomba —que sería atribuida a los paramilitares del APRA— en la casa del izquierdista Manuel Góngora en Magdalena, una de las proezas del Grupo Escorpio ya referidas. *Chiquito* Pretell se bajó de un Volkswagen de La Fábrica conducido por Jesús Sosa. En el momento de colocar los cartuchos de dinamita, se acercó un transeúnte. Pretell volvió al auto con la mecha encendida, y dentro reinó el pavor mientras Sosa tomaba la mecha y la cortaba con un cuchillo. El auto se llenó de humo. Cualquier patrullero los habría intervenido, y al día siguiente estaría garantizado el escándalo. Pero no hubo más contratiempos. Se repusieron anímicamente, volvieron a encender la misma mecha y cumplieron con la misión, arrojando el cartucho en la dirección determinada. El estallido sonó detrás de ellos, mientras huían por la avenida Brasil.

mató a Febres— se infiltraban astutamente, dándole al contenido un impacto demoledor. El texto tenía la forma del testimonio anónimo de un subordinado del *Chito* Ríos. Y, sin duda, era uno de ellos. Había un traidor.

Todo estaba perdido. Ríos no sabía qué decir. En esos momentos Mantilla tenía una reunión parecida con Melgar en su despacho.

### Caso Febres 5

Entrevista con «Testigo 3», suboficial en actividad del Ejército peruano. Enero del 2002.

RICARDO UCEDA: ¿Usted conoce a Juan Pampa Quilla?

TESTIGO 3: Sí. Soy suboficial de inteligencia, y él lo era. Hemos coincidido en oficinas, en misiones, en reuniones sociales.

R.U.: ¿Qué sabe usted del trabajo de inteligencia que hacía Pampa Quilla?

T. 3: Estaba infiltrado en Sendero Luminoso. Lo descubrieron, y la institución tuvo que sacarlo del país.

R.U.: ¿Cómo lo descubrieron?

T. 3: Con precisión, no lo sé. Pese a que pertenecemos al mismo servicio, nosotros no hablamos de las misiones. O lo hacemos muy tangencialmente. Pero era un secreto a voces en el sm que Pampa Quilla estaba en la Asociación de Abogados Democráticos y que lo habían descubierto. Como tuvo que salir del país, esto era notorio.

R.U.: Según miembros de Sendero Luminoso, Pampa Quilla estuvo implicado en el asesinato de Febres. \*

T. 3: Eso es lo que él mismo me dijo.

R.U.: ¿Cómo así?

T. 3: Que él puso a Febres. O sea, se citó con él para que los que lo tenían que levantar, lo levantarán.

R.U.: ¿Por qué le contó eso?

T. 3: Había otros agentes presentes. Se hablaba de trabajos importantes que no tienen el debido reconocimiento de la institución.

El *Chito* Ríos no entendía por qué los delató Exebio. El supuesto del dinero no lo explicaba todo, ni el de lealtad con la Marina, donde trabajó en Inteligencia. Tenía que haber un resentimiento personal. ¿Por qué, si lo había ayudado tanto? Eran amigos de Ferreñafe, y le ofreció trabajo cuando le dieron de baja en la Marina. Lo encontró en el local del partido unos días antes de la muerte de Usquiano, desocupado, enflaquecido, ansioso por salir de un proceso de drogadicción. Invitado por el Chito, se integró al Grupo Beta sin preparación porque ya venía entrenado por los marinos. Pero incurría en continuos actos de indisciplina y tuvo que despedirlo, no sin recompensa. Meses después lo encontró en Ferreñafe, resentido, con una mano atrás y otra adelante. Como no quería que siguiera descontento lo

trajo a Lima en su propio auto, con la idea de recomendarlo para un puesto en alguna empresa estatal controlada por el partido. Pero en Lima lo perdió de vista, hasta que estalló, como un bombazo, la evidencia de que él era el traidor.

Fue Melgar quien hizo el descubrimiento. La «confesión» que iba a publicar *Oiga* traía referencias de un operativo en Puno que Exebio escuchó cuando Melgar lo narraba al Chito. Melgar no le había contado a nadie esos detalles. Además, el texto reprodujo una dirección errónea que Melgar alguna vez entregó a Exebio. Cuando Melgar y Ríos estuvieron seguros, fueron a decírselo a Mantilla.

A sus cuarenta y cuatro años, el ministro vivía con su madre en un chalet de dos pisos, en Pueblo Libre. Un hombre soltero, formado en la obediencia y lealtad al partido cuajadas en su niñez cuando su padre, Uldarico Mantilla, pertenecía al aparato clandestino del APRA. Estos valores él los transmitía al grupo que seleccionó Miguel Ríos, y a los brigadistas que llevó al ministerio como guardaespaldas. Los domingos, después de almorzar, reunía en su casa a un círculo escogido de estos jóvenes, y les contaba historias destinadas a forjarles un espíritu de apistas clandestinos. También los hacía leer libros sobre la persecución política contra el partido: *El APRA por dentro*, de Víctor Chanduví; *La sublevación apриста del 48*, de Víctor Villanueva. Les hablaba, y ellos escuchaban como buenos discípulos. Ríos se sentía como un hijo que acepta la protección y la docencia de un padre. Trataba de agradarlo llevándole regalos ocasionales —un libro, un casete de boleros— y admitía de buen grado sus reprimendas ocasionales. Mantilla los recibía en su dormitorio, a veces echado en su cama, con pijama y pantuflas. Allí conversaban o veían televisión, concentrándose en películas que inspiraban, de cuando en cuando, alguna reflexión filosófica del líder. La tertulia se prolongaba hasta la noche y, para despedirlos, Mantilla se ponía de pie. Al comienzo les daba un abrazo cordial. Luego, como muchos padres a sus hijos, besaba en la mejilla al que se iba. En algún momento cambió y se puso más afectuoso: Mantilla tomaba entre las manos el rostro del visitante y le propinaba un rápido, directo beso en la boca. Todos prefirieron tomarlo como algo extraño que había que aceptar, una excentricidad del jefe. En ciertos círculos del APRA los chicos de Mantilla comenzaron a ser conocidos con un sobrenombre: El Clan del Besito».

No hubo caricias en la reunión que Mantilla tuvo con Melgar y Ríos para tratar el caso de Exebio. Por el contrario, fue tensa, cortante. —Al árbol malo hay que cortarlo de raíz —dijo Mantilla—. Vean esto con Moscón.

Se refería al capitán de la Policía Marcos Puente Llanos, hombre de confianza del ministro, quien también aparecía en el texto de *Oiga* como uno de los miembros del Comando Rodrigo Franco. Melgar y Ríos comprendieron que Exebio viajaría al otro mundo.

Pero primero tendría que confesar. Melgar se citó con Exebio y en el lugar de la cita lo raptaron Moscón y tres policías. Lo llevaron en auto hasta una base policial en el fundo Barbadillo. Melgar y Ríos estaban presentes. Moscón comenzó a interrogar a Exebio golpeándolo salvajemente. Entre sollozos y quejidos, en todo momento negó haberlos traicionado. Mientras Moscón demolía a Exebio, Ríos se convenció de que si lo asesinaban estaría perdido. Luque y Mantilla no resultaban tan expuestos como él. Cuando se investigara el crimen, la familia de Exebio diría que salió de Ferreñafe para trabajar con el Chito. Todos lo culparían, y la inteligencia naval —que obviamente había vuelto a reclutarlo— se vengaría tarde o temprano. Decidió detener a Moscón cuanto antes, evitando que los daños que infligía al secuestrado fueran irreversibles.

Como Moscón no quiso detenerse, Ríos le mintió. Le dijo que las órdenes de Mantilla eran dejarlo vivo. Discutieron, y el policía sacó su pistola y le disparó a Exebio en una mano. El torturado chilló, con dos dedos destrozados. Ríos lo apartó de Moscón.

Ríos y Melgar llevaron a Exebio a un hotel en el jirón Montevideo. Ellos también discutieron, porque Melgar compartía el punto de vista de Moscón. Pero ya era demasiado tarde. En una farmacia compraron una vacuna antitetánica, vendas y desinfectantes, y le dieron los primeros auxilios. Exebio tenía la misma versión en los labios: nunca entregó información a *Oiga*.

Por supuesto, no le creyeron. Un año después, cuando Exebio y Ríos volvieron a verse en Ferreñafe, el Chito trató de hacerlo confesar por las buenas. Una noche, ambos bebieron lo suficiente como para jugar a la sinceridad. Exebio admitió que alguien pudo haberle sacado información al estar inconsciente. Recordaba haberse encontrado en una fiesta con un compañero de promoción de la Marina, y que había un periodista. No recordaba más. Despertó al día siguiente, solo, en un lugar desconocido, sin memoria de las últimas horas.

—Pudieron haberme drogado, Chito —dijo Exebio.

### **Caso Febres 6**

Datos del pasaporte con nombre falso obtenido por Walter Lauri en el consulado del Perú en Tokio (Japón), 1994:

«Pasaporte N° 0564749. Nombres y apellidos: Walter Elias Ruiz Miyasato. Domicilio en Japón: Saitama Ken Sayama Shi Shin Sayama 2-22-1. Domicilio en el Perú: Avenida Grau 193. Pasaporte anterior: N° 1774637. Expedido en: Lima. Fecha: 12 SET 91. Nombres y apellidos del padre: Ademar Delano Ruiz Sánchez. Nombres y apellidos de la madre: Julia Yoneko Miyasato Miyasato. Lugar y fecha de nacimiento: 11 ENERO 1955, Jauja. Sexo: Masculino. Estado civil: Casado. Libreta Electoral N° 05946704. Edad: 39. Estatura: 1,70 m. Color de ojos: Pardo oscuro. Color



de cabello: Negro. Profesión u ocupación: Empleado. Tipo de visa actual: Residente».

En un reservado del hotel Sheraton, el general Edgar Luque Freiré explica a dos interlocutores un plan para la presentación del *Chito* Ríos ante la comisión que investigaba el fenómeno paramilitar en la Cámara de Diputados, el próximo 27 de septiembre. Sería, dijo, una auténtica sorpresa para la minoría, conformada por tres parlamentarios de la oposición. Ellos creían que Ríos había huido del país o que estaba por hacerlo. Luque contó que la idea la sembró él mismo, filtrando a la prensa documentación probatoria de que Ríos acababa de obtener un pasaporte. Al mismo tiempo instruyó al Chito para que enviara una carta a los comisionados diciendo que no se presentaría al interrogatorio. Definitivamente, no lo esperaban.

Luque añadió que la fecha indicada convenía porque sólo asistiría uno de la minoría: Gustavo Espinoza. Otro, Celso Sotomarino, nunca iba. Y el tercero, Manuel Piqueras, tampoco estaría presente. De acuerdo con sus conversaciones privadas —la interceptación telefónica se denominaba Operación Treinta en la DIGIMIN—, Piqueras viajaría fuera del país<sup>9</sup>.

Uno de los interlocutores de Luque manifestó su conformidad. Era César Limo, presidente de la comisión. El otro, Miguel Ríos, también se mostró de acuerdo. Era cosa de capear por un buen rato las preguntas de Espinoza, negarlo todo una y otra vez. No sería tan difícil, con el apoyo solícito de la mayoría de los diputados presentes.

Había pasado un mes desde la noche en la que Exebio estuvo a punto de morir. El Clan del Besito había sido disuelto. En la avenida Dos de Mayo, el número 1511 era una casa abandonada.

---

<sup>9</sup> Efectivamente, Piqueras tenía cita en Sao Paulo con Helio Bicudo, el exprocurador que investigó a los escuadrones de la muerte en Brasil.

## CAPÍTULO 11

# Las cartas del capitán Penas

En 1990, cuando Alan García concluyó su mandato, Sendero Luminoso sumó diez años asolando el país sin que se hubiera capturado a sus principales dirigentes. Las empobrecidas Fuerzas Armadas estaban descontentas, y un sector de sus líderes conspiraba para dar un golpe de Estado que ordenara la economía y detuviera de una vez por todas el avance senderista<sup>1</sup>. Vacía de éxitos, la Policía antisubversiva mendigaba recursos en un lado y en otro, aunque en Lima consiguió allanar una casa en la que había estado Abimael Guzmán, descubriendo un tesoro documental sobre el Comité Central<sup>2</sup>. En cuanto al MRTA, el retroceso estaba a la vista, y resaltó precisamente porque ya se había capturado a sus líderes y militantes de mayor importancia. En julio de aquel año todos ellos escaparon por un túnel del penal de Canto Grande, considerado de máxima seguridad. Antes de desaparecer, posaron para una foto publicitaria, su úl-

<sup>1</sup> En el segundo semestre de 1989, los tres jefes de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas (Luis Montes de la Marina, Carlos Mauricio del Ejército y César Gonzalo de Aeronáutica) se asociaron para evitar que el candidato del APRA, Luis Alva Castro, asumiera la presidencia. Previeron que en 1990 Alva sería uno de los dos finalistas luego de la primera vuelta electoral, y que en la segunda vuelta ganaría con el apoyo de las izquierdas, ante lo cual planificaron un golpe, en una forma que relató con suma precisión Edmundo Cruz en la revista *Sí* (N<sup>o</sup>s 96 y 97, noviembre de 1990). El grupo, en el que participaron muchos civiles, elaboró políticas de gobierno reunidas en cuatro volúmenes que difundió en 1993 el semanario *Oiga* con la denominación de «Plan Verde». Pero a comienzos de 1990 los conspiradores estaban un poco desconectados porque el gobierno, oliéndoselas, destacó a Mauricio a Estados Unidos y a Gonzalo a Francia. Poco después, la aparición del escritor Mario Vargas Llosa como el candidato favorito terminó con los arrestos golpistas.

<sup>2</sup> En junio de 1990 la DIRCOTE allanó el local del Departamento de Apoyo Organizativo (DAO), donde Sendero Luminoso realizó su Primer Congreso (1989) y Abimael Guzmán grabó la llamada «Entrevista del siglo», que le hizo *El Diario* en 1988. Fueron halladas las actas del congreso y documentación interna de gran valor.

timo adiós al gobierno que se iba.

Las reservas internacionales estaban en rojo, mientras la inflación crecía a un ritmo de veinte por ciento mensual. Entre 1989 y 1990, el Producto Bruto Interno había disminuido veinte puntos. ¡La quinta parte! Cualquier nuevo régimen con un mínimo de sensatez iba a ser un avance respecto del gobierno de Caballo Loco, sobrenombre con que se llamó al presidente en la etapa final de su mandato. La sucesión la disputaban dos candidatos: el escritor Mario Vargas Llosa y un desconocido entre los desconocidos: Alberto Fujimori.

Para el SIE sería un año inestable. Hanke ya no era el jefe y su remplazante, el coronel Jorge Burneo Córdova, tendría un mandato efímero, afectado por las consecuencias del asesinato del general Enrique López Albújar, quien fue ministro de Defensa y comandante general del Ejército. Un comando del MRTA lo acribilló el 9 de enero cuando llegaba a su oficina sin la compañía de su guardaespaldas del SIE<sup>3</sup>. Esto le costó el puesto que recién asumía al coronel Burneo, que no tuvo tiempo de decidir si continuaba o no con la política de operaciones especiales de su antecesor, el expeditivo Oswaldo Hanke. Si pudo hacerlo, en cambio, el coronel nombrado para remplazarlo. Se llamaba Rafael Córdova.

Durante la administración de Córdova, el Ejército volvió a emplear los servicios del equipo del SIE que dirigía el capitán Martín, aunque el coronel, actualmente en el retiro, aseguró al autor de este libro que él no ordenó ninguno de los operativos que se describirán. Entre febrero y abril de 1990 el grupo puso una serie de bombas en Lima, destinadas al amedrentamiento y a saldar cuentas particulares del Ejército. Estos atentados no produjeron muertos ni heridos. Por un lado, en una línea que podríamos llamar tradicional, el SIE ordenó dinamitar los locales de la Comisión Andina de Juristas (CAJ), Amnistía Internacional y la Cruz Roja. Los bombazos coincidieron con la Sesión Ordinaria de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en Ginebra, donde estas organizaciones describían los excesos de las fuerzas del orden peruanas. El Ejército detestaba a las ONG de derechos humanos, tanto o más que los gobiernos de Belaúnde y García, los cuales no querían entonces —como tampoco hoy— asumir el costo político de haber decidido que los militares tuvieran las manos libres en la lucha antisubversiva. Este costo era alto: tres mil desaparecidos<sup>4</sup>.

Nunca se investigaron estos atentados, que pasaron a la cuenta del

---

<sup>3</sup> El SIE2 brinda protección a los dignatarios militares. El día del atentado, el suboficial del SIE2 que lo cuidaba, Carlos Valencia, obtuvo permiso para ausentarse.

<sup>4</sup> Cifra aproximada del total de desapariciones denunciadas durante los gobiernos de Alan García y Fernando Belaúnde, hasta el año 1990. Entre 1985-1990, hubo 1.500 denuncias de desapariciones forzadas ante las Naciones Unidas, según datos del Ministerio de Relaciones Exteriores

Comando Rodrigo Franco. Después del estallido de la bomba en la CAJ, colocada por Jesús Sosa la madrugada del 18 de febrero, Diego García Sayán, su director ejecutivo, fue a hablar con el ministro del Interior, Agustín Mantilla. Las acusaciones de que era el jefe del terrorismo paramilitar no habían logrado removerlo de su cargo, que sólo abandonaría dentro de tres meses, cuando concluyera el período de gobierno. Mantilla lo recibió con suma cordialidad, y García Sayán fue directamente al grano:

—Quién nos puso la bomba: ¿tu gente o el Ejército?

No he sido yo —dijo Mantilla—. Yo no voy a ser tan tonto de ponerles una bomba cuando se están llevando a cabo las reuniones en Ginebra. Sería atentar contra el gobierno. Fue el Ejército.

García Sayán le pidió a Mantilla actuar contra esos atentados, como ministro del Interior. Y le anunció que haría pública la información que acababa de recibir.

A Mantilla no pareció preocuparle aquello.

No podemos controlar al Ejército —dijo—. Y en cuanto a lo segundo, tampoco puedo admitir públicamente este problema. Si revelas lo que te dije, te voy a desmentir.

En el mismo verano hubo otros atentados que no suscitaron interrogaciones mayores y cuyos fines fueron ajenos a la causa antisubversiva. Por ejemplo, el caso de la bomba que destruyó la factoría San Jorge, un taller de reparación de vehículos lujosos en el distrito de Barranco. Atendía autos de ciertos militares en actividad. El Ejército consideró que su propietario, un huanuqueño quimboso, Jorge Bernal, hacía reuniones íntimas con esposas de oficiales que estaban de servicio en zonas de emergencia. Algunas de ellas tenían un buscapersonas proporcionado por Bernal, con el fin de que pudieran ser convocadas. La orden que recibió Enrique Martín fue dinamitar la casa de Bernal, distante a un kilómetro del taller; pero estaba dentro de una quinta, y según dijo Jesús Sosa, que hizo el reconocimiento, inevitablemente la explosión afectaría varias viviendas.

No hubo más remedio que dinamitar el taller para proteger el honor del Ejército. La explosión, aunque destruyó varios autos, no acabó con el negocio de Bernal, que continúa exitosamente hasta hoy, en la segunda cuadra de la avenida República de Panamá.

—¿Para qué quiere usted recordar lo que yo ya olvidé? —dijo Bernal al autor de este libro, diez años después de aquella violenta advertencia. Desde el segundo piso del taller, donde están sus oficinas, se observa la actividad en torno a unos treinta automóviles, capós abiertos que muestran entrañas de BMW y Mercedes Benz.

Bernal atendió la entrevista de pie, en la puerta de su oficina. Adentro, unos invitados conversaban animadamente. No admitió que organizaba adulterios de mujeres de militares.

—Mi esposa sabe que yo soy un hombre suyo —añadió, moviendo un

vaso de whisky en el que giraron cubos de hielo. Y luego, dio por concluido el tema—: eso es lo que importa.

Los agentes no eran informados de los motivos que el SIE tenía para destruirles la casa a algunas personas. En cierto modo, estas motivaciones trascendían después. A veces de inmediato, como ocurrió con la explosión que destruyó el primer piso de la vivienda de Rosario Ydoña, secretaria del ministro de Defensa, el general del Ejército Julio Velásquez Giacarini. Desde luego, a nadie se le podía ocurrir que un atentado de esta naturaleza lo cometiera el SIE; para el consumo público se trató de un acto terrorista más de Sendero Luminoso. Pero fue el propio Ejército, en cuyas planillas figuraba Ydoña.

Cuando el SIE ordenó al grupo de Martín dinamitar su casa, Jesús Sosa sólo tuvo que caminar cincuenta metros desde La Fábrica para pedir su dirección a un suboficial de la comandancia general que era amigo suyo, quien se la entregó: avenida La Mar 357, interior B, Miraflores. Para los agentes, aunque nadie les explicó nada, se trataba de escarmentar a Velásquez Giacarini por su cercanía al impopular Alan García. La bomba estalló la noche del 10 de marzo, y, pese a las influencias del ministro, las investigaciones de la Policía nunca llegaron a identificar a los autores.

Gladys Ydoña, hermana de Rosario y como ella empleada del Ejército, no sabía si el atentado debía ser atribuido a Sendero Luminoso o a los militares. Las hermanas vivían juntas en la vivienda dinamitada y compartieron la psicosis posterior. Gladys no dejó de considerar que ella y no su hermana podía haber sido la causa. Al fin y al cabo, su trabajo, periodista de la Oficina de Informaciones, la ubicaba como un blanco potencial de Sendero Luminoso. Finalmente concluyó que sus atacantes estaban en el Pentagonito. Lo sospechó cuando su amigo, el coronel Rafael Córdova, evitó darle la cara.

—Yo busqué a Rafael para hablarle del atentado, pues era jefe del SIE, pero me huía, y una vez hasta me colgó el teléfono mientras hablábamos —dijo al autor Ydoña, quien hasta ahora desconoce qué organismo del Ejército cometió el crimen<sup>5</sup>.

Pero sí lo supo un suboficial que dio a Sosa la dirección de Ydoña. Lo dedujo cuando vio la noticia en los diarios. Esto acrecentó la fama de temible que tenía el agente en ciertos sectores del Pentagonito.

—Estos son peligrosísimos —decía el suboficial a sus amigos, refiriéndose al grupo con el que andaba Sosa—. Tienen la concha de dinamitar la casa de la secretaria de Velásquez Giacarini.

Entre los atentados de aquellos meses, el más extraño fue la bomba puesta en el domicilio del ejecutivo de la aerolínea estatal Aeroperú, Raúl Gianella, en el número 317 de la calle Francia, en Miraflores. En los

---

<sup>5</sup> Durante la entrevista con el autor, el coronel Rafael Córdova no descartó que personal del SIE hubiera cometido diversos atentados sin su conocimiento.

anteriores, de un modo u otro es posible rastrear su siniestra lógica, que podía considerar objetivos militares a organizaciones de derechos humanos, o a seductores de esposas de los combatientes, o a ministros no gratos al Ejército. En cambio, la agresión a Gianella resulta incomprensible. Los propios operadores no hallaron nunca una explicación convincente. Sólo llegaron a conocer los datos que vinieron con la orden: su nombre, su dirección, su centro de trabajo.

Gianella, un cuarentón de clase media, trabajaba como jefe de reservas de Aeroperú, alejado de toda posibilidad de convertirse en enemigo del sm. Ni vinculación a subversivos, ni amistades políticas, ni negocios con militares, ni galanteos peligrosos. En Aeroperú se pensó que alguno de los grupos terroristas —Sendero Luminoso o el Comando Rodrigo Franco— se había equivocado de dirección, y que quiso cargarse a otro. Poco después, en el sm circuló esta hipótesis extravagante: el Ejército sentía que los jefes militares destacados en las zonas de emergencia —que viajaban imprevistamente a Lima o de regreso a sus bases— ya no gozaban de preferencias, como antes, al solicitar cupos de vuelo en Aeroperú. Los ponían en la fila, como comunes. Algunos de ellos se quedaron sin abordar, víctimas de la falta de consideración de la sección de reservas.

El coronel Córdova salió del SIE el 28 de julio de 1990, el día en que iniciaba su mandato Alberto Fujimori. Lo despidieron, y no por las acciones violentas de La Fábrica durante las semanas previas. Difundió los antecedentes de quien se insinuaba como el principal asesor del presidente, el capitán en situación de retiro Vladimiro Montesinos, creyendo que un hombre acusado de vender secretos militares a la CÍA e impedido de ingresar a los locales militares sería apartado por Fujimori<sup>6</sup>. Fue al revés, y Córdova terminó fuera del Ejército.

Es una historia conocida que cuando los resultados electorales de la primera vuelta definieron a Vargas Llosa y Fujimori como los candidatos que competirían en una segunda votación, ingresó en la escena política el abogado Vladimiro Montesinos, defensor de causas sin prestigio, principalmente de narcotraficantes y de policías denunciados con pruebas. Alguien así requería Fujimori antes de enfrentarse definitivamente con el escritor. Una súbita denuncia por evasión de impuestos amenazaba detener su marcha triunfal hacia el Palacio de Gobierno y, peor aún, transformarlo en reo. Ante todo por las evidencias. El tema lo atormentaba cuando uno de sus principales asesores, el sociólogo Francisco Loayza, propuso la

---

<sup>6</sup> Montesinos fue expulsado del Ejército en 1977 por viajar a Estados Unidos falsificando documentos, y condenado a un año de cárcel por desobediencia y falsedad. El Ejército volvió a procesarlo en 1983, acusándolo de vender secretos militares a la CÍA. Huyó a Ecuador hasta que el caso sobreesayó. Cuando retomó, en 1985, una orden prohibía su ingreso a instalaciones militares. Después se hizo abogado.

solución: Montesinos.

El hecho de que Montesinos tuviera contactos privilegiados en el ministerio público fue una de las razones de Loayza para recomendarlo. Otra, que estaba vinculado al Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), cuyo jefe, el general del Ejército Edwin Díaz, tenía instrucciones de apoyar a Fujimori impartidas por Alan García (a diferencia del sre y de los servicios de inteligencia de la Marina y la Fuerza Aérea, que dependen de sus respectivas comandancias, el SIN reporta al presidente de la República). Finalmente, Montesinos era su amigo íntimo desde los años del gobierno militar de los setenta, que ambos defendieron con fervor. Loayza supuso que si su amigo resolvía el problema de Fujimori, después sería un buen colaborador suyo cuando accedieran al poder.

Pero Montesinos no se proponía trabajar para Loayza. Según escribió Loayza en un libro testimonial<sup>7</sup>, quería, ante todo, influir sobre Fujimori. Luego de «resolver» el problema de la defraudación tributaria, Montesinos abasteció con material del SIN al comando de campaña fujimorista. Le entregó encuestas confidenciales y desgrabaciones de diálogos telefónicos entre personajes del bando de Vargas Llosa. En esta etapa logró captar la atención de Fujimori, engatusarlo con fábulas acerca de los servicios de inteligencia, sembrarle temores específicos. Obtuvo que calara en él un nuevo concepto: la importancia de la seguridad. Sus conversaciones podían ser intervenidas, sus enemigos podían tenderle celadas, su vida podía peligrar, sus colaboradores podían hablar demasiado. Montesinos consiguió cerrar un círculo íntimo para decidir algunos temas estratégicos: Fujimori, Loayza y él. Nadie más. Hasta aquí, claro, Loayza no sobraba.

Cuando Fujimori venció a Vargas Llosa y se hizo inevitable que abriera sus relaciones, Montesinos inventó la amenaza de un complot para asesinarlo, y lo convenció de que esperara la fecha de la transmisión del mando —28 de julio, día de la Independencia— viviendo en un local del Ejército, el Círculo Militar. Allí, fraternizando con él, preparó su próximo paso: convertirse en el único consejero presidencial en asuntos de seguridad. En pocas semanas indispuso a Fujimori con los militares más destacados, para que otros oficiales, sin el liderazgo de aquéllos, ocuparan las comandancias generales del Ejército, Marina y Aeronáutica<sup>8</sup>. Por entonces aún compartía opiniones con Francisco Loayza y el general Edwin Díaz, haciendo el trío que discutió con Fujimori los primeros nombramientos sobre defensa y orden interno. Y cuando hubo que definir los cargos para los tres maquinadores, Fujimori le pidió a Díaz continuar dirigiendo el SIN, con Montesinos como su segundo. En cambio a Loayza lo dejó en el aire. En el brevísimo lapso de un viaje que éste hizo al

---

<sup>7</sup> *Montesinos, el rostro oscuro del poder*, edición de Francisco Loayza, Lima, 2002.

<sup>8</sup> Para una explicación detallada de este proceso véase *Montesinos y las Fuerzas Armadas*, Fernando Rospigliosi, Lima, Ediciones IEP, 2000.

extranjero, Montesinos convenció a Fujimori de que Loayza actuaba en su nombre para beneficiarse con un tráfico de influencias<sup>9</sup>. Ahora sí le estorbaba su amigo de antaño, quien como exanalista del SIN y seguramente pretendería dictar cátedra en asuntos de inteligencia. Así pues, ya desde las primeras semanas del régimen, Montesinos sólo tenía a Díaz como competidor ante Fujimori. A su favor contaba con una ventaja: todas las noches despachaba a solas con el presidente. Sin embargo, a diferencia del general, carecía de relaciones en el Ejército. En realidad, apenas conocía a los altos oficiales. Desde 1986 se había dedicado a su clientela de corruptos.

Su mejor amigo en el Ejército era un coronel, Alberto Pinto, como él arequipeño y artillero. Al igual que Loayza, Pinto lo frecuentó en las horas difíciles, cuando otros antiguos camaradas lo evitaban. En 1990, luego de que Fujimori venciera a Vargas Llosa, Pinto resultó el contacto más valioso de Montesinos en el Ejército. Por él supo que la mayoría de oficiales no quería a Fujimori, una información que hizo más atractiva la idea de mudarlo al Círculo Militar<sup>10</sup>. Aparte de convenir al propósito de cercar a Fujimori, sería, al mismo tiempo, un mensaje. La oficialidad pensaría que, al ser huésped del Ejército, los altos mandos le brindaban su respaldo. Pero lo cierto fue que el Ejército se limitó a autorizar su alojamiento, y que la primera noche en que Fujimori llegó a pemoctar no había nadie para cuidarlo.

«Estaba asustado, pues se había creído el cuento de que querían asesinarlo. Parecía un ratón», dijo para este libro un testigo presencial. Pinto se puso él mismo a hacer de guardaespaldas, instalándose en la antesala de su habitación. Durante el día, Fujimori atendía visitas, y antes de acostarse recibía a su círculo de íntimos: Montesinos, Loayza y, de vez en cuando, el general Díaz. Antes, Pinto había hecho ingresar subrepticamente al local a Montesinos, pues todavía no lo aceptaban en instalaciones militares. Pinto no participaba de las reuniones políticas y hacía guardia afuera, hasta que la tertulia terminaba, entre la una y dos de la mañana. Montesinos, Pinto y Loayza se iban luego al Marcantonio, un restaurante y bar de Lince que atendía en la madrugada. Allí Pinto recomendó a Montesinos que pusiera al tanto a Fujimori de sus antecedentes en el Ejército. Lo hizo, presentándose como una víctima, y obtuvo el respaldo que buscaba.

Cuando asumió el cargo de jefe del SIN, Montesinos se convirtió en el interlocutor principal de Fujimori para las cuestiones de seguridad y Fuerzas Armadas. Él le transmitía a su superior, el general Edwin Díaz, las

---

<sup>9</sup> Según explica Loayza en su libro, lo acusó de viajar a Estados Unidos para hacer un negociado con un empresario de televisión, usando el nombre de Fujimori.

<sup>10</sup> Pinto hizo una encuesta propia entre oficiales del Ejército



indicaciones de Fujimori, al cual previamente entregaba los informes del SIN en las reuniones diarias que tenían ambos a partir de las once de la noche. También decidía con el presidente resoluciones que debía firmar el ministro de Defensa, Jorge Torres Aciego, un general en el retiro premiado con el puesto por haber colaborado con la limpieza de culpas tributarias de Fujimori desde su cargo anterior de director de Contribuciones, y a quien podían dictársele órdenes para destituir a los militares más capaces. En menor medida trataban temas del Ministerio del Interior, a cargo de un anodino general del Ejército al que pronto empezaron a buscarle remplazo, Eduardo Alvarado Fournier. Finalmente, abordaban asuntos de la cartera de Justicia; donde designaron ministro a un funcionario del SIN, Augusto Antonioli. Durante su cogobierno con Fujimori, Montesinos siempre se cuidó de mantener este ministerio bajo su influjo. Era la fábrica de decretos, y los decretos podían resolver mucho, en los buenos y los malos ratos.

Montesinos ingresaba a Palacio de Gobierno, en compañía de Alberto Pinto por la parte trasera contigua a la estación de Desamparados, y durante los primeros días el propio Fujimori les abría la puerta de la residencia presidencial una vez que cruzaban la verja de hierro que da al jirón Carabaya. Con ellos entraban también otras dos o tres personas, que cumplían funciones de seguridad. Por entonces, Fujimori estaba convencido de un nuevo riesgo inventado por Montesinos: el de un golpe de Estado, que supuestamente organizaba un general que fue jefe de la Segunda Región Militar hasta julio de 1990, Jaime Salinas Sedó. Aunque ya habían dado otro cargo a Salinas, remplazándolo por el general Valdivia, aun así, Fujimori temía que una noche lo sacaran violentamente de Palacio de Gobierno y le pidió a Pinto que se encargara él mismo de su seguridad personal mientras dormía. De modo que Pinto, que durante el día dirigía el Grupo de Artillería N° 2 de Chorrillos, al culminar sus labores tenía que cuidar al presidente hasta la madrugada. Para tal efecto convocó a dos oficiales amigos, Carlos Lupo y Antonio Rebaza, y completó el equipo con Alfonso Calderón Otoya, un mayor retirado, íntimo de Montesinos, a quien éste había hecho nombrar administrador de los bienes confiscados a los narcotraficantes en el Ministerio del Interior. En una noche común, Pinto recogía a Montesinos en su departamento de la avenida Javier Prado, y conducía su auto hasta Desamparados, donde, a las ocho de la noche, los esperaba el resto. Fujimori los hacía entrar sin comunicarlo a la Casa Militar, la dependencia del Ejército a cargo de la seguridad presidencial. Acto seguido Montesinos ingresaba a despachar con Fujimori mientras Pinto disponía a su gente en la residencia. Cuando Montesinos partía para su casa, en el tercer piso, delante de la puerta del dormitorio de Fujimori, se quedaban a dormir en sendas sillas los comandantes Pinto y Rebaza. Lupo se estacionaba en la primera planta, atento al menor movimiento militar

que pudiera interrumpir la democracia.

La paranoia de Fujimori relacionada con un posible golpe de Estado duró varios meses. Cada cierto tiempo salía a los pasillos para hablar con Pinto y preguntarle por nuevos planes para escapar de Palacio en el caso de una emergencia. Llegó a considerar que, si ocurría lo peor, convenía que los golpistas no pudieran ingresar rápidamente a sus habitaciones; entonces envió al comandante Lupo a comprar tres gruesas cadenas para anudarlas en la puerta de su dormitorio, con sus respectivos grandes candados. Encadenaban, pues, cada noche, la entrada a la alcoba presidencial. Lupo dormía con las llaves en el primer piso, un dato que los golpistas desconocerían.

Pinto se reía para sus adentros, pues sabía que los temores del presidente eran alimentados metódicamente por Montesinos. Sin embargo, no estaba satisfecho. La falta de sueño hacía estragos en su salud, tenía estrés, la aparecieron manchas azules en la piel. Le preocupaba sobremanera que el Ejército desconociera su vida clandestina en Palacio de Gobierno. Decidió, al respecto, confesarle la verdad al general Víctor Malca, su superior inmediato en Chorrillos. Malca fue comprensivo, aunque informó de la situación al comandante general, que no puso objeciones. Al fin y al cabo, a la cúpula de la institución le interesaba que uno de sus oficiales leales tuviera la confianza del presidente. Pinto continuó con su vigilancia nocturna, conociendo cada vez más al extraño personaje que dirigía los destinos nacionales. De paso, alimentaba a Montesinos con la información que necesitaba para adueñarse de las Fuerzas Armadas.

Una noche de julio de 1990, días antes de que Fujimori asumiera el gobierno, Montesinos fue a buscar a su amigo Rafael Merino en su casa del distrito de Miraflores. Merino era funcionario del SIN desde 1980, y había sido su jefe en el equipo de asesores del gobierno militar de los setenta. Montesinos fue al grano: «Oye, hermano, cuando el gobierno se instale, voy a encargarme del SIN. Explicame cómo funciona». Merino lo hizo, y a su vez le preguntó a su visitante qué sería de *Cucharita* Díaz.

—Ese cojudo no va a durar nada —contestó Montesinos.

Díaz duró seis meses. Al comienzo estuvo dispuesto a compartir el poder con Montesinos en el SIN, a quien presentó auspiciosamente como subjefe del servicio ante el personal, indicando que era un hombre de confianza del presidente electo. Pero los problemas aparecieron pronto. Algunos coroneles protestaron porque tendrían que trabajar a órdenes de un capitán cuestionado, y acerca del cual, en el Congreso, habían surgido preguntas en voz alta sobre su papel y sus antecedentes. Montesinos se dio cuenta de que había sido un error su designación en un cargo directivo, e hizo desaparecer la resolución de su nombramiento. Luego eliminó toda la

documentación que había firmado, y en adelante se dispuso a mandar sin título en el SIN. Con todo, aunque actuaba por delegación de Fujimori, no podía tratar a Díaz como un subordinado. Era general de división, conocía de inteligencia, actuaba como un peso pesado. En diciembre le dijo que Fujimori pensaba remplazarlo y le hizo presentar su renuncia.

El sucesor fue un antiguo instructor de Montesinos, Julio Salazar Monroe. No se le conocían méritos y hubo que hacer una gestión especial para retornarlo al Ejército, pues por falta de atributos había sido invitado al retiro. El nuevo jefe del SIN pondría la firma en lo que decidiera Montesinos. Así, en los inicios de 1991, Montesinos ya controlaba completamente su centro de operaciones. Aún no tenía influencia sobre los comandantes generales como para hacerlos venir a su oficina, una figura común en los años venideros, pero disponía de la principal herramienta para compartir el poder con el presidente. En adelante él y Fujimori serían como siameses, a lo largo del año 1991 prepararían las bases de un gobierno fuerte y duradero.

Durante los primeros catorce meses de Fujimori, el grupo de operaciones especiales del capitán Martín permaneció inactivo, en realidad desactivado, y algunos de sus miembros pensaron que nunca más volverían a actuar como equipo. Las últimas operaciones, los bombazos indiscriminados en Lima descritos aquí, se produjeron cuando la campaña electoral de 1990 aún no arreciaba, y cesaron durante las semanas en que Fujimori y Vargas Llosa disputaban la segunda vuelta. Cuando Fujimori fue declarado vencedor, la inteligencia del Ejército prestó atención a sus acompañantes, y por eso el coronel Córdova anduvo tan ocupado buscando los antecedentes de Montesinos. Martín, por entonces destacado en el SIE2, pasó a analizar las conversaciones telefónicas que Fujimori mantenía con sus colaboradores y que eran interceptadas por el departamento de electrónica del sre. Jesús Sosa, en el sre1, buscaba los antecedentes de veinte colaboradores fujimoristas, detallados en una lista que contenía sus nombres y números de cédulas de identidad. Tanto esta lista como algunas transcripciones de las conversaciones de Fujimori con sus aliados forman parte del archivo de esta investigación. Martín, como se verá más adelante, entró en un compás de espera, atento a alguna posibilidad de reorganizar el grupo en función de golpear a Sendero Luminoso. Por su parte, Jesús Sosa ansiaba salir del SIE1 cuanto antes. Su jefe inmediato allí era el comandante David Bravo, quien le seguía pareciendo detestable.

Sosa, sometido a una extrema vigilancia por parte del comandante Bravo, no veía la hora de cambiar de sitio. La solución al problema apareció a mediados de julio, pocos días antes de que Fujimori juramentara como presidente, cuando se supo que el general del Ejército Eduardo Alvarado Fournier asumiría la cartera del Interior. Alvarado sería apoyado

por oficiales del Pentagonito como el coronel Héctor Cáceres Valenzuela, quien comandaría la DIGIMIN. Resultó que el agente Wilmer Yarlequé, compañero de promoción de Jesús Sosa, era asistente de Cáceres y buscaba otro ayudante. Le preguntó a Sosa si le interesaba. El agente aceptó, y lo cambiaron de puesto.

Un año y medio se demoró Montesinos en organizar cambios en los mandos del Ejército para dar un golpe de Estado. Jorge Zegarra, el comandante general en funciones al asumir Fujimori el gobierno, permaneció hasta fines de 1990, cuando pasó al retiro reglamentariamente. Le correspondía sucederlo al general Jorge Fernández Dávila, mas como fue considerado poco manejable, padeció una conspiración que lo sacó de carrera<sup>11</sup>. Así asumió el cargo el siguiente en la lista, el general Pedro Villanueva, quien comandó hasta fines de 1991. Cuando a Villanueva le faltaban pocas semanas para culminar su tiempo de servicios en el Ejército, Montesinos forzó su relevo, porque se negó a pasar al retiro a los oficiales que lo seguían en la línea de sucesión, y a quienes les correspondía dirigir el Ejército en los dos años posteriores. Montesinos no los quería. Buscaba un general dócil, un socio y no un obstáculo para el régimen que se avecinaba, y el elegido fue Nicolás de Bari Hermoza Ríos, del arma de Infantería. Lo nombraron, contraviniendo la tradición de la antigüedad y el mérito, y su primer acto fue pasar al retiro a los que estorbaban: los generales Luis Palomino, José Pastor y Jaime Salinas Sedó. Aquel fin de año también cambió la suerte del amigo insomne de Fujimori y Montesinos, el comandante Alberto Pinto. Ascendió a coronel, y puso fin a su experiencia como guardián del sueño del presidente en Palacio de Gobierno.

Desde su posición, Pinto hizo mucho por sus jefes, mandantes de los centros académicos del Ejército, a los que pertenecía su unidad. En 1990, los tres principales generales allí eran Nicolás de Bari Hermoza, Víctor Malca y Juan Briones, en ese orden, y terminaron siendo el primero comandante general del Ejército y los otros dos ministros de Estado en las carteras de seguridad interna. Este hecho demuestra la importancia que tuvo Pinto para Montesinos, quien debía proponerle nombres a Fujimori en un período en el que todavía no terminaba de saber quién era quién en el Ejército. ¿De dónde sacaba militares fiables? De los contactos de Pinto. Aunque su intervención no fuera siempre decisiva, por lo menos era escuchado, y allí estaba la influencia. Además, era un buen informante. Mientras trabajaba en Chorrillos, era requerido continuamente por Montesinos, y debía partir a Palacio de Gobierno.

—Me llamaba a toda hora y por cualquier cosa —comentó Pinto a un amigo—. Parecía mi mujer.

---

<sup>11</sup> Fue acusado de malos manejos en la Tercera Región Militar, que dirigió

Fue Pinto quien en agosto de 1990 propuso al general Valdivia, apodado el Mariscalito, como remplazante del peligroso Jaime Salinas Sedó en la jefatura de la Segunda Región Militar. La noche de la decisión en el círculo íntimo, Pinto fue a buscar al Mariscalito a su casa, para comunicarle la buena nueva y tomarse con él un whisky celebratorio. A fines de ese año propuso a Malea como ministro del Interior, y lo consultó después con el general, quien aún era su jefe en los centros académicos del Ejército. Pero Malea, como la mayoría de los militares, aborrecía la posibilidad de encargarse de una cartera llena de detestables problemas y detestables policías, y así se lo hizo saber a Pinto. Más bien quería dirigir una región del ejército. Pinto consiguió que lo nombraran jefe de la Primera Región Militar, con sede en Piura, con la condición de que luego aceptara el ministerio propuesto, lo que ocurrió. Dos años después Pinto sugirió a Briones para remplazar a Malea, cuando éste pasó al Ministerio de Defensa. «Es un hombre serio, un buen soldado», le dijo a Montesinos. A diferencia de Malea, Briones, por entonces general de brigada, no puso peros a la posibilidad, cuando Pinto se la anunció:

—Me quemaré, y quizá me cueste no ascender a general de división. Pero ya habré sido ministro.

En cambio, Pinto desaconsejó el nombramiento de Nicolás de Bari Hermoza como comandante general. Eran los días en que se buscaba al mejor remplazante de Villanueva ante la cercanía de su pase al retiro. Cuando Montesinos le pidió su opinión, comentó:

—Yo me llevo bien con él, y es un buen hombre, pero varios generales piensan que es un calzonudo.

—Perfecto —dijo Montesinos—. Es lo que yo quiero: un calzonudo.

En cuanto al futuro del propio Pinto, era obvio que estaba asegurado con tan poderosas relaciones, que incluían al general Hermoza. Antes de que se definiera su designación, Pinto le envió a Hermoza, por medio del comandante Rebaza, el mensaje de que no pasaría al retiro, un temor que atormentaba al general. Que se preparara, añadía el recado: tal vez, incluso, fuera nombrado comandante general. Este gesto correspondía muestras de aprecio que Pinto ya había recibido de éste.

Cuando Hermoza dejó los centros académicos del Ejército, Pinto fue a despedirlo. Le regaló un busto de Bolognesi y le agradeció por haberle dado la confianza como jefe de unidad. Hermoza le contestó con un elogio: «Eres un excelente oficial. No sé por qué el Ejército te ha postergado tanto —dijo, aludiendo al hecho de que Pinto seguía como comandante—. Pero quiero asegurarte que si la ocasión se me presenta, yo te voy a hacer coronel». Pinto respondió emocionado, pues nunca un general lo había halagado de esta manera.

—Ya el ascenso no importa, mi general, sino lo que usted me ha dicho en la intimidad de su comando.

En los años setenta, cuando debía subir de capitán a mayor, lo

mantuvieron congelado, y recién en 1988 ascendió a comandante. Al año siguiente fue jefe de unidad. Era, pues, un oficial rezagado, que nunca llegaría a general de división, y muy difícilmente a coronel al primer intento. Varios colegas suyos tenían más posibilidades, a partir de estudios y otros méritos. Por eso, sólo una carta de felicitación del presidente de la República podría convertirlo en coronel, al dispararle el puntaje hasta el nivel necesario. La carta se firmó —volveremos sobre ella más adelante— y Pinto pudo ascender el fin de año. Ya lo sabía el 19 de diciembre, cuando observó la asunción de mando de Hermoza en el Patio de Honor del Pentagonito. A su lado estaba Montesinos. Cuando la ceremonia terminó, ambos subieron al despacho de la Comandancia General, en el sexto piso, y allí se reunieron con Hermoza y la esposa de éste, Blanquita. Los cuatro brindaron con champaña. Hermoza improvisó un breve discurso y Pinto metió también la cuchara. Por segunda vez le agradeció a Hermoza la confianza depositada en él, refiriéndose ahora al cargo en el que iba a ser nombrado, luego de que lo ascendieran a coronel. Sabía cuál era ese cargo porque, la semana anterior, Montesinos lo había llamado con urgencia a su oficina.

—Prepárate —le dijo Montesinos—. Vas a ser jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército.

El trabajo era excesivo para el agente Jesús Sosa en el Ministerio del Interior, mientras acompañó al coronel Cáceres hasta el término de la gestión de Alvarado Fournier, que no completó el año. Con Yarlequé lo seguían en largas jornadas haciendo de asistentes, guardaespaldas y choferes. De todos modos, para Sosa era un retiro de las misiones violentas. Terminaba cansado en una cosa distinta de la de siempre, y no extrañaba Ayacucho ni La Fábrica.

Cuando dejó el ministerio, fue destacado al Comando Conjunto, donde la presión era menor. Allí le sobrevino la crisis.

De un momento a otro, era atacado por una desesperación incontrolable. Se le venían a la mente muertos, heridos, emboscadas, interrogatorios. A causa de estas apariciones, ocasionalmente podía perder la ilación en un diálogo. La presencia de otras personas lo ayudaba a sobreponerse. Poco a poco, la angustia pasaba.

En una ocasión en la que viajaba en un microbús, camino a la Villa Militar, no pudo soportarlo. Las imágenes volvieron y en medio del viaje le entraron unas ganas irresistibles de gritar. Logró bajarse cuando estaba a punto de hacerlo con todas sus fuerzas.

Caminó algo y se calmó. Decidió salir más los fines de semana y emborracharse de cuando en cuando. Pensó que estaba a punto de perder la razón, pero no consultó a ningún especialista ni le contó a su familia. Había visto a muchos enloquecerse en el Ejército y él, que a lo más padecía de insomnio, siempre se había cuidado de tener ocupada la cabeza con

obligaciones pendientes y asuntos cotidianos. Se sentía más fuerte que el resto, pero sospechaba que si la mente se le quedaba vacía, si escuchaba mucha música o si se ponía a divagar, podían asaltarlo sentimientos indeseables.

Poco después, cuando Martin lo convocó de nuevo, sintió que había recuperado completamente el dominio de sí mismo.

Las operaciones especiales del Ejército pasaron inadvertidas en los primeros dieciocho meses del nuevo gobierno. Fueron atribuidas a Sendero Luminoso o a la Policía, lo que permitió grandes conclusiones equívocas. Por ejemplo, que con el golpe de Estado de 1992 recién llegaron las matanzas militares en Lima. En realidad, La Fábrica nunca dejó de funcionar. No hemos explicado aún que el SIEI dispone de un cuerpo de búsqueda denominado Puesto de Inteligencia Lima (PIL). Éste tiene una o más sedes fuera del Pentagonito, con varios agentes a cargo de un comandante. También el jefe del SIE da órdenes directamente, ultrasecretas, y toma cuentas en persona. Por lo común, las disposiciones son para vigilancias, pero un PIL puede recibir la orden de matar a alguien. Jamás quedará escrita ni será reconocida. Sin embargo, el comandante general del Ejército siempre será informado antes y después, y por ende autoriza. Por eso puede afirmarse que quien ostentaba el cargo en 1991, el general Pedro Villanueva, ordenó al SIE aplicar una novedosa campaña de asesinatos de supuestos aliados del terrorismo. Era más impactante, más personalizada que los explosivos colocados por el equipo del capitán Martin en 1990, aún durante el gobierno de Alan García. Consistía en enviar cartas bomba a los que debían morir.

En 1991, a los cuarenta y ocho años, Augusto Zúñiga Paz era uno de los principales abogados de derechos humanos en el Perú. También daba consejos jurídicos al semanario *Sí*. Todos los jueves, a las siete de la noche, cuando las principales notas estaban elaborándose, Zúñiga iba de mesa en mesa —en una mano un cigarrillo y en la otra una taza de café— preguntando a los periodistas si tenían alguna consulta legal. Siempre había un tema que requería sus indicaciones. El 15 de marzo de ese año recibió la carta bomba que debía matarlo.

Ese día, Zúñiga rasgó un sobre dirigido a él, aparentemente con documentos. Cuando lo abrió, sospechó que su contenido era peligroso, y tuvo la reacción que lo salvó: trató de deshacerse del paquete, logrando alejarlo de su cuerpo. La explosión le voló el brazo izquierdo.

Un par de semanas antes del atentado, Jenny Cabrera, secretaria de la dirección de *Sí*, se negó a proporcionar la dirección de Zúñiga a un desconocido que la pedía por teléfono, para hacerle llegar una carta.

—Él viene acá dos veces por semana —dijo Cabrera—. Deje aquí la carta y yo se la entrego.

Pero la carta llegó a la oficina habitual de Zúñiga en la Comisión de Derechos Humanos. Dos horas después de que estallara, el director de la revista *Sí*, Ricardo Uceda, lo visitó en la sala de emergencias de la clínica Ricardo Palma. Exánime dentro de las sábanas ensangrentadas y a punto de ser llevado a la sala de operaciones, el abogado ya tenía una idea de los autores del atentado. «Es la Policía —le dijo al periodista con un hilo de voz—. Tienes que investigar».

Lo pensaba porque en la mayoría de sus procesos defendió a víctimas de excesos policiales. Pero cuando se produjo el atentado litigaba contra el Ejército, pidiendo la reposición de un oficial dado de baja en 1977. El cliente de Zúñiga era el mayor José Antonio Fernández Salvatecci, el principal enemigo del hombre más poderoso del país, Vladimiro Montesinos. Desde que, en 1976, fundamentó las acusaciones que terminaron con la expulsión de Montesinos del Ejército, Fernández Salvatecci no cesó de denunciarlo como un traidor. Montesinos, a su vez, persiguió judicialmente al mayor hasta su muerte, en 1999<sup>12</sup>.

El atentado contra Zúñiga formó parte de un plan de asesinatos del Ejército que por diversas razones fracasó. No murió ninguno de los objetivos. Después del fallido intento con Zúñiga en el mes de marzo, hubo otro yerro el 21 de junio, cuando un sobre con c4 dirigido al semanario *Cambio*, vocero oficioso del MRTA, fue entregado en la dirección equivocada, en una vivienda que quedaba frente a sus oficinas, en la cuadra 23 de la avenida Du Petit Thouars. La bomba despedazó a un ciudadano común, Víctor Ruiz León. El 10 de octubre, una carta explosiva sí llegó a *Cambio*, pero no la abrió su destinatario, el director Carlos Arroyo, sino la periodista Melissa Alfaro, que murió destrozada. Finalmente, el 14 de octubre, el sobre que debía asesinar al diputado izquierdista Ricardo Letts despertó sospechas en el personal de su oficina, que dio parte a la Policía. El explosivo fue desactivado en el techo del Congreso, donde, al estallar, abrió un enorme boquete.

Al igual que Zúñiga, pocos sospecharon del Ejército, que nunca había actuado así en Lima. Las bombas fueron preparadas y entregadas por el capitán de infantería Víctor Penas, quien reportaba al jefe del PIL, mayor Eduardo Bailetti<sup>13</sup>. A su vez, Bailetti dependía del jefe del SIEI, el comandante Félix Valderrama. El jefe del SIE y el comandante general durante todo el año fueron, respectivamente, el coronel Víctor Silva

---

<sup>12</sup> Fernández Salvatecci era jefe del SIEI en 1976, cuando acusó a Montesinos de haber entregado secretos militares a la CIA. En 1978, cuando ya había sido dado de baja por conspiración política, publicó el libro *Yo acuso*, cuyo personaje central es Montesinos, y luego continuó denunciándolo. Montesinos lo querelló en 1985 y logró impedir que en 1998 el mayor viajara a Cuba para un tratamiento médico.

<sup>13</sup> Entrevistado por el autor en julio del 2000, el capitán en situación de retiro Víctor Penas negó ser el autor de los atentados.



Mendoza y el general Pedro Villanueva. Esta fue la cadena de mando cuando se autorizaron los operativos. El director de la DINTE era el general Juan Rivero Lazo. Es posible que éste estuviera al tanto, aunque un comandante general puede despachar directamente con el jefe del sm para la indispensable autorización.

El primer indicio de la participación de Penas en los atentados fue un comunicado suscrito en 1993 por León Dormido, una agrupación de militares antifujimoristas. Dijo, a secas, que por orden del SIN Penas había enviado las bombas a Zúñiga y a la revista *Cambio*. No explicaba por qué el SIN —que dependía de Montesinos y del presidente— y no el SIE era el responsable. El mismo año, Edmundo Cruz y Ricardo Uceda, de la revista *Sí*, conocieron detalles de los operativos, los que fueron descritos por un oficial del Ejército que pidió no revelar su nombre ni su testimonio. Este oficial narró los mismos hechos a un funcionario de la embajada de Estados Unidos en Lima. La información de estos testimonios no puede ser revelada aquí por la reserva ofrecida a la fuente. Sin embargo, esta investigación puede ofrecer otra evidencia que no está sujeta a un acuerdo de confidencialidad.

Lo que sigue es la reproducción de una plática entre cuatro miembros del Ejército, en diciembre de 1994. A tres los conocemos: Enrique Martín, Carlos Pichilingüe y Jesús Sosa. Al cuarto no: el coronel Enrique Oliveros, por entonces jefe del SIE. La conversación tuvo lugar en el cuartel-penal Simón Bolívar, donde los tres primeros fueron a dar con sus huesos en calidad de detenidos por hechos que posteriormente se detallarán. Oliveros, que los visita, habla con ellos de varios asuntos, uno de los cuales tiene nombre y apellido: Víctor Penas, capitán del Ejército, a la sazón huésped del penal, sentenciado por un asesinato de narcotraficantes.

La conversación fue grabada en circunstancias que no pueden ser reveladas. El audio original fue escuchado y desgrabado por el autor, que reconoció la voz de los personajes. A continuación, un extracto:

PICHILINGÜE: ... ¿Hasta qué punto? Penas es de mi promoción. Yo lo conozco hace muchos años y sé el tipo de gente que es. Él normalmente escribe todos los días. Intercambia información en la madrugada con Bueno<sup>14</sup>. Y más o menos yo sé lo que está escribiendo. Aparte de lo que hacemos acá, está escribiendo otras cosas del comando. De lo que él hizo en el SIE y todo eso. Estuvo trabajando un año en el SIE.

OLIVEROS: En el PIL.

PICHILINGÜE: Algo más, creo, ¿no?

MARTÍN: En el año 88... Espérate, yo he enviado una carta en el año 87... en el año 88... Ha llegado por el 89.

PICHILINGÜE: Él ha ingresado más o menos en octubre del 89.

MARTÍN: Él regresa al Ejército.

<sup>14</sup> Alusión al comandante Walter Bueno, detenido en el penal como los interlocutores.

PICHILINGÜE: Mató a su cuñado.

MARTIN: Aja.

OLIVEROS: Y regresa al sm.

MARTIN: Entonces entró al servicio para hacerse un estudiante.

Entonces, supuestamente, era un agente del servicio...

SOSA: Infiltrado en la universidad.

PICHILINGÜE: En San Marcos.

MARTIN: Entonces, cada cierto tiempo, él mandaba unas estupideces. Y de paso tenía lo que le correspondía como agente: viáticos.

SOSA: El problema de Penas es que él hizo las cartas bomba.

MARTIN: Sí, pues, eso, eso...

SOSA: Ese es el problema, pues.

MARTIN: Con eso también chantajeó: sí, yo he hecho las cartas bomba.

Una fue dirigida a Zúñiga y la otra fue a Ricardo Uceda... A Zúñiga le volaron la mano, a Uceda no pudo. Llegó a la secretaria y la carta bomba mató a la secretaria<sup>15</sup>. Y otra fue a...

SOSA: A *Cambio*.

MARTIN: A *Cambio*. La carta ha ido dirigida al director de *Cambio*.

PICHILINGÜE: Dicen que él ha declarado...

El fragmento de la grabación demuestra que en el SIE se sabía que Penas hizo las cartas bomba de 1991, y que era un peligro potencial, porque el capitán podía declarar a la prensa. En 1994, cuando estaba preso en el cuartel Simón Bolívar, amenazó con hacerlo si lo sentenciaban severamente. Lo peor era que no sólo conocía sobre los militares y el narcotráfico o sobre las cartas bomba. Como egresado de la Escuela de Comandos, a Penas le constaban muchas cosas más. Por ejemplo, sabía cómo fue asesinado Saúl Muñoz, el alcalde de izquierdista de Huancayo, el 24 de julio de 1984. Todo el mundo ha creído que lo victimó Sendero Luminoso, cuando lo cierto es que Muñoz fue uno de los objetivos que los instructores les impusieron a los comandos que egresarían ese año, la tarea de final de curso. De Huancayo, a donde viajó Penas con otros más para este cometido, debían ir a Ayacucho para liquidar al periodista Luis Morales Ortega, a la alcaldesa de Huamanga, Leonor Zamora, y al abogado Mario Cavalcanti. Pero la repercusión del asesinato de Huancayo asustó a los autores intelectuales en Lima, que ordenaron detener lo demás. El turno de Zamora y Ortega llegó varios años después.

Finalmente, Penas calló. No es imposible que hable algún día.

De modo que en 1991, cuando Fujimori no era dictador y Montesinos aún no controlaba el Ejército, el SIE lanzó una ola de asesinatos a

<sup>15</sup> Expresión confusa y errónea. Ninguna carta bomba mató a una secretaria de la revista *Sí*. Martin se refiere a lo que Penas le dijo al general Rodríguez. Probablemente alude a la carta bomba que por error mató a Melissa Alfaro, de la revista *Cambio*. O probablemente a una carta enviada a *Sí* que nunca llegó

izquierdistas en Lima. Decenas de personas desaparecieron en Huancayo durante el comando del general Luis Pérez Documet, treinta de ellas estudiantes de la universidad estatal. En Huamanga fueron asesinados el periodista Luis Morales y la exalcaldesa Leonor Zamora, por cuyas muertes se procesa al agente del SIE Fabio Urquizo<sup>16</sup>. En julio de ese año, *The New York Times* editorializó: «La desesperanza campea en el territorio peruano, donde se incrementaron la brutalidad de las Fuerzas Armadas y la de los grupos rebeldes». Al mismo tiempo, Amnistía Internacional declaró de nuevo al Perú el país con mayor número de desaparecidos en el mundo. Exactamente como en los gobiernos de Belaúnde y García.

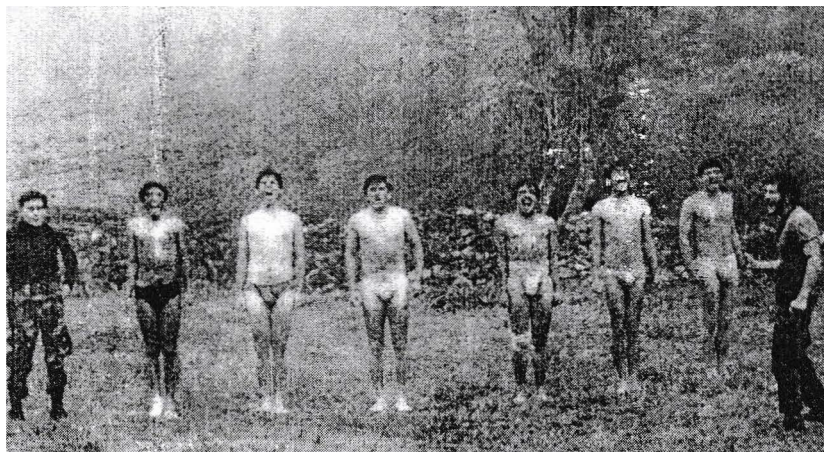
Pero las Fuerzas Armadas preparaban una variante respecto de su actuación anterior. Al mismo tiempo que apoyaron a Fujimori-Montesinos para cambiar leyes consideradas favorables al desarrollo de la subversión, concibieron un grupo especial de aniquilamiento de terroristas. Era el momento de demostrarles que el Viejo Estado no era un abuelo chocho. Nada de intentos aislados, ni de perfil bajo. Nada de policías; sería exclusivamente militar. Por supuesto, se requerían otras iniciativas y otras políticas. La acción de este grupo debería formar parte de un proyecto integral.

Con este objetivo, el Ejército creó en octubre de 1991 un destacamento de operaciones especiales que posteriormente sería conocido como Grupo Colina. Los padrinos fueron el Comando Conjunto y el SIN. Años después, cuando el experimento fracasó, los patrocinadores se echaron para atrás, con el fin de que sólo aparecieran como responsables los que fueron reclutados. Ellos son los que llevan el peso de los juicios que se iniciaron el año 2001.

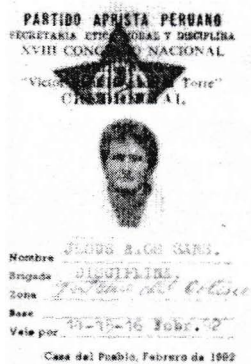
¿Quiénes eran estos hombres? Llegado el momento, no hubo que buscar mucho. En el Ejército, un grupo del SIE ya había hecho operaciones especiales. Eran experimentados, confiables y tenían las ganas de hacerlo. Hasta existía un oficial que los dirigió y que se ahuesaba en el SIE2: el capitán de ingeniería Enrique Martín.

---

<sup>16</sup> Las investigaciones sobre violaciones de derechos humanos del período de Fujimori y Montesinos (1990-2000) no han profundizado en el año 1991. Los resultados implicarían a militares que no acompañaron a Fujimori en el golpe de Estado de 1992. A algunos, como el comandante general de entonces Pedro Villanueva, les sería imposible echarle a Montesinos toda la culpa.



1986. Entrenamiento de los paramilitares del APRA en Leimebamba. El policía de la izquierda es Jorge Huamán Alacate, Fokker. A la derecha, haciendo gritar a su gente, Miguel Ríos Sáenz.



El carné del APRA de 1992.



El Chito Ríos posa con un fusil en la selva, en uno de los operativos conjuntos con la Policía.



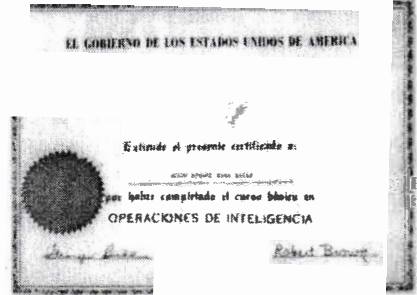
Izquierda, en 2003, en el domicilio del líder histórico Armando Villanueva. Ríos es el primero de la derecha.



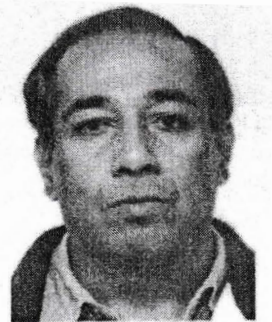
1986. Dos instructores estadounidenses entrenaron a los paramilitares y posan con ellos en la foto. El que levanta la mano es el sucesor del Chito Ríos, Enrique Melgar. Ríos está con lentes oscuros. Sentado, en el extremo derecho, el comandante de la Policía Luis Hermoza, enlace con la DIGIMIN.



El asesinado Manuel Febres.



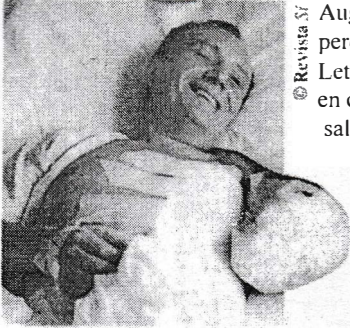
Certificado que entrenadores de Estados Unidos entregaron a Ríos luego de un curso de operaciones de inteligencia.



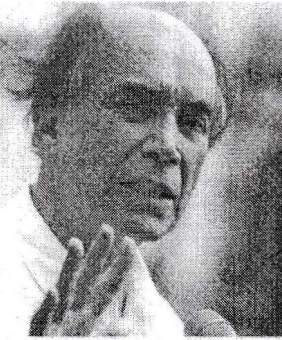
Walter Lauri. La foto es verdadera, pero su identidad falsa. Figura como Walter Ruiz Miyasato en el Registro electoral del Perú



2004. Agustín Mantilla en su celda en Lima, donde cumple condena por corrupción.



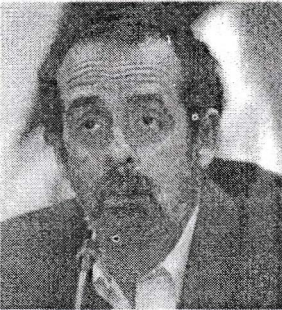
© Revista Si Augusto Zúñiga perdió el brazo. Letts, debajo, en cambio, salió ileso



© La República



El capitán Víctor Penas, a órdenes del SÍEI en 1991, autor de las cartas bomba que estallaron aquel año en Lima.



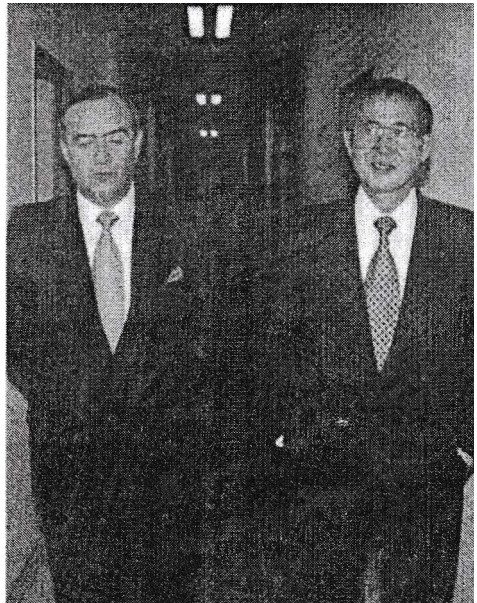
© La República

Javier Diez Canseco moriría en 1992.

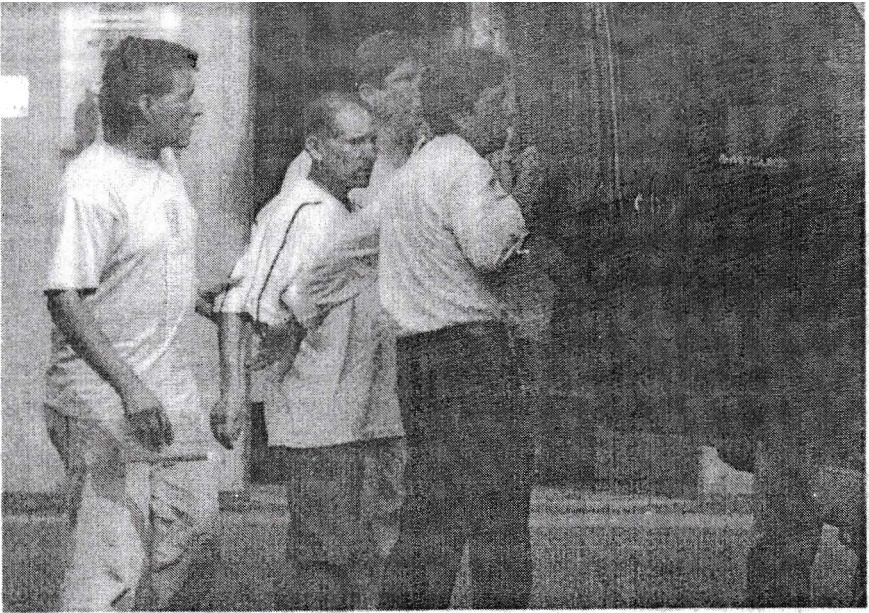


© La República

Otro objetivo: Yehude Simon.



Los siameses Fujimori y Montesinos en los pasillos del SIN, al final del segundo periodo de gobierno.



© La República

2003. Pascual Arteaga, al centro, es llevado por la Policía al juzgado, donde se le procesa por su pertenencia al Grupo Colina. En 1991 señaló a los que serían ejecutados en Barrios Altos. Un senderista entrevistado para este libro lo reconoció como un infiltrado.

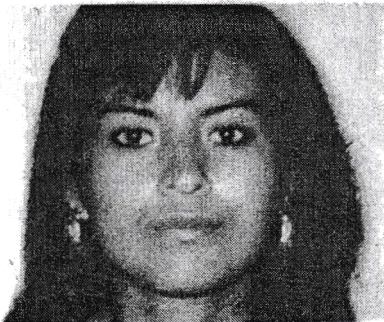


© La República



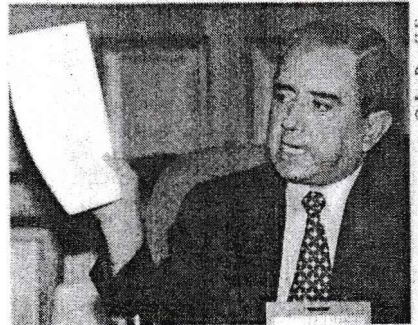
© La República

Nicolás de Bari Hermoza (uniformado) y Pedro Villanueva, su antecesor en la Comandancia General.



© La República

Máriela Barreto, amante de Martín, asesinada por desconocidos en 1997.



© La República

General Juan Rivero Lazo. En la prisión, en sus diálogos con el Grupo Colina, pedía calma y confianza en la solución política.

## CAPÍTULO 12

# El Viejo Estado contraataca

En el otoño de 1991, el capitán Enrique Martín laboraba en una oficina de la DIRCOTE, en el tercer piso de un edificio de la avenida España, analizando documentos de Sendero Luminoso. Integraba un equipo de militares provisionalmente asentado allí, que redactaba un manual antisubversivo para el SIN. Su jefe era el comandante EP Fernando Rodríguez Zabalbeascoa y sus compañeros los capitanes Carlos Pichilingue y Ronald Robles, así como el teniente de la Armada Antonio Ríos. El agente de inteligencia, escucha Marcos Flores, uno de los mejores mecanógrafos del SIE, hacía de secretario.

Rodríguez Zabalbeascoa reportaba al jefe del SIN, el general Julio Salazar Monroe, pero también informaba ocasionalmente al director de la DINTE, el general Juan Rivero Lazo. Tan enterado estaba de esta labor el Ejército, que en el mes de junio el comandante general convocó a los altos mandos para evaluar el estado de la lucha contra Sendero Luminoso y el MRTA, y el expositor principal fue el capitán Enrique Martín. En agosto, cuando la mayor parte del manual estaba hecha, Rodríguez Zabalbeascoa y su equipo dejaron el local de la Policía y se trasladaron a un local del SIE contiguo a la sede del SIN, en la avenida Las Palmas. Allí terminaron el trabajo, pero en realidad ya los ocupaba otra misión. Alistaban el arma secreta del contraataque del Viejo Estado: un destacamento para eliminar terroristas.

Martín convocó a Jesús Sosa a mediados de agosto.

—Chato, me dieron la orden de reagruparnos —le dijo, cuando estuvieron reunidos, en un café del jirón Chota, cercano a la DIRCOTE. Pichilingue estaba presente—. Ya, por fin, lo he logrado.

General Juan Rivero Lazo. En la prisión, en sus diálogos con el Grupo Colina, pedía

El equipo realizaría operaciones especiales. La conversación abordó el tema de quiénes serían los convocados. Martín quería hacer una relación de nombres para saber en qué dependencia o lugar del país estaban sirviendo,



e ir preparando los memorándums necesarios. Y allí, contabilizando méritos y simpatías, los tres elaboraron una lista de doce agentes de inteligencia.

Jesús Sosa, que laboraba en el Comando Conjunto, demoró varias semanas en integrarse al grupo, porque debió esperar a su remplazo. Cuando, por fin, hacia mediados de septiembre, se libró de sus últimas obligaciones, fue a la avenida Las Palmas, en Chorrillos, donde lo esperaban en las instalaciones que La Fábrica tenía junto a la Villa Militar. Allí funcionaba un extraño condominio, un dispar conjunto de construcciones cercado por paredes y protegido desde torretas de vigilancia. El visitante accedía a una playa de estacionamiento descubierta, que limitaba por un lado con varias canchas de fulbito y por otro con el edificio principal, una casona de dos pisos que compartían el SIN y la Escuela de Inteligencia del Ejército. Había otros locales contiguos e independientes, como un pabellón con aulas de la escuela y, en una esquina, embozado detrás de un muro, un sector del Departamento de Electrónica del SIE con sus antenas y equipos. Además, una cafetería, un pequeño polígono de tiro y un taller de mecánica. Detrás de la casona, en otro edificio de dos plantas, crecía lentamente el SIN de Vladimiro Montesinos.

Estos locales pertenecían a la Escuela de Inteligencia, que había cedido una parte de los mismos al SIN, pero el SIN terminaría adueñándose de todo cuando creció desmesuradamente en los años siguientes. El proceso de desalojo de los anfitriones ya había comenzado cuando Jesús Sosa fue a ponerse a las órdenes de Enrique Martín. Vigilantes del SIN controlaba el ingreso a cualquier pabellón (su nombre ya figuraba en una relación de personas autorizadas a pasar). El agente observó que la Escuela de Inteligencia estaba desierta, lo mismo que las oficinas y dormitorios adjuntos. Los autos, en el patio central, pertenecían sin duda a la gente que ocupaba o visitaba las oficinas del SIN. El taller de mecánica ya no funcionaba. Sin embargo, éste era el lugar hacia donde se dirigía.

Cuando ingresó vio a una treintena de personas, buena parte desconocida para él. Lo sorprendió encontrar a tanta gente. ¿No iban a ser sólo doce? Fue su primer disgusto con Martín, quien, en opinión de Sosa, subestimaba los potenciales problemas que pudieran ocasionar agentes desconocidos e inexpertos. Pero no dijo nada, y empezó a saludar a sus amigos del SIE, a los antiguos del Grupo Escorpio —Antonio Pretell, José Alarcón, Ángel Pino, Carlos Caballero, Hugo Coral, Jorge Ortiz, Nelson Carbajal— y a otros elegidos quince días atrás, en el café del jirón Chota: Wilmer Yarlequé, Marcos Flores y Orlando Vera, el chofer. A cada uno de ellos lo habían seleccionado por algún mérito. Pretell, por ejemplo, no era agudo analista, pero podía abrir una puerta de un manazo. Los demás ya conocían el negocio.

Pero, al resto, ¿con qué motivos lo habría escogido Martín? Algunos parecían recién egresados de la Escuela de Inteligencia. Había seis chicas, todas evidentemente primerizas. Y otros ya mayorcitos, como Julio Chuqui, Juan Supo y Juan Pampa Quilla, con quienes nunca había trabajado. Vio al comandante Rodríguez Zabalbeascoa, apodado Potro, que iba de un lado al otro con aires de jefe de todo el mundo. Lo era, indudablemente.

—¿Por qué tanta gente? —le preguntó a Pichilingue.

—Es que ahora los objetivos son más amplios —dijo el capitán.

Como una familia numerosa que se mudó de casa, los agentes estaban ocupados en múltiples tareas domésticas. Unos pintaban las paredes, otros traían muebles, otros ponían focos. Algunos silbaban, pero no todo era armonía. Un grupo comentaba la reciente destitución de los agentes Juan Arce Janampa, apodado Cochachi, y Hugo Coral Goycochea, que fueron enviados a la zona fronteriza de Tacna para traer mercadería de contrabando con fondos excedentes del destacamento, con el fin de incrementar, según se decía, el dinero para las operaciones. Cochachi regresó diciendo que los aduaneros se habían quedado con parte de la mercadería y que otra parte fue destruida por un incendio en el Mercado Central de Lima. Tres mil dólares se habían ido al agua estúpidamente, pensó Sosa, mas se cuidó de decírselo a Martín; no quería discutir al comienzo de la experiencia.

Pero el enfrentamiento se produjo, y perdió Sosa. Fue en dos tiempos. Un día no se pudo contener y criticó que se hubiera llamado a tantos agentes. «Este es el equipo de operaciones especiales más numeroso del mundo —comentó—. Parece una compañía». Martín, sin darse por enterado, dijo que iba a separar en tres grupos a los convocados, y anunció que los jefes serían Sosa, Supo y Chuqui.

Sosa, que como Supo tenía el grado de técnico, protestó. Dijo que Chuqui era aún suboficial, y que habiendo otros técnicos convocados, como Yarlequé y Lecca, era a uno de éstos a quien correspondía ser jefe del tercer grupo.

—Acá se hace lo que yo ordeno —dijo Martín—. Acá no interesan los grados, ni los más antiguos, ni los más bacanes.

Añadió que cada grupo iba a ser independiente y con objetivos distintos. Y que podría haber una operación conjunta, con su comando<sup>1</sup>. Luego pidió a cada jefe escoger a su gente, y los grupos quedaron divididos en tres.

Otro día, luego de la conformación de los grupos, Sosa no llegó a una cita en la que, supuestamente, el capitán iba a tomar contacto con un

---

<sup>1</sup> En realidad, la división en grupos obedeció a la necesidad de facilitar el control administrativo de tantas personas. Los equipos nunca trabajaron por su cuenta ni con objetivos diferentes.

colaborador senderista, y en la que el agente debía brindar seguridad. Un malentendido con respecto a la hora y la disponibilidad de una moto hizo retrasar a Sosa, que llegó al lugar cuando Martin ya se había ido. En la base, Martin explotó:

—¡Te vas! —le gritó a Sosa.

Sosa, pescado en falta, no respondió, pero hervía. Pichilingue intentó apaciguarlo cuando Martin se hubo ido. Le dijo que el capitán sólo había dado rienda suelta a su cólera, y que era impensable que lo retirara del grupo. En efecto, Martin se olvidó de lo dicho, pero Sosa, que cuidaba sus enconos, no. En aquel momento sólo respondió a Pichilingue: «Yo sé cuál es el fondo de esto: Kike me quiere restar ascendiente sobre la gente. Por eso me ha tratado así delante de los más jóvenes. No lo va a conseguir. Lo vas a ver».

El trabajo volvió a la normalidad, pero poco tiempo después llegó la orden de movilizarse: los agentes entrenarían en La Tiza, una playa del Ejército. El día indicado cargaron todas sus pertenencias en tres autos Toyota asignados por el SIE —blanco, plomo y verde—, y en dos camionetas Cherokee nuevecitas, una roja y otra blanca, proporcionadas por la DINTE y recién retiradas de la aduana. Partieron con espíritu de *camping*, contándose chistes sin cesar, mientras los vehículos, tras dejar la avenida Panamericana, enfilaban hacia el sur, siguiendo la carretera pegada a la costa.

En La Tiza, el plan consistía en entrenar a los agentes para que volvieran a familiarizarse con el armamento y la acción violenta. Es una playa militar en forma de herradura, a 56 kilómetros de Lima, a la cual se accede por un camino carrozable desde la carretera Panamericana. Al tomar el desvío los autos transitan unos diez minutos por tierra árida, en dirección al mar, rumbo a un barranco. A un kilómetro del borde hay una tranquera, al costado de una caseta de vigilancia, donde habitualmente dos soldados registran el ingreso. Detrás de la garita el camino adopta una forma de serpiente mientras desciende por la quebrada hasta la playa. Abajo hay una sencilla construcción de un piso, cuyo principal ambiente es un comedor para unas cien personas. Además, una cocina, varios baños y una terraza sin techar. Una vez allí la soledad es completa. La playa más próxima, La Quipa, está separada por un cerro —uno de los brazos de la herradura— aunque desde cierto ángulo es posible observar sus embarcaciones y edificios, sus colores felices. Al otro lado sólo hay peñascos y, detrás de ellos, litoral empedrado. Esto, y una precaria cuadra para la tropa de vigilancia, dos cuartos de madera al pie de los cerros, fue todo lo que hallaron los miembros del destacamento.

La playa es administrada por el Círculo Militar, que a su vez depende de la Segunda Región. Para cederla en uso exclusivo, por cualquier razón, el comandante de la Segunda Región debe ordenarlo. En este caso, la

disposición vino del comandante general del

Ejército a la Segunda Región, pues ni el SIE ni la DINTE pueden usar libremente las instalaciones del Círculo Militar. Y las órdenes fueron precisas, hasta el extremo de indicar que toda la dotación de vigilancia de la playa, perteneciente a la División de Fuerzas Especiales (DIFEE), debía replegarse a sus cuarteles de origen. Mientras La Tiza estuviera cedida a la DINTE, no habría allí ningún personal de otra unidad. Por eso, cuando el grueso de la gente del SIE llegó a la playa, al teniente a cargo ya lo había relevado Chuqui, quien ubicó a agentes de su equipo en los puestos de vigilancia<sup>2</sup>.

Dos capitanes instructores de la Escuela de Comandos, Nerio Huacac y Mario Bombilla, comenzaron a dirigir el adiestramiento en las mañanas y en las tardes. Luego se iban. Durante quince días dispusieron prácticas de tiro, carreras, ascensiones a los cerros, flexiones, ejercicios físicos diversos. Otro instructor, un karateca al que apodaron Carótida («no se olviden del golpe a la carótida», decía obsesivamente), los adiestraba en técnicas de lucha cuerpo a cuerpo. Por las noches realizaban prácticas de incursión a locales en las que, invariablemente, el «objetivo» era la barraca de la tropa. A diferencia del entrenamiento de las mañanas, dedicado al tiro instintivo-selectivo, que responde ante imprevistos en una sola secuencia —desenfundar, artillar, seleccionar el blanco, disparar—, al final del día se simulaban tomas de locales. Dirigidos por Martín y Pichilingue, los hombres disparaban a blancos inmóviles, sacos con arena a los que se había señalado y que imaginariamente defendían la barraca. En su avance desplegaban un cerco de seguridad, y una vez adentro procedían a eliminar al enemigo hasta reducir toda forma de resistencia. La simulación incluía el tratamiento de los supervivientes: luego del cese del fuego una parte del equipo de asalto los esposaba y registraba y otra evacuaba a los heridos. Lo ideal era que ninguna de las incursiones demorara más de diez minutos.

Los tres grupos se alternaban para cumplir con el servicio de guardia y de cocina. Dormían en bolsas de campaña, en el piso del comedor. Fue aquí donde Martín y la agente Mariela Barreto, asesinada en 1997, iniciaron la relación que se convertiría en uno de los misterios de la década. Barreto, a la sazón de veintidós años, había egresado en 1990 de la Escuela de Inteligencia y era una de las seis AIO<sup>3</sup> femeninas asignadas al destacamento. Otra, Iris Chumpitaz, también tendría un romance con el capitán y sería la persona que tres años después reconocería en la morgue el cadáver de Barreto.

---

<sup>2</sup> En el 2001 el suboficial Marcos Flores dijo a la justicia que por orden de Enrique Martín escribió solicitudes a la DIFEE para usar La Tiza. En realidad, la DIFEE daba seguridad a la playa pero no disponía de su uso. Para retirarse completamente cuando iba el destacamento, como ocurrió, la DIFEE necesitaba orden superior.

Durante los entrenamientos, los agentes sabían que se los adiestraba para realizar operaciones especiales contra terroristas, pero desconocían los objetivos específicos. En su trabajo, en cualquier momento podían recibir una orden de secuestro, eliminación, amedrentamiento, vigilancia, identificación de objetivos o estudios de inteligencia. Ellos tendrían que ver la manera de ponerla en práctica, así como los detalles de forma, fecha y circunstancia.

A fines de octubre, cuando llevaban más de diez días en La Tiza, les pidieron verificar una información. El agente Abadía, seudónimo de Pascual Arteaga, infiltrado por el SIE en sectores ultraizquierdistas, aseguró que un grupo de vendedores ambulantes de helados hacía el seguimiento de las personas que iban a ser asesinadas por Sendero Luminoso en Lima. Los senderistas, dijo, se ofrecían a la compañía D'Onofrio, que mantiene unas seis mil carretillas amarillas por toda la ciudad, guiadas por un heladero con una chaqueta del mismo color y una gorra con el logotipo de la empresa. Las carretillas de D'Onofrio, en cuya superficie hay un sol rojo que, sudando de calor, devora un helado de vainilla, son características del paisaje limeño, y sus conductores un ejemplo representativo del subempleo peruano. Los heladeros están en casi todas las esquinas, y nadie sospecharía de alguno de ellos si lo ve en la puerta de su casa. De acuerdo con la información de Arteaga, los heladeros senderistas se reunían en una casa de Barrios Altos, en el número 840 del jirón Huanta, donde algunos de ellos vivían. Allí, el 3 de noviembre, se llevaría a cabo una pollada bailable para recaudar fondos. El objetivo manifiesto era el financiamiento de reparaciones que requería el inmueble, que era compartido por varias familias. Pero en realidad, según Arteaga, el dinero se destinaría a la compra de medicinas y ropa para los presos senderistas.

El capitán Martín encargó a Jesús Sosa estudiar el objetivo. Sosa se reunió con Arteaga un par de veces, en distintos lugares de Lima. El infiltrado no tenía nombres de los senderistas que organizaban la pollada pero sí seudónimos y descripciones. Los conocía. Además, Sosa hizo dos visitas a la casa de Barrios Altos<sup>3</sup>. Al final entregó a Martín datos no muy precisos sobre los presuntos terroristas que asistirían a la pollada y una descripción minuciosa del inmueble, con posibles vías de acceso y repliegue. El capitán ordenó que comenzara una vigilancia parcial de la casa.

La orden de actuar llegó el 2 de noviembre, un día antes de la operación. Martín dijo a los jefes de grupo que les habían ordenado intervenir una guarida de terroristas en Lima y que la operación sería el día siguiente. Era sábado. Por la noche, varios agentes fueron a examinar el barrio, donde había una comisaría en la plaza Italia, a la vuelta de la casa

<sup>3</sup> La Policía y el SIE vigilaron el inmueble, pero eventualmente y sin resultados precisos. Martín no empleó información de inteligencia de la Policía.

del jirón Huanta que iba a ser intervenida. En la misma plaza funcionaba el local de la Dirección de Inteligencia de la Policía. Para mayor complicación, dos guardias permanecían en los extremos de la cuadra en la que operarían, uno en cada esquina.

El domingo por la tarde, Martín determinó quiénes actuarían. Dos parejas de un hombre y una mujer ingresarían a la pollada como enamorados. Adentro, Abadía les indicaría quiénes eran senderistas. En el momento de la intervención dos agentes se quedarían en la puerta, para evitar el ingreso o salida de personas. Martín, Pichilingue y trece efectivos conformarían el equipo de asalto. Afuera, cinco más darían cobertura, permaneciendo desde antes del operativo en los alrededores y quedándose después, como transeúntes, para desinformar. Si alguien decía que la camioneta de los agresores era roja, dirían que tenía otro color; si algún otro les vio apariencia militar, asegurarían que asemejaban senderistas. Ellos neutralizarían los testimonios de los testigos, y describirían luego al destacamento las reacciones en el lugar, así como las primeras actividades de la Policía.

Los primeros en partir de La Tiza, el domingo por la tarde, fueron los agentes que harían reconocimiento y cobertura, en los autos del SIE. Las Cherokees con los efectivos de asalto salieron a las ocho de la noche. A las nueve llegaron a Barrios Altos y se estacionaron en la cuadra cinco del jirón Cangallo, a tres cuadras del objetivo.

El capitán no tenía instrucciones sobre el número de personas que debería ejecutar. Él no lo sabía. Le ordenaron eliminar a los senderistas que estuvieran presentes. ¿Quién los conocía? Arteaga. Si Arteaga estaba o no equivocado, no era su responsabilidad, él no iba a determinarlo. El comando asignó a Arteaga para que indicara los objetivos, y por eso debían hacerle caso.

Pero Abadía había dicho muy poco. No tenían ningún nombre, a nadie identificado con un cargo concreto dentro de la estructura senderista. El día del operativo, cuando las camionetas con los agentes estaban en el jirón Cangallo, llegó de la pollada uno de los enviados para el reconocimiento, con datos más precisos proporcionados por Abadía, quien informaba desde la pollada. Tenían la descripción de tres senderistas, pero la más característica era la de una chica con jeans y gorrita<sup>4</sup>. El agente confirmó que la pollada era en el primer piso y que en el segundo había otra fiesta. Recibió preguntas. ¿Era la misma reunión, que se desarrollaba en dos ambientes? ¿Eran distintas? ¿En ambas había senderistas?

El agente regresó a la pollada y volvió con más información. Según Abadía, la reunión de abajo era independiente de la de arriba, y la primera

---

<sup>4</sup> Corresponde a la descripción de Nelly Rubina Arquinigo, de veintiún años, quien murió en la incursión

congregaba a los que buscaban. Martín, desde la Cherokee roja, a cuyo timón iba Supo, llamó por radio a los de la camioneta blanca, conducida por Sosa, quien tenía a su costado a Pichilingue, y a ambos les pidió acercarse. Éstos bajaron y caminaron hasta donde estaba su jefe. «Vamos a entrar», dijo Martín. Acto seguido, Sosa y Pichilingue fueron a dar una vuelta para reconocer por última vez la cuadra ocho del jirón Huanta. Entonces consideraron con detenimiento el problema de la vigilancia policial. Un guardia patrullaba al comienzo de la cuadra, en el cruce con Miró Quesada, y había otro en la siguiente esquina, con la atención puesta en la plaza Italia. Durante la intervención, las dos camionetas debían pasar frente al primero de los guardias, estacionarse frente al inmueble de la pollada, esperar a que los agentes bajaran, entraran y volvieran a salir, y luego partir. En la siguiente esquina encontrarían al segundo guardia. Menudo problema: un guardia en cada esquina del objetivo.

Como a las diez de la noche, las Cherokees dejaron el jirón Cangallo. En sus techos, para despistar a los guardias, pusieron sendas circulinas imantadas. Parecían vehículos oficiales, por lo que al voltear en la cuadra del jirón Huanta que les interesaba, el primer policía no se inmutó cuando los vio pasar delante de sus narices. La tranquilidad de la calle, transitada medianamente, no se alteró con el sigiloso descenso de los militares vestidos de civil. Los fusiles HK iban en dos maletines largos, que los primeros ingresantes pusieron en el patio de la casona, donde se desarrollaba la pollada. «Cerveza, cerveza», dijeron, al depositar su carga ante los sorprendidos comensales. Cuando estuvieron dentro, cada uno retiró su arma de allí y le puso la cacerina que llevaba en la mano. Algunos se cubrieron el rostro con su pasamontañas, mientras que otros se lo bajaron sólo hasta las cejas.

Había unas cuarenta personas: familias, parejas, estudiantes, pobres de procedencia andina. Todos fueron retenidos en el patio, Abadía incluido, y de inmediato empezó el proceso de selección de las víctimas. Un agente se dirigió al equipo de música y subió el volumen. Otros empezaron a retirar bruscamente del grupo a ancianos y niños y a las personas que Abadía indicaba negativamente. Los retirados eran obligados a entrar a los cuartos, a gritos y empujones. Martín hizo un disparo hacia arriba, espantando a unos mirones del segundo piso. Abadía empezó a dar vueltas.

En adelante, los que seleccionaban no harían más que mirar a Abadía con disimulo antes de apartar o retener a otra persona. El agente decidía con un gesto, una inclinación de cabeza, una negativa. Presuntamente él sabía quiénes eran senderistas en la reunión, a la cual, había asegurado, asistirían dirigentes del partido. Pero... ¿lo sabía? Arteaga estaba muy nervioso, casi paralizado. Cuando ingresaron los del SIE, desapareció. Fue al fondo de la casa, buscando una salida trasera. Dos agentes le dieron alcance y lo regresaron al patio, casi a la fuerza. Uno le dijo:

—No te vayas, huevón. Aún tienes que decirnos quiénes son.

Tuvo que devolverse, e indicó sucesivamente a diecinueve personas, que fueron reunidas en el patio. Martin lo miró por última vez, como esperando que ratificara su selección.

Hasta ese momento, Arteaga no tenía la certeza absoluta de que las personas que seleccionara iban a ser eliminadas. Aun los que estuvieron, con sus armas, delante de las quince personas que morirían, no estaban seguros de lo que pasaría, y miraban a Martin, esperando una indicación. La mayoría de ellos nunca había matado, pero puestos en una circunstancia así, para disparar desde el anonimato, no se echaron atrás. El nerviosismo de Arteaga, que era mayúsculo, podía deberse a la incertidumbre respecto de lo que ocurriría, al riesgo de que lo identificaran. Y a otro imprevisto: a la reunión no asistieron todas las personas que pensó que irían —más adelante veremos por qué no fueron—. Ante lo inesperado, tampoco Arteaga retrocedió, e indicó: éste, ésta, éste otro. Después se comprobó que ninguna de las víctimas estaba requisitoriaada, aunque tres tenían antecedentes por terrorismo. Pero no hubo ningún mando senderista entre ellos.

—Todas son —dijo Arteaga, y dio media vuelta en dirección de la salida posterior de la casona. Lo único que quería era largarse.

Martin hizo una señal, y dispararon. En ese instante, un niño se acercó corriendo al grupo que era ametrallado y alcanzó a abrazar a su padre, Manuel Ríos Pérez. Murieron juntos. Javier Ríos, de ocho años, había escapado por la ventana de uno de los dormitorios donde fueron encerrados los sobrevivientes.

Las Cherokees llegaron a La Tiza después de la doce, tras haber recorrido sin novedad el camino desde Barrios Altos. Los agentes de cobertura llegaron más tarde: se congregaron en el parque Municipal de Barranco y de allí fueron recogidos. En el comedor se alzaron varios vasos de cerveza para hacer un brindis: era el aniversario de Enrique Martin, que cumplía treinta y cuatro años aquel 4 de noviembre.

El capitán estaba emocionado. El operativo, salvo la muerte del niño, había sido exitoso: lo suficientemente brutal como para dejarle un claro mensaje a Sendero Luminoso, lo necesariamente limpio como para no comprometer al Ejército. Al igual que el resto de sus hombres estaba convencido de que casi la totalidad de los cadáveres eran de terroristas, y es seguro que lamentaba el margen de error que acarrearía este tipo de operaciones, la inevitable ejecución de inocentes. Martin pensaba, como la mayoría de los militares de entonces, que debía eliminarse a los terroristas sin intervención del juzgado. Pero, a diferencia de estos militares, él sí era capaz de cargar con el asco y con los riesgos. Y, si fuera necesario, con la culpa de la tarea.



Desde el receso del Grupo Escorpio, el capitán aspiraba a dirigir un equipo de operaciones especiales. Quería para sí ese prestigio dentro del Ejército, y cuando logró la responsabilidad, se consagraría a ella a plenitud —no era casado, no tenía hijos—, hasta que la experiencia estalló en mil pedazos. Estaba dispuesto a afrontar las consecuencias, a perder, dado que se veía a sí mismo como un soldado idealista, capaz de darlo todo por su institución<sup>5</sup>. Aunque, a propósito de los riesgos, es oportuno tener presente que, en su especialidad, el Ejército transmitía a sus hombres la sensación de que eran inmunes. Los oficiales de inteligencia podían sentir que la justicia ordinaria estaba muy lejos de descubrir ilicitudes cometidas en las operaciones o de tomarles cuenta por ellas. Llegado el caso, la institución reaccionaría prontamente y los protegería. Los suboficiales pensaban lo mismo. No pocos de los convocados por el capitán Martin habían participado, en 1980, del secuestro en Lima de tres montoneros argentinos, cuyas evidencias no pudieron ocultarse. Vieron cómo el Ejército, impasible ante el escándalo, controló la situación y consiguió la impunidad. Esa experiencia marcó a varias generaciones de agentes<sup>6</sup>. Es muy posible que Martin, en el amanecer de su trigésimocuarto cumpleaños, estuviera convencido de que el Ejército podría contra todos los peligros judiciales, y que, por encima de ellos, su jefatura le abriría un promisorio destino como oficial.

—¡Vencer, vencer, sólo vencer! —alguien gritó el lema del grupo, el primer distintivo propio, concebido en La Tiza.

Los que brindaban por Martin formaron un círculo. Todos pusieron las manos en el centro, una sobre otra, y gritaron nuevamente la consigna. En ese momento Martin ya había logrado que su destacamento tomara el apellido del capitán de infantería José Colina Gaige, un infiltrado del Ejército en Sendero Luminoso al que mató una patrulla militar antes de que tuviera ocasión de identificarse<sup>7</sup>. De modo que se autodenominaron Grupo Colina. El nombre pegó, popularizado por la prensa a partir de 1993. Rápidamente se haría odiado y célebre dentro y fuera del Ejército.

Hasta aquí, lo que pasó en Barrios Altos ha sido narrado a partir del testimonio de tres protagonistas de la matanza entrevistados por separado y en distintas fechas. Esta diversidad hace sostenible la historia, obtenida cuando estaba vigente la ley de amnistía de 1995. Las fuentes no necesitaban exculparse ni podían incriminar a terceros obteniendo beneficios penales por ello. En el 2001, luego de la caída del régimen de Fujimori, un fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos anuló los efectos de la inconstitucional ley de amnistía de 1995, que ese año hizo

---

<sup>5</sup> Impresiones de un amigo de Martin entrevistado para este libro

<sup>6</sup> Esta circunstancia es narrada ampliamente en el capítulo 15, «El secuestro de los montoneros».

<sup>7</sup> Fue muerto por sus compañeros en una incursión al pueblo de Ambo, en 1984.

salir de prisión a los miembros del Grupo Colina sentenciados por una corte militar. El destacamento completo fue sometido a nuevos juicios, ahora en el fuero civil. Los procesos continúan aún.

Algunos de los miembros del destacamento confesaron y fue hallada documentación que demostraba el funcionamiento administrativo del grupo. Los oficiales y la mayoría de agentes negaron toda responsabilidad. El interés de los juzgadores se concentró en los mecanismos de decisión, y especialmente en la responsabilidad de Montesinos y Fujimori. Al respecto, poco aportaron los agentes colaboracionistas —que dieron información a cambio de reducir sus penas—, porque su conocimiento no llegó a los niveles de decisión. En cambio, fue relevante la declaración ante un juez del comandante general del Ejército entre 1992 y 1998, Nicolás de Bari Hermoza, quien aseguró conocer el funcionamiento del Grupo Colina porque se lo dijo Montesinos. El destacamento, para Hermoza, era un asunto entre Fujimori y su asesor. No de su comando. No del Ejército.

Esta es la hipótesis que ha cobrado mayor fuerza, aunque aún no se comprueba a escala judicial. Tiene su versión más elaborada en el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, según el cual el Grupo Colina estuvo dirigido por el SIN empleando personal del SIE que actuó al margen de su cadena de mando oficial<sup>8</sup>. También la prensa, en general, ha preferido creer que los crímenes de lesa humanidad de la década *fujimontesinista* no fueron cometidos por militares que cumplían misiones institucionales sino por delincuentes militares al servicio de un personaje diabólico: Montesinos.

¿Hay una hipótesis distinta? Sí, la de Fujimori y Montesinos, según la cual todo lo relacionado con el Grupo Colina les fue ajeno. No los dirigieron, desconocieron sus planes y, cuando todo se descubrió, tampoco los encubrieron. En las próximas páginas y capítulos el lector tendrá suficiente información, de fuentes directas, para hacerse un criterio propio respecto de cuál de ambas se acerca más a la verdad. Incluso podrá considerar que existe una tercera posibilidad: la de que algunos asesinatos se originaron en el SIN y otros en el Ejército. Ya veremos que, independientemente de sus dueños, el Grupo Colina nunca dejó de ser una caja de sorpresas.

Las Fuerzas Armadas impusieron su fórmula antisubversiva al débil régimen elegido en 1990. Ni Fujimori ni Montesinos llegaron al gobierno con una política bajo el brazo. La primera condición de la receta militar implicaba un total compromiso del poder ejecutivo, hasta el punto de que ese fue uno de los objetivos de la dictadura que un cogollo de generales iba a imponer ese año y que no se produjo porque Fujimori les ofrecía la

---

<sup>8</sup> *Informe final*, Comisión de la Verdad y Reconciliación, 1.3.4.3, Las operaciones especiales del Servicio de Inteligencia Nacional.

oportunidad de hacer lo que quisieran<sup>9</sup>. Las indispensables condiciones políticas dictatoriales se lograron recién en 1992, con el golpe de Estado del 5 de abril que clausuró el Congreso, pero durante todo el año anterior el Comando Conjunto trabajó nuevas reglas de juego con Vladimiro Montesinos.

En noviembre, con poderes especiales otorgados por el Congreso, el gobierno descargó 35 decretos para atacar con toda energía al terrorismo. El SIN obtendría poderes amplísimos, como el de subordinar a todos los servicios de inteligencia militares, y las Fuerzas Armadas fueron autorizadas a penetrar en las universidades, entre otras medidas ampliatorias de sus facultades en la vida civil<sup>10</sup>. Las rondas campesinas podrían usar armas de fuego. Los terroristas arrepentidos que delataran serían beneficiados con una reducción de su pena; y, en determinados casos, con la libertad. Un fortalecido Comando Operativo del Frente Interno (con), dirigido por el presidente del Comando Conjunto, centralizaría la lucha de todos los niveles. Los comandantes generales del Ejército, Marina o Aviación —que, reunidos, conformarían el con— ya no pasarían al retiro cuando cumplieran el límite de su tiempo de servicio de treinta y cinco años, sino que seguirían en sus puestos hasta que el presidente lo dispusiera. Se consolidaría un liderazgo militar, para que el hombre más indicado encabezara su institución y el Comando Conjunto por tiempo indefinido, si gozaba de la confianza de Fujimori y Montesinos.

La receta incluía ejecuciones extrajudiciales, sólo que esta prescripción no figuraba por escrito en los documentos públicos. La idea era que, con otras condiciones políticas y legislativas, la represión fuera más selectiva y tuviera mayor efectividad. Esto iba a ser lo nuevo, y no las eliminaciones en sí mismas, cosa antigua. Ya hemos visto que en el mismo año de 1991, antes de la lluvia de decretos de noviembre, el Ejército entregó varias cartas bomba en Lima y ordenó numerosos asesinatos en Ayacucho y

---

<sup>9</sup> El gran objetivo del golpe era lograr el desarrollo del país mediante un gobierno militar a largo plazo. Finalmente, lo que hizo Fujimori se pareció en mucho a lo que planearon sus organizadores, algunos de los cuales pensaron actuar desde su gobierno, pero después Montesinos los desplazó. El funcionamiento de un proyecto golpista está documentado, así como la existencia de una estrategia militar para combatir el terrorismo. Para una explicación completa de estos puntos, véase *Montesinos y las Fuerzas Armadas*, de Fernando Rospigliosi (Lima, mp, 2000).

<sup>10</sup> Estas leyes, pertenecientes al rubro Pacificación, formaron parte de un paquete de 120 decretos que legislaban sobre empleo e inversión. Entraron en vigencia en diciembre y el Congreso poco pudo hacer para estudiarlos: la amplitud de las materias que había que analizar era vasta e insuficientes los plazos legislativos. Con todo, pudo suprimir algunas disposiciones draconianas, como la que obligaba a las instituciones públicas y privadas a informar al SIN, bajo sanción. Al año siguiente, el Congreso volvió a la carga con la revisión de los decretos. Estaba en eso cuando ocurrió el golpe de Estado.

Huancayo. No necesitó pedirle permiso a Montesinos para hacerlo, ni esperar a que se produjeran las definiciones sobre el modelo antisubversivo. El Ejército estaba en guerra y tenía que golpear. Sobre todo en Lima, donde el número de atentados senderistas se elevaba a niveles insostenibles.<sup>11</sup> Sin embargo, también la efectividad de las operaciones especiales debía mejorar. Cuando el capitán Martín expuso en el Pentagonito, el destacamento que actuó en Barrios Altos aún no nacía, pero la DINTE ya había aprobado un manual con pautas organizativas para estas agrupaciones, destinadas a eliminar terroristas. Fue exhibido en el 2003 por un periodista de investigación, y el excomandante general del Ejército de entonces, Pedro Villanueva, lo reconoció como auténtico<sup>12</sup>. Estaba fechado en abril de 1991.

En julio del mismo año, la periodista Cecilia Valenzuela, del programa de televisión *En persona*, dirigido por César Hildebrandt, reveló una directiva del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas para que las operaciones de inteligencia antisubversiva tuvieran «un carácter netamente ofensivo y agresivo», y no capturaran prisioneros. Concluía diciendo: «El mejor terrorista es el terrorista muerto». El Comando Conjunto negó que fuera su política, pero no desmintió la existencia del documento. En una entrevista para este libro, el general Víctor Obando, por entonces director de Inteligencia Contra-subversiva, dijo que fue elaborado por su oficina y distribuido en calidad de borrador, para recoger comentarios en el sistema. Aunque Obando no autorizó su difusión, el Ejército lo hizo responsable de la filtración y lo cambió de cargo.

En su libro *Ojo por ojo*<sup>13</sup>, el periodista Umberto Jara sostiene que durante la reunión en la que Enrique Martín expuso a los altos mandos del Ejército, éstos aprobaron, por unanimidad, intensificar la guerra clandestina contra Sendero Luminoso para eliminar a sus miembros en lugares donde

---

<sup>11</sup> Los militares consideraban inoperante el trabajo de la policía, aunque en enero de 1991, el Grupo Especial de Inteligencia (GEIN) de la DIRCOTE allanó otra casa en la que había estado Abimael Guzmán. La Policía empezó a creer que se hallaba sobre su pista, una percepción que se reforzó en junio, con las capturas de los miembros del Comité Central Yovanka Pardavé y Tito Valle Travesano, y la del miembro suplente Víctor Zavala Cataño. Ellos dirigían Socorro Popular, un organismo de apoyo y aniquilamientos más mortífero aún que el Comité Metropolitano. Pero, a corto plazo, este avance no se apreciaba: los detenidos fueron remplazados de inmediato y los atentados siguieron aumentando.

<sup>12</sup> *Manual de equipos básicos*, DINTE, 1991, documento secreto. «En un enfrentamiento hay que matar, porque, si no, me matan. En la guerra se mata», dijo Villanueva al periodista César Hildebrandt Chávez, del programa *La ventana indiscreta*, del canal Frecuencia Latina. El general Villanueva no aceptó ser entrevistado para este libro

<sup>13</sup> Lima, Norma, 2003.

se creyeran a salvo de la inteligencia militar. El propósito era infundirles temor, miedo, desánimo, y la certeza de que cada golpe contra las Fuerzas Armadas les sería devuelto con creces. Especialmente en Lima. Esta versión es atribuida a Martin y a Pichilingue (quien también asistió a la disertación)<sup>14</sup>. Luego, en una entrevista filmada concedida a Jara, Martin afirmó que la matanza de Barrios Altos pretendía demostrarle a Sendero Luminoso que el Ejército conocía sus guaridas, identificaba a sus bases de apoyo y vengaba a sus muertos<sup>15</sup>. Ellos deducirían que la acción era una represalia por la muerte en 1989 de seis soldados del batallón Húsares de Junín, cuyos asesinos, después de volar el ómnibus en que viajaban, se habrían escondido en la misma casa de jirón Huanta donde los agentes del SIE actuaron en 1991. Los terroristas entenderían que el Ejército lo sabía. Y que también conocía quién era quién en la pollada, donde separó a los que iban a morir de los que sobrevivirían. Ante todo, según Martin, el Ejército quería transmitir a sus enemigos la certeza de que los exterminaría sin importar el lugar ni las circunstancias. El mensaje era: «Sé donde estás, con quiénes estás, y para destruirte puedo ser peor que tú».

No puede negarse que hay una lógica militar en estas palabras, aunque Martin ahora las desconoce por motivos judiciales<sup>16</sup>. Describen el razonamiento de los jefes del capitán en 1991. Fuentes de este libro sostienen que ese año el Comando Conjunto quería intensificar la guerra psicológica en las actividades clandestinas, y que este objetivo no declarado formó parte de la reorientación antisubversiva. El SIN, que dependía de Fujimori y no de los comandantes generales, estaba en lo mismo, y los hechos indican que ambos organismos empezaron a actuar en esa dirección mientras pedían mayores facultades. Así, en un mismo mes, se produjeron dos acciones aparentemente desconectadas: el aluvión de decretos sobre el Congreso y la brutal matanza de Barrios Altos. Eran dos caras de la misma moneda. La guerra sería limpia y sucia, bajo un resistente paraguas legislativo y con una resuelta, única dirección política. Con la batuta del Comando Conjunto, la DIRCOTE se encargaría de las capturas mediante un trabajo de inteligencia y el SIE liquidaría a los terroristas que no pudieran ser encausados. Aunque no precisamente el SIE: la DINTE, con personal del SIE, facilitaría un equipo de acción rápida y fulminante, ultra secreto, que

---

<sup>14</sup> Entrevistados por el autor, cinco supuestos asistentes a la reunión mencionados en el libro negaron la versión, pero dos dijeron que la información era correcta.

<sup>15</sup> La entrevista fue difundida parcialmente por la televisión peruana. El autor ha tenido acceso a la versión completa, entregada por Jara al ministerio público.

<sup>16</sup> La entrega de información de Martin a Jara, y la entrevista filmada, se produjeron cuando aquél estaba prófugo. Poco tiempo después fue capturado, y su versión ante la justicia fue distinta. Ha impugnado la veracidad de las informaciones del libro, en especial las que conciernen a las responsabilidades de los altos mandos y de Montesinos y Fujimori. También sostiene que la filmación no refleja sus opiniones.

sólo respondiera a las directivas del comandante general del Ejército, para acciones que decidiera el con. El destacamento fue creado en septiembre, bajo la responsabilidad del coronel Fernando Rodríguez Zabalbeascoa, y su jefe directo sería el capitán Enrique Martín, por entonces uno de los oficiales del Pentagonito que más conocían a Sendero Luminoso

En este esquema, ¿en qué instancia se definían los objetivos? ¿Quién decidió que los supuestos senderistas de Barrios Altos debían morir? Sólo hay tres posibilidades: la Comandancia General, el Comando Conjunto y el SIN. El general Pedro Villanueva, que dirigía el Ejército, aduce absoluto desconocimiento de los hechos, lo mismo que quien presidió el Comando Conjunto, el general Arnaldo Velarde, de la Fuerza Aérea. El jefe del SIN, Julio Salazar Monroe, también niega tener responsabilidad, así como Montesinos<sup>17</sup>. Todos refutan todo, aunque la situación del general Villanueva, quien nunca fue procesado, es la más clara: los ejecutores actuaron bajo su mando.

Un detalle no debe pasarse por alto: el día de la matanza, 3 de noviembre, los decretos antiterroristas no existían. Se publicaron el 10, y entrarían en vigencia un mes después, algunos sí y otros no, según como el Congreso los inobservara, modificara o derogara. Así, el Comando Conjunto tiene la coartada de que en esa fecha no estaba investido de los poderes directrices que le confirió uno de ellos, y por el cual tendría la batuta de todas las operaciones, de toda bala que saliera de cualquier fusil militar, a través del con. En cuanto al SIN, recién obtuvo el control absoluto de los servicios de inteligencia militares —por encima aun del Ministerio de Defensa— luego del golpe de Estado del 5 de abril. El decreto que le otorgó superpoderes fue derogado por el Congreso en diciembre de 1991, y el gobierno se los restableció el 23 de julio del año siguiente, ya en su era dictatorial. Como este lapso cubre todo el período de actuación del Grupo Colina, Montesinos sostiene que sus crímenes son culpa del sm y, por ende, de su comandante general, y no del SIN, que reportaba a Fujimori.

Oficialmente, pues, lo de Barrios Altos fue una acción del Ejército. Sin embargo, la realidad de los hechos es que Montesinos ordenó la matanza. ¿Cómo? Es algo que hay que explicar detenidamente.

En el frío amanecer, el cuerpo del comandante Rodríguez Zabalbeascoa yacía en el piso, rodeado de velas mortuorias. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo despatarrado, sin signos de vida. Las olas sonaban al caer, a cien metros de allí.

De pronto, el comandante abrió los ojos y levantó la cabeza. En el rostro se le dibujó una expresión de espanto.

—¿Qué es esto, carajo! ¿Quién ha hecho esto?

---

<sup>17</sup> Declaraciones de Montesinos y Salazar en el segundo juicio de Barrios Altos.

Nadie le respondió. En el amplio comedor de La Tiza había hombres y mujeres metidos en bolsas de dormir, rodeados de botellas de cerveza. Los ventanales ofrecían a la vista un mar negro y apacible, así como agentes tirados en la playa, durmiendo la borrachera. Tomar hasta perder el sentido es una reacción común luego de una matanza, pero el comandante no sabía de aquello; era su primera experiencia.

Luego se enteraría de que Supo, al verlo caer sin conocimiento, borracho hasta el alma, tuvo la ocurrencia de rodearlo de velas mientras el resto seguía bebiendo a su alrededor. Después todos se habían quedado dormidos, conforme los veía ahora el comandante.

A comienzos del año, cuando el jefe del SIE, el coronel Víctor Silva Mendoza, le pidió encabezar el equipo de análisis que haría el manual antisubversivo para el SIN en la DIRCOTE, aún no sabía que su trabajo derivaría en acciones como la de Barrios Altos. El 30 de julio Fujimori firmó una carta de felicitación para los analistas —que incluía a otros colaboradores de Montesinos en el SIN—, y es posible que por entonces ya estuviera decidida la fundación del Grupo Colina<sup>18</sup>.

A fines de agosto pasó a organizarlo en una sede del Ejército, con visible autonomía y poderes para solicitar el personal y equipos indispensables. Diez años después, ante un juzgado, él sostuvo que a su regreso de la DIRCOTE volvió a sus funciones de jefe del SIE3, el Departamento de Apoyo Técnico, pero el resto de implicados lo contradijo. Según el coronel Silva Mendoza, volvió al mando de un equipo al cual el director de la DINTE, el general Juan Rivero Lazo, le pidió entregar armamento. A su vez, Rivero sostuvo que Rodríguez Zabalbeascoa trabajaba en el SIN, lo cual es negado a medias por el general Salazar Monroe y completamente por Montesinos. Nadie quiere aparecer como el jefe del comandante en esa época, aunque no hay duda, por los documentos y testimonios disponibles, de que su destacamento funcionó en el Ejército.

Cuando ocurrió la matanza, Rodríguez Zabalbeascoa no estuvo en el lugar de las operaciones. Al día siguiente, a las siete de la mañana, se apareció en La Tiza, acompañado del marino Tomás Ríos. Ambos traían

<sup>18</sup> En realidad la felicitación iba a ser inicialmente para el comandante Alberto Pinto, a quien quiso favorecer para su ascenso. Lo había cuidado en las noches, en Palacio de Gobierno, y ayudado en un proyecto de acción cívica en las universidades. Montesinos, enterado, logró ampliar el número de beneficiados, e incluyó a su cuñado, el comandante Luis Cubas Portal, y al grupo dirigido por el SIN que analizó documentos senderistas en la DIRCOTE: los comandantes Roberto Huamán Azcurra, Roberto Páucar y Fernando Rodríguez Zabalbeascoa, los mayores Carlos Pichilingue y Enrique Martín, y el capitán Ronald Córdova. Con excepción de los capitanes, que pertenecían al SE y cargaron con el peso del trabajo junto con el suboficial Marcos Flores, el resto era personal del Ejército por entonces destacado al SIN. Huamán y Páucar no trabajaron realmente en la elaboración del manual.

los diarios del día. Ríos había integrado el grupo de analistas que dirigió el comandante en la DIRCOTE. LOS agentes leyeron los diarios con avidez y comprobaron que las muertes ocupaban las primeras planas. Ninguna versión incriminaba al Ejército.

¿Por qué fue Ríos a La Tiza? Es una buena pregunta. Tres testimonios mencionaron su presencia durante esta investigación. No pertenecía al destacamento ni al Ejército: era del Servicio de Inteligencia de la Marina. Una explicación posible es que no estaba del todo disuelto el grupo de analistas, pues el manual aún no había sido entregado. Lo terminaron en el local del SIE contiguo al SIN, el mismo que alojaba al naciente destacamento. Según declaró Salazar Monroe a un juez, el manual lleva la fecha del 18 de noviembre de 1991, y le fue entregado después. En la misma declaración admitió que el grupo reportaba al SIN, aunque sólo para efectos del manual. De modo que Rodríguez Zabalbeascoa, aunque administrativamente dentro de la DINTE, aún estaba relacionado con el SIN el día de la matanza.<sup>19</sup>

¿Cuánto estaba relacionado? Lo que hizo el 4 de noviembre, luego de leer los diarios en La Tiza, dará la respuesta. A eso de las ocho y media, el comandante regresó a Lima para darse una vuelta por La Fábrica y percibir lo que se comentaba. A las once se citó con Martin en Las Palmas: ambos irían a darle cuenta a Montesinos.

Esta investigación dispone del testimonio explícito de Jesús Sosa al respecto:

«En la mañana del 4 de noviembre, en La Tiza, Kike Martin me pidió que lo llevara a Lima. Lo llevé en el Toyota gris que yo manejaba. Iriamos a Las Palmas, me dijo, y en ese momento yo supuse que a la sede del destacamento. Pero en realidad iba al SIN, que funcionaba al costado. Llegamos, nos identificamos, entramos y yo cuadré en la playa de estacionamiento del SIN, frente a la entrada principal. Martin se encontró aquí con el comandante Rodríguez Zabalbeascoa. Lo que ocurrió después lo vi claramente porque me quedé en el auto, frente al SIN. Montesinos apareció en la entrada del SIN. Salía con dos oficiales del Ejército, y se despidió de ellos. El Potro y Martin fueron a darle el encuentro y lo alcanzaron en la puerta. Hablaron unos cinco minutos. Allí, de pie. Cuando regresaron al auto, no me dijeron nada. En ese momento yo tampoco pregunté».

Esa mañana, el comandante Roberto Páucar entró a la oficina del comandante de la Unidad de Tanques 35, Alberto Pinto, escandalizado luego de leer los diarios. Creía que los autores de la matanza eran del destacamento asentado en Las Palmas. Pinto, que trabajaba en el mismo

---

<sup>9</sup> Confrontación judicial de Julio Salazar Monroe con Juan Rivero Lazo en el caso Barrios Altos, penal de San Jorge, 25 de septiembre del 2001.



sector de Chorrillos, fue a ver a Montesinos.

—¿Viste lo que ha pasado? —le preguntó.

—Sí, hombre —dijo Montesinos. Estos imbéciles han venido hasta aquí a darme cuenta. ¿Por qué tienen que venir a darme cuenta?

—¿Quiénes?

—Rodríguez y Martín. Al venir me comprometen, carajo.

—Pero tú debes dar cuenta de inmediato al comandante general y al Chino. Informa esto de inmediato.

—Claro, claro —contestó Montesinos<sup>20</sup>

A Montesinos le preocupaba que los jefes del destacamento del SIE consideraran haber hecho un trabajo para el SIN. Él quería poder encargar trabajos, pero no ser responsable por ellos. Que los operadores les rindieran cuenta a sus jefes del Ejército.

Pero por esos días no había jefes del Ejército disponibles. El comandante general y el director de la DINTE hicieron un oportuno viaje al exterior.<sup>21</sup> Esta ausencia daba más ambigüedad a la situación. Los líderes del Pentagonito le habían ordenado a Rodríguez Zabalbeascoa hacer un destacamento en el seno del Ejército, luego le dijeron que cumpliera las misiones que le indicara el SIN y después sacaron el cuerpo. Entonces, ¿quién era el verdadero jefe del operativo? ¿A quién le rendía cuenta después?

De todos modos, aquél no fue un tema de conversación por la tarde, cuando, en La Tiza, los miembros del grupo, Rodríguez Zabalbeascoa incluido, celebraron el cumpleaños del capitán Martín. Degustaron un almuerzo marino y después muchas cajas de cerveza helada. Nadie hizo referencia a los sucesos del día anterior.

En las primeras horas del 5 de noviembre, la playa estaba sembrada de agentes que dormían la borrachera. Esto fue lo que vio el comandante cuando despertó entre velas encendidas. Aún no aclaraba completamente cuando se dirigió a su auto para retornar a Lima.

La Policía creó una comisión presidida por el general Héctor John Caro, director de la DIRCOTE, para investigar los sucesos de Barrios Altos. Según dijo Caro para este libro, la integraron generales de distintas dependencias. Añadió que diez días después aprobaron sus conclusiones y que la principal fue que la matanza no parecía cometida por Sendero Luminoso ni el MRTA, y que podía deberse a la acción de un equipo paramilitar. El grupo sostuvo, siempre según la misma fuente, que era indispensable una investigación en

---

<sup>20</sup> Hay un testimonio excepcional de que la escena referida tuvo lugar. Existe un testimonio grabado suyo en los archivos de esta investigación.

<sup>21</sup> De acuerdo con el registro migratorio, el general Pedro Villanueva salió del Perú el 31 de octubre de 1991 y regresó el 9 de noviembre. El general Juan Rivero Lazo salió entre el 1º y el 9 de noviembre. Ambos declararon viajar a Estados Unidos.

las Fuerzas Armadas, y que debía pedirse, al respecto, la colaboración del Ministerio de Defensa.

Caro fue destituido el 18 de noviembre, cuatro días después de haber concluido su informe. Su sucesor fue el general Ketín Vidal. La DIRCOTE no investigó más los hechos y, por supuesto, no lo hizo el Ministerio de Defensa. A su retorno del exterior, los generales Villanueva y Rivero —obviamente— tampoco iniciaron una indagación oficial<sup>22</sup>

### **Sendero y Barrios Altos**

Febrero del 2001. El autor tiene ante sí a un militante de Sendero Luminoso, autorizado para informarle lo que su organización sabe sobre las muertes de 1991 en la casona de Barrios Altos.

**SENDERISTA:** A nosotros no nos interesa que quienes mataron en Barrios Altos o en La Cantuta vayan o no a la cárcel. Ahora, lo necesario es conocer la verdad y reparar en lo posible el costo de la guerra, pues la guerra ha terminado.

**RICARDO UCEDA:** Entiendo que había una célula de heladeros que organizó la pollada en Barrios Altos. Recaudarían fondos para apoyar a los prisioneros senderistas. ¿Es correcto?

**s.:** No. No había militantes de nuestro partido en la pollada. Nunca hemos tenido célula de heladeros.

**R.U.:** Pero algunas víctimas tenían antecedentes por terrorismo...

**s.:** Entre los muertos había un militante nuestro que estaba alejado temporalmente de la organización: Luis León Borja. Era estudiante de San Marcos y tenía dos ingresos a la cárcel. En enero de 1991 fue detenido por una patrulla de la SUAT mientras pintaba propaganda en las paredes, en el jirón Abtao. Esa noche, vendado, lo pasearon por varias comisarías, y finalmente resultó en un patrullero, rumbo a Huachipa, con un capitán y un suboficial. En el camino, el compañero olió dinamita, y supo que lo iban a volar. El patrullero se desvió de la carretera y los policías lo llevaron cerca del río. El capitán discutía con el suboficial, que no quería matarlo. Pero el capitán se impuso y lo hizo arrodillarse. Le apuntó a la cabeza. Disparó. El compañero quedó tendido boca arriba, sangrando. Entonces el capitán, con toda calma, le puso varios cartuchos de dinamita sobre el pecho, prendió la mecha y se fue.

---

<sup>22</sup> John Caro no mostró una copia del informe para esta investigación. Nunca estuvo claro el motivo de su destitución, y el SIN deslizó la especie de que se debió a la pérdida del dinero de las planillas de la DIRCOTE. La pérdida existió pero Caro no tuvo responsabilidad, como después se comprobó. Vidal ocupaba el cargo de subdirector de la DIRCOTE desde comienzos de año —antes había estado en el SIN—, aparentemente conociendo que en cualquier momento remplazaría a John.

R.U.: ¿Y qué pasó?

s.: El compañero estaba vivo y consciente. La bala le había entrado por la nuca y salido por delante. Cuando los policías se fueron, se sacó la dinamita de encima, cortó la mecha y se largó.

R.U.: ¿Sobrevivió?

s.: Sí. Necesitaba recuperarse e ingresó en un período de inactividad. En eso estaba cuando lo mataron en la pollada.

R.U.: ¿El Ejército lo conocía?

s.: A eso voy. Nos infiltraron a un tipo al que conocíamos como Enrique.

R.U.: ¿Es éste? (mostrando una foto de Pascual Arteaga).

s.: Sí, ese es. Nunca fue militante ni mucho menos. Una vez lo hicimos participar en una acción de propaganda y desde entonces anduvo en círculos de nuestra influencia. Pero aquel año, 1991, tuvimos bajas en Lima que nos obligaron a cortar con todos aquellos cuya procedencia no estaba verificada. Cortamos totalmente, de raíz. Así que Enrique ya no podía encontrarse con militantes. Pero iba a la casa de Barrios Altos. Y allí veía a Óscar León, otro de los que murieron el 3 de noviembre. León no era militante. Era un ayacuchano de lenguaje radical, como muchos ayacuchanos, que podía saber quiénes éramos algunos de nosotros, pero sin vinculación con el partido. A todo esto, no sé si Óscar León es pariente de León Borja. Pero Enrique pensaba que si frecuentaba a Óscar León llegaría a nosotros. Cuando supo lo de la pollada pensó que podríamos ir, y dio parte al Ejército. Él estaba familiarizado con algunos de los vecinos: hasta vendió boletos para la pollada. Pero nosotros jamás íbamos a ir. Estaba vigilada por la Policía. En marzo de ese año descubrimos un auto estacionado allí en forma sospechosa y desde entonces nuestros militantes tenían orden de no ir allí. Esto fue tan drástico que cuando supimos que se iba a realizar una pollada en esta casa vigilada, le dimos un consejo a Óscar León. Le pedimos que la cancelara.

R.U.: ¿Cómo le avisaron?

s.: Mediante un compañero. Este compañero iba a ir a la pollada y no fue. Pero no pudimos evitar que alguna gente vinculada a nosotros asistiera. Un instante antes de la matanza, las Cherokees fueron vistas en las inmediaciones y estos compañeros lograron salir. Salieron cuando los militares entraban. Por eso los que quedaron fueron inocentes. No tenían ninguna participación en la guerra.

R.U.: Pero, entonces, ustedes tenían una gran familiaridad con la casa. Estaban pendientes de ella como para saber que estaba vigilada, le enviaron mensajes a León, gente de ustedes acude a la pollada...

s.: Bueno, conocíamos a parte de la gente. Pero nosotros estamos insertos en la sociedad, y eso no significa que a quienes conozcamos sean del partido. Lo concreto aquí es que Enrique probablemente delató la casa

al Ejército creyendo que a la pollada iban a asistir militantes, lo que no ocurrió.

R.U.: ¿Qué pasó con Enrique?

s.: Desapareció después de la matanza.

R.U.: ¿Lo buscaron?

s.: Claro. Pero ahora ya no. La guerra ha terminado.

R.U.: ¿Nunca encontraron a Enrique?

s.: No. Al investigar, dimos con la persona que nos lo había presentado, un huesero del Mercado Central. No era militante del partido. Definitivamente, con Enrique nos comportamos con enorme liberalismo, no verificamos sus antecedentes.

- R.U.: Ese huesero... ¿qué dijo?

s.: Nada. Cuando fuimos a buscarlo lo acababan de enterrar. Murió de un balazo. La prensa amarilla dijo que el asesino fue un delincuente común.

## CAPÍTULO 13

# Los ángeles de Martin

El 19 de diciembre de 1991, el general Nicolás de Barí Hermoza asumió la Comandancia General del Ejército por encima de varios oficiales con mayor antigüedad y méritos, que debieron pasar al retiro. Fujimori y Montesinos lo necesitaban para dar el golpe de Estado, y el bastón del Pentagonito le pertenecería durante siete años. Pronto se convertiría en el jefe directo del Grupo Colina, aunque la primera señal fue inaudita. Hermoza no tenía diez días en su cargo cuando los agentes fueron echados de su centro de operaciones.

Después de actuar en Barrios Altos, y luego de unos días de relajó en La Tiza, habían vuelto a su galpón en el condominio del SIN y el SIE en Las Palmas, hasta que un día el personal de vigilancia del SIN les dijo que no podían ingresar, por orden superior. Se quedaron en la calle, como obreros despedidos en la puerta de la fábrica. Más tarde les permitieron recoger su armamento, que llevaron por allí cerca, a la casa del agente Nelson Carbajal, en la Villa Militar.

¿Qué había pasado? De acuerdo con la versión que dio Martin a los agentes, Montesinos deseaba que el SIN controlara completamente el destacamento, pero el nuevo comandante general se opuso. Esta versión sólo puede ser corroborada por uno de los tres, pero ninguno lo hizo antes o durante los juicios posteriores a la caída de Fujimori. Para Martin, el destacamento nunca existió; para Hermoza era manejado por Montesinos, sin su conocimiento; y para Montesinos fue un engendro del SIE, al margen del SIN. Esta investigación posee, sin embargo, la versión de varios agentes, basada en lo que Martin les dijo: que Montesinos sostuvo que si el SIN no iba a manejar el destacamento, era mejor que saliera de Las Palmas. Martin añadió que en adelante funcionarían en una base del Ejército.

Según otra hipótesis, el impacto producido por la matanza del 3 de noviembre hizo que Montesinos buscara desvincularse de todo indicio que lo comprometiera. Exconvicto de la justicia militar y dos veces enjuiciado,

Montesinos tenía el **instinto** de conservación de quien ha sido golpeado por el sistema y advierte **mejor** las futuras complicaciones. Si se sospechaba del destacamento, si alguien se preguntaba qué hacía un grupo armado en los predios del **SIN** donde él era todopoderoso... ¿qué diría? No, definitivamente **era mejor** que el Ejército llevara a sus matarifes a instalaciones propias. Para encargarles trabajos no necesitaba tenerlos delante de sus **narices**<sup>1</sup>.

En el **futuro**, el **mayor** Enrique Martín —ascendió el 10 de enero de 1992— recibiría sus **instrucciones** directamente de Hermoza. El general Juan Rivero, desde la DINTE, daría el apoyo logístico. Rodríguez Zabalbeascoa desapareció de escena. Otro coronel, Federico Navarro, encargado de **Frente** Interno de la DINTE, asumió funciones de coordinación: una suerte de supervisor, de enlace, más o menos decorativo. Al nuevo **jefe del SIE**, coronel Alberto Pinto, tampoco le rendirían cuenta de sus **operaciones**.

Pinto comenzó sus labores en enero, y uno de sus primeros descubrimientos fue que las partidas de los destacamentos, de los uniformes y de los 'agentes en el exterior las manejaba el general Rivera directamente. El flamante coronel tendría un paso fugaz por el cargo, pues lo destituyeron en octubre, sin un **motivo** visible. Contra todo lo previsto, el apoyo total de Montesinos se **convirtió** en una fría desconfianza. En los comienzos de su gestión cometió el error de tener entre sus analistas a Francisco Loayza, quien ya se **había** peleado con el asesor y estaba vetado para tener un puesto en el régimen. Más adelante Montesinos recriminó a Pinto por haber dado libertad a **un** empresario, Samuel Dyer, que por orden de Fujimori fue puesto bajo la custodia del SIE, si custodia puede llamarse a un vulgar secuestro. Debía ser presentado como un gran evasor de impuestos, y la operación fracasó. **Por** último, Pinto no era funcional para el eje SIE-SIN que deseaba Montesinos, y que cumpliría mejor otro oficial proveniente de Las Palmas.

El segundo **operativo** del Grupo Colina se iba a llevar a cabo en Lima, en enero de **1992**, a pocas cuadras del Congreso. Consistía en el asesinato de Javier Diez Canseco, UTJ. parlamentario izquierdista normalmente odiado por los militares a cargo de asuntos antisubversivos. Desde sus épocas de dirigente estudiantil en la Universidad Católica, Diez Canseco parecía estar en todas las protestas posibles, siempre con el dedo acusador y el discurso indignado, ya fuera en el hemiciclo del Congreso —donde fue opositor a los regímenes de Belaúnde y de García—, en un mitin o en las mismas asambleas izquierdistas. Cojeaba de la pierna derecha por la secuela de una

<sup>1</sup> Aunque **originalmente** el local del SIN era del Ejército, el SIN se apoderó de todos los ambientes de **la que fue** la Escuela de Inteligencia. En 1992, después de la expulsión del Grupo Colina, **el SIE ya no** volvió a ocupar esas instalaciones.

poliomielitis, lo que no le impedía estar en la primera fila de las marchas y recorrer el país haciendo sonar el clink clink de sus zapatos ortopédicos. Por supuesto, Diez Canseco estaba detrás de las más importantes denuncias sobre violaciones de derechos humanos cometidas por las Fuerzas Armadas. Precisamente por los días en que Enrique Martín ordenó seguirlo, integraba una comisión parlamentaria que investigaba la matanza de Barrios Altos.

Diez Canseco era un aliado del terrorismo para los militares que combatían a Sendero Luminoso, y objetivo obligado cuando en el Ejército se hicieron planes para eliminar a los izquierdistas más peligrosos. Aún no había sufrido un atentado grave, aunque sí acciones de amedrentamiento. Dos autos suyos fueron robados y destruidos. Tres veces entraron a su domicilio de Pueblo Libre extraños que no se llevaron dinero ni electrodomésticos. En noviembre de 1990 una bomba destruyó la fachada de su casa. Un mensaje del SIE.

En enero de 1992, la muerte de Diez Canseco parecía estar próxima. Enrique Martín dispuso un seguimiento diario del congresista, quien todas las mañanas era esperado a su llegada al Congreso por dos agentes confundidos entre los transeúntes de la plaza Bolívar.

Allí le hacían guardia hasta que salía, y después uno o dos vehículos lo seguían a donde fuera. Diez Canseco solía tomar Junín con rumbo a la plaza Mayor, pasaba delante de Palacio de Gobierno —luego del cual la calle toma el nombre de Conde de Supeninda—, más allá cruzaba Tacna y entraba a las dos últimas cuerdas del jirón, que muere en una pared, en una esquina que obliga al vehículo a girar a la izquierda. Aquí, donde nace el jirón Cañete, el parlamentario tomaba rutas distintas, según fuera a la plaza Dos de Mayo o a la plaza Unión. Los seguidores solían perderlo en el jirón Cañete, y era necesario un enlace radial para esperarlo en sitios conocidos donde podía reaparecer, o en su casa de Pueblo Libre.

Entre los documentos obtenidos para este libro figuran dos titulados «Informe de agente», de los días 8 y 9 de enero de 1992, referidos a este seguimiento. Aparecen las horas en que Diez Canseco llegaba y se iba del Congreso, las descripciones de su vehículo y de su chofer y guardaespaldas. A Diez Canseco se lo alude como «Angelito», sin identificarlo, pero las características de su camioneta (Lada blanca, placa TG 4428) y de su guardaespaldas («un exmiembro de la policía de apodo Beto») le corresponden. Las calles por las que se desplazaba al retirarse son indicadas específicamente, y en el reporte del día 8, hasta graneadas. Finaliza así: «Se adjunta croquis de desplazamiento del SUJETO y álbum de fotografías».

Ambos informes revelan el interés de estudiar los movimientos del parlamentario en el centro de Lima. Había un motivo poderoso: en esta zona pensaban matarlo.

A los pocos días del seguimiento, Martín le preguntó a Sosa cómo

despacharía a Diez Canseco. Sosa le dio dos posibilidades, ambas operando en la última cuadra del jirón Conde de Superunda, donde, por las noches, circulaban pocos automóviles. La primera era atacarlo luego de que una falsa obra pública —la reparación de la pista, por ejemplo— lo obligara a bajar la velocidad. Los mismos impostores que hacían la reparación lo llenarían de balazos.

La segunda opción era esperarlo en el mismo sitio, con una camioneta descubierta en la que un hombre, en el momento debido, dispararía una lanzagranadas antitanque RPG. Luego de destruir el.

Lada con sus ocupantes, la camioneta huiría por el jirón Cañete y desaparecería en la plaza Unión. Esta posibilidad era la preferida por Sosa, y de la misma opinión fue Martín. No requería más preparativos que la vigilancia en la plaza Bolívar y un buen posicionamiento de la camioneta en el jirón Conde de Superunda. Y un pulso firme, claro.

El día señalado, Jesús Sosa recibió la orden de Enrique Martín a primera hora de la mañana. El agente se dispuso a actuar en la tarde o en la noche, cuando «Angelito» abandonara el Congreso, y durante el día se dedicó a estudiar el jirón Conde de Superunda. A la una de la tarde, los agentes apostados en el Congreso le informaron que Diez Canseco recién había ingresado al Palacio Legislativo. Casi a la misma hora lo llamó por la radio Martín, quien por la mañana había ido a una reunión en el Pentagonito.

—Regrésate —le dijo—. El trabajo queda suspendido.

Entre diciembre de 1992 y julio de 1993, el destacamento fue varias veces a La Tiza, previa orden del comandante general a la Segunda Región Militar. Allí entrenaban, bebían y coordinaban los operativos. El armamento de los equipos de Pedro Supo y Julio Chuqui continuó en la casa del agente Nelson Carbajal, a la que solían llamar La Ferretería. Sosa, en cambio, se llevó los fierros de su grupo al departamento que por entonces le fue asignado como vivienda en la Villa Militar. Los agentes dejaron de reportarse al SIE, y cuando no había operativos ni estaban en la playa deambulaban a la espera de órdenes. Martín estableció que todos los días se reunieran a las siete y treinta de la mañana en La Fábrica, para ningún fin específico. El mayor subía a despachar a la DINTE, los agentes lo esperaban una o dos horas y después se dispersaban. Durante el día jugaban fútbol, o se juntaban en la casa de Carbajal, o mataban el tiempo como mejor podían. Siempre debían estar listos: la idea era que pudieran ser convocados rápidamente, a cualquier hora.

Martín constituyó una empresa de fachada en cuyo local se pudieran reunir él, Pichilingue y los coordinadores. Se llamó Compañía de Proyectos América Sociedad Anónima (COMPRANSA), y arrendó, con dinero de la DINTE, una casa en el número 5663 de la Avenida Paseo de la República. En cuanto a los vehículos, en diciembre la DINTE había ordenado que le fueran



devueltas las Cherokees empleadas en Barrios Altos, lo cual cumplió Jesús Sosa después de lavarlas en un grifo de la avenida Panamericana. A los diez días les entregaron otras dos Cherokees nuevas, grises, sin placas, que Sosa guardó en una cochera pública de San Juan de Miraflores. No participarían en ninguna acción; en mayo se devolvieron a la DINTE a cambio de dos camionetas Nissan, una gris y otra roja, de una cabina, que utilizarían en los operativos posteriores.

Jesús Sosa alimentaba sentimientos encontrados respecto de Enrique Martín. Por un lado, lo sentía amigo suyo, un viejo compinche a cargo de una enorme responsabilidad. Por otro lado, creía que se le habían subido los humos y que cometía errores sustanciales. Usaba un celular de última generación que el Ejército aún no daba a sus generales, se movilizaba en Cherokees para dignatarios, disfrutaba de gastos de representación y visitaba asiduamente la Comandancia General; por esto el mayor iba cosechando envidias por doquier. Añádase que muchos oficiales habrían querido mandar un grupo de operaciones especiales. Él no era culpable de sus privilegios, pero actuaba con inmodestia, lo que siempre se nota.

Por otra parte, había problemas de fondo en el destacamento, que empezaron a ser expresados sordamente por Sosa. Conviene examinarlos porque, como se verá, tuvieron sus consecuencias.

El primero era que había demasiados convocados y que la mayoría no tenía experiencia. Segundo, dos de los jefes lucían pésimos. Supo carecía de mística, no era bien visto —tenía fama de enganchador de prostitutas en el Callao— y siempre jugaba para él mismo. Chuqui, peor aún, parecía falto de cualquier virtud. Además, había estado envuelto en varias corruptelas, entre ellas un desfalco al Fondo de Indemnización de Retiro por el que pagó prisión. Ambos pertenecían a generaciones del SIE más antiguas que la de Sosa. Tal vez Martín pensó que ello les daría ascendente sobre los agentes menores. En los hechos pasó todo lo contrario.

En el verano de 1992, un robo de Chuqui complicó un operativo destinado a eliminar a un supuesto senderista. El objetivo, un joven con apariencia de haber pasado apenas los veinte, ya había sido secuestrado en Salamanca, en una zona próxima a la carretera Central<sup>2</sup>. Referido por el PIL, lo ubicaron a las diez de la noche en una esquina donde daba vueltas esperando a alguien que finalmente no llegó. Entre varios —en total, actuaron unos catorce hombres dirigidos por Martín— lo inmovilizaron e introdujeron en la cabina de una de las camionetas, a la que escoltaban la segunda Nissan y el Toyota gris. Adentro, el muchacho ofreció llevarlos hasta su contacto y los condujo a una casa de dos pisos en Santa Anita, donde dijo que vivía. Allí, sin embargo, el supuesto contacto sólo alquilaba una habitación; hacía mucho que había desaparecido, según la pareja de esposos propietaria del inmueble. El detenido los guió entonces hasta una segunda vivienda, más alejada, para llegar a la cual debían detener los

<sup>2</sup> Esta investigación no ha logrado identificar al senderista de la historia

vehículos y transitar unos doscientos metros a pie. Estacionaron. Martín y cuatro hombres bajaron al muchacho y lo siguieron por los terrenos sin construir, invisibles por la falta de alumbrado. Mientras Chuqui y Alarcón hacían guardia caminando por los alrededores, el resto se quedó en los vehículos. Minutos después los buscó Chuqui.

—Hay policías —dijo—. Me han intervenido y me he identificado como militar. Están dos cuadras abajo y quieren hablar con el jefe.

Martín aún no retornaba con sus acompañantes. Sosa fue a buscarlos y los halló en el camino. En el grupo no venía el detenido, pero en ese momento Sosa no le dio importancia al detalle. Puesto al tanto de lo ocurrido con Chuqui, Martín dispuso que las camionetas abandonaran subrepticamente el lugar, con todo el armamento. Después él, Sosa, Chuqui y un par más, encararían a la Policía.

Pero Chuqui no les había contado todo, y lo supieron en la comisaría de Santa Anita. Mientras hacía vigilancia asaltó a un transeúnte, quien dio parte a la policía. Una patrulla ubicó al agente, que evitó la detención identificándose. Aseguró que participaba en un operativo militar. En la comisaría, la víctima aguardaba para reconocer al ladrón y recuperar los treinta soles que, según dijo, le robó.

Cuando les refirieron los hechos, Sosa habría querido discutir con Martín, enrostrarle la insensata elección de un forajido como jefe de grupo. Estaba seguro de que era culpable, aunque Chuqui lo negó a la Policía.

Salieron del incidente cuando el denunciante dudó al momento de reconocer a Chuqui y aceptó los cincuenta soles que le ofreció Martín para que olvidara todo. Entonces tuvieron que afrontar otro suceso peor: Martín había matado al detenido. El cadáver estaba tirado en una zanja de Santa Anita con un balazo en la cabeza y la Policía podía encontrarlo en cualquier momento. Para complicar las cosas, el comisario, ante quien se habían descubierto como agentes del sm, no quería dejarlos ir. Era un coronel cincuentón y tozudo, que se empeñó en hablar antes con el general del Ejército director de la DINTE. Y a esa hora, dos de la mañana.

Martín ubicó por teléfono a Federico Navarro, el coronel que había remplazado a Rodríguez Zabalbeascoa. Navarro aceptó acudir en el acto. Hacía poco que había ascendido y no se acostumbraba a su nuevo galón. Tampoco estaba habituado a tratar con policías, pues cuando se apareció saludó al comisario de Santa Anita llamándolo «mi coronel». El propio policía se quedó sorprendido:

—¿Usted es...?-le preguntó.

—El coronel Federico Navarro, mi coronel.

—¿Y por qué me llama usted «mi coronel»? Si usted fuera coronel, siendo del Ejército, no me llamaría «mi coronel».

—Es porque usted tiene más edad que yo, una deferencia.

—Pero a lo mejor usted no es coronel. Déme su documentación.

Navarro sacó su tarjeta de identificación personal. Era coronel desde

enero y aún no había canjeado una nueva tarjeta.

—¿Ya ve? Usted no es coronel. Aquí dice que es mayor

En fin, salir de la comisaría fue todo un problema y recién lo hicieron a las cuatro de la mañana. Martin se retiró con Velarde en el Toyota verde que trajo el coronel, mientras Sosa fue a recoger al muerto en el Toyota gris. Era una operación arriesgada: había que retirarlo de una zanja donde estaba oculto debajo de unas piedras, cargarlo más de cien metros hasta el auto y llevarlo hasta Lima en la maletera. Si algún patrullero los detenía por pura curiosidad, estarían perdidos. La orden de Martin fue enterrar el cadáver sin demora, en una de las playas de Chorrillos, pero el agente lo desobedeció tras una reflexión. A esa hora cualquier curiosa podría descubrirlos. Qué fácil era para Martin pedirle, a las cinco de la mañana, enterrar un cadáver que dejó tirado por los quintos infiernos. Resolvió llevar el auto a la Villa Militar y estacionarlo allí como cualquier vecino. Nadie creería que había un muerto en la maletera. A las siete de la mañana iría con los muchachos a hacer ejercicios de tiro al polígono militar de La Herradura. Mientras unos disparaban, otros cavarían la fosa y luego enterrarían el cadáver. En ese territorio, vedado para policías y jueces, nadie escarbaría jamás.

A Martin le pareció muy mal la solución y discutieron por ello en el local de COMPRANSA. «Putá madre, no haces lo que yo te digo», lo recriminó el mayor. Sin embargo, Sosa quedó convencido de que su criterio era el mejor. Se daba cuenta de que en cierto modo Martin prefería a Supo y a Chuqui, que no se oponían a sus puntos de vista. Sosa no solamente expresaba sus ideas sino que se permitía tenerlas en asuntos que no eran de su incumbencia.

Pensaba, por ejemplo, que el destacamento gastaba demasiado. Había mucho contraste entre la vida que se daba el jefe con la que llevaba el resto. Los agentes ganaban una miseria considerando sus responsabilidades: al mes, el equivalente de trescientos dólares en moneda nacional. Como jefe de equipo, Sosa le propuso a Martin gastar menos en gasolina para producir un fondo que permitiera sacar de algunos apremios a la gente. El mayor lo rechazó. Aunque no hubo discusión abierta, el reclamo permaneció allí, irritante, presto a convertirse en pleito en cualquier momento.

En una de las excursiones a La Tiza, Jesús Sosa habló con Martin de algunos problemas internos. Se lo llevó a almorzar a San Bartolo, un balneario cercano, y lo criticó fraternalmente. Sin embargo, el tema principal no resultó siendo el de los hombres convocados, ni el del dinero. Fue el de las relaciones de Martin con las mujeres que pertenecían al destacamento. Era un tema difícil y desconcertante. Aunque, sin duda, obligado.

Cuando se estableció el destacamento, había seis mujeres convocadas. Como la mayoría de agentes, en el momento de su traslado desconocían las órdenes que recibirían, aunque podían suponerlo. Pronto quedaron cuatro,

pues Shirley Rojas pidió su cambio antes del operativo en Barrios Altos, y Dánae Ruiz, secretaria de Pichilingue en COMPRANSA, nunca participó en las operaciones. De las restantes, Haydee Terrazas estuvo en el grupo de Supo; Estela Cárdenas e Iris Chumpitaz en el de Chuqi, y Mariela Barreto en el de Sosa. Martín tuvo un amorío con la Barreto durante la primera excursión en La Tiza. Al mismo tiempo aparentemente flirteó con la Chumpitaz, y comenzaron los problemas.

Hubo una escena entre Barreto y Chumpitaz en La Tiza, causada por celos de Mariela azuzados por varias cervezas. La chica le dijo después a Sosa que Chumpitaz interfería en su relación con Martín. Sosa, que no estaba seguro de que las cosas entre ambos fueran a ser muy importantes, ya había sido testigo del interés que el mayor suscitaba en la agente desde los comienzos del entrenamiento, cuando aún no habían dormido juntos en la camioneta de Martín en La Tiza. Estuvo presente en una ocasión en la que Barreto le dijo a la Chumpitaz que el mayor tenía bonitos ojos. Sosa no lo podía entender, pues no sólo opinaba distinto sino todo lo contrario. Intervino con sorna para retrucar, remedando el tic de párpados que afectaba a Martín, su forma rígida de entomar y cerrar los ojos. Una noche, en la playa, alguien vio a Barreto desnuda en la camioneta de Martín; la voz corrió, pero nadie tenía por qué darle importancia. Sin embargo, la discusión entre las agentes le dio mala espina a Sosa. Aquí no iban a funcionar chicas Bond o ángeles de Charlie. Durante su plática con Martín en San Bartolo, le sugirió retirar a las mujeres. Iban a ser, ya lo vería, fuente de muchos problemas.

En ese momento, cualquier vaticinio sobre tales problemas se habría quedado corto. Pese a que luego de su discusión con Chumpitaz, Barreto dijo entre lágrimas a Sosa que ya no seguiría viendo a Martín, fue evidente que su resolución duró pocos días. Martín, a su vez, volvió a convocar a agentes mujeres para nuevos trabajos, aunque durante el almuerzo en San Bartolo con Sosa consintió la idea de que sólo hubiera hombres en los operativos. En 1993, Barreto dio a luz una hija de Martín, con quien nunca llegó a convivir. En 1997 produjo una conmoción pública el hallazgo de su cadáver decapitado en un paraje contiguo a la carretera a Canta, en el departamento de Lima. El asesinato es un caso sin resolver. Aunque no enfrentó cargos por la muerte, Martín fue uno de los sospechosos.

El segundo operativo importante se produjo en el valle del Santa, al norte de Lima, y los problemas fueron de otra naturaleza. Las personas a las que los enviaron a matar no fueron referidas por una fuente de inteligencia militar sino por un empresario. La orden fue inconfundible: debía eliminarse a los subversivos identificados por unas personas que los esperarían a las ocho de la noche del 30 de abril de 1992, en una casa de Miraflores.

El número 119 de la calle 25 de Mayo corresponde a un chalet de dos

pisos donde vivían los hermanos Fung López, dueños del Molino San Dionisio, en la provincia de Santa. Martin citó a los jefes de grupo directamente allí, para recibir la información requerida de la misma boca del interesado. Jesús Sosa, que llegó por su cuenta, tuvo problemas para estacionar en el parque Santa Isabel, hacia el que daba la casa de los Fung, porque un vigilante le impedía ubicarse al frente, y cuando ingresó, la reunión ya había comenzado. En el segundo piso, en una habitación, encontró a buena parte del Grupo Colina: el coronel Navarro, los mayores Martin y Pichilingue, Supo, Chuqui y Pino. Recibían información de cinco desconocidos, dos de los cuales se encontrarían con ellos al día siguiente. La cita era al atardecer, en Casma, 370 kilómetros al norte de Lima.

Se trataba, pues, de una coordinación. ¿Por qué tenían que haber ido hasta una casa particular para concretarla? ¿Qué hacían recibiendo indicaciones de los Fung en vez de hacerlo sus jefes del Pentagonito? Martin, al convocarlos a la casa, sólo les dijo: «Es un pedido del comandante general». Una vez allí, los desconocidos dijeron que tenían datos precisos sobre senderistas que actuaban en la zona del Santa y que vivían encubiertos entre los lugareños. Les presentaron a sus guías, dos hombres de mediana edad: uno bajo y de piel oscura y otro delgado y alto. Los suboficiales supieron después que prestaban servicios en el Molino San Dionisio, de propiedad de los Fung, que había sido atacado por supuestos terroristas.

El 1<sup>o</sup> de mayo, a las ocho de la noche, los tres equipos del destacamento se hallaban en Casma, una pequeña localidad dedicada a la agricultura y a la pesca, que en auto se puede atravesar en cinco minutos sin salirse de la Panamericana Norte, que es su calle principal hasta la salida a Chimbóte. Los agentes estaban metidos en dos autos y tres camionetas, estacionados, unos por aquí y otros por allá, en las proximidades de la plaza de Armas. Esperaban indicaciones de Martin, quien, junto con Pichilingue y los dos servidores de los Fung, tomaba cerveza en un boliche. En los vehículos estuvieron un par de horas. No habían cenado, y conforme pasaban los minutos iban aumentando las expresiones de impaciencia.

Martin reapareció pasadas las diez y, soliviantado por las cervezas, subió con los hombres de Fung a la Nissan roja y ordenó avanzar. Se dirigieron al distrito del Santa, cuyo valle de hortalizas y menestras es abastecido por el río del mismo nombre. Pasaron sin detenerse por el puerto de Chimbóte y continuaron hacia el norte. Antes de llegar al puente sobre el río Santa, que limita Ancash y La Libertad, voltearon hacia la derecha, con rumbo a la barriada Javier Heraud. Hicieron un alto en el camino antes de llegar, para distribuir los grupos. Sosa esperaba dirigir el grupo de penetración y asalto pero Martin asumió él mismo la función, para irritación del agente. Después subieron a los autos y continuaron la marcha.

En Javier Heraud, y después, en las barriadas de La Huaca, San Carlos y

San Andrés, el destacamento secuestró a nueve personas, luego de sacarlas brutalmente de sus viviendas. El recorrido comenzó en la medianoche y demoró dos horas, o más, hasta que las víctimas estuvieron en las camionetas<sup>3</sup>. En cada caso los informantes señalaron a los presuntos senderistas, en su mayoría jóvenes, agricultores y artesanos, a quienes los Fung responsabilizaban del ataque subversivo que destruyó el molino, la noche del 29 de marzo de 1992.

Con su carga de detenidos, los vehículos enrumbaron hacia la Panamericana Norte, por un camino de tierra afirmada que, bordeando cultivos, por momentos se empinaba por encima de las chacras. Iban con luces bajas en la noche cerrada, la visibilidad negra por los cuatro costados. Faltando unos quinientos metros para la carretera, una de las camionetas, la única que no pertenecía al SIE —una Nissan blanca alquilada—, salió del sendero y se volteó suavemente sobre una pequeña ladera. No hubo heridos, pero sí aporreados, sobre todo los que iban en la parte descubierta del vehículo. Invirtieron una media hora en poner nuevamente la camioneta en el camino, empujándola por detrás y jalándola desde arriba con la soga de una burra insomne que caminaba por allí. Así pudieron reemprender la marcha. Cuando llegaron a la Panamericana, faltaba cruzarla para realizar un último secuestro en el otro lado, pero ya eran las tres de la madrugada, una hora más que aconsejable para proceder a la fase final del trabajo.

Enfilaron en dirección a Trujillo a cincuenta kilómetros por hora, con obligada lentitud, porque el accidente había zafado los parabrisas trasero y delantero de la Nissan blanca y el viento se metía irresistiblemente en la cabina cuando se aumentaba la velocidad. La carretera, después de abandonar Guadalupito, se metía en la parte árida del valle de Chao, una zona propicia. Buscaron cualquier sendero de tierra afirmada que les permitiera meter los vehículos en el arenal. Lo encontraron, voltearon a la derecha, y avanzaron unos cien metros en la negritud de la noche. Se detuvieron y los militares descendieron. Mientras unos estiraron las piernas otros bajaron a los secuestrados, que tenían las manos enmarcadas y la cara cubierta con prendas sustraídas en las viviendas. Formaron dos grupos, con la intención de hacerlos caminar en direcciones opuestas. Cada uno de los detenidos fue llevado a dar un paseo a ciegas, con su verdugo detrás. Los informantes se quedaron en las camionetas y observaban a la distancia, por un lado los preparativos, y por el otro las luces indiferentes de los autos en la carretera. Los disparos con silenciador apenas sonaron en la oscuridad.

Luego de la matanza enrumbaron hacia Trujillo, llevándose a los

---

<sup>3</sup> Ellas fueron Carlos Alberto Barrientes Velásquez, Roberto Barrientes Velásquez, Denis Castillo Chávez, Federico Coquis Velásquez, Wilmer León Velásquez, Pedro Pablo López González, Jesús Noriega Ríos, Carlos Tarazona More y Jorge Luis Tarazona More

delatores. En esos momentos el personal de la comisaría de Santa se negaba al pedido de verificar los hechos que hacían los familiares. Uno que estaba de guardia dijo que no podía moverse sin una orden superior. Afuera, dos policías continuaron sentados en una banca del parque, como si tal cosa. En Chimbóte, la capital de la provincia, la Fiscalía inició las investigaciones recién 22 días después.

Algunos agentes pensaron que tal vez el mismo poder local que buscó al Ejército para que golpeará a sus enemigos, amarró a la Policía para que no actuara. Pensaron también que ese mismo poder pudo haber pagado para que ellos eliminaran a los que murieron. ¿A quién? ¿A Hermoza? ¿A Martín? Si ello era así, tuvo que ser una cantidad mucho mayor de la que ellos recibieron. Que fue una miseria. En el sótano del Pentagonito, antes de salir en dirección a Santa, Martín les había hecho llegar unos mil soles a través de Jesús Sosa, para gastos operativos.

—¿Y esto? —preguntó Sosa.

—Eso me han dado para entregarles a los muchachos.

—Esto no alcanza ni para un sandwich.

Le tocaba treinta soles a cada uno, deduciendo algunos gastos. Decidió incluir a Martín en el reparto de migajas, para que sintiera que también valía poco. Sus relaciones empezaban a ir muy mal.

La segunda discusión entre Barreto y Chumpitaz tuvo mayores consecuencias. En mayo de 1992 el destacamento realizaba una vigilancia al local de Patria Libre, una organización de izquierda radical liderada por Yehude Simón, a quien había que matar. Eligieron como centro de operaciones Los Virreyes, un hotelito de cuatro pisos en el número 826 del jirón Cañete, la misma calle del centro de Lima donde, a menos de cien metros, en la vereda opuesta, funcionaba Patria Libre. Los agentes tomaron un par de habitaciones con vista a la calle. La fecha señalada, cuando Simón llegara al local, un AIO infiltrado vigilaría desde dentro sus movimientos y por radio les avisaría el momento de su salida. Afuera, el agente José Alarcón le dispararía desde una de las ventanas del hotel.

Ese día, de acuerdo con la información disponible, Simón debía llegar como a las seis de la tarde. Horas antes Martín había dispuesto que ingresaran dos parejas de agentes al hotel, para ocupar sendas habitaciones. Se registraron José Alarcón y Ángel Pino con Iris Chumpitaz y Mariela Barreto, respectivamente. Adentro se juntaron los cuatro en una de las habitaciones, mientras en las calles otros hacían guardia en tres autos Toyota. Pero en el hotel sucedió algo imprevisto. Para matar el tiempo, Barreto y Chumpitaz se pusieron a tomar cerveza, y entre botella y botella terminaron peleando por el tema ya conocido: Martín. Pino lo reportó por radio al mayor y la maniobra tuvo que suspenderse. A estos líos del corazón debe tal vez Simón su existencia.

Al día siguiente ya no fue posible ubicar claramente a Simón como

blanco. Vieron llegar su Land Rover pero se detuvo un par de minutos en el local, dejó a alguien que no era la víctima, y luego se alejó. Simultáneamente llegó una orden superior: se abortaba la operación.

En el 2003, el exagente Julio Chuqui contó a una comisión parlamentaria que el Grupo Colina había planeado asesinar a Simón, pero alteró la fecha del intento —lo ubicó en 1991— y ocultó el incidente entre las agentes Barreto y Chumpitaz, aunque esa no fue la distorsión principal de las confesiones que brindó al Congreso y al poder judicial. Interesado en obtener una pena benigna, Chuqui nunca aparece disparando en su relato. En Barrios Altos dice que se quedó en la puerta, vigilando, mientras otros mataban adentro. En el Santa tuvo que ir hasta Trujillo durante las ejecuciones, y tampoco estuvo presente. En el resto de operativos aparece como uno más, un acompañante, nunca como el jefe de equipo que era.

Desde diciembre de 1991 el destacamento trabajaba en la ubicación de supuestos senderistas de localidades costeras próximas a Lima, y de los cuales tenía nombres, algunos seudónimos, referencias. Cuando se los ubicara, se alistaría su eliminación. Una tarde, coordinando las investigaciones, Martín y cuatro hombres más esperaban al agente Rolando Meneses en el restaurante El Viajero, en la localidad de Pativilca. El propietario descubrió que estaban armados, discutió con Martín y llamó a la Policía. Cuando ésta llegó, pidió identificación a los desconocidos, pero no registró la camioneta Nissan roja en la que viajaban, donde había armamento largo. Aunque no fueron detenidos, la Policía dio parte a las unidades de la zona. En previsión de que, en el camino de regreso, su vehículo fuera intervenido, Martín dispuso que alguien viniera desde Lima para pasar los fusiles a otra camioneta, libre de sospechas. Esto fue lo que hizo Jesús Sosa, quien trajo la Nissan gris. Una vez efectuado el trasbordo, Sosa regresó a Lima, seguido por Martín. En Huaura, donde hay un control policial, la primera camioneta pasó limpiamente. La de Martín fue detenida.

Los policías de la garita, en conocimiento del incidente en El Viajero, pidieron la identificación de los ocupantes e iniciaron el registro de la camioneta. Estaban esperándola. Hicieron bajar a los militares y los llevaron a una oficina, donde mandaba un teniente. Pino adivinó que aquello terminaría con un parte policial, donde quedaría escrito que todos ellos habían pasado armados por allí y decidió llamar a Jesús Sosa por la radio. En ese momento lo escucharon el teniente de la Policía y los guardias del control.

—Coronel Bazán, coronel Bazán. Aquí, Pino. Cambio.

—Aquí, Bazán. ¿Qué ha pasado? Cambio —contestó Sosa, que al tanto de la retención de la camioneta de Martín, adivinó la treta de Pino y le siguió la corriente.

—Mi coronel, estamos retenidos en la garita. La Policía nos está identificando. Hay un teniente aquí que nos retiene. Cambio.



—¡Carajo! ¿No saben ustedes identificarse? ¡Páseme al policía a cargo! Cambio.

Pino puso el aparato en manos del teniente.

—Oiga usted: le habla el coronel del Ejército Pedro Bazán. ¿Qué pasa con mi equipo de seguridad? ¿Usted sabe lo que está haciendo con personal militar? Lo hago responsable de cualquier cosa que me pueda pasar. Quiero su identificación. Cambio.

El policía se intimidó. Dijo que hacía una inspección de rutina y que la camioneta detenida saldría en unos instantes. El coronel Bazán se calmó y le pidió al policía que le pasara al mayor. Martín tomó la radio y nítidamente se oyeron los gritos de su falso jefe:

—Oiga, carajo: ¿qué clase de mayor es usted? ¿No sabe identificarse? Estoy jodido con alguien como usted. Cualquier policía lo detiene y usted no sabe imponerse. Lo hago responsable del retraso. Y quiero el nombre de los policías que los intervinieron.

El operativo más conocido del destacamento en la zona ocurrió en pleno centro de Huacho. A la una de la mañana del 25 de junio raptaron al periodista Pedro Yauri, director del programa *Punto final* en Radio Universal de esa ciudad y presunto simpatizante del MRTA. En una casa de la plaza de Armas, Yauri vivía con su padre, quien presenció el secuestro. El periodista fue muerto a balazos y enterrado en las afueras. Toda la operación demoró unas dos horas. A las tres, los vehículos del destacamento retornaron a Lima.

Llevaban ocho meses matando, con una cuenta que se acercaba a los treinta muertos. El comando estaba satisfecho y en el Pentagonito se los miraba con respeto. La sociedad quería mano dura contra los senderistas y también, naturalmente, los militares de todos los pelajes. Ellos eran la mano dura. Sin embargo, la mayoría de los agentes aún no se acostumbraban a matar. Para hacerlo debían prepararse mentalmente, extrayéndole el mayor provecho posible a lo que entendían por sentido del deber. Después necesitaban emborracharse. El alcohol se convertía en una capa de cemento dentro del cerebro, debajo de la cual quedaba el recuerdo de lo que pasó. A veces reaparecía, y había que administrarlo nuevamente.

## CAPÍTULO 14

# Las muertes que nadie ordenó

La noche del 16 de julio de 1992, un coche con explosivos estalló en el distrito de Miraflores. En el instante previo a su destrucción, la segunda cuadra de Tarata era una animada calle de clase media, con tiendas comerciales y edificios de departamentos. Los bomberos contaron veinticinco cadáveres y rescataron a ciento cincuenta heridos. Nada peor había ocurrido en Lima causado por Sendero Luminoso, y nada más desafiante para el liderazgo antiterrorista del popular Alberto Fujimori, quien gobernaba sin contrapesos, sostenido por los militares<sup>1</sup>. Las víctimas eran personas que vivían con cierta comodidad, lo que tampoco tenía precedentes. Peruanos que sólo vieron sangrar a sus compatriotas por televisión, ahora tenían un temor desconocido: ellos también podían morir.

Fujimori se hizo cargo de la situación desde el Pentagonito, a donde se fue a vivir el 3 de abril, dos días antes de convertirse en dictador. El jefe del SIE, Alberto Pinto, le cedió sus oficinas en el segundo piso del pabellón este del servicio, desde las que, acondicionadas, anunció al país la clausura del Congreso. Aquí Fujimori observó por televisión las sangrientas escenas de Miraflores, y dirigió una reunión con jefes militares y policiales. La prioridad quedó establecida desde el comienzo: capturar cuanto antes a los autores del atentado.

El 17 de julio, el agente José Tena Jacinto fue llamado de urgencia a las oficinas del Grupo Colina en COMPRANSA. El destacamento lo tenía infiltrado en la Universidad Enrique Guzmán y Valle, conocida como La

---

<sup>1</sup> El Congreso que reemplazó al disuelto el 5 de abril de 1992 fue elegido en noviembre del mismo año. Cuando ocurrió el atentado del jirón Tarata Fujimori era, técnicamente, un dictador. En ese período adoptó una serie de medidas para liberalizar la economía y combatir el terrorismo. El atentado de Tarata era un brutal indicador de que el golpe de Estado podía aumentar la violencia senderista.

Cantuta, donde había estudiado y cultivaba contactos. Era el centro de estudios más penetrado por Sendero Luminoso en Lima<sup>2</sup>. Todos los servicios secretos sabían que sus militantes pernocaban en la vivienda estudiantil. Los nombres de imaginados o reales terroristas figuraban en diversos informes de inteligencia, y la DINTE recibía reportes de la vigilancia que les hacía el PIL del SIEI. La base del Ejército en La Cantuta tenía una relación de supuestos comprometidos, y Tena elaboró una propia para el destacamento. En COMPRANSA, el agente actualizó la información. El mayor Martín redactó una nota de inteligencia que llevó al Pentagonito.

Aquel día, en la DINTE llovían reportes confidenciales sobre la autoría del atentado de Tarata. El común denominador de estos documentos era que los presuntos culpables podían estar en La Cantuta.

El general Hermoza ordenó a Martín detener a los militantes senderistas en la universidad. El operativo concluyó con el asesinato de nueve estudiantes y un profesor, y fue el principal problema de política interna que afrontó Fujimori durante su primer gobierno. Nunca se comprobó que las víctimas contribuyeron al atentado, aunque la filiación senderista de varios de ellos era más o menos evidente. El SIN, que depende de la Presidencia, le aseguró a Fujimori que eran culpables, según éste reveló a reporteros peruanos con quienes regresaba a Lima de Bolivia, en agosto de 1994<sup>3</sup>.

¿Por qué diez muertos conmovieron al país más que decenas de miles causados por el conflicto? Una razón es que los asesinatos se produjeron en Lima y no en remotas serranías, donde murió la mayoría de las víctimas. Otra es que el caso expuso a los tres hombres más poderosos del período: Fujimori, Hermoza y Montesinos. Aunque no había pruebas, la opinión pública empezó a creer que estaban comprometidos y que hacían todo lo posible por ocultarlo.

En el 2001, detenido en una celda para presos comunes y después de haber devuelto al Estado catorce millones de dólares de una cuenta en Suiza, el general Hermoza declaró a un juez que se enteró de los resultados del operativo en La Cantuta por Montesinos, a quien atribuyó el manejo del Grupo Colina, con conocimiento de Fujimori<sup>4</sup>. Prefirió declararse ladrón.

---

<sup>2</sup> Una excelente explicación de la presencia senderista en la universidad, y datos biográficos de los estudiantes y el profesor asesinados la madrugada del 18 de julio, ofrece el libro *El crimen de La Cantuta*, de Efraín Rúa (Lima, ERS Ediciones, 1995).

<sup>3</sup> La escena es descrita en el libro de Rúa. Refiriéndose a las protestas por los asesinatos, Fujimori dijo: «Si la gente supiera que ellos fueron los que hicieron el atentado de Tarata, no pensarían igual». Añadió que el SIN le había informado que los responsables del atentado en la calle Tarata eran estudiantes de La Cantuta.

<sup>4</sup> Cuando el vocal supremo José Luis Lecaros le preguntó a Hermoza si Fujimori sabía de los homicidios del Grupo Colina, respondió que Montesinos le dijo expresamente que Fujimori tenía conocimiento. Añadió que él nunca habló del tema con el

antes que asumir la responsabilidad de su comando. La declaración de Hermoza es la más relevante que existe en contra del expresidente peruano, quien se fugó a Tokio en el 2001 y una vez allí se refugió en su otra nacionalidad —la japonesa— para impedir ser extraditado. Durante los procesos, Montesinos lo acusó de delitos económicos pero no por violaciones de derechos humanos, pues se habría implicado él mismo. Los juicios sobre la autoría intelectual de los crímenes aún continúan en el poder judicial, y la base de la acusación contra Fujimori y Montesinos es la declaración de Hermoza y otros testimonios indirectos. Poco aportaron al respecto los ejecutores colaboracionistas, desde el mayor Martín para abajo<sup>5</sup>. Sin embargo, algo relevante ocurrió en estos escalones, que las líneas siguientes revelarán por primera vez: cuando el mayor Enrique Martín inició su operativo en La Cantuta, no tenía órdenes de ejecutar a los detenidos.

A las seis y media de la tarde del 17 de julio, los beepers de Jesús Sosa, Pedro Supo y Julio Chuqui recibieron el siguiente mensaje: «En treinta minutos, jefes de grupo en parque de Barranco. Kike».

Desde el mediodía, el mayor estuvo haciendo preparativos. Era caza fácil, porque a La Cantuta la controlaba el Ejército. Allí los senderistas vivían en estado natural, exhibiendo sus panfletos y gritando sus consignas, provocando continuamente a los soldados de la base. Necesitaba permiso para entrar y una buena relación de nombres. El permiso ya estaba: el general Hermoza había hablado con el comandante de las fuerzas especiales a cargo de la universidad, que permitiría la operación y hasta prestaría a un teniente que sabía quién era quién. Ahora le faltaba organizar a su gente.

El parque Municipal de Barranco era usado eventualmente por el Grupo Colina para coordinaciones fuera de las oficinas de COMPRANSA. Quedaba cerca de la urbanización Matellini, donde Jesús Sosa, su mujer y sus cuatro hijos vivían en el tercer piso de un edificio de departamentos para personal militar. Ni siquiera los vecinos de este barrio, habituados a la vida castrense, podían imaginar que allí se guardaba buena parte del arsenal de

---

presidente. Declaración testimonial, 19 de septiembre del 2001

<sup>5</sup> Fujimori se mofa de los argumentos tipo «Fujimori tenía que saber lo del Grupo Colina», basados únicamente en su condición de presidente y jefe de las Fuerzas Armadas. Además, destaca que ningún testimonio lo incrimina directamente. El 28 de agosto del 2001, en un artículo publicado en su página web *fujimorialberto.com*, escribió: «¿Cuáles son los indicios? ¿Cuáles son las pruebas en este caso? ¿Los testimonios de gente involucrada, de algunos generales que bajo fuerte presión quieren salvar responsabilidad o, en todo caso, aminorarla? ¿Que cierta persona escuchó que alguien dijo que le dijo algo? ¿Que había un sillón, que probablemente usé una vez, del cual salían las órdenes?».

la élite antiterrorista del Ejército. El resto de las armas las tenía Nelson Carbajal, cuyo departamento, cercano a la Villa Militar de Las Palmas, solía ser el punto de reunión de los grupos de Supo y Chuqui. En ambos locales tenían desde armamento largo hasta cal viva para los muertos. De este modo, cuando se trataba de actuar, no necesitaban sacar armas de ningún almacén del Pentagonito, lo que obligaba a un trámite administrativo, mínimo pero peligroso para el secreto de una operación. Allí sólo tenían la dinamita y el explosivo c4, escondidos por Martin en su cuarto del pabellón de oficiales de La Fábrica.

Aquel viernes, Jesús Sosa estaba en su departamento cuando le llegó el mensaje de Martin al beeper. Esperó unos minutos y partió al parque de Barranco. Estacionó frente a la iglesia, un edificio de 1903 que forma uno de los lados del parque. Ya estaba allí el coronel Federico Navarro. Ambos eran los primeros.

Bajaron y se sentaron a conversar en una banca próxima. De acuerdo con uno de los interlocutores, se produjo el siguiente diálogo:

—¿Los muchachos? —preguntó Navarro.

—Han recibido el beeper y están viniendo para acá. ¿Usted sabe qué trabajo haremos, mi coronel?

—Hay una misión en la universidad La Cantuta. El Tío ha ordenado capturar a unos angelitos que participaron en lo de Tarata<sup>6</sup>. Uno de los agentes ha confirmado que hoy habrá una reunión en una de las residencias. Tenemos una lista con los nombres.

Navarro aludía a una información traída por Tena en la tarde. Al mediodía, luego de su reunión con Martin en COMPRANSA, había retornado a La Cantuta para buscar más datos. A eso de las seis, volvió con la novedad de que los estudiantes senderistas iban a tener una fiesta en el pabellón de mujeres. Le habían dado la cobertura de una celebración de cumpleaños, pero en realidad, dijo Tena, festejarían el éxito del atentado de Tarata<sup>7</sup>.

Sosa preguntó luego a Navarro si habría que ejecutar a los detenidos. Navarro respondió que no. «Hay que detenerlos, interrogarlos y llevarlos al cuartel La Pólvora. Martin está coordinando eso», dijo.

Este intercambio de palabras resultaría decisivo en los acontecimientos. Los hechos, ante todo, iban a demostrar que el diálogo se produjo. Y que Navarro dijo que no se iba a matar a los estudiantes.

El tercero en llegar al parque de Barranco fue Enrique Martin, en la

---

<sup>6</sup> La expresión El Tío, en este caso, alude al comandante general del Ejército.

<sup>7</sup> El 17 de febrero hubo, efectivamente, una fiesta organizada por los estudiantes de La Cantuta para celebrar cumpleaños de residentes en la vivienda universitaria. Los militares de la base, que inicialmente se negaron a autorizarla, consideraron que sería una reunión política, pues había senderistas. Se llevó a cabo hasta las ocho de la noche de ese día, en el pabellón de las estudiantes femeninas.

camioneta Nissan roja manejada por Vera. Martin llevó a Navarro a conversar a El Danubio, una pollería ya desaparecida, en una de las esquinas del parque. Sosa se quedó esperando al resto.

A los pocos minutos apareció Supo y luego Chuqui. Sosa no les dijo de qué se trataba el trabajo. Esperó a que, como correspondía, Martin lo explicara. Pero Martin se estaba demorando demasiado con Navarro en El Danubio. Sosa fue a buscarlos.

Cuando regresó, Sosa informó que Martin aún tardaría y que él, entre tanto, iría a buscar a su casa al segundo oficial jefe del Grupo Colina, el mayor Carlos Pichilingue. Todos sabían que Pichilingue estaba molesto con Martin porque dispuso el cambio de su secretaria sin consultarle. Hacía una semana que no iba a labores, en virtud de un permiso solicitado tras el incidente, y se decía que iba a pedir su traslado. La noche del 17 de julio, Martin no lo citó inicialmente, pero más tarde cambió de opinión y envió a Sosa en su busca. El hecho es que Sosa y Pichilingue —que vivía en una de las villas militares de Chorrillos— aparecieron en Barranco una hora después.

Chuqui y Supo continuaban en el parque. Navarro y Martin seguían tomando cerveza en El Danubio. Pichilingue se dirigió a la pollería y Sosa fue a juntarse con los del parque. Allí los tres hombres esperaron impacientemente que sus jefes terminaran de conversar.

Los oficiales salieron, por fin, como a las ocho y media de la noche. Navarro se despidió y se marchó. Martin preguntó si los miembros de cada grupo estaban *en apresto*<sup>8</sup>. Sosa, Chuqui y Supo respondieron afirmativamente. Entonces Martin dijo, según dos versiones: «Tenemos un trabajo en La Cantuta. Iremos por la carretera Ramiro Prialé. Vayan a recoger a su gente y luego nos desplazamos a la carretera. Una vez allí, nos enlazaremos por radio».

De acuerdo con estas versiones, eso fue todo lo que Martin adelantó. Nadie preguntó si habría que mandar a alguien al otro mundo, pero podría haber sido una pregunta innecesaria. El grupo no estaba haciendo otra cosa desde hacía nueve meses.

En cuanto a Jesús Sosa, habría que suponer que se creyó la versión de Navarro, considerando el encontrón que tuvo después con Enrique Martin, delante de los agentes. Fue a causa de una supuesta negligencia de Sosa, relacionada con su *tarea* en los operativos.

En las ejecuciones, Jesús Sosa buscaba lugares para los entierros, dirigía la excavación de fosas y maquillaba el paisaje final, que no debía revelar alteraciones que produjeran sospechas, como montículos de tierra o arbustos arrancados. También llevaba las herramientas necesarias. Pero esa

---

<sup>8</sup> Estado de alerta, en la jerga militar. Durante el mismo, los hombres de un determinado cuerpo deben estar concentrados en sus instalaciones

noche, luego de la coordinación, fue a recoger a su equipo de agentes en Matellini y enrumbo con ellos hacia la Ramiro Priale sin hacer ningún preparativo para ejecuciones. Algunos se preguntaron después si éste no fue un premeditado olvido de Sosa, ansioso de pelearse con Martin.

De hecho, la relación entre ambos se rompió aquella madrugada.

Distribuidos en un auto y cuatro camionetas y en camino a Chosica — en cuyas inmediaciones queda La Cantuta—, los miembros del Grupo Colina empezaron a comunicarse por radio para ubicarse entre sí. Los vehículos activaron sus luces intermitentes, facilitando su identificación en la noche de luna. Cuando tomaron la autopista Ramiro Priale, que corta el camino hacia el este de Lima, ya estaban juntos y en fila, la Nissan de Martin por delante.

A la altura del kilómetro 23, Martin ordenó detenerse. Estacionaron a un costado de la carretera y los hombres, un total de veinticuatro, hicieron círculo alrededor de su jefe. La mayoría llevaba jeans y zapatillas, así como pasamontañas recogidos a la altura de la frente.

—Formen los equipos —mandó Martin. La orden implicaba que los hombres a cargo de Sosa, Chuqui y Supo se alinearan en columnas, como en el cuartel, a vista y paciencia de quienes transitaban por la carretera. A Sosa esto le pareció una estupidez. Se notaba que las cervezas en El Danubio habían achispado a Martin.

Sosa intervino:

—Kike, los grupos ya están establecidos.

—He dicho que formen.

Sosa se alejó e hizo formar a su equipo. Otro tanto hicieron Chuqui y Supo. Martin manifestó que el equipo de Supo se encargaría del asalto, el de Sosa haría seguridad y el de Chuqui, cobertura y contención. Por segunda vez, Sosa no estaba a cargo de dirigir las acciones.

Martin se acercó a las columnas e hizo pasar a algunos hombres de un equipo a otro. Después en voz alta, se dirigió a Sosa:

—Bazán —dijo—: ¿los picos? ¿Las palas? ¿La cal?

Martin había preguntado lentamente. Sosa salió de su columna y se le acercó, con disimulada irritación. Parecía a punto de agredirlo.

—No es lo que me ha dicho el coronel Navarro —dijo—. Tengo entendido que vamos a hacer detenciones.

—¿Dónde están los picos, las palas y la cal? —repitió Martin a voz en cuello—. ¿No hemos dicho que los cargaremos cada vez que salgamos a un trabajo?

—Disculpe, mi mayor —Sosa nunca llamaba «mi mayor» a Martin—, pero no se sacó ese material en vista de que el coronel Navarro dijo que era una detención.

—¡Carajo! ¡Aquí mando yo y no el coronel Navarro!

Martin estaba fuera de sí. Jesús Sosa, extrañamente, no se le tiró encima.

—Bueno, mi mayor, esa es mi responsabilidad —dijo—. Yo soluciono el problema y conseguiré el material en el camino mientras ustedes hacen el trabajo.

El incidente terminó allí. Los agentes subieron silenciosamente a los vehículos, que enfilaron hacia Chosica. En el trayecto de los treinta kilómetros faltantes no hubo bromas ni expresiones de entusiasmo. Mientras los vehículos se abrían paso en las sombras, rumbo a su última expedición, sus ocupantes estaban lejos de experimentar el orgullo de soldados que arriesgan la vida para librar a su patria del terrorismo. Alguien lo dijo así: «Sentíamos incertidumbre. No era miedo a cualquier posible castigo por las muertes, sino una total indiferencia hacia lo que hacíamos. Y muchas dudas sobre el futuro del grupo».

La Cantuta funciona en una ciudadela construida a treinta y tres kilómetros de Lima, sobre la margen derecha del río Rímac. En 1992, desde su ocupación militar, alojaba a un destacamento del Batallón de Infantería de Paracaidistas (BIP) 19, perteneciente a la DIFEE, dirigida a su vez por el general Luis Pérez Documet, uno de los fuertes del régimen cívico-militar nacido ese año. El 17 de julio, Pérez Documet autorizó el ingreso del Grupo Colina a La Cantuta para que la DINTE detuviera a supuestos terroristas. Para el efecto cedió al teniente Aquilino Portella, que había estado a cargo de la base y podía ayudar en la identificación. Martin recogió a Portella en Lima y llegó con él a la universidad. Durante el operativo, el teniente acompañaría las acciones desde lejos.

Martin ordenó detener los vehículos a cien metros del ingreso a la universidad, al costado de unos muros que encerraban casas campestres. Al otro lado descendía el río con su caudal mínimo, cubierta su ribera por matorrales. El mayor se dirigió a pie con Portella hacia el puesto de control militar, contiguo a la puerta principal. Regresaron media hora después con el teniente del BIP 19, José Velarde, quien echó un vistazo al grupo y autorizó el ingreso. Los vehículos pasaron silenciosamente, sin encontrar personal militar en las inmediaciones. Cuando estacionaron frente al pabellón de la vivienda estudiantil de varones, se unió al grupo un desconocido que vestía pantalón oscuro y camisa blanca. Era un funcionario de la universidad que colaboraba con el destacamento de La Cantuta y que iba a participar, con el rostro oculto por un pasamontañas, en la identificación de los detenidos<sup>9</sup>. Lo trajo el teniente Velarde, quien desde

---

<sup>9</sup> Era Octavio Mejía Martel, decano de Ciencias, un profesor de matemáticas muy amigo de uno de los secuestrados de aquella noche, el profesor Hugo Muñoz. Mejía, a



ese momento acompañaría el operativo. Velarde llevaba una radio y un cuaderno con una relación de nombres, en el que iría haciendo anotaciones mientras se producían las capturas.

Los militares descendieron y ocuparon sus puestos para atacar la vivienda estudiantil. Había llegado la medianoche.

El pabellón de hombres era un ambiente con una puerta y dos ventanas amplias, capaz de albergar a unos cuarenta estudiantes en camas superpuestas. Pretell tocó la puerta con el puño cerrado. Nadie abría. Por una ventana se asomaron dos cabezas.

—¡Oye! ¡Abre, carajo! ¡Policía! —se dirigió a ellos Sosa, que se había adelantado con Pretell hasta la puerta. Adentro nadie hizo caso. Se escuchó el ruido de muebles que eran llevados hacia la puerta.

—Chiquito, ábrela —pidió Sosa a Pretell.

El enorme agente se aplicó a patear la puerta, que cedió al poco rato. Un ropero metálico había sido colocado detrás, bloqueando la entrada. Lo apartaron rápidamente, porque adentro cesó la resistencia. Cuando ingresaron, los estudiantes parecían estar durmiendo en sus camas. Alguien se levantó y prendió la luz. Lo golpearon, obligándolo a regresar a su lecho. Volvió a apagarse la luz.

Los estudiantes recibieron la orden de taparse totalmente con las frazadas. Fueron sacados de uno en uno al jardín exterior, para ser identificados y separados en dos grupos, de acuerdo con una lista que Enrique Martín tenía en su poder. José Tena estudiaba los rostros y con un movimiento de cabeza daba su veredicto. Otro tanto hacía el colaborador de la base. Al final, de unos quince examinados, seis aparecían en la lista de Martín: Marcelino Rosales, Roberto Espinoza, Juan Marinos, Luis Ortiz, Heráclides Meza y Armando Amaro. Todos ellos figuraban también en la relación del teniente Velarde. Antes de ser llevados a las camionetas, les cubrieron el rostro con chompas y otras prendas de su propiedad. Seguían sin resistirse. Para ellos una detención no significaba necesariamente un riesgo para sus vidas. Había continuas redadas en Lima.

Mientras esto ocurría, Jesús Sosa, que no había olvidado su discusión con Enrique Martín, buscaba implementos para los entierros. Pensó en robarlos de una de las casas de campo de Chosica, pues él era un hombre que resolvía situaciones. Pero antes, claro, iba a echar un vistazo en el almacén universitario. Tuvo un grato sobresalto cuando, husmeando en la vivienda estudiantil, halló, en un cuartito al fondo del pabellón, una apreciable provisión de picos y palas españolas bonitamente pintadas de

la sazón, formaba parte de un grupo ultra izquierdista apoyado por Sendero Luminoso que acaba de destituir al rector Alfonso Ramos en una asamblea ilegal y que fue desautorizado luego por el sistema universitario. Mejía desapareció misteriosamente cuando circuló el rumor de que un funcionario de la universidad había ayudado a los militares a identificar a los que serían secuestrados

rojo<sup>10</sup>. De inmediato llamó a dos agentes de su grupo y les pidió cargarlas.

El operativo continuó en el pabellón femenino, un edificio de tres pisos en cuya segunda planta finalizaba una reunión social. La música se escuchaba nítidamente en la entrada enrejada del primer nivel, donde los militares emplearon un par de minutos en romper un candado. El bullicio los hizo pasar inadvertidos cuando irrumpieron en el ambiente del que provenía, una amplia habitación sin camas y con sillas en el contorno. Unos quince estudiantes, hombres y mujeres, algunos embriagados, suspendieron su alboroto mientras los invasores los rodeaban y la música cesaba de improviso. Los universitarios comprendieron que eran policías o militares que efectuaban una batida<sup>11</sup>. Se dejaron llevar hacia los pasillos, donde entregaron sus documentos y los echaron boca abajo. Otros estudiantes adormilados eran traídos de otras habitaciones.

La mayoría de los intervenidos iba a ser dejada en libertad y volvería a sus cuartos. Luego de la revisión de los documentos personales, los agentes seleccionaron a Bertila Lozano, Dora Oyague y Felipe Flores, quienes fueron bajados y llevados hasta los vehículos. Pero, una vez afuera, el teniente Velarde regresó de súbito, diciendo: «Falta una, falta una». Subió y comenzó a voltear las cabezas de quienes permanecían en el suelo, una por una. Pronto encontró a quien buscaba, Norma Espinoza, una muchacha trigueña de ojos asustados. La condujo al primer piso. Cuando iban a salir del pabellón, la chica se empezó a resistir y se aferró a las rejas de la puerta, sollozando y suplicando que la soltaran. Dos agentes jalaban del brazo a la estudiante sin lograr llevársela. Velarde presenciaba la escena.

Los hombres emplearon más fuerza y, por fin, consiguieron subirla a una camioneta y cubrirla con una chompa. Sosa llamó a Tena y le pidió identificar a la detenida. Tena le descubrió el rostro.

—Esta chica no tiene nada que ver —dijo—. Se apellida Espinoza y la conozco. Es sobrina de Espinoza Montesinos<sup>12</sup>.

—Bájala y llévatela —dijo Sosa. Y fue dejada en libertad.

Hasta entonces, a dos horas de su inicio, el operativo transcurría sin complicaciones, aunque sólo se había encontrado a nueve de la veintena de personas registrada en la lista de Enrique Martín. Faltaba buscar al profesor Hugo Muñoz, del programa de pedagogía. Si Muñoz dormía en esos momentos, sería el décimo y último detenido.

---

<sup>10</sup> Las palas fueron donadas a la universidad por el gobierno español, y luego del operativo fueron llevadas al SIE. Pero uno de los miembros del Grupo Colina se guardó una y la entregó al autor.

<sup>11</sup> Los del SIE vestían como civiles, una práctica común de los miembros de las fuerzas militares o policiales dedicadas a la lucha antisubversiva. Sólo el teniente Velarde llevaba su uniforme militar, y encima una casaca negra.

<sup>12</sup> Aludía a Gustavo Espinoza Montesinos, dirigente del Partido Comunista Peruano.

Vivía en un chalecito de una planta en la parte este de la universidad. Fue sacado con el rostro cubierto por una chompa y llevado a pie doscientos metros en dirección a la salida, hasta donde estaban los vehículos, frente a las oficinas del rectorado. Allí esperaban los nueve detenidos, echados en los pisos de cuatro camionetas Nissan. Dos de ellas, de cabinas simples: una gris llevada, otra roja en la que subió Enrique Martin, y dos de doble cabina, blanca y naranja. Muñoz fue acomodado entre los estudiantes. El teniente Velarde, que se hallaba de servicio en la base, se despidió del grupo y, acompañado de su informante, desapareció en la oscuridad. En cambio, el teniente Portella subió al asiento trasero del único auto, un Toyota plomo del 84, en el que estaban Sosa y Pichilingue. Cuando los vehículos iniciaron el retorno serían como las tres y media del 18 de julio. Hasta aquí, el mayor Martin había cumplido casi completamente su misión. Faltaba internar a los detenidos.

Cuando los cinco vehículos regresaban a Lima con su cargamento de prisioneros, la camioneta de Martin, que iba por delante, empezó a detenerse continua e inexplicablemente, obligando al resto a parar.

—¿Qué pretende Kike? —le preguntó Sosa a Pichilingue, que viajaba a su costado en el Toyota conducido por Supo.

Habían pasado Chosica, Chaclacayo y Ñaña, y tomado el desvío que lleva a la autopista Ramiro Priale, para lo cual es preciso cruzar el río y seguir el recorrido a su costado, acompañando el curso de las aguas que bajan de la sierra. Esta autopista, a la que accedieron treinta minutos después de haber abandonado la universidad, es un atajo de diez kilómetros donde el automovilista que regresa de Chosica tiene el Rímac a la izquierda, y a la derecha campos de cultivo, restaurantes campestres, un par de hostales y casas de campo. Aquí fue donde Martin, por radio, ordenó mantener la distancia e ir de acuerdo con la velocidad de su vehículo, que se reducía ostensiblemente. De pronto, la Nissan roja paró a un lado de la carretera, a diez metros de las huertas ocultas por la noche y con el río al otro lado de la autopista.

Martin bajó, cruzó la pista y se fue hacia la ribera derecha del Rímac, un lecho pedregoso de treinta metros de anchura. Regresó, subió a la camioneta y avanzó trescientos metros. Volvió a parar, nuevamente fue al río, regresó, subió y arrancó. Jesús Sosa encontraba inexplicables las bajadas y subidas del mayor Martin. Sabía, como Pichilingue, que el jefe del grupo estaba buscando un lugar donde enterrar los cadáveres. Desde la escena de las palas, estaba seguro de que los detenidos viajarían. Ese no era su problema. Lo que le preocupaba era que Martin metiera la pata. En todo caso, no perdió la ocasión de decírselo a Pichilingue.

—¿Está loco? —le dijo al capitán, cuando por tercera vez vio a Martin cruzar la pista de izquierda a derecha, hacia las riberas del Rímac—. Por allí no vamos a poder hacer nada, todo es piedra. Y del lado de acá

tampoco. Hay granjeros, y hoteles donde la gente viene a tirar. Además, en cualquier momento pueden llegar policías de carreteras, porque por aquí hay muchos asaltos.

Sosa bajó y le dio alcance a Martín. Le dijo que conocía un lugar apropiado. Convinieron en dirigirse allí, y entonces el Toyota pasó a la cabeza del grupo. Llegó hasta la parte inicial de la autopista y se detuvo en el kilómetro uno y medio, a la altura de unas lomas que se levantan a ambos lados de la carretera. La loma del lado en que viajaban los militares ocultaba un campo de tiro que se extendía detrás, y del cual venía a ser su frontera sur: dos hectáreas de tierra seca, encerradas por otros montículos y matorrales. Las camionetas se estacionaron junto al auto. Sosa y Martín descendieron y tomaron un sendero para caminantes que va hacia el norte en línea recta, a los pies de cerriles que limitan el terreno por el oeste. Les bastó caminar un poco para comprobar que era un buen sitio, el único de la zona donde podrían trabajar sin ser vistos desde la carretera.

Los detenidos, siempre con los rostros cubiertos, fueron bajados de las camionetas y llevados detrás de las lomas, donde se les hizo formar en una columna. Martín dispuso el retiro de los vehículos, ordenando a sus conductores retornar dentro de una hora. Dos agentes con equipo de radio se quedaron haciendo guardia en la carretera. Otros dos fueron apostados en las alturas que rodeaban el campo de tiro. Al fondo del terreno había montículos naturales y uno más alto, artificial, hecho con tierra superpuesta, para impedir que las balas pasaran hacia las chacras del lado norte. Hasta allí, siguiendo el camino de herradura, fueron llevados los prisioneros

Martín y algunos hombres se pusieron a examinar el piso del campo de tiro: era demasiado duro e iba a causar una excesiva demora de las excavaciones. Otros recorrieron las colinas cercanas. Hacia el este se hallaba el montículo hecho para detener las balas perdidas, cuya blanda consistencia por un momento les hizo pensar que era el sitio indicado. Pero cuando intentaron subir, notaron que el acceso era difícil: la tierra se venía abajo con las pisadas. Un terreno impropio era de lo peor que podía pasarles a esas alturas —algo todavía más indeseable podía ser la aparición de la Policía— puesto que ya daban las cuatro y media de la mañana. Tenían que despachar a los prisioneros lo antes posible y enterrarlos a todos en menos de una hora. El lugar podía ser invadido de un momento a otro por los agricultores.

Mientras una parte de los agentes buscaba el mejor terreno, otros vigilaban a los secuestrados, a quienes habían traído caminando con las manos amarradas atrás. El corpulento Muñoz fue separado inicialmente del grupo de detenidos. Los agentes lo creían un líder y preferían que no hablara a los estudiantes, quienes aún no lo reconocían. Desde los años sesenta, el profesor había estado vinculado a Sendero Luminoso. Con su

primera mujer, la senderista Nilda Atanasio, viajó a China Popular, en 1979, y en los ochenta, luego de la separación entre ambos, continuó vinculado a la facción marxista-leninista-maoísta-pensamiento-Gonzalo en La Cantuta. Muñoz estuvo aislado sólo unos pocos minutos, porque sus vigilantes cambiaron de opinión y lo pusieron junto al resto. Desde ese momento esperaron de rodillas, con el rostro cubierto, alineados al pie de las colinas.

Los agentes se comunicaban con monosílabos con los detenidos, lo indispensable para dirigir sus movimientos o tranquilizarlos. Era un grupo que no resistió, ni gritó, ni hizo preguntas durante su cautiverio. Para los militares, el hecho de no poder verles el rostro era una ignorancia más sobre sus vidas, y en cierto modo también un mecanismo de censura de las últimas emociones que las víctimas habrían podido transmitirles mediante una mirada, un gesto, ya fuera de pavor u odio. No sabían sus nombres ni su historia; sólo que eran o podían ser senderistas que cometieron el atentado de Tarata.

Uno de los arrodillados dijo: «No nos asustan». Siguió un silencio, que rompió otro detenido. Era Muñoz, que hablaba en voz alta:

—Muchachos, no teman —dijo—. Mañana estaremos afuera.

El profesor ya había estado detenido dos veces. También, en distintas ocasiones, Marcelino Rosales, Juan Marinos, Armando Amaro, Felipe Flores y Robert Teodoro.

Las palabras de Muñoz querían infundir valor a los prisioneros. Hicieron reaccionar al agente que vigilaba al profesor. No podían permitir discursos.

—Cállate, carajo —le dijo, al tiempo que le daba un golpe en la cabeza—: ¿tú crees que somos policías, huevón?

Sin que los detenidos se percataran, un agente se puso detrás de cada uno de ellos. En unos minutos todos estuvieron con su víctima delante. Uno de los jefes se puso a un costado de la fila.

Tres agentes entrevistados por separado para este libro dijeron que, en el instante en que apretaron el gatillo, no sintieron piedad, temor, goce o cualquier otra sensación supuestamente vinculada al hecho de dar muerte a alguien. No experimentaron satisfacción por haber vengado a víctimas inocentes ni tampoco remordimiento porque los estudiantes no habían sido juzgados. Eran senderistas y debían morir, creían ellos. Sobre todo, era una orden, y lo importante era terminar lo más rápido posible el trabajo.

Un grupo se puso a cavar en el mismo lugar de las ejecuciones, con los picos y palas que había traído Sosa de La Cantuta. Los agentes se turnaban en la tarea: cavaba uno diez minutos, luego otro y luego otro, para mantener la energía de la excavación. Media hora después había un hoyo de aproximadamente cinco metros de diámetro por sólo cincuenta centímetros de profundidad. Los muertos, para entonces, habían sido

revisados por Jesús Sosa, que guardó sus pertenencias y documentos en una bolsa de plástico. Como siempre, los oficiales parecían dirigir todo con las miradas. A diez metros de los cadáveres, Pichilingue y Martin conversaban entre sí en voz baja. Portella no estaba por las inmediaciones.

Los cadáveres fueron metidos de costado en el hoyo. Los agentes echaron tierra encima de los cuerpos. Cuando el último muerto hubo desaparecido, el mayor Martin hizo llamar a las camionetas. Comunicados por radio, los militares fueron saliendo según iban llegando los vehículos. Primero un grupo, luego otro y luego otro.

En ese momento tuvieron la impresión de que todo lo referente al operativo había terminado. Una idea equivocada. «Fue algo increíble —dijo uno de los agentes entrevistados—. La Cantuta se convirtió en un operativo de nunca acabar porque siempre había que hacer algo para corregir un error previo. Matamos a los estudiantes esa madrugada pero nunca terminamos de enterrarlos».

El mayor Martin reunió a los jefes de grupo al día siguiente, a las diez de la mañana, a la vuelta de COMPRANSA, en una bodega en cuyo patiecito exterior servían café y bebidas. Había un par de mesas con sus sillas, donde solían tratar temas delicados. El mayor Martin dijo que lo estaban preocupando un par de asuntos.

Uno era el posible impacto de las desapariciones en el mundillo universitario de La Cantuta. ¿Cómo habrían reaccionado los estudiantes, o los familiares? ¿Este día qué harían? ¿Aparecería la prensa? Había que estar al tanto.

La otra inquietud tenía que ver con los entierros, cuya imperfección podía traer problemas. Apremiados por la hora, los agentes habían metido los cadáveres en una fosa, y tan superficialmente que la escarbadura de un perro podía hacerlos visibles. Iba a ser muy incómodo que los muertos aparecieran en las próximas horas. Entre las dos preocupaciones, a no dudarlo, la segunda era la más peligrosa.

Sosa propuso enviar a dos personas a inspeccionar. «Que una pareja de agentes vaya al sitio —dijo— para que vea cómo ha quedado todo». Pichilingue escuchaba con su acostumbrado silencio. El ancho Supo, detrás de sus lentes oscuros, parecía más indiferente de lo que era. Chuqui tampoco dijo nada.

Martin aprobó el envío de los agentes. Sosa fue a buscarlos en la camioneta a su cargo, la Nissan gris. Los recogió y los llevó a la Ramiro Prialé, dejándolos en las inmediaciones del campo de tiro. Cuando volvió por ellos, dos horas más tarde, el reporte era fatídico:

—Se nota todo —dijo uno—. Hay un brazo y una mano que sobresalen. Se puede ver la ropa de otro de los cuerpos.

Sosa llamó a Martin. Se reunieron en el mismo cafetín y consideraron la

situación. Eran más de las seis de la tarde y ya nada se podría hacer ese día. Acordaron desenterrar los cadáveres y volverlos a sepultar en varias fosas, en el mismo terreno. Conseguirían más cal —la que tenían disponible era insuficiente—, llevarían por lo menos cinco palas y cinco picos, y actuarían la noche del lunes, dejando pasar el domingo, día de tránsito continuo en la autopista Ramiro Prialé.

A primera hora del lunes, en el Pentagonito, Enrique Martin fue a darle parte de los hechos al director de la DINTE. El día anterior, el diario *La República* había informado que treinta policías encapuchados, con el apoyo del Ejército, detuvieron al profesor Hugo Muñoz y a nueve estudiantes de la Universidad Enrique Guzmán y Valle. Los estudiantes estaban buscando a los desaparecidos en todas las comisarías y cuarteles de Lima.

Jesús Sosa, que acompañó a Martin hasta la antesala de la oficina del general Juan Rivero, en el segundo piso del edificio principal, se quedó esperando afuera. Los despachos de la mañana no demoraban más de quince minutos. Pero Martin reapareció de inmediato.

—Trae los documentos de los fríos —le dijo—. Te voy a esperar.

En el campo de tiro, Sosa había reunido todos los documentos personales de las víctimas. Metidos en una bolsa de plástico, los papeles fueron llevados a COMPRANSA y guardados en un escritorio. Hasta allí fue a traerlos Sosa la mañana del lunes. En ir y venir demoró unos veinte minutos. En la DINTE, Martin lo esperaba impacientemente en la antesala de la oficina de Rivero.

Martin le solicitó a Sosa documentos de seis personas. El pedido desconcertó al agente. ¿Por qué Martin no quería mostrar la identificación de los diez? A las claras se veía que iba a decirle a Rivero que sólo había habido seis viajeros. Pero ¿por qué? ¿Qué diferencia había entre seis y diez? Esto persiguió mucho tiempo a Sosa, sobre todo cuando, meses después, se convenció de que Rivero le dio al comandante general una cifra falsa de muertos<sup>13</sup>.

Con los documentos de seis víctimas, Martin volvió a ingresar a la oficina de Rivero. Cuando salió, Rivero lo hizo después de él, y Sosa lo vio dirigirse a los ascensores, con una carpeta bajo el brazo. Iba al piso sexto, a despachar con Hermoza, el único al que le rendía cuentas en el Ejército. No

---

<sup>13</sup> En la documentación sobre el Grupo Colina que el Ministerio de Defensa puso a disposición de los jueces que ven el caso Barrios Altos, figura un borrador de memorándum de dos páginas que le dirige Enrique Martin a Rivero, al que nadie ha prestado atención. Le da una relación de seis estudiantes de La Cantuta que han fallecido en el operativo. Es un parte justificativo, que demuestra que el mayor no quería informar de las diez muertes a su comando. ¿Por qué? Probablemente le parecieron muchas, si no había orden de ejecuciones. En todo caso, este es un punto

se sabe-qué conversaron Martin y Rivero. Lo que Martin dijo a Sosa, según éste contó después a miembros del Grupo Colina, es que sólo dio parte de seis ejecuciones. Martin puso al tanto al agente. «Te lo digo —le advirtió— por si acaso preguntan».

Esa noche, hacia las once, Martin, Pichilingue y quince agentes del Grupo Colina llegaron con sus picos y sus palas al campo de tiro, para lo que creían era el entierro definitivo de sus víctimas. Dividieron lógicamente el trabajo. Mientras unos cavaban tres fosas, otros desenterraban a los muertos. Era cosa de excavar un poco, tomar por la mano el cuerpo hinchado, atraerlo, abrazarlo, llevarlo a suelo firme. Dos horas después, los diez cadáveres estaban bajo tierra y cal, en tres grupos, dos de tres y uno de cuatro. La superficie del campo de tiro quedó tal como estaba en la madrugada del 18 de julio. Ahora sí había certeza de que nadie encontraría a los desaparecidos. El capitán Enrique Martin no fue sancionado.

Como guardián de la universidad, el papel del general Luis Pérez Documet era decisivo. Testigos en el proceso del caso La Cantuta, reabierto en el 2001, afirmaron que el 17 de julio hubo una reunión entre él, el coronel Federico Navarro, el mayor Martin y el jefe de inteligencia de la DIFEE, comandante Julio Rodríguez, luego de la cual el teniente Portella fue comisionado para apoyar el equipo del SIE<sup>14</sup>. ¿Cuál era la misión? Según dijo Pérez Documet a la Comisión de la Verdad y Reconciliación, el general Hermoza le comunicó por teléfono que habría una operación especial para detener a delincuentes subversivos en la residencia estudiantil. Pidió la colaboración de un teniente que estuvo destacado de la base, el cual resultó ser Aquilino Portella. En ese momento éste trabajaba en el cuartel La Pólvara. Rivas le comentó que sería de mucha utilidad el conocimiento que tenía Portella de los senderistas de la universidad. Pérez Documet autorizó el acceso a La Cantuta y cedió a Portella. Al día siguiente, el teniente y su jefe fueron a informarle que los de la DINTE habían ejecutado a los detenidos.

Después de las ejecuciones, Pérez Documet dijo haber recibido la llamada del director de la DINTE, el general Juan Rivero, para que influyera en la versión que daría el teniente Portella si se investigaban los hechos de La Cantuta. Obviamente, la DINTE quería que Portella respaldara la versión oficial del Ejército. Pérez Documet se negó a influir sobre Portella y más bien lo envió a la DINTE para que fuera el propio Rivero quien lo instruyera, puesto que él sabía lo que su gente hizo. Esto disgustó al comandante general, Nicolás de Barí Hermoza, quien llamó al comandante de la DIFEE a su oficina para recriminarlo por su falta de colaboración.

---

<sup>14</sup> La afirmación consta en el auto apertorio de instrucción suscrito por la jueza del caso La Cantuta, Magalli Bascónes



Estos detalles de la declaración de Pérez Documet no figuran en el *Informe* final de la CVR sino en su archivo, que ésta entregó a la Defensoría del Pueblo cuando se disolvió, en el 2003. En marzo del 2004 el autor solicitó y obtuvo de la Defensoría la entrevista filmada de la CVR al general, y pudo encontrar las afirmaciones que se le atribuyen líneas arriba. Extrañamente, en el *Informe* se sostiene que cuando Martin le fue a pedir apoyo para intervenir en La Cantuta, Pérez Documet se lo prestó «en el entendido de que se trataba de una operación especial bajo responsabilidad directa del Comando Conjunto y del SIN». Pero en la grabación de la entrevista del militar con la CVR no aparece en ninguna parte esa afirmación<sup>15</sup>.

Las relaciones entre Enrique Martin y Jesús Sosa quedaron seriamente dañadas luego del operativo del 18 de julio. Para Martin, Sosa se había convertido en un elemento disociador, con sus continuas críticas a la forma en que se administraba el equipo. En agosto de 1991 había comenzado objetando el excesivo número de miembros, la elección del personal y la división en subgrupos, y luego, poco a poco, se convirtió en un fiscalizador latoso, obsesionado por los gastos supuestamente excesivos de Martin, por las mejores maneras de organizar el trabajo. En el fondo, Jesús Sosa siempre consideró que sus nueve años en operaciones especiales, comparados con la inexperiencia de Martin en asuntos violentos, le daban un criterio superior para hacer las cosas. Él habría esperado que Martin le hiciera caso, lo que cada vez ocurría menos. Además, a ojos del agente, el mayor, con sus arranques de mandonería y dispendio, había dejado de ser el sencillo oficial con quien hizo amistad en el SIE1. el hombre receptivo de los días en que él, Jesús Sosa, lo propusiera como jefe del grupo.

A Martin le interesaba llevar la fiesta en paz con Sosa, por el ascendiente que éste tenía sobre los agentes. Así, el martes 21 de julio, cuando Sosa fue a buscarlo a COMPRANSA para explicarle su desacuerdo con los niveles de gasto de gasolina, Martin escuchó pacientemente y tomó nota de sus propuestas, ofreciendo estudiarlas.

La reunión había empezado con un acto amistoso de Sosa.

—Te invito un cebiche —le dijo. El mayor aceptó.

Sosa lo llevó a Las Brisas, un restaurante trujillano en la cuadra 32 de la avenida Aviación. Sabía que era uno de los preferidos de Martin. Luego de que pidieran cebiche y dos cervezas, el agente fue directamente al punto.

—Quiero hablarte como amigo, Kike. ¿Qué está pasando contigo? Últimamente gritas, mandoneas. Si no te gusta algo, te pones a gritar «¡Te vas! ¡Te vas!». Antes, cuando tú llamabas la atención, conversabas con la gente. Pero ahora todo es grito. Te pones ofuscado, molesto. La gente está desconcertada.

<sup>15</sup> Comisión de la Verdad y Reconciliación, *op. cit.*, 3.4.3, Las operaciones especiales del Servicio de Inteligencia Nacional, p. 352.

Martin le dio la razón. Dijo que tenía muchas presiones y le agradeció la franqueza. Le faltaba escuchar cosas así.

Pero Jesús Sosa no había terminado. Los vínculos dentro del grupo, dijo, empeoraban por problemas de comunicación, favorecidos por la chismografía: que Pichilingue estaba resentido por el cambio de su secretaria, que existía una relación de a tres entre Martin, la Barreto y la Chumpitaz, que los oficiales sacaban tajada del dinero de las operaciones. Y había descontento. El derroche de gasolina, por ejemplo, no era compatible con los sueldos de hambre de los agentes. Sosa sostuvo que los quince mil soles que gastaban mensualmente los siete vehículos por gasolina podían ser reducidos a la mitad; con el fin de repartir el resto entre el personal. Para ello había que guardar las tres camionetas de los jefes de equipo, reservándolas sólo para operaciones, y emplear a fondo las cuatro motos del grupo. Conforme Sosa hablaba, Martin asentía, y al final respondió que, en principio, estaba de acuerdo. Es difícil saber lo que pensaba realmente.

Fue un almuerzo cordial, como en los buenos tiempos. Aunque Sosa dijo que si el clima interno no mejoraba él se iría, sus palabras no sonaron a ultimátum, sino a remota, indeseada contingencia.

El jueves, en su casa, Jesús Sosa habló a los jefes de equipo de la posibilidad de mayores ingresos para los agentes, contándoles parte de su conversación con Enrique Martin. Cuando se hacían comentarios al respecto, éste llegó a la reunión, sin previo aviso.

El jefe del Grupo Colina confirmó lo dicho por Sosa, pero se veía a las claras que no estaba satisfecho. Le disgustaba que el suboficial hiciera de representante del resto, como un sindicalista.

Había tensión en el ambiente y Martin se marchó al poco rato. La crisis no estalló esa tarde, sino tres días después.

El 26 de julio era domingo. Enrique Martin había ordenado la concentración del equipo para realizar un operativo en San Mateo<sup>16</sup>. Los grupos de Chuqui y Sosa se reunieron en el departamento que este último tenía en la Villa Militar de Matellini, a la espera de instrucciones. Martin apareció a las diez de la mañana, cuando los agentes bajaban las armas por la escalera del edificio donde vivía Sosa, con la intención de camuflarlas en la parte trasera de las camionetas. El mayor subió al tercer piso y entró al departamento, en cuya sala varios agentes charlaban. Preguntó por Chuqui. Había bajado, le contestaron. Sosa tampoco estaba visible, sino en uno de los dormitorios. Martin cruzó la sala hasta una ventana que ofrecía el panorama exterior y desde donde se divisaban las camionetas del equipo

---

<sup>16</sup> Se trataba de recuperar dinamita que supuestos senderistas habían escondido en cerros de la provincia de Huarochirí.

estacionadas una al lado de otra. Vio a Chuqui rastrillando una HK. Daba lo que se llama «golpes de seguridad» al arma, para comprobar que no estaba trabada ni con municiones dentro de la recámara. Cualquiera de los vecinos del edificio que estuviera asomado a una ventana de ese lado podía darse cuenta de que en los vehículos había un arsenal.

El mayor se enfureció. Empezó a gritar, con su voz estentórea:

—¡Esto es una mierda, carajo! ¡Es una cagada! ¡Por más que uno les dice no son discretos!

Hablaba mirando a los presentes, pero no estaba el que buscaba.

—¡Sosa! ¡Sosa! —llamó.

Sosa apareció. Martin seguía gritando.

—¡Mira! ¡Mira, carajo! —se dirigió a Sosa, señalando la ventana.

El agente miró por la ventana. Chuqui, con la ametralladora al descubierto, parecía disfrutar del sol de aquella mañana.

—¡Concha su madre! ¡Esto es una cagada! —continuaba Martin.

Sosa, repentinamente, explotó. Tal vez fue en ese momento y no más adelante porque era muy sensible a las mentadas de madre.

Avanzó unos pasos y se plantó frente a Martin.

—Oye tú —bramó—. Te vas a ir a mentar la madre a otra parte. Aquí están mi mujer y mis hijos y ni tú ni nadie vienen a gritar.

Hubo un silencio. El furibundo Sosa tomaba aliento.

—¡Sal de mi casa! Esto se acabó. No quiero saber más de ti ni de tus cagadas.

Martin lo miró, sorprendido. Sosa, lívido de cólera, se volvió al resto, que presenciaba la escena con la boca abierta.

—Señores, para mí el grupo se fue a la mierda —dijo—. Ustedes son mis amigos. Pero si alguno me hace seguimiento o colabora para joderme, se cagó. Yo mismo le voy a sacar la entreputa.

El auditorio escuchó sin replicar. Sosa anunció que entregaría todas las armas que tenía en su poder, mediante un acta, para que fueran internadas en el almacén del SIE.

Martin salió de la casa y lo siguieron los agentes, uno por uno.

## CAPÍTULO 15

# El secuestro de los montoneros

Aunque los secuestros de La Cantuta concentraron las sospechas en el Pentagonito, parecía poco probable que los familiares de las víctimas documentaran acusaciones con nombres y apellidos ante el poder judicial. El Ejército jamás revelaría la identidad de los responsables. Además, en 1992 no había un clima propicio para ese tipo de denuncias. La opinión pública aprobaba la dureza contra el terrorismo y celebraba las capturas importantes que se produjeron luego del golpe de Estado del 5 de abril. El 9 de julio cayó el cabecilla del MRTA, Víctor Polay. El 12 de septiembre, el de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán. Fueron golpes destructivos para ambas organizaciones y daban la impresión de que el nuevo régimen militarizado combatía mejor el terrorismo. La propaganda oficial ensalzaba al SIN como el artífice de los éxitos y minimizaba el papel de la Policía. Al mismo tiempo, con la mayoría de la población a su favor, Fujimori recomponía su imagen internacional, deteriorada por el cierre del Congreso. No le iba mal: la OEA se contentó con que hubiera elecciones para conformar un Congreso que a la vez legislara y redactara otra Constitución. Habría, pues, nuevo parlamento, en un gobierno redemocratizado. Era previsible que Fujimori obtuviera mayoría, ayudado por sus éxitos antisubversivos.

Había un militar dispuesto a que estas elecciones nunca se produjeran, pero fracasó en su intento de derribar al gobierno. El 13 de noviembre, faltando nueve días para los comicios, Fujimori anunció la debelación de un levantamiento en el Ejército. Traicionados por un delator, el general Jaime Salinas Sedó y trece oficiales fueron arrestados en la madrugada. Dos horas más tarde, ellos iban a sacar a Fujimori de Palacio y a Montesinos del SIN.

Los detenidos fueron llevados al cuartel Simón Bolívar, de Pueblo Libre. Una semana después llegó hasta allí, para entrevistarlos, el director del semanario *Sí*, Ricardo Uceda. Fue en el segundo piso, con el bullicio de las conversaciones entre visitantes e insurrectos, donde uno de éstos llevó a

un sector apartado al periodista.

—Tienes que hablar con esta persona —le dijo, y le hizo escribir un nombre: Arnaldo Alvarado—. Es suboficial retirado. Dile que vas de mi parte y confiará en ti.

—¿Cómo lo encontraré?

—Te haré llegar los datos.

En la semana siguiente, un emisario de los detenidos proporcionó al subdirector de *Sí*, Santiago Pedraglio, información sobre el *Negro* Alvarado, el hombre a quien Uceda debía localizar. El emisario dio adelantos espectaculares sobre lo que sabía Alvarado, y, además, referencias sobre su paradero. Pero el tal Alvarado, el AIO sabelotodo, ignoraba que iba a ser buscado por un periodista. Al primer contacto podía atemorizarse y cortar toda relación. Uceda decidió buscar más datos suyos antes de abordarlo, explorando en fuentes militares. Lo que halló hizo más interesante al personaje.

Fue escolta de seguridad de todos los primeros ministros militares desde 1973 hasta 1980, y luego de que las Fuerzas Armadas entregaran el poder, de todos los comandantes generales<sup>1</sup>. Mientras tanto, hacía operaciones especiales para el SIE<sup>2</sup>. En 1986 fue acusado de haber robado bienes durante una incautación y dado de baja. No existían datos de 1990 y 1991. Por lo visto, a sus cuarenta y un años, conspiraba contra el todopoderoso del nuevo gobierno, Vladimiro Montesinos. Había que tener agallas para eso.

De momento el periodista no sabía si el exagente había sido efectivamente culpable de lo que fue sentenciado. Para el caso, no importaba. Lo significativo era que las referencias coincidían en dos aspectos: era audaz y corajudo. «Tiene un par de huevos bien puestos», dijo un militar consultado. Otro añadió: «Es capaz de matar a Montesinos». Por entonces Uceda desconocía que algunas semanas atrás Alvarado, sólo para darse el gusto de probar la seguridad de Montesinos, penetró en el edificio donde éste vivía, en el número 1995 de la avenida Javier Prado, y lo tuvo frente a frente, a tiro de revólver. Con su vozarrón convincente le dijo al personal de seguridad del primer piso que era el general Alvarado y que «iba a ver al Doctor».

Alvarado medía un metro setenta y nueve centímetros, era delgado y tenía una risueña cara de caballo montada por lentes de lunas ovaladas.

---

<sup>1</sup> El régimen militar de los setenta fue un gobierno institucional. Usualmente los comandantes generales del Ejército eran, al mismo tiempo, los jefes del gabinete ministerial.

<sup>2</sup> Un agente del SIE podía realizar funciones de vigilancia o de oficina por la mañana y participar en un operativo por la noche, con otro jefe, previa disposición del jefe del SIE. Así, mientras Alvarado daba seguridad a dignatarios realizó algunas operaciones encubiertas, como un robo de documentos en la casa del embajador de Chile, Francisco Bulnes, en 1976.

Una mata de pelo negro brillante y alisado, peinado hacia arriba, completaba su apariencia angulosa. Por su color marrón oscuro toda su vida lo llamaron Negro. Cuando caminaba, guardadas las manos en los bolsillos de su casaca, metiendo hacia dentro las puntas de los pies, lo hacía un poco de costado, como si dialogara con las paredes. No fue, pues, su apariencia lo que pudo engañar a los guardias de Montesinos, sino su aplomo. A diferencia de otros mejor plantados, doce años al costado de comandantes generales le habían enseñado cómo mirar, hablar y comportarse con los militares y policías. Cambiando su andar de perro vago, el Negro había avanzado levantando la punta de la nariz, sin mirar a los guardias, y golpeteando su muslo con una carterita que llevaba en la mano derecha, cual alto oficial con sus guantes de cuero. Los vigilantes lo dejaron pasar y después pulsaron el intercomunicador para anunciarlo.

Subió hasta el piso doce, donde vivía el consejero de Fujimori, y resultó que el ascensor accedía directamente al departamento, de modo que cuando la puerta se abrió, se encontró de manos a boca con Montesinos, en bata y sin afeitarse. Pudo haber entrado pero no lo hizo. Oprimió el botón del primer piso, descendió, y una vez abajo cruzó tranquilamente entre los guardias y desapareció de su vista.

Puestos a describir al Negro, había otro episodio que Uceda desconocía. En 1980 había participado en el famoso secuestro en Lima de varios miembros del Movimiento Peronista Montonero, un trabajo que hizo el SIE por cuenta del Ejército argentino. Aquella vez Alvarado estuvo en la captura de la montonera María Inés Raverta en el parque Kennedy de Miraflores y entre quienes la metieron en la parte posterior de una camioneta en la que aguardaban dos oficiales del SIDE, el equivalente argentino del SIE. Mientras el vehículo se dirigía a una playa militar, uno de los extranjeros lanzó desde el asiento delantero una bofetada contra la secuestrada. El segundo golpe, un puño cerrado que se dirigía al rostro, no llegó. El Negro lo detuvo en el aire, la mano como tenaza en la muñeca del agresor.

—Para, mierda le dijo, con su vozarrón—. ¿Dónde chucha crees que estás? ¿En Argentina?

Todo comenzó la mañana del lunes 9 de junio de 1980, cuando faltaban sólo cincuenta días para que el general Francisco Morales Bermúdez entregara el gobierno al presidente electo Fernando Belaúnde, concluyendo doce años de dictadura militar. Un grupo de suboficiales del sm fue citado de emergencia al auditorio. De los que trabajaban en la sede del Pentagonito acudieron Arnaldo Alvarado, José Abanto, Williams Chozo, Manuel Meoño y Antonio Carpió. Otros, como Iván Vásquez García y Juan Pampa Quilla, vinieron de los puestos externos de búsqueda de información, por entonces a cargo de Britzo, nombre de batalla del comandante Carlos Morales Dávila, quien también estaba presente. Cuando los agentes llegaron ya había allí unas treinta personas: el jefe del SIE,

coronel Martín Martínez Garay; el jefe del SIE2, comandante Oswaldo Hernández Hurtado; los policías adscritos al servicio, y un grupo de desconocidos vestidos de civil. Martínez invitó a hablar a uno de éstos, a quien presentó como coronel del ejército argentino. Era compacto, canoso, de mediana estatura. Explicó que los servicios de inteligencia de su país habían confirmado que los montoneros asesinarían al presidente Jorge Rafael Videla en Lima el próximo 28 de julio, cuando asistiera, como invitado oficial, a la transmisión del mando a Belaúnde. Los terroristas, añadió, ya estaban en Lima. Quería la colaboración del SIE para capturarlos.

—Imaginensé que acá lo asesinen a Videla. ¡Qué repercusión internacional habría! ¡Qué situación incómoda para el Perú! —remató.

De entre los asistentes se levantó un gordito cuarentón vestido de saco y corbata. Era el mayor Manuel Tumba, jefe de los policías de investigación adscritos al SIE, un destacamento organizado para legitimar los operativos del servicio. En 1992 moriría abaleado frente a su casa, en una calle de Surquillo<sup>3</sup>.

—Mire, coronel —dijo Tumba—. Si son terroristas no nos dé más explicaciones. Díganos quiénes son y nosotros los agarramos.

Era una reacción propia de Tumba, un hombre solícito y bonachón. Pero sus palabras reflejaron el ánimo de los presentes. La noticia produjo en los agentes ganas de trabajar, una inmediata solidaridad. Iba a ser patriótico y estimulante capturar a terroristas que se proponían matar en el Perú al presidente de un país hermano<sup>4</sup>

—No sabemos quiénes son —contestó el aludido—. Pero con nosotros ha venido de Buenos Aires un detenido que ya está colaborando y que nos permitirá atrapar a los que están aquí.

Efectivamente, los argentinos trajeron a Federico Frías Alberga, un montonero que reveló detalles de una cita para la que debía viajar al Perú. Lo tenían en un local de Miraflores, ya repuesto de las torturas.

Los militares argentinos decían que pertenecían a varios servicios de inteligencia, pero en su mayoría al del Ejército<sup>5</sup>. Aparentemente los coroneles eran dos: el que habló en el SIE, y otro alto, delgado y con un fino bigote. Además, había un comandante, un capitán médico, un empleado civil del Ejército y seis suboficiales de inteligencia. Entre éstos se

---

<sup>3</sup> En el Perú existe la predisposición a considerar a Argentina un país hermano, un sentimiento que tiene su raíz en el hecho de que José de San Martín fue quien liberó al país del yugo español, en 1821, y que se revitalizó en 1982, por la guerra de las Malvinas, durante la cual el Perú vendió diez Mirage a Argentina y envió a sus pilotos para manejarlos.

<sup>4</sup> La mañana del 5 de noviembre de 1992, mientras compraba un diario, Tumba fue abaleado por subversivos, presuntamente senderistas. Cuando murió era coronel, y dirigía la administración de la Dirección Nacional Contra el Terrorismo (DINCOTE).

<sup>5</sup> La identidad de los integrantes del equipo argentino nunca fue establecida.

destacaba un mastodonte a quien llamaban Lito.

Lito tenía a su cargo a Frías Alberga. La tarde del miércoles 11 de junio, de acuerdo con lo que el detenido informó, iba a producirse su cita en Lima, y Lito lo alistó para que, a la hora señalada, se encontrara con su contacto en el parque Kennedy. El día anterior, durante una segunda reunión en el auditorio del SIE, argentinos y peruanos se habían organizado para capturar a la persona que acudiera a la entrevista. El parque y sus cercanías estaban poblados de impostores. Transeúntes, vendedores ambulantes, policías de tránsito, artistas callejeros y hasta un homosexual que paseaba de un extremo a otro del escenario —un flaquito del equipo argentino en cuya oreja se alojaba un receptor de radio y que hacía de coordinador—, eran militares que seguían un libreto diseñado en La Fábrica. Todos actuarían cuando aparecieran el señuelo y su cómplice.

Pero Frías Alberga no se hizo presente. Luego de cuatro horas de inútil espera en el parque Kennedy, el falso homosexual transmitió una orden verbal de suspensión del operativo.

La verdad se supo esa tarde, en el SIE: Federico Frías Alberga se le había escapado a Lito y éste lo persiguió y recuperó a balazos, produciendo un escándalo de los mil diablos en Miraflores.

La fuga del detenido parecía imposible. Como el propio Lito explicó después, Frías Alberga estaba impedido de correr por un mecanismo de ataduras que él mismo había asegurado. Un cordel de nailon unía tensamente un testículo de Frías a un dedo gordo de su pie. El detenido podía caminar, cojeando, pero si corría, arrancaba el testículo. Con este impedimento debía recorrer cincuenta metros en el parque Kennedy, lo suficiente para encontrarse con su contraparte, que iba a ser atrapada no bien hicieran contacto.

Cuando Frías Alberga se hallaba listo para ser llevado a la cita, con su testículo amarrado y las manos libres, pidió ir al baño. Estaba fumando. En el baño, aplicó la lumbre del cigarrillo al cordel de nailon, que se rompió con facilidad. Al salir cojeaba exactamente como cuando había entrado. Salió con Lito en dirección al parque Kennedy. Una vez afuera, corrió con todas sus fuerzas.

Lito empezó su persecución por la calle Grimaldo del Solar. Como no lo alcanzara, sacó un revólver e hizo dos disparos. Un momento después había intervenido la dotación policial de un patrullero. El montonero, desesperado, dijo que su perseguidor lo quería matar. Lito le golpeó la cabeza con el revólver. Luego sacó unas esposas, y cerró un aro sobre una de las muñecas del ensangrentado Frías Alberga y otro sobre una de las suyas. Entonces se dirigió a los policías:

—Señores —les dijo—, deben colaborar conmigo porque estoy haciendo esto para el gobierno peruano.

Los policías, confundidos, decidieron llevar a la pareja a la comisaría de Miraflores. Allí Lito pidió un teléfono y pudo hablar con el jefe del sm.



Media hora después llegaron los coroneles Martín Martínez Garay y Oswaldo Hernández, quienes obtuvieron que los argentinos les fueran entregados, lo que ocurrió entre gritos y protestas a voz en cuello de Frías Alberga. Al salir, el detenido seguía unido a Lito por las esposas.

No existen testimonios directos de lo que ocurrió aquella noche entre los militares argentinos y su prisionero. Por lo trascendido, la sesión aclaró que Frías Alberga había dado una fecha falsa; su cita no era el miércoles 11 sino el jueves. Quiso, tal vez, evitar la captura de su contacto. Ahora aseguraba que la reunión era al día siguiente.

Esa noche los argentinos pusieron la noticia en conocimiento del SIE, donde se organizaron de nuevo las cosas. Los policías de La Fábrica se encargarían de dirigir el tráfico y cubrir los edificios principales del parque Kennedy, la municipalidad distrital y la iglesia Matriz. Un cordón de agentes haría contención. Una camioneta Chevrolet de dos cabinas manejada por el AIO Percy Carpió esperaría detrás de la municipalidad. El Negro Alvarado, Caballo Díaz, José Abanto y Antonio Carpió se lanzarían sobre la persona indicada. Lo previsto era que Frías Alberga, vestido de marrón y con una revista *Caretas* bajo el brazo, paseara frente a la iglesia Matriz, que preside el parque. Allí, quien fuera su contacto debía acercarse y decirle:

—¿Esa revista es de hoy?

—Sí, es de hoy —sería la respuesta.

Frías Alberga, un dirigente metalúrgico de La Plata, con rango de oficial en el movimiento, había recibido semanas atrás la orden de viajar a Lima de boca de Roberto Perdía, el jefe de los montoneros en el exterior. «Le di instrucciones a fines de abril o comienzos de mayo de 1980, en Panamá», recordó Perdía en Buenos Aires, en una entrevista para este libro. Nadie sabe cómo ni en qué fecha exacta Frías Alberga fue detenido, pero en ese momento desconocía la identidad de la persona que el 12 de abril le saldría al encuentro en el Perú. De acuerdo con Perdía, miembros de la conducción de Montoneros iban a tener en Lima una reunión con un grupo de mandos medios que actuaban en Argentina, quienes retornarían luego con directivas y dinero. Para preparar la reunión, una avanzada de militantes había llegado a la ciudad desde comienzos de año, sin que su presencia fuera detectada por la Policía o los servicios secretos. Según Pedro Richter Prada, comandante general del Ejército en 1980 —y, además, ministro de Guerra y presidente del Consejo de Ministros—, fue el agregado militar argentino en Lima quien informó de la presencia de los montoneros a las autoridades peruanas<sup>6</sup>.

El entonces presidente de la República, general Francisco Morales Bermúdez, fue, a su vez, informado por Richter:

—A mí me informó el primer ministro, que era comandante general del

<sup>6</sup> En una entrevista con el autor, en mayo del 2000, Richter no mencionó por su nombre al coronel Manuel Saint Amant, agregado militar argentino en Lima entre 1979 y 1980.

Ejército, y nuestra decisión fue tajante: había que capturarlos y extrañarlos —dijo Morales Bermúdez, en una entrevista con el autor de este libro—. No podíamos darnos el lujo de tener en el país subversivos con las manos libres durante el período de transmisión de mando.

Richter, quien durante una entrevista para este libro reveló una memoria fresca sobre los detalles del caso, dijo que en 1977 el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas ordenó a los jefes militares capturar y extrañar a subversivos extranjeros, dejando a cada comando la responsabilidad sobre el *modus operandi*<sup>7</sup>. «Así que no teníamos opción: había que actuar», dijo.

Cuando Frías Alberga fue traído a Lima, ya estaban en la capital peruana Perdía y varios miembros de la dirección. A todos los había precedido Noemí Esther Giannetti de Molfino, de cincuenta y cinco años, y su hijo Gustavo, de dieciocho, ambos encargados de buscar locales seguros para las reuniones. Viuda a los treinta y siete años, la señora Molfino, más que una militante, había terminado acompañando el camino político de sus hijos, que fueron seis y que se repartieron entre los montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Gustavo Molfino le contó a la periodista Viviana Gorbato que en su casa había peleas feroces entre sus hermanos del ERP y sus hermanas peronistas. «Mamá lloraba, se escondía en su dormitorio», añade Molfino en un testimonio recogido en el libro *Montoneros. Soldados de Menem. ¿Soldados de Duhalde?*<sup>8</sup>. A los diecisiete años, mientras militaba en el bando de sus hermanas, Gustavo Molfino era correo de los montoneros y se iba haciendo un experto en las funciones de enlace y falsificación de documentos. Entre 1978 y 1979 viajó continuamente a París, Madrid, Buenos Aires, La Habana y Ciudad de Panamá, entregando dinero, instrucciones e identidades falsas, sin haber sido capturado una sola vez. A fines de 1979 se hallaba en los campos palestinos del sur de Líbano, recibiendo entrenamiento militar. Allí le llegó la noticia de que su hermana Marcela y su esposo, el dirigente montonero Guillermo Amarilla, habían desaparecido en Argentina. Al cabo de su capacitación regresó a Madrid, donde estaba asentado con su madre. Ambos partieron desde allí a Lima, en abril de 1980.

En Lima, Molfino y su madre habían alquilado dos departamentos en el distrito de Miraflores. Cuando los militares argentinos visitaron La Fábrica ya había, entre dirigentes y militantes, unos doce montoneros en Lima. «En total íbamos a ser unos veinte», declaró Molfino en una entrevista para este libro, durante la cual aseguró que ninguna de las coordinaciones que hizo estuvo relacionada con un atentado contra Videla. «Nunca, ni una sola vez en nuestra historia hemos hecho una acción armada fuera de Argentina»,

---

<sup>7</sup> Richter aludió al DS 001 75 77 del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, suscrito por el general Óscar Molina Pallochía

<sup>8</sup> Viviana Gorbato, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999, p. 55.

dijo al respecto, en otra entrevista, Roberto Perdía. Molfino aseguró que él cargaba todas las armas del grupo que estaba en Lima. «Era armamento defensivo —añadió—: no más de seis pistolas y seis o siete granadas. Para matar a Videla habríamos necesitado armas largas»<sup>9</sup>.

El día en que había que encontrarse con Frías Alberga, Gustavo Molfino enfiló hacia el parque Kennedy faltando media hora para la cita. Guiaba un Volkswagen amarillo, y llevaba a su costado a la persona encargada de recibir al recién llegado. Era una joven delgada, alta, con un fino cabello castaño que le caía sobre los hombros: María Inés Raverta, veinticuatro años, hija de un ingeniero constructor de La Plata, madre de dos niñas y esposa separada de Mario Montoto, a la sazón secretario del líder máximo, Mario Firmenich. Vino a Lima a organizar las reuniones. Molfino estaba a sus órdenes.

En el trayecto, Raverta y Molfino discutían sobre un asunto que este último no ha querido revelar. Ella bajó en Diagonal, a cincuenta metros de la iglesia Matriz, y Molfino la vio alejarse con sus zapatos de taco, falda azul, blusa con pequeñas flores, una miraflores más en un lugar de compras de la clase media limeña.

María Inés Raverta vio al hombre con la revista bajo el brazo y pareció dudar antes de acercársele. Con una sutura en la cabeza, se mantenía en pie a duras penas y, pese a su rostro rasurado y su pulcra vestimenta, presentaba un aspecto lamentable.

Pero le habló. El micrófono que Frías Alberga llevaba captó la pregunta que ella le hizo y la respuesta que él dio. En el parque, el falso homosexual, que tenía el receptor, dio el aviso para intervenir.

El *Negro* Alvarado dejó su papel de transeúnte y corrió hacia la muchacha. Se aferró a su cintura. *Caballo Díaz* trotó —debía su apelativo a sus brincos equinos cuando jugaba fútbol— y la tomó por los pies. Se acercaron a ayudar Abanto, Carpió y uno de los argentinos, disfrazado de policía municipal. Entre todos la llevaron en vilo por el pasaje que, al costado de la iglesia, conduce a Diez Canseco, la calle situada detrás del templo. Allí esperaba la camioneta con las puertas abiertas, en una cuadra vacía de automóviles. En la esquina de Porta donde comienza Diez Canseco, uno de los falsos policías había bloqueado el acceso, obligando a los autos a seguir de frente. En la otra esquina, un segundo impostor detenía el tráfico para que la Chevrolet con su detenida cruzaran velozmente Larco, rumbo al paseo de la República.

En el interior de la camioneta, ella miraba fijamente a los peruanos.

---

<sup>9</sup> Entrevistada para este libro, una fuente del extinto Partido Socialista Revolucionario, fundado en 1976 por militares y socialistas radicales, dijo que en 1980 guardó un baúl que pesaba inmensamente y que nunca abrió, y que según entendía contenía armas pertenecientes a los montoneros. El baúl con su supuesta ferretería permaneció durante varios meses escondido en una oficina de abogados, y fue entregado sin mayores preguntas a un emisario misterioso.

Sobre las piernas aún llevaba su cartera de cuero azul. Estaban el Negro, Caballo, Carpió —que manejaba—, Abanto, y dos argentinos: Lito y el que hizo de homosexual. En el asiento delantero, Lito escuchaba atentamente la conversación que comenzó a sus espaldas.

RAVERTA: ¿Ustedes son del Perú?

EL NEGRO: Sí.

RAVERTA: ¿Y por qué se meten, si este no es problema de su país?

CABALLO: TÚ eres terrorista.

RAVERTA: YO no soy terrorista. Los militares argentinos han matado a toda mi familia y nos quieren matar a nosotros. Me van a matar a mí.

LITO (luego de empinarse y de dar una bofetada a la detenida): ¡No hables pavadas!

Seguidamente Lito cerró su enorme puño y lo lanzó a la cara de Raverta. Fue cuando el *Negro* Alvarado detuvo el golpe y trató al argentino como un extranjero sin potestades.

EL NEGRO: ¿Por qué le vas a pegar? ¿Cuál es el motivo? Ella está explicando...

LITO: Che, tú limitate a cumplir tus órdenes.

EL NEGRO (Desaforado): ¿Quién chucha eres tú para hablarme de mis órdenes? ¿Dónde mierda crees que estás? ¡Ándate a la puta que te parió! (le lanza a Lito un puñetazo que no lo alcanza).

RAVERTA: (a los peruanos): ¡Por favor, protéjanme!

Y se puso a llorar.

Por el paseo de la República, Carpió condujo la camioneta hacia el centro de Lima. Adentro había una enorme tensión. Después de la disputa sobrevino un silencio filudo, un espacio de tiempo que a Alvarado le pareció largo, pero que pudieron haber sido unos tres o cuatro minutos, en el que sólo se escuchaban el ruido del motor y los sollozos apagados de la detenida. El *Negro* Alvarado observaba a la montonera y experimentaba sentimientos contradictorios; por un lado deseaba protegerla y por otro lado sabía, eso sí, que ella iba a tener su merecido. Pero no sentía la visible satisfacción de sus colegas argentinos, uno que desde adelante volteaba a mirar de cuando en cuando a su trofeo, como diciéndose «lo conseguimos», y otro a su costado, más discreto pero no menos contento. En todo caso, ya no tenía el entusiasmo que se apoderó de todos cuando los argentinos terminaron de explicar su problema en el auditorio del SIE. ¿Por qué sentía eso? El agente reflexionaba mientras la camioneta, después de abandonar la plaza Unión, tomaba resueltamente la Panamericana Norte envuelta en un tráfago de microbuses y vendedores ambulantes. «Tal vez —se dijo— es porque esta terrorista no es peruana y no ha jodido a mi país ni ha matado a mis compañeros. Tal vez es porque sé que la van a destrozarse y la veo blanquita, inofensiva y rendida, y hasta la veo rica, cuando en realidad podría resultar siendo una concha de su madre. Y tal vez me he

jodido con el coronel por haberme peleado con este cabrón. Pero qué mierda. Este cojudo es un extranjero y no debe tocar a nuestra detenida. Eso yo lo puedo defender en cualquier parte».

Veinte años después de aquellos acontecimientos, el empresario Mario Montoto, presidente de Trainment Ciccone Systems S.A., sorbe la segunda taza de café en el restaurante forrado de madera del hotel Claridge. Es una mañana de lluvia en Buenos Aires, y Montoto ha permanecido con el sobretodo encima, se ha tragado sin decir una palabra la narración — abreviada en los momentos terribles— de los últimos días en Lima de quien fue su esposa, María Inés Raverta. Vive alejado de la prensa, renuente a alimentar discusiones sobre su pasado, su papel al lado de Firmenich, sus reales o supuestas relaciones con el menemismo, su desarrollo como empresario. Pero sobre todo se ha negado a hablar de sí mismo y de los suyos. «Soy todo lo feliz que puede ser un hombre en mis circunstancias. Alguien que vivió lo que viví nunca va a poder ser feliz», le dijo a Viviana Gorbato, como única confidencia, como único añadido a una respuesta notarial que hizo a las preguntas de la periodista<sup>10</sup>. Cuando Gorbato le tocó el tema de Raverta, dijo: «Todo esto es muy doloroso. No quiero hablar».

Ahora, en el Claridge, sin una pregunta específica, Montoto comienza a recordar:

«Ella era especial. Todos nosotros éramos especiales, si usted toma en cuenta la vida que elegimos. ¿Se imagina, con la sensibilidad que tenía ella, imponerse la obligación de estar lejos de sus hijas? Hay que ser muy especial, tener su inmenso sentido de desprendimiento, de responsabilidad con sus compañeros y su organización. Y por eso sufrió y soportó las torturas en Lima. Para que el resto escapara. Era muy sensible, habría que ver su poesía cuando era adolescente. Nosotros éramos enamorados en La Plata, donde ella había militado en el movimiento estudiantil peronista y yo también<sup>11</sup>. Por entonces, en 1974, sobreviví milagrosamente a un atentado de la Triple A. Tres balazos cayeron en el diario que llevaba en una mano y el cuarto tiro no salió porque la munición estaba húmeda. Esto influyó para que nos casáramos pronto. Al año siguiente un cura nos casó en la casa de María Inés en La Plata. Ya estábamos en la clandestinidad y así vivimos luego en Buenos Aires, yo metido en la Secretaría Política Nacional y María Inés en la Columna Norte. Ella, que había sido voleibolista, se destacaba en la cuestión militar. Era, además, sumamente responsable, y por eso le encargaban tareas de máxima seguridad, vinculadas a la

---

<sup>10</sup> En su libro *Montoneros. Soldados de Menem. ¿Soldados de Duhalde?*, Gorbato cuenta que negoció dos meses con Montoto, al cabo de los cuales, cinco entrevistas personales mediante, obtuvo una respuesta escrita a un cuestionario que Montoto exigió que se firmara en una notaría, en calidad de recibimiento, por la periodista.

<sup>11</sup> Raverta militó en la Unión de Estudiantes Secundarios y Montoto fue dirigente nacional de la misma organización.

Conducción Nacional. Como la de Lima».

Montoto se detiene. Ha hablado con lentitud, sin mover las manos, indiferente al tránsito de mozos y turistas. Tiene un rostro redondo, el cabello peinado hacia atrás.

«La vi contenta en México, unas semanas antes de que se fuera a Lima. Estábamos ya separados. El nuestro fue un matrimonio de dos muchachos que se enamoraron dentro de la dinámica de un partido, que no consideraron para casarse lo que se toma en cuenta en condiciones normales. En México, le digo, almorzamos y hablamos como amigos. Es la última imagen que tengo de ella».

En el vestíbulo del Claridge, antes de despedirse, Montoto dice que teme la posibilidad de que sus hijas pudieran leer algo doloroso de su madre. «Accedí a hablar con usted porque esto no saldrá en un diario argentino sino en un libro que espero ellas no lean».

El periodista le dijo que era posible que apareciera publicada una foto de Raverta en el libro que escribía, una foto en la que ella mira la cámara con ojos asustados y las manos esposadas hacia delante. «No sé si llegaré a conseguirla —añadió—. La he visto. Si la obtengo, creo que debiera publicarse. Lamentablemente eso le cambiaría la última imagen de ella que usted tiene»<sup>12</sup>

Raverta no murió en el Perú, pero allí empezó a morir. Cuando la Chevrolet llegó al recreo militar de Playa Hondable, cincuenta kilómetros al norte de Lima, los AIO la entregaron al jefe del SIE2, el comandante Oswaldo Hernández, quien aguardaba al grupo. Para ellos, allí terminaba su trabajo que había consistido en capturarla y ponerla sana y salva en manos de sus jefes. Después, estos podrían entregarla a los argentinos o hacer lo que quisieran con ella; ya no competía a los agentes.

Hernández, sin más trámite, entregó a Raverta a los argentinos, la mayoría de los cuales ya estaba en Playa Hondable. Luego dio a los suboficiales del SIE la orden de retirarse. E eso estaban los AIO, dirigiendo la camioneta hacia la salida, cuando desde atrás les dijeron que se detuvieran; era el comandante, que les pedía quedarse. Fuera de temporada, en Playa Hondable, había una exigua dotación de seguridad. Los argentinos deseaban personal de guardia mientras trabajaban.

Fue así como los suboficiales tuvieron constancia de las torturas infligidas a María Inés Raverta, las técnicas y maneras de los visitantes, su eficacia atroz. Esto, contado después con exactitud en el SIE, de algún modo formaría parte de la memoria de un par de generaciones en el servicio, cuyos agentes no habían tenido mayor inmersión en el cieno ensangrentado de las guerras políticas. Claro que había habido crímenes en La Fábrica, operaciones de secuestro y muerte que más o menos trascendieron, una de ellas la que tuvo como víctima, en 1977, a otro

<sup>12</sup> La historia de la fotografía aparece al final de este capítulo.

argentino asesinado, Carlos Alberto Maguid, raptado en Lima por el SIE y entregado a los militares argentinos. Pero la tortura y las ejecuciones no eran, ni mucho menos, el pan de cada día del trabajo de los AIO, la mayoría de los cuales no había visto gritar a un comunista martirizado. En el Perú de los ochenta, la manera común de tortura continuó siendo la de colgar o sumergir en agua a los detenidos, golpeándolos al gusto, según como fueron las cosas.

Aquel día el *Negro* Alvarado vio por primera vez en su vida aplicar la picana eléctrica. Pero lo conmovió más algo que tampoco había presenciado: la increíble resistencia de un cuerpo sacrificado.

Playa Hondable es un lugar de veraneo para militares, con *bungalows* dispuestos frente al mar en forma de herradura. Raverta fue conducida a una de estas cabañas de playa, de varias habitaciones. La desnudaron y la ataron a una cama. En torno a ella estaban unos ocho argentinos, entre ellos el coronel de mediana estatura, Lito, y el oficial médico, que llevaba puesta una casaca verde de comando y que parecía cargar todo lo necesario. Del hombro le colgaba una bolsita con fármacos y jeringas, y en las manos llevaba un teléfono de campaña. Este aparato, del que colgaban cables con los extremos pelados, descargaría electricidad cuando se hiciera girar continuamente su manubrio. A más velocidad de rotación, más voltaje.

El *Negro* Alvarado observaba los preparativos desde la entrada del *bungalow*, cuya puerta aún estaba abierta. No sabía bien cuál era su papel. Se suponía que actuaría de resguardo, de modo que cuando cerraran la puerta él haría guardia afuera. Entre tanto, miraba. Vio salir a Martín Martínez Garay. La puerta se cerró detrás del coronel. Cuando Martínez reparó en el *Negro*, pareció reflexionar. Luego dijo:

—¿Por qué no pasas? Es bueno que mires. Es experiencia.

Y el *Negro* entró.

Lito comenzó aplicando los cables en la vagina. El cuerpo de la montonera se sacudía y sus gritos se hacían insoportables para Alvarado, pese a que le habían llenado la boca con una cajetilla arrugada de cigarrillos Winston. Los hombres, al comienzo, no le preguntaban nada, como si únicamente pretendieran internarla en el infierno del dolor. ¿Cuánto tiempo fue ese comienzo? Otra vez el agente perdía la noción de los minutos. Pudo haber sido mucho o poco. La electricidad era descargada a intervalos, y llegó el momento en que los torturadores empleaban los espacios de descanso para preguntar. Les interesaban nombres y lugares. El *Negro* vio que el abdomen de Raverta se inflaba como el de una mujer gestante. ¿Cuánto tiempo transcurría? Afuera aún no anochecía, pero el Sol se había hundido en el mar, dejando un resplandor anaranjado.

En aquel momento, en Miraflores, en el departamento 315 del número 145 de la calle Madrid, concluía una reunión de los guerrilleros peronistas encabezada por Roberto Perdía. Aunque número dos en la organización, Perdía era el verdadero jefe operativo de los montoneros y le tocaba

adoptar una decisión delicada. María Inés Raverta no se había presentado a la reunión con el recién llegado de Buenos Aires. La esperaban desde las cinco de la tarde y habían transcurrido dos horas. ¿Qué podría haber ocurrido? ¿Era necesario levantar la casa, sacando personas y documentos?

A su vez, Alvarado iba sintiendo que explotaría. Lo atormentaban los gritos de la detenida, su desesperación. Lito se enfurecía y llevaba la picana a la boca y a la nariz. Ella se retorció y chillaba; mas no se rendía. «¡Habla! ¡Habla!», le pedía mentalmente el Negro. Vio que Lito, con un cable en cada mano, se acercaba al rostro de Raverta. Con violencia los introdujo en los oídos. Un grito más agudo que todos aturdió al agente. Vio brotar sangre por las orejas.

—¡Para, mierda! —Alvarado, fuera de sí, se lanzó sobre Lito, que retrocedió, confundido.

El agente fue reducido por los argentinos. Uno de los coroneles trató de calmarlo.

—Muchacho, ven para acá. Yo te voy a explicar.

Era el coronel compacto y canoso —el alto y de fino bigote no estaba de momento en Playa Hondable—. Con un ademán pidió a sus hombres que soltaran a Alvarado. Se le acercó y le puso amistosamente una mano en el hombro. Luego lo empujó con suavidad hacia la puerta, que fue abierta por uno de los presentes. El coronel y el Negro salieron.

Adentro todos se habían quedado mudos. La detenida yacía desmayada sobre la cama.

Sentados ante una mesa veraniega de Playa Hondable, el coronel se dirigió paternalmente al agente:

—Se nota, morocho, que eres una buena persona. Quiero decirte que yo te comprendo completamente. Vos no tenes por qué saber cómo es nuestra guerra.

Y comenzó a contarle una historia breve de los montoneros, «una tragedia que felizmente nunca vivió el Perú». Alvarado escuchó alarmadas referencias de la amplitud del movimiento, de su temible capacidad para atentados, asesinatos y secuestros. Escuchó detalles de algunas muertes de miembros del Ejército, gente que dejó esposa y niños. Era imprescindible actuar con firmeza para evitar más víctimas y proteger inocentes. «Si ésta de adentro pudiera —dijo el coronel, dirigiendo un pulgar hacia el *bungalow* de las torturas—, ahora mismo nos cocinaría a todos en fuego lento». Recordándolo ahora, después de tantos años, a Alvarado se le hace difícil creer que el oficial argentino hubiera dedicado tanto de su tiempo —¿quince, veinte minutos?— a lavarle el cerebro. ¿Qué importancia tenía él? Pero logró convencerlo. Cuando ambos se pusieron de pie, el Negro se había rendido y se decía que, por mucho que doliera, no había más remedio que exprimir a los detenidos para acabar con el terrorismo.

En el *bungalow* había novedades. María Inés Raverta había sido reanimada con agua fría. Una vez sentada, le dijeron que iban a comenzar



de nuevo la sesión, pero que antes le querían presentar a alguien que podría convencerla de que era inútil su resistencia. Entonces se abrió la puerta y apareció Federico Frías Alberga.

En la cara de Raverta se pintó el asombro. Tal vez pensó que Frías no había sido detenido. Delante de ella, él la llamó por su nombre.

—Perdimos —le dijo. Los torturadores rodeaban a los montoneros, atentos a cada palabra.

Raverta hizo algo que el Negro no percibió bien, dificultada su visibilidad por el círculo de argentinos. O quiso increpar a Frías o quiso escupirlo. En todo caso fue algo que disgustó a Lito, quien reaccionó velozmente y la golpeó con la mano.

Un momento después Raverta, con un hilo de voz, dijo que hablaría. Tenía el pelo húmedo pero el sudor se le había secado en el cuerpo.

Luego de que el coronel obtuviera información de la montonera, el Negro vio partir con precipitación, en varios vehículos, a un grupo de argentinos y policías del SIE. Raverta iba en uno de los autos. El recibió instrucciones de quedarse.

Una hora más tarde, el local de los montoneros en la calle Madrid estaba rodeado. Por una ventana del departamento, Noemí Esther Giannetti de Molfino miraba a la calle y le iba diciendo por teléfono a su hijo Gustavo que la casa estaba a punto de ser allanada, que no se le ocurriera llegar. Los vecinos empezaron a agolparse en la calle para observar lo que pasaría, y luego vieron a unos treinta hombres ingresando al edificio con el número 145. Después salieron con un bulto envuelto en una frazada: la madre de Molfino.

La decisión de Perdía había sido que todos abandonaran la casa, menos la viuda de Molfino y su hijo Gustavo. Perdía se llevó las armas y todo indicio que pudiera vincular el lugar con los montoneros. A las seis de la tarde, en el departamento sólo quedaba una apacible abuela de clase media, ajena aparentemente a cualquier actividad subversiva.

Gustavo Molfino había salido después de la reunión. Cuando regresó, como a las ocho y media de la noche, encontró la cuadra rodeada. Creyó ver a María Inés Raverta en uno de los autos de las proximidades. Antes de avanzar más llamó al departamento y su madre le contestó con la advertencia de que huyera. Molfino fue a un teléfono público y llamó al médico Antonio Meza Cuadra, diputado electo y secretario general del Partido Socialista Revolucionario (PSR).

Meza Cuadra daba una comida en su casa de Monterrico cuando recibió la llamada. Gustavo Molfino se identificó y le pidió una entrevista inmediata, debido a una emergencia.

—Muy bien —dijo Meza Cuadra—. Lo espero mañana por la mañana en la jefatura de pediatría del Hospital del Niño.

—No, no —dijo Molfino—. Tiene que ser ahora. Es muy grave.

Media hora más tarde, Meza Cuadra lo recibía. Molfino le contó que su

madre había sido secuestrada y que necesitaba ayuda para salvar la vida de buena parte de la Conducción Nacional de los montoneros.

Meza Cuadra había visto alguna vez a Noemí Giannetti de Molfino. Un sector de su partido sentía alguna simpatía con los montoneros, pero no existían acuerdos entre ambas organizaciones. En la cena estaban el presidente del PSR, Leónidas Rodríguez, y otros dos dirigentes. Meza Cuadra se preguntó: «¿Lo consulto o lo decido?».

Miró a Molfino, que esperaba su respuesta en la antesala de su casa. Recordó las palabras del joven cuando le explicaba lo ocurrido esa noche: «Mi madre ya está muerta», le había dicho.

Mucho tiempo después, Molfino responsabilizó a Roberto Perdía del secuestro de su madre y de lo que sucedió a continuación<sup>13</sup>. Perdía pensó que Raverta se demoró por un problema menor, y no previó el operativo militar. Según Molfino, debió ordenar el abandono del departamento de la calle Madrid.

—Yo no deseo discutir con Molfino, porque se trata de su madre, que está muerta —dice Perdía, y su baja voz casi se pierde en el bullicio del café City. A sus cincuenta y nueve años es un hombre robusto, con una maciza cabeza casi desnuda, y con el aspecto de ser el profesor universitario en el que se convirtió después de los indultos en la Argentina. Por momentos parece cansado, resignado a tener que explicar nuevamente la historia. Por ejemplo, cuando dijo:

—Fue un error mío. Fue un error. ¿Qué más le puedo decir?

Se hizo un silencio en la entrevista. Es la hora del almuerzo en Buenos Aires y el ruido de cubiertos en el City se alterna con el de las sillas que arrastran recién llegados de las calles Perón y 25 de Mayo.

Pero en otros momentos, Perdía habló enérgicamente. Por ejemplo, cuando aseguró que los montoneros nunca pensaron matar a Videla, quien, finalmente, rehusó viajar a Lima para la transmisión del mando. «Nuestra última acción militar ofensiva fue en 1979. En 1980 no hicimos ninguna», dijo. Al respecto, no fue posible obtener una versión contraria a la de Perdía en fuentes militares peruanas. Los generales Morales Bermúdez y Richter Prada no mencionaron la teoría del intento de asesinato de Videla durante las entrevistas que concedieron para este libro. Ambos justificaron la captura y deportación de los montoneros por su condición de extranjeros

---

<sup>13</sup> Declaraciones de Gustavo Molfino en *Montoneros...* de Viviana Gorbato: «Entonces pasa algo que nunca lo dije, pero lo he charlado con el Pelado (Roberto Perdía). El error lo comete el Pelado. Lo charlé el otro día con él, y muy mal, porque dice que no se acuerda. Yo creo que sí se acuerda, pero bueno... Yo llego cinco, cinco y media a la casa. Estaban todos sentados en la mesa, incluso mi vieja. Juliana (María Inés Raverta), la esposa de Montóte, no aparece. Entonces, esperamos un par de horas. Ella no vuelve. En el exterior, cuando un compañero no volvía a las dos horas a la casa, había que levantarla».

subversivos.

A su vez, los militares peruanos rechazan la versión bastante extendida de que existió una coordinación de alto nivel con Buenos Aires. Pedro Richter Prada negó haber recibido una llamada de Leopoldo Galtieri, a la sazón comandante general del Ejército argentino, para llevar a cabo un operativo conjunto de sus respectivos servicios de inteligencia<sup>14</sup>. Negó también que las capturas constituyeran una demostración de que el ejército peruano participó en el llamado Plan Cóndor, junto con los ejércitos de Chile y Argentina, para reprimir los movimientos de izquierda en los tres países.

PEDRO RICHTER: Nosotros no podíamos entrar en un plan de esa naturaleza, por una razón muy sencilla: con Chile teníamos malas relaciones. ¿Cómo iban a hacer un pacto nuestros servicios de inteligencia?

RICARDO UCEDA: Pero con Argentina no había malas relaciones.

P.R.: Con Argentina nos llevábamos mejor, pero la cordialidad no daba para tanto. El general Roberto Viola, cuando era comandante general de su ejército y yo del peruano, me invitó a almorzar para plantearme que los apoyáramos si ellos tenían un enfrentamiento con Chile. Le dije que no podíamos hacerlo. A lo más, podía garantizarle que no moveríamos nuestros tanques de la frontera.

R.U.: Sin embargo, el grupo militar argentino que vino a Lima operó aquí a sus anchas, e incluso torturó en locales militares peruanos, luego de que les fueran entregados los detenidos. ¿Cómo explicar estas facilidades sin un acuerdo entre los ejércitos?

P.R.: Nuestra responsabilidad era capturar a esos subversivos y extrañarlos. Estábamos entregando un Perú pacificado al nuevo gobierno y no queríamos actos terroristas durante la transición. Yo no tengo información de que hubiera habido torturas. Y si hubo argentinos en locales militares, puede haber sido porque la agregaduría militar argentina hizo coordinaciones con el SIE. Pero a ese nivel.

De acuerdo con las fuentes de este libro, el SIE y los militares argentinos trabajaron conjuntamente hasta el domingo 15 de junio, empujados a capturar a todo el grupo que había llevado Perdía a Lima. Así, la primera noche, mientras un equipo llevaba a la madre de Gustavo Molfino a Playa Hondable, otro intervenía el departamento alquilado por los montoneros en el sexto piso del número 445 de la avenida Benavides. De allí fue bajado, con la cara cubierta por una casaca, Julio César Ramírez, otro montonero recién llegado al Perú.

¿Quién era Ramírez? Un militante de la provincia de Córdoba que ya había sido detenido en una ocasión en Buenos Aires. Puesto en libertad, viajó a México, de allí a España, y luego regresó clandestinamente a

<sup>14</sup>

Gustavo Molfino, con base en versiones que circularon en Argentina, dijo a Viviana Gorbato que Galtieri coordinó directamente con Richter Prada la captura de los montoneros en Lima.

Argentina, de donde había salido para el Perú. Sus captores lo llevaron a la comisaría de Magdalena, donde era jefe el coronel de la Policía de investigaciones Edgar Luque Freiré, a quien ya hemos conocido en el capítulo 10 como jefe del paramilitar aprista Miguel Ríos. El Negro Alvarado, que había participado en la detención, observó que se trataba de un hombre sólido y corajudo. En la comisaría, pese a estar esposado, logró darle una patada en los testículos a Lito. Éste reaccionó inmediatamente, golpeando con todas sus fuerzas al montonero, y como no se detuviera, el coronel argentino de mediana estatura, que quería un interrogatorio en otro lugar, le pidió parar la mano. Lito protestó:

—Che, coronel, pero si me está haciendo cobrar por adelantado.

El Negro no presencié el final de las cosas con Ramírez. Luego de la escena con Lito no lo volvería a ver más, porque llegó una orden de que él y otros agentes regresaran a Playa Hondable. Allí llegó justo a tiempo para presenciar la llegada de una detenida cuya apariencia no habría imaginado jamás: una señora mayor, blanca y parsimoniosa, que era conducida sin violencia hacia uno de los *bungalows*.

A la madre de Gustavo Molfino la sentaron en una cama, y el Negro otra vez sintió la indebida corriente de simpatía. Ante todo, lo sorprendió la improcedente serenidad de la detenida, quien al llegar sonrió a los presentes con una inclinación de cabeza, como si ingresara a un consultorio médico. Lo destinaron a vigilarla. Mientras se disponía a hacer guardia, reflexionaba sobre lo distinto que actuaban los comunistas argentinos de los del Perú. «Acá—se decía— ningún cojudo metería en el cuento a su mamá».

En ese momento, cercano a la medianoche, el Negro no había visto a María Inés Raverta en Playa Hondable. Después se enteró de que fue sacada para otra captura y que aún no la regresaban. La vio al día siguiente; o, dicho mejor, la escuchó. Era viernes por la mañana. Se oían sus gritos desde el *bungalow* donde custodiaba a su prisionera.

La señora Molfino se sobresaltó. Había reconocido a la que gritaba.

Ella ya sabía que su vigilante peruano la compadecía. Le había pedido al Negro que le alcanzara unas pastillas de un bolso que le permitieron llevar, que estaba sobre una mesa en la habitación. Alvarado buscó en el bolso, sacó una pastilla y consiguió un vaso de agua para que la tomara. Lito, que andaba cerca, se percató y dijo:

—¿Para qué le das la pastilla? Ésta no va a vivir.

El Negro hizo como si no hubiera escuchado al argentino y le dio su pastilla a la detenida. Lito, entretanto, desapareció de la habitación.

Regresó con una radiograbadora portátil. Había puesto un cásete adentro. Colocó el aparato sobre una mesa, lo activó, y se oyó un tango. Era *Adiós muchachos*, de Gardel:

—Escucha esto por última vez —le dijo Lito a la señora Molfino.

La tarde del viernes, Alvarado sospechó que los detenidos morirían

cuando el jefe del SIE2, el coronel Oswaldo Hernández, se presentó en Playa Hondable acompañado del AIO Jorge Ramírez, fotógrafo del SIE, cuya cámara le colgaba del cuello.

—¿Para qué has traído a éste? —le preguntó, señalando a Ramírez, el coronel argentino a cargo.

—Queremos fotografiar a los angelitos —dijo Hernández, refiriéndose a los detenidos—. Por si acaso vuelven por el Perú.

—Coronel, no se preocupe usted. Estos nunca van a regresar.

Esa tarde, Alvarado tuvo otro signo preocupante. Las torturas a Raverta se habían reanudado, y sus ecos quebraron a la madre de Molfino, que se puso a llorar silenciosamente. Uno de los argentinos ordenó sacarla a dar un paseo. Y así se hizo. Con una venda en los ojos y escoltada por Alvarado y por uno de los argentinos, la señora Molfino dio una caminata a ciegas por las arenas de Playa Hondable, guiada por las voces de sus guardianes. Un par de veces el argentino rastrilló su arma, como si fuera a dispararle, aunque la madre no dio muestras de estremecerse especialmente. Parecía reflexionar, pero esa es la apariencia de todos los que tienen los ojos vendados. El Negro temió que de un momento a otro el que iba a su costado le metiera un balazo, cumpliendo órdenes que él ignoraba.

Pero no ocurrió nada. La señora Molfino le preguntó a Alvarado:

—¿Usted tiene madre?

—Sí, señora.

—Entonces usted debe saber lo que es estar preocupada por un **hijo**. ¿Qué sabe de mi hijo?

—Yo no sé nada, señora —dijo el Negro.

Y era verdad. Alvarado no sabía el nombre de los detenidos. No sabía que en aquel momento Gustavo Molfino estaba a salvo en una casa de seguridad del PSR. Porque, después de reflexionar un instante tras el pedido del muchacho, Antonio Meza Cuadra dejó el papel de anfitrión de su cena y organizó el salvamento de los montoneros, que la noche del jueves fueron llegando de uno en uno a su casa. En la medianoche ya estaban allí todos los argentinos, menos Julio César Ramírez y la madre de Molfino. Hasta el amanecer, los fugitivos fueron trasladados a locales confiables en distintos lugares de Lima. En adelante, Meza Cuadra se dedicaría a denunciar los secuestros.

En Playa Hondable, las torturas cesaron la noche del viernes. El Negro escuchó que habría un operativo. Los argentinos habían obtenido, por fin, un dato. Raverta dijo que a las dos de la tarde del sábado debía encontrarse con alguien que llegaba de Buenos Aires en el Mercado Indio de la avenida La Marina. Para ser reconocida, ella debería tener el brazo derecho vendado. Los torturadores dejaron de martirizarla y se ocuparon en preparar la reunión.

Durante la mañana del sábado, el propio Alvarado fue comisionado para

preparar a Raverta, quien era todo quejidos y apenas podía tenerse en pie. Desde el día jueves estaba sordo. El Negro demoró una hora en vendarle la mano derecha, ponerle sus ropas, lavarle la cara con una toalla, maquillarla y peinarla. Cuando llegó el momento de partir, ella no podía caminar. Entonces el Negro y otro agente la levantaron en brazos y la llevaron hasta un automóvil.

En el Mercado Indio fue necesario que se apoyara en el hombro de un agente para que pudiera esperar de pie a su contacto. Sin un apoyo, caía. Pero nadie se presentó. Los hombres nunca supieron si fue porque el montonero que llegaba ya estaba advertido, o porque llegó y le pareció extraña la compañía de la mujer vendada, o porque Raverta mintió. Después de esperar dos horas, regresaron a Playa Hondable.

Cuando llegaron, ya se había tomado la decisión de suspender todas las actividades. Aquella mañana la página tres de *El Diario de Marka* informaba que militares peruanos y argentinos habían secuestrado a tres miembros del Movimiento Peronista Montonero. La nota contaba detalles de la persecución a balazos de Federico Frías Alberga por las calles de Miraflores. El operativo ya no era secreto y se convertía velozmente en un escándalo público. Mientras en Lima la noticia interesaba al resto de medios, el gobierno decidió intervenir.

«Ese fin de semana, sábado o domingo, me parece, se decidió deportarlos a Chile recuerda el general Richter . Cuando yo me enteré, por el jefe de la DINTE, el general Germán Ruiz Figueroa, cambié la decisión de inmediato. Mandarlos a Chile era enviarlos a una muerte segura<sup>15</sup>. Así que dispuse que el destino fuera Bolivia. Era un país con un gobierno democrático, encabezado por la señora Lidia Gueiler. Los deportados no debían de tener problemas para sobrevivir. Y mi orden llegó cuando ellos ya estaban con rumbo a Chile, de modo que tuvieron que cambiar su ruta para dirigirse a la frontera con Bolivia. Allí los entregamos a las autoridades de migración bolivianas. Lo que pasó después no es nuestra responsabilidad».

De María Inés Raverta nunca más se supo. De acuerdo con los datos más precisos que provinieron de Bolivia, ella y Julio César Ramírez murieron a causa de las torturas que les fueron infligidas en La Paz por el mismo grupo de argentinos que actuó en el Perú<sup>16</sup>. En cuanto a María

---

<sup>15</sup> Gobernaba Augusto Pinochet

<sup>16</sup> El dirigente del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Anibal Aguilar Peñarrieta, difundió en diciembre de 1980 la siguiente información: los tres montoneros deportados del Perú fueron llevados a La Paz, a la Sección II del Ejército, dependiente del coronel (después general y presidente) Luis Arce Gómez. Allí fueron interrogados por varios argentinos, muriendo por efecto de las torturas María Inés Raverta y Julio César Ramírez. Como por esos días iba a llegar una delegación de parlamentarios peruanos para investigar las desapariciones, los militares argentinos decidieron llevarse

Esther Giannetti de Molfino, fue encontrada muerta en Madrid, el 21 de julio de ese año, en el apartamento 64 de las Suites Miralto, un hotelucho en el número 37 de la calle Tutor.

El expresidente Francisco Morales Bermúdez, quien para este libro por primera vez habló sobre las decisiones internas de su gobierno durante el caso, dijo que fue un error deportar a los montoneros a Bolivia, y que él fue informado del final del operativo cuando los hechos estuvieron consumados:

—Muy pocas veces monté en cólera durante mi gobierno. Una de esas veces fue cuando fui informado por el primer ministro de que los detenidos argentinos habían sido deportados a Bolivia.

Morales Bermúdez, quien no mencionó al general Richter por su nombre, sostuvo que era previsible que las fuerzas de seguridad bolivianas entregaran los detenidos a los militares argentinos, con quienes mantenían estrechas relaciones.

—Me encolericé porque no me consultaron. ¿Por qué no me consultaron? —el expresidente eleva la voz, como si efectivamente estuviera haciendo por primera vez la pregunta de hace veinte años—. Yo los habría enviado a México, donde ellos iban a estar seguros y nosotros sin problemas.

El gobierno boliviano aseguró oficialmente que no tenía registro del ingreso de los deportados. De María Inés Raverta y Frías Alberga nunca más se supo. Pero sí hubo noticias funestas de los otros dos. En el mes de julio, el cadáver de la señora Molfino fue hallado en Madrid.

La causa de esta muerte, aparentemente una intoxicación, no ha quedado establecida con claridad hasta hoy en la investigación que tiene a su cargo el juez Baltasar Garzón<sup>17</sup>. Hay evidencia s de que llegó a Madrid un día antes de su asesinato, en un vuelo de Varig desde Rio de Janeiro, y de que la acompañaban dos hombres: uno con pasaporte argentino a nombre de Julio César Ramírez, y otro con un pasaporte de la misma nacionalidad a nombre de Luis Esteban Almirón. Ambos hombres permanecieron en las Suites Miralto con la Molfino desde el 18 de julio, y desde el día siguiente se negaron a que el servicio de limpieza ingresara a la habitación donde ella ya estaba posiblemente muerta. Después se comprobó que la foto del pasaporte de Almirón correspondía a la del verdadero Ramírez. En realidad, ambos documentos estaban en poder de Julio César Ramírez cuando arribó a Lima con el apellido falso de Almirón. Como quiera que el identificado como Ramírez dejó una huella dactilar y su nombre por todas partes —arrendó la habitación y un auto en

---

viva a otro país a María Esther Giannetti de Molfino y, según la fuente, aplicar un plan para desbaratar las denuncias.

<sup>17</sup> El caso Molfino es el único del sumario del proceso en España a violadores de derechos humanos de Argentina sobre cuya jurisdicción no hay debate, puesto que el asesinato fue cometido en Madrid.

Madrid—, el cadáver apareció acompañado de indicios de que quienes estuvieron con la víctima eran compañeros suyos en la subversión. Y uno de ellos, precisamente, con quien había sido «expulsada» del Perú por permanencia ilegal. Todo esto conducía a la hipótesis, de inmediato enarbolada por el embajador de Videla en Madrid, Jorge Washington

Ferreira, de que no tenían sustento las denuncias que implicaban al régimen argentino con el asesinato de sus perseguidos políticos.

La situación suscita muchas preguntas. ¿Llevaron vivo a Julio César Ramírez a España? ¿Lo suplantaron con un doble? ¿Llevaron sólo su huella dactilar, fabricando un sello con un dedo de su cadáver, como ha sugerido Roberto Perdía? ¿Por qué había un pasaje aéreo para Francia con un nombre falso para la viuda de Molfino, María del Carmen Sáenz? ¿Creía ella que estaba próxima su libertad y que la llevaban al encuentro de su hija Alejandra, que vivía en París?

Y aún restarían preguntas pendientes de contestar en el Perú y Argentina. Por ejemplo, existen varias versiones sobre la identidad del equipo militar argentino que viajó de Buenos Aires a Lima. En el Perú utilizaron seudónimos, lo que es normal en todas las operaciones de inteligencia, de modo que los testigos que hablaron para este libro nunca conocieron su nombre verdadero<sup>18</sup>.

El juez Garzón, quien sabe que para desentrañar el caso debe comenzar por lo que pasó en el Perú, ha intentado, de manera infructuosa hasta ahora, interrogar judicialmente a algunos oficiales del sm que participaron en los secuestros. El general Richter, al que podría alcanzarle también una imputación, no se muestra particularmente preocupado. Dice que su conciencia está salvada por una foto en su poder, tomada a los montoneros en la frontera con Bolivia, en el instante previo al que fueron entregados.

—Yo le mostré la foto al presidente Belaúnde, a quien le conté toda la verdad —dice Richter, quien continuó siendo comandante general del Ejército durante el nuevo gobierno—. En ella están los tres deportados. Vivos. Así se fueron a Bolivia.

<sup>18</sup> En noviembre de 1980 el semanario *Kausachum*, dirigido por Augusto Zimmermann, publicó un memorándum enviado por el jefe del SIE, Martín Martínez Garay, al comandante general del Ejército, general Pedro Richter Prada, en el que identifica al coronel Ronald Rocha como la contraparte argentina en el operativo contra los montoneros en Lima. Zimmermann reveló después que obtuvo este documento de manos de Vladimiro Montesinos, quien ya había sido expulsado del Ejército. El documento era falso. Nunca se confirmó que en el escalafón militar argentino existiera un coronel llamado Ronald Rocha.

El general se resiste a mostrar la foto. Al final, accede a enseñar una fotocopia. Sube por un momento al segundo piso de su casa, en Las Casuarinas, y baja con un maletín. Muestra un papel. No es la foto. Es la copia de un acta de recepción de Raverta, Ramírez y Molfino, suscrita por



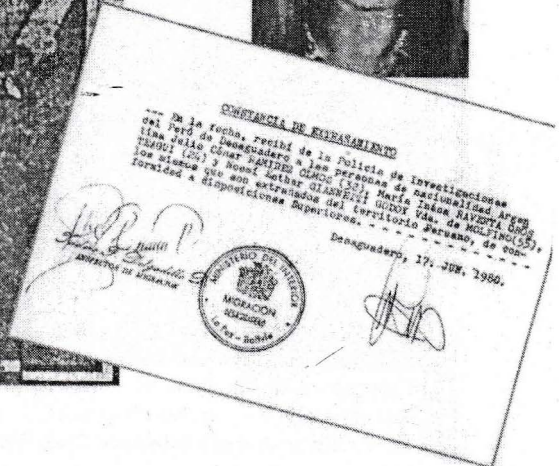
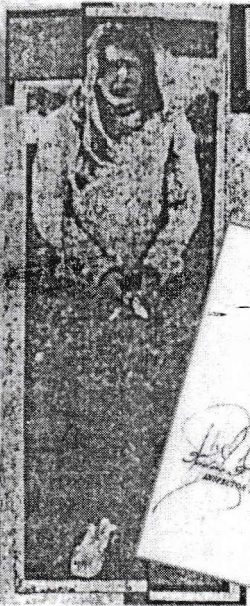
Isidro Delgadillo, inspector de Migraciones de Desaguadero (Bolivia). El sello y la firma se aprecian claramente. Y la fecha: 17 de junio de 1980.

—¿Y la foto?

Entonces Richter extiende una reproducción ajada por sus veinte años de existencia. En un papel de tamaño oficio se muestran, fotocopiadas, seis fotografías. Corresponden a tres personas distintas tomadas de frente y de perfil. En la parte inferior, con una chompa de lana blanca y falda oscura, aparece Noemí Esther Giannetti de Molfino y su rostro tranquilo, con la misma expresión pacífica que lleva en las fotografías que se le conocen. Arriba, a la derecha, Julio César Ramírez muestra un rostro mortificado, con ojos iracundos sobre un bigote espeso. También lleva una chompa blanca, y muestra, como todos, las manos esposadas hacia delante. Arriba, a la izquierda, está el rostro asustado de María Inés Raverta. Viste téjanos, zapatillas de tenis y la misma chompa de lana de los otros detenidos. Mira a la cámara con una expresión indefinible.

Como ha quedado dicho, la participación del *Negro* Alvarado en estos episodios era desconocida para Ricardo Uceda cuando decidió buscar al exagente para esclarecer el caso Barrios Altos. Sólo sabía que tenía fama de audaz. El tipo, entonces, podía arriesgarse a hablar con un desconocido que le brindara seguridades. Se dirigió a una dirección que dejó en un croquis el emisario de los militares, en la urbanización Santa Catalina. Dio un par de vueltas por la zona indicada, descubrió que la calle correcta no era Guardia Civil, como figuraba en el croquis, sino la avenida del Aire, preguntó en varias casas de dos pisos, y al cuarto intento, en un chalet celeste que tenía la puerta abierta, salió a atenderlo un hombre oscuro con cara de caballo. Cuando el periodista preguntó por Arnaldo Alvarado, el hombre contestó:

—Soy yo, hermanito. ¿En qué puedo servirte?



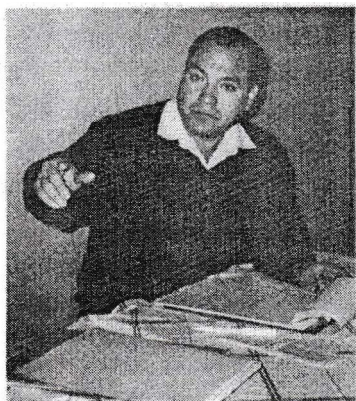
1 980. Imágenes nunca publicadas de los montoneros argentinos en Desaguadero (Bolivia), cuando fueron entregados por militares peruanos a las autoridades de dicho país. Figuraban en fotocopias dadas al autor por el general Pedro Richter, comandante general del Ejército en 1980, y por eso carecen de nitidez. Los originales fueron mostrados al presidente Fernando Belaúnde y entregados al Ministerio de Defensa. Arriba, en las dos fotos de la izquierda, María Inés Raverta con un parche en la nariz, expresa resignación. En la foto del costado, cuando estaba en libertad. El documento es la copia del acta de recepción de los deportados firmada por un funcionario de Migraciones, el 17 de junio de 1980. Abajo, Julio César Ramírez y María Giannetti de Molfino, antes y después. La señora Molfino apareció muerta en Madrid semanas más tarde.





Los periodistas de *SÍ* durante el primer hallazgo de los cuerpos de La Cantuta, en julio de 1993. Un activista de derechos humanos que colaboró en el desentierro muestra un hueso a Edmundo Cruz, Ricardo Uceda (al centro) y José Arrieta.

© Caretas



Clemente Alayo, más conocido como Henri Charrié en una foto de la revista *Caretas*. Estuvo en dos bandos durante varios años hasta que la justicia militar lo condenó por terrorismo. En el 2004, desde la prisión, se convirtió en uno de los testigos importantes de la acusación contra Fujimori.



Pala robada en La Cantuta que sirvió para los entierros. Los del SIE no llevaron implementos, y eso puede decir mucho.

© La República

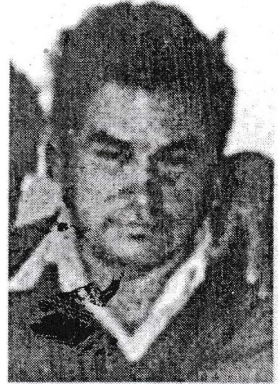


1997. Mesmer Carles Talledo denuncia al Grupo Colina desde la prisión de Yanamayo. La imagen es de un video que transmitió la televisión



© La R. itb

Pedro Huillca asesinado por Sendero Luminoso no por el en SIE en diciembre de 1992.



Tres víctimas del SIE en 1993, cuando el Grupo Colina estaba desactivado. A la izquierda, Kenneth Anzualdo en una reunión familiar. Al lado, el panadero Justiniano Najarro y el universitario Martín Roca. Fueron ejecutados en el Cuartel General del Ejército y, luego, cremados en el horno del SIE.



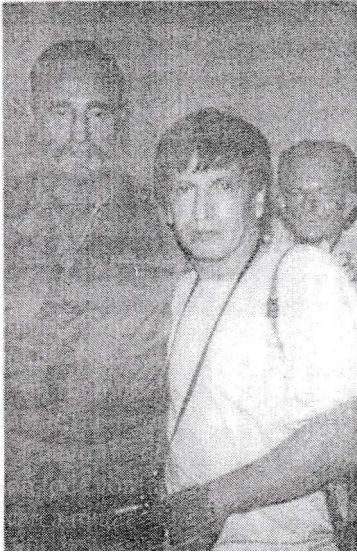
© Carretas

El comandante Sánchez Valdivia, a cargo del PIL durante los secuestros.



El coronel Enrique Oliveros, jefe del SIE en 1993. Existen grabaciones de lo que conversó con el Grupo Colina en el cuartel Simón Bolívar. Transmitió el ofrecimiento de una ley de amnistía para los detenidos.

Guillermo Catacora y Justo Arizapana en Lima, en 2003. Ambos revelaron por primera vez para este libro cómo elaboraron el mapa que permitió a la revista *Si* hallar los restos de los desaparecidos de La Cantuta.



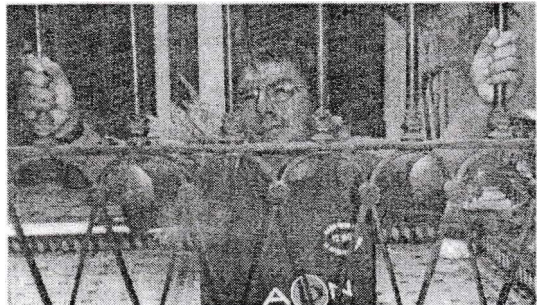
Hans Ibarra y Fidel Castro, en La Habana, 1994. La foto demuestra la exitosa infiltración del agente en los partidos de izquierda.

Ibarra y Leonor La Rosa, 1996.



Agentes de la Policía vigilan el local del periódico senderista *El Diario* en julio de 1993. Allí hallarían un mapa para encontrar los restos de La Cantuta. Ibarra, ni corto ni perezoso, les tomó esta foto.

Juan Jara Berrospi en libertad, 2004. No reveló sus fuentes y por eso estuvo diez años en prisión.



## CAPÍTULO 16

# Henri Charriére

Ricardo Uceda se identificó como director de la revista *Sí* ante el hombre que abrió la puerta. El *Negro* Alvarado no se inmutó cuando le mencionó de parte de quién venía a hablarle.

—¿Y para qué soy bueno? —dijo Alvarado. Se quedó parado en la puerta de la casa, sin ofrecerle entrada.

—Buscamos información sobre lo que pasó en Barrios Altos. En forma confidencial. Sin declaraciones. Si vas a ver a tu amigo detenido en el cuartel Simón Bolívar, dirá que puedes confiar en mí.

El Negro meditó un instante. Luego, sorprendentemente, se acercó a Uceda, como si necesitara olerlo. Pero era para decir en voz baja:

—Llegaste en el momento adecuado. ¿Sabes quién está adentro?

—No.

—Uno de los que participaron en la matanza de Barrios Altos.

—¿Ah, sí?

—Su mujer acaba de morir de cáncer y el Ejército no lo ayudó. Está resentido por eso y vino a contarme sus penas. No pudiste llegar en mejor momento. A lo mejor acepta hablar contigo. ¿Qué te parece?

El Negro entró de improviso, sin aguardar la respuesta del periodista. Luego de cinco minutos apareció nuevamente.

—El acepta conversar contigo. Tú maneja el asunto.

Uceda pasó, y lo que parecía una vivienda resultó ser la sede de una pequeña compañía de seguridad. Después de la puerta de entrada venía un porche y luego la sala, convertida en un recibidor de clientes. Un hombre estaba sentado, y no se paró para saludar. Tenía estatura mediana, vestía de negro y, sin ser gordo, resultaba redondo y compacto. El *Negro* Alvarado lo presentó: Pedro Supo, miembro fundador del destacamento de Enrique Martín. Lucía un mestizaje indefinible: piel blanca, rasgos asiáticos, pelo

negro ensortijado, bigotito Javier Solís. Podía pasar por oficial del Ejército o trompeta de una orquesta de salsa.

—Acepto hablar con usted porque estoy pensando muchas cosas —dijo, susurrante—. La institución no se ha portado bien conmigo.

Comenzó un tanteo en el que el periodista prometía su discreción y evitaba ofrecer dinero, y Supo tanteaba para ver qué podía obtener. El tipo era resbaladizo como un jabón en la ducha. Los dos encuentros futuros que habría entre ambos, por más que parecían un avance respecto de los anteriores, en el fondo no salían del mismo esquema: Supo diciendo que hablaría si resolvía unos problemas económicos y podía salir al extranjero, aunque tendría que pensarlo mucho, y Uceda contestando que no podía pagar por su información aunque tal vez sí financiar una salida del país. Esto último era factible mas no fácil, añadía Uceda. Demandaba una preparación de semanas o meses, pero antes Supo tendría que decidirse a hablar. O, mientras lo pensaba, ir desembuchando algo.

Supo, sin embargo, ni daba información por gotas ni parecía pensar en serio la posibilidad de denunciar abierta o encubiertamente al Ejército. Quizá lo desilusionó no haber recibido una oferta de dinero. O tal vez sentía miedo, algo que coincidía con su nerviosismo extremo en la segunda reunión, en una calleja oscura, y durante la tercera, en la cafetería del Hospital Militar. Este último encuentro duró pocos minutos. Supo temía que lo estuvieran siguiendo y dijo que él llamaría la próxima vez que fuera necesario hacer contacto.

Nunca llamó. Luego de pensarlo bien —como había prometido—, le dijo al SIE que lo estaban acosando periodistas de *Si* deseosos de conocer las operaciones especiales en las que participaba. Es posible que Supo haya dado también la información de que Alvarado actuaba de enlace. Al final, obtuvo lo que buscaba: una ubicación que lo protegiera del *acoso*, y un puesto en el exterior. Ese mismo año fue destacado a la agregaduría militar en Moscú.

Pero esto ocurriría varias semanas después del encuentro inicial. Ese día, al cabo de la reunión, las cosas parecían bien encaminadas, o al menos eso creyó Uceda. Cuando Supo se fue, el periodista se quedó a solas con Alvarado, quien otra vez lo miró atentamente.

—Bueno, éste se va a demorar un poco para tomar su decisión —dijo—. Pero nosotros podemos ir avanzando.

Mientras Arnaldo Alvarado y Uceda se conocían, el general Willy Chirinos asumía su nuevo cargo de director de la DINTE. El comandante general del Ejército no le perdonó al general Juan Rivero su ignorancia de los preparativos del golpe de Salinas Sedó y lo destituyó. Antes se produjo la caída del antiguo amigo de Montesinos, el coronel Alberto Pinto. Una vez en la jefatura del SIE, y contra lo que se suponía, la comunicación no fue tan fluida entre ambos, y el poderoso asesor promovió su remoción,

dispuesta el 7 de octubre. Montesinos ya no lo necesitaba y, además, Pinto parecía más interesado en colaborar con la Policía que con el SIN. El coronel terminó 1992 en un sombrío puesto administrativo, y al año siguiente fue desterrado a una guarnición de Puno. A los miembros del destacamento de Martín la salida de Pinto no les interesaba mucho, porque ellos trataban con Hermoza y con el director de la DINTE. Por lo mismo, el cambio de Rivero sí era importante.

Para remplazar de inmediato a Rivero, Chirinos tuvo que dejar sus funciones de inspector de la Tercera Región Militar, en Arequipa. Hermoza lo llamó el viernes 13 de noviembre, apenas unas horas después de que fracasara el intento de golpe contra Fujimori. El lunes 15, a primera hora, Chirinos estaba ante el comandante general.

—Le he perdido la confianza al general Rivero —le dijo Hermoza—. Deseo que asumas la jefatura de la DINTE.

—Gracias, general. Espero no defraudarlo —dijo Chirinos.

A Chirinos le sorprendió el nombramiento. No era amigo de Hermoza, no había trabajado en el SIN, no estuvo en el SIE, no conocía a Montesinos, no tenía el perfil de un oficial de inteligencia. Conjeturó que el destituido general Rivero pudo haberse vinculado excesivamente al SIN, y que tal vez Hermoza deseaba en la DINTE a alguien que no respondiera a Montesinos. Pero el jefe del SIE que habían nombrado en remplazo de Pinto, el coronel Luis Oliveros, era un hombre que venía del SIN y al que se asociaba con Montesinos. Chirinos se hallaba confundido.

Hermoza, en cambio, parecía muy satisfecho con el cambio. Chirinos despachaba diariamente con él, a las ocho de la mañana. Pero, conforme avanzó el tiempo, esta luna de miel se fue enfriando. El general de la DINTE descubría cosas complicadas en su despacho y las informaba a Hermoza.

Una de sus mayores sorpresas fue enterarse de que el sistema alistaba una acusación a dos de sus agentes por colaborar con Sendero Luminoso. Miembros del destacamento de Enrique Martín habían secuestrado a uno de ellos, Mesmer Carles, por orden del general Rivero. Continuaba ilegalmente detenido. Su madre, desesperada porque en el Pentagonito le negaban información, consiguió meterse en el despacho del nuevo director de la DINTE para preguntárselo. Chirinos le dijo a Hermoza que estudiaba el caso porque había que tomar decisiones. Y conforme lo hacía fue enterándose de las intimidades del Grupo Colina, de su importancia y blindaje, del apoyo que le brindaba el comandante general. También conoció la truculenta y cinematográfica historia de Henri Charrière en el Ejército.

En febrero de 1992 la noticia emocionó al Grupo Colina: un militante de Sendero Luminoso había sido reclutado por la DINTE. El personaje estaba en línea de carrera al Comité Central, lo que abría la posibilidad de



dar con Abimael Guzmán sin recurrir a la Policía. Los contactos se realizaban con extraordinarias medidas de seguridad. En diez años, el Ejército nunca había infiltrado a ese nivel la organización.

Se hacía llamar Henri Charrière, como el autor de *Papillón*. ¿Qué similitud podía haber entre un delator en Sendero Luminoso y el hombre de la mariposa tatuada que huyó de la Isla del Diablo? ¿Escribiría la historia de su gran escape del Partido Comunista del Perú? En 1991 había dado información a la DINTE sobre movimientos y personajes senderistas en el Alto Huallaga, y ahora proponía un audaz proyecto para conocer el paradero de Abimael Guzmán. Consistía en matar a un coordinador que viajaba continuamente entre la selva y Lima, alguien cuya desaparición le permitiría a él escalar una posición y remplazarlo en la función de enlace. Esto conectaría a Charrière con el Comité Central y, luego, con el presidente Gonzalo.

El contacto entre el Ejército y Charrière era un AIO, Mesmer Carles Talledo, secretario del encargado de Frente Interno de la DINTE, el coronel Federico Navarro. Charrière exigía que fuera Carles y no otro su enlace con el Ejército. Pero un proyecto como el que planteaba, para el cual pedía un *apoyo* de veinte mil dólares, requería una coordinación afinada y responsable, un monitoreo que venía como anillo al dedo al destacamento de operaciones especiales del Ejército. La DINTE encomendó la tarea al mayor Enrique Martín.

El mayor estaba excitado. Por primera vez tenía ante sí a un hombre metido en la organización más secreta del país, cuyos pasos podría dirigir hasta dinamitar por dentro a la subversión. No se sabía su verdadero nombre porque Carles, quien lo reclutó, no lo había proporcionado. Se trataba de un compañero suyo de colegio, a quien había dejado de ver cuando eran niños y al que encontró un día en una calle de San Juan de Lurigancho. Luego de una fraternal conversación, Carles escuchó de su amigo una increíble confidencia: pertenecía a Sendero Luminoso y quería estudiar la forma de escapar de sus filas. Él, que era militar, ¿podría ayudarlo?

Así empezó la colaboración de Charrière, quien grabó cuatro cintas magnetofónicas dirigidas al Ejército, en las que explicaba su plan y peroraba sobre sus virtudes. Como venía la propuesta, había que tomarla o dejarla, y Martín, con la aprobación de la DINTE, la aceptó. El mayor dio cinco mil dólares a Carles para que fueran entregados a Charrière. Al mismo tiempo planificó la eliminación del hombre que estorbaba su carrera en Sendero Luminoso. Charrière acompañaría de Lima a Trujillo al senderista, en un auto arrendado a un tercero, quien lo conduciría. Este chofer no sería otro que el agente Mesmer Carles. A la salida de Lima, en la carretera Panamericana Norte, el vehículo sería intervenido. El senderista terminaría en el sótano del SIE, para ser interrogado antes de

viajar al otro mundo.

Llegada la ocasión, Carles recibió claramente las instrucciones. Conduciendo el Toyota HQ 4847 del destacamento, debía estar, entre las siete y las ocho de la noche del miércoles 15 de abril, en el punto más alto de la llamada variante de Pasamayo, una vía empinada, exclusiva para vehículos ligeros, a cincuenta kilómetros de Lima. El auto sería reconocido a su paso por la garita de acceso a la autopista. Arriba, cubiertos por la eterna niebla del paraje, acecharían diez hombres en las dos camionetas.

Esperaron la hora prevista, y después otra hora y otra hora, pero el Tootya no aparecía. A las diez, una de las camionetas empezó a recorrer los alrededores, sin éxito. A la medianoche abandonó su posición la camioneta que se quedó en la cumbre, y se sumó a la búsqueda. Martín llamó a Navarro para saber si Carles se había reportado: no, no lo había hecho. A las tres de la mañana del jueves fueron a Zarate, a tocar la puerta de la que creyeron era la casa de Carles, pero resultó el domicilio de su madre, que desconocía el paradero de su hijo. Entonces Martín recibió una llamada de Navarro. Carles se había comunicado con el coronel y le había dado un enigmático, críptico mensaje telefónico.

—El pescado está en el refrigerador, frente a la Escuela de Policía de Puente Piedra —dijo, y colgó.

O sea, algo había para buscar en la ubicación señalada. Seguramente el auto. Pero cuando fueron, hacia las cuatro de la madrugada, no encontraron nada. Dieron vueltas inútilmente por la zona hasta que se hizo de día y torrentes de trabajadores se volcaron a las calles en busca de movilidad. A las seis y media fueron, por si acaso, a la comisaría de Puente Piedra, pese a que no había sido referida por Carles. El auto estaba allí, en una zona de parqueo.

Se acercaron. En el interior se veían manchas de sangre y cuatro agujeros de bala en el asiento posterior.

Hubo que fabricar una historia para retirar el auto de la comisaría. El agente del sm Juan Carhuavilca se ofreció para pasar por chofer del vehículo, cuyos papeles indicaban su pertenencia al Ejército, y dijo a la Policía que la noche anterior, conduciéndolo, había sido víctima de un asalto. Desconocía el uso que con posterioridad los asaltantes le dieron al auto antes de abandonarlo. En la DININCRI, División de Criminalística, la Policía exigió un oficio del director de la

DINTE sobre el vehículo, lo que inicialmente fue un problema porque Martín no quería dar parte a Rivero. La solución fue presentar una carta con los sellos de la DINTE y la firma falsificada del general. Aun así, hubo que hacer un par de gestiones más antes de que el auto fuera recuperado y pudiera ser remolcado a La Fábrica<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Según un testigo, Martín recurrió a la ayuda del director de la DIRCOTE, Ketín Vidal,

Esto ocurrió al anochecer. Para entonces Carles continuaba desaparecido y aún no daba su versión de los hechos.

Cuando reapareció dijo que, una vez iniciado el viaje, el senderista sospechó de él y de Charriére a poco de salir de Lima, e intentó matarlos con una pistola. Charriére lo redujo y, a su vez, le disparó. Lo habían dejado muerto en el auto, a un costado de la carretera.

La versión dejaba sin responder varias preguntas. La principal era ¿dónde estaba el muerto? Otra: ¿por qué Carles no se comunicó de inmediato con el equipo y lo hizo recién varias horas después, indirectamente, a través del coronel Navarro? Otra más: ¿qué tipo de agente de inteligencia era Carles para dejar a la luz pública un auto del Ejército con un cadáver adentro?

La situación de Carles se complicó cuando se supo la versión del supuesto muerto, David Celis Pomatanta, de veintidós años, natural de Huánuco. Había sido abandonado sin signos de vida en el auto, pero después logró reanimarse en un hospital. A un agente del SIE que lo entrevistó allí Celis le dijo, confidencialmente, que no era terrorista sino narcotraficante. Que unos acompañantes, a quienes contrató como guardaespaldas, lo atacaron para robarle dinero que traía desde Tingo María. Tenía dos balazos en el cuerpo.

Un mes atrás, cuando Enrique Martin hizo escuchar la grabación de Henri Charriére a varios miembros del Grupo Colina, Jesús Sosa sostuvo que se trataba de un impostor. No por deducción ni por olfato: creía recordar, en ese hablar pausado, en el timbre grueso, una voz de alguien que conocía. Escuchó una y muchas veces la grabación, hasta que lanzó una exclamación triunfal.

—¡Es Clemente Alayo! ¡Qué tal ese concha de su madre!

Alayo era un exagente de inteligencia, en el retiro desde 1986<sup>2</sup>, de la misma promoción de Carles. Sosa conjeturó de inmediato que ambos se confabularon para ganar dinero a costa del Ejército.

Cuando Sosa comunicó su descubrimiento a Martin, éste lo desestimó. El mayor estaba por asistir a su segunda reunión con Henri Charriére, en unos baños turcos de la avenida Pardo. Sosa, que conocía a Clemente Alayo, pidió inútilmente ser ubicado en algún lugar desde donde pudiera reconocerlo sin ser visto. Era posible, pensó después Sosa, que Martin no hubiera querido divulgar ante los miembros del grupo la identidad de un infiltrado tan importante. Tal vez ya supiera que se llamaba Alayo, pero por algún motivo creía que su plan para llegar hasta Abimael Guzmán podía

---

para que la DININCRI facilitara la entrega de un vehículo con evidencias de balazos y de sangre. Pero Vidal ha negado este hecho al autor

<sup>2</sup> Desde 1984 Alayo estuvo infiltrado en varias tiendas de ultraizquierda que incluyeron predios senderistas. Ocasionalmente colaboró con el Ejército desde que lo cesaron, en 1980. Alternó estas actividades con la delincuencia común.

dar resultados.

Por lo menos **lo** creyó hasta el fallido asesinato de Celis. Después, Henri Charrière dejó **de tener** predicamento en la DINTE y Mesmer Carles perdió su privilegiada condición de enlace. Sin embargo, el escándalo recién estaba por **comenzar**. Henri Charrière volvería, como ola de la Isla del Diablo, para **sorprender** con la historia más extraña jamás conocida en la vernácula comunidad de inteligencia.

Martin y **su gente** estaban en receso desde agosto de 1992. Ya no recibían **órdenes** para actuar y se quedaron sin fierros, pues el SIE le pidió al mayor **devolver las armas**. Posteriormente, el nuevo jefe de La Fábrica, Enrique Oliveros, le solicitó a Martin las computadoras asignadas al destacamento. Oliveros tenía entendido que eran cinco, pues esa fue la información **que le dio** el suboficial Marcos Flores, conocido como Maflo, a **órdenes de Martin**. Pero en realidad el SIE transfirió sólo dos al destacamento, **y después** Martin compró otras tres con sus fondos reservados. **De modo** que cuando le pidieron las computadoras, Martin devolvió un **par y se quedó** con el resto. Esto motivó un reclamo de Oliveros **lo que, de paso,** puso al descubierto a Maflo—, pero el mayor siguió en sus **trece**. Finalmente, Martin guardó un aparato para sí, otro se lo dio a Pichilingue y el tercero al coronel Navarro. En 1994, cuando los principales **miembros** del Grupo Colina tuvieron que ir presos al cuartel Simón Bolívar, los tres oficiales llevaron sus respectivas computadoras. Una vez Maflo **fue a** visitarlos hasta allí, pero Martin no quiso verlo. Lo gritó, lo trató de delator en presencia de varios y lo botó como a un perro. Siete años **después**, Maflo sería uno de los suboficiales que proporcionaron información **sobre** el grupo a un juzgado. Es seguro que guardaba un recuerdo amargo **de** su último encuentro con el mayor.

Por mucho **que** estuviera enojado con Martin, Sosa no quiso hablar con Chirinos de los **problemas** que tuvieron. Y eso que el general, ávido de información, **quiso** cucharearlo en una oportunidad. En cambio una noche sí se desahogó **con** Federico Navarro. Fue el mismo día en que echó al mayor de **su casa** y anunció al resto que ya no trabajaría más en el destacamento. **Buscó** a Navarro en su chalet de dos pisos en la villa militar de Chorrillos. El coronel era un hombre alegre, bonachón, infatigable, bebedor de **cerveza**. Sorbía vasos llenos, y cuando tomaba viada, era cada vez más locuaz, **no** paraba hasta caerse de borracho.

Jesús Sosa **lo invitó** a salir y fueron juntos, en un Toyota plomo del coronel, a un **boliche** de la avenida Piérola, en Barranco. Una vez sentados, el agente le **informó** que se retiraba del destacamento.

Sosa hizo **una** relación de sus objeciones, que iban desde dispendios administrativos **como** el excesivo gasto de dinero por parte de Martin — mientras los **agentes** recibían migajas, remarcaba— hasta la forma en que conducía los **operativos**. No entendía por qué Martin le había dicho a

Rivero que eran seis muertos en vez de diez. En el Ejército miraban mal al grupo y, lo que era peor, se comentaban cosas.

—Hasta de usted se habla mal, mi coronel —añadió—. Se dice que compró su carro Lada con plata del destacamento.

—No, el Lada me costó ocho mil dólares —se defendió Navarro—. Tenía tres mil. Rivero me prestó cinco mil y completé.

—Es lo que dice la gente. Yo se lo cuento porque creo que es mi deber, para que de una vez se aclaren las cosas.

Sosa buscaba que Navarro, quien al fin y al cabo era el superior de Martín, no obstaculizara su retiro. En el Ejército uno no puede dejar un puesto unilateralmente, aunque él ya había entregado al SIE los autos y las armas de su equipo. Mientras tomaban cerveza, en varias ocasiones el coronel le dijo que lo pensara, pero al final opinó que, dado su conflicto con Martín, era mejor que se fuera.

El receso del grupo se debió a que Hermoza no le perdonó a Martín haber actuado por su cuenta en La Cantuta. Pudo haber ordenado su detención y acusarlo, pero el general tenía rabo de paja: el operativo del Santa fue un encargo personal suyo, un pedido de su hermano Juan Bosco Hermoza para sus amigos los Fung. Así pues, Martín dejó de ser recibido en el séptimo piso, ya no digamos primero que los generales, sino para siempre. Encima, el general Rivero perdió el puesto el 13 de noviembre, cuando fue obvio que estaba en la luna mientras se desarrollaba la conspiración de Salinas Sedó. Su caída rompió el último eslabón que unía al Grupo Colina con el comandante general. Esto coincidió con la preocupación de Hermoza por las consecuencias de la matanza de La Cantuta, pues en el poder judicial las cosas tomaron un giro desagradable. Continuamente citado por las acciones de garantía presentadas por los familiares, Hermoza se vio obligado a declarar dos veces ante un juez.

Aunque la justicia no se le vino encima, lo mantuvo cabreado durante el resto del año.

Mucho tiempo después de que Alayo y Carles dieran por muerto a David Celis en la Panamericana Norte, esta investigación descubrió el móvil del intento de asesinato. Lo reveló su hermana, Silvia Celis, en una entrevista para este libro desarrollada en Lima ante su abogado, en marzo del 2004. La historia es larga y sórdida, pero basta citar sus partes fundamentales. En 1992, Carlos Alayo secuestró al empresario Juvenal Martínez, de Trujillo, tras haber obligado a Celis a proporcionarle la información que necesitaba. Cuando Martínez pagó dinero y obtuvo su libertad, Celis reveló lo que sabía al propio empresario y a la Policía. Sin embargo Alayo, inicialmente detenido a causa de la delación, no fue incriminado. Salió en libertad y planeó matar a

Celis con la complicidad de Carles y la generosidad de la DINTE<sup>4</sup>. De paso, ambos le robaban un dinero.

Esta historia del secuestro nunca fue conocida por la DINTE. En cuanto a hechos que sí le constaban —la estafa al Ejército, el asalto a Celis—, prefirió no llevarlos a la justicia militar. Barrió para dentro, como siempre. Carles no fue enjuiciado. Alayo desapareció un tiempo, pero volvió descaradamente, otra vez afrancesado. Dirigió una carta al comandante general diciendo ser un colaborador de la DINTE y acusando a Martín y a Navarro de haberse embolsillado el dinero de un plan que llevaría a la captura de Abimael Guzmán. Luego escribió a Fujimori, asegurando que había logrado penetrar a la subversión senderista y ofreciendo sus servicios como infiltrado. En ambas ocasiones firmó con su famoso seudónimo: Henri Charrière.

Los afanes de Alayo acabaron cuando, ese año, cayó detenida la abogada Martha Huatay, miembro del Comité Central. Poseía teléfonos, direcciones y detalles de los desplazamientos de oficiales de inteligencia del Ejército, referencias inequívocas de que Sendero Luminoso tenía un espía en la institución. Las sospechas cayeron sobre Carles. El grupo de Martín lo secuestró y lo llevó a la playa La Tiza, donde lo interrogaron. Admitió que colaboraba con Sendero Luminoso a través de Charrière. Alayo fue detenido y también confesó.

Carles dijo que fue víctima de golpes, inmersiones en agua, descargas eléctricas y cortes con arma blanca en diversas partes del cuerpo. Firmó una confesión incriminatoria que luego desautorizó, aduciendo que la hizo bajo tortura. Entrevistado por el autor, uno de sus interrogadores en La Tiza narró de este modo los sucesos:

«Mesmer llegó a La Tiza el 28 de octubre, traído por cinco agentes en dos autos. A eso de las nueve apareció el mayor Martín y comenzamos el interrogatorio. Lo hemos golpeado fuerte, como hasta las tres de la mañana, pero sin hacerle traumatismos, asustándolo mucho. No quiso hablar. Al final le dimos pollo a la brasa y gaseosa en un vaso, que se quedó en el cuarto donde lo encerramos. Ese fue el error. Al día siguiente continuamos golpeándolo y conminándolo a hablar. En la segunda noche, cuando estuvo sólo, empezó a gritar, diciendo que se iba a matar. Había roto el vaso y se hizo cortes en las muñecas, en las manos y en las dos piernas. Sangraba, y aseguraba que si no traíamos al general Rivero se mataba. Se puso el vidrio sobre la yugular, presto a introducirselo. Es posible que él creyera que no iba a salir vivo de allí. Francamente era una posibilidad, era un traidor. Dijo que iba a confesar, pero sólo ante el general Rivero. Llamamos a Rivero y el general aceptó venir a La Tiza al

---

<sup>4</sup> Celis murió el 22 de mayo de 1993, en Tarapoto, abaleado por desconocidos. Nunca fue mando senderista.

día siguiente. Se lo hicimos saber y se calmó. Fuimos por medicinas y el propio Martin le inyectó una vacuna antitetánica. Ante Rivero, Carles confesó todo. Lo vimos llorar delante del general. Se puso de rodillas y pidió perdón a él y a todos sus compañeros por lo que había hecho. Dijo que al comienzo se quiso destacar como agente con la información que le daba Alayo, pero que luego fue seducido por el dinero, que se repartía con Charriére. Al comienzo era Alayo el que daba información. Pero después él le empezó a pedir datos del Ejército, y se los dio. Rivero estaba muy conmovido, a mi parecer porque trabajó con Carles muchos años. Sintió la traición en lo personal. Al final le dijo que sería juzgado por la justicia militar y se fue. Ya no lo interrogamos más. Carles firmó una declaración e incluso confesó ante una cámara filmadora de la DINTE».

Aún no acabarían las sorpresas. En el juicio, Alayo ensayó una inculpación que le produjera beneficios a cambio de incriminar a peces gordos contra los que el Ejército no tenía pruebas. Dijo haber elaborado un plan de asesinatos a militares denominado Proyecto Centinela, en sociedad con Carles y los abogados senderistas Alfredo Crespo —a cargo de la defensa de Abimael Guzmán— y Jorge Cartagena. Con la declaración de Alayo en su poder, la Policía los detuvo y la justicia militar les impuso veinte años de prisión. Pero ni Alayo ni Carles sacaron partido: los condenaron igual que a los abogados. Entonces decidieron presionar al Pentagonito con denuncias donde más le dolía: sus operaciones de inteligencia.

Alayo se presentó como el abnegado agente Henri Charriére, abandonado por el Ejército porque denunció una malversación de los fondos de inteligencia. Sus órdenes eran dejarse arrestar, reconocer la autoría de un plan de asesinatos e incriminar a senderistas. Carles era otro agente traicionado, el contacto entre la DINTE y Charriére que, por su posición, conocía los crímenes del Grupo Colina. Desde 1993 Carles y Alayo escribieron muchas cartas acusatorias que fueron música celestial para los ocupados en desenmascarar a Fujimori. Aunque las cartas son afiebradas y contradictorias y la mayoría de los asesinatos atribuidos al SIE o son inventados o tienen otros autores, los personajes pasaron a figurar en la galería de víctimas del dictador. En 1997 Carles fue indultado por el gobierno y se olvidó de parte de sus denuncias. Alayo, que continúa preso, mantiene el dedo acusador. Desde el 2003 es uno de los principales testigos para culpar de asesinato a Fujimori. Con un testimonio falso, por supuesto<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> A lo largo de esta investigación se analizaron las numerosas cartas escritas por Carles y Alayo a distintas autoridades de inteligencia. En una de ellas Carles afirma que el jefe del SIN, Julio Salazar Monroe, le ordenó pedirle a Charriére asesinar a los abogados Crespo y Cartagena a cambio de treinta mil dólares. Un pedido, dijo, a espaldas de la DINTE, nunca conocido por Rivero, Navarro o Martin. Alayo, en cambio, afirma que recibió esta orden de Martin y que le ofreció cincuenta mil. Ante un juez, Alayo afirmó

Willy Chirinos se sentía que cada vez más era un extraño en la DİNTE, y su sensación de aislamiento creció cuando Hermoza dejó de recibirlo. Percibió el cambio en el rostro del general. Los mandamases del Pentagonito pueden verse las caras mientras conversan por un sistema de fonovisión, de modo que Chirinos descubría el esfuerzo de Hermoza para fingir mucho trabajo. «Ahora no puedo, después te llamo», le decía. La evasión comenzó inmediatamente después del 9 de diciembre, Día del Ejército. En los pasillos, cuando tenía ocasión de cruzarse con él, Hermoza desviaba el rostro. Alguna vez lo tuvo enfrente y le dijo que tenía consultas acumuladas, que requería una audiencia. «Ya, ya», dijo el comandante general; pero no le dio una cita<sup>6</sup>.

Ese mes ocurrieron dos hechos importantes. El lunes 7, la revista *Sí* presentó la primera reconstrucción periodística de la matanza de Barrios Altos. La publicación conmovió al Pentagonito: titulada «Sociedad para el crimen», identificó al equipo ejecutor y sostuvo que era protegido por la cúpula militar del gobierno. El ministro de Defensa, Víctor Malea, pidió al ministerio público denunciar al director de *Sí*, Ricardo Uceda. Según *Sí*, Malea conocía la verdad y la encubría<sup>7</sup>. La revista ocultó el nombre de su informante. No podía ser Carles o Alayo: estaban incomunicados<sup>8</sup>.

Era Arnaldo Alvarado. Después del primer encuentro con Supo, el Negro almorzó con Ricardo Uceda y le describió la matanza de Barrios Altos. No fue testigo presencial, pero —según dijo— un agente le refirió los sucesos. En realidad, Martín llevó a Alvarado a La Tiza el día siguiente del operativo. Pero Alvarado, quien consintió ser identificado en este libro, nunca contó esta circunstancia.

El segundo hecho importante del mes fue el asesinato de Pedro Huillca Tecse, el principal sindical peruano. A partir del 2003, con los testimonios de Mesmer Carles y Clemente Alayo, el Congreso y el ministerio público

---

que en 1992 fue reclutado por el SIN, pero en la misma instructiva sostuvo que nunca dejó de trabajar en el Ejército, pues su baja en 1980 fue *ficticia*. En sus cartas públicas, Carles lo contradice en este punto. Uno podría preguntarse, claro, qué tipo de militar cobra a sus jefes por liquidar terroristas, a razón de determinados dólares por cabeza.

<sup>6</sup> Esto es inaudito en el Ejército. La primera cita diaria de un comandante general es con el director de la DİNTE. La hora podría variar; la reunión diaria, jamás.

<sup>7</sup> La reacción indignada del ministro, que incluyó una escena en una recepción de la embajada de Japón, donde se encontró con Uceda de manos a boca, hizo actuar a la fiscal de la nación, Blanca Nélica Colán, que sería cómplice de Montesinos para todo el periodo dictatorial. La investigación no terminó como temían Uceda y su abogado José Ugaz Sánchez-Moreno. El fiscal del caso, Víctor Cubas, resistió la presión del Ministerio de Defensa y no acusó. En 1993, Cubas nuevamente demostraría su temple cuando le tocó investigar el caso La Cantuta.

<sup>8</sup> Alayo fue detenido el 9 de diciembre y Carles, el 28 de octubre, pero recién el 18 de diciembre el Ejército admitió que estaba en el Fuerte Rimac.



del Perú denunciaron a Alberto Fujimori por ordenar al Grupo Colina eliminarlo.

El crimen se produjo el 18 de diciembre. O sea, cuando Martin estaba en desgracia, su destacamento desperdigado y la DFNTE era un corral sin gallo. A los pocos días, Willy Chirinos recibió un memorándum del general Hermoza que lo relevaba de su cargo. ¿Cómo pudo el Ejército ejecutar el asesinato? Es necesario volver a 1992 para analizarlo con otras fuentes.

Pedro Huillca era comunista, opositor y secretario general de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP). En 1997, desde la prisión de Yanamayo, Mesmer Carles enfrentó la conclusión policial de que fue ejecutado por Sendero Luminoso. Grabó una filmación, luego difundida por el congresista Jorge del Castillo, en la que sostuvo que el general Rivero, en su presencia, ordenó el asesinato del sindicalista. Ese año el exagente fue indultado por Fujimori. Cuando, ya libre, lo citó una comisión parlamentaria, rehusó confirmar la denuncia, aunque años después la retomaría. En el 2001 tomó la posta Alayo, quien desde entonces asegura que en septiembre y octubre de 1992, el mayor Martin, tras entregarle mil dólares, le pidió asesinar a Pedro Huillca por orden del presidente<sup>9</sup>.

—¿Cómo vamos a matar a un hombre público? Dirán que ha sido el servicio de inteligencia o el gobierno —afirma Alayo que repuso<sup>10</sup>.

—A mí no me interesan tus apreciaciones. Yo estoy cumpliendo órdenes directas de Fujimori —habría respondido Martin.

A todo esto, ¿qué dijo Sendero Luminoso? Al comienzo reivindicó el asesinato, pero después no. Así como a la caída de Fujimori el nuevo contexto político favoreció la multiplicación de acusaciones contra el Grupo Colina, también cambió la franqueza de los dirigentes de Sendero Luminoso sobre sus crímenes. En 1993 su vocero *El Diario* justificó la muerte de Huillca, pero en el 2003 Abimael Guzmán dijo a la Comisión de la Verdad y Reconciliación que «no tenía conocimiento» de que su partido lo hubiera victimado. Otros dirigentes, desde la prisión, rechazaron de plano esa posibilidad. Más aún: cinco militantes sentenciados, que hace diez años confesaron haber matado a Huillca, hoy se proclaman inocentes.

El interés de algunos inculpados en obtener beneficios penales puede distorsionar en ciertos casos la administración de justicia. En la década fujimorista esta desviación se observó en juicios por terrorismo, en los que *arrepentidos* senderistas culparon a inocentes siguiendo un libreto de la Policía. En el caso Huillca, Alayo busca complacer a una justicia ávida por acusar a Fujimori para obtener del gobierno el indulto que logró Carles.

<sup>9</sup> Carta Abierta del 20 de noviembre del 2000 («Detener a los buitres de la guerra») y declaraciones de julio del 2001 ante el juez del caso Barrios Altos.

<sup>10</sup> Declaraciones a una subcomisión parlamentaria, 10 de julio del 2003.

Julio Chuqui, otro *colaborador eficaz*, en los casos contra el Grupo Colina, al que el Estado le paga un sueldo por su arrepentimiento, terminó incluyendo a Pedro Huillca en la lista de asesinados por el destacamento. Es lo que probablemente desearían oír quienes le darán los beneficios. No es que el sistema sea malo ni que Fujimori no deba ser sometido a juicio. Pero los arrepentimientos sustituyen a veces la investigación.

Así, la información recogida para este libro sobre el caso Huillca es distinta de la de los testimonios de moda. El autor entrevistó a militantes senderistas en varias prisiones peruanas durante dos años<sup>11</sup>. En el 2003, luego de las declaraciones desavisadas de Abimael Guzmán al respecto, una de las fuentes explicó de este modo la versión:

«El presidente Gonzalo ha dicho bien. Él *no tenía conocimiento* de la ejecución de Huillca porque estaba en prisión cuando lo mataron. Si él hubiera estado al mando, no habría autorizado la acción».

Guzmán desaprobó un plan para matar a Huillca que le fue presentado en mayo de 1991. Desde febrero de ese año Sendero Luminoso aplicaba el v Plan Militar, cuyo principal escenario era Lima. Una ola de sangrientos atentados envolvía la ciudad. Cada una de las cinco zonas en que estaba dividido el Comité Metropolitano tenía dos y hasta tres grupos de aniquilamiento, que estudiaban a sus posibles víctimas y proponían su muerte a un Comité de Acción integrado por dirigentes zonales, que decidían según conveniencias políticas y operativas. El Comité Metropolitano, sin embargo, no era la estructura más letal. Fue Socorro Popular (SOPO), un organismo dirigido por un buró de miembros titulares y suplentes del Comité Central<sup>12</sup>, SOPO tenía su propio Comité de Acciones, sus propios grupos de aniquilamiento, y elegía sus víctimas con prescindencia del Comité Metropolitano. Además, por si fuera poco, había otra estructura para matar. El presidente Gonzalo la controlaba directamente, en estrecha colaboración con los dirigentes del Comité Metropolitano y de SOPO.

Eran dos equipos de alto poder destructivo, destinados a actuar en ocasiones especiales. Cada uno se llamaba Destacamento de la Fuerza Principal (DFP) y se los diferenciaba numerándolos: 1 y 2. A cargo de un mando político y de otro militar, podían eliminar objetivos propuestos por sus miembros o señalados por la dirección. Adicionalmente se encargaban de la seguridad de Abimael Guzmán y de realizar expropiaciones — robos— para tonificar la economía de la organización. Por entonces el

---

<sup>11</sup> La información sobre Sendero Luminoso del presente capítulo procede de algunas de las cincuenta entrevistas, aproximadamente, que el autor sostuvo con senderistas detenidos en seis cárceles del país, y con varios activistas en libertad.

<sup>12</sup> Hasta su captura en 1991 estuvo dirigido por la abogada Yovanka Pardavé. La sucedió Marina Huatay, a su vez detenida el año siguiente.

partido tenía dinero, y no sólo por los cupos cobrados a los narcotraficantes en la selva. En 1991, por ejemplo, el DFPI asaltó una agencia del Interbank y se llevó unos 180 mil dólares, y un negocio de exportaciones de cochinilla en Magdalena que produjo otros cien mil, latrocinios ambos que la Policía nunca supo que los cometió Sendero Luminoso.

A fines de 1991, estos destacamentos dejaron de funcionar. Por eso ninguno de sus miembros protegía la casa de Miraflores en la que Guzmán fue detenido en septiembre de 1992. Otro antecedente desconocido es que en 1990 el DFPI y el DFP2 actuaron conjuntamente para sacar a Guzmán de una casa de Monterrico en la que vivía y que comenzaba a interesar a la Policía. Lo supieron porque la DIRCOTE estaba infiltrada, y la dirección senderista supo con anticipación que la vivienda podía ser intervenida. Cuando esto ocurrió, Guzmán y buena parte de la documentación habían desaparecido. Sin embargo, aún quedó lo suficiente como para saciar el apetito de los detectives, entre otras cosas el célebre video en el que Guzmán baila *Zorba el griego* ante los miembros del Comité Central vestidos de azul y ofreciendo a la cámara sus rostros desconocidos. Como por fuera no tenía inscripciones, el casete fue dejado por los apurados miembros del DFP2 que hicieron el último barrido del local llevándose sólo lo indispensable. Pensaron que era una película de entretenimiento para las horas libres del presidente Gonzalo.

Uno de estos comités propuso liquidar a Huilca en 1991, acusándolo de línea conciliadora en la CGTP. La jefatura, sin embargo, no aprobó la acción. No por principio, pues Sendero Luminoso asesinaba dirigentes populares. Guzmán juzgó que era impolítico cargar con esa muerte, y quizá habría pensado igual en 1992, que fue cuando el Comité Zonal del Norte, dirigido por Juan Tulich, decidió eliminarlo.

En 1991 Guzmán tampoco aprobó la ejecución de Carlos Pacheco Girón, un conocido esquirolo aprista, por motivos tácticos. García ya no era presidente. Después de su gobierno, al partido sólo le interesaban apristas que sirvieran para vengar la matanza de los penales de 1986. Sin embargo, nunca fue posible que uno de los DFP diera un gran escarmiento. Ese año, la dirección descartó el asesinato en Centroamérica de Manuel Aquézolo, quien presidió el INPE durante el exterminio de prisioneros senderistas. El viaje y la acción en el extranjero presentaban múltiples problemas operativos. En cambio sí decidió eliminar a Abel Salinas, exministro del Interior, precisamente el 19 de junio, cuando se cumpliera el quinto aniversario de la matanza. Sería una acción sencilla: un falso limpiador de parabrisas se acercaría a su auto detenido por el semáforo de una esquina y le dispararía a corta distancia. El asesinato se frustró por contingencias que no pueden ser reveladas sin exponer a la fuente.

El año anterior, durante los últimos meses del gobierno aprista, Sendero Luminoso no pudo asesinar a Agustín Mantilla el 19 de junio. Miembros

del DFP1 analizaron concienzudamente la forma de acribillarlo a la salida de su casa en Pueblo Libre. Varios autos le cerrarían el paso a su caravana de vehículos, y hombrecitos uniformados de la limpieza municipal sacarían sendas metralletas de sus cubos de basura rodantes. Pero una y otra vez los estudios consideraron la acción impracticable. El entonces ministro del Interior era custodiado por varias camionetas y tenía un pequeño ejército privado a su disposición —los famosos paramilitares apristas— bien entrenado y con armas largas. Se requerirían demasiadas personas y armamento. Aun así, era seguro que moriría la mayoría de atacantes. Los planificadores buscaron otro punto y lo hallaron en una cebichería de Surquillo frecuentada por Mantilla. Otra vez apareció el mismo obstáculo: la enorme capacidad disuasiva del personaje. Siguieron buscando alternativas, porque la jefatura quería eliminar a Mantilla antes de que el APRA culminara su gobierno.

—Esta acción es un gran golpe político —decía Abimael Guzmán—. Si le damos a Mantilla, hasta las piedras van a aplaudir<sup>13</sup>.

Cuando Guzmán fue capturado el 12 de septiembre de 1992, una aguda crisis se agravó en Sendero Luminoso. Venía de atrás, pues la organización nunca pudo recuperarse de las detenciones de 1991, principalmente de las de Yovanka Pardavé, Tito Valle Travesaño y Víctor Zavala Cataño, que descabezaron Socorro Popular y desmembraron a la dirección. Poco después del apresamiento del líder cayó Martha Huatay, con lo que Socorro Popular nuevamente quedó decapitado, y luego las detenciones de Crespo y Cartagena dejaron sin aliento a la Asociación de Abogados Democráticos.

—Ese fin de año hubo un proceso de confusión y división en el partido y en ese contexto un comité decidió eliminar a Huilca —dijo un entrevistado senderista—. Estaba en la cárcel la mayoría de miembros del Comité Central, y el presidente Gonzalo había pedido públicamente un «Acuerdo de paz» a Fujimori. La acción fue un error. El presidente no la habría aprobado.

La decisión interna para matar a Huilca tuvo razones ideológicas y no de coyuntura. Se lo consideró enemigo del marxismo-leninismo-maoísmo por su liderazgo en el prosoviético Partido Comunista Peruano. Su asesinato fue el punto más alto de la campaña senderista por el 99 aniversario del nacimiento de Mao Tse Tung, el 26 de diciembre de 1893. El Plan Operativo Táctico de la acción llevaba esta consigna escrita: «Viva el maoísmo. Abajo el revisionismo».

El asesinato de Huilca no restó bríos a la imagen exitosa del gobierno,

---

<sup>13</sup> El autor no ha podido contrastar esta versión con Guzmán, por las razones señaladas en el capítulo 2 de este libro.

que en diciembre de 1992 vivía un período de gracia. El golpe de Estado acababa de ser legitimado con la elección de un Congreso Constituyente Democrático que resultó con mayoría oficialista. El terrorismo se batía en retirada, la inflación yacía derrotada, la inversión extranjera se ofrecía, el país parecía despegar y parir nuevos logros, nuevos políticos, nuevas esperanzas. Los pobres confiaban en el Chino, un hombre ordenado y sobrio, enérgico, enemigo de las componendas con los políticos tradicionales. Sobre todo lo querían los empresarios, cada vez mejor acomodados en el carro fujimorista. La televisión, a los pies del régimen desde el 5 de abril, ponía las imágenes de todo ello.

No obstante, la base principal de Fujimori seguirían siendo los militares. El fracaso del golpe de Salinas Sedó había permitido ajustar clavijas y destituir, por ejemplo, al prestigioso general Alberto Arciniega, presidente de la Sala de Guerra del Consejo Supremo de Justicia Militar, simplemente porque no quiso encerrar con delincuentes comunes a los insurrectos del 13 de noviembre. A su vez, el SIN incrementaba su poderío e iniciaba el monitoreo de la prensa y de los principales asuntos de Estado. Las riendas del país se iban acomodando en las manos de Fujimori y Montesinos, envidiados a corta distancia por el comandante general del Ejército. Nicolás de Barí Hermoza quería, y aún no obtenía, la tercera parte de ese poder<sup>14</sup>.

En ese momento los crímenes del Grupo Colina, más allá del artículo aparecido en *Sí*, causaban escasa preocupación en el general Hermoza. Uceda andaba ocupado en sacarse de encima a la Fiscalía, el agente Supo iba a ser enviado a Rusia, el infidente Alvarado tenía orden de seguimiento, los familiares de La Cantuta no eran defendidos por el poder judicial, Alayo y Carles estaban a punto de ser juzgados. Hermoza iniciaba un promisorio segundo año en el Pentagonito. No podía intuir, en ese contexto, la enorme tormenta que estaba por venir.

Una madrugada de finales de marzo de 1993, en su celda de la Fortaleza del Real Felipe, en el Callao, Jaime Salinas Sedó terminó una conversación de varias horas con uno de los prisioneros. No lejos de allí dormía el resto de oficiales comprometidos en la conspiración que no pudo sacar del poder a Fujimori. La noche anterior, uno de ellos le había pedido hablar confidencialmente.

Por la mañana, el general reunió a un grupo de los oficiales detenidos y les hizo una revelación. Todos mostraron sorpresa y luego un visible entusiasmo. Un momento después algunos se pusieron a redactar un

---

<sup>14</sup> Aunque Hermoza debió pasar al retiro por límite de tiempo de servicios a fines de 1992, fue ratificado por Fujimori con un nuevo decreto que le permitía decidir el tiempo de permanencia en sus cargos de los máximos jefes militares. Así, el techo del general no tenía límites.

documento. Cuando terminaron, lo leyeron una y otra vez. Finalmente lo firmaron, pero sin poner el nombre de ninguna persona. Escribieron dos palabras: León Dormido.

El domingo 28 de marzo, día de visita para los detenidos, Salinas Sedó recibió a un general retirado del Ejército. Lo llevó a un apartado y hablaron a solas. Le dio un sobre cerrado y le hizo un pedido:

—Necesito que le entregues este documento, en la mano, al congresista Henry Pease.

El visitante aceptó. Días después hizo llegar un mensaje a la prisión: el sobre se hallaba en poder de su destinatario.

El viernes 2 de abril hubo algarabía en el Real Felipe, mientras la televisión mostraba una de las escenas más dramáticas de los años fujimoristas. En plena sesión del Congreso, Henry Pease daba a conocer el documento de un desconocido movimiento militar, León Dormido. Según lo que leía, los estudiantes y el profesor de La Cantuta desaparecidos habían sido asesinados por miembros del Ejército en la noche de su secuestro. Pease dio detalles de la matanza y referencias del lugar de los entierros. El texto, añadió, contenía nombres y apellidos de los ejecutores, así como de los generales que dieron la orden.

En el hemiciclo, de las gargantas parlamentarias salió un murmullo de asombro. Familiares de las víctimas lloraban en las galerías. En este ambiente el pleno nombró una comisión investigadora, con mayoría de la oposición, presidida por Roger Cáceres Velásquez.

La decisión adoptada por el Congreso fue considerada una afrenta por el general Hermoza. Para protestar, ordenó un desfile de tanques por las calles de Lima. El 21 de abril, el alto mando del Ejército y los jefes de todas las regiones militares se reunieron en el Pentagonito, donde hubo una ceremonia de respaldo al comandante general. Aunque fue una ceremonia promovida desde arriba, a los generales no les chocaba hacer causa común por un asunto de derechos humanos. La mayoría de ellos compartía los métodos de Fujimori para gobernar el país y combatir a Sendero Luminoso. Pero no todos. El general que por ser el más antiguo leía el comunicado de solidaridad con Hermoza, Rodolfo Robles Espinoza, quería desenmascarar al Grupo Colina, y se lo había dicho tres días atrás al general José Picón, presidente del juzgado militar que investigaba los hechos de La Cantuta<sup>15</sup>. Picón, que era partidario del encubrimiento, lo delató enseguida ante el comandante general. De modo que en el acto de solidaridad, ni Robles creía lo que leía ni Hermoza lo que escuchaba.

---

<sup>15</sup> Una de las medidas que tomó Hermoza luego de la denuncia de Pease fue denunciar a los supuestos asesinatos de La Cantuta ante el fuero militar. Era el primer paso para que la justicia castrense le arrebatara la causa al fuero civil.

El 28 de abril, Hermoza citó a Robles para desterrarlo. Dejaría de dirigir el Comando de Instrucción del Ejército (COINDE) para ser delegado ante la Junta Interamericana de Defensa, en Washington. Le pidió partir de inmediato. Era la antesala de su destitución, y Robles lo entendió. Aparentó obedecer, pero sólo para ganar tiempo.

Robles sabía que las denuncias de León Dormido eran básicamente ciertas. Ante todo, porque a comienzos de año el exdirector de la DINTE, Willy Chirinos, se vino a trabajar con él al COINDE. También obtuvo datos del coronel en situación de retiro Cléver Pino Benamud, encargado del Frente Interno de la DINTE y jefe de Mesmer Carles Talledo en 1991. Pino había recibido las primeras colaboraciones de Henri Charrière a través de Carles, y estaba al tanto de la larga lista de imputaciones que Carles y Alayo tenían contra el destacamento dirigido por el mayor Martin. Robles razonó intensamente. Su historia como militar había acabado, y probablemente también la de sus dos hijos varones, que eran oficiales del Ejército. Lo estaban espionando, su seguridad peligraba. Por otro lado, poseía valiosa información. Tal vez podía hacer estallar el sistema de favoritismos y crímenes instalado en el Ejército. Si lo decidía, tenía muy poco tiempo para actuar. En realidad, sólo algunas horas.

Jesús Sosa llegó a su puesto a las seis de la tarde del 4 de mayo. El agente coordinaba un equipo del PIL del SIE1 encargado de vigilar la casa del general Rodolfo Robles, en la cuadra 5 de la avenida Pedro Venturo, en Surco. Hacía el turno de las noches, sentado en un Volkswagen rojo del servicio. Espiar a un general no sorprende a nadie en un PIL, y Sosa llevaba varios días aburrido con las pocas visitas que recibía Robles. Aquella noche, sin embargo, le llegó una voz de alarma por la radio, a las siete. Era el comandante Hernán Sánchez Valdivia, el jefe del SIE1:

—Debes mantenerte muy atento —dijo—. Sabemos que Robles quiere pedir asilo político y saldrá de su casa con ese fin.

El agente puso mucha atención. Transcurrida media hora, salió de la casa uno de los autos, un Toyota de vidrios polarizados. Sosa encendió el Volkswagen y lo siguió. Llamó a Sánchez para ponerlo al tanto.

—Sigúelo, sigúelo —dijo el comandante—. No lo pierdas de vista.

El agente se puso al costado del Toyota y reconoció al chofer de la familia. Viajaba solo. Llamó a Sánchez y se lo dijo.

—¡Carajo! Regresa al toque.

Sosa dio media vuelta para retornar a la avenida Pedro Venturo, pero antes de llegar recibió una nueva llamada del comandante.

—Sabemos que se dirige a la embajada de Argentina. Anda corriendo a la embajada y no lo dejes entrar, por ningún motivo.

Sosa pasó de largo frente a la casa de Robles, tomó la avenida Aviación, luego Angamos y paseo de la República, y en diez minutos estuvo al frente

de la embajada de Argentina, entre Arequipa y 28 de Julio. Todo parecía tranquilo, pero... ¿había llegado tarde?

Llamó a Sánchez. El coronel tenía ahora otra información. Robles se dirigía a la embajada de Venezuela. Debía ir de inmediato. Sólo tenía que caminar tres cuadras sobre la avenida Arequipa.

Una vez allí, el comandante ya no le dio una nueva indicación. Hizo guardia varias horas, imaginando mil maneras de impedir que Robles ingresara por la única puerta disponible. Conforme transcurría el tiempo, pensó que el SIE no debía creer mucho en el escape a Venezuela. De lo contrario, le habrían enviado refuerzos.

A las tres de la mañana apareció Sánchez Noriega.

—Replégate —le dijo—. Robles está con los gringos.

En efecto, Robles ya había ingresado a la embajada estadounidense. Pero no aquella noche, sino el lunes 3 por la mañana. Entró con toda su familia —su mujer, sus tres hijos hombres, su nuera y su nieta— empleando una cita para obtener visas, y una vez adentro solicitó asilo político. Como Estados Unidos no lo otorga, los norteamericanos obtuvieron que Argentina lo concediera, y así fue como los Robles pudieron partir a Buenos Aires. Antes, el 5 de abril, la esposa de Robles, Nelly Montoya, leyó en conferencia de prensa una carta que su marido había enviado a Fujimori.

En La Fábrica se armó un alboroto mientras los jefes observaban la lectura de la carta por la televisión. Robles decía que Montesinos, desde el SIN, dirigía un destacamento de agentes del SIE responsable de las matanzas de Barrios Altos y La Cantuta. Aseguraba que el general Hermoza estaba de acuerdo y que era su cómplice.



## CAPÍTULO 17

# Muerte en el Pentagonito

En el otoño de 1993, el caso La Cantuta estaba en un punto muerto. La Comisión investigadora del Congreso encontró indicios que apuntaron a la responsabilidad del Ejército, pero no constituían pruebas. El principal testigo seguía siendo el general Rodolfo Robles, quien, exiliado en Buenos Aires, acusaba a Fujimori, Montesinos y Hermoza de dirigir no sólo los crímenes de La Cantuta y Barrios Altos, sino muchos otros más. Sus declaraciones tenían impacto político, mas no valor demostrativo: sabía de los hechos por terceros que no estaban dispuestos a declarar. Por su parte, la DINCOTE, que nada investigó en el caso Barrios Altos, tampoco aportó luces sobre las desapariciones de La Cantuta<sup>1</sup>. Judicialmente, mientras no aparecieran los cuerpos, era impracticable procesar a algún presunto asesino.

Pero el caso no estaba estancado. Operaba el tictac de algunas bombas, aunque el paso de los años no ha mostrado todo su complejo mecanismo. Una estalló el 8 de julio, cuando periodistas del semanario *Sí* anunciaron el hallazgo de restos humanos en los alrededores de Cieneguilla, cerca de Lima. Aunque no dijeron que eran de los secuestrados, la opinión pública lo creyó de inmediato.

La revista *Sí* poseía un mapa y huesos impregnados de tierra húmeda que permitieron el descubrimiento. Quince días antes, los periodistas Edmundo Cruz y José Arrieta pusieron este tesoro sobre el escritorio del subdirector de *Sí*, Santiago Pedraglio. Habían transcurrido seis meses desde que el semanario publicara la crónica sobre la matanza de Barrios Altos, y desde entonces no dejó de buscar. Pero en la oficina de Pedraglio no hubo euforia sino una agria discusión, que éste paró para llamar al director. Era la noche del 25 de junio.

---

<sup>1</sup> Desde fines de 1992 se llamaba Dirección Nacional Contra el Terrorismo (DDMCOTE). En enero de 1993 el general de la Policía Carlos Domínguez reemplazó en la dirección a Ketín Vidal. Provenía del SIN, naturalmente.

Ricardo Uceda recibió la llamada de Pedraglio en un hotel de Miami donde se desarrollaba una conferencia de periodistas.

—Hay un problema —dijo Pedraglio.

Era uno de los principales analistas políticos peruanos y —con su bigote entrecano y sus cuarenta y cinco años bien cuidados— un zorro viejo en crisis internas. De joven fue a estudiar cine en París, pero después de Mayo del 68 se graduó de sociólogo en la Sorbona, y más tarde, haciendo distintivos un razonado discurso y maneras propias, fue dirigente nacional de dos partidos revolucionarios. Es singular que su fama de hombre de criterio haya crecido en aquellas filas ululantes.

Así pues, si Pedraglio anunciaba un problema, lo había.

—Tenemos una delicada división de opiniones aquí —dijo—. Parece que encontramos las evidencias del caso La Cantuta. Cruz y Arrieta tienen huesos de los cadáveres y un plano para hallar los cuerpos en las afueras de Lima. El problema es que exigen anunciarlo en la edición que estamos cerrando, porque de lo contrario la fuente que entregó el material pide que le sea devuelto.

Pedraglio dijo que Arrieta y Cruz pusieron el grito en el cielo cuando no autorizar la publicación.

—Presumamos que hago la carátula esta noche y que mañana, siguiendo el mapa, llegamos al lugar donde supuestamente hay cadáveres. ¿Vamos a desenterrarlos? Eso es ilegal. Y si no lo hacemos, ¿vamos a decir que son los de La Cantuta? No nos consta. Por otra parte, si damos una versión a medias, perdemos fuerza y crédito<sup>2</sup>.

—Lo que me desconcierta es el mapa —dijo Uceda—. ¿Por qué daría una fuente un mapa si no vamos a encontrar nada? Por otro lado, ¿por qué no espera un poco? ¿Nos puede esperar una semana?

—Creo que no. Se corre el riesgo de que el material termine en otro medio. Necesito tu opinión, porque podemos acabar peleándonos.

Un momento antes de la llamada, Arrieta había abandonado la sala donde discutía con Pedraglio. Antes dijo que por su cuenta denunciaría públicamente los hechos si la revista no lo hacía.

La perspectiva de perder la evidencia constituía el principal problema. Era humillante devolverlo, y un periodista podía considerar la renuncia antes de desprenderse de la primicia. Sin embargo, Uceda respaldó a Pedraglio:

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Uceda—. Las comprobaciones demorarán. Tendremos que convencer a Edmundo y a Pepe para que le tuerzan el brazo a la fuente. ¿Conseguirás persuadirlos?

<sup>2</sup> La carátula de *Sí* se elaboraba la noche del viernes y la sección de actualidad concluía el sábado. Durante este último día todavía se buscaba información.

—Voy a intentarlo —dijo Pedraglio.

El material lo obtuvo Edmundo Cruz de una de sus fuentes. Le hizo prometer que *Sí* jamás revelaría su nombre y le pidió publicar con urgencia. Cruz entendió la necesidad de realizar comprobaciones y convino con Pedraglio en pedirle paciencia. En cambio Arrieta se mantuvo en sus trece, aunque poco podía hacer: no tenía relación con el informante. De todos modos decidió mantener la postura de que actuaría por su cuenta si la revista no publicaba su descubrimiento.

Edmundo Cruz, de cincuenta y seis años, era el principal investigador de *Sí*. Cubría fuentes militares, un área primordial tratándose del gobierno de Fujimori. Al lado de su olfato lucía una minuciosidad casi patológica. Por estos atributos —delante de los cuales había otro: que era un hombre íntegro—, Uceda lo convenció de que abandonara el periodismo institucional al que se hallaba dedicado para que en *Sí* escribiera sobre asuntos de seguridad. En 1993 ya era uno de los periodistas con mejores fuentes en el Pentagonito. Aunque no fue allí donde obtuvo el mapa y los huesos que terminaron en la mesa de Pedraglio.

El material se lo entregó una prominente figura política. Tenía un motivo particular, una responsabilidad que le atañía. Un retraso en la publicación le preocupaba, pero en el fondo confiaba en Cruz y en *Sí*. El periodista volvió a buscarlo la noche misma del 25 de junio, después de hablar con Pedraglio. La fuente encontró razonable que la revista deseara tomar medidas previas para garantizar el impacto.

—Esperaré —le contestó—. Confío en ustedes

El mayor tiempo fue bien aprovechado. En el lugar señalado por el mapa, una zona de cerrillos donde uno podía cavar varios días inútilmente, Elias Mujica, un reputado arqueólogo amigo de Uceda, dio con la ubicación exacta de las fosas al observar los matices de color de la tierra, sin manipular el terreno. Una junta de abogados— José Ugaz, Carlos Chipoco y César Azabache— diseñó la estrategia legal. Médicos legistas examinaron los huesos tras una mínima excavación prejudicial. Dirigentes de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos trabajaron en las repercusiones. El día señalado todo funcionó para que la judicialización fuera irreversible. Era fiscal de turno Víctor Cubas, quien el año anterior se habría negado a acusar al director de *Sí* por la publicación del caso Barrios Altos. Aunque no estaba advertido, no fue casualidad que precisamente él recibiera una carta de la revista pidiéndole verificar el hallazgo. En otro día y con otro fiscal, la historia habría sido distinta.

La tarde del 8 de julio, en su despacho, el coronel Enrique Oliveros se alarmó cuando vio la noticia en un *flash* de la televisión. Ante una multitud de periodistas y convocado por el director de la revista *Sí*, el fiscal Víctor

Cubas se disponía a desenterrar unos restos humanos en el camino a Cieneguilla. Al lugar llegaban políticos, magistrados y defensores de derechos humanos. El comentario común era que allí habían sido sepultados los desaparecidos de La Cantuta.

El jefe del SIE llamó al comandante Hernán Sánchez Valdivia, jefe del PIL, donde trabajaba Jesús Sosa, y le pidió que éste fuera a verlo. Oliveros hablaba por el videoteléfono con el general Hermoza cuando el agente entró en su oficina. Cuando concluyó le preguntó a Sosa si los cadáveres que descubrió Sí" eran de los desaparecidos de La Cantuta.

—No, nada que ver —dijo Sosa, quien estaba seguro de que los cuerpos continuaban enterrados cerca del polígono de tiro de Huachipa.

—¿O sea que si el general Hermoza me pregunta yo puedo decirle no, nada que ver?

—Puede asegurárselo, mi coronel —dijo Sosa.

Oliveros le pidió al agente espiar en el terreno. Sosa obedeció y, una vez allí, observó atentamente, confundido entre los mirones. Vio que de tres lugares distintos los fiscales desenterraban cajas de cartón que contenían huesos renegridos. Le pareció que todos aquellos restos no completaban el esqueleto de una persona. Llamó al coronel:

—No hay de qué preocuparse —le dijo—. Es una falsa alarma.

Sosa no estaba enterado, y Oliveros tampoco, de que el comandante general había dispuesto desaparecer los cadáveres de La Cantuta luego de que Henry Pease denunciara los asesinatos en el Congreso. Le asaltó el temor de que los informantes del parlamentario conocieran el lugar exacto donde fueron enterrados los estudiantes y quiso actuar de inmediato. Hermoza le dio la orden al general Jorge Nadal, director de la DINTE<sup>3</sup>, y Nadal le comisionó la tarea a un piquete de los antiguos miembros del Grupo Colina. Los comisionados contaron haber cumplido el trabajo y Nadal se quedó tranquilo. Pero no dijeron toda la verdad. En realidad sólo desenterraron algunos cuerpos, y cuando aplicaron fuego a los cadáveres éstos no desaparecieron completamente. Como siempre, se les acabó la noche. En la madrugada enterraron lo que quedó, huesos chamuscados, en la carretera a Cieneguilla. En el Pentagonito dijeron que la misión estaba cumplida y nada más<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Remplazó a Willy Chirinos desde el 1<sup>o</sup> de enero de 1993.

<sup>4</sup> En el archivo de esta investigación existe un testimonio grabado de un agente que conformó dicho piquete. De acuerdo con su versión, el general Nadal le dio el encargo al mayor Martín, quien convocó a unos diez integrantes del antiguo destacamento. Actuaron de noche. Martín no pudo ir porque estaba enfermo, y dirigió Pichilingue. No alcanzaron a desenterrar todos los cadáveres ni a quemarlos completamente. Les prendieron fuego uno por uno en un cilindro que habían llevado de la Villa Militar, pero fueron insuficientes el cilindro y la gasolina, hasta el punto de que pasada la

El descubrimiento de las fosas representaba un problema de difícil manejo para Fujimori, Hermoza y Montesinos. Hermoza era el más expuesto de los tres, aunque el control del Congreso y de la administración de justicia por parte del régimen parecía bastante confiable. Montesinos, como operador, debía encontrar una fórmula. La solución óptima garantizaría que ningún miembro del Grupo Colina fuera procesado por la justicia ordinaria. Al mismo tiempo esta salida debía ser viable políticamente. Sin embargo, era imposible arrebatarse el caso al fiscal Cubas, o al juez que asumiera el caso, sin violar brutalmente el orden jurídico. Desde luego, habría jueces que aceptarían hacerlo. Pero el precio político podía ser muy alto.

Aunque la opinión pública apoyaba la dureza de Fujimori frente a Sendero Luminoso, le irritaba enormemente el obscuro encubrimiento de las desapariciones de La Cantuta, que los restos de Cieneguilla harían más ostensible. En el extranjero el descrédito no iba a ser menor. Por pura casualidad, los desentierros se produjeron cuando visitaba Lima Peter Archard, el jefe para América Latina de Amnistía Internacional, y podía preverse —como ocurrió, en efecto— que este personaje influiría en la repercusión mundial del macabro hallazgo.

El Congreso, por unanimidad, pidió investigar los hechos. Fue una simulada rectitud por parte de la mayoría oficialista, hasta que Montesinos decidiera cómo darle la vuelta al problema. Fujimori guardó silencio. Mientras tanto, en el despacho de Víctor Cubas empezaban a hacerse jornadas de dieciocho horas. En aquel momento otras dos oficinas parecían trabajar tanto como la del fiscal: las del SIN y las de la revista *Sí*.

Mientras tanto, el Ejército seguía capturando y asesinando supuestos terroristas, como se describirá por primera vez en este capítulo<sup>5</sup>. Serían ejecutados en el Pentagonito y cremados en el mismo horno que devoró al espía ecuatoriano. Por ejemplo, sólo dos días antes del descubrimiento de las fosas de Cieneguilla, Jesús Sosa andaba ocupado con el panadero Justiniano Najarro Rúa, natural de Ayacucho, un supuesto senderista a quien debía raptar por orden del SIE. Como sabemos, el agente se hallaba desvinculado de sus antiguos compañeros, de quienes sabía por versiones indirectas o cuando se encontraba con alguno de ellos en los pasillos de La Fábrica. Con Martín no hablaba desde julio del año anterior. Después de su entrevista con Oliveros, cuando supo que los muertos de Cieneguilla efectivamente correspondían a los desaparecidos de La Cantuta, halló otra

---

medianoche tuvieron que ir a comprar más combustible en un grifo de la avenida Grau. Luego fueron a las inmediaciones de Cieneguilla para enterrar los restos en cajas de cartón. El general en retiro Jorge Nadal no pudo ser entrevistado para este libro.

<sup>5</sup> Las investigaciones judiciales sobre asesinatos del SIE sólo han cubierto las actividades del Grupo Colina, entre noviembre de 1991 y julio de 1992.

nueva ocasión para despotricar contra el mayor, aunque esta vez a solas, sin testigos. El sabía que el desentierro de cadáveres era una operación en extremo esforzada, lo mismo que su desintegración. Se luchaba no sólo contra el tiempo sino contra el nerviosismo, la pestilencia, la difícil combustión de los cuerpos. Por eso había que planificar bien las cosas y usar un combustible apropiado, lo que seguramente —adivinó— no hicieron Martín o Pichilingue. Con Enrique Oliveros, el nuevo jefe del SIE, no venía al caso comentar estos asuntos, ni con su superior inmediato, el comandante Sánchez Valdivia. Sosa rumiaba en soledad, mientras cumplía los menesteres que lo ocupaban como AIO del PIL. Allí no le faltaba trabajo. Siempre había verificaciones, seguimientos. De cuando en cuando, un secuestro.

A Najarro Rúa, de cincuenta años, La Fábrica lo responsabilizaba de la muerte de Manuel Meléndez Rojas, un suboficial de inteligencia del Ejército baleado el 30 de marzo en el distrito de San Juan de Miraflores<sup>6</sup>. Murió a los pocos minutos de hacer compras en la panadería del ayacuchano. Meléndez era amigo de una de las hijas de Najarro, y según el SIE, el padre encargó su asesinato a militantes senderistas. La base de esta presunción fueron imprecisas versiones de allegados de la víctima en el sentido de que recibió amenazas en la panadería<sup>7</sup>. Pero principalmente importaron los antecedentes de Najarro.

En Ayacucho, a comienzos de los setenta, había sido profesor de filosofía en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Fue discípulo de Abimael Guzmán en las aulas y, según los archivos del sm, también en el partido. En 1984 se vino a vivir a Lima con su mujer, sus cinco hijos, sus padres y tres de sus cuatro hermanos menores, con la idea de mantenerlos a todos haciendo panes en El Agustino. Ese año fue acusado de terrorismo por uno de sus vecinos, y habitó Lurigancho hasta su absolución en 1986. En prisión actuaba como sendensta, de acuerdo con fuentes del partido, pero varios miembros de su familia entrevistados para este libro aseguraron que nunca militó. Salió en libertad pocos días antes de la matanza de los penales y desde entonces llevó una vida pública como panadero, aparentemente desatendido por la Policía. El sm, sin embargo, lo consideraba nada menos que un *iniciador* al que se le había perdido la pista<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Meléndez se hacía pasar por policía y así lo presentó la prensa cuando dio la noticia de su asesinato.

<sup>7</sup> Esto nunca fue demostrado por las investigaciones de la DINCOTE, que citó a Najarro luego del crimen. Cuando murió, Meléndez llevaba una bolsa de pan, pero no se comprobó que la hubiera comprado donde Najarro. Tras interrogarlo, la Policía le dijo al panadero que no se preocupara.

<sup>8</sup> Los *Iniciadores* son los senderistas que comenzaron la lucha armada en 1980.

La mañana del 6 de julio, Justiniano Najarro salió de su casa con rumbo desconocido. El sm lo supo por las agentes que lo vigilaban en su barrio, Iris Chumpitaz y Leonor La Rosa. Ambas fueron detrás de él, hasta el mercado de San Juan de Miradores, donde tomaron la posta dos agentes varones. Najarro hizo cobranzas en el mercado y regresó a su casa en microbús, seguido por los del SIE a bordo de un Volkswagen celeste. Lo vieron bajar en su paradero y seguir a pie rumbo a su casa. En el camino se encontró con un muchacho que empezó a marchar a su costado: su sobrino, Melitón Ochoa Medina, de catorce años. El Volkswagen los cerró, subiéndose a la vereda, bajaron los agentes con armas en la mano y los introdujeron en el auto. Najarro fue echado boca abajo en el piso trasero. Viajaron hacia el distrito de Monterrico por la avenida Panamericana, seguidos a corta distancia por un Toyota celeste. El primer vehículo era conducido por Jesús Sosa; el segundo, por el comandante Hernán Sánchez Valdivia, jefe del PIL. Ambos ingresaron al Pentagonito por la puerta 3.

Najarro jamás salió de La Fábrica. El muchacho reapareció al día siguiente en Miraflores. Dijo que estuvo encerrado en un lugar desconocido, desde donde escuchó gritar a su tío, no lejos de allí<sup>9</sup>.

El lunes 12 de julio la edición 332 de la revista *Sí* salió a las calles con la historia de las fosas de Cieneguilla. El mapa aparecía reproducido casi en su totalidad<sup>10</sup>, y esa tarde su original fue entregado al fiscal Cubas junto con los huesos que lo acompañaron. La edición se agotó en veinticuatro horas, mientras en los medios políticos no se hablaba de otra cosa. El tema cobró mayor relieve al día siguiente, cuando la Policía convocó a una conferencia de prensa para decir que la denuncia era una farsa montada por Sendero Luminoso.

El 10 de julio, la DINCOTE allanó un taller clandestino del periódico senderista *El Diario*, y arrestó a siete personas. Adentro halló un mapa similar al que Ricardo Uceda mostró durante el descubrimiento de las fosas. *El Diario* iba a publicar la denuncia al mismo tiempo que *Sí*, pero el allanamiento de su local lo impidió. La Policía culpó a la revista de participar en una campaña del terrorismo para desprestigiar al gobierno.

---

<sup>9</sup> Según una fuente de este capítulo, el muchacho estuvo en el sótano del SIE2, separado de Najarro.

<sup>10</sup> El llamado mapa era un croquis para llegar al lugar de las fosas hecho sobre un papel cometa de 61 por 42 centímetros. Con letra rudimentaria se escribió este mensaje: «Este plano es para la opinión pública de la desaparición de los alumnos y el profesor de La Cantuta. Aquí están los alumnos enterrados por los militares. Hace un mes que están enterrados, quemados, en cajas de cartón. Este es el plano por el cual van a descubrir estas tumbas clandestinas; para mayor evidencia y prueba les enviamos el hueso de la cadera y pedazos de carne humana quemados, que han sido quemados primero en el cuartel. Recién nos hemos decidido a ponerlo en conocimiento porque teníamos miedo de nuestras vidas, pero Dios nos protege y los buenos hombres».

El mapa senderista fue exhibido en la conferencia de prensa. Era similar al de *Sí*, aunque más pequeño y con algunas diferencias importantes en sus textos. Por ejemplo, el presentado por la Policía estaba dirigido al congresista Roger Cáceres Velásquez, presidente de la comisión investigadora de las desapariciones de La Cantuta. El otro se ofrecía, genéricamente, «a la opinión pública»<sup>11</sup>

La presentación sorprendió mucho a los periodistas investigadores. ¿Quién había sido el autor intelectual del mapa? ¿Quién dibujó la versión original? El verdadero enigma no era la actitud de la Policía antiterrorista, al fin y al cabo subordinada al SIN, sino el hecho de que tuviera en sus manos un mapa semejante al de *Sí*.

Una posibilidad era que la DINCOTE hubiera hecho una copia a partir del mapa publicado por la revista. Otra, qué el fiscal Cubas fuera un colaborador del SIN. Recibió el mapa el lunes: ese mismo día pudo entregárselo a la Policía. O también podía haber ocurrido que Cubas estuviera al margen y que agentes de la DINCOTE, actuando a sus espaldas, penetraran en el lugar donde guardó las evidencias. La noche del martes los editores de *Sí* se entregaron a todo tipo de especulaciones.

Consideraron una cuarta posibilidad: que la información policial fuera básicamente cierta. Esto es, que los senderistas obtuvieron el mapa al mismo tiempo que *Sí*. O que ellos mismos lo confeccionaron y lo hicieron llegar luego a la revista. Esta idea no avanzó mucho, porque los periodistas no tuvieron ningún contacto con informantes clandestinos. La fuente que entregó el mapa pertenecía al país legal, y más concretamente a la clase política vilipendiada por la subversión maoísta.

Por entonces sólo Cruz, Arrieta y Uceda conocían la identidad del informante. El día de su discusión, Cruz y Arrieta no le revelaron a Pedraglio quién era la fuente, y éste tampoco les exigió el nombre. No necesariamente un editor pide saber el nombre de un informante que desea el anonimato. Algunas fuentes esperan del periodista con quien tratan no ser descubiertas ante sus jefes, pues recelan de quien está más arriba, o de la organización, o simplemente no confían en alguien que no conocen. Hay periodistas que se llevan consigo a sus informantes cuando cambian de puesto, ya que piensan que les pertenecen más a ellos que a las publicaciones.

Aun así, es posible que en la mayoría de los casos la identidad de la fuente sea revelada al editor por el reportero; en la medida de que el campo de supervisión de un editor incluye lo ético, el jefe *debe ser confiable*, y estar tanto o más interesado que el reportero en proteger a las fuentes. Por otro lado, si quien autoriza una información relevante no conoce qué tipo

---

<sup>11</sup> Por lo demás, el mapa de *Sí* indicaba, con caligrafía torpe y semianalfabeta, que había pisadas de militares en las inmediaciones de las fosas.



de fuente la avala, tendrá mayores prevenciones para publicarla. En el caso de *Sí*, era improbable que el director se lanzara al ruedo sin saber quién lo estaba empujando. Pero la fuente que entregó el mapa había autorizado a Cruz a revelar su identidad a Uceda, al que conocía personalmente.

Esta fuente, sin embargo, no le contó a la revista cómo obtuvo el documento y los huesos. ¿Se los entregó Sendero Luminoso?

A la 1:30 de la madrugada del 22 de julio, un policía bajó al sótano de la DINCOTE donde estaban los supuestos senderistas detenidos en el allanamiento al local de *El Diario*. Tras firmar una papeleta al carcelero, sacó de su celda a uno de ellos, un corpulento hombre de estatura mediana. Era el taxista Juan Mallea Tomailla, de treinta y cuatro años. El 25, cumplido el plazo legal de quince días que la Policía tenía para investigarlo, Mallea debía salir en libertad o ser acusado ante un juez. Hasta ese momento no existía ninguna evidencia que lo inculpara.

La madrugada del 10 de julio, uno de sus vecinos, Juan Jara Berrospi, tocó a la puerta de su casa, en el distrito de Comas, para pedirle un servicio de taxi. Mallea accedió. Jara subió a su Toyota verde y le indicó una dirección cercana a la plaza del distrito. Bajó frente a una casa de dos pisos, en el número 492 de la calle Los Pinos. Jara tocó la puerta, y del interior salieron unos hombres armados. Eran policías del Grupo Especial de Inteligencia (GEIN) en posesión del inmueble donde se editaba *El Diario*. Adentro había varias personas detenidas. Jara y Mallea fueron también capturados y llevados a la DINCOTE.

Según la Policía, Jara tenía en su poder un plano de las fosas de Cieneguilla y fotografías de la huella de una posible bota militar en las inmediaciones. Mallea no traía consigo nada comprometedor. El taxista recibió poca atención en los interrogatorios. Lo sacaron de su celda en un par de oportunidades para preguntarle qué relación tenía con los senderistas y con su periódico. Respondió que sus únicas actividades eran trabajar como taxista y atender un puesto de venta en el mercado de Polvos Azules. Además, pertenecía a la iglesia evangélica Alianza Cristiana y Misionera. Era enemigo de todo tipo de violencia, lo cual podía comprobarse fácilmente.

En la madrugada del 22, el interrogatorio no iba a ser superficial. Esposado con las manos hacia atrás, y con la cabeza cubierta por una capucha, Mallea fue metido en un auto por el agente que lo sacó de la DINCOTE. El coche circuló unos cinco minutos por las calles e ingresó a otro local. El policía bajó a Mallea y lo condujo a un ascensor que subió varios pisos. El taxista supuso, y después lo comprobó, que se hallaba en el edificio principal de la Policía Nacional, situado en la avenida España, al frente de la DINCOTE. El policía lo introdujo en una pieza y lo mantuvo de pie. Entonces comenzó a golpearlo.

Mallca dijo para este libro que las torturas empezaron a las dos de la mañana y terminaron cuando ya era de día. Al cabo de la primera hora participó un segundo policía. Le propinaron puñetazos y patadas, que él recibía de pie o tirado en el piso, cuando se desplomaba. Las preguntas inquirían por sus vinculaciones senderistas. Partían de la premisa de que él era el autor del mapa, pues, según le decían, los grafólogos de la Policía lo aseguraron luego de examinar su escritura.

El les respondía que no era terrorista sino todo lo contrario: un ferviente evangélico. Un golpe en el rostro hizo que la capucha se le cayera, y antes de que se la pusieran de nuevo pudo ver las caras de sus agresores<sup>12</sup>. También reconoció las oficinas. Había perdido dos dientes y tenía una costilla rota.

Al día siguiente fue presentado públicamente en traje a rayas, como se estilaba vestir a los subversivos capturados desde 1992. En una conferencia de prensa la Policía dijo que él era el senderista que había elaborado el mapa de las fosas de Cieneguilla.

Justiniano Najarro fue interrogado durante diez días en el sótano del SIE. Según una fuente, habló poco de las actividades de Sendero

Luminoso en Lima y más sobre lo que sabía de Ayacucho. Pese a los golpes y las ofertas de beneficios que se mencionan en las torturas, no aceptó responsabilidad en la muerte de Meléndez. Cuando ya no interesó, Oliveros dio la orden de matarlo.

El método fue parecido al que se empleó para eliminar a Duchicela. Un paseo vendado por el sótano del SIE<sup>2</sup>, un balazo a quemarropa. La desaparición del cadáver tuvo las mismas características: leños aderezados en el horno del Pentagonito, desintegración a fuego lento. El agente a quien le comisionaron el trabajo también fue el mismo.

Luego de la presentación pública de la DINCOTE, la revista *Si* estuvo ante varias preguntas sin respuesta, la primera referida a la acusación que la Policía hizo al taxista. Sin embargo, fue muy fácil comprobar que era inocente. La esposa de Mallea, María Cristina Miranda, entregó para la investigación periodística manuscritos espontáneos del detenido. Un perito grafotécnico aseguró que su letra no era la que aparecía en el mapa de *Si* ni en el que mostró la DINCOTE. Los textos de ambos documentos habían sido escritos por personas distintas.

Por otra parte, el taxista llevaba una vida religiosa incompatible con cualquier forma de materialismo marxista. Llevaba más de quince años en

<sup>12</sup> Cuando era sacado de su celda, Mallea pudo ver que el policía que firmaba la papeleta de salida se registró como «Bonilla», y puso su grado: capitán. Cuando lo vio mientras era torturado descubrió que era moreno, medio calvo y medianamente robusto. El otro, delgado y de pelo lacio. Hasta ahora no los ha identificado.

la Alianza Cristiana y Misionera, con sede en Estados Unidos, una de las comunidades más odiadas por Sendero Luminoso<sup>13</sup>. La DINCOTE podía comprobar todo esto mejor que nadie porque su director, Carlos Domínguez, pertenecía, oh sorpresa, a la misma iglesia del acusado.

Confirmada la hipótesis de que la DINCOTE mentía al acusar a Mallea, faltaba saber si era cierto que les había encontrado un mapa a los senderistas. Al respecto, el examen grafotécnico encargado por *Sí* llegó a una conclusión inesperada. El mapa senderista no había sido elaborado a partir del que tenía la revista, como presumían los periodistas, sino al revés: el documento que recibió de su fuente Edmundo Cruz era una copia del que exhibió la Policía. El perito explicó convincentemente la forma en que fue calcado. Esto demostraba que el hallazgo del allanamiento policial era auténtico, y revalorizaba el detalle de que los mapas tenían diferentes destinatarios: el de *Sí*, «la opinión pública», y el de *El Diario*, el congresista Roger Cáceres. Quienquiera que hubiera sido el que les entregó el documento a los senderistas, antes pensó en enviárselo al presidente de la comisión investigadora de las desapariciones de La Cantuta. Tal vez ya lo había hecho.

¿Era importante este dato? Para los periodistas tenía enorme significado, pues no otro que Roger Cáceres era la misteriosa fuente que entregó el mapa y los huesos al semanario *Sí*.

Cuando Roger Cáceres Velásquez recibió un mapa con indicaciones para descubrir las fosas donde estaban enterrados los estudiantes de La Cantuta, finalizaba su labor como presidente de la comisión investigadora de sus desapariciones. Tanto la mayoría opositora, que Cáceres integraba, como la minoría oficialista, se hallaban en la fase de redacción de sus respectivas conclusiones. Cáceres creía que el mapa, que vino con los consabidos huesos, constituía una pista importantísima, pero también estaba convencido de que su comisión sería inoperante. Se le había vencido el plazo y tendría un limitado control de las diligencias verificadoras, pues para los desentierros debería recurrir al ministerio público, controlado por Montesinos. ¿Y si, por otra parte, la pista era falsa? Pensó que la prensa independiente podía cumplir un papel más efectivo.

Por eso llamó a Edmundo Cruz a mediados de junio. Durante dos semanas sostuvieron tres reuniones. En la primera lo tanteó, en la segunda le entregó los huesos y en la siguiente, el mapa. La tercera conversación se produjo el 25 de junio, un día después de que las dos facciones de la comisión entregaran sus conclusiones<sup>14</sup>. Cruz acudió con Arrieta, pero

<sup>13</sup> Declaraciones de Julio Rosas, presidente del Concilio Nacional Evangélico, en *Sí* N° 334. Según la fuente, hasta 1992 Sendero Luminoso asesinó a 446 evangélicos, principalmente en las provincias peruanas.

<sup>14</sup> La mayoría encontraba indicios de responsabilidad en el Ejército y la minoría no señaló a ningún responsable. Además, exculpó a Hernoza y a Montesinos.

Cáceres quiso hablar únicamente con el primero.

Cuando Cruz salió, le contó lo acontecido a su compañero, y ambos fueron a *Sí* para hablar con el subdirector, Santiago Pedraglio.

Ante la negativa de Pedraglio a publicar la información de inmediato, Cruz volvió a hablar con Cáceres. Nuevamente lo acompañó Arrieta y, como en la última ocasión, éste se quedó afuera. Una de las expectativas de Cáceres era que el descubrimiento de las fosas otorgara una mayor fuerza al informe de su comisión, que iba a ser desestimado por la asamblea oficialista del Congreso. El propósito de Cruz era decirle que esperara un poco hasta que *Sí* documentara bien la denuncia. Además, debía hacerle una consulta de último minuto, porque José Arrieta continuaba presionando para que la existencia del mapa y los huesos se divulgara de una vez.

Arrieta le propuso a Cruz que, dado que *Sino* había publicado los materiales ni se sabía cuándo lo haría, ambos rompieran su compromiso de lealtad con la revista y los entregaran al Congreso para que los investigara. Anunció que lo haría él por su cuenta si Cruz no aceptaba. Eran sus fuentes, dijo, quienes realmente le proporcionaron el mapa a Cáceres, quien no quiso cargar con la denuncia y lo derivó a la revista. Estas fuentes le aseguraban que si la publicidad no se hacía de inmediato el Ejército tomaría el control de las fosas, pues a los periodistas de *Sí* los estaban siguiendo e interceptando telefónicamente. El SIE les ganaría por puesta de mano.

Arrieta contaba treinta y dos años, los cuatro últimos ejerciendo periodismo. Había establecido una productiva red de informantes en la DINCOTE, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Antes, como asistente administrativo de la redacción, brindaba apoyo logístico a los reporteros, y lo hacía tan bien que llegaba a convencer fuentes y a obtener noticias. Era más perspicaz y obsesivo que varios de ellos, y como Uceda no creía necesariamente en los periodistas hechos en escuela, lo probó en la cobertura policial. Resultó un excelente informador, aunque nunca llegaría a escribir sus propias notas.

Sin referirle el diferendo con su colega, Cruz le preguntó a Cáceres qué opinaba sobre la posibilidad de entregar las pistas de los restos de La Cantuta a la presidencia del Congreso.

Cáceres respondió rotundamente. «Sería echar a perder todo —dijo—. Este Congreso voltearía las cosas y habríamos trabajado para los asesinos».

Con esta respuesta Cruz encaró definitivamente a Arrieta, quien ya no insistió. Aún quedó en el aire el asunto de qué fuentes le habían entregado los huesos y el mapa a Cáceres Velásquez. En ese momento, Cruz pensaba, como todos, que estas fuentes eran militares. Pero ya no pensó lo mismo cuando la revista analizó el mapa que la Policía encontró a Sendero Luminoso. Si los que hicieron el mapa pertenecían al Ejército, ya fueran o no fuentes de Arrieta, ¿cómo llegó a un local de Sendero Luminoso? ¿Los

senderistas lo tuvieron antes o después de Cáceres Velásquez? Cruz volvió a hablar con el congresista, para saber lo que pensaba del mapa mostrado por la Policía. Cáceres mantuvo la versión de que su mapa le vino en un sobre dejado en la mesa de partes del Congreso.

El enigma creció cuando fueron llegando más informaciones sobre los detenidos en el allanamiento a *El Diario*. Entre ellos figuraba un agente del SIE, Hans Ibarra, de la promoción 1976 de la Escuela de Inteligencia. ¿Qué hacía La Fábrica metida allí? Una probabilidad era que Ibarra fuera un senderista. Pero no fue presentado públicamente como tal ni su captura informada a la prensa. Tampoco se quedó detenido. La DINCOTE lo dejó en libertad. Si era inocente, ¿por qué lo capturó? ¿Era un infiltrado de la inteligencia militar?

La intervención de Ibarra alentó una nueva hipótesis: que el SIE sembró el mapa en un local senderista. Esta hipótesis no aclaraba cómo el Ejército pudo tener un mapa del cual se hizo una copia para *Sí*. Algo no cuadraba. Tal vez era cierto que las fuentes de Arrieta, las agentes de inteligencia que veía, tenían mucho que ver con el descubrimiento de las fosas.

En 1993, nuestro viejo conocido Miguel Ríos Sáenz comenzó a trabajar como colaborador externo en La Fábrica. En una demostración de pragmatismo, la inteligencia del Ejército dio empleo al personaje más conspicuo del llamado paramilitarismo de Mantilla contra el cual buscaba pruebas, y es posible que su primera contribución fuera precisamente sobre sus propias actividades durante el gobierno de García. Ríos tenía una buena relación con el que sería su contacto, el comandante José Hinojosa, jefe del SIE2 aquel año<sup>15</sup>. Se trataba de aprovechar la información que sobre Sendero Luminoso podía obtener el Chito, especialmente en las universidades. Para tal efecto, como antes lo hiciera para el general Edgar Luque, formó una red con fuentes apristas, y reconstruyó con relativa facilidad el cuadro de militantes y supuestos subversivos que necesitaba el SIE.

Ríos continuaba perteneciendo al APRA, pero los dirigentes negaban públicamente su militancia. No podía realizar vida partidaria y menos pública, porque el periodismo siempre objetaría lo que estuviera haciendo. Aunque no tenía causas penales en contra, estaba convencido de que lo esperaban varios años más de ostracismo, lo que dificultaba la obtención de un trabajo remunerado. Además, estaba sin seguridad, expuesto a cualquier venganza senderista. Un compromiso con el SIE resolvía rápidamente ambos problemas.

El trabajo de Ríos no se limitaba a dar información. En operaciones especiales, podía *centrar* a algún subversivo que hubiera que secuestrar. Él se limitaba a identificar y ubicar al objetivo, dejándolo listo para el seguimiento del SIE. LO que La Fábrica hiciera con el personaje ya no era

<sup>15</sup> En el 2004, el coronel José Hinojosa fue nombrado jefe del SIE

de su incumbencia.

Una de estas misiones se produjo el 5 de octubre de 1993. El objetivo fue el dirigente estudiantil de veintisiete años Martín Roca Casas, de la Universidad Técnica del Callao. Ese día, el Chito identificó a Roca en la puerta de la universidad, haciendo una seña al equipo del SIE que observaba, integrado por Jesús Sosa y otros agentes del PIL. Desde entonces seguirían al estudiante.

Cursaba el tercer año de economía y, al mismo tiempo, era obrero y vigilante en la fábrica de zapatillas Sinfín. Profesores entrevistados para este libro dijeron que era conocido como senderista en la facultad, pero tenía una conducta dialogante<sup>16</sup>. Esta cualidad también fue destacada por su padre, Javier Roca, un antiguo sindicalista fabril, quien dijo haber formado a su hijo en el respeto a los demás y a sus propios derechos.

El estudiante caminó siete cuadras hasta la avenida Colonial, donde tomó un microbús hacia su domicilio. Detrás de él subieron dos agentes del PIL. Cuando bajó, en la urbanización Medalla Milagrosa, sus perseguidores de a pie también descendieron, no sin antes avisar por radio a los militares que esperaban en las inmediaciones de su vivienda. Entre todos lo atacaron y lo metieron a un Toyota celeste del SIE. Algunos testigos presenciaron el secuestro, creyendo que era un atraco.

En el Pentagonito, Roca fue interrogado y ejecutado, y su cadáver pulverizado en el incinerador de La Fábrica. Su familia siempre atribuyó su desaparición a la Marina, porque estuvo detenido en la Base Naval del Callao a raíz de un incidente entre un agente de inteligencia y estudiantes de la UTC<sup>17</sup>. El propio Roca dijo que si algo malo le pasaba los causantes serían los marinos. Lo conocían bien, pero no eran los únicos.

El misterio del mapa se mantuvo campante mientras avanzaban las investigaciones de Víctor Cubas. Los restos eran de cinco personas fallecidas hacía menos de un año, quemadas con gasolina y queroseno cuando se hallaban en descomposición. Una diligencia pública demostró que tres llaves extraídas de las fosas pertenecían a dos desaparecidos de La Cantuta<sup>18</sup>. La más importante pista del fiscal era el maxilar superior de una joven de entre veinte y veinticinco años, presumiblemente Bertila Lozano. Estaba por demostrarlo cuando la revista *Sí* publicó otro hallazgo: el lugar

---

<sup>16</sup> Testimonios de Carlos Choquehuanca y de otro profesor que no quiso ser identificado.

<sup>17</sup> En una marcha, los estudiantes filmaron al agente de inteligencia naval, y la Marina pretendió recuperar la grabación por la fuerza. Roca estuvo en la manifestación.

<sup>18</sup> También se tomaron muestras de ADN de los huesos, pero había que analizarlas fuera del país. Fueron enviadas a Inglaterra en octubre de 1993, y los resultados recién llegaron en agosto del año siguiente, cuando los restos ya estaban identificados y el juicio había concluido en el fuero militar.

de los asesinatos, en la ruta a Huachipa. Ahora Cubas podía buscar los cuerpos que faltaban.

Esta vez hubo una llamada a la redacción. Desde dentro del Ejército alguien quería dar información. Hechas las coordinaciones, Cruz y Arrieta viajaron fuera de Lima y entrevistaron a la fuente. Nada menos que un miembro del Grupo Colina, que reveló el lugar exacto del entierro primario. La descripción fue publicada el 2 de noviembre.

Con los indicios, Cubas comenzó un extenuante proceso de excavaciones que duró más de un mes. Resultó que los restos pertenecían a por lo menos cinco de los diez desaparecidos. Fujimori no esperó más, y el 25 de noviembre dijo que había oficiales del Ejército en prisión por su presunta culpabilidad.

Fue un viraje en la actitud del gobierno, aunque inevitable por la calidad de las evidencias. A esas alturas, Fujimori estaba en mejor posición para asumir parte del costo político del Grupo Colina. El 31 de octubre una propuesta de Constitución había sido consultada a los peruanos, y los resultados iniciales indicaron una ligerísima ventaja del sí sobre el NO. Aprobarla era indispensable para el continuismo de Fujimori: las nuevas normas permitían *la reelección inmediata, prohibida antes. ¿Qué habría pasado si las fosas de Huachipa se descubrían antes del referéndum y no el 2 noviembre? Probablemente un mayor rechazo al sí. Aquel año el caso La Cantuta parecía ser lo único que afectaba la popularidad presidencial.*

El SIN diseñó un mecanismo de relojería para que la Corte Suprema enviara a la justicia militar el expediente que el fiscal documentaba. Los vocales cómplices ya estaban en sus puestos, pero tendrían que votar antes del fin de año, pues luego serían cambiados y decidirían otros, tal vez correctamente<sup>19</sup>. Para comenzar, Montesinos hizo sacar de escena a la jueza que recibiría la denuncia del fiscal, Carmen Rojjasi, y la reemplazó con un magistrado advenedizo de su entera confianza.

Magno Chacón conocía a Montesinos desde 1985, cuando ambos defendían narcotraficantes de la banda de Reynaldo Rodríguez López. En 1993 era un fujimorista disponible cuando Montesinos lo hizo nombrar juez del Decimosexto Juzgado Penal para suplantarlo a la jueza del caso La Cantuta<sup>20</sup>. Chacón sólo tenía que sentarse a esperar la denuncia que le llevaría el fiscal Víctor Cubas. Debía abrir instrucción de inmediato —acusando a quien quisiera, no importaba— y avisar por lo bajo al fuero militar, que en el minuto siguiente solicitaría una contienda de

---

<sup>19</sup> Si la definición ocurría en 1994, el caso lo resolverían nuevos miembros en la Sala Suprema en lo Penal. Sus votos no estarían seguros. El pleno de 1993, en cambio, era manejado por Montesinos.

<sup>20</sup> La jueza Carmen Rojjasi fue designada por el poder judicial para seguir un curso de computación repentinamente donado por el Ministerio del Interior, donde era viceministro Edgar Solís, otro de los operadores de Montesinos y amigo de Chacón.

competencia. Se la pediría a él, que era el juez del caso. Pero el fiscal debía entregar su informe cuanto antes, porque la base del éxito estaba en la prontitud. Y el fiscal, llegado el momento, se demoró una eternidad<sup>21</sup>.

Cubas recién concluyó su trabajo el 16 de diciembre. Ese día fue personalmente hasta el despacho de Chacón y le entregó una acusación por secuestro, desaparición forzada y asesinato contra once militares supuestamente responsables de las muertes de La Cantuta. El juez iba a necesitar varios días para leer los 2.500 folios de diligencias y pruebas científicas especiales que le entregó. Incluso si el Ejército pedía contienda de competencia de inmediato, era prácticamente imposible que la Corte Suprema resolviera antes de fin de año.

Pero el juez Chacón no pensaba lo mismo, y desde entonces inició una veloz y desesperada carrera contra el tiempo.

El 16 de diciembre, el mismo día que el fiscal Víctor Cubas lo acusaba por asesinato, Jesús Sosa ejecutaba la orden del SIE de secuestrar a Kenneth Anzualdo, de la Universidad Técnica del Callao. Anzualdo había estado detenido por presuntas actividades terroristas en 1991, pero fue liberado por falta de pruebas. No era dirigente estudiantil. Seis meses atrás se ofreció como testigo de la desaparición de Roca, hecho que según su familia causó su desgracia.

Al salir de clases, el estudiante abordó un microbús de la línea 19, de la ruta La Perla-Callao. Lo siguieron tres agentes del SIE, dos mujeres y un hombre, como si fueran pasajeros. Más adelante subieron Jesús Sosa y otro AIO, simulando ser policías que perseguían al autor de un robo. Pidieron documentos personales a los pocos pasajeros que viajaban sentados. Éstos los entregaron, y Sosa rápidamente escogió a tres personas para llevarlas detenidas: los agentes, que no ofrecieron resistencia. «Tú también», dijo luego, dirigiéndose a Anzualdo. Todos bajaron en la avenida Santa Rosa. Un taxi se les acercó a las inmediaciones y lo tomaron: Sosa le dijo claramente que los llevara a la comisaría de La Perla. Era un Volkswagen rojo del SIE, guiado por el capitán Velarde<sup>22</sup>. Hasta aquí, Anzualdo actuaba muy dócilmente, pues creía estar con varios detenidos y en una situación inofensiva. Empezó a sospechar cuando el auto se demoraba en llegar, pero ya era tarde. Viajaba en el asiento de atrás, primero en las rodillas de los

---

<sup>21</sup> A fines de noviembre, la fiscal de la nación, Blanca Nélica Colán, llamó a Cubas y le pidió que remitiera cuanto antes su denuncia al juez. Como siguió investigando, la Junta de Fiscales Supremos emitió una resolución urgente —entregada en su casa una medianoche— ordenándole denunciar de inmediato. En fin, el propio presidente de la Corte Suprema, Luis Serpa, un incondicional del régimen, llamó a Cubas para decirle que el juzgado estaba esperando la denuncia. ¿Por qué no la enviaba?

<sup>22</sup> Su seudónimo en el PIL.



falsos pasajeros —todos habían entrado como sardinas en el pequeño vehículo— y después en el piso, cuando se identificaron, lo redujeron y le pusieron una capucha. Así entró el secuestrado al Pentagonito, para no salir jamás.

Aunque la ley le daba quince días de plazo para estudiar la denuncia del fiscal, el juez Chacón jamás leyó el expediente que le fue entregado por el fiscal Cubas. En menos de veinticuatro horas abrió instrucción, acusando a los militares mencionados. Y el mismo 17 de diciembre, ¡a la misma hora!, el Consejo Supremo de Justicia Militar reclamó el caso. Dos horas y media más tarde, Chacón envió los papeles de la contienda de competencia al fiscal, para que opinara. En su apresuramiento omitió tipificar los delitos, sustentar los mandatos de detención, especificar las diligencias que debían realizarse.

Además, olvidó lo fundamental: la resolución del auto de apertura de instrucción. El fiscal devolvió el expediente.

Era 21 de diciembre, y Chacón reaccionó como un tenista. A las pocas horas de haberle sido devuelto el cuadernillo, lo completó con el *auto apertorio* de instrucción, y antes de que acabara el día volvió a ingresar el expediente en la Fiscalía. Pero sin otra formalidad inexcusable: el informe del auditor del Consejo Supremo de Justicia Militar. Tras revisar con calma los papeles, Cubas se dio cuenta de la omisión, y nuevamente devolvió el cuadernillo, solicitando a Chacón que la subsanara. El juez, presa de la desesperación, llamó en el acto a la corte militar pidiendo el documento. Se lo enviaron a los cinco minutos, y Chacón pudo completar su expediente y entregarlo en la primera hora del día 22. Listo. Ahora no faltaba nada. Tal vez la Corte Suprema aún podía lograr que el expediente pasara el Año Nuevo en el Pentagonito.

El operativo Anzualdo fue el último trabajo de Jesús Sosa en La Fábrica. En realidad él no iba a ser encargado del secuestro, sino el capitán Velarde. Era un novato, y el comandante Sánchez Valdivia quiso que adquiriera experiencia conduciendo las acciones. Pero el equipo estuvo tres noches esperando al estudiante y no intervino. En dos ocasiones las circunstancias no fueron propicias, según Velarde, y otra vez se equivocaron al momento de tomar el microbús de la línea 19. Creyeron que Anzualdo había subido cuando en realidad cruzó la calle.

Al cuarto día el propio jefe del PIL fue a inspeccionar el trabajo del equipo del capitán, al que había sido asignado Jesús Sosa. Quería que se actuara de inmediato y cambió los planes. Le ordenó al agente que dirigiera el secuestro. Es difícil saber si Velarde quedó molesto o aliviado. En la acción, el capitán conduciría el auto.

El secuestro no era complicado. Durante los días que hicieron guardia,

## CAPÍTULO 18

# Un cuartel en el desierto

En el Pentagonito, los antiguos miembros del Grupo Colina permanecían ajenos a las maniobras en las alturas, cada uno en su respectivo departamento de La Fábrica. En el fondo, la mayoría no se consideraba amenazada por un grave peligro. Más allá del error evidente de haber realizado los peores entierros de sus carreras, ellos no habían hecho otra cosa que obedecer al comandante general del Ejército. ¿Acaso alguien iba a investigar al general Hermoza? Y, en el supuesto de que el proceso judicial prosperara, ¿no iba el Ejército a sacar la cara para quitarlos de en medio? ¿Y no estaba este Ejército apoyado por el propio presidente de la República?

Para ellos el problema principal era resolver sus urgencias particulares. Tratándose de los oficiales que estaban por encima del Grupo Colina, su preocupación era de qué manera afectarían los sucesos sus respectivas carreras. El general Rivero, por ejemplo, temía menos un encauzamiento judicial que la posibilidad de salir del Ejército antes de lo previsto. Aun cuando hubiera un juicio, el Ejército jamás permitiría que admitiera que, como jefe de la DINTE, tuvo conocimiento de los operativos. Ello equivalía a culpar al general Hermoza, a quien tendría que haberle dado cuenta. En el peor de los casos, él podría haber pecado por desconocimiento, por negligencia si se prefería. Y esa tendría que ser la situación del enlace con el Grupo Colina, el coronel Navarro. Estos oficiales deberían tener impunidad, y lo contrario era dinamitar la estabilidad del comando el Ejército.

Rivero aún aspiraba a ser general de división, así como Pinto y Navarro querían llegar a generales de brigada. En cuanto a los mayores, sus preocupaciones diferían. Martin y Pichilingue eran operativos, y no podían alegar desconocimiento de los hechos. El Ejército los iba a defender, pero si las condiciones políticas eran muy adversas quizá les pidieran aceptar un mínimo de excesos. Las únicas cabezas para ofrecer entre la oficialidad eran las de ellos. Tal vez, entonces, tuvieran que aceptar un sacrificio. ¿Qué otra cosa iban a hacer? ¿Echarle la culpa a Hermoza? No, sería una locura. De todos los implicados, ellos eran los que más perdían. Podían ir a la

cárcel sin haber tenido tiempo de hacer carrera ni dinero en el Ejército y sin más compañía que suboficiales, unos pobres diablos a quienes lo que les importaba era un poco de plata para tomar cerveza.

En cuanto a los agentes, Sosa era el más preocupado por la situación general. A diferencia del resto de los suboficiales, desconfiaba del Ejército. Sus compañeros pensaban que el comandante general impediría que fueran arrojados a las fieras. A fin de cuentas el problema, en lo sustantivo, era del comandante general, de Montesinos y de Fujimori. Ellos debían hallar una salida. Tenían todo el poder: el gobierno, el Congreso, los jueces, los canales de televisión. Los generales resolverían el problema y debían mimar a los suboficiales, para no arriesgarse a que alguno hablara y todo se fuera al diablo. Si el Ejército no actuaba así, ¿quién sería el más perjudicado? Hermoza. Y Hermoza no se podía joder. Así pensaban los suboficiales, y tenían razón.

Eso también lo pensaba Jesús Sosa, solo que él creía que la tranquilidad de Hermoza no equivalía a la de los suboficiales. Hermoza no iba a permitir que le pasara nada a Rivero, porque su culpabilidad lo comprometía. Rivero, por su parte, iba a confiar a ciegas en Hermoza y lo apoyaría en cualquier salida, aun cuando ello implicara un cierto costo personal. Sosa veía más claramente que sus compañeros que la principal protección del Ejército iba a estar dirigida a los oficiales, y que estos oficiales iban a presionar sobre los suboficiales para que aceptaran lo que viniera, pese a que ellos serían los principales perjudicados. Los suboficiales, según la convicción que tenía el agente, eran una buena mierda para los generales. Los necesitaban, eran cordiales con ellos, pero no los respetaban ni los estimaban. Los subestimaban, los despreciaban. Si Rivero, por encargo de Hermoza, lograba un acuerdo contemporizador con Martín y Pichilingue, que eran los oficiales más débiles en el proceso, los suboficiales estaban perdidos. Cualquier cosa que se decidiera en las alturas les sería impuesta fácilmente. Para el agente resultaba desde todo punto de vista indispensable que los suboficiales hicieran una sólida alianza con Martín y Pichilingue. Olvidaría sus rencillas con Martín. Debían lograr un pacto de acero para no tolerar ser detenidos.

Ellos deberían ser intocables, pensaba Sosa. Esta inmunidad no la reclamaba en función del poderío del Ejército. Consideraba que castigarlos comportaba una enorme injusticia. Ellos no decidían el planeamiento antiterrorista, ni seleccionaban a las víctimas, ni diseñaban el encubrimiento. Lo cual también valía para Enrique Martín, quien simple y llanamente cumplía sus deberes. Por encima de su petulancia, de sus enredos con las agentes y de su dispendio, Sosa conjeturaba que Martín no dejaba de ser un oficial al que le encargaron un trabajo delicadísimo que se le escapó de las manos. Si no hubiera sido él, en su lugar habría estado otro. La creación del grupo no fue responsabilidad de sus miembros sino

del Ejército, seguramente con el beneplácito de Montesinos y Fujimori. ¿Y por qué estaban ellos metidos en ese grupo? Porque tenían mayores méritos que el resto para el trabajo específico. Por lo menos él, Jesús Sosa, que era ordenado y eficaz en las operaciones especiales, que trabajaba sin pedir descanso y se emborrachaba cuando había que emborracharse y mataba cuando había que matar. Era cierto que todo salió mal. Pero fue por los errores del mayor Martin y del comando. Sin embargo, ese era un problema militar. A ellos no los querían juzgar por tales errores. Si la noche de La Cantuta el comando quería matar a los estudiantes, no habría debido cometer la estupidez (que en realidad, según él creía, la cometió Martin) de ingresar a la universidad por la puerta principal, dejando las huellas allí y en la DIFFEE. Debería haber ingresado por los cerros, como los senderistas. Y no habría existido el problemón.

En suma, entonces, ¿por qué el Ejército tenía que aceptar que los suboficiales fueran a la cárcel? No era justo.

A Jesús Sosa lo alarmó que, el 25 de noviembre, Fujimori declarara a la prensa que había oficiales del Ejército detenidos por el caso

La Cantuta. ¿Qué oficiales? Averiguó y era falso: todos los implicados estaban en su sitio y trabajando. Supuso que Fujimori lo dijo para calmar a la opinión pública, a sabiendas de que nadie comprobaría sus palabras. Pero ya el hecho de que lo hubiera dicho era peligrosísimo. A diferencia del general Rivero, él no toleraba la idea de estar un solo minuto en prisión. No tenía la confianza que depositaba Rivero en Hermoza y en los otros generales; había visto demasiado durante sus quince años en el Pentagonito. Los oficiales siempre terminaban protegiéndose y haciendo caer el peso de los problemas sobre el más débil. Aunque en el Ejército existía la ley de la obediencia debida («Las órdenes se cumplen sin dudas ni murmuraciones y el único responsable es el superior que las imparte»), él sabía que esa ley funcionaba bien cuando las cosas salían bien. Cuando salían mal, el *único responsable* ya no era el superior. Aparecía una orden mal cumplida, o mal entendida, o desobedecida, y un principal responsable: el operativo. El subalterno. El huevón. Había centenares de casos así en el Consejo Supremo de Justicia Militar.

Por ello Jesús Sosa habría preferido que el caso se llevara en la justicia común. Se lo dijo claramente al coronel Oliveros. Era el único que consideraba esta posibilidad como la mejor para ellos, es decir, para los suboficiales. Tanto así, que cuando ya estaba fuera del grupo y sin relación alguna con Martin, dio un paso decisivo que, creyó, podía encauzar mejor las cosas, repartir un poco de justicia a todas las partes, incluidos los familiares de los muertos. Quiso forzar la permanencia del proceso en el fuero civil. Fue un movimiento que merece ser narrado detenidamente, lo que ocurrirá. Fracásó, y en diciembre de 1993 ya no había ningún margen de maniobra. El Ejército los tenía cogidos del pescuezo.

En lo personal, confiaba en el general Rivero. No como representante de sus intereses, sino en el sentido de que no lo creía capaz de traicionarlos. Rivero no ordenó un solo operativo del Grupo Colina, pero desde un primer momento hizo espíritu de cuerpo con los implicados. Nunca sacó el cuerpo. Un sentimiento distinto le inspiraba Enrique Oliveros, ese coronel que Montesinos había puesto en el sm. ¿Para quién jugaba Oliveros? ¿Para Hermoza o para el Doctor? Sosa confiaba más en Hermoza que en Oliveros-Montesinos. Conforme transcurrían las semanas desde el descubrimiento de las fosas de Huachipa, el jefe del SIE parecía ubicado de perfil y evitando comprometerse. Por eso, el 20 de diciembre, cuando Oliveros citó a parte del grupo a su despacho, Jesús Sosa se puso en guardia.

El coronel Enrique Oliveros recibió a sus convocados en la antesala de su oficina, en el primer piso de uno de los pabellones de La Fábrica. El despacho del jefe del sm ya no era el amplio ambiente de la segunda planta que el coronel Pinto convirtió en habitaciones para Fujimori, sino dos piezas acondicionadas en un pasadizo que unía esta parte del servicio con el resto de los departamentos. En una de ellas, donde Oliveros despachaba, había una escalera de cemento hacia un vestíbulo del segundo piso que comunicaba por un lado a las habitaciones que usó el presidente y por otro a una sala de reuniones. Abajo, la antesala estaba amueblada con un escritorio para el secretario del coronel y un sofá de tres cuerpos y dos sillones. Allí se acomodaron los suboficiales Sosa, Carbajal, Chuqui y Coral. Oliveros, sentado en uno de los sillones, les dijo que tenía noticias para ellos.

—El problema de La Cantuta ha evolucionado —dijo—. Para que podamos tener control de la situación es preciso que abramos un proceso en la justicia militar y que éste tenga credibilidad. Sólo así podremos quitarle el caso al fuero común. El presidente y el ministro de Defensa han tenido que declarar que existen detenidos por el caso. Los periodistas quieren tomar fotos de los detenidos, así que van a querer perseguirlos. Debemos tomar medidas para la seguridad de ustedes.

—¿Y cuáles serían esas medidas? —preguntó Sosa.

—Ustedes tendrían que quedarse en las instalaciones del SIE para ir después a otro lugar. Es lo que ha dispuesto el comando.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy mismo.

Entre los agentes se advirtieron movimientos de inquietud. Ellos aún no sabían los detalles del proceso en el fuero castrense. A comienzos de diciembre, el Consejo Supremo de Justicia Militar había preparado un expediente completo para ser entregado al juez, en el que se demostraba que el Ejército procesaba a los presuntos responsables desde el 15 de abril

de 1993, es decir, mucho antes que el fuero común iniciara sus diligencias. En este legajo figuraba que el 13 de diciembre, tres días antes de que el fiscal Cubas hiciera su denuncia, se había dictado orden de detención contra los encausados. Que eran, ni más ni menos —y gracias a la información proporcionada por el juez Chacón—, los mismos a los que Cubas acusaría: el general Juan Rivero, el coronel Federico Navarro, el comandante Manuel Guzmán, los mayores Enrique Martín y Carlos Pichilingue, el teniente Aquilino Portella, y los suboficiales Juan Supo, Antonio Sosa, Julio Chuquí, Nelson Carbajal y Hugo Coral. La existencia de esta orden también era desconocida por los suboficiales que escuchaban a Oliveros.

El coronel tampoco lo informó. Quería convencerlos de la necesidad de estar encerrados por razones de seguridad.

—¿Dónde está el mayor Martín? —preguntó Sosa.

—Está aislado en una dependencia militar. Quizás ustedes vayan allí.

—¿Y Pichilingue?

—Lo he mandado llamar pero no lo han encontrado. Ya vendrá.

—¿Quiénes estarían retenidos?

—El comando evalúa a quiénes se comprende en la medida —dijo Oliveros—. En lo posible, queremos que sea un grupo reducido. Estudiamos el problema de ustedes dos —señaló a Sosa y a Coral—, porque aparecen con nombre equivocado en la acusación del fiscal.

El coronel explicó después que durante el período de seguridad las familias de los *protegidos* iban a recibir apoyo económico del comando. A donde ellos fueran llevados podrían recibir visitas de sus familiares los fines de semana. Añadió que no había más información por el momento. Los autorizaba a ir a sus domicilios a recoger algunas cosas para una estadía larga.

Jesús Sosa se dio cuenta de que los estaban deteniendo, pero decidió seguirle la cuerda a Oliveros, para tomarle la palabra. «Qué tal el cabrón», pensó. «¿Por qué no nos dice sin rodeos que estamos detenidos? Debe tener miedo de que le armemos un escándalo de la gran puta. Yo se lo armaría aquí mismo, debajo del dormitorio del Chino, pero hay que saber qué opinan Pichilingue y el resto».

Los suboficiales se quedaron callados, meditando. Sosa decidió hablar antes de que alguno de ellos adoptara una postura conciliatoria:

—Coronel, necesitamos ponernos de acuerdo entre nosotros, conversar con el mayor Pichilingue, con el mayor Martín y con el coronel Navarro. También con el general Rivero. Si algo tenemos que aceptar o rechazar, ha de ser con el conocimiento de ellos.

—El coronel Navarro ha sido informado de su situación —dijo Oliveros—. Está en su oficina con orden de inamovilidad. El general

Rivero tiene orden de venir a Lima<sup>1</sup>. Con el mayor Martín no podrán encontrarse. Está fuera de la ciudad. Pero Pichilingue tiene contacto con él. Pueden hablarle.

—Vamos a conversar con Pichilingue —dijo Sosa—. Lo vamos a buscar. Pero no nos vamos a quedar en el SIE. Vamos a ir a nuestras casas y mañana venimos aquí. ¿Le parece? Si estamos aceptando esta situación, ¿cuál es el problema de ir a nuestras casas?

—El comandante general prefiere que estén aquí. Pero pueden ir hoy a sus casas siempre y cuando no se muevan de allí. Si hay otro movimiento, necesito saberlo. Y mañana se presentan a primera hora.

Oliveros medía la situación. Tal vez temía que si ellos salían ya, no regresaran. Estaba nervioso. Sosa dedujo que Hermoza no había dado la orden de que se quedaran en el Pentagonito. Si no, los hubieran retenido de todas maneras.

Al salir del despacho de Oliveros los agentes se fueron a conversar a la cafetería del SIE, que está detrás del edificio principal, junto a dos canchas de fútbol. Allí ordenaron sus ideas, que resultaron ser muy pobres porque les faltaba saber más y no controlaban ningún hilo de la situación. Era evidente que iban a permanecer detenidos por un tiempo indeterminado. Los cuatro sintieron que esta indefinición constituía su principal inquietud, y decidieron pedir precisiones al comandante del Ejército. Jesús Sosa anotó el primer acuerdo en una libreta —que forma parte de la documentación de este libro—, tras lo

Cual pasaron al segundo punto: ¿había otra forma de resolver el problema? Tal vez no fuera necesario que los escondieran, y podía funcionar un traslado a una zona de frontera o a algún otro lugar donde nadie pudiera encontrarlos, pero donde tuvieran libertad de movimientos. Esta era una segunda cuestión que debían preguntar a los jefes, y Sosa lo anotó así en su libreta. Lo tercero y lo cuarto caían por su peso. Necesitaban dinero para dejar a sus familias cubiertas contra cualquier emergencia: un fondo de dos mil dólares por cabeza. Y, además, que se adicionaran quinientos dólares a su mensualidad, para remplazar otros ingresos que estarían impedidos de obtener debido a su inamovilidad. El último aspecto concernía a su ubicación en el Ejército después de que pasara todo. ¿Sus carreras seguirían igual? Sería muy importante que alguien como el comandante general diera una respuesta positiva. Y con el general Hermoza precisamente deseaban tratar todos estos puntos. Pedirían una reunión con él.

Cuando, un par de horas más tarde, hablaron con Pichilingue, que llegaba al Pentagonito para entrevistarse con Oliveros, comprendieron que no sería posible que los enviaran a un lugar remoto pero con libertad de movimientos. El mayor les informó que Martín estaba en un cuartel en el

---

<sup>1</sup> Rivero era segundo comandante de la vi Región Militar con sede en Bagua.

desierto y que era imposible revertir su situación. Pichilingue fue informado de los acuerdos y los apoyó. Luego se fue a hablar con Oliveros.

El grupo de suboficiales esperó a Pichilingue en los pasillos. Cuando salió, les dijo que había recibido la misma información que ellos. Todos se despidieron hasta el día siguiente.

El 21 de diciembre, a las siete y treinta de la mañana, Pichilingue y los suboficiales se presentaron en la oficina de Oliveros. Durante la noche reflexionaron y prevalecía el sentido común. El comando hacía lo más prudente: retenerlos por si las moscas, luego de que Fujimori anunciara capturas en el Ejército. Todo el mundo estaba pendiente del caso La Cantuta, que ese mes producía encendidos debates en el Congreso —el ministro de Defensa, Víctor Malea, acababa de soportar varios reproches por ocultarle al pleno el nombre de los detenidos— y estuvo en el trasfondo de los discursos del 9 de diciembre, Día del Ejército. ¿Qué pasaba si los periodistas encontraban a Enrique Martín con alguna chica, o a alguno de ellos en una cantina? La justicia militar quedaba por los suelos. El comando, que no tenía que suponer que ellos sabían cuidarse, debía tomar previsiones:

Por otra parte, ellos tenían un lado fuerte y un lado débil ante el comando. El lado fuerte era que sabían demasiado y no podían tratarlos con la punta del pie. El lado débil estaba en que entre ellos podía haber un traidor. La información de la revista *Sí* presumiblemente provino de alguien que conocía las entrañas del equipo. Otra fuga de información no era inimaginable. El comando lo sabía y por eso ya no confiaba plenamente en ellos. También por eso tomaba previsiones.

¿Quién era el traidor? Siempre las miradas volteaban hacia Supo, quien de hecho se reunió con Ricardo Uceda un par de veces y después se asustó y dio parte a La Fábrica. Aún permanecía en la Unión Soviética, a donde lo habían enviado para tenerlo bien lejos, pero lo traerían para que estuviera *protegido* como el resto. Eso fue lo que dijo Oliveros cuando volvió a reunirlos en su despacho.

Oliveros tenía más precisiones. Supo retornaría de la Unión Soviética y se concentraría con el grupo. El general Rivera permanecería en el cuartel Simón Bolívar, en Pueblo Libre. El coronel Navarro, el mayor Pichilingue y los suboficiales Sosa, Chuqui y Carbajal se reunirían con el mayor Enrique Martín en el Batallón de Municiones 513, en Pisco. Coral quedaría libre. Su nombre estaba mal escrito en la acusación fiscal y el Ejército podía responder que aquel fulano no existía en su escalafón.

—En ese caso yo también puedo abrirme —dijo Sosa—. Mi nombre no figura correctamente en la acusación.

—Pero salió tu fotazo en *Caretas* —contestó el coronel—<sup>2</sup>. Es fácil que

---

<sup>2</sup> La revista *Caretas* publicó por primera vez las fotos del Grupo Colina en septiembre de 1993.



te identifiquen. El que sí podría zafarse es Carbajal, hay que estudiar su caso. Han publicado su nombre pero diciendo que estaba herido en una pierna, lo que nunca ocurrió. Otro que puede salir bien librado es Supo. Las fechas de los hechos denunciados corresponden al período en que su esposa falleció luego de una enfermedad. Puede aducirse que él estaba cuidándola, con licencia. Los acusadores presentan la figura de todo un gran grupo que hace ejecuciones. Nosotros tenemos que mostrar sólo a unos cuantos, y luego, con buenos argumentos, ir sacando a uno por uno. La clave es llegar a esta pregunta: ¿cómo cuatro gatos pudieron entrar a una universidad y secuestrar a un montón de estudiantes?

La exposición de Oliveros era convincente. Esta vez, a diferencia del día anterior, los agentes sintieron mayor confianza. Sosa sacó su libreta y comenzó a exponer las peticiones del grupo. Primero preguntó en cuánto tiempo pensaba el comando resolver el problema.

—En unos tres o cuatro meses —dijo Oliveros—. El objetivo, después de pasar el expediente al fuero militar, es producir un sobreesimiento por falta de pruebas.

Sosa planteó los puntos económicos, mil dólares de arranque y quinientos al mes adicionales al sueldo. Oliveros evitó responder. Dijo que lo conversaría con el comandante general. Los agentes retrucaron: ellos también querían hablar con el general Hermoza.

—No, eso es imposible —dijo Oliveros—. Además, no me parece atinado en estas circunstancias.

—Disculpe, mi coronel —dijo Sosa—. No es que desconfiemos, pero usted sabe el trabajo que hemos hecho. Sabe con quién hemos trabajado directamente. Nuestra situación puede ser muy delicada y tal vez se nos exijan cosas de las que depende la estabilidad del propio comando. Es lógico que si vamos a tener que aceptar sacrificios queramos seguridades desde el más alto nivel.

—Sí, lo entiendo —dijo Oliveros—. Y el comando también. Por eso a mí me ha ordenado el comandante general ser su interlocutor ante ustedes.

El argumento detuvo a Sosa. El coronel informó que el viaje a Pisco se haría al día siguiente. Les pidió quedarse en La Fábrica.

Esa noche, sin embargo, los agentes se fueron a sus casas, y a la mañana siguiente volvieron al Pentagonito. A las once se entrevistaron con el general Rivero, que retornaba de Iquitos para comenzar su encierro en el cuartel Simón Bolívar. Daba la impresión de que Rivero había hablado con Hermoza, pero no quiso confirmarlo.

—Tengan confianza en el comando —dijo—. Yo voy a confiar en el comando. Y en todo momento voy a estar pendiente de la situación de ustedes. El comando dispuso un apoyo económico de mil soles mensuales para cada uno, aparte de su sueldo. Además, su situación en el Ejército no cambiará. Continuarán su carrera luego de este incidente. Tengan fe. Todo

se va a solucionar.

Para ser alguien a punto de ir a la cárcel, el general Rivero exhibía una notable tranquilidad. Era un robusto cincuentón de mediana estatura, con un amplio rostro trigueño y afable. Aquella mañana llevaba su uniforme A4 de reglamento y su vara de mando en la mano derecha. Su mensaje al resto de los detenidos era inconfundible: él seguiría siendo su jefe administrativo en las malas. Él negociaría sus condiciones con Hermoza, sus suertes o sus desgracias. Esto agradó a los agentes. Pese a que no trabajaron con Rivero en las ejecuciones, lo preferían a Oliveros, con quien tampoco habían trabajado, con la excepción de Jesús Sosa en 1993. Pero Rivero era más de la casa. El otro trabajaba para los intereses del SIN.

Ese día mataron el tiempo en el Pentagonito, a la espera de que los trasladaran a Pisco. Supusieron que los recogería un ómnibus militar. A eso de las dos, un ruido atronador sorprendió a todo el mundo.

—Mierda, viene el presidente de la República —dijo Chuqui—. Dos helicópteros MI 17 se acercaban estruendosamente al Pentagonito. Uno de ellos aterrizó en el helipuerto, contiguo al patio central. El otro se mantuvo en el aire, a la espera de algo.

—Es el comandante general, que regresa —dijo otro.

Pero venían por ellos. Un cordón de policías militares rodeó el helicóptero y otro grupo hizo un callejón humano desde el helipuerto hasta la puerta por donde saldrían los detenidos. Desde los cuatro costados del Pentagonito, los militares de todos los servicios se acercaron a las ventanas para ver partir al grupo de élite del comandante general caído en desgracia.

Aquello sí impresionó a Sosa, quien sentía el peso del Pentagonito sobre sus cabezas. Cuando el grupo que conversó con el general Rivero llegó hasta el helicóptero, encontró que adentro ya estaba el coronel

Navarro, bien sentado junto a una ventana. Sosa se percató que no le habían quitado su Browning, que Pichilingue tenía su Beretta y que Chuqui también cargaba su Browning de nueve milímetros.

—¿Por qué no nos dejamos de huevadas y nos llevamos este cacharro al Alto Huallaga? —dijo, gritando para hacerse oír, porque ya el aparato había levantado vuelo seguido por el segundo helicóptero, y ofrecía a sus ocupantes una extraña, nostálgica vista del Pentagonito.

El comandante levantó un vaso de whisky lleno hasta la mitad.

—Les doy la bienvenida, paladines de la paz, ejemplo de soldados del Ejército peruano.

Los presentes levantaron también sus vasos. Eran catorce hombres dispuestos en torno a una mesa, en el pabellón de oficiales de un cuartel en Pampa Cabeza de Toro, en el desierto de Pisco. Sobre la mesa había una botella de Johnnie Walker etiqueta roja, dos canastillas de pan y la cena de los comensales: bistec con arroz y ensalada.

El comandante que presidía la mesa, Arturo Talavera, era un enérgico oficial de ojos vivaces y un bigote lacio, perteneciente al Servicio de Material de Guerra. A su izquierda dispuso a sus invitados, con cercanía de acuerdo con su graduación: el coronel Navarro, los mayores Martín y Pichilingue, y los suboficiales Sosa, Chuqui y Carbajal. Había otros oficiales del batallón. Los miembros del Grupo Colina aún no salían de su asombro por la cordialidad reinante en aquel cuartel perdido de la costa.

El propio jefe de batallón les había salido al encuentro, a su descenso del helicóptero, y los llevó hasta los dormitorios de los oficiales. Allí los alojaron a todos, con gran gentileza para los agentes, pues para dejarles sitio a Sosa, Chuqui y Carbajal, los propios oficiales del cuartel tuvieron que mudarse a dormitorios del personal subalterno. Luego, en la cena, Talavera hizo el primero de varios brindis:

—El Batallón de Municiones 513 se siente orgulloso de alojarlos. Los oficiales y el personal del cuartel harán todo lo posible porque tengan una cómoda estancia aquí. ¡Salud!

Daba gusto encontrar gente así, pensaban los visitantes. ¿Visitantes? ¿Detenidos? Si eran tratados con tanta estima era difícil sentirse presos. Martín y sus hombres no recordaban haber recibido una mayor muestra de aprecio profesional durante su labor como ejecutores de terroristas. Era un trabajo que siempre iba a ser repudiado en la sociedad civil y escondido por el Ejército, aunque el alto mando lo tuviera en gran consideración. Nunca iba a haber discursos elogiándolos. Alo más, felicitaciones indirectas, referidas a otras virtudes, o halagos sociales, como el almuerzo que ofreció a todo el Grupo Colina el comandante general luego del golpe del 5 de abril de 1992. Fue un ágame de respaldo a su trabajo, durante el cual no se habló una palabra de los operativos.

La calidez de Talavera y sus hombres permitió iniciar una franca conversación de camaradería militar. Cuando terminó sus palabras de bienvenida, el comandante se dirigió a uno de sus oficiales, un teniente negro que había sido uno de los más solícitos con los del sre:

—A ver, Valerio, que vengan tus muchachos.

El teniente Valerio salió, y al poco rato regresó con cuatro soldados que traían una guitarra, un cajón y dos cucharas.

—Presento a *la peña* del batallón —dijo Talavera—. A ver, zambito —pidió a uno de los guitarristas—, arráncate con algo.

El soldado, un adolescente uniformado, dio un paso adelante.

—Para nosotros es un orgullo cantar para ustedes —dijo—. Y cantó *Señor abogado*, de Johnny Farfán, un bolero sobre el drama de un acusado ante la justicia.

—Este cantante se las sabe todas —festejó Chuqui—. En la mesa comenzó a circular una botella de whisky. Después el comandante fue

destapando de cinco en cinco las botellas de cerveza de las tres cajas que había mandado helar.

El Batallón de Municiones 513, en la zona denominada Pampa Cabeza de Toro, tiene su sede a trescientos kilómetros al sur de Lima, entre arenales y cerros. El cuartel guarda en galpones subterráneos, grandes como un coliseo de baloncesto, el armamento de reserva del Ejército, desde balas hasta vehículos desensamblados, incluyendo helicópteros y tanques. Estos almacenes dejan visible su parte superior, en forma de cúpula, donde existen portones con centinelas y cuyas llaves sólo posee el comandante de la unidad. Las viviendas para oficiales están en un pabellón de un piso a la entrada del cuartel, con un patio florido al centro. Las habitaciones, dispuestas en forma de herradura, daban al jardín; eran amplias, iluminadas, con baño propio. En el comedor había una mesa para unas diez personas, y en un rincón, un espacio para recreación, con dos mesas, un refrigerador y un televisor. Pese al aislamiento la vida podía ser simple y confortable, gratificada con la caballerosidad de Talavera. Podían esperar allí los nuevos hechos con toda tranquilidad.

Y tenían libertad de movimientos. Por la mañana, después de desayunar, tomaban la camioneta Nissan de doble cabina que Martín había traído consigo y se iban a Pisco a traer los periódicos. En el cuartel los leían hasta la una de la tarde. Podían almorzar allí o, de cuando en cuando, ir a comer un cebiche al balneario de Paracas, acompañándolo con un bistec de tortuga y unas cervezas. En la tarde jugaban fulbito o ponían una película en la videocasetera, y por la noche, sin falta, encendían la televisión para enterarse de las noticias. Los fines de semana recibían a sus familiares. Algunos viajaban a Lima subrepticamente y volvían el domingo por la noche. Las Navidades las pasaron allí, en beatífica hermandad, y en Año Nuevo pudieron escaparse para sus fiestas respectivas. La vida parecía perfecta en Pampa Cabeza de Toro.

O parecía serlo, hasta que una mañana se presentaron estrepitosamente quince policías militares al mando de un teniente. Su misión, según le explicó éste al comandante Talavera, consistía en mantener a los detenidos en sus habitaciones y garantizar que en ningún caso abandonaran su pabellón. Dos policías vigilarían la puerta de acceso a las habitaciones y habría uno en la puerta de cada cuarto. Eran órdenes del jefe del prebostazgo, el general Juan Pita Montoya.

Talavera escuchó al teniente acariciándose el bigote. Entre las humillaciones que puede recibir un militar, la de soportar que otro mande en el territorio a su cargo es casi insoportable. Así que este muchacho venía a imponer orden en su cuartel. Era evidente que había trascendido la deferencia con que él trataba a sus huéspedes. Para comenzar, lo había advertido el espía que envió Oliveros al cuartel, disimulado en un relevo de soldados, y que fue descubierto porque merodeaba demasiado por el

pabellón de oficiales. Los propios miembros del Grupo Colina lo llamaron, lo sentaron en una silla, lo interrogaron, y no supo decir cómo llegó a sargento, en qué unidades sirvió, quiénes fueron sus jefes, cómo había sido reclutado. Después admitió ser un suboficial del SIE, y tuvo que aceptar hacer su servicio, mientras estuvo en Pampa Cabeza de Toro, cuidando día y noche el más lejano puesto de vigilancia del cuartel. Oliveros sabía, pues, cómo eran las cosas en Pisco, y después pudo comprobarlo cuando fue hasta allí, dizque para averiguar sobre unos documentos que los detenidos podían tener en su poder. Sólo encontró a Chuqui y Carbajal. El resto estaba en Lima.

El comandante no se inmutó cuando el teniente le comunicó sus órdenes. El teniente no conocía el fondo de las cosas.

—Teniente —le dijo—, por el momento no podrá cumplir su misión. Considérese un alojado más del cuartel mientras yo hago un viajecito a Lima. Vamos a tener que aclarar esto.

Y, de inmediato, Talavera tomó un auto y se fue al Pentagonito, a pedir una cita con el comandante general del Ejército. Cuando regresó, le dijo al teniente que no iba a haber vigilancia especial para los alojados, aunque podía quedarse en el cuartel, para realizar otras funciones. Por supuesto, sus superiores podían confirmárselo.

Los detenidos se enteraron de la entrevista de Talavera con el general Hermoza porque el comandante les contó algunos detalles. Resultó que Talavera había recibido del propio comandante general instrucciones sobre la forma en que debería tratarlos. Por eso, cuando éste supo que había policías militares en Pampa Cabeza de Toro, llamó al general Hugo González, jefe del Servicio de Material de Guerra, y delante de Talavera le dijo algunas frases desagradables. El interpelado adujo que se había limitado a informar al prebostazgo, y que dijo la verdad: los detenidos bebían constantemente, circulaban a voluntad en las instalaciones del cuartel ¡y hasta venían a Lima de paseo! Hermoza se enojó más porque el preboste no le había consultado antes de enviar a los policías. Y dejó claramente establecido que la gente del SE no estaba allí en calidad de detenida.

Por supuesto, el comandante general no se refería a la formalidad judicial. Unas semanas antes los del Grupo Colina habían firmado un documento en el que aceptaban su condición de reclusos con fecha atrasada. Para arrancarles la firma tuvo que viajar a Pampa Cabeza de Toro una extraña delegación encabezada por el general Marco Rodríguez, vocal de la corte militar que iba a juzgarlos; el coronel Víctor Talledo, el fiscal que los iba a acusar; uno de los abogados que les había asignado el Ejército, Edgardo Villavicencio, y el jefe del SIE1, el comandante José Hinojosa. Y entre todos sudaron bastante para obtener la prueba documental de que había detenciones. Los suboficiales, encabezados por

Jesús Sosa, se negaban a firmar porque el coronel Oliveros les había asegurado que sólo estarían «alojados» en el cuartel de Pisco.

—No firmen, carajo —decía Sosa—. Si lo hacen, en cualquier momento puede venir la Policía militar y nos lleva.

Pero al final lo hicieron, tras la promesa de que Oliveros vendría al cuartel para ratificarles que eso era sólo una formalidad. Formalmente, pues, estaban presos, pero en realidad eran hombres inmunes. Eso lo disponía Hermoza y lo entendía Talavera. ¿Por qué diablos no lo comprendían también el general jefe de los penales del Ejército y el general jefe del Servicio de Materiales de Guerra? Este último, por cierto, descargó todas sus iras sobre el comandante porque había ido a hablar con Hermoza pasándose por encima de él. Al día siguiente llamó por radio a Talavera y lo increpó ferozmente, demostrando que el tirón de orejas le había ardidido en el alma.

—Eres un mierda, un desleal, carajo —gritaba por la radio, y los detenidos escuchaban desde el comedor.

—Mi general, a mí me dio instrucciones el general Hermoza.

—¿Ah, sí? Pues yo te voy a dar ocho días de rigor.

Y, en efecto, Talavera recibió a los pocos días una papeleta de castigo. Caían por tierra sus esperanzas de ascender a coronel.

Hemos dejado al juez Magno Chacón en su oficina de Lima, el 21 de diciembre de 1993, alistando desesperadamente los documentos para que el poder judicial pudiera decidir antes del fin de año la jurisdicción —civil o castrense— en que debía verse el caso. Pero, pese a sus esfuerzos, la Corte Suprema no resolvió la contienda de competencia ese año. Chacón tampoco pudo quedarse en el juzgado, pues el fiscal Víctor Cubas lo acusó de inconducta funcional y terminó, a la larga, destituido. Cuando el pedido de la justicia militar fue visto por la Corte Suprema a comienzos de 1994, obtuvo tres votos a favor y dos en contra. No bastaba, porque la definición requería una mayoría calificada de cuatro votos, y era necesario convocar a nuevos vocales para alcanzarla. Aquí se acababan las esperanzas de la justicia militar, por la probidad de los magistrados a quienes les correspondía. Sería llamado Ernesto Giusti, un cantado voto en contra, que causaría un empate. Y luego Manuel Sánchez Palacios, cuya intervención produciría un cuatro a tres a favor del fuero civil.

El SIN había llegado al límite de su capacidad de maniobra. Montesinos estaba en un callejón sin salida en el poder judicial.

A las seis de la mañana del 8 de febrero, el coronel Federico Navarro tocaba como un loco las puertas de las habitaciones.

—¡Despierten! ¡Hemos ganado la contienda de competencia!

En la madrugada, el Congreso había acordado una ley que, a lo bestia,

enviaba al fuero militar el caso La Cantuta. La ley, aplicable a contiendas de competencia *en curso*, establecía que ya no se requería una mayoría calificada de cuatro vocales de la Corte Suprema para definirla, sino solamente mayoría simple. Como la votación estaba tres a dos a favor del fuero militar, el problema había sido resuelto.

El proyecto, abiertamente inconstitucional, no estuvo en la agenda del Congreso ni contó con dictamen de comisiones. El primer ministro, Alfonso Bustamante, cuya firma era requerida para promulgar la ley, se negó a hacerlo y renunció al cargo. Fujimori, por supuesto, la suscribió sin vacilación. El 11 de febrero la Sala Penal de la Corte Suprema la aplicó en el caso La Cantuta. El expediente dejó el Palacio de Justicia y viajó a las oficinas del general Hermoza.

El siguiente paso era organizar un juicio que tuviera credibilidad. Los acusados ya no podían estar escondidos en un cuartel del desierto sino en Lima, a disposición de un tribunal militar. Hermoza dispuso traer a la capital a los detenidos.

Para trasladarlos fue hasta Pampa Cabeza de Toro un helicóptero de los grandes, un MI 17. Los alegres agentes lo recibieron con algarabía, pues supusieron que alguien del Pentagonito se acordaba de ellos y venía a celebrar. Cuando la puerta se abrió, se llevaron una decepción al ver al jefe de prebostazgo, el general Juan Pita Montoya, acompañado por el jefe del srel, José Hinojosa, cuatro agentes de La Fábrica y una docena de comandos vestidos de civil.

Los comandos, que venían armados hasta los dientes, rodearon de inmediato el pabellón de oficiales. El general Pita se dirigió enérgicamente al comandante Talavera.

—Los detenidos van a ser trasladados a Lima —le dijo—. Necesito que ponga a mi disposición una compañía de apoyo.

Y se quedó mirándolo. No le entregó ningún papel.

—No puedo hacerlo —dijo Talavera tranquilamente—. Necesito una explicación. No he sido informado del movimiento del personal a mi cargo.

—Es una orden del comandante general —dijo Pita, un hombre flaco, de mejillas hundidas.

—Mi general, usted puede proceder como le parezca pero yo no voy a mover a mi personal. Incluso si usted quiere sacar por la fuerza a los detenidos, hágalo. Yo no voy a intervenir.

—Se está usted negando a obedecer una orden superior. Lo que suceda aquí va a ser su responsabilidad.

—Aquí hay alojados, no hay detenidos. A mí el comandante general me ha dicho que todo lo que pase aquí me lo tiene que ordenar él. Así que yo asumo mi responsabilidad.

Talavera se hizo a un costado, como invitando al general a proceder como le viniera en gana.

Pita hizo llamar a los detenidos, que estaban en sus habitaciones. Chuqui, Carbajal y Supo accedieron<sup>3</sup>. Martín y Pichilingue no. Sosa también se negó a ir, pero se acercó a Hinojosa.

Pita habló en voz alta, para que escucharan los mayores:

—¡Señores! ¡Los voy a llevar a las buenas o a las malas! Si es necesario, voy a utilizar la fuerza.

—Utilice la fuerza y atégase a las consecuencias —dijo, desde su cuarto, el mayor Martín—. Nosotros no nos vamos a mover. Nadie nos ha dicho que habría traslado.

El jefe del srel, entre tanto, le explicaba a Jesús Sosa que, habiéndose ganado la contienda de competencia, el próximo paso para liberarlos se daba en Lima. Había que ir.

Pita iba de un lado a otro. Después de hablar con Talavera lo hizo con Navarro y luego con los tres suboficiales que acudieron a su llamado. En su habitación, el coronel Navarro empezó a alistar sus cosas, listo a partir. Chuqui, Supo y Carbajal fueron reducidos en una habitación. Los sentaron en el suelo, bajo la vigilancia de dos comandos.

Sosa, a quien por estar con el comandante del SIE no le habían hecho mucho caso, se dirigió a Talavera, que se había dedicado a observar todo.

—Mi comandante, a nosotros no nos han dicho esto. La intención de éstos es llevamos esposados. Mire, tienen esposas. Mire a Chuqui a Pétete y a Supo. Están en el suelo, como viles delincuentes.

Talavera no respondió. Pita continuó hablando para que escucharan Martín y Pichilingue, pero sin entrar en sus habitaciones.

—Carajo, ¿qué se han creído ustedes? ¿Se han creído intocables? Qué mierda. Yo soy general y ustedes son subalternos, así que se van a venir conmigo.

Sosa le dijo a Hinojosa que lo mejor sería permitir que se reunieran los detenidos y encontrar una salida razonable. Hinojosa fue a pedirle autorización a Pita, que estaba discutiendo con Talavera.

—Tú vas a ser el único culpable de lo que pase aquí —decía Pita, convencido de que si no lo apoyaban los del cuartel no tenía fuerza para garantizar el traslado de los detenidos, quienes tal vez estuvieran armados. Incluso, si los oficiales del batallón apoyaban a los detenidos, podían reducirlo a él.

Mientras Hinojosa fue a hablar con Pita, Sosa fue a llamar a los suboficiales que estaban sentados, quienes se levantaron y lo siguieron sin ser detenidos por sus confundidos vigilantes. Sosa fue a su cuarto y sacó su pistola y sus dos granadas. Chuqui fue al suyo e hizo lo mismo. Luego fueron todos a ver a Martín. Estaba sentado en una cama, con su *mini uzi* entre las piernas. A su costado, Pichilingue exhibía su *Browning*. Martín lucía furioso.

---

<sup>3</sup> Pedro Supo se había integrado al grupo a su regreso de la Unión Soviética.



—Yo no salgo. A mí me tienen que explicar bien bonito a dónde me llevan. Y no le tengo confianza a ese huevón.

—Yo tampoco me muevo —dijo Pichilingue—. Y le meteré un balazo al que me quiera llevar a la fuerza.

—Ya ves, Kike —dijo Sosa—. No bien hemos ganado la contienda de competencia, nos quieren cagar. Esa es la intención: cagarnos.

—No, las huevas —dijo Martín—. Si no hay una orden del comandante general de que nos movamos, no nos vamos a mover.

En ese momento una camioneta Nissan de doble cabina estacionó ante el cuartel. Sus cinco ocupantes bajaron y se dirigieron al pabellón de oficiales. Al verlos, Pita se sobresaltó. Eran miembros del Grupo Colina que venían a visitar a sus compañeros, pero es seguro que el general pensó que, avisados por éstos, se proponían impedir que se los llevaran. Sauni, Hércules, Goliat, la Vaca, Chiquito, Pino y Tamal saludaron al general y pasaron de largo hasta las habitaciones de los rebeldes, quienes los recibieron con muestras de alegría.

Al final, Pita y Talavera transaron: ambos irían a Independencia, donde estaba el teléfono más cercano, para hablar con Hermoza. Los acompañaría Navarro, en representación de los detenidos.

Partieron, y se dirigieron a la única estación telefónica del pueblo. Los tres se metieron en una cabina. Hablaría primero Talavera. El auricular se colocaría al centro, para que todos pudieran escuchar.

Cuando Hermoza se puso al teléfono y el comandante hizo un sobrio informe de situación, el general dijo:

—Carajo, Pita es un animal. Pásamelo.

Pita se acercó al aparato y saludó al comandante general.

—Oye, qué mierda hiciste. Bastaba con que les dijeras a los muchachos que de parte del comandante general te acompañaran a Lima. Y ellos agarraban sus cosas y subían al helicóptero.

—No, mi general, yo me di mi seguridad.

—Qué seguridad ni qué ocho cuartos. Ya vamos a hablar acá. La orden fue clara: que fueras a Pisco, hablaras con Navarro y con Talavera y que les dijeras a los muchachos que iban a ser trasladados a Lima. Y la has cagado. Pásame a Talavera.

—Oye, Talavera. Habla con los muchachos. Diles que yo he dado la orden, pero que no era así como lo ha manejado Pita. Que vengan no más. Que no pasa nada. Que no pasa nada.

—Correcto, mi general —dijo Talavera.

Cuando regresaron los enviados especiales, Navarro fue al cuarto de Martín y dio su informe a los detenidos, quienes gozaron el relato. Luego llegó Talavera. Navarro le dijo:

—Oiga, comandante, usted se ha ganado un buen enemigo.

—Qué mierda —dijo Talavera—. Todo sea por ustedes.

Los detenidos empacaron sus cosas. Como ninguna fuerza iba a ser necesaria, el general Pita ordenó que sus comandos subieran al helicóptero y luego él hizo lo mismo. Pero también Talavera tomaba sus disposiciones en torno de la pista de aterrizaje. Desde la puerta de entrada al cuartel hasta el lugar mismo donde esperaba la nave, hizo formar dos filas de oficiales, técnicos y suboficiales. Talavera se puso al comienzo del callejón, para recibir a los que salían.

Cuando los detenidos salieron, les pareció irreal lo que veían. A su vez, ellos formaron, en orden a su grado y antigüedad, con Federico Navarro a la cabeza, y se dispusieron a avanzar en fila india. Cuando Navarro fue al encuentro de Talavera, éste le dijo en voz alta:

—Coronel, ha sido un honor para mi batallón alojarlos todo este tiempo. Buena suerte.

Y le alargó la mano. Navarro se la estrechó y avanzó hacia el helicóptero, dando la mano en el camino a la formación que los despedía. Luego hicieron lo mismo Martín, Pichilingue y el resto. Cuando el helicóptero ascendió, vieron que los de abajo se llevaban la mano a la sien y los despedían así, mirándolos en el cielo, inmóviles hasta que sus figuras ya no podían verse y desaparecieron en el desierto.

## CAPÍTULO 19

# La solución política

El helicóptero aterrizó en el cuartel Simón Bolívar, en Lima, donde se guardan la vestimenta y los víveres secos del Ejército que deben distribuirse a escala nacional. Su jefe, un comandante, supervisa a diario el ingreso y salida de vehículos de carga con alimentos, raciones de campaña, uniformes, borceguíes y todo tipo de indumentaria militar. Da a un bullicioso parque en el distrito de Pueblo Libre, ofreciendo a la vista una fachada de dos pisos. Adentro, además de cuadras y oficinas, hay una casa de dos plantas en el extremo este, que parece haber sido levantada para llevar una vida autónoma. Una puerta que daba al parque ha sido clausurada. Es lo que pasa adentro de esta casa, y no las labores de intendencia, lo que dio nombradía al cuartel Simón Bolívar en los últimos años. Allí funciona una cárcel para oficiales del Ejército.

Hasta 1993, el acceso al penal era por una puerta lateral que daba a un corredor interno del cuartel. Para recibir al Grupo Colina, la comandancia construyó un muro delantero que aislaba la prisión, con reja de fierro en su entrada. El primero en llegar, el general Juan Rivero, ocupó una habitación en la primera planta, donde había ocho ambientes más un comedor. Cuando ingresaron los que venían de Pisco, el coronel Navarro se quedó en un cuarto del primer piso y el resto fue acomodado en la segunda planta.

Arriba había diecinueve habitaciones y dos baños grandes. La escalera salía a un vestíbulo que dividía en dos partes el área, y cada mitad tenía un acceso enrejado. Al transponerlo, uno se hallaba en un pasadizo central al que desembocaban otros dos menores, uno a cada lado, igualmente enrejados. Así, cada cuarta parte de la segunda planta era el límite de los movimientos de sus respectivos detenidos, en su mayoría acusados de narcotráfico. Cuando Martín y sus hombres subieron, siguiendo al mayor Aliaga, el jefe del penal, éste abrió una reja que los condujo a un pasadizo y luego una segunda reja para meterlos en otro. Después vieron que cada reja era cerrada con una aldaba y un candado. Comprobaron que ahora realmente iban a ser tratados como presos. En ese pedazo que les asignaban

—tres habitaciones y un baño— iban a pasar quién sabía cuánto tiempo.

—Putra madre —dijo Sosa—. Ya sabía. Esto es una cagada comparándola con el cuartel de Pisco. Ya nos jodieron.

El mayor Aliaga asignó una habitación para Martin, otra para Pichilingue y la tercera para los suboficiales. Era evidente que estos últimos estarían apiñados en una sola pieza. Martin dijo que él dormiría con Pichilingue, de modo que los seis podrían repartirse de dos en dos en las tres habitaciones. Todos protestaron ante Aliaga porque los ponía entre rejas, pero éste dijo que así eran las reglas y que los detenidos del cuartel pasaban sus primeras semanas incomunicados.

—Nosotros no somos detenidos del cuartel, mayor —exclamó Martin, como diciéndole «no sabes con quiénes te estás metiendo». Estaba fresco el recuerdo del vapuleado general Pita.

Cuando se quedaron a solas, consideraron con fastidio su nueva situación. Tendrían que hablar claramente con el coronel Oliveros, que decía ser el interlocutor con el comandante general. ¿El general Hermoza quería que los trataran así, como a cualquiera de los narco-militares que alojaba el cuartel Simón Bolívar? Ellos no lo creían.

El general Rivero subió a verlos y trató de tranquilizarlos. Había que tener paciencia, dijo. El juicio en el fuero castrense se llevaría a cabo en los próximos días. Un paso decisivo estaba por darse, eso era lo fundamental. Iba a haber condenas, pero después vendría una apelación y luego una gestión política. No iba a ser fácil. Había que confiar en el comando.

Rivero tenía razón, pero él, abajo, no estaba maltratado como ellos. Abajo no había rejas. El mayor Martin, acostumbrado a codearse con generales y a ingresar sin hacer antesala en el despacho del general Hermoza, se sentía humillado, y no lo ocultaba. Su irritación se hizo evidente cuando, esa noche, el jefe del SIE realizó la primera de las muchas visitas que haría a los detenidos.

Sonaron las rejas, y el coronel Enrique Oliveros apareció en el cuarto de Martin y Pichilingue. Allí encontró a Rivero conversando con los detenidos, de pie. Después de los saludos el general se fue, y dejó que el coronel enfrentara las caras largas de los presentes. De inmediato se escucharon las protestas por el hacinamiento y las rejas.

Oliveros quiso hacerles comprender que iba a haber un juicio público allí mismo, en el cuartel. El traslado era inevitable.

—Pero no tenemos que estar como ratones, mi coronel —dijo Sosa. La conversación se tensó, no tenía salida. Los suboficiales salieron de la habitación de los mayores y se fueron a las propias, donde comenzaron a arreglar sus cosas, como si no quisieran escuchar más lo que decía el coronel. Oliveros había empezado a discutir con Martin en un tono cada vez más alto.

—No seas aniñado, pues, —se oía la voz de Oliveros—. No te

comportes como una criatura. Ya entiendo cómo piensas.

—Sí, pues —dijo Martin—. Yo también estoy entendiendo cómo piensa usted.

Oliveros dio por terminada la conversación.

—Voy a regresar otro día. Comprendo que estás alterado —dijo, saliendo de la habitación. En el pasillo hizo una señal de saludo a los suboficiales, y se fue.

Mientras escuchaba la discusión de Martin con Oliveros, Jesús Sosa volvía a identificarse con él, como en los viejos tiempos del Grupo Escorpio. Martin pagaba sus errores, es cierto, pero también estaba sacando la cara por su gente. ¿Hacia lo mismo Oliveros? Por más que el coronel hablaba con sensatez, Sosa no olvidaba que representaba a un poderoso sistema amenazado. Los iban a defender en el juicio no porque se apellidaran Martin o Pichilingue o Supo, sino porque se trataba de proteger al Ejército. Si por una u otra razón alguno de ellos se salía de la línea, tal vez el sistema prefiriera verlo destruido. Había que considerar el caso de Supo: estuvo a punto de traicionar —si es que no lo hizo—, pero si lo hizo y podía comprobarse, tarde o temprano quizá lo pagara con su vida. Es lo que podía ocurrir con el

*Negro* Alvarado. Jesús Sosa lo sabía porque el propio Oliveros le propuso eliminarlo. No se lo propuso porque era un militar desnaturalizado, un hijo de puta. No. Fue porque defendía el sistema.

El Ejército ya sabía que Alvarado le había contado a Ricardo Uceda lo de Barrios Altos y que seguía parlotando con la prensa. Y que, tiempo después, había buscado a Sosa para que delatara al Grupo Colina en una entrevista con la periodista Cecilia Valenzuela, de la revista *Caretas*. Sosa informó al jefe del SIE. Oliveros le ordenó que aceptara conversar con Valenzuela y Alvarado, y que grabara los encuentros.

Entre mayo y junio de 1993, Sosa grabó un diálogo entre él y Alvarado, así como otras dos conversaciones suyas con Alvarado, Cecilia Valenzuela y José Soriano, hijo de uno de los generales detenidos por lo del 13 de noviembre. Con Valenzuela tuvo una primera conversación tensa, pero en la segunda hablaron sobre las posibles condiciones en las que el agente brindaría información. Sosa informaba a Oliveros, antes de cada reunión, y luego iba a La Fábrica para entregarle las grabaciones. El coronel estaba muy interesado en estos contactos, pero debía tomar una decisión para ver a dónde iba todo aquello. Para él, el segundo paso era escarmentar al Negro y a la periodista.

Luego de la tercera reunión, Oliveros estuvo pensando en voz alta en su despacho de La Fábrica. Sentado al frente suyo, Jesús Sosa acababa de darle las grabaciones. El diálogo que sigue es una versión de Sosa para este libro.

—Tenemos que hacer algo con el Negro —dijo Oliveros, mirándolo

fijamente. Le levantó las cejas de un modo inconfundible.

El otro comprendió. Pese a su trayectoria, era una propuesta incómoda. Una cosa es matar a un terrorista y otra asesinar a alguno de La Fábrica. Oliveros sabía que él era expeditivo, aunque todavía no ejecutaba presuntos subversivos bajo su mando (aún vivían el profesor Najarro y los estudiantes Roca y Anzualdo). Pero, por lo visto, Oliveros pensaba que él era alguien capaz de matar a cualquiera, y eso era una grosera subestimación. El general Hermoza también los rebajó al encargarles los asesinatos del Santa.

—No, mi coronel. Busque a otro. El Negro es mi amigo.

—¿No le darías vuelta? —insistió Oliveros.

—En otras circunstancias. Lo que pasa es que al Negro lo han abandonado. ¿Por qué no lo llaman?

—Es muy difícil —contestó el coronel—. Tiene demasiados contactos con la gente del 13 de noviembre.

Sosa calló, pero Oliveros seguiría lucubrando. Ahora pensaba en la periodista.

—Luego está la cojuda ésta —dijo—. Una de dos: o alguien la rapta y se la cacha y la dejamos en la Costa Verde, y vaya uno a saber quién ha sido... o de una vez la desaparecemos.

El agente se puso en guardia. Él no quería implicarse en una venganza sexual, ni que se lo pidieran.

—Mejor es desaparecerla —dijo.

Oliveros parecía no escucharlo.

—Hay que decidir esto —opinó—. Voy a hablar con el Doctor.

Al final no ocurrió ni una cosa ni la otra, y Sosa no supo si Oliveros consultó sus opciones con Montesinos. Y tampoco hubo un nuevo encuentro con Valenzuela. Durante la última cita, de acuerdo con el libreto acordado con Oliveros, le pidió cincuenta mil soles para considerar una confesión. «Cuando tengan esa cantidad, llámenme», había dicho. No volvieron a hacerlo, y el agente se olvidó del asunto.

Pero sacó una lección del diálogo con Oliveros. Si alguien en La Fábrica se pasaba de la raya, los jefes podían pensar en eliminarlo. Existía un límite para pelearse con el sistema. En la lucha por salir indemnes del caso La Cantuta, había que llegar cerca de ese límite o sobrepasarlo. Era cosa de ver si el mayor Martín pensaba lo mismo. Por el momento se perfilaba como líder de los detenidos, a juzgar por su primera noche en el cuartel Simón Bolívar.

El juicio se llevó a cabo los días 18 y 19 de febrero, en un almacén acondicionado del cuartel. Sobre una pared se colgó un telón con un escudo nacional, visible sobre una mesa cubierta con un paño granate. Al centro se sentaría el presidente de la Sala de Guerra, el general Luis Chacón Tejada, y a los costados el mayor general FAP

Óscar Granthon y el contralmirante AP Eduardo Reátegui. En los extremos se ubicarían dos secretarios, uno a cada lado. A la derecha del tribunal, tendrían su sitio el fiscal del caso, el coronel Raúl Talledo; y, a la izquierda, los tres abogados de la defensa. Los acusados ocuparían cuatro filas de asientos, dispuestas en tres columnas.

Pese a que las sentencias venían de la Comandancia General, Enrique Martín y sus hombres no sabían cuáles serían las penas. El fiscal Talledo no fue explícito al respecto cuando estuvo en Pisco, y tampoco el coronel Oliveros.

Dos días antes, Oliveros les explicó cómo iba a ser el juicio. Los detenidos le pidieron que hablara con el general Chacón para que las penas no fueran tan altas. Consideraban razonable que, encontrándolos culpables —aunque no iban a admitirlo ante la corte—, impusieran una reclusión de menos de un año para el general Rivero, de menos de dos años para Navarro, de entre siete y diez años para los mayores y de entre cinco y siete años para los suboficiales. A esas alturas, después de conversar todas las noches en Pampa Cabeza de Toro y en el cuartel Simón Bolívar, luego de preguntar y repreguntar a Oliveros y a Rivero, y de consultar a tres o cuatro abogados, ellos sabían que la mejor salida posible era una ley de amnistía cuando la situación política lo permitiera. Antes, era inevitable tener que soportar una sentencia condenatoria que aplacara los ánimos de la opinión pública. Pero en este punto discrepaban con el Comando.

En el SIN y en el Pentagonito se consideraba que las penas deberían ser drásticas. Aún continuaban las protestas por la decisión de la Corte Suprema de cederle el caso al fuero castrense, y la mejor forma de reaccionar era demostrando que la corte militar no apañaría los asesinatos. Ya se cocinaría después una amnistía en una coyuntura propicia; mientras tanto, los del SIE tenían que aguantar. Pero los detenidos, desde Martín hacia abajo, no confiaban en que las cosas mejoraran políticamente hasta el punto de producir una amnistía. Por eso preferían penas menores, y se lo hicieron saber a Oliveros.

Finalmente, el tribunal falló imponiendo veinte años de prisión a Martín y Pichilingue y quince a cada uno de los suboficiales, considerando que habían secuestrado y matado a las víctimas de La Cantuta sin conocimiento de su comando. Por negligentes recibieron cinco años el general Rivero, cuatro el coronel Navarro y uno el capitán Velarde. En la estación de preguntas los únicos que hablaron por los detenidos fueron Rivero y Martín. El primero, negando que hubiera habido alguna orden para que personal de la DINTE incursionara en La Cantuta, y el mayor proclamando su inocencia absoluta. El día anterior los abogados habían intervenido para refutar al fiscal. El abogado de los suboficiales, Cirilo Escobedo, pronunció un inflamado discurso que los sorprendió:

—Se dice, señor fiscal, que a La Cantuta entraron elementos altos,

fornidos, atléticos, de porte militar, para secuestrar a los estudiantes. Señor fiscal: ¡mire por favor a mis defendidos! ¡Mírelos, señor presidente! ¿Son altos? ¿Son atléticos? ¿Ven a alguno fornido? ¡No! No podrían impresionar a nadie. Son más bien bajitos, sin presencia. ¡Casi escuálidos, señor fiscal!

En las butacas, Martin y los suboficiales se miraron entre sí. Exceptuando a Pichilingue, que medía un metro ochenta, el resto no sobresalía. Martin, Chuqui y Sosa no llegaban al metro setenta. No sabían si enojarse o reírse, pero cuando Martin habló, al día siguiente, no apeló a su inofensivo aspecto mientras rechazaba las acusaciones.

El verano transcurrió rápidamente con estos sucesos. Como estaba previsto, la tensión política que produjo el caso La Cantuta bajó luego de las sentencias, mientras el exsecretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, se perfilaba como un prometedor adversario de Fujimori en las elecciones generales de 1995. Pero faltaba un año para las elecciones. Como todo el país, los presos se dispusieron a ver el mundial de fútbol USA'94 por la televisión. En el Ejército ocurría lo mismo. A nadie parecía interesarle mucho la suerte que correrían los sentenciados de La Fábrica.

La tensión volvió al cuartel Simón Bolívar, animada por la llegada del mensajero de las cartas bomba, Víctor Penas Sandoval, un corpulento capitán acusado por el asesinato de ocho narcotraficantes en Balsayacu (San Martín), para robarles trescientos kilos de droga. En el juicio se consideraría que tuvo una responsabilidad menor que sus coacusados, dos comandantes. Antes de recibir sentencia, Penas decía que, si bien no era enteramente inocente, no era más culpable que sus jefes ni que el comandante general del Ejército en el comercio de la droga. Podía probarlo, y no estaba dispuesto a ser un chivo expiatorio. Si eran injustos con él, contaría todo, incluidos los trabajos que hizo para el sm en 1991.

Un día miércoles de visita, Penas bebió hasta la hora en que la mayoría de los detenidos se disponía a dormir. En el segundo piso, algunos veían televisión y conversaban. El control era flexible en esos días, y la circulación entre el primer y el segundo piso no se restringía. Penas, que dormía abajo, subió en busca de licor. Desde el pasillo se dirigió a los cuartos donde estaban los del SIE.

Penas es un hombre corpulento, de un metro ochenta y cinco. Tiene hombros anchos, manos gruesas, un cuerpo que ha trabajado con dedicación. Cuando entró a la celda de Jesús Sosa no parecía borracho. El agente estaba solo.

Penas le pidió un trago. Sosa le dijo que no tenía. Penas vio un líquido que parecía whisky en una taza, y se lo pidió. Sosa le dijo que era té.

—No me quieres dar un trago, ¿no? Concha de tu madre.

Era un mal insulto para Sosa, pero éste calló. Penas se paró, aparentemente para irse. Se detuvo junto a una mesa donde había un televisor y



un equipo de música. Se abrió la bragueta y se puso a orinarlos.

Sosa se levantó y se le acercó. Pretendía llevarlo suavemente hacia la salida. Le habló, pidiéndole que se fuera. Penas lo dejó venir e hizo un gesto de asentimiento. Cuando bajó un poco el enorme tronco, Sosa temió que le enviara un cabezazo, pero Penas se dio media vuelta hacia la salida, como para irse. De pronto volteó rápidamente con su brazo izquierdo extendido. El puño dio de lleno en el rostro de Sosa, que salió despedido por el pasadizo.

Sosa se paró como lanzado por un resorte:

—Concha de tu madre —dijo—. Ahora sí te castage.

El agente se fue encima del capitán, que retrocedió hasta las escaleras. En el trayecto, Sosa tomó un escobillón de madera, que se rompió al primer golpe que Penas recibió en la cabeza.

La pelea continuó en las escaleras, por la tendencia de Penas a bajar. Entre ambos había una diferencia de treinta kilos y veinte centímetros, pero Penas estaba borracho. Sosa lo golpeaba y pateaba sin cesar. En los escalones Penas cayó, y Sosa continuó dándole furiosamente donde podía. Además, lo apaleaba con lo que quedaba del escobillón. Un soldado de guardia trató inútilmente de detenerlo. Cuando el agente se cansó, Penas yacía en las gradas, ensangrentado. El soldado lo ayudó a incorporarse y, luego de cruzar la reja divisoria entre ambos pisos, lo llevó hasta su habitación.

Penas y Sosa fueron castigados con quince días de restricción de visitas. El capitán tenía la cabeza rota y otras averías, y no salió de su cuarto durante dos semanas. Todos en el penal esperaban el momento de su reparación. Se suponía que subiría de nuevo para despedazar a Sosa. Éste decía:

—Que venga, que otra vez le saco la entreputa.

Penas reapareció en el comedor a la hora del almuerzo. Sosa estaba comiendo con otros detenidos. Penas se acercó a su mesa. Los acompañantes de Sosa se alejaron y los comensales se volvieron para observar la pelea. Pero cuando Penas estuvo frente a Sosa, le tendió la mano.

—La cagué —dijo—.

Sosa también le alargó la mano. Penas se fue a buscar su rancho y regresó para almorzar al costado del agente.

En 1994 el coronel Enrique Oliveros acudió de cuando en cuando a visitar a los detenidos del Grupo Colina al cuartel Simón Bolívar. En estos encuentros, el enviado del Pentagonito alimentaba la esperanza de los detenidos en una solución política si Alberto Fujimori era reelegido el año siguiente, y escuchaba sus peticiones e inquietudes. Representaba al comandante general, pero, además, al ser un hombre de confianza de Vladimiro Montesinos en el Ejército, hacía de enlace entre los detenidos, el

Ejército y el SIN. Asombrosamente, todas sus conversaciones fueron grabadas por una fuente que hizo escuchar los registros al autor para ser divulgadas en este libro. Parte de estos audios forman parte del archivo de la investigación. El material original es sumamente extenso y lo que se presentará a continuación son extractos que corresponden fielmente a lo grabado.

Aunque estos diálogos prueban que el gobierno de entonces encubrió los crímenes del Grupo Colina, su importancia trasciende lo judicial. Como ningún otro documento, permiten profundizar en la idiosincrasia militar de los noventa. Los diálogos ocurrieron entre marzo y diciembre de 1994.

### **La profecía**

Cásete 1, lado A.

Conversación con el coronel Enrique Oliveros.

Cuartel Simón Bolívar, 22 de marzo de 1994.

Ha pasado un mes desde la primera sentencia del Consejo Supremo de Justicia Militar. Los reos consideraban muy severas las condenas y los abogados preparaban una apelación. El coronel Enrique Oliveros se reunió con Martín, Pichilingue y los suboficiales.

CHUQUI: Mi coronel, nosotros ya hemos cumplido nuestra parte, ¿no es cierto?

OLIVEROS: Claro.

CHUQUI: Entonces, ahora queremos ver cómo está caminando la otra parte, pues. Por lo menos ver si hay alguna intención, que nos den alguna respuesta concreta. Que nos digan, bueno, tal fecha, tal día, tal mes va a ser la... ¿No?

OLIVEROS: Ya.

CHUQUI: ... O la amnistía, toda esa cuestión. Tal como nos han ofrecido. Estamos así, está pasando el tiempo. Bueno, nosotros seguimos haciendo cosas, entretenidos. Pero por lo menos queremos saber algo.

OLIVEROS: Ya les he dicho que se va a ver eso, pero no pidan precisiones. Es difícil, pues.

CHUQUI: Por lo menos que nos digan: un año. Un año sé que...

SOSA: Un plazo para más o menos estar tranquilos, mi coronel.

OLIVEROS: YO más o menos tengo un esquema. El plazo podría ser el siguiente: entre julio o agosto del 95. Porque hay dos posiciones.

Si no se reelige al ingeniero Fujimori, antes de irse da una ley. Si se reelige, después de su reelección: ¡pa!

CARBAJAL: ASÍ es.

SOSA: Nosotros más o menos hemos pensado también igual.

CHUQUI: Igualito, ¿ah?

OLIVEROS: O sea, piensen entre julio y de agosto a septiembre. Porque

después de que se reelija, con el poder y todo, Fujimori va a dar una gran ley de... de... Va a dar una gran ley de...

SOSA: Como decir, de concordia nacional. Que todo el mundo que estuvo metido en esta situación de...

OLIVEROS: Y (alzando la mano) ¡buuuuum!

CHUQUI: (Imitando a Fujimori) Olvidamos todo y empezamos mi nuevo gobierno con esta ley.

OLIVEROS: ¡Aaaaasí es! Así va a empezar su gobierno, con una nueva ley.

CHUQUI: También lo hemos pensado.

OLIVEROS: ASÍ va a ser. Hasta esa fecha hay que aguantar.

### El general en escena

Cásete 1, ladoB

Conversación con el general Juan Rivero

Lazo Cuartel Simón Bolívar, 22 de marzo de

Después de recibir la visita de Oliveros, Martín, Pichilingue y los suboficiales bajan a hablar con el general Juan Rivero. Éste menciona algo que Oliveros omitió: la amnistía beneficiará a todas las Fuerzas Armadas. Pone como meta julio del próximo año. Como ocurrió.

SOSA: Mi general, una de las cosas que nos hizo referencia el coronel Oliveros es que nuestro caso lo van a ver en julio del próximo año. Y que nos hagamos a la idea de que hasta el 95 todavía no...

RTVERO: Es así, pues. Y eso lo hemos conversado siempre, ah.

SOSA: Pero así no nos lo dijo él cuando...

RIVERO: NO pues, un momentito, un momentito. Esta vaina no la van a ver hasta que pasen las elecciones. Porque si no, el caso otra vez se revive y el gobierno se manda una puñalada sólito. Así es la cosa.

Para mí la fecha límite es julio del próximo año. Ni siquiera julio, ah, porque pasan las elecciones, y si a Fujimori no lo reeligen, con mayor razón, porque también tienen que cubrir no solamente a nosotros, sino a todo el Ejército, a toda la Fuerza Armada. Porque va a comenzar a desfilar por los tribunales todo el mundo. Hay cientos de denuncias de todas partes... Entonces hay que hacerse a la idea de que acá nos tenemos que quedar un tiempito. Paciencia. Si esta vaina es política, políticamente se tiene que tratar. Antes de las elecciones de ninguna manera, porque el gobierno no va a hacer ninguna locura. Porque le arman un alboroto y le friegan las elecciones. Es así. Si ganan, ya está asegurado un período más. ¿Y qué mierda van a decir? Gritarán un ratito.«¡ Ya lo ven, ya sacaron a toda esa gente!». Punto. Y gritarán otra semana. Y allí se acabó para siempre. Así va a ser. Y si no ganan, ¿qué les van a decir después de que se vayan, cuando saquen una ley de amnistía?

SOSA: Terminó todo.

RIVERO: ¡Nada! Entonces, todas las direcciones apuntan para allá.

PICHILINGUE: Así como lo ha hecho Aylwin en Chile.

RIVERO: Allí está. Aylwin ha sacado a los que atentaron contra Pinochet. Y eso que Pinochet tiene la fuerza.

PICHILINGUE: Mataron a seis soldados.

RIVERO: Mataron a seis de sus guardaespaldas, carajo. Y hoy los han mandado al extranjero de paseo. ¿Qué cosa han dicho? Nada. Ni siquiera Pinochet. Tuvo que quedarse calladito. Así es, pues. Esta cosa es así. Entonces ya les estoy diciendo: hasta julio del próximo año debe ser nuestra meta.

### **La compensación**

Cásete 2, lado A

Conversación con el general Juan Rivero Lazo

Cuartel Simón Bolívar, 12 de mayo de 1994.

Hubo una larga discusión entre Juan Rivero y Jesús Sosa en torno a «lo de las casas», un tema de fondo. A través de Oliveros, el Ejército ofreció no muy claramente a los suboficiales del Grupo Colina donarles una casa a cada uno. Era una manera de mantenerlos tranquilos mientras se resolvía políticamente el problema.

RIVERO: Nuestra situación es delicada. Entonces no podemos estar cada mes, cada dos meses, insistir en cosas que el Comando ya está resolviendo.

SOSA: Mi general, un programa, por lo menos. No un plazo para mañana o para pasado.

RIVERO: Pero ya te he dicho que un programa no nos lo va a firmar nadie.

SOSA: Pero, pero mi general...

RIVERO: Estoy diciendo...

SOSA: La parte oficial, la parte que dice que es el contacto con el comandante general, no nos dice nada, mi general<sup>1</sup>. Ese es el problema.

RIVERO: YO te voy a decir, pues, disculpa...

SOSA: NO es que desconfiemos de usted, mi general.

RIVERO: ES que yo sé las normas del lado de la parte oficial. Yo he mandado mi emisario a hablar con la parte oficial; más oficial que el DiNTE y que el... Más oficial. Tranquilo, me dijo: todo va a pasar, todo va a salir bien. Tú tienes que entender en esta cojudez que si movemos ahorita cualquier cosa, si sale lo de las casas y alguien se entera, algún hijo de puta de esos cojudos que tenemos allí, que siempre que nos han jodido... (por eso estamos cagados: porque alguien habló, abrió el hocicazo y por eso

---

<sup>1</sup> Referencia al jefe del SIE, Enrique Oliveros.

estamos jodidos)... algún hijo... desgraciado de esos, salta: «¿Ya lo ven? Ya les dieron su casa, les dieron esto». Entonces no nos saca nadie de aquí.

SOSA: Mire, mi general, yo entiendo lo que usted dice. Pero todo comenzó cuando en diciembre a nosotros nos dijeron: «Bueno, muchachos, van a ir por seguridad a un sitio y no va a pasar nada». Incluso nadie nos dijo a nosotros de un juicio y que íbamos a ser detenidos. Ni que nos iban a poner una condena ni nada. Simplemente nos dijeron que íbamos a afrontar la situación. Y por seguridad, lo aceptamos. Y nos llevaron a Pisco...

RIVERO: Pero eso ya se veía venir, pues, compadre: Espérese, pues, general. Yo le digo las cosas concretas, cómo htian sido desde un principio... Entonces lo aceptamos, nos fuimos... A\ ver (dirigiéndose a uno de los presentes), ¿a ti te dijeron que ibas aa tener un juicio, que ibas a tener una sanción, algo? Nada. Incluso runos dijeron que esto no pasaba de abril, máximo. Así nos dijo el coronel Oliveros. Ya, mi coronel, correcto, nosotros comprendemos, la k«lealtad por delante y todo lo demás. A las finales, nos fuimos a Pisco. EDespués vino la incomunicación. Después fue el coronel, y en vez de ilirnos a ver, a saludar, fue más bien a hacemos problemas. Después, v/vino lo del juicio. Y hubo una serie de situaciones antes del juicio. YY después, hasta ahorita, mi general. Hasta ahorita.

RIVERO: Está bien, pues.

SOSA: Ni siquiera antes ni después de la apelación.

RIVERO: Ahorita, incluso yo mismo he pedido que no vengan, así Qcomo lo oyes. Porque vienen, y a la semana estamos saliendo en las rtrévistas:« ¿No ven? Los están yendo a ver». Esto tenemos que hacerlo enfriar, que se olviden un poco. Porque, en primer lugar, antes que pòr la casa, todos tenemos que luchar por nuestra libertad. Lo otro niños lo van a dar cuando tengan que darlo y ya nos los han ofrecido. BPero no podemos causar un despelote, compadre.

CARBAJAL: Mi general, llegando al extremo: llegamos hasta julio, rJhasta el 28 de julio, y ponen otro comandante general. ¿Va a seguir Ccon la misma política?

RIVERO: Exactamente la misma. Porque el ofrecimiento no....

CARBAJAL: ¿Incluso si se va también el coronel Oliveros?

RIVERO: El coronel Oliveros es un tramitador de mensajes, nada H más. No interesa eso. Tampoco se va a ir. ¿Por qué se va a ir él?

## 1 La confesión

Cásete 2, lado A

Conversación entre Rivero, Sosa, Carbajal y Chuqui

Cuartel Simón Bolívar, 12 de mayo de 1994.

Algunos habían pedido desde el comienzo un cura para escuchar misa. El general y un suboficial hablan de su contacto con Dios, y de sus maneras de confesarse.

CARBAJAL: Creo que el cura, mi general, le dijo a usted la hora exacta en que iba a venir todos los domingos. ¿O cada fin de mes?

RIVERO: Todos los domingos.

CARBAJAL: ¿Todos los domingos?

RIVERO: Todos los domingos debe venir a las once de la mañana.

SOSA: Doce, creo, mi general.

RIVERO: O a las doce.

CARBAJAL: Porque, ¿sabe usted, mi general? El cura, el Día de la Madre, hizo comulgar a gente que venía de afuera. Pero para comulgar hay que confesarse.

SOSA: Qué, ¿tú quieres comulgar? ¿Quieres comulgar? (ríe).

CARBAJAL: Debe venir una hora antes, para que confesemos.

RIVERO: Sí, puede ser.

CARBAJAL: Aunque va a llorar el cura con todo lo que se le diga.

RIVERO: Je, je, je...

CHUQUI: Pero no hay necesidad de decirle para comulgar...

RIVERO: Yo le voy a decir. Él puede venir una vez por mes..<sup>2</sup>

CHUQUI: ... Sin confesar, no más.

RIVERO: ... Y el día en que le toque venir, que venga una hora antes.

CARBAJAL: Claro.

RIVERO: Para que haga confesión.

CARBAJAL: Para confesar...

RIVERO: Está bien, está bien.

CARBAJAL: Veinte minutos cada uno, para después, ya, comulgar.

RIVERO: Va a estar bien recargado (risas). Hay que hacer su acto de contrición cuando no hay... En este caso, por ejemplo, que no tenemos la oportunidad. Simplemente, compadre, que haces tu acto de contrición y puedes comulgar.

CARBAJAL: ¿Ah, sí?

SOSA: ESO voy a tener que hacer yo, mi general (ríe).

RIVERO: Yo me he confesado ante Dios. Yo he comulgado ese día, aunque no sé si me han visto. Yo he comulgado ese día. Yo he comulgado. No me he confesado, pero caramba... yo me he confesado, sí, pero solo ante Dios. No había sacerdote pero yo me he confesado solo y he comulgado (Alguien ríe, no puede establecerse quién).

RIVERO: Preferible sería confesarse con el padre capellán. Porque el otro capellán que va a venir es civil, no es militar. Va a venir una vez al mes el padre Vargas. Él es coronel del Ejército.

SOSA: Mejor un acto de contrición.

RIVERO: Hay que rogar a Dios también todos los días, caray, porque. ..

<sup>2</sup> Aparente contradicción con el anuncio de que vendría un cura todos los domingos. Posiblemente Rivero dice que una vez por mes vendría una hora antes, para confesar a los interesados

Ojalá. Poco a poco. Estamos siendo muy valientes:

CHUQUI: Que sea para bien, mi general.

RIVERO: Tiene que ser para bien (risas). Esto es así. Hay que tener fe, no hay que desesperarse. Acá se ve la grandeza del hombre en los momentos difíciles.

### **El coronel del SIN**

Cásete 3, lado A

Conversación con el jefe del SIE, coronel EP Enrique Oliveros

Cuartel Simón Bolívar, diciembre de 1994

En su última visita del año, el coronel Oliveros no puede responder claramente qué pasará con su estabilidad en el cargo. Lo peor es que en el cuartel Simón Bolívar tampoco se sabe si el general Hermoza continuará como comandante general.

SOSA: Mi coronel, ¿cómo está la situación? -

OLIVEROS: Igual, no hay ninguna variación.

SOSA: Mi coronel, lo que a mí me tiene preocupado este fin de año, es que ya vienen los cambios. Nosotros no sabemos si usted seguirá en el puesto. Y entonces, no sabemos qué jefe va a llegar, cómo va a ser el tratamiento con nosotros.

OLIVEROS: YO tengo que hablar antes, compadre, cosas así. Que se decida tomando conocimiento de muchas cosas pendientes.

SOSA: Entonces, ¿cómo va a quedar nuestra situación? Ese es el problema. El nuevo jefe del SIE. .. ¿comulga con nosotros? ¿No comulga con nosotros? De repente sí, de repente no.

OLIVEROS: Claro, claro.

SOSA: Y si hay nuevo comandante general, podría decirnos: «Ese no es mi compromiso. Ese es un compromiso con el general Hermoza, vaya usted a buscar al general Hermoza». El nuevo jefe del SIE va a decir: «Yo no sé nada, ese es un problema con el coronel Oliveros».

OLIVEROS: NO, el problema es otro.

SOSA: Ahora hay una cosa, mi coronel: usted nos dijo claramente que usted era el nexa con el comandante general, entre nosotros y el comandante general. Pero ahora...

OLIVEROS: El general no me recibe hace dos meses, hermano. Casi dos meses que no me recibe el general.

CHUQUI: O sea, terminado el proceso, estamos en la calle. .

SOSA: Más preocupación para nosotros, pues, mi coronel.

OLIVEROS: A mí no me recibe. General, quiero hablar con usted... (imitando a Hermoza:). A ver, por el video<sup>3</sup>. Me corta, compadre.

<sup>3</sup> Se refiere al videoteléfono por el que los jefes del SIE podían hablar con el

CHUQUI: De repente, mi coronel, usted tiene conocimiento de algo y por temor a que se difunda o salga no nos quiere decir nada. Mejor de una vez nos dice.

OLIVEROS: Tengo conocimiento de algo que les voy a decir a ustedes, eso no lo difundan. Me han dicho que me quedo en el SIE el próximo año.

CHUQUI: Ni hablar, mi coronel. Es lo máximo.

SOSA: ¿Está ratificado?

CHUQUI: ... Da tranquilidad.

OLIVEROS: YO lo solicité<sup>4</sup>.

SOSA: Da más tranquilidad.

<sup>5</sup>CHUQUI: Es una duda que teníamos. OLIVEROS: YO estoy nombrado para el CAEM<sup>5</sup> pero por... SOSA: Claro, pero si nosotros sabíamos que usted tiene que irse al CAEM y por eso venía nuestra preocupación.

OLIVEROS: ... Pero por... este... no se puede divulgar. SOSA: NO, no se preocupe.

Durante todo el año Jesús Sosa había decidido presionar exageradamente. O porque Oliveros no venía con frecuencia, o porque el penal dificultaba las visitas, o porque no le daban las casas a Carbajal y a Chuqui. Los reclamos de fondo, la libertad y la compensación económica, estaban resueltos, pero diferidos por el Comando hasta después de las elecciones. Sin embargo, también en este punto presionaba cuando podía. No era sólo por temperamento. A Sosa le interesaba que en el Pentagonito sintieran en todo momento que ellos estaban incómodos, disconformes y alerta. De lo contrario, los generales y el gobierno podían relajarse y ser negligentes en la solución del problema. Él lideraba esta posición con el respaldo de los suboficiales y, eventualmente, de Pichilingue. Martín, después de su primera discusión con Oliveros, se había mantenido como observador. Rivero, como ya se ha visto, encaraba a Sosa para que no se desbordara.

Finalmente, el tiempo les dio la razón a los dos, a uno después del otro. En las elecciones de 1995 Alberto Fujimori venció a Javier Pérez de Cuéllar, y ese año el Congreso, que se iba en medio de un escándalo, prolongó la famosa ley de amnistía. Pero cinco años después, tras la caída del régimen *fujimontesinista*, los nuevos mandos militares desconocieron los compromisos de lealtad de los comandos anteriores. El poder judicial, acatando un fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos que declaró inconstitucionales las amnistías, reabrió los procesos de La Cantuta y Barrios Altos, y persiguió nuevamente a los miembros del Grupo Colina. Hacia fines del 2003, luego de que la Policía los *cazara* en diversos

comandante general.

<sup>4</sup> Interesante afirmación. ¿A quién se lo solicitó si hacía dos meses que no despachaba personalmente con Hermoza? Sólo hay dos posibilidades: el gen ral Nadal, que no lo decidía, o Montesinos.

<sup>5</sup> Centro de Altos Estudios Militares.



escondrijos, todos ellos estaban detenidos. Menos Jesús Sosa, quien jamás fue hallado.

El agente estaba lejos de presentir estos acontecimientos cuando, la noche del 14 de junio de 1995, sentado en su celda, se enteró por la televisión de que la ley de amnistía había sido aprobada. Llamó al resto para darles la nueva, y desde ese momento se pusieron a celebrar. Estaban libres, y todos creían que para siempre.

Bebieron sin parar todo el licor que tenían almacenado, comenzando por las dos botellas de whisky que les había regalado el coronel ejecutivo de la **DINTE**, Víctor Silva Tuesta; al día siguiente, a medias repuestos de la borrachera, arreglaron sus cosas para largarse cuanto antes. No necesitaban ningún trámite para abandonar el penal, pero advirtieron una dificultad: una multitud de periodistas hacía guardia frente al cuartel Simón Bolívar, con la intención de fotografiarlos y obtener sus declaraciones. Parecía imposible evadirlos, hasta que a alguien se le ocurrió una idea. Cuando la pusieron en práctica, descubrieron más bondades de los cuarteles de intendencia, pues no sólo abastecen de comida al Ejército sino que se encargan de organizar todos los entierros miliares. Flores funerarias, ataúdes y carrozas son materia dispuesta en sus instalaciones, para facilitar cualquier servicio funerario del Pentagonito. Incluido —por qué no— el discreto transporte de su escuadrón de la muerte.

Al mediodía del 15 de junio, la puerta trasera del cuartel Simón Bolívar se abrió para que dos vehículos con lunas cubiertas salieran hacia la calle Paseo de los Andes. Los miembros del Grupo Colina iban adentro, felices y contentos. Las carrozas fúnebres no fueron advertidas por los inquietos periodistas mientras torcían sucesivamente por las callejuelas de Pueblo Libre hasta llegar a la avenida Brasil, donde por fin avanzaron resueltamente rumbo a la libertad.

## CAPÍTULO 20

# Últimas revelaciones

(Dios ya lo sabe)

Una medianoche de abril de 1993, Justo Arizapana, de treinta y seis años, dormía junto a sus bultos de basura en un paraje cercano a Cieneguilla denominado La Quebrada, a cinco kilómetros al este de Lima. Camiones municipales tiraban allí parte de los desechos de la ciudad, al fondo de un desfiladero de cerros. Por aquellas semanas Arizapana buscaba cartones y latas para venderlos a un depósito de Vitarte. Su oficio tenía un nombre adecentado, *reciclero*, y lo ejercía desde 1991, poco después de que cumpliera una condena de diez años en el penal de Lurigancho. Mucho antes también estuvo en prisión, porque Arizapana había sido un hombre violento, un subversivo o, como él diría, un luchador político. Pero desde su nueva libertad, aun odiando como odiaba el capitalismo, estaba obligado a ser uno más del sistema, y todos los días a las siete de la mañana tomaba un microbús para dirigirse a La Quebrada, como otros se van a la fábrica o a la oficina. Llegado al lugar, daba un vistazo general a los desperdicios, al modo de un gerente de producción, y después sacaba de un escondite su pico y sus tenazas, lo único que necesitaba para trabajar, además de bolsas de plástico que obtenía en la misma basura. El pico era para escarbar en busca de objetos sólidos, y las tenazas para recoger residuos útiles en las cenizas de la basura quemada, chucherías que por su naturaleza no se incineraban: marcos de metal, primus, cucharas, cacharros de cobre, cañerías, hebillas. Al cabo de la jornada, si la recolección había sido escasa, se retiraba llevando sus productos al hombro. En un buen día terminaba con varios bultos pesados, carga excesiva para un microbús. Entonces ocultaba la basura por los alrededores, en lugares de difícil acceso, y durante los días siguientes seguía almacenándola hasta que tuviera suficiente como para llenar un camión. Demoraba una quincena en acopiar lo necesario, y contrataba un vehículo con anticipación. Dos o tres días antes de la fecha indicada, Arizapana llevaba el cargamento al borde del desfiladero, para facilitar el embarque, y lo cuidaba por las noches, durmiendo a su lado. Algunas veces se lo habían robado, en su ausencia. Pero aquella noche vigilaba personalmente, encima de su cama de cartones, en una zona alta desde donde advertiría la aparición de cualquier pericote.

Lo despertaron ruidos potentes, rugidos de motor. Arizapana se sobresaltó. Desde donde estaba, escondido detrás de uno de sus bultos, vio que ingresaron lentamente dos camionetas de una cabina, cuyos faros alumbraban el centro del desfiladero. Avanzaron hasta donde es posible que ingrese un vehículo, un lugar denominado El Peñón, en el que se detuvieron. Pero no parecía basura lo que traían encima. No era masa grande; su contorno aún no lo podía ver claramente.

De las camionetas bajaron unos hombres que se pusieron a contemplar lo que los rodeaba, como si buscaran algo en medio de los cerros, la oscuridad y la basura. A algunos les colgaban fusiles ametralladoras del hombro. Otros llevaban linternas, y comenzaron a dirigir sus haces hacia los costados.

—¡Policías! pensó Arizapana, alarmado. Tenía la sicología de todo perseguido por la justicia, pues, a la sazón, figuraba nuevamente en una lista de requisitorios. Había cometido un error absurdo. Como estaba en libertad condicional —en 1989, tras ocho años de carcelería, se acogió a este beneficio para reclusos ejemplares a quienes falta poco para salir— debía presentarse cada cierto tiempo ante un juez. No lo hizo, y perdió la gracia. Lo último que deseaba era que una autoridad le pidiera documentos y lo devolviera a Lurigancho.

Su *odio de clase* había comenzado veinte años atrás, cuando tenía dieciséis. Criaba ovejas en la parcela de sus padres, en las sierras de Yauyos, departamento de Lima. Un día vio a un grupo de policías expulsar de unos pastizales a campesinos pobres de Catahuasi, en cumplimiento de una orden judicial. Los golpearon, destruyeron sus viviendas e incendiaron sus pertenencias. Las familias quedaron con sus niños a la intemperie. En estas circunstancias conoció a Raymundo Sanabria, un estudiante universitario perteneciente a la comunidad desalojada. Sanabria planteó tomar venganza cuanto antes, y el pastor, sin pensarlo mucho, cediendo súbitamente a su indignación, lo apoyó. Hasta entonces Arizapana no se había revelado como un hombre pendenciero ni de izquierda y es posible que sólo en ese momento supiera que era capaz de tomar una resolución peligrosa. El 30 de agosto de 1974, durante las celebraciones por el Día de la Policía, Sanabria, Arizapana y otros dos jóvenes más ingresaron a la comisaría de Catahuasi, mientras los guardias se emborrachaban cerca de allí. Robaron fusiles, uniformes policiales y máquinas de escribir. Una vecina reconoció a Sanabria, quien fue capturado, juzgado y sentenciado. En el proceso nunca delató a Arizapana. Cuando salió en libertad condicional, dos años después, lo buscó en Yauyos, y tuvieron un emotivo reencuentro. Arizapana ya se había hecho subversivo por su cuenta, en las filas de Vanguardia Revolucionaria Político-Militar. Por su parte, Sanabria pertenecía al Ejército Popular Peruano (EPP). Ambos tenían mucho en común: la amistad, el terruño, la ideología. Además, eran hombres de

acción más que de discusiones, creyentes a morir en la lucha armada. ¿Qué otra cosa podían hacer sino prepararse para la revolución? Un día fueron a Catahuasi a practicar tiro, y al regreso, en un ómnibus que iba a Lima, cada uno con un revólver escondido, un policía del lugar reconoció a Sanabria, quien, pese a gozar de libertad restringida, estaba requisitoriado. Incurriendo en el mismo error que cometería Arizapana muchos años después, había dejado de presentarse de cuando en cuando ante el tribunal que lo condenó. El policía decidió llevarlos a la comisaría de Cañete. En el camino, Sanabria lo mató de un disparo en el pecho.

Huyeron hacia los campos de cultivo y estuvieron varios días a salto de mata, evadiendo la persecución de helicópteros y patrullas de tierra, ya fuera corriendo para dejarlos atrás o enterrándose para engañar a los perros, avanzando hacia el norte según iban burlando los tres cercos que les hicieron. En Lima se separaron, pero varios meses después los detuvieron, a Sanabria primero. En un descanso de las torturas, con una uña reventada y los hombros desarticulados, Arizapana reconoció a duras penas a Sanabria. Estaba a su costado, tumbado, silencioso, el rostro desfigurado. Juzgados que fueron, Arizapana, quien aún era menor de edad pues no cumplía los dieciocho, recibió una pena benigna y salió en libertad en 1979. Sanabria, en cambio, fue sentenciado a veinticinco años de cárcel y destinado al Sepa, una cárcel de alta seguridad en medio de la selva. De allí escapó en 1982, pero ya no volvieron a verse: para entonces Arizapana había caído nuevamente en prisión. Un año antes fue capturado en una disputa sin muertos entre comunidades de Yauyos, con participación de varios militantes armados de Sendero Luminoso. Como cargaba un revólver, en el juicio lo consideraron senderista. En 1989 cumplió tres cuartas partes de una pena a doce años y pudo salir en libertad por buena conducta. Ya no encontró a Sanabria para volver a las andadas: había muerto de un tiro en 1985, intentando asaltar un grifo de Cañete.

Ahora Arizapana no quería perder su libertad por culpa de estos intrusos a los que veía en El Peñón. Llevaba dos años como reciclero y no le iba mal. Al llenar un camión con una carga de diez toneladas, a razón de diez céntimos el kilo, obtenía doscientos soles. Ese era su salario mínimo. Comía con ocho a diez soles diarios, de modo que no pasaba hambre. Ganaba lo suficiente y se sentía libre siendo su propio patrón. La idea de regresar a la cárcel lo espeluznaba.

Decidió subir hacia lo alto de los cerros. Lo hizo velozmente, con silenciosos trancos, y se estacionó en una atalaya, a treinta metros de los intrusos. Observó que eran ocho o diez y que empezaron a cavar la tierra de unas lomas, con los picos y lampas que habían traído. De las camionetas bajaron unas cajas de cartón. Arizapana vio que enterraban las cajas en tres lugares distintos.

Cuando los hombres se fueron, el reciclero se quedó en su puesto de

observación, meditando. «Son armas o drogas», pensó, deseando que fueran armas, pues las podía vender a buen precio. «Pero también pueden ser minas, así que mejor no escarbo y me pongo a husmear de día, cuando pueda ver bien clarito».

Al amanecer, Arizapana removió la tierra donde habían enterrado las cajas, y con mucho cuidado metió la mano para tantear. Sacó jirones de tela que despedían un olor agudo. Volvió a buscar y palpó cenizas. Luego sacó un hueso largo.

—¡Muertos! —exclamó.

Su deducción fue instantánea. Había visto el entierro de restos humanos en cajas de cartón. Los hombres de las camionetas eran militares. ¿Qué podían estar escondiendo? Podía apostar que eran los cuerpos de La Cantuta.

Arizapana conocía del caso. Cargaba una pequeña radio en la que escuchaba las noticias del día. Había escuchado la denuncia de Henry Pease en el Congreso. Sabía que los militares habían sacado los tanques a la calle y que se oponían a ser investigados.

La deducción lo intranquilizó. Él quería que se descubrieran los restos, pero ¿qué podía hacer? Era un marginal. Si iba a la Policía, lo encarcelaban. No se fiaba de los diarios ni de las televisoras del sistema. Había que pensar mucho. Metió el hueso al hueco de donde lo había sacado y se retiró del lugar con sus bultos al hombro.

Durante varios días Arizapana vivió con su secreto auestas. En su mente buscaba aliados para la revelación, pero desconfiaba de todo el mundo. El mes de abril acabó sin que hubiera regresado a Cieneguilla. Un día transitaba por la plaza de Comas, sumido en sus cavilaciones, cuando se topó con su amigo Guillermo Catacora.

Habían estado juntos en prisión, vivían en el mismo distrito y de algún modo compartían una actitud política extremista. Catacora era mucho mayor, pues en 1993 contaba sesenta años. Aunque inicialmente no pensó en él como confidente de su hallazgo, el encuentro hizo que lo decidiera. Luego de saludarlo, le refirió todo lo que había visto en Cieneguilla y le pidió que lo acompañara al mismo lugar para que pudiera ver con sus propios ojos que lo que contaba era cierto.

Habíamos dejado a Catacora en junio de 1986, en Lurigancho, ayudando a esconderse al único sobreviviente de la matanza de presos senderistas, Efrén Ticona. Entonces Catacora, natural de Puno, cumplía una condena de diez años por haber producido pequeñas dosis de clorhidrato de cocaína. No era su primera vez. En 1951, cuando tenía dieciocho años, le dieron tres años por robar en domicilios. En 1971 pasó seis meses detenido por alojar a un subversivo herido de bala. Seis años más tarde, atribuyéndosele vinculaciones con el Ejército Popular Peruano de

Raymundo Sanabria —lo capturaron en un camión con dinamita—, fue encarcelado hasta 1978, año en que lo benefició una amnistía política. En esta segunda estadía en Lurigancho conocería a Justo Arizapana.

Desde que salió de El Frontón, tras cumplir su primera condena, estuvo vinculado a organizaciones de izquierda. Primero al Partido Comunista, hasta la división chino-soviética de 1966, luego de la cual siguió a los maoístas, en particular a los comprometidos en acciones armadas. No le interesaba la teoría, sólo la práctica revolucionaria. Recién a los veinte años, en la prisión, había aprendido a leer y escribir, gracias a los comunistas. Después desarrolló naturalmente su verdadera vocación y talento: la de artesano. Trabajaba con hierro y madera, con cerámica, pieles y con casi todo tipo de materiales. En esa línea, hacía y reparaba armas de guerra con prodigiosa habilidad. En 1968, delegados del Partido Comunista Chino que visitaban encubiertamente Lima lo vieron hacer granadas, minas y trabucos, y decidieron llevarlo a su país para perfeccionarlo en la armería y dotarlo, de paso, de una mayor formación política. Catacora no les dijo que con las justas podía escribir su nombre en castellano, y pasó ocho meses en China sin mayor beneficio para la ideología. Era, en suma, un hombre de apoyo del maoísmo en guerra, siempre dispuesto a ayudar y a producir materiales para el ataque. Entrevistado para este libro en varias oportunidades, entre el 2001 y el 2003, Catacora dijo que, pese a sus antecedentes, nunca se hizo un delincuente común, en el sentido de que no fue asimilado por las relaciones y usos y costumbres del hampa.

«Cuando era muchacho, robaba porque no tenía trabajo, para vivir, pero después me metí a apoyar grupos revolucionarios; fue uno de ellos el que decidió obtener fondos con la droga y entonces empecé a fabricarles cocaína en pequeña escala. Después lo hice ocasionalmente, por mi cuenta, para mantenerme. En una ocasión me pidió clorhidrato un policía, y resultó ser una trampa».

Cuando Arizapana le contó su historia, Catacora se hallaba dedicado a la artesanía de tiempo completo. Como pocas veces en su vida estaba sin compromisos políticos, aunque siguiera descando, en lo más íntimo, una revolución de verdad que acabara con los potentados.

—Yo creo que tengo la solución a tus dudas —le dijo Catacora a su amigo—. Creo que debemos ir a ver a mi paisano, el congresista Roger Cáceres Velásquez.

En el despacho del congresista, Catacora y Arizapana esperaron unas dos horas. Antes de pedir la cita habían ido a Cieneguilla para comprobar que los restos seguían allí. Sacaron como muestra unos huesos y un poco de carne quemada. La metieron en una bolsa de papel, que introdujeron sin restricciones al Palacio Legislativo. Cuando Cáceres Velásquez finalmente los recibió, saludó primero a Catacora, a quien conocía.

Anocheía y el congresista lucía cansado. Le faltaba un mes para entregar las conclusiones de la comisión investigadora de las desapariciones de La Cantuta. Su dilatada carrera parlamentaria se había caracterizado por la defensa de los intereses del sur andino, donde su familia —su hermano y uno de sus hijos— ejercían liderazgo político desde su partido, el Frente Nacional de Trabajadores y Campesinos. Roger Cáceres era razonable y se comportaba con ecuanimidad. Era un hombre serio.

—Paisano —le dijo Catacora , le tenemos una sorpresa.

A continuación le dijo que él y su acompañante sabían dónde estaban los muertos de La Cantuta. Puso sobre la mesa la bolsa de papel, sacó su contenido y le contó los antecedentes del hallazgo.

Cáceres Velásquez les dijo que la historia era extraordinaria, y después se quedó meditando profundamente. Al cabo de un buen rato, les pidió que le enviaran una carta mediante la cual le hicieran entrega de los restos óseos disponibles y le indicaran con claridad el lugar de donde provenían. El congresista asumiría la investigación y ellos permanecerían en el anonimato. La carta no llevaría firma. Catacora y Arizapana, en efecto, no deseaban ser mencionados ni ser objeto de inquisiciones. Al primer contacto con la Policía, Arizapana se quedaba guardado.

Los amigos salieron eufóricos del Congreso. Al día siguiente, en Comas, dibujaron un mapa de las fosas de Cieneguilla en un papel cometa amarillo. Como era suficientemente grande, escribieron allí el texto indicativo y sus dedicatorias. Arriba, señalaron al destinatario del documento: el presidente de la comisión investigadora.

De inmediato fueron al centro de Lima y dejaron el mapa en la oficina de Cáceres Velásquez, metido en una bolsa que también contenía los huesos. De acuerdo con la versión brindada por Arizapana y Catacora para este libro, un asistente del congresista los buscó después en Comas y les pidió hacer otro mapa, cambiando la frase indicativa del receptor. Si no iban a firmar el documento, ¿no sería mejor dirigirlo «a la opinión pública», así, en general, y no específicamente al congresista Cáceres Velásquez?

Hicieron un segundo mapa, ayudándose con el primero. Es decir, calcando sus trazos. Fue así como el mapa dirigido «a la opinión pública» se quedó en las manos del presidente de la comisión investigadora, quien luego lo entregó a la revista *Sí*.

Después de esta buena acción, Arizapana y Catacora salieron de escena. Guardaron el mapa original, el primero. Pero este documento no quedaría para el recuerdo. También tendría su historia.

Catacora y Arizapana estaban confundidos. Habían pasado tres semanas y Cáceres Velásquez no hacía nada. Peor aún, se anunciaba el final de las

labores de la comisión investigadora, la entrega de las conclusiones, y ni una palabra de diligencias en Cieneguilla, ni una sorpresa. ¿Habrían sido engañados por el congresista? ¿Se habría acobardado?

En todo caso, ellos no podían dejar que las evidencias se perdieran. Los amigos discutieron al respecto en la plaza de Comas, sentados en una banca. Catacora había ayudado a delinear aquel lugar, porque fue uno de los primeros invasores de las tierras del distrito, en los años sesenta. Extrañamente, esta plaza no tenía iglesia. Su edificio principal era la municipalidad, que ocupaba todo un lado, y había otros dos inmuebles característicos: en otro lado, el colegio San Judas Tadeo, y al frente, una casa de tres pisos en cuya primera planta funcionaba un taller fotográfico y un pequeño centro de servicios útiles: recados, llamadas telefónicas, faxes, copias fotostáticas, filmaciones. No tardaremos en comprender la importancia de todo aquello.

Por la plaza cruzó Juan Jara Berrospi, de treinta y tres años, periodista de Radio Comas. Los círculos bien informados del distrito lo consideraban próximo al senderismo.

—¡Juanito Jara! —dijo Catacora—. Él es el hombre.

Ese día Jara quedó en posesión del secreto de Catacora y Arizapana. El periodista se comprometió a difundir lo que llamó «una primicia mundial», y nuevamente los intermediarios quedaron conformes. Sin duda, Jara era una buena elección.

Para que Jara tuviera el mapa en su poder, fueron a sacarle una fotocopia al establecimiento que ofrecía esos servicios en la plaza de Comas. Los atendió una mujer que desapareció de sus ojos por un momento para hacer la reproducción.

Catacora y Arizapana no sabían que aquella tienda había sido montada en Comas por el SIE, para que la administrara su agente Hans Ibarra.

La tarde del 9 de julio de 1993, el agente del SIE Hans Ibarra atendía su negocio en el número 549 de la calle Los Pinos, frente la plaza de Armas de Comas. En realidad, observaba los movimientos en el exterior. Desde hacía varios días advertía un fenómeno inconfundible: la vigilancia policial a una casa de los alrededores. Ibarra sabía cuál era: el local donde se editaba el periódico senderista *El Diario*. Quedaba a media cuadra de su establecimiento, en la misma calle y en la misma acera. El motivo de su atención eran tres miembros del Grupo Especial de Inteligencia de la DINCOTE, bien sentados en una banca y mirando permanentemente hacia la sede senderista. Había también un auto estacionado a un costado. El agente supuso que desde allí estarían tomando fotografías, o grabando. Él ya tenía sus imágenes propias. Pues, ni corto ni perezoso, había fotografiado desde una ventana a los policías. Una de sus fotos se reproduce en este libro.

Llevaba un par de días meditando profundamente. Debía tomar una



decisión. Esa tarde la adoptó. Tomó una boleta de recado y con ella en la mano salió a la calle. Una de las prestaciones de su establecimiento era entregar mensajes a los vecinos que no tenían servicio telefónico. Recibía el encargo en su número y luego un mandadero iba con una papeleta que, con el título de «Centro de Mensajes Estrella», ofrecía «Discreción, seguridad, confianza, lealtad», e indicaba el contenido del mensaje, hora, procedencia y costo. Eso lo sabía todo el mundo en el barrio. Ibarra salió, pues, con el papel en la mano, bien visible para que lo grabaran los policías, y se dirigió resueltamente al local senderista. Llegado allí, tocó a la puerta.

Alguien le abrió. Era un joven y receloso senderista. Ibarra lo conocía. Realizó un amago de entregarle la papeleta, pero no lo hizo. Al mismo tiempo, le dijo:

—Huevones, los están vigilando. Largúense o los joden.

Y se fue.

¿Por qué hacía eso? Lo que le habría costado un juicio militar, prisión y otras desventuras de haberlo sabido sus jefes en aquel tiempo, para él era absolutamente sensato. Vivía en una zona infestada de senderistas, y ellos sabían que era miembro del Servicio de Inteligencia del Ejército. Era comeño antiguo, objeto de atención de gente que sabía quién era quién en el distrito. Al menor indicio de que estuviera comprometido con acciones que terminaran en detención o muerte de terroristas, él o su familia lo iban a pagar. Estaba expuesto, en medio de la plaza, al alcance de las iras del Comité Zonal Norte de Sendero Luminoso. Cuando cayeran *El Diario* y sus periodistas, los del comité iban a preguntar: ¿qué hizo o dejó de hacer Hans Ibarra?

Además, su frente de trabajo no era el terrorismo. Eso lo sabían claramente en La Fábrica, aunque no todos apreciaran su delicado trabajo encubierto. Ibarra tenía el centro fotográfico y de filmaciones más importante de Comas, con el dinero que el SIE le dio para establecerse allí, en 1989. Tirios y troyanos del distrito estaban documentados en sus archivos. Públicamente era un militante izquierdista, y no cualquiera. Estaba infiltrado en los círculos que apoyaban al régimen cubano, había viajado dos veces a La Habana, se había tomado fotos con Fidel Castro, y estaba en camino de meterse de cabeza en el movimiento de derechos humanos y conocer sus vínculos y conexiones internacionales. A él no le correspondía investigar en qué locales de Comas Sendero Luminoso planeaba atentados. No podía hacerlo si vivía tan expuesto. Ahora bien, tampoco podía ir donde el coronel Oliveros y decirle: «La DINCOTE está vigilando el local de *El Diario*, les van a echar mano y a mí me van a matar». Un jefe de verdad haría que él se hubiera largado del país por lo menos un año antes. En cambio ahora, si no les advertía explícitamente, los senderistas no iban a creer que él no los delató.

Al día siguiente, cuando la Policía allanó finalmente el local, no le sorprendió que él fuera uno de los detenidos. Sabía que le darían libertad en los días siguientes, cuando el coronel Enrique Oliveros lo identificara ante la DINCOTE. En la prisión, los senderistas supieron que fue detenido porque la Policía registró su visita al local de *El Diario*. Ibarra se felicitó de su actuación. El Comité Zonal Norte se convencería de que él no había sido el delator.

### **El camarada Pedro**

Extracto de una entrevista al camarada Pedro, responsable de un cajón de la Zona Norte, en Comas<sup>1</sup>.

R.U.: ¿Cómo debo presentarlo?

PEDRO: Tengo una responsabilidad en el trabajo político de la Zona Norte. Conozco la situación de Comas desde hace varios años. Dejémoslo así.

R.U.: ¿Por qué fue allanado el local de *El Diario* en 1993?

PEDRO: Hicieron un trabajo de seguimiento. Ese año había mucho trabajo de inteligencia de la Policía. La DINCOTE mostró videos de las personas que ellos seguían y que después cayeron en el allanamiento. Así llegaron hasta el local de Los Pinos.

R.u.: ¿Qué información tenían ustedes de Hans Ibarra?

PEDRO: Creíamos que era un elemento del servicio de inteligencia de la Policía. Inicialmente no supimos que era del Ejército. Después sí, cuando fue capturado en el allanamiento a *El Diario* y el Ejército lo sacó de la DINCOTE.

R.U.: ¿Por qué creían que era de la Policía?

PEDRO: Por sus actitudes, por la forma en que se desenvolvía. En todo lado estaba fotografiando, y después filmaba, con una fumadora grandaza. Estaba en todos los eventos. En 1991, por ejemplo, en la sala de actos del Concejo Municipal de Comas, compañeros nuestros lo vieron demasiado interesado en filmar todos los rostros de los dirigentes vecinales. Nuestra gente evitó ser filmada e informó al partido.

R.U.: Pero pudo haber sido contratado. Él brindaba servicio de filmaciones.

PEDRO: Es que había más. En Comas hicimos mucho trabajo político y de inteligencia operativa. Nosotros agrupamos a las barriadas por cajones y en cada cajón buscamos saber quién es quién. Con mayor razón en la plaza de Armas de Comas, donde, a dos casas de Ibarra, vivía Luis Timoteo Argote, y a cuatro casas, Héctor Zegarra Mori, ambos conocidos militantes

---

<sup>1</sup> Siguiendo la política de seudónimos usada en este libro, el de Pedro no es inventado para esta ocasión. Fue usado por el entrevistado en el trabajo de masas. No corresponde a su seudónimo de militante, que es protegido para el trabajo clandestino. El secreto dura hasta que la Policía lo descubre.

del partido<sup>2</sup>, para mencionarle algunos nombres. En una evaluación nuestra de 1989, mire, de 1989, aparece Ibarra como presunto agente de la Policía. Por más que él pusiera sus cartelotes de Izquierda Unida en su casa, y con altavoces llamara a reuniones populares, nosotros desconfiábamos. Era un tipo muy interesado en la política por fuera, pero a la hora de las asambleas estaba más empeñado en fotografiarte. Los de Izquierda Unida no sabían a quién tenían adentro.

R.U.: Ustedes han matado a muchos policías y militares. ¿Qué política siguieron con Ibarra?

PEDRO: Bueno, es una pregunta que requiere una respuesta muy densa. Hay muchas razones por las que se ha ajusticiado a miembros de las fuerzas de seguridad. Yo sólo puedo decir que no tenemos nada en contra de Ibarra. No hizo nada contra nosotros. Y eso que hemos dudado. Lo investigamos.

R.U.: ¿Por qué?

PEDRO: Porque después del allanamiento de *El Diario*, y de la certeza de que había un miembro de inteligencia del Ejército en la escena, nos pusimos a estudiar qué había tenido que ver Ibarra con detenciones de compañeros en Comas a los que él conocía, y que eran sus vecinos y hasta amigos. En lo de *El Diario* no. En ese caso incluso quiso avisarnos, pero los de adentro no reaccionaron a tiempo. En otras detenciones, como las de Luis Timoteo, Héctor Zegarra, Pastor Cocha y otros, tampoco tuvo nada que ver. Eso lo comprobamos minuciosamente.

Cuando el periodista de Radio Comas, Juan Jara Berrospi, recibió el mapa de manos de Catacora y Arizapana, fue a tomar fotos a Cieneguilla antes de entregar el material a *El Diario*. La madrugada del 10 de julio de 1993, al ser capturado con Juan Mallea frente al local clandestino del periódico, tenía en su poder el mapa y un rollo de fotografías. Fue juzgado por apología del terrorismo y sentenciado a veinte años de prisión. En el proceso pudo haber revelado sus fuentes, lo que lo habría beneficiado enormemente, pero calló. Los jueces presumieron que la presencia del mapa de las fosas en *El Diario* fue parte de una conspiración terrorista.

Jara fue juzgado nuevamente entre el 2003 y 2004, cuando ya habían sido derogados los decretos antiterroristas expedidos por el régimen de Fujimori, contrarios al debido proceso. Aunque la figura delictiva de apología del terrorismo había desaparecido, Jara se negaba a explicar la procedencia del mapa. Para entonces, el autor de este libro había obtenido

---

<sup>2</sup> Pedro se refiere a una etapa en la que Timoteo y Zegarra estaban libres. En 1994, Timoteo fue detenido en Cajamarca y purga condena. Zegarra también fue detenido y salió en libertad por falta de pruebas. Actualmente está desvinculado de Sendero Luminoso

la autorización de Arizapana y de Catacora para contar su historia, pero no podía decir sus nombres ante un tribunal. De todos modos, se ofreció a declarar en la audiencia pública del 12 de enero del 2004:

JUEZA JIMENA CAYO: ¿Usted tiene conocimiento de quiénes entregaron el mapa a Juan Jara?

RICARDO UCEDA: Sí. Fueron dos personas. Una de ellas vio enterrar los huesos de los desaparecidos de La Cantuta en las inmediaciones de Cieneguilla. Este testigo, con otro amigo, prepararon las evidencias que permitieron a la revista *Sí* descubrirlas. Y luego también le entregaron el mapa a Juan Jara, a quien conocían de Comas.

JUEZA: ¿Estas personas eran senderistas?

R.U.: No. Querían que se difundiera la noticia por cualquier forma. Y creo que eso es lo que, en última instancia, buscó hacer Jara, aunque el medio no era el más indicado.

Juan Jara Berrospi salió en libertad en febrero del 2004, luego de diez años de prisión en Canto Grande.

Primeros días de agosto de 1993. El escándalo producido por el descubrimiento de las fosas de Cieneguilla, el 8 de julio, no se había disipado aún. En la cafetería de La Fábrica, dos agentes conversan en voz baja. Uno es Jesús Sosa. El otro, un hombre cuya identidad no es posible revelar.

El diálogo entre ambos fue decisivo en el caso de La Cantuta. Lo que acordaron determinó que en noviembre del mismo año un miembro del Grupo Colina, que nunca fue identificado, revelara a la revista *Sí* la ubicación del resto de cadáveres desaparecidos. Esto permitió los desentierros de Huachipa en el mismo mes.

En diciembre del año 2000 el autor se reunió con ambos personajes y reconstruyó el diálogo que sostuvieron. Lo que sigue es lo que recuerdan haberse dicho. Por razones judiciales, ellos no necesariamente confirmarán la versión en público. Hasta el cierre de la edición de este libro Sosa continuaba siendo el único prófugo de los miembros del Grupo Colina enjuiciados por diversos asesinatos. El otro está detenido, y sostiene lo mismo que la totalidad de encausados: que nunca participó en hechos criminales.

En el diálogo, el agente no identificado será denominado Montfort. Es el seudónimo real que usa para comunicarse con el autor, de cuando en cuando. Se debe a su admiración por Luis María Grignon de Montfort, un santo francés devotísimo de la Virgen María y lleno de afecto y solicitud por los marginados.

Los interlocutores ya se habían reunido una vez en la misma semana. Ahora Sosa había citado a su amigo para hablarle de algo muy específico.

Luego de referirse a temas intrascendentes para el relato, Sosa fue el grano.

SOSA: He estado pensando en lo que me dijiste. Te confesaste y el cura te dijo que pensaras en el dolor de los familiares que lloraban a sus deudos.

¿Te acuerdas?

MONTFORT: Sí, claro.

SOSA: ¿TÚ no le dijiste al cura que los muertos eran de La Cantuta, no?

MONTFORT: NO, sólo que yo era militar y que por mi trabajo había tenido que matar y enterrar a gente involucrada con el terrorismo.

SOSA: Bueno, pero el cura te movió el piso, ¿no?

MONTFORT: NO, yo ya tenía movido el piso desde antes de confesarme.

SOSA: Bueno, mira. He estado pensando... Esto va a terminar muy mal.

¿Supiste que encontraron llaves junto con los huesos? Yo dudo eso. Deben de haberlas sembrado. De todos modos, creo que al final van a identificar los cadáveres. Seguramente habrá un juicio en el fuero militar. Y, allí, ¿sabes quiénes van a salir más jodidos? Nosotros.

MONTFORT: Pero nos conviene más el juicio en el fuero militar. Hermoza puede manejar eso mejor. En realidad, puede manejarlo como quiera.

SOSA: NO, te equivocas. En el fuero militar nos van a decir: ustedes deben admitir culpabilidad en esto y lo otro. Tú te declaras culpable de tal cosa y tú de tal otra. Y, por supuesto, dirán que Rivero no sabía nada. Porque si él admite que lo sabía, cae el comandante general. Van a joder gente desde Kike hacia abajo.

MONTFORT: Pero en el fuero civil perderemos todos.

SOSA: NO. Van a tener que probarnos cada acusación. ¿Y quién nos va a identificar? ¿Quién nos ha visto? Todos hemos entrado con pasamontañas. Ellos dicen que tenemos porte militar. ¿Cuál es nuestro porte militar? Kike, Chuqui y yo somos de baja estatura... Ninguno de nosotros tiene porte militar. Robles menciona nombres pero no presenta ningún testigo. En un juicio abierto, el Ejército tendría que decir dónde hemos estado esa noche, y deberá respaldar nuestra coartada. Tendrá que contratar buenos abogados. Y, a las finales, no van a poder probarnos nada, aun cuando identifiquen los cuerpos. Lo que tendría que ocurrir es que, por seguridad, el Ejército nos aloje en sus instalaciones mientras dura el juicio, que va a durar como mierda, y que ponga a disposición del juez a los presuntos culpables cada vez que hubiera diligencias. Créeme, en ese caso los generales nos defenderían mucho mejor, porque si hablamos se joden todos ellos. Imagínate cuántos muertos tienen en sus espaldas.

MONTFORT: Bueno, nosotros poco podemos hacer. En realidad, nada.

SOSA: Nuevamente te equivocas.

MONTFORT: ¿Qué podríamos hacer?

SOSA: Podemos ayudar a esos cojudos a encontrar el resto de los cuerpos.

MONTFORT: ¿Y?

SOSA: Y el caso va al fuero civil como por un tubo.

MONTFORT: Te voy a decir lo que a mí me preocupa.

SOSA: Habla.

MONTFORT: Hay una maldad en lo que ha venido pasando después de lo de La Cantuta. Algo que no está bien y por lo que siento que vamos a ser castigados.

SOSA: La única estupidez es haber

Entrado por la puerta principal de la universidad. Y el más estúpido, ya sabes, es Kike. Dejó todas las huellas para que después nos jodieran.

MONTFORT: YO no me refiero al operativo. Mira, esos tipos eran terroristas. Nosotros vamos, los capturamos o los ejecutamos, eso lo entiendo. Eso no lo decidimos nosotros, no es nuestra responsabilidad. Yo, cuando hablo con Dios todas las noches, siento que Él nos perdona eso. Tenemos que defender a la sociedad, ¿me entiendes?

Y hay todo un ordenamiento en la sociedad, toda una jerarquía social, que determina que el Ejército tenga que extirpar el terrorismo. Yo sufro, tú sabes eso, cuando lo hacemos. Pero lo acepto, lo acepto como una prueba que Dios me da.

SOSA: ¿Cuál es tu problema, entonces?

MONTFORT: Sigo pensando en los familiares y en los cadáveres. Esos familiares no deben sufrir más y esos muertos deben descansar en paz. Definitivamente. Ese acto de sacarlos de Huachipa, quemarlos y volverlos a enterrar, me parece monstruoso. Por más terroristas que sean. Yo no puedo dormir pensando que Dios no nos perdona eso.

SOSA: Bueno, entonces estarás de acuerdo con algo que quiero plantearte. Yo sabía que tú podrías estar de acuerdo conmigo.

MONTFORT: ¿Otro mapa?

SOSA: Otro mapa. Pero esta vez hecho por nosotros.

MONTFORT: ¿Cómo lo haríamos?

SOSA: YO no puedo. Estoy muy visto y en el Ejército saben que me distancié con Kike. Hay que pensar en una forma muy segura.

MONTFORT: YO me encargo. Eso me tranquilizará mucho.

SOSA: YO te voy a dar otra razón para esto. Como tú sabes, lo de La Cantuta no era una ejecución. No me olvido de cómo nos peleamos por eso. En algo repararemos la falta si ayudamos a hallar el resto de cadáveres. Y no creo que esto nos joda más de lo jodidos que ya estamos.

MONTFORT: Sí, pues. Es cierto.

Desde 1993, diversos agentes de inteligencia de La Fábrica establecieron relaciones con periodistas de varios medios. En algunos casos estos contactos produjeron auténticas revelaciones, pero en otros no. En un momento dado, había agentes para todos los gustos, y los medios empezaron a hablar de «miembros del Grupo Colina» por doquier, así

como a aumentar sus crímenes sin verificar un poco. Ya hemos hablado en este libro de dos impostores, Mesmer Carles y Clemente Alayo. Un tercero fue José Bazán, que se paseó por varias redacciones ofreciendo historias falsas. Cabría mencionar a otros dos que no buscaron relacionarse con la prensa pero a quienes se atribuyeron acciones en su calidad de miembros del destacamento, pese a que nunca lo integraron: Ángel Sauni Pomaya y Fabio Urquizo. La lista puede seguir con operativos reales y falsos de seguimientos a periodistas por parte del SIE. Cuando se creó un mercado, es decir, una demanda de planes de inteligencia a tantos dólares la página, las órdenes llovieron, y cada uno se sentía más perseguido que la otra.

Durante estos años también creció el mito de que la colaboración de dos agentes de inteligencia, Mariela Barreto y Leonor La Rosa, fue decisiva para el descubrimiento de los cadáveres de La Cantuta. Dado que en 1977 La Rosa denunció atroces tormentos en el sótano del SIE y Barreto apareció sin cabeza en las afueras de Lima, la descalificación de esta leyenda no es un tema menor. La Rosa, quien nunca perteneció al Grupo Colina, saltó a la notoriedad cuando denunció haber sido violada y torturada en el sótano del SIE, obteniendo un apoyo unánime de la prensa independiente y —en el año 2001— una indemnización del Estado. Investigaciones posteriores demostraron que mintió, y que cuatro oficiales acusados pasaron varios años en prisión injustamente. En el 2003 salieron en libertad, cuando aún no abrían los ojos amplios sectores que se horrorizaron con la denuncia.

A La Rosa la estaban investigando por supuesta infidencia, pero sin relación con el caso La Cantuta. Barreto, que sí perteneció al Grupo Colina, no estaba bajo investigación, pero en el SIE se creía que daba información a *La República* y a Frecuencia Latina. Una de las hipótesis es que la mataron para castigar sus infidencias. No se ha avanzado nada en establecer quiénes pudieron haber ordenado el asesinato ni por qué razones específicas.

Cuando el cadáver fue descubierto, el primer sospechoso fue Enrique Martín. En 1994 la agente había dado a luz una hija del mayor, y después ambos se distanciaron. Antes de morir, buscó a Pichilingue para tomar contacto con él. No dijo de qué asuntos quería hablarle.

El día del macabro hallazgo, Jesús Sosa y Enrique Martín conversaron sobre Mariela Barreto. Martín creía que Montesinos la había mandado matar, por alguna infidencia. Pero las noticias ya asociaban a Martín con el asesinato de la agente. Sosa le preguntó si era cierto que tuvo una hija con él. Martín lo negó. Ambos quedaron en volver a verse para coordinar una declaración pública. Querían aclarar que desde que obtuvieron la libertad con la ley de amnistía, habían cortado toda vinculación con el SIE y con sus agentes.

Sosa se enfureció cuando el siguiente domingo vio aparecer a Martín en *Panorama*, un programa periodístico de Panamericana Televisión. Reconoció que Mariela Barreto tuvo una hija suya. ¿Cómo podía habérselo

ocultado si era un asunto que afectaba a todos? Esa misma noche lo llamó por teléfono, y pelearon por última vez.

### **Diálogo con Montfort**

Conversación telefónica grabada entre Ricardo Uceda y el agente Montfort, quien habla desde algún penal de Lima. Mayo del 2001.

R.U.: Saludos.

MONTFORT: Maestro.

R.U.: Quería saber si vas a negar tu culpabilidad o acogerte a los beneficios judiciales de una colaboración eficaz<sup>3</sup>.

MONTFORT: ¿Qué me recomienda usted?

R.U.: Yo no recomiendo nada. Pero me parece oportuno decirte que si colaboras, tienes un punto a favor. En 1993 contribuiste a esclarecer los asesinatos, por una cuestión de conciencia. Eso podría ser una ventaja.

MONTFORT: NO, yo voy a seguir la línea de mis colegas. Negarlo todo. No hay pruebas sólidas en nuestra contra.

R.U.: ¿Es por eso, por las pruebas?

MONTFORT: NO sólo eso. Hay, también, una cuestión de principios.

R.u.:Aver.

MONTFORT: ¿Quiénes han delatado? Julio Chuqui, que vale tanto como un cubo de basura. Eso lo sabe todo el mundo. Y Marco Flores, que sufre alteraciones mentales, como también lo saben todos. Tú pregunta en el penal quién es Chuqui. Todos te van a decir el tipo de persona que es. ¿Tú quieres que yo me parezca a Chuqui? Está incriminando a chicas y a muchachos que no tienen nada que ver...

R.U.: Pero eso se refiere a la condición de Chuqui. No veo lo de los principios.

MONTFORT: ES un asunto de principios que nosotros nos mantengamos en nuestra ley. Que no hablemos ni inculpemos a otros. Mira, yo sé que si yo hablo me salvo. Pero ¿cómo voy a quedar con nuestra gente? Esto fue una situación institucional y la mala suerte ha querido que nosotros tengamos que dar la cara. Bien. Daremos la cara. Que nos juzguen y nos impongan penas. Y que les cueste hacerlo. A nosotros. A nadie más.

R.U.: Pero mira al general Hermoza. Ha dicho que ustedes eran manejados por Montesinos. Y el Ejército no los reconoce como sus hijos. Al contrario.

MONTFORT: NO importa. Acá vamos a sacar la cara por el Ejército. Cuando pasen los años seremos el ejemplo de los agentes de inteligencia. Todos recordarán que nos sacrificaron y que guardamos reserva. A esos

<sup>3</sup> La colaboración eficaz es una figura por la cual un procesado obtiene beneficios de reducción de pena a cambio de la entrega de información relevante, veraz y oportuna sobre los principales responsables de los delitos que se juzgan.



oficiales no los recordará nadie.

R.U.: Bueno, eso significa que no podré contar que tú nos diste la forma de llegar a las fosas de Huachipa.

MONTFORT: NO. Me harías un gran daño. Entiende que yo, como persona, colaboré con ustedes sin pedir nada a cambio. Aunque logré una gratificación: que hallaran los cuerpos. Ahora te pido paciencia y mesura para no comprometer mi situación legal. Además, ¿qué importancia tiene que se sepa que yo fui? Dios ya lo sabe, y eso es suficiente.